



LO QUE SOMOS

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

1. París es siempre una buena idea
2. Muy cerca
3. La buhardilla
4. Aturdido y confundido
5. Oui, c'est moi
6. Entre nosotros
7. Piezas sueltas
8. Espacios vacíos
9. Cuando me besas, sé que soy yo
10. Un lugar para ti
11. Verme como tú me ves
12. Asustado de tener la posibilidad
13. ¿Es la vida real?
14. Sorpresa
15. Confortable
16. Listo para lo que sea
17. Una vida para vivir
18. Lo que somos
19. Yo
20. La vie en rose

Epílogo

Biografía

Referencias de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

París siempre ha sido el destino preferido de Antonia. Sin embargo, en esta ocasión, la ciudad de las luces la sorprende haciéndose cómplice de su marido en una demanda de divorcio poco ortodoxa.

Perdida y sin dinero, Antonia se refugia en el metro, donde un grupo de músicos toca junto a las vías. Oliver, el cantante, repara en ella y se ofrece a acogerla en su casa. Gracias a él, Antonia recuperará la confianza en sí misma y aprenderá que la edad no es un obstáculo para volver a enamorarse.

Un encuentro inesperado, una pasión que despierta dos corazones dormidos, dos historias que nada tienen en común y una única esperanza a la que ambos se aferran para poder seguir adelante: descubrir quiénes son en realidad.

Lo que somos es el viaje de dos vidas hacia el destino que todos deseamos alcanzar, al margen del idioma, la edad, la profesión y el pasado.

LO QUE SOMOS

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro 

París es siempre una buena idea

París es siempre una buena idea; así dice el dicho... y así es en realidad.

Sin importar si es invierno o verano, si los árboles están en flor o perdiendo sus hojas, la capital francesa es siempre fabulosa. Su encanto es único, y da la impresión de haber nacido de ella y vivir por ella. Se trata de una ciudad que no parece de este mundo, aunque se encuentre en él. Los aviones pueden traerte aquí, igual que los trenes, y puedes circular por sus calles en vehículos tan mundanos como los taxis... Sin embargo, lo que flota a tu alrededor estando en ella no es real, sino un universo mágico rebosante de historia que te traslada a todo lo que puedes ser.

París es la ciudad en la que todo es posible; lo es para mí desde que se convirtió en una realidad, en algo al alcance de la mano.

Ya de pequeña soñaba con esta metrópoli; con llegar aquí y admirar sus monumentos; con perderme por sus sinuosas callejuelas de estupenda arquitectura; con descubrir la glamurosa vida de sus habitantes; con poder sentir en mi nariz el aroma procedente de una *boulangerie* cualquiera en una esquina cualquiera... Tenía la idea de que todas las parisinas eran elegantes, de que todos los parisinos hablaban con el romance al borde de los labios, que las noches aquí brillaban como en ninguna parte y que los canales del Sena tenían el poder de arreglar hasta el día más oscuro.

He perdido la cuenta de la cantidad de veces que he visitado esta ciudad y, si bien sé que tiene sus rincones sombríos y que no todos sus emplazamientos son como de postal, continúo perdidamente enamorada de París. Para mí no

hay lugar en el planeta que se asemeje a éste, que me haga sentir lo que su perfume.

Ver la Torre Eiffel asomando entre otros edificios cuando menos la esperas, incluso hoy, me pone la piel de gallina. Jamás falla en arrancarme una sonrisa, en hacerme sentir que sueño, que tanta maravilla no puede ser cierta.

Si parpadeo y la pierdo de vista por un segundo, no hay vez que no tenga la seguridad de que, al abrirlos, despertaré otra vez en la cama de mi cuarto en casa de mis padres...

* * *

Parpadeé, abrí los ojos y continuaba allí, en medio del bullicio del tráfico, de los autocares de turistas, de las nubes que decoraban el cielo y los árboles que iban perdiendo volumen por culpa del otoño que, poco a poco, se instalaba para vestir la urbe con las luces de la nueva temporada.

«*Bonjour, Paris!*», quise gritar y, sin embargo, me lo guardé; no quería que el taxista pensase que era mi primera vez allí, ni que era incapaz de resistirme a su encanto y, por tanto, actuar como una desesperada, igual que hacían el resto de los turistas que la visitan por primera vez después de llevar años soñando con pisar sus calles.

Había perdido la cuenta de la cantidad de ocasiones en las que había estado en la capital francesa y, a pesar de ello, cada vez era como la primera. Mi corazón se aceleraba, me ponía nerviosa, ansiosa por no perder nada de vista, por reconocer si los lugares que sabía dónde estaban seguían en su sitio. Quería comprobar que nada hubiese cambiado y, si lo había hecho, hacer un esfuerzo por grabarlo en mi mente, para, en mi próxima visita, hacer gala de saber que esa transformación había sucedido. No había mayor satisfacción para mí que volver con Gastón, para enseñarle lo que había descubierto de la villa, como si fuesen cotilleos de una antigua conocida. Me encantaba poder hablarle de París, me encantaba que esa ciudad fuera tan mía que, a pesar de

que fue él quien me la mostró por primera vez, en ese momento fuera él quien la descubriera a través de mis ojos.

Gastón conocía de París lo que todos los turistas conocen... Él veía la postal, los monumentos y los museos; yo, en cambio, veía hasta los bordillos de sus aceras, las sillas en los cafés, el color del cielo y las ramas de los árboles. Ese día veía las hojas correteando por las aceras, empujadas por el viento; los abrigos sobre los hombros de los parisinos y el humo del café sobre la superficie del líquido.

Era extraño y maravilloso que ese sitio tan distante de mi lugar de origen lo sintiese como mi hogar. Era como si a esta metrópoli le perteneciesen mis huesos y, por encima de todo, mi espíritu. Por eso estaba allí; París me calmaba, era mi bálsamo y mi medicina. Allí mi alma encontraba la paz. Su aire ayudaba a mis músculos a relajarse, y mi mente se olvidaba de todo cuando las ruedas del avión tocaban la pista.

Si la ciudad no me curaba, al menos sería un comienzo, la esperanza de la recuperación. París era mi fe.

«Lo último que se pierde es la fe —me dije mentalmente—. Que lo último que pierda sea esta ciudad..., lo último.»

Preferiría no pensar en perder nada, porque se me llenaban los ojos de lágrimas y se me empañaba la piel sobre el labio superior.

Me sentía cansada y con miedo, pero en París.

Sabía que todo iría bien si estaba en sus calles. Nada malo podía suceder allí.

Aferrada a esa idea, me perdí en las calles que pasaban a través de la ventanilla del taxi de camino al hotel.

—Todo saldrá bien —me susurré—. Ha sido un mes de mucho estrés, nada más, y, cuando vuelva a casa, será como siempre... Ya no habrá más discusiones, no más distancia. Cuando regrese, seremos los mismos de siempre, esa estupenda pareja a la que todos admiran... Volveremos a recibir a nuestros amigos en casa, iremos de nuevo, iremos a fiestas y a cenar fuera,

seremos los mismos dentro de la cama y también cuando tomemos el café por las mañanas.

»Ha sido solamente un mes de mucho trabajo —me repetí al pasar por delante del Arco del Triunfo—. Gastón está cansado, tiene muchísimas responsabilidades sobre sus hombros debido a todos los proyectos que lleva entre manos y yo no debí presionarlo con las reformas de la casa...

Lidiar con arquitectos, decoradores y obreros, en una época en la que Gastón apenas si tenía tiempo para venir a casa a dormir, no fue la mejor idea. ¿Cómo esperar que no me contestase fastidiado y de malos modos cuando le pregunté por el color de la pintura de las paredes del baño adjunto al comedor o por la alfombra de la sala de lectura, cuando él regresaba a casa después de doce horas de trabajar sin descanso?

Debí dejar las remodelaciones para más adelante y, sobre todo, no debí volver a insistir con vaciar la buhardilla para transformarla en un cuarto infantil.

Todavía tenía ganas de morderme la lengua al recordar el instante en el que se lo propuse. Gastón bebía su café de pie en la cocina, con la corbata, desanudada, colgando del cuello y la cara roja después de discutir a gritos por teléfono con su abogado por culpa de una demanda que les habían interpuesto por la construcción de un edificio en un nuevo terreno que habían adquirido dos meses atrás. Cuando se lo mencioné, se quedó mirándome como si yo fuese el juez al que le habían presentado la demanda. Merecí esa mirada asesina de sus ojos castaños. No pude elegir peor momento. Casi se tiró el café por encima, y eso no hubiese hecho más que empeorarlo todo, porque ya llegaba tarde a su primera reunión del día.

Le comenté que había visto unos muebles preciosos para decorarla, que en la tienda vendían un pequeño caballito que se mecía... Fue como si le contase que acababa de arrebatarse de las manos todas sus posibilidades de comenzar su nuevo proyecto.

No hay nada peor que decirle a Gastón que no puede hacer algo. Prohibirle

hacer lo que quiere no es buena idea, sobre todo si se trata de su trabajo, que es su pasión.

«No debí hacerlo, no debí... no debí.»

Es como si tuviese el don de soltar las cosas en el momento menos adecuado.

Lo peor para mí fue ser un escollo para él. Odiaba ser sus problemas, sus angustias, y últimamente era eso lo que solía ser para mi marido; por eso le propuse salir de viaje unos días, para darle paz, para que pudiese trabajar tranquilo, sin tener que preocuparse de llegar a casa a tiempo para cenar conmigo. Pretendía que se tomase unos días para hacer lo que amaba, y yo me los tomaría para amar París un poco más y, cuando nos reencontrásemos, nos necesitaríamos otra vez, nos miraríamos a los ojos como siempre. Brillaríamos juntos.

Gastón recibió mi idea con una gran sonrisa y eso fue para mí la canción que puso a bailar mi corazón de nuevo al mismo ritmo con el que bailó el día que me propuso matrimonio del modo más romántico... Allí mismo, a los pies de la Torre Eiffel, con el anillo que en ese momento refulgía en mi mano a la luz del sol del otoño parisino.

—Todo saldrá bien, todo se solucionará —me aseguré a mí misma—. La remodelación de la buhardilla llegará cuando deba llegar y la vida seguirá feliz como lo ha sido hasta este día, mágica, estupenda como París.

Si hasta habíamos decidido encontrarnos en esta ciudad de ensueño en un par de semanas, para vivir una segunda luna de miel.

Aquí estaría esperándolo, para hablarle de las hojas que habían perdido los árboles y de alguna nueva *pâtisserie* que hubiesen abierto, así como también de la ropa o los zapatos que hubiese visto para él; incluso, mejor que eso, podría comprárselos directamente, porque Gastón odiaba ir de compras y probarse ropa, y nadie mejor que yo para descubrir, con mi ojo experto, lo que le quedaría bien y lo que no..., si es que jamás fallaba en las tallas o el estilo.

Tal como sucede en las películas, el portero se apresuró a llegar al bordillo

para pescar la puerta del taxi y abrirla para mí, en cuanto éste se detuvo por completo.

El hotel Le Royal Monceau se convirtió en nuestro hogar fuera de casa. Todo en ese edificio que se alzaba en ese momento a mi derecha, en el 31 de la avenida Hoches, tenía la familiaridad de un refugio bien conocido en el que siempre habíamos sido bienvenidos, en el que jamás nos habíamos sentido incómodos o desatendidos.

Con gusto, le pagué la carrera al taxista, a la que sumé una generosa propina que recibió con una enorme sonrisa, además de estar muy bien predispuesto a luchar otra vez con las tres maletas que tanto le había costado meter en el maletero del coche.

Imaginé que en esa ocasión no resoplaría tanto por tener que ocuparse de mi equipaje y que no sería necesario que le recordara que, por favor, tuviese cuidado de no estropearlas.

El taxista se bajó para dirigirse a la parte trasera del coche.

Suspiré de puro alivio, de felicidad.

«Es bueno estar aquí», celebré dentro de mi cabeza.

Necesitaba estar allí.

Un chico joven, con sombrero de copa y abrigo hasta los pies, me recibió en la acera, tendiéndome su mano enguantada tras abrir la puerta del taxi para mí.

—Bienvenida a Le Royal Monceau, *Madame*.

—Gracias. Buenas tardes. —Aceptando su mano, emergí a aquella maravillosa arteria de París desde la que, dos calles por detrás de mi espalda, veía brotar de sus entrañas el Arco del Triunfo. En diagonal y al fondo de éste, tras unos árboles y edificios, podía verse asomar la punta de la Torre Eiffel.

—Hay equipaje atrás —avisé al portero del hotel, colgando de mi hombro mi bolso, el maletín de mano y otro que llené con productos comprados en el *duty free*.

—Sí, *Madame*, enseguida. —El chico soltó mi mano para alzarla y hacer

una seña dedicada a alguien que yo no podía ver desde donde me encontraba, a alguien que estaba al otro lado de las puertas de cristal y que, al instante, las atravesó, empujando un carro dorado para cargar mis maletas y el resto de mis pertenencias.

El muchacho que empujaba el carrito tenía cara de aburrido; con veintipocos, parecía completamente inmune al encanto de París. Sentí pena por él, ¿cómo podía vivir en una ciudad tan maravillosa con esa cara de tedio?! Entre el taxista y él descargaron mis cosas del vehículo.

El portero guio mis pasos hasta la puerta, la cual empujó para mí.

El lujo de Le Royal Monceau se desparramó ante mí, con sus alfombras de rojo carmín, sus paredes espejadas y sus columnas forradas de madera oscura.

Las lámparas de cristal eran espectaculares, y el arreglo floral del centro del espacio, un prodigio de proporciones arquitectónicas estupendas, en consonancia con la ciudad.

No dudé ni un segundo en encaminar mis pasos, pues sabía el trayecto que debía recorrer, para dirigirme a la recepción.

Una de las recepcionistas se aproximó al mostrador para atenderme. Atentamente y con una sonrisa, me dio la bienvenida al establecimiento.

—Buenas tardes —la saludé en español—. Reserva para la señora de la Cruz. Antonia de la Cruz.

—Un instante, por favor.

—Claro.

La joven mujer bajó la vista al ordenador y el muchacho con el carrito dorado, en el cual estaban apiladas mis maletas de Louis Vuitton, llegó a mi lado. Espié hacia atrás. Le sonreí. El chico no reaccionó. Lo imaginé feliz desparramado en una cama medio destartada con la vista fija en el techo blanco de su habitación. No me entraba en la cabeza que pudiese tener esa cara de nada viviendo en esa ciudad, trabajando en ese hotel.

Le sonreí en busca de arrancarle alguna reacción, pero nada. ¿Quizá con una propina? Tal vez ni con eso.

Volví la mirada al frente para ser testigo de la mala cara en el rostro de la recepcionista, quien en ese momento levantó la vista de la pantalla del ordenador hasta mí. Sus mejillas se habían sonrosado.

—¿Hay algún problema con mi *suite*? Por favor, que no sea así... adoro esa *suite*; mi esposo y yo siempre nos hospedamos en la misma habitación. Amo esas vistas. No pueden habérsela dado a otra persona. Me confirmaron la reserva ayer mismo.

—No, la habitación está bien. Si me permite sólo un instante, señora de la Cruz —me contestó en español, con aquella dificultad de los franceses para pronunciar las erres. Dio un paso hacia atrás.

—Pero ¿qué...?

Me dio la espalda para largarse antes de que tuviese tiempo de terminar de formular mi pregunta.

La vi alejarse en dirección a los tres hombres que conversaban al fondo del espacio. Por el broche con las dos llaves cruzadas en la solapa de su chaqueta, identifiqué a uno de ellos como el conserje; el segundo, el que estaba situado en el centro, el más alto de ellos, era un rostro familiar para mí, el gerente del hotel. A él se dirigió la recepcionista, interrumpiendo la conversación con un gesto compungido. La vi decirle algo y, a él, mover sus ojos en mi dirección.

La mujer le dedicó un par de palabras más y, entonces, los tres hombres centraron su atención en mí.

Comencé a ponerme nerviosa. Imaginé mi habitación inundada o algo así y el resto del hotel con todas las habitaciones ocupadas. No podían hospedarme en cualquier parte; quería mi *suite*, no cualquier habitación, y aún menos que me derivasen a otro hotel. Mi ánimo no estaba para ese tipo de contratiempos. Desde que me subí al avión y pusieron una copa de vino blanco en mi mano, empecé a soñar con un baño caliente en aquella bañera junto a la ventana con increíbles vistas.

En una de mis maletas tenía una fabulosa falda, a rayas blancas y negras, que pensaba ponerme en conjunto con un suéter fino de cuello alto negro,

medias negras y zapatos también de ese color, que planeaba estrenar después de mi baño, para salir a pasear por París; caminaría un rato sin rumbo fijo, me detendría en un café a almorzar, pasearía otro poco, haría unas compras... ¡No podían enviarme a otro hotel!

Con la espalda ya empapada en sudor frío y la seguridad de que la blusa se me estaba pegando a la piel y las axilas se me humedecían, vi al gerente apartarse del grupo para avanzar en mi dirección.

—*Madame* de la Cruz, es un placer verla. Bienvenida a Le Royal Monceau. Soy el gerente, *Monsieur* Flamcourt. —Me tendió la mano, que estreché.

—Sí, lo recuerdo. ¿Hay algún problema con mi *suite*? —indagué, buscando la cartera dentro de mi bolso para tenderle la tarjeta de crédito—. Tengo una reserva hecha por quince días y también avisé de que, muy probablemente, mi estancia aquí podría alargarse algo más. Mi marido llegará en un par de semanas para quedarse conmigo.

El hombre cogió la tarjeta de crédito de mis manos y se la tendió a la recepcionista.

Suspiré, ligeramente aliviada, a pesar de que los dos todavía tenían en sus rostros muecas que no me gustaban ni un poco. ¿Qué estaba sucediendo?

—Recibimos su reserva, *Madame*.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Si es tan amable de aguardar un segundo, por favor —me pidió, con un dedo en alto para sacar del bolsillo derecho de su chaqueta un juego de diminutas llaves doradas. Se apartó a un lado para dejar trabajar a la recepcionista, y luego un paso más para bajar las llaves. Lo vi utilizarlas para abrir un cajón en la parte inferior del mostrador.

Del cajón, extrajo un sobre con el membrete del hotel.

Regresó junto a la recepcionista, quien, en ese instante, tenía el teléfono entre el hombro y la oreja, sosteniendo mi tarjeta en alto, verificando los datos o algo así.

—Esto ha llegado para usted hace tan sólo una hora, *Madame*. —Me tendió

el sobre.

—¿Ha llegado...?, ¿cómo que ha llegado? —Agarré el sobre—. ¿Qué es? Éste estaba cerrado y no tenía remitente.

—Es un mensaje que ha entrado en la bandeja de mi correo electrónico hace una hora nada más. Me han pedido que lo imprimiera y se lo entregara.

—¿Quién? —Ya no sólo mi espalda estaba empapada en sudor frío, sino también mi cuero cabelludo, las palmas de mis manos, mi rostro...

La recepcionista, con peor cara incluso que antes, bajó la tarjeta de crédito y el teléfono, cortando la comunicación.

Con dedos torpes y a toda prisa, abrí el sobre, rasgándolo porque el cierre estaba condenadamente pegado. El gerente del hotel se había quedado mirándome y, por detrás de mí, sentía la mirada del aburrido muchacho del carrito dorado.

Apreté los párpados y volví a abrirlos, pero no aparecí en mi París de siempre, sino en ese que no tenía ni idea de que pudiese existir. En mi París no sucedían cosas malas y nada de lo que estaba ocurriendo olía bien.

Del interior del sobre, extraje una hoja de papel doblada en tres, que era la impresión de un *e-mail*. Reconocí al instante la dirección del remitente: <gdelacruz@delacruzempresadimientossa.ar>.

Era de Gastón y estaba dirigido al correo electrónico del gerente del hotel.

En las primeras palabras del texto, le pedía a *Monsieur* Flamcourt que, por favor, me hiciese llegar ese mensaje en un sobre en cuanto pusiese un pie dentro del establecimiento.

El hombre había cumplido a la perfección las órdenes de mi marido.

Antonia:

Lamento muchísimo terminar de esta manera, créeme que lo he intentado, que esperaba poder sentirme distinto al respecto de nuestra relación. Al principio pensé que unos días de distancia nos sentarían bien a ambos..., pero eso no sucederá. Los dos sabemos que esto se acabó hace meses, que no tenemos nada que hacer juntos, que no somos felices uno al lado del otro.

Por tu bien y por el mío, mejor ponemos aquí el punto final. A partir de hoy, eres

libre de vivir tu vida. Quiero el divorcio; sé que sabes que es lo mejor para los dos y que llegaremos a buen puerto, sin discusiones obsoletas, sin rabietas ni escenas. Somos adultos y saldremos adelante.

Disfruta tu vida.

Saludos cordiales,

Gastón

P. D.: Mi abogado se pondrá en contacto contigo pronto, para explicarte los pasos que debemos seguir, aunque, de todas maneras, todo está muy claro desde el día en que firmaste el contrato prenupcial que acordaba la división de bienes antes de que nos casáramos.

Terminé de leer el mensaje y tuve que volver a leerlo otra vez para acabar de distinguir las palabras impresas. ¿Saludos cordiales? ¿Acaso le había mandado a una de sus secretarias escribir eso? ¿Cómo podía dejarme mediante un correo electrónico enviado al gerente de un hotel?

El día anterior se había despedido de mí en el aeropuerto con un beso que me arrancó el aliento y que seguro que incomodó a más de uno de los que nos rodeaban.

Eso no podía ser cierto.

Alcé la vista hasta el gerente.

—¿Qué clase de broma es ésta? —Le tendí el sobre y la hoja impresa, pero él los rechazó con ambas manos.

—Lo lamento mucho, *Madame*. No es una broma. Su marido me ha enviado ese mensaje para usted. Me he limitado a imprimirlo y ponerlo en un sobre a la espera de su llegada.

—Esto no puede ser real.

—Lo siento, *Madame*. Cuando le he respondido al señor de la Cruz para decirle que no se preocupase, que le haría llegar el mensaje, me ha contestado y me lo ha agradecido. El correo, sin duda, es suyo.

Noté movimiento a la izquierda del gerente; era la recepcionista, que me tendía la tarjeta de crédito.

—Disculpe, *Madame*, la tarjeta ha sido rechazada.

—¿Qué?! —solté, atragantándome con mi propia saliva.

—La cuenta está momentáneamente inhabilitada.

—Eso no puede ser posible.

—¿Si quiere que probemos con otra tarjeta?

—¡Claro que sí! —Las manos me temblaban; cogí la tarjeta de manos de la chica y busqué otra en mi cartera—. Pruebe con esta de aquí. De cualquier modo, la cuenta no puede estar inhabilitada, tiene que ser un error de la empresa.

La mujer agarró la segunda tarjeta y el gerente me sonrió sin despegar los labios, sin gracia; una sonrisa de compromiso.

Pasaron un par de segundos. Mi camisa estaba empapada ya.

—También parece bloqueada. Llamaré para certificarlo.

—Eso es imposible. —Mis mejillas se encendieron de vergüenza—. Tiene que haber algún problema con el sistema o algo así.

—Estoy llamando para comprobar —me contestó ella y, al instante, se puso a hablar en francés con quien se encontraba al otro lado de la línea.

Mi francés era muy bueno, pero, en este momento y por culpa de los nervios, no entendí ni una sola palabra de lo que la recepcionista le explicó a quien estaba manteniendo con ella una conversación.

El sobre y la hoja de papel, que todavía sostenía en mis manos, comenzaron a pegarse a mi piel por culpa del sudor.

Las dos tarjetas que le había entregado a la recepcionista eran de cuentas de Gastón, extensiones de sus tarjetas de crédito. Sólo una de mi más de media docena de tarjetas de crédito y débito estaban a mi nombre, y no tenía muchos fondos; era una vieja tarjeta de crédito que me habían dado mis padres cuando cumplí los dieciocho y sin duda no tenía los fondos suficientes como para pagar mucho más de una noche de estancia en ese establecimiento.

Delante de mis ojos vi el trozo de texto impreso en el papel que me había dado el gerente.

Contrato prenupcial..., división de bienes... y a eso había que sumarle las cuentas bloqueadas...

Gastón había congelado todas mis transacciones bancarias, me había dejado sin blanca.

Se me nubló la vista, poniéndose borrosa; de borrosa pasó a blanca, y de blanca a que todo diese vueltas a mi alrededor...

Estaba pálida, sabía que sí; iba a desmayarme en el vestíbulo del hotel Le Royal Monceau.

Gastón había terminado conmigo, con nuestro matrimonio, con nuestros sueños conjuntos, con mis sueños, con mi vida.

—*Madame*, ¿se encuentra bien? —se interesó el gerente, aproximándose al mostrador.

Negué con la cabeza. Apenas conseguía verlo u oír su voz. Mis sentidos se habían cerrado por completo.

—¿Quiere que pruebe con otra tarjeta? —me preguntó, amablemente, la recepcionista.

¡¿Para qué?! Todas rechazarían los pagos, porque, hasta que los abogados de Gastón no se pusiesen en contacto conmigo para acordar los términos del divorcio, él sería dueño y señor de todo su dinero, incluso del que me correspondía por el contrato prenupcial.

«Dinero», «divorcio»... Apenas si podía creer que esas palabras pasaran por mi mente. Nada de eso tenía sentido.

Mis manos, de pronto, se habían quedado vacías; ya no tenía hogar, ni siquiera tenía dónde pasar la noche. No tenía futuro, y la buhardilla...

Las rodillas se me aflojaron.

Cogí la tarjeta de crédito de la mano de la recepcionista y me sostuve en el mostrador.

—*Madame*, ¿hay algo que pueda hacer por usted? —inquirió, solícito, el gerente—. Lo siento, *Madame*, pero debemos anular la reserva a su nombre, porque sus tarjetas...

—Entiendo —solté, cortándolo. No podía oírle decir nada más.

—Lo lamento muchísimo. —Hizo una pausa en la que se quedó observándome—. Si tiene otra tarjeta o efectivo, quizá pueda conseguirle otra habitación...

¿Efectivo? Tenía algunos euros, los suficientes para dar propinas, tomar un café, comprar alguna tontería..., de ningún modo para pagar una habitación allí. Además, ni siquiera tenía idea de si quería o debía quedarme en ese hotel. Probablemente, lo mejor sería que regresara al aeropuerto e intentase cambiar mi vuelo para regresar a casa, con el fin de intentar hacer que Gastón entrase en razón. No podía terminar nuestro matrimonio con un correo electrónico enviado al gerente de un hotel. No podía acabar así, no cuando el día anterior..., no cuando habíamos hablado de vernos en París en unos días. Su mensaje debía de ser producto del estrés que estaba sufriendo por culpa del trabajo. Tenía que serlo.

—¿Podría traerme un vaso de agua? —pedí a nadie en particular.

El gerente chasqueó los dedos. Uno de los botones apareció al instante a mi lado. Le pidió un vaso de agua para mí.

Todavía con la cabeza dándome vueltas, guardé la tarjeta en mi cartera y busqué mi teléfono. Me costó controlar el movimiento de mis dedos para conseguir dar con el número de su móvil; todo en mí temblaba, como si mi cerebro no fuese capaz de controlar mi cuerpo.

El nombre de Gastón iluminó la pantalla.

Sonó una, dos veces, y a la tercera se cortó.

Volví a intentarlo.

Llamada rechazada.

Lo intenté una tercera y una cuarta vez, y siempre pasaba lo mismo. Gastón no quería hablar conmigo, eso quedaba, así, más que claro.

—Su agua, *Madame*. —El botones me tendió la bandeja de plata con el vaso de cristal con agua, en la que flotaban unos sutiles hilos de cáscara de limón y hielos.

Bebí un sorbo y llamé a Irma, su secretaria de toda la vida, quien tenía a su mando a sus otras tres secretarías.

Irma contestó al tercer timbrazo.

—Señora de la Cruz, buenos días. ¿Cómo está usted?

—Hola, Irma. Necesito que me pongas a mi marido al teléfono ahora mismo —solté sin mayores preámbulos; no estaba para cortesías.

Hubo un momento de silencio por su parte.

—Lo lamento, señora, pero no puedo pasárselo.

—¿No está ahí? Si no está en la oficina, transfíere la llamada a su móvil.

—Señora, lo siento muchísimo... El señor de la Cruz ha dado órdenes de no... —Se detuvo—. Me ha pedido que, si usted llamaba, le dijera que su abogado se pondrá en contacto con usted.

—No quiero hablar con sus abogados, no estoy casada con ellos. Estoy casada con él. —Eso último se me escapó en un chillido agudo más alto del que esperaba emitir—. Dile que se ponga al teléfono ya. Ha acabado con nuestro matrimonio por correo electrónico.

Otra vez un sospechoso silencio de Irma.

—¿Lo has escrito tú? —Mi corazón se puso a latir desacompañado.

—Señora, por favor, comprendo que...

—¡Lo has escrito tú! —No podía creerlo. Mis piernas se pusieron como de gelatina y por poco se me cae el vaso, el cual devolví a la bandeja que todavía sostenía en alto el botones. En ese instante eran cuatro pares de ojos los que me observaban con una mezcla de curiosidad morbosa y pena.

—Señora, estoy segura de que los abogados de su marido se pondrán en contacto con usted de un momento a otro.

—Mis cuentas están bloqueadas, Irma. Ni siquiera puedo pagar la habitación de hotel —solté pese a que todos me miraban, y al menos la recepcionista y el gerente hablaban perfecto español. Ya, toda vergüenza que pudiese pasar, estaba pasándola. No tenía importancia añadir una cuota mínima más.

—Lamento muchísimo oír eso.

—¿¿Lamentas oír eso?! —Perdí por completo el temple. La desesperación estaba ganándome el pulso—. ¿Qué se supone que debo hacer? Pon a Gastón al teléfono ahora, Irma. ¡Ahora!

—No puedo, señora. Usted sabe cómo es.

Claro que lo sabía, nadie en este mundo se atrevería jamás a llevarle la contraria a Gastón de la Cruz.

—¡Ponlo ahora! —se me escapó en un grito, y la recepción de Le Royal Monceau quedó en silencio.

—Le diré que usted ha llamado, señora; es lo único que puedo hacer.

—Dile que me llame... Rechaza mis llamadas, no puede hacerme esto. Hemos estado juntos catorce años. ¡No puede terminar nuestro matrimonio así! No puede hacerme esto.

Gastón me había dicho que no quería escenas, y yo estaba dando la primera, pero no podía evitarlo, porque mi corazón apenas si daba crédito a su abandono y, sobre todo, al modo en que me había apartado a un lado sin el menor reparo, dejándome tirada en París, mi lugar favorito en este mundo, sin mayores explicaciones.

Encima de todo lo demás, Gastón estaba arruinando París.

Nada de eso podía ser cierto. Tenía que hacerlo entrar en razón.

Cuando viniese... nos reconciliaríamos...

Lo amaba y sabía que todavía debía amarme.

Unos meses de tensión y distanciamiento no podían arruinar catorce años de relación.

—Ahora debo colgar, señora. Tengo otras llamadas. Le pasaré su mensaje de inmediato.

—No, Irma, no cuelgues, ¡no puedes colgar! Tengo que hablar con él. Por favor, ponlo...

La secretaria cortó la comunicación, dejándome con la palabra en la boca y todas las lágrimas acumuladas en los ojos. Me estaba rompiendo, me estaba

desvaneciendo en la magia de París. Mi vida se tornaba humo..., humo y cenizas que el viento que se había levantado en el exterior, en la calle, arrastraría junto con las hojas secas.

Noté que fuera se había puesto oscuro porque las nubes ya no eran una mera decoración, sino una cobertura completa y maciza que cubría el cielo.

—*Madame*, dígame si puedo hacer algo más por usted... —me ofreció el gerente, dándome así la salida de un modo elegante. Él tampoco quería más espectáculos desagradables en la recepción de su distinguido y caro hotel.

—No, gracias. —Durante el tiempo que dura un parpadeo, me entraron ganas de destrozar a patadas todo el mostrador.

—Sí lo desea, puedo conseguirle una habitación en algún otro hotel.

—No, está bien, gracias. —Arrojé mi móvil y mi cartera dentro de mi bolso.

—Si necesita un taxi...

No tenía ni idea de lo que necesitaba, ni tampoco de qué hacer ni a dónde ir. Lo único seguro para mí en ese instante era mi sólida necesidad de largarme, porque allí dentro había demasiados recuerdos para mí, recuerdos alegres que de pronto se convirtieron en heridas sangrantes que no soportaba ver.

—No, está bien. Gracias por el ofrecimiento. —Los ojos de todos estaban otra vez sobre mí. No sabía ni cómo decir que me largaba de allí en ese instante. Haciendo acopio del poco valor que me quedaba, entoné—: Buenas tardes. Gracias por todo.

—No tiene nada que agradecerme, *Madame* de la Cruz.

De pronto, que me llamase por el apellido de Gastón, me resultó muy extraño. No podía creer que fuera a perder eso también.

No, definitivamente solucionaría todo ese asunto... Regresaría a casa, me plantaría frente a Gastón y haría que entrase en razón.

Le sonreí medio sin gracia, porque en realidad quería ponerme a llorar.

—Por favor, acompañe a *Madame* de la Cruz a la puerta —pidió el

gerente, dirigiéndose al muchacho del carro, que todavía continuaba con cara de hastío.

Le agradecí sus palabras con un gesto que no significaba nada en particular y di media vuelta para ver todo mi equipaje apilado en el carro. Las maletas contenían todo lo necesario para pasar al menos dos semanas de ensueño en París. Eso de pronto era una pesadilla, y las prendas, zapatos y demás cosas que contenía mi equipaje me pesaban horrores, pese a que no era yo quien empujaba el carro.

Dejé atrás al joven apático y él me siguió.

La avenida apareció frente a nosotros mucho antes de que estuviese lista para asimilar que no tenía destino, que no tenía ni la menor idea de qué hacer conmigo.

El mismo portero que poco antes me había abierto la puerta del taxi y la del hotel sostuvo la puerta para mí, para permitirme salir.

Pisé la acera y alcé la vista al cielo encapotado. París lucía con muchas ganas de llover sobre mí. Mi reluciente París estaba desatando todas las tormentas posibles sobre mí, y eso acabó de quedarme claro al sonar el primer trueno.

—¿Le consigo un taxi? —me ofreció el muchacho en perfecto español, deteniéndose al poco de atravesar las puertas detrás de mí.

—No, gracias —le respondí, sorprendida. Sus palabras y su mirada me arrancaron una sonrisa que me salió bastante triste. Me llevé una mano al pecho. Tenía la sensación de que se me caería el corazón.

—¿Tiene dónde quedarse?

No le contesté, me quedé mirándolo. Al menos resultaba agradable que hubiese comprendido lo que había sucedido para que se preocupase por mí del modo en que se le notaba en el rostro en ese momento. Y yo que creía que su cabeza estaba muy lejos de todo...

—Lo que le ha hecho su marido ha sido una mierda. Disculpe, pero he leído..., se veía por encima de su hombro. Lo lamento. Una mierda. Muy hijo

de puta, el sujeto.

—¿Cómo es que hablas tan bien español?

—Estuve de intercambio en España un par de meses. Usted no es española, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Argentina.

—Me gustan los alfajores. En España conocí a unos argentinos. También me gusta el dulce de leche. Si no tiene dónde quedarse..., comparto un piso con un amigo...

—¿Cómo te llamas?

—Thimothée. —Soltó el carro para tenderme su mano derecha—. Mis amigos me llaman Tim.

Intercambiamos un apretón.

—Se lo digo en serio. Si no tiene dónde quedarse... El piso no es gran cosa, pero imagino que... es que... como... por lo que le ha pasado... No estoy intentando ligar con usted, *Madame*. Es que lo que le ha hecho su esposo es una canallada.

—Gracias, Tim. —Le sonreí—. Estaré bien.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza, mintiendo descaradamente. Su ofrecimiento me había llegado al alma, pero no quería tener enfrente a nadie que hubiese presenciado lo que acababa de ocurrir.

Comencé a recoger mi equipaje del carro para dejarlo sobre la acera.

—¿Le consigo un taxi? —volvió a ofrecerme, al verme desbordada con las tres maletas y el par de maletines.

Intenté apilar las maletas, porque no tenía idea de cómo haría para arrastrarlas lejos de allí, lejos del maldito hotel y todos los recuerdos.

—No, gracias, Tim. Es muy amable por tu parte. Que tengas buenas tardes. —Cogiendo dos maletas con una mano y la tercera con la otra, junto con los dos maletines, además de mi bolso colgado al hombro, me alejé de él un paso.

No llegaría muy lejos así, porque las dos maletas juntas conspiraban contra mí, al no querer avanzar de lado. Por poco me llevo por delante a una elegante pareja mayor; los dos pusieron mala cara. Intenté disculparme en francés; por lo visto mis disculpas no cayeron muy bien.

Con los ojos inundados en lágrimas que ya no lograba contener, le di la espalda a Tim y me puse a tironear de mi equipaje en dirección al Arco del Triunfo.

Odié que aquella manzana fuese tan condenadamente larga. No me atreví a mirar hacia atrás para comprobar si Tim y el portero continuaban allí parados, contemplando cómo me iba.

Sonó otro trueno.

Y así, sin más, en la esquina, odié aquella manzana por acabarse. Bajar el bordillo con todo aquello y en tacones, sumando a eso mi corazón destrozado y mi confusión mental, no resultó tarea sencilla.

Torpe y con las asas de mi elegante equipaje Louis Vuitton escapándose de mis temblorosas manos, atravesé la calle hacia aquel triángulo que me separaba del Arco del Triunfo, recortado en el cielo gris plomizo.

Los coches, autobuses y motos daban vueltas alrededor de su plaza.

Turistas y parisinos seguían adelante con sus vidas y yo tenía la certeza de que la mía había pasado a la historia.

¿Cómo había podido dejar de amarme? ¿Cómo podía pensar que lo mejor para nosotros era que cada cual siguiese con su vida por su lado? ¿Cómo había sido capaz de dejarme partir para, a continuación, dejarme allí tirada, sola?

Mi corazón no supo si odiarlo, forzarse a no amarlo más o bien continuar amándolo con la esperanza de que todo eso no fuese más que un lamentable error.

Arrastré mis maletas un poco más.

Pensé en llamar a mis padres, pero me arrepentí al instante. No, ellos no podían enterarse de lo que estaba sucediendo. Regresaría a casa, lo

solucionaría y ellos jamás sabrían ni una palabra de ese asunto.

Un trueno rasgó el aire a mi alrededor y el Arco del Triunfo quedó iluminado por el reflejo de un rayo que no cayó muy lejos.

Tenía que ponerme en movimiento de nuevo o la lluvia me pescaría en mitad de la nada.

Sin fuerzas, intenté volver a asir las asas de las maletas para echarme a andar otra vez. Di dos pasos y uno de los maletines se me cayó. Trastabillé y por poco me voy al suelo. Sonó otro trueno y una gota cayó sobre mi mejilla derecha.

—¿Necesitas ayuda?

Alcé la vista para ver a un chico joven, de unos veintipocos y enfundado en una chaqueta de cuero, detenerse ante mí. Llevaba unos vaqueros holgados y una sudadera con la capucha echada sobre la cabeza por debajo de la chaqueta de cuero. No estaba solo y ni él ni su acompañante tenían buena apariencia. El que lo acompañaba fumaba y, al cruzar una mirada con él, se quitó el cigarrillo de los labios para echarme el humo a la cara.

—No, gracias —les contesté en mi francés que en ese instante temblaba como nunca antes.

—¿Turista? —Su pregunta fue casi un festejo. Quien lo acompañaba le echó una mirada a mi equipaje.

—Todo eso ha de ser muy pesado —opinó el que fumaba.

—No, estoy bien.

—Te ayudaremos. ¿Necesitas un taxi? Te buscaremos uno —soltó a toda prisa y, entre los dos, me rodearon. Imaginé lo que sucedería a continuación y, antes de que comenzara a suceder, no pasó ni un parpadeo. Cada uno arrancó de mis manos el asa de una de las maletas. Sabía que intentar forcejear con los dos resultaría una batalla perdida. Giré en dirección al que me había hablado primero, porque fue ése quien se lanzó a arrebatarme el bolso que colgaba de mi hombro. Logré quedarme con el bolso, pero perdí mi maleta, así como la que sostenía con mi mano derecha. Los maletines fueron a parar al suelo.

Comencé a gritar pidiendo ayuda, llamando a la policía, y con eso bastó para que los dos se largaran a toda prisa, arrastrando tras ellos dos de mis maletas Louis Vuitton.

Sin parar de chillar, recogí con una mano la maleta que me quedaba y con la otra los dos maletines, y eché a correr tras ellos sin pensar en nada más que en que no podía permitir que me arrebatasen eso también. No podía perder nada más de mi vida.

Sin prestar atención al tráfico, corrí tras ellos. Sonaron bocinas y frenazos, hubo gritos. Los dos sujetos, definitivamente, tenían mucha más experiencia que yo a la hora de correr entre coches y peatones. A mí por poco me atropella un vehículo, y me llevé por delante a un par de personas.

Sobre todos nosotros se desató una tormenta feroz, a la que le costó sólo unos tres metros de carrera tras aquellos tipejos dejarme empapada de pies a cabeza. Ya de por sí era difícil correr en tacones acarreado todo aquello, como para, además, hacerlo con lluvia torrencial despeñándose sobre mis ojos e inundando mis zapatos.

No paré de chillar, ni tampoco de correr, por lo que no le di tiempo a nadie a reaccionar ante mi demanda de auxilio... Ni siquiera estaba segura de estar pidiendo ayuda en francés.

Los ladrones se lanzaron a cruzar la calle por la mitad de la manzana.

Tuve toda la intención de seguir tras ellos, pero giré la cabeza y me cegó el reflejo de los faros de un autobús. Frené en el bordillo justo a tiempo. Las suelas de mis zapatos resbalaron y, de no ser por la maleta que me quedaba, me hubiese caído de culo al suelo.

Alguien me pescó por el codo. Dirigí la cabeza en esa dirección, para ver a un hombre escondido debajo de un enorme paraguas negro.

—¿Se encuentra bien?

No, claramente no lo estaba; la lluvia me caía encima, mi marido había terminado nuestro matrimonio por correo electrónico y dos hombres acababan de robarme dos tercios de mi equipaje. Además, casi no tenía dinero en

efectivo, mis cuentas estaban bloqueadas, chorreaba agua y ni siquiera recordaba cómo hablar francés para explicarle que necesitaba que llamase a la policía.

El bus acabó de pasar y, al volver la vista al frente, me di cuenta de que los dos ladrones habían desaparecido.

—¿Puedo ayudarla en algo? —insistió el hombre, y negué con la cabeza—. ¿Segura? ¿Puedo invitarla a un café u otra cosa? —Con la cabeza, apuntó hacia atrás; a nuestra espalda había una cafetería.

Volví a negar con la cabeza. Lo que menos necesitaba era una mirada como la que me dedicó. No me era extraño recibir ese tipo de atención masculina. Ser delgada, medir casi un metro ochenta, no tener un gramo de más sobre los huesos y poseer un rostro muy fotogénico me granjeaba atenciones que en ese momento me revolvían las tripas. Yo solamente necesitaba a mi esposo, mi casa, mi vida, mi buhardilla sin remodelar.

No pude evitarlo y comencé a llorar.

—No, gracias —logré responderle en francés—. Mi marido me espera —mentí.

La mirada del hombre bajó a mi mano izquierda. Mi alianza y mi anillo de compromiso todavía estaban allí. Ambos parecían ser lo único que restaba de mi matrimonio, de mi vida.

A continuación, me dedicó una sonrisa incómoda y dio media vuelta para alejarse de mí.

Aferré con fuerza las asas del equipaje que me quedaba y me puse a andar con la lluvia cayendo sobre mí.

Anduve un par de minutos hasta que no pude más por el cansancio, el estrés, el frío y la lluvia que me calaba hasta los huesos.

A la distancia, vi una de las características estaciones de metro de París, con su estructura de ese verde tan particular y su diseño *art nouveau*. Al menos allí encontraría refugio de la lluvia.

Crucé la calle y, antes de ser consciente de lo que hacía, estaba bajando la

escalera con la maleta rebotando a mi lado, para internarme en las entrañas de la ciudad.

Como una autómata y sin tener una verdadera idea de lo que hacía, compré un billete hacia ninguna parte en particular y descendí al andén para quedarme de pie a un lado de la pared, viendo a la gente pasar por mi lado; algunos corrían para subir al tren, otros hablaban por teléfono. Oí una canción; sonaba como música en vivo, pero no le presté atención, porque de pronto mi cerebro era incapaz de captar, mucho menos de apreciar, nada bonito. No podía parar de llorar, tampoco de temblar.

Me sentía rota, sola, muy perdida.

Allí, aferrada a lo que me quedaba, dejé pasar los minutos sin saber qué otra cosa hacer.

Muy cerca

A riesgo de equivocarme, de perderme en mitad de la letra en inglés de la canción de Alex Clare *Too close*, continué con mi atención puesta en ella sin quitarle el ojo de encima. No tenía que pensar demasiado para tocar el tema en mi guitarra; sin embargo, con el correr de los minutos, se me hacía cada vez más difícil concentrarme en tocar, pues por un momento mis dedos no tenían muy claro a qué cuerda dirigirse. Didier, que hasta ese instante sostenía el contrabajo, siguiendo con la cabeza el ritmo de mi guitarra y del teclado que sonaba en las manos de Maurice, se puso a tocar para acabar de darle cuerpo a la melodía que nuestro pequeño público de una docena de personas disfrutaba gracias a la estupenda acústica de la estación. Dos de ellos debían de estar grabándonos, porque se habían quedado parados allí frente a nosotros, con sus móviles en alto. No era ninguna novedad que eso sucediese; sin embargo, no dejaba de incomodarme. Las cámaras no terminarían de agrardarme jamás, por más que fuesen las de los móviles. Tampoco sería una novedad si al día siguiente me topaba en las redes sociales, y especialmente en YouTube, con el vídeo que estaba siendo realizado en ese momento. Didier y Maurice no tenían problema alguno con que la gente subiese vídeos nuestros a Internet. Yo prefería, al menos, ver que estaba siendo grabado.

Alejé la vista de los dos móviles para concentrarme otra vez en la mujer parada al fondo del andén. Desde que había pasado por delante de nosotros acarreando su equipaje Louis Vuitton y chorreando agua de los pies a la cabeza, nuestro pequeño recital debajo del nivel de la calle había perdido importancia para mí.

Me preocupó que continuase quieta y con la mirada perdida, además de que lucía muy fuera de lugar allí abajo, vestida así de elegante (la lluvia no había logrado echar a perder por completo su cuidada apariencia). Ella, a diferencia del resto de las personas que ocupaban el andén, no llevaba paraguas y desde luego no tenía ninguna prisa en llegar a ningún sitio, porque, desde que había aparecido, seis trenes habían entrado y salido de la estación.

Repetí el estribillo y me asomé por delante de Maurice y su teclado para tener mejor visión de ella. ¿A dónde iba con todo aquel equipaje?

Alcé la mirada hasta su rostro, y comprobé que aún estaba mojado. Comprendí que no era por la lluvia; lloraba.

Su cabello, húmedo, le caía sobre el rostro, dándole un aspecto todavía más triste.

¿Esperaba a alguien y la habían dejado plantada?

Un joven del público se puso a seguir los últimos acordes del tema con tímidos pasos y sus amigos comentaron algo que no logré oír, pero resultaba evidente que estaban disfrutando de la música.

Se nos acercaron dos mujeres más, que venían de la mano. Una de ellas se inclinó sobre el estuche de mi guitarra y arrojó dentro un billete. Las dos me sonrieron y, entonces, creí recordar que no era la primera vez que presenciaban uno de nuestros conciertos.

Le di una tercera vuelta al estribillo y, después de enmudecer, se silenciaron las teclas de Maurice para que la gente que nos rodeaba estallase en aplausos; también nos aplaudieron desde el andén de enfrente.

—Muchísimas gracias a todos. Esperamos verlos pronto —dije mientras la gente soltaba monedas y algunos billetes dentro del estuche—. Somos El Soul del Tío Remi y, si les gusta nuestra música, pueden adquirir nuestro último cedé con temas originales de la banda. —Extendí un brazo en dirección al teclado de Maurice, sobre el que estaban apiladas las cajas de discos, con uno puesto de frente para que pudiesen ver la carátula—. Aprovechen hoy, estamos de oferta —continué—. Para que no extrañen nuestro sonido cuando regresen a

casa, ya saben, adquieran nuestro cedé. —Algunos se acercaron a curiosear. Maurice, al instante, se amoldó a su rol de buen vendedor. Pasaron dos segundos hasta que la primera persona sacó su cartera para comprar uno de nuestros discos.

Me descolgué la guitarra del hombro y Didier se dispuso a guardar el contrabajo en su estuche. Así terminaba nuestro día al fin. No había sido una jornada especialmente productiva, porque por lo visto todos tenían mucha prisa ese día; al menos, de las manos de Maurice partía el tercer cedé vendido de esa nuestra última actuación de la jornada. Lo vi tender un cuarto. Después de todo, no iba a resultar un día tan desastroso. Agradecí que del jueves al lunes tuviésemos conciertos arreglados en distintos bares alrededor de París.

—Parece que llueve a mares. Todos bajan con paraguas y chorreando agua —comentó Didier.

—Sí, me he dado cuenta.

—Vaya forma de acabar el día. Espero que pare para cuando salga del metro, que cargar esto bajo la lluvia... —Metió el contrabajo en el aparatoso estuche gris metalizado de fibra que, al menos, protegería el instrumento del agua.

El estuche de mi guitarra no era a prueba de agua, pero más me preocupaba la rubia que no paraba de llorar al final del andén. Señalé en su dirección con la cabeza y Didier siguió mi mirada hasta dar con ella.

—Sí, la he visto pasar hace un rato. No me había percatado de que continuaba allí. Pensaba que se habría subido a un vagón ya. —Didier le dio la espalda para seguir guardando el contrabajo en el estuche. Lo mismo estaba haciendo Maurice con su teclado, puesto que nuestro público se había dispersado por completo. Llegó un tren y se detuvo en nuestro andén.

—¿Crees que se encuentra bien? —le pregunté a Didier, quien volvió a echarle una mirada, esta vez muy por encima de su hombro, sin apartar las manos de su preciado contrabajo.

—Yo estaría bien si tuviese una maleta y unos maletines como éstos. No son

de imitación.

—Lleva mucho rato allí. Y no para de llorar.

Didier volvió a espiar en dirección a la mujer.

—¿Es por ella por lo que tenías la cabeza en cualquier parte?

—¿Cómo...? —No entendía cómo se había dado cuenta de que no podía parar de pensar en ella.

—No puedes disimular; hay una gran diferencia entre cuando cantas estando aquí y cuando lo haces teniendo la cabeza en cualquier otra parte. Con la guitarra puedes mentir; con la voz, no.

—Me preocupa, tengo la impresión de que no está bien.

—¿Quién no está bien? —curioseó Maurice, cerrando la tapa del estuche de su teclado. Yo todavía continuaba con mi guitarra en la mano.

—La mujer de allí. —Apunté en dirección a ella con el mentón.

Maurice se volvió para mirarla.

—Ah, sí, la he visto pasar. No tenía ni idea de que seguía aquí.

—¿Cómo puede ser que ninguno de los dos se haya dado cuenta de que esa mujer ha pasado frente a nosotros y, a pesar de que los trenes han llegado y partido, aún sigue aquí?

—A mí no me gustan las rubias y Didier tiene a Gilles esperándolo en su piso. Supongo que es toda tuya, Oli —se burló, poniéndose en pie para darme un codazo sin fuerza en las costillas.

—Que no es broma. No va de conquista, estoy preocupado por ella.

—Sí, claro —se mofaron los dos a coro.

—Anda, ve a socorrer a la damisela en apuros, que ésa es tu especialidad —me soltó Didier, cerrando el último gancho del estuche, el que quedaba por encima de todo. Solamente alguien como él, con su altura, podía tocar un instrumento semejante. Didier era una cosa larga de más de metro noventa, con hombros casi tan anchos como los míos. A pesar de que en casa lo esperaba Gilles, nuestro amigo no paraba de levantar suspiros entre nuestro público femenino, con su tupida cabellera castaña, sus ojos verdes y sus marcada

mandíbula. De cualquier modo, hubo una época en la que a Didier le dio por las mujeres. Sin embargo, en la actualidad llevaba ocho meses conviviendo con Gilles, un entrenador personal que era famoso entre estrellas de cine y de televisión. Parecía que fuesen muy en serio y, de hecho, Didier ya se lo había presentado a toda su familia. Maurice, cada tanto, bromeaba con que muy pronto tocaríamos en su boda.

—Anda, no le des más vueltas —comenzó a decirme Maurice—, que te mueres de ganas de acudir en su ayuda. El príncipe valiente... —canturreó, lanzándome un golpe al hombro.

—¿Qué harás, llevártela a casa?

Miré a Didier en silencio. No sería la primera vez que acababa con un extraño metido en casa. Los muchachos bromeaban con que yo era algo así como la Madre Teresa de Calcuta, siempre socorriendo a los pobres y desamparados. Más de una vez había tenido problemas por alojar en mi piso a gente sobre la cual no sabía nada. Una vez acabé con toda la policía de París metida en casa porque el sujeto en cuestión, uno que recogí en una esquina una noche de invierno después de que por poco lo atropellase un automóvil, resultó ser un camello al que buscaba hasta la Interpol.

—Puedo empezar por preguntarle si necesita ayuda —solté, mirándola a ella.

—Claro, seguro que sí. Anda, ve a enseñarle tu aura de santo y tu reluciente armadura.

—Eres un idiota, Maurice.

—No sé cómo, pero te la llevarás a casa, seguro —replicó riendo.

—No la veo en su piso —opinó Didier como si yo no estuviese allí—. Un equipaje de Louis Vuitton no pega con la decoración de su apartamento.

Maurice se carcajeó.

—Estúpidos —murmuré por lo bajo mientras apoyaba la guitarra en el estuche.

Los dos continuaron riéndose de mí mientras me alejaba hacia ella.

El tren ya se había ido, por lo que la estación estaba casi vacía.

Me acerqué y ella ni siquiera pareció percatarse de mi llegada.

Di un par de pasos más para detenerme como a un metro de ella; no quería asustarla, puesto que todavía estaba con la mirada perdida en ninguna parte.

Palpé mi móvil, listo para llamar a Urgencias; se la veía muy pálida, casi lívida.

—Hola —saludé en un susurro. Ella no dio señales de oírme. Me aclaré la garganta, pese a que mi voz raramente solía fallar, mucho menos cuando tenía las cuerdas vocales calientes de cantar—. Hola, disculpa. ¿Te encuentras bien?

La mujer parpadeó, barriendo un mar de lágrimas que rodaron por sus mejillas. Sus ojos se quedaron cerrados un momento. Al abrirlos, volvió a perder su vista en la nada.

Saqué mi móvil, decidido a llamar a Urgencias.

En un último intento de atraer su atención, pasé una mano por delante de su rostro.

—Ey, ¿te encuentras bien?

Bajé la mano y ella giró la cabeza en mi dirección. Suspiré aliviado.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Parpadeó una vez más y el llanto regresó a sus mejillas.

—Estaba allí, tocando con mi grupo —apunté en dirección a Didier y a Maurice; ambos continuaban guardando el equipo para que pudiésemos partir. Hasta la semana siguiente no debíamos volver a actuar en ese lugar.

La chica siguió la dirección de mi dedo.

—Te he visto pasar por delante de nosotros y... no he podido evitar notar que no has subido a ninguno de los trenes... —Sus ojos castaños se movieron hasta mí. No paraba de llorar. Me detuve para quedarme embobado escrutando su rostro. Tenía mucho más que una cara bonita, porque no era una belleza común... Sus rasgos eran poderosos, se imponían bajo la orden de su mirada, enmarcada en gruesas y contundentes cejas oscuras. La forma de su mandíbula

no era la de una mujer cualquiera, y sus pómulos, en alto, eran dignos de una reina. Hasta su nariz tenía un ángulo particular. Sus labios eran un mundo aparte. Los despegó y fue a decir algo que no consiguió emerger.

Divisé una dentadura muy blanca y perfecta.

Alzó su mano izquierda para limpiar las lágrimas de sus mejillas y la máscara de pestañas que se le había corrido por llorar. Imposible no ver el valioso anillo de brillantes y la alianza en su dedo corazón. Didier tenía razón, esa mujer no tendría nada que hacer en mi piso. Las maletas de Louis Vuitton no tenían que costar nada en comparación con ese brillante.

—¿Quieres que llame a alguien por ti? ¿A tu esposo? —amagué, y mis palabras desataron un torrente de sollozos que la hicieron estremecerse y, a mí, angustiarme.

«Idiota, idiota, idiota», me recriminé mentalmente, sin comprender muy bien lo que había hecho mal.

Ella se tapó el rostro con ambas manos.

—Oye, lo siento. No sé qué he dicho... Lo lamento. Solamente quería ayudarte.

Su llanto se tornó todavía más fuerte.

—¿Necesitas que te acompañe a alguna parte? Tu equipaje parece pesado. He visto que te costaba... —No pude terminar la frase, porque, de pronto, ella se derrumbó sobre la maleta en la cual estaban apilados los dos maletines. Se abrazó a sus pertenencias y lloró con más fuerza—. Si me dijeras en qué puedo ayudarte... —insistí, y ella ni siquiera pareció oírme—. Mi nombre es Olivier, Olivier Labelle —añadí mi apellido para darle más seguridad. Me incliné, intentando dar con sus ojos. No los encontré. Toqué su mano derecha y, al instante, dio un respingo, pero no soltó el equipaje. Me miró con alarma en los ojos. Retrocedí un paso, alzando las palmas—. Tranquila, sólo quería ayudarte. Mis amigos están allí, no te haré daño.

Ella volvió a mirarlos.

—Son Didier y Maurice. Tenemos un grupo de música, somos El Soul del

Tío Remi.

Se quedó mirándome como si no comprendiese de qué le hablaba.

—¿Cómo te llamas?

Sorbió por la nariz y se limpió las mejillas otra vez, lo cual no sirvió de nada, porque, en cuanto pestañeó de nuevo, otras lágrimas rodaron desde sus ojos.

—Soy Antonia —me contestó, y con eso me bastó para comprender que el francés no era su idioma natal. ¿Sería una turista? Pero ¿qué hacía allí abajo en el metro, con todo aquel equipaje y sola...? Sola, sin el hombre que debía llevar la alianza que acompañaba a la suya.

No era una niña, pues le calculé que debía de tener unos treinta y pocos años; sin embargo, me dio la impresión de que no estaba muy acostumbrada a ir por la vida muy suelta; sus hombros parecían cerrarse sobre ella y, a pesar de tener el aspecto de ir siempre con la frente muy alta, no la alzaba pese a lo majestuoso de su rostro. Con los tacones que llevaba, era tan alta como yo, o quizá un poco más. Era mucha mujer y, no obstante, no lucía como si en ese instante fuese consciente de sí misma. Definitivamente, no debía de estar en su mejor día, anímicamente hablando.

—Es un placer, Antonia. —Le tendí la mano derecha—. ¿Tienes frío? Estás empapada. Por lo visto llueve fuera. Nosotros llevamos un buen rato aquí debajo.

Ella, por toda respuesta, movió la cabeza de arriba abajo.

—¿Te parece que vaya a por mi chaqueta? —Apunté con la cabeza en dirección a los muchachos, situados a mi izquierda. Volvió a asentir con la cabeza—. Bien, en un segundo regreso. No te muevas de aquí —le dije, y salí disparado en dirección a mi mochila; sobre ésta estaba mi chaquetón, el cual había sacado a la calle ese día por primera vez pasado el verano. El otoño se sentía con fuerza esa mañana cuando salí de casa temprano.

—¿Y bien? —me preguntó Didier—. ¿La has convencido de acompañarte a casa?

Me agaché sobre mis cosas. Maurice había sacado el dinero que nos habían dado de dentro del estuche de mi guitarra para acomodarla dentro. Cerró el estuche cuando yo pillé mi abrigo.

Maurice se quedó mirándome con un gesto inquisitivo.

—Está muy alterada, no para de llorar. Lo único que he conseguido sacarle es que se llama Antonia. No creo que sea de aquí.

—¿De París?

—De Francia, Maurice. —Me volví en dirección a Didier—. Lleva alianza y una roca de proporciones considerables en el dedo.

—Uff, está casada. Lo lamento, hermano.

—No me he acercado a ella para ligar, Didier. Es evidente que no está pasándolo bien. No sé qué le ha pasado, pero no para de llorar.

—Deberíamos llamar a la policía —propuso Maurice desde el suelo.

—Dadme un momento, ¿de acuerdo? Intentaré averiguar si puedo echarle una mano en algo. Si no quiere mi ayuda, nos vamos en cinco minutos.

—¿Para qué el abrigo? —curioseó Didier.

—Está empapada. Le he preguntado si tenía frío y me ha contestado que sí.

—Te quedarás sin abrigo —canturreó Maurice.

—Esta cosa no tiene valor alguno, está apolillado y...

—¿No tiene ropa en la maleta?

—¿Podríaís tener cinco minutos de paciencia? —les pedí, mirando a Didier en primer lugar, porque había sido el último en hablar.

—Me espera Gilles, tenemos una cena esta noche.

—Cinco minutos.

Didier resopló.

—Enseguida regreso —les anuncié, comenzando a alejarme de ellos. En cuanto giré la cabeza, vi que Antonia tenía el rostro vuelto en nuestra dirección.

Apresuré el paso hacia ella, dejando a los chicos detrás.

—Aquí estoy. —Le sonreí—. Abriga mucho. —Alcé la prenda de cuero y

se lo enseñé. Ella no hizo ni el menor ademán de tomarlo. Moviéndome despacio, la rodeé desplegando el abrigo por los hombros para darle a entender que lo colocaría sobre los suyos.

Como no me dio señal alguna de rechazo, me detuve a su lado y la arropé. Solté el peso de mi chaquetón sobre su espalda y me alejé otra vez de ella, para colocarme por delante de su equipaje, brindándole el espacio que parecía necesitar entre nosotros.

—¿Mejor? —Le sonreí para darle ánimo.

Asintió con la cabeza.

Saqué el móvil de mi bolsillo.

—¿Quieres llamar a alguien para que venga a por ti? —le ofrecí, tendiéndoselo.

—No, gracias.

Al menos había parado de llorar.

—¿Quieres que te acompañe a alguna parte?

—No sé a dónde ir.

Eso no había sonado bien. Definitivamente, no esperaba esa respuesta.

Me aclaré la garganta otra vez, temiendo que eso acabase nuevamente con toda la policía de París sobre mí.

—¿Estás perdida? No eres de aquí, ¿no es así?

—No, no estoy perdida. Es que... —Sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Los tenía rojos e hinchados de tanto llorar.

—Tranquila, tranquila. Te ayudaré en todo lo que necesites.

—No tengo dónde ir.

Didier tenía razón, ella iba a terminar en mi casa.

—¿Quieres que te acompañe a un hotel?

Negó con la cabeza, rompiendo en llanto de nuevo.

—Tenía un hotel —hipó, desconsolada.

—¿Tenías un hotel?

—Una reserva —gimió—, en Le Royal Monceau.

Involuntariamente, abrí los ojos de par en par. Claro que sabía cuál era el Le Royal Monceau. Semejante hotelazo cuadraba a la perfección con su equipaje y el anillo de su dedo.

—¿Y qué ha sucedido?

—No puedo pagar la habitación —me contestó, llorando.

—¿Por qué no? —Quizá no fue lo más correcto que preguntar—. ¿Te han robado? Puedo llamar a la policía...

—Sí, me han robado, pero no ha sido por eso por lo que no he podido pagar la habitación —me respondió en su francés tan extraño—. No he podido pagar la habitación porque mi marido se quiere divorciar de mí.

Me quedé mirándola sin entender nada. ¿Qué tenía eso que ver?

—¿Tu marido te ha dejado en la calle? ¡Pero qué hijo de puta! ¿Él está allí, en el hotel? ¿Quieres que vaya a hablar con él? El hotel está aquí al lado. Puedo acompañarte. No puede dejarte en la calle así, con todo tu equipaje...

—No, él está en Buenos Aires, y no es todo mi equipaje. Dos sujetos me han robado dos de mis maletas frente al Arco del Triunfo.

—¿¿Cómo?!

—Mi marido le envió un *e-mail* al gerente del hotel, pidiéndole que me entregara el mensaje —empezó a decir, llorando a mares de nuevo—. Ha terminado conmigo mediante un correo electrónico que he recibido en cuanto he entrado en el establecimiento.

—No me lo creo. ¡Qué hijo de puta!

—He intentado pagar la habitación con dos de mis tarjetas... y resulta que él ha bloqueado todas mis cuentas. Sus abogados se podrán en contacto conmigo para hacer efectivo nuestro contrato prenupcial. Apenas tengo unos pocos euros en mi cartera y me han robado dos maletas —hipó—. He corrido tras los ladrones, pero no he podido alcanzarlos. Se han escapado con mis cosas y se ha puesto a llover, y no tengo dónde quedarme. Estoy helada, cansada, tengo hambre y no sé qué hacer —continuó, sin parar de llorar. Se tapó la cara otra vez con ambas manos—. Me ha pedido el divorcio mediante

un *e-mail* que ni siquiera ha tenido la delicadeza de enviar a mi correo electrónico. Todo el hotel ha debido de enterarse de ello. Todos se han quedado observándome. Estoy segura de que lo sabían. En mi vida había sentido tanta vergüenza. Ha acabado con nuestro matrimonio por intermedio del gerente del hotel.

Y, justo cuando creía que ya lo había visto todo en la vida, además de que pensaba que Maurice era terrible con las mujeres y que yo jamás encontraba las palabras correctas, descubría que el esposo de esa mujer era mucho peor que nosotros dos juntos. ¿Cómo podía haberla dejado sin un centavo a un océano de distancia de su hogar para pedirle el divorcio mediante un correo electrónico? ¿Qué clase de hijo de puta le hace eso a una mujer?

Las rodillas de Antonia flaquearon. La vi tambalearse para sostenerse de los maletines apilados sobre la maleta. Me lancé a por ella y la pesqué antes de que se fuese al suelo con el equipaje completo.

No rechazó mi abrazo.

—Tranquila, tranquila, todo saldrá bien. Te ayudaré. Tranquila, puedes confiar en mí.

El rostro de Antonia emergió por detrás del maletín que estaba encima de todo.

—No puedo pagarte una habitación de hotel, pero, si necesitas dónde quedarte esta noche hasta que resueles qué hacer... tengo un piso en Montmartre. Es a pocas paradas de metro de aquí. No es gran cosa; de hecho, cuando llueve a veces hay goteras. —Le sonreí, pero a ella no le hizo gracia—. Tengo habitaciones de sobra y está limpio. Puedo ofrecerte una cena caliente y si necesitas llamar a alguien...

Antonia volvió a limpiarse el rostro con ambas manos.

—Juro que no soy ni un asesino ni un perverso. Mis amigos pueden confirmártelo. Si quieres, puedo acompañarte a la comisaría por la mañana para que hagas la denuncia por tus maletas. —Hice una mueca—. De cualquier modo, dudo que vayas a recuperarlas. —Ella se quedó con sus ojos fijos en mí

—. Lo lamento. Qué mierda de visita a París has tenido. Espero que no se te quiten las ganas de regresar.

—No es la primera vez que vengo.

—Espero que no sea la última, y que las próximas sean en condiciones más felices.

—Amo esta ciudad —declaró, y el llanto la quebró otra vez.

—Oh, bueno, genial. Mejor así. —Giré la cabeza y vi a Didier; él alzó su muñeca derecha para, con un dedo de su mano izquierda, darle unos golpecitos a su reloj—. Bien, ¿qué me dices? Te juro que no estoy flirteando contigo ni nada parecido. Si no confías en mí, puedes preguntarles a mis vecinas..., ellas me conocen bien. Soy de confianza. Mis amigos me dicen que soy la reencarnación de la Madre Teresa de Calcuta porque voy por la vida socorriendo a los que necesitan ayuda. Te lo advierto, mi piso no es el Le Royal Monceau; sin embargo, tiene su encanto.

—No quiero ser una molestia.

—No es molestia, Antonia. ¿Puedo llamarte Antonia?

—Sí —me contestó, amagando una sonrisa.

—Perfecto, puedes llamarme Olivier. ¿Qué te parece si te echo una mano con todo esto —bajé la vista hasta su equipaje— y vamos a por mis cosas?, así esperamos el próximo tren. Haremos transbordo en Pigalle y, con una estación más, estaremos en mi casa. Los muchachos vendrán con nosotros algunas estaciones. Te los presentaré —le propuse alegremente, para insuflarle ánimos.

—Bien.

—¡Perfecto! Acompañame.

Antonia soltó su equipaje y se hizo a un lado. Cogí la maleta y sostuve encima los dos maletines para que no se cayeran, y la hice rodar por el suelo para poder arrastrar todo el equipaje hasta donde estaban los chicos esperándonos.

—Tengo que recoger mi guitarra y mi mochila —le comenté al ver que me

seguía—. ¿Nos has oído tocar?

Ella me respondió con cara de nada.

—Bien, pues eso, que toco la guitarra y canto. Didier toca el contrabajo y Maurice es pianista.

Ella continuó sin dar señales de tener el menor interés en lo que le contaba. Me detuve frente a mis cosas y Antonia se paró a mi lado.

—Muchachos, permitidme que os presente a Antonia. Antonia, éstos son Didier y Maurice.

—Hola. Es un placer —la saludó este último, tendiéndole una mano. Los anillos de oro refulgían sobre su piel oscura. Antonia reparó en ellos.

—Tienes dedos de pianista —le soltó Antonia, tomando su mano.

—Será porque lo soy —le respondió Maurice con una gran sonrisa.

—Mucho gusto, Antonia. Soy Didier Preleur.

—Hola —lo saludó ella, y movió los ojos hasta el gigantesco estuche del contrabajo.

—¿Y bien? ¿Este tipo te ha ofrecido su hospitalidad? Puedes confiar en él, es ciento por ciento inofensivo. Demasiado inofensivo. Eres turista, ¿no es así?

—Gracias por la acotación, Didier.

—Sí, no soy de aquí. —La voz de Antonia volvió a quebrarse.

—Antonia ha tenido un problema con su reserva en el hotel y pasará la noche en mi piso —anuncié a modo de explicación. Mejor no mencionar que su esposo la había dejado por correo electrónico. No quería que rompiese a llorar cual Magdalena otra vez. Eso se lo contaría más tarde por teléfono, cuando ella estuviese durmiendo.

—¿En qué hotel? —curioseó Maurice—. ¿Qué te ha pasado?

—En Le Royal Monceau.

Didier soltó un largo y agudo silbido.

—¿Y se quedará en tu casa?

—Didier, por favor, ¿sí? Antonia no está teniendo una buena tarde.

Ella negó con la cabeza, bajando la vista.

Recogí mi mochila del suelo y me la colgué de la espalda para luego pasar la tira del estuche de la guitarra por mi hombro.

—Tranquila, Antonia, Olivier es un buen tío.

Ella alzó la vista.

—Tan sólo cuídate de sus dos vecinas; esas dos mujeres están locas.

Le lancé una mirada de odio a Maurice. No estaban ayudándome con Antonia. La chica iba a salir espantada en cualquier momento.

—Era broma —intervino Maurice ante mi mueca.

Cogí los trastos de Antonia y, al girar un poco, divisé las luces de un vagón de metro que se acercaba.

—Y aquí llega nuestro transporte.

—Menos mal o se me hará tarde. Gilles pondrá el grito en el cielo si me retraso.

—Joder, Didier, que es temprano. ¿A qué hora tienes la cena?

—Es que es en una casa en el maldito culo del mundo. No entiendo por qué la gente tiene que vivir tan a las afueras de París. No me quiero ni imaginar lo que será salir de la ciudad a esta hora. La gente y sus condenadas casas de fin de semana.

—Eso te pasa por codearte con gente de dinero —replicó Maurice.

Los cuatro al mismo tiempo miramos la pila de equipaje con el clásico estampado de Louis Vuitton.

Ella se sonrojó.

—Andando o perderemos el tren. Acompáñame, Antonia.

Sin decir nada, me siguió y, detrás de ella, Didier y Maurice la imitaron, cargando el resto de los instrumentos y del equipo que habíamos utilizado toda la tarde para tocar.

Los cuatro nos apretujamos entre la gente que ocupaba el vagón al que entramos, junto con la maleta y los maletines Louis Vuitton, el gigantesco contrabajo y el resto de nuestros bártulos, que no eran poca cosa. La

conurrencia no nos observó con felicidad, precisamente. El tren arrancó y por poco los cuatro no nos fuimos a la mierda con la sacudida.

Antonia se prendió de mi brazo con ambas manos. Hubiese deseado tener una mano libre para sostenerla. La miré y le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Personificando la idiotez como un experto, me quedé observándola... ¿Cómo alguien podía romper ese matrimonio, teniendo ella aquella dulce mirada, aquella hermosa sonrisa? El tipejo debía de ser un verdadero hijo de puta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias, creo que estoy mejor. ¿No tienes frío sin tu abrigo?

—No, estoy bien, no te preocupes; eres tú la que está empapada.

—¿No podías sacar un paraguas de ahí dentro? —le preguntó Maurice, apuntando con su mentón en dirección a su equipaje.

Antonia negó con la cabeza.

—¿Y qué llevas entonces?

—A decir verdad, no sé qué hay en esta maleta.

Maurice se la quedó mirando con curiosidad.

—Traía tres iguales y me han robado dos.

—¿Te han robado? ¿Cuándo?, ¿cómo?

—Frente al Arco del Triunfo.

—¡Qué putada! —soltó Didier, abrazando el contrabajo contra su pecho mientras que con la otra mano se sostenía del techo del tren—. ¿Has ido a la policía?

—La acompañaré por la mañana —aclaré, interrumpiendo la conversación, porque los ojos de Antonia comenzaban a hacer agua.

—Menos mal que traías tres maletas.

Miré a Maurice poniéndome bizco. Desde su posición, Antonia no podía verme y necesitaba hacer que los muchachos cambiasen de tema de una maldita vez.

—Mañana iré por la camioneta a las siete, si os parece bien. —Ya lo

habíamos hablado al menos media docena de veces, pero saqué el tema de nuevo; hasta el martes tendría alquilada una camioneta para poder transportar nuestros instrumentos hacia los bares en los que íbamos a tocar desde el día siguiente hasta el lunes próximo, porque nosotros tres podíamos arreglarnos más o menos con nuestras cosas en el metro, pero, para nuestras actuaciones de fines de semana, contábamos con la compañía de Lianne, una baterista que nos acompañaba cuando tocábamos en vivo en otros sitios que no fuesen bajo tierra. Lianne no podía sumarse a nosotros durante el día, porque trabajaba en un banco de lunes a viernes. Ella era la única de los cuatro que tenía un trabajo fijo. Maurice tenía unos cuantos alumnos de piano, con los que arreglaba los horarios para poder tocar con nosotros durante el día, y Didier, además de ser músico, se ganaba la vida igual que Gilles; era entrenador personal, por lo que se acomodaba sus clientes para que no se le cruzaran con nuestros horarios de tocar en el metro.

Por mi parte... mi única ocupación fija por esos días era bajar al metro a tocar con ellos.

—Sí, perfecto. ¿Pasas primero a buscar a Lianne y luego vienes por mí?

—No te emociones, Maurice —rio Didier—. Sabes que Lianne no quiere saber nada contigo. No te entusiasmes y, por favor, no la hagas enfadar. Ya sabes cómo se pone cuando la fastidias. Si se queda durante toda la actuación con mala cara, no volverán a contratarnos para tocar. Vosotros dos nos espantáis el poco público que tenemos.

Lianne llevaba dos meses en la banda con nosotros; nuestro último baterista era un desastre que rara vez aparecía sobrio, o medianamente sobrio, a una actuación. Encontrarla fue una suerte y, para Maurice, un flechazo. Desde entonces intentaba conseguir una cita con ella. Lianne ya le había dicho de frente y sin pelos en la lengua que no estaba interesada en él, era así de directa y sincera; sin embargo, Maurice no daba su brazo a torcer.

—No hago tal cosa. —Maurice no pudo sonar más a la defensiva.

—Déjala en paz. Olvídate de que es una mujer. Es nuestra baterista, una

demasiado buena, y todavía no entiendo por qué accedió a formar parte de la banda. Si la espantas, estás fuera. —Didier lo apuntó con un dedo—. No bromeo.

—La banda no es tuya.

Me sonreí y, por el rabillo del ojo, capté la sonrisa de Antonia mientras me miraba.

—Le diré a Olivier que te saque de la banda.

—Oli jamás me echaría del grupo. No es así. —Maurice me dio un abrazo—. Somos como hermanos.

Ante las palabras de Maurice, la sonrisa de Antonia se ensanchó un poco más.

—Sí, claro, se os nota en el color de piel que sois como hermanos.

—¿Estás ciego?, si tenemos los dos los mismos ojitos azules. Mi hermano salió con el pelo un poquito más claro. —Acompañó sus palabras con un movimiento de la mano hasta mi cabeza y revolvió mi cabello rubio, despeinándome todavía más... o quizá estuviese haciéndome un favor metiendo sus dedos allí, pues esa mañana no me había pasado el peine ni de lejos—. Tienes las greñas descontroladas, hermano —comentó, apartando su mano de mí. Él llevaba su pelo cortado casi al rape.

Más allá de que Maurice tenía el pelo rizado a lo afro, los ojos casi negros y la piel de un marrón intenso, él era para mí lo más parecido a un hermano que pudiese tener. Nos conocimos a los seis años, en la escuela, y desde entonces no nos habíamos separado jamás. Si hasta habíamos asistido juntos al conservatorio de música. El padre de Maurice era un jazzista de pura cepa, y su madre, una profesora de canto; él, igual que yo, llevaba la música en los genes. Bien, en realidad su herencia musical provenía de una estirpe mucho más refinada. Fuera como fuese, pese a mi herencia, los padres de Maurice me habían aceptado como parte de su familia, sin más.

—Eso es cierto —opinó Didier, moviéndose, pues la siguiente parada era la suya—. Ojalá consideres, al menos, peinarte mañana. Mejor si pasases por

la peluquería.

—Prometo que me lo peinaré —resoplé.

El metro comenzó a desacelerar.

Giré la cabeza en dirección a Antonia, quien continuaba con los ojos fijos en mí.

—No les hagas caso —le dije con una sonrisa.

—A mí me gusta tu cabello como está.

—Pues yo que tú me mantendría alejada de eso. —Maurice apuntó vagamente en dirección a mi cabeza—. Dios sabe qué habrá ahí, dentro de esa maraña.

—Lávate el pelo —repitió Didier antes de comenzar a moverse en dirección a las puertas. Se volvió y espió en nuestra dirección por encima de su hombro—. Ha sido un placer conocerte, Antonia.

—Igualmente.

—Hasta mañana —se despidió de Maurice y de mí.

El tren se detuvo.

—Que no se os haga tarde.

Me di por aludido ante las palabras de Didier. Era yo el que tenía un problema con llegar a tiempo a todas partes, sin importar cuántas alarmas pusiese para despertarme o con cuánta antelación me preparase.

—Y no fastidies a Lianne. —Volvió a apuntar con su dedo a Maurice.

Sonreí. Nos despedimos una última vez con la mano. A Didier se lo llevó la marea de gente que bajaba del vagón de metro en su estación.

—La siguiente parada es la nuestra —avisé a Antonia.

—Bien. —Volvió a prenderse de mi brazo cuando el tren arrancó.

—No te han golpeado cuando te han atracado, ¿no? —curioseó Maurice—.

Mi prima Nadine es doctora en...

—No, no me han hecho daño. Gracias por preguntar.

Me sentí como un idiota por no habérselo preguntado yo antes.

—Si quieres, podemos ir a verla. —Quizá fuese un poco tarde para intentar

reparar mi error, pero...

—No, de verdad, estoy bien.

—Sí, seguro que te sentirás mejor después de una ducha caliente y de que te cambies de ropa. Puedes confiar en mi hermano. Es inofensivo. No lastimaría ni a una hormiga. Estarás bien en su casa... Todo lo bien que se puede esperar de ese sitio que no es el hotel en el que pensabas alojarte.

—Maurice, no ayudas.

—No hay problema, solamente necesito un techo bajo el que pasar esta noche.

—Bueno... techo, al menos, tiene. No esperes mucho más —bromeó él.

Me sentí enrojecer; no solía darme vergüenza mi piso, pero tenía muy claro que no debía de ser nada parecido a lo que ella estaba acostumbrada.

Huiría despavorida en cuanto pusiese un pie en mi hogar.

Intenté recordar en qué mal estado lo había dejado todo allí y acabé cediendo a favor de no hacer memoria, porque lo más probable era que mi cocina hubiese quedado hecha un asco, con platos, tazas, vasos, cacerolas y demás enseres sucios en el fregadero. Mi habitación no debía de estar mucho mejor, y mi baño... Al instante quedé empapado en sudor.

—Es un edificio antiguo —solté en mi defensa. También lo era la última ocasión en la que había puesto un poco de orden en casa.

—Sí, eso sí, y tiene su encanto. En la planta baja hay una panadería que es una perdición. A ver si mi hermano se comporta como buen anfitrión y mañana por la mañana te tiene algo sabroso para desayunar. —Maurice me tiró un codazo. Sabía lo que debía de estar imaginándose. Dudaba que Antonia tuviese ánimos para acabar en mi cama, y a decir verdad, pese a que saltaba a la vista que era una mujer hermosa, un no sé qué coartaba mis ganas de flirtear con ella. Quizá fuese su equipaje, muy probablemente el anillo en su dedo y, sin duda, influenciaba también el hecho de que hubiese llorado desconsoladamente cuando me había contado el modo en el que la había dejado su esposo.

Esa noche no sería entre ella y yo... y, muy probablemente, no sería ninguna otra. Suponía que por la mañana huiría a algún otro hotel de lujo o, por qué no, en dirección al aeropuerto para regresar a su hogar. Esa tarde y esa noche en su compañía no serían más que una anécdota y mi vida seguiría adelante, igual que la suya.

—Es hora de bajar —la avisé cuando el metro desaceleró—. Hasta mañana, Maurice.

Di un paso al lado y Antonia volvió a prenderse de mi brazo, siguiéndome.

—Adiós —se despidió ella con su voz suave y un tanto rasposa. Tenía voz de cantante de soul o de jazz, profunda y algo áspera.

—Adiós. —Le sonrió a Antonia y me miró—. Te llamo más tarde.

—Ok. —Continué avanzando hasta la puerta con Antonia cogida de mi brazo. Ya imaginaba yo que no sería capaz de aguantar hasta la noche siguiente para que le contase todo lo que pudiese saber de Antonia; me dije que incluso debía de estar esperando un relato detallado de lo que aún no había sucedido entre ella y yo, de lo que no sucedería. De verdad que en esa ocasión no me apetecía ser el revolcón por despecho de nadie.

Otro día quizá sí; esa noche, no.

Bajamos del vagón. La guie por la estación para hacer la combinación con la línea doce. Antonia se mantuvo pegada a mi cuerpo en los abarrotados pasillos y escaleras.

Ya no lloraba, pero sus ojos continuaban irritados.

Su silencio debía deberse al mal momento que estaba pasando; el mío, a que no sabía qué decir... y mi día poco iluminado no ayudaba. Ojalá la pobre hubiese llegado a mi vida en un mejor momento. Hubiese podido intentar animarla o, al menos, darle conversación para que se olvidase durante un rato de las cosas que indudablemente daban vueltas por su cabeza. Imposible, porque en ese momento no podía desprenderme de las que daban vueltas por la mía.

No quería ponerme en plan melancólico; hacía años que en esta época del

año no la lloraba; sin embargo, por lo visto, la fecha, esta vez, no pasaría desapercibida.

—¿Habías viajado antes en el metro de París?

Antonia negó con la cabeza.

—Hay otra ciudad aquí abajo.

—Sí, eso parece. Oí decir que es inmenso. En Buenos Aires no es tan grande y las estaciones no son tan bonitas.

—Y tienen una acústica increíble.

Ella me sonrió.

Nos quedamos en silencio otra vez, yo luchando con su equipaje y mi guitarra para moverme entre la gente.

—¿Llevas mucho tiempo tocando en el metro?

—Sí, un par de años.

Ella aceptó mis palabras. Un sujeto se la llevó por delante, empujándola contra mí.

Antonia me pidió disculpas y yo insulté al tipo trajeado que se alejó corriendo.

—¿Estás bien?

—Sí, no ha pasado nada.

—Lamento no haber tenido la precaución de preguntarte antes si estabas herida o algo por el estilo.

—Está bien, no te preocupes. Ya eres lo suficiente atento y generoso por acompañarme ahora, por permitirme ir a tu casa. La verdad es que estoy muy avergonzada. No es que tenga por costumbre aceptar invitaciones de este estilo, de parte de extraños.

—Imagino que no. Es un honor que hayas aceptado la mía —bromeé—. No pasa nada, todo el mundo tiene derecho a sentirse perdido una vez en la vida. Es bueno poder estar ahí para quien se pierde. A mí me gustaría que, si un día me sucediese, alguien estuviese ahí para socorrerme.

—Tus amigos... —aventuró ella.

—Sí, imagino que ellos estarían allí para mí.

—Parecen personas agradables.

—Lo son. Son buenos seres humanos.

—También lo eres tú. No sé cómo pagarte lo que haces por mí.

—No pasa nada, ya te lo he dicho..., esto es una cadena de favores. Además, no hay problema, en mi piso tengo espacio de sobra. No tengo grandes lujos, pero tiene buena vista y, si bien hay algunas goteras, en su mayoría el apartamento ha de estar seco.

Llegamos al andén de la línea doce.

—Una sola estación y estaremos en casa.

Ella asintió con un parpadeo.

—Parece que todavía llueve —comenté, señalándole con la mirada a las personas que sostenían paraguas que goteaban—. Mi piso está a un par de calles de la boca de metro. Tendremos que mojarnos un poco.

Hizo el amago de quitarse mi abrigo de encima.

—No, no, no, quédatelo. No te preocupes. Estaré bien. Puedo cambiarme en cuanto lleguemos a casa. ¿Conoces Montmartre?

—Sí, he visitado la basílica del Sacré Coeur en alguna ocasión.

—Vivo en la calle Trois Frères.

—Nunca la había oído nombrar.

—Sí, bueno, no es una calle muy turística, pero es bonita. Hay un par de restaurantes estupendos muy cerca: uno, de comida brasileña, que es para chuparse los dedos... y el otro es una *trattoria* italiana que prepara comida digna de los dioses. ¿Has visitado alguna vez el muro de los «te quiero»? Está justo detrás de la estación por la que saldremos, la estación de Abbesses.

—No, no he estado nunca en ese muro. Abbesses es una calle, ¿no? El nombre me resulta familiar.

—Sí..., hay tiendas; es una calle bonita, pintoresca. Mi piso está ahí al lado.

Los dos oímos el tren aproximarse y volvimos la cabeza hacia el túnel al

mismo tiempo.

—No te preocupes, en nada estarás dándote una ducha caliente. ¿Tienes hambre?

—Una ducha caliente me sentará muy bien.

—Eso y un té, al menos. Puedo prepararte unas tostadas.

—No quiero ser una carga.

—No te preocupes, de verdad que no es problema. Me gusta tener gente en casa conmigo. A veces el piso parece demasiado grande para mí solo. Ya lo verás. Si no lo deseas, ni siquiera tendrás que verme.

Antonia se quedó mirándome. El tren se detuvo frente a nosotros.

Con poca delicadeza, arremetí con todo lo que cargaba encima para poder entrar en el vagón, de tanto en tanto espionando hacia atrás para asegurarme de no perderla.

Creo que pisé a alguien y a otra persona le di en la espalda con los maletines Louis Vuitton. Pedí disculpas y me reí ante la mala cara que me puso un señor mayor, a quien sólo le faltó gruñirme. Cuando mi mirada se cruzó con la de Antonia, vi que me sonreía tímidamente con complicidad.

Durante nuestro muy corto último trayecto de metro, me dediqué a observarla mientras ella tenía la mirada perdida entre el resto de los mortales que nos rodeaban. No parecía formar parte de la multitud, y no porque la diferenciase de los presentes su nacionalidad, sino porque tenía una presencia completamente distinta, como si fuese una alienígena, como si no comprendiese nada de lo que sucedía a su alrededor.

Con la vista fija en su perfil, suspiré. Ella tenía que estar afectada por lo sucedido, era yo quien se sentía un alien en ese mundo. De todas maneras, a Antonia parecía quedarle pequeño el metro de París, a pesar de lo inmenso que era. Es como cuando de niño todo te parece más grande, demasiado basto, y, al crecer, te das cuenta de que no lo es y el mundo comienza a apretarte por todos lados, a asfixiarte. A pesar de las marcas de expresión en su rostro, tenía los gestos de una niña, de una un tanto desorientada, quizá demasiado perdida.

Continué escrutando su rostro hasta que mis ojos, inconscientemente, se desviaron en dirección a su oreja izquierda, la que quedaba a mi vista. Antonia había apartado su cabello por detrás de sus orejas, desnudándolas de su rubia melena, la cual, por el color de sus cejas, no era de su tono natural, eso quedaba claro; el rubio le quedaba bien, pero al parpadear me la imaginé con su cabello castaño, y me dije que sin duda debía quedarle aún mejor. A decir verdad, hubiese lucido igualmente hermosa con la cabeza rapada. Volviendo a sus orejas... En el arco superior de la izquierda tenía varias perforaciones en las que debía de haber pasado mucho tiempo desde la última vez que luciera un *piercing* o cualquier otro tipo de pendientes. Dichas perforaciones debían de ser rastros de una vida algo distinta a esa que en ese instante la tenía andando por la vida con maletas de Louis Vuitton y ropas tan elegantes, o con un anillo como el que llevaba en el dedo.

Como si se hubiese percatado de que la contemplaba, Antonia alzó su brazo izquierdo para medio cubrirse la cara, para, innecesariamente, volver a acomodar su cabello despeinado, que comenzaba a rizarse, por culpa de la humedad, detrás de su oreja. El puño de su camisa se bajó un poco para sacar a la patética luz fluorescente del metro un modelo de reloj de Cartier imposible de no reconocer.

Antonia pasaría el resto de la noche arrepintiéndose de haber aceptado mi ofrecimiento de pasar la noche en mi casa. Le bastaría con echar un vistazo al edificio desde fuera para querer huir.

Bajó el brazo y el anillo refulgió.

Otra vez repetimos la situación: la avisé de que era nuestra parada, aferré todos nuestros bártulos con fuerza y ella se agarró de mí como si temiese perderme.

Bajamos del tren junto con la marea de gente que regresaba a sus respectivos hogares.

No resultó fácil salir de la estación cargando con todo aquello, pese a que Antonia quitó de mis manos el peso de sus dos maletines. La maleta, de

cualquier modo, pesaba una tonelada y, con la guitarra y mi mochila a cuestas, sumado a la escalera mojada... me sentí como el ser humano más torpe del planeta. Definitivamente, mi pose de caballero al rescate estaba viéndose seriamente afectada por mi mal desempeño en hacer que su equipaje trepase por la escalera. Intuí que internamente debía de estar odiándome por cada golpe que le daba a su maleta contra el canto de los escalones... y ciertamente tampoco debió de agradecerme el topetazo que le di en la espalda con el estuche de mi guitarra cuando esquivé a una señora que pretendía bajar en la estación.

De la vergüenza, volví a enrojecer.

¿Qué demonios llevaba dentro de la maleta, que pesaba tanto?

Rogué que no fuese droga ni ninguna otra clase de producto de contrabando.

Para rematar, continuaba lloviendo.

Chorreaban hilos de agua del alero de la estación.

Me detuve dos escalones antes de llegar a la plaza en la que desembocaba la escalera, junto al carrusel.

—Ponte bien el abrigo y ciérralo, que llueve a mares.

—Mejor te lo pones tú. —Hizo otra vez el amago de tendérmelo.

—No, nada de eso. Abrígate o te enfermarás.

—¿Seguro?

—Sí, no hay problema. —Miré las gotas de agua rebotar contra los adoquines. Llegaría a casa convertido en pez. Le sonreí—. Tendremos que apresurar el paso.

—Sí.

—No sé de dónde demonios ha salido esta tormenta, no estaba anunciado que lloviera.

—Me apena muchísimo que vayas a mojararte por mí.

—Lamento decirte que tú también te mojarás.

Antonia me sonrió.

—Tenemos que tomar la calle a tu izquierda.

Espió hacia fuera.

—¿Lista para correr? —Ella bajó la vista a sus tacones—. Bueno, para apresurar el paso.

Asintió.

—¿A la de tres?

—Bien.

—Será divertido. ¿Cuándo fue la última vez que anduviste bajo la lluvia?

—No lo recuerdo.

Subí los escalones que restaban. Ella me siguió. Sobre nosotros, el alero protegiéndonos. La lluvia caía tan fuerte que rebotaba en el suelo para mojar mis pantalones hasta las rodillas.

—¿Lista?

—No; sin embargo, no creo que pueda estarlo. —Aferró con fuerza los maletines que cargaba en las manos.

—¿En tres? —Al menos con eso había logrado sacarla de su ensimismamiento. Era una tontería, pero como mínimo en ese momento pensaba en la lluvia y no en el hijo de puta de su marido pidiéndole el divorcio mediante correo electrónico.

Un par de chicas pasaron corriendo por delante de nosotros, tapándose las cabezas con sus abrigos. Iban en nuestra dirección. Había gente corriendo y caminando deprisa en todas direcciones. Sonó un trueno. El cielo estaba tan oscuro que casi parecía de noche.

Asintió con la cabeza.

—Uno. —Rogué para no irme al suelo con maleta y guitarra—. Dos. —Ya me veía pasando vergüenza—. ¡Tres!

Antonia salió de debajo del alero antes que yo, para rodear la salida de la estación.

—¡Mierda! —chillé, tirando del equipaje. El agua estaba helada.

En la garganta de Antonia se ahogó una exclamación.

Echamos a correr por la calle que se curvaba a la izquierda. Apenas si se

podían tener los ojos abiertos debido a la fuerza con la que caía la lluvia.

Corrimos por los adoquines, esquivando las pilonas de acero y pasando junto a la tienda de recuerdos de la esquina. Los camareros del restaurante de enfrente, que estaban en la puerta con cara de aburridos porque todavía no tenían mucho que hacer, nos observaron, divertidos. Tuve ganas de mandarlos a la mierda cuando los dos se sonrieron al vernos en esa situación complicada a causa de lo que cargábamos y la lluvia torrencial. En la puta vida volvería a sentarme a comer en una de sus mesas.

—¡Cruza! —le dije, para cambiar de acera.

Los dos pasamos entre las pilonas para circular por el lado izquierdo de la calle, cortando así la curva, ya que la vía torcía hacia ese lado. Odié a todos los de las tiendas por tener los toldos cerrados.

Doblamos en la esquina, pegándonos a la pared para esquivar las motos y bicicletas encadenadas a los arcos de metal frente a la puerta azul del edificio de la esquina.

Entremezclado con el olor de la lluvia, me llegaron los dulces perfumes de la crepería de enfrente.

—¡Es allí encima! —Apunté hacia la esquina opuesta, gobernada por las paredes rojas de la panadería, junto a las escaleras que trepaban camino al Sacré Coeur... Si bien al otro lado de ésta había un terreno baldío y, por fin, mi inmueble, apuntalado por detrás con unas estructuras de hierro nada elegantes, por no mencionar las paredes llenas de grafitis a alturas insospechadas, pero mi edificio tenía su encanto.

La panadería todavía estaba abierta y pensar en pan despertó mi apetito.

Le hice cruzar de acera otra vez, hasta llegar a las puertas del restaurante Les Trois Petits Cochons. Tuvimos que detenernos en la esquina para dejar pasar una camioneta negra.

—Te dije que era muy cerca —entoné para animarla, después de escupir agua de lluvia.

Con las gotas cayéndole en la cara, Antonia alzó la vista por los cuatro

pisos del edificio.

Allí estaba la mueca de arrepentimiento en su rostro.

—Andando.

Se demoró en cruzar por detrás de mí.

Cuando viese que el inmueble no tenía ascensor, la pobre saldría huyendo o yo llegaría al cuarto piso con la cintura destrozada.

Sus tacones repiquetearon detrás de mí.

Odié que no tuviésemos siquiera una miserable moldura que atajase la lluvia a los pies de la puerta de entrada.

Solté la maleta, descolgué la guitarra de encima de mis hombros y a continuación la mochila, para buscar mis llaves. Antonia me vio hacer. Las malditas llaves me patinaban en las manos mojadas. Encajé la llave en la cerradura y la hice girar. Empujé la puerta y ésta no abrió. Cada vez que llovía pasaba lo mismo, la humedad la hinchaba y había que patearla o, como mínimo, darle un buen empujón para conseguir que cediera. Empujé un poco y no lo logré. Le di con el hombro y tampoco, nada.

—La madera se infla con la lluvia —le expliqué, intentando sonreír. Ella ya no sonreía ni un poco. El agua de lluvia corría por su cara. Resopló y de sus labios, al moverse, soltaron diminutas gotas en mi dirección.

En mi rostro quedó expuesta una mueca desgraciada, tan desgraciada y patética como mi actuación en ese instante. Giré la llave una vez más y le di de lado a la puerta con todo el peso de mi cuerpo. Reboté.

Preferí no fijarme en qué cara ponía.

Cuando le contase eso a Maurice, se mearía de risa a mi costa.

—Un segundo —le pedí a Antonia—. Enseguida estamos dentro. — Esperaba que así fuese.

Tomé distancia de la puerta y, con los brazos estirados, hice girar la llave una vez más para mover el pestillo al tiempo que alzaba la pierna derecha para lanzarle una patada a la puerta.

Antonia retrocedió un poco, espantada ante mi bestialidad; al menos logré

abrir la puerta.

Me aparté.

—Pasa. Bienvenida a mi hogar.

De puntillas y con pasos cortos y rápidos, Antonia accedió al amplio recibidor de mármol.

Pesqué su maleta y entré tras ella. El recibidor estaba a oscuras, al igual que la interminable escalera también de mármol.

Dejé la maleta en el suelo, empujé otra vez la puerta para cerrarla y, de un manotazo, encendí la luz, iluminando la estancia y la escalera todo a lo alto, varios pisos de viejos y muy gastados escalones de mármol.

La vi alzar la cabeza una vez más.

—¿No hay ascensor?

Negué con la cabeza, sonriéndole.

—¿En qué piso vives?

—En el cuarto y último, en la buhardilla.

Su cara de horror fue como para sacarle una foto.

Reí.

—Es buen ejercicio.

—¿Es así cómo te entrenas, subiendo y bajando la escalera?

¿Había notado mi cuerpo? Eso no sonaba nada mal.

—Sí, es parte de mi ejercicio diario —reí—. ¿Vas al gimnasio? —Delgada se la notaba.

—Sí. Soy instructora de *krav magá*.

—¿En serio?! —solté, sorprendido. Mejor que no diese un paso en falso porque, si eso era verdad, probablemente terminaría con un par de huesos rotos o reacomodados en posiciones poco ortopédicas.

—Sí. ¿Has practicado alguna vez esta disciplina? —Se inclinó para dejar lo que cargaba en el suelo.

—No. Soy un hombre bastante pacífico.

—Básicamente se enseña para defensa personal —me corrigió, quitándose

el zapato derecho.

—Bueno, de mí no tendrás que defenderte —le aclaré, medio en broma, medio en serio. No me interesaba comprobar si era buena. Imaginé que ella, Didier y Gilles tendrían mucho de que hablar; a ambos les gustaban todas las técnicas de lucha habidas y por haber.

Se quitó el zapato izquierdo y arrojó los dos dentro de su bolso.

—Tú indicas el camino.

—Arriba, hasta que se acaba la escalera. —Sonreí y apunté hacia lo alto del hueco.

La buhardilla

El mármol de los escalones estaba helado, pero la sensación no era del todo desagradable, porque la piedra tenía una suavidad única, la ganada con el pasar de los años. La vida le había quitado sus bordes afilados para darle una nueva forma, como si, en vez de ser materia sólida, fuese una masa blanda que la historia se hubiese encargado de modificar para amoldarla a ese presente, y seguro que continuaría cambiándola para que fuera lo que necesitase ser en el futuro.

Me detuve un segundo y espí hacia atrás. Olivier luchaba con mi equipaje.

Todavía no podía creer que me hubiese metido en la casa de un extraño, que hubiera aceptado, de ese joven hombre de cabello rubio y ojos azules, con cara de niño y mirada inocente, su propuesta de alojarme en su piso por esa noche.

Cuando entré en la estación del metro ni siquiera reparé en él; había oído la música, pero no me molesté en buscar su fuente. La fuente era él y el grupo que formaba con sus amigos, Maurice, de sonrisa fácil y piel oscura, y Didier, un joven hombre de complexión y porte muy elegantes, alto y de estupendo cabello. Al ver a Didier, al instante lo comparé con Gastón, pues mi esposo tenía la misma complexión, y el cabello igual de oscuro y tupido. En ese momento se me formó un nudo en la garganta, y volvía a formármese entonces.

Gastón me había dejado y quería el divorcio.

¿Cómo era posible que eso me estuviera sucediendo?

—¿Todo en orden? —quiso saber Olivier, al percatarse de que me había detenido.

Me quedé observándolo, porque no podía tener una mirada más amable y un rostro más hermoso; uno al que me daba la impresión de que le faltaban las marcas que la vida te pone encima. Debía de tener más de veinticinco años y, sin duda, vivía una vida sin demasiado estrés, una vida un tanto relajada, casi de *hippie*. No lo imaginaba amargándose por el pago de las facturas o por cumplir horarios. Si tocaba en el metro, muy probablemente no seguía demasiados horarios ni tenía demasiados compromisos. Era un músico callejero, no un empresario. Todo su aspecto era relajado, desde sus vaqueros hasta sus botas de cuero marrón, y para qué hablar de su melena, larga y despeinada; su suéter era una masa informe a la que no le importaba pretender ser más de lo que era: un abrigo simplemente. Hasta la mochila, detrás de los hombros de Olivier, era el vivo reflejo de una vida sin mayores compromisos, de tela de denim muy gastada, combinada con un cuero negro que mostraba desgarros y roturas en su superficie.

Me sonrió y envidié su sonrisa y toda su vida; ojalá a mí no me importase nada, como seguramente no le importaba nada a él; ojalá pudiese vivir mi vida sin necesitar demasiado, sin preocuparme por grandes cosas.

Me pregunté si en diez años su vida seguiría así de libre o se convertiría en alguien como yo, contenido dentro de un molde cuyas paredes eran mi propia existencia, lo que yo había hecho de ella.

Jamás podría vivir su vida. No podría ser él, para qué engañarme; yo solamente quería recuperar mi vida, a mi marido, mis planes de futuro.

Olivier alzó las cejas, expectante.

—Sí, todo está bien —contesté.

—¿Cansada? Faltan solamente dos pisos.

—No, estoy bien. ¿Puedes con eso? Puedo cargarla yo y tú llevas esto.

—No, de ninguna manera. No es tan pesada. —Me sonrió.

Viviendo en la luna o no, aun así, era el perfecto caballero.

—Gracias por permitirme pasar la noche aquí —le dije otra vez, si bien tenía miedo de lo que fuese a encontrarme al llegar arriba. El edificio era muy

viejo y saltaba a la vista que estaba bastante descuidado. No estaba sucio, no había pintadas en las paredes y por los pisos por los que habíamos pasado no encontré personas tiradas en los pasillos ni oí gritos ni nada que me hiciese pensar que estaba metiéndome en un antro de mala muerte; sin embargo, la última vez que las paredes de allí debieron ver pintura fue, sin duda, mucho más de una década atrás.

Intenté mantener el buen humor y no pensar en cucarachas, colchones sucios en el suelo o botellas de alcohol olvidadas por ahí junto con restos de porros y ese tipo de cosas. Olivier no olía ni a alcohol ni a marihuana, ni siquiera a tabaco; a decir verdad, su ropa olía a perfume y a limpio... El abrigo que llevaba puesto debía de tener muchos años y, sin embargo, no tenía ni rastros de ningún olor a humanidad reconcentrado ni nada parecido.

—No pasa nada. Ya te lo he dicho, mi piso es enorme y me gusta compartirlo con quien lo necesite. —Tirando de mi maleta para subirla un nuevo escalón, pasó por mi lado. Su largo flequillo le cayó sobre los ojos, dándole una apariencia todavía más juvenil. Ojalá tuviese yo otra vez su edad. Los diez años que debían de separarnos en este instante me pesaban horrores. Lo mucho que deseaba tener esos diez años menos... porque, si no conseguía resolver mis problemas, sería una fracasada de casi treinta y siete años que no tenía absolutamente nada, ni esposo, ni hijos, ni casa, ni dinero ni profesión.

Tenía que hablar con Gastón. Nuestra vida en común no podía acabarse así. Olivier continuó ascendiendo.

—Mañana intentaré sacar dinero y te pagaré por la noche de estancia — solté de la nada, y él se detuvo.

—No es necesario, Antonia, de verdad, no te preocupes. No es preciso. Anda, ven, no te quedes atrás.

De un salto, lo seguí, porque no supe si aquello fue una advertencia de no separarme de su lado o qué. Espié hacia atrás. No había nadie en el corredor y, de hecho, todo continuaba en silencio, como si fuésemos los únicos en el edificio.

Alcanzamos el tercer piso. En los descansillos no había más que una puerta. Los apartamentos debían de ser grandiosos. Sin duda, en sus buenas épocas ese edificio tuvo que ser de categoría, alojando a ciudadanos respetables. El mármol en los escalones y hasta media altura en las paredes seguro que costó mucho dinero cuando el inmueble fue construido; me figuré que el pasamanos de madera oscura debía de proceder de un árbol ya extinto, y todos los apliques de luz, tanto en la espiral de la escalera como en las paredes del pasillo de cada piso, eran de bronce, con tulipas de cristal. Dicho sea de paso, me sorprendió que todas estuviesen enteras, que no faltase ninguna. Lo único lamentable del edificio era que no tenía ascensor... Quizá quienes habían vivido allí en el pasado no fueran tan adinerados, después de todo.

Pasamos por delante de la entrada del apartamento de la tercera planta y me pareció oír música. Eché una mirada hacia la puerta, sin lograr captar demasiado.

—Ya casi estamos. Un piso más y estaremos en casa —me anunció Olivier con su alegre voz.

Imaginé que ese chico no debía de saber lo que era el mal humor, que poco o nada debía sacarlo de sus casillas.

Gastón se hubiese puesto de un humor de perros por el mero hecho de que se arrancase a llover y no contar con un paraguas a mano. Ese joven, en cambio, se había reído bajo la lluvia y al medio resbalar con los adoquines mojados.

Hasta dos horas atrás, a mí también me hubiese enfurecido el quedar en las condiciones en las que me encontraba, así calada hasta los huesos, despeinada y muy probablemente con todo el maquillaje corrido, y para qué hablar después del robo de mis dos maletas; en ese instante, mis problemas eran bastante más serios que el agua de lluvia que me había empapado. Era un asteroide flotando a la deriva.

—Unos escalones más —me animó Olivier, quizá malinterpretando lo

ralentizado de mis pasos.

Se me escapó un suspiro; quedaba poco para ver en qué me había metido.

Olivier llegó al final de la escalera media docena de escalones antes que yo. Hizo rodar mi maleta por el suelo de mármol en la misma dirección en la que estaban ubicadas las puertas en los otros pisos. Las llaves en su mano tintinearón cuando las movió, buscando una en particular.

Dejé atrás el último escalón y lo vi enfrentar una de aquellas espectaculares puertas de madera de doble hoja, que estaban rematadas con un arco de medio punto que era una pieza de vidrio pintado de un verde claro, en el que la transparencia del cristal le daba vida a una hiedra de fluidos zarcillos.

Olivier abrió la cerradura al tiempo que me detenía a su lado.

De un tirón, quitó la llave y movió el pomo hacia abajo para, con un pie, empujar la puerta desde abajo.

—La humedad —soltó a modo de explicación otra vez.

Le dediqué una media sonrisa sin ninguna gracia.

Ya me veía durmiendo en un colchón húmedo y maloliente.

¿En qué estaba pensando cuando acepté venir aquí? Definitivamente, lo sucedido había coartado mi raciocinio hasta el punto de meterme a mí misma en una situación que no auguraba nada bueno.

¿Cómo haría para largarme de allí si el lugar era un asco, sin resultar maleducada ni desmoralizar sus buenas intenciones?

Olivier logró abrir la puerta y toda la estructura de la misma tembló.

Empujó la superficie y conseguí ver un recibidor de paredes claras y suelo de madera muy oscura. El espacio era un ovalo en penumbras. Por detrás del arco en el que terminaba al otro lado de la entrada, me pareció divisar un espacio enorme que terminaba en una pared inclinada y ventanas que sobresalían de ésta hacia el cielo plomizo de París.

—Bienvenida a mi humilde hogar. Después de ti. —Esto último lo entonó tras dedicarme una pequeña reverencia.

Reuní valor y pasé junto a él para entrar, comprendiendo que, si era un maniaco, un asesino o cualquier cosa por el estilo, una vez que pusiese un pie allí dentro, estaría perdida, porque, por más que gritase, nadie me oiría jamás.

Despacio, me hice lugar en el recibidor de la entrada para comprender que todo lo que esperaba de aquel sitio no se parecía en nada a la realidad. Si en el pasillo exterior faltaba pintura, las paredes allí dentro debían de llevar pocos meses pintadas. El recibidor, de techo abovedado del que pendía una lámpara en forma de gota confeccionada en alabastro y bronce, era de una blancura extrema.

Olivier entró acarreando mi maleta.

Allí me quedé viéndolo hacer, justo debajo de la lámpara. Él encendió la luz del techo y todo quedó iluminado de un blanco cremoso.

Se dio la vuelta y me sonrió.

—Es por allí —me indicó, apuntando por encima de mi hombro derecho.

Giré sobre mis talones y él me rodeó para pasar por debajo del arco de madera labrada con el mismo motivo de hiedra que mostraba el cristal sobre la puerta.

Olivier podía tener un aspecto muy sencillo y despreocupado; su piso, no.

El espacio al otro lado del arco no era grande, sino gigantesco.

El suelo de madera oscura parecía no tener fin, extendiéndose en todas direcciones.

Di tímidos y avergonzados pasos por creer que aquel piso sería el hábitat de cucarachas y trazos de la vida de un yonqui.

El piso tenía todo el derecho a echarme de allí a patadas por todo lo que había pensado de él. Sin duda, no merecía entrar allí.

Olivier pasó de largo hacia el inmenso espacio apenas salpicado por algunos muebles de estilos que, si bien debían de ser tan antiguos como el propio apartamento, estaban en perfectas condiciones.

Desde donde me encontraba, por debajo del arco hasta la pared inclinada a cuarenta y cinco grados, que acababa en los balcones de las ventanas que eran

rectángulos que se escapaban del espacio principal, debía de haber al menos unos seis metros.

Yo había imaginado que encontraría botellas de licor vacías en el suelo, pero en vez de eso había un par de alfombras persas un tanto gastadas pero bellísimas, lámparas de todos los estilos y algunos marcos que sostenían carteles de publicidades de grupos de música, todos con la estética típica de los años cuarenta y cincuenta..., pósters de jazz, swing, bossa nova...

Me gustó que sus cuadros no colgasen de las paredes, sino que descansasen en ángulo entre el suelo y éstas.

Lo siguiente que captó mi atención fue la colección de al menos diez guitarras sobre sus pies, acomodadas en el centro del espacio, junto a una silla puesta debajo de una de las lámparas de cristal y bronce que pendían del techo. Había tres iguales en la sala.

Más allá de las guitarras había un mueble con un tocadiscos y otro muy alto y delgado con una cantidad indecible de elepés. También había un equipo de música muy moderno, un par de amplificadores de marcas que me resultaron familiares y otros instrumentos tanto en sus estuches como fuera de éstos. Una trompeta de dorado muy gastado estaba puesta en el suelo, junto al estuche de lo que tal vez fuese un saxofón. Había un par de guitarras eléctricas, o quizá fuesen bajos, no tenía idea de la diferencia entre ambos. También pude ver un teclado.

Nada en la decoración de ese espacio era del todo convencional y mis ojos apenas si daban abasto para asimilarlo todo.

La sala en la que nos encontrábamos debía de tener unos doce metros de largo, y hacia la izquierda contactaba con otra por una arcada similar a la que dividía el recibidor de la entrada de esa sala, sólo que aquélla tenía unas puertas de cuatro hojas de madera y cristal. Los cristales tenían pintado el mismo motivo que el de encima de la puerta de entrada. La puerta era de cuatro paneles, de los que sólo estaban abiertos dos. Al otro lado había una mesa de comedor larguísima, con algunas sillas, muchas menos de las que

podían entrar para los más de doce comensales que seguro que cabían en aquella mesa.

Al fondo se extendía un pasillo que se perdía en las profundidades de la penumbra.

Mi mirada se topó con Olivier, quien estaba quitándose el suéter empapado para quedarse en camiseta.

Giré la cabeza en la otra dirección. En el lado derecho del salón estaba la entrada a un corredor en el que conté al menos cuatro puertas por los rectángulos de luz que lo cortaban. Todas las habitaciones que allí había debían de dar al otro lateral del edificio, el que daba a aquella escalera junto al solar al otro lado de la calle. Olivier colgó el suéter sobre el respaldo de un sillón que estaba en mitad del camino. Se volvió hacia mí, sonriendo.

—¿Qué te parece? Admito que no es mucho. No soy muy amante de los muebles. —Hizo una mueca adorable y dio un par de pasos, regresando a mí.

—Sí lo eres de los instrumentos. —Con una mano, apunté hacia las guitarras y todo lo demás.

Rio.

—Sí, eso sí.

—Este lugar es increíble —gemí.

—Me alegro de que te guste. —Se llevó las manos a la cintura—. Creo que tendré que poner un par de baldes por ahí. Tengo unas goteras que debería haber reparado en verano, pero no te preocupes..., ahogarte, no te ahogará.

Si por algún lado se colaba el agua de lluvia, yo no lo veía.

Tenía ganas de preguntarle cómo se las arreglaba para tener semejante apartamento tocando en el metro, pero me pareció descortés meterme en sus finanzas, sobre todo cuando estaba siendo tan amable conmigo.

—¿Qué tal si te muestro dónde puedes acomodarte?

—Sí, gracias, perfecto.

Olivier cogió mi maleta otra vez.

—Es por el pasillo; sígueme.

Eso hice.

Entramos en el corredor.

La primera puerta abierta era un aseo recubierto casi íntegramente en piedra de un color entre verde y amarillo, con antiquísimos artefactos de baño. El espacio contaba con su propia ventana, igual a las de la sala. Terminé de comprobar que allí las ventanas no tenían cortinas, por lo que nada interrumpía las vistas de los techos y el cielo de París sobre Montmartre.

La segunda puerta daba a una habitación vacía y blanca muy amplia.

Olivier se detuvo un momento delante de una puerta entornada. La abrió.

—Puedes usar este baño. Te traeré toallas limpias.

Por poco me caigo de culo al abrirse la puerta para enseñarme un baño de novela, de mármol blanco casi del suelo al techo, con una bañera de patas de león enorme, su propia ventana con balcón y un mango de ducha como de veinte centímetros de diámetro.

—Te traeré champú y eso para que puedas darte un baño.

—Gracias —medio balbuceé, perdiéndome en el precioso tocador de madera y mármol a un lado del espacio. Ese baño era todavía más espacioso que el que tenía en casa, y sin duda mucho más lujoso.

—Por aquí... La de aquí al lado será tu habitación.

Caminamos un par de metros hasta la siguiente puerta, que Olivier abrió para mí.

Así como en la sala, el comedor, el aseo, la habitación vacía y el baño de al lado, la estancia en la que me encontraba tenía la pared externa inclinada cuarenta y cinco grados, con dos ventanas recortadas en ésta y las paredes blancas, que contrastaban con el suelo de madera oscura.

Al menos había acertado en lo del colchón tirado en el suelo, sólo que no era viejo ni debía estar húmedo; tampoco estaba sucio, todo lo contrario, parecía bastante nuevo. Eso sí, no tenía sábanas, solamente unas almohadas sin funda descansando plácidas en un extremo; almohadas impecablemente blancas.

Además del colchón, había una antiguo ropero, una silla y una lámpara en el suelo y otra pendiendo del techo, del mismo estilo que las del salón.

—¿Te parece bien? —me preguntó, con una mueca tímida en el rostro—. No tengo mucho, pero si necesitas algo más... En un momento te pondré sábanas limpias y te traeré unas mantas. —Cargando mi maleta, entró en la estancia—. Lo siento, no tengo televisores aquí —se disculpó, encogiéndose de hombros—. Sí tengo wifi. Mi portátil debe de estar en la cocina. Allí tengo una tele. La cocina está al otro lado del comedor, al fondo del pasillo, pasando la despensa. Si necesitas algo, dímelo. De todas maneras, mientras te das un baño y te pones ropa limpia, te prepararé algo caliente, si te parece.

—La habitación es perfecta —le dije, todavía sorprendía por lo que era ese lugar.

—Bueno, no tanto. Soy bastante consciente de que no es Le Royal Monceau. —Soltó mi maleta y se quedó allí parado sin saber muy bien qué hacer, igual que yo—.

¿Seguro que te parece bien? Lamento que no haya cama; no me gustan las camas. El colchón es nuevo.

—Se nota.

Me sonrió.

—Está perfecto.

—Estará un poco mejor cuando la cama esté hecha. La haré en un segundo.

—Yo puedo hacerlo.

—No, eres mi huésped —me replicó con esa sonrisa suya que parecía no disolverse jamás en sus mejillas—. Ah, si lo necesitas, el teléfono está en la sala. Si deseas llamar a quien sea, no hay problema.

—Gracias.

—Bien, te dejo; así voy a por las sábanas y toallas limpias. Mi habitación es la del fondo del pasillo a la derecha. En un momento regreso. Siéntete como en tu casa.

—Gracias, Olivier, de verdad que no sé cómo agradecerte esto.

—No pasa nada, es un placer. En un instante estoy de vuelta.

Le sonreí, me sonrió y entonces se movió para pasar por mi lado y salir de la estancia. Él entornó la puerta antes de salir, para darme algo de privacidad.

Dejé los dos maletines en el suelo y caminé hasta una de las ventanas para espiar hacia fuera.

El suelo de madera crujió agradablemente bajo mis pies descalzos.

Los cristales estaban salpicados por unas pocas gotas de lluvia, al igual que los marcos blancos que dividían cada ventana en cuatro.

La ventana estaba a unos veinte centímetros del suelo, pero el balcón, al otro lado, estaba al mismo nivel que el suelo del interior. Giré la manija y abrí la ventana, porque, a pesar de que llovía a mares, la lluvia caía completamente perpendicular, de modo que no corría el riesgo de mojarlo todo dentro al abrirla.

De la adorable reja de hierro forjado del balcón, que era un bucle al lado del otro, a unos cuarenta centímetros de la ventana, caían gotas de lluvia.

Asomé un poco la cabeza hacia fuera.

El balcón era una cinta delgada e interminable que bordeaba toda la buhardilla, el último piso del edificio. El lado externo de la pared, en ángulo, era de esa chapa gris oscura tan característica de los techos parisinos.

Si el edificio estuviese en condiciones, el piso en el que me encontraba costaría millones. Gastón hubiese sacado un dineral de este sitio.

Me metí dentro de la habitación otra vez y cerré la ventana.

Me quité el chaquetón que Olivier había puesto encima de mí y lo tendí en la silla, dándole la vuelta para permitir que el interior forrado de borreguillo, que había estado en contacto con mi ropa mojada, pudiese secarse.

Fui hasta mi maleta; necesitaba esa ducha caliente y ropa seca sobre mí; tenía la impresión de que llevaba una eternidad vistiendo las que llevaba encima de la piel.

Acosté la maleta en el suelo y giré los números en las trabas para dar con la combinación. Estiré un brazo y, después de sacar mis zapatos de dentro del

bolso, rebusqué en el interior para dar con las llaves de los candados.

Los abrí y terminé de soltar las trabas.

De no haber estado arrodillada en el suelo, me hubiese caído de culo al ver lo que me había quedado de mi equipaje. Los ladrones se habían fugado con mis dos maletas de ropa, para dejarme aquella en la que solamente había metido zapatos, bolsos, ropa interior y otros accesorios con los que no podía vestirme.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Ni siquiera tenía con qué cambiarme de ropa, puesto que un maletín contenía maquillajes y, el otro, productos de tocador.

Tuve muchas ganas de arrancarme a llorar con todas mis fuerzas.

Cogí una de las bolsas de tela que, contenía un par de zapatos, y volví a arrojarla dentro, preguntándome cómo mi vida había podido terminar en aquella ridícula escena que protagonizaba.

Oí unos pasos aproximándose.

Imaginé lo que pensaría Olivier de mí, lo que ya debía de pensar de mí, porque me había encontrado en una estación de metro llorando atontada, aferrada a una maleta con zapatos, sin un centavo y empapada de pies a cabeza.

Lo que quedaba de mí en ese instante era una desgracia para la humanidad.

No tuve coraje para girar la cabeza y verlo llegar.

Olivier se detuvo a los pocos pasos de atravesar la puerta. No dijo nada, probablemente porque debió de percatarse de que dentro de mi maleta no había ropa.

Despacio, giré la cabeza y la alcé hacia él, para verlo cargar en sus dos manos una pila de mullidas toallas y sábanas.

—Los ladrones se llevaron toda mi ropa. No me queda más que lo que llevo encima.

Olivier soltó un agudo silbido.

—Qué hijos de puta.

Tomé la misma bolsa de tela de antes y la alcé para sacar un zapato rojo sangre que tenía la suela del mismo color. Eran un par de zapatos Christian Louboutin, comprados allí dos meses atrás.

—Aquí tengo solamente zapatos, bolsos y ropa interior, además de gafas de sol y otras tonterías. No tengo nada que ponerme. —No pude contenerme más, las lágrimas se me escaparon.

Olivier me sonrió y, al cabo de un paso dado en mi dirección, se echó a reír con dulzura. Bajó las toallas y lo demás al colchón y se arrodilló a mi lado.

—Tranquila, al menos tienes bragas y sostenes, que yo no puedo prestarte de eso —bromeó, y me entraron ganas de llenar sus mejillas de besos, porque ese chico cada vez que abría la boca iluminaba el mundo. Con una mano, y sin parar de sonreírme, apartó su flequillo mojado hacia atrás—. No llores, todo irá bien. —Me quitó el zapato de la mano y lo bajó a la maleta—. Te buscaré algo de ropa mía y pondremos lo que llevas a lavar y luego en la secadora.

Cada intento suyo de hacerme sentir mejor, me hacía sentir todavía más estúpida, más perdida. Él parecía el adulto responsable, la persona con una vida hecha, y yo la desastrosa que no daba evidencias de haber enfrentado diez años más de vida de los que él debía de tener.

Me tapé el rostro con ambas manos para volver a llorar a gusto, lejos de sus ojos brillantes y su cálida sonrisa.

Me puso una mano en el hombro y me dio un apretón para levantarme la moral.

—Siento mucho lo de tu ropa. Ya mismo voy a por algo para que te cambies. Y, si quieres, mañana por la mañana podemos ir a comprar algunas prendas para que tengas para cambiarte; hay un par de mercadillos por aquí cerca, seguro que encontrarás algo que te vaya bien. No te preocupes, yo pago. Será un placer para mí hacerlo, solamente te pido que no llores, que me parte el alma verte así. Anda, todo se resolverá. Sé que tiene que costarte mucho ver más allá de este día. Verás que todo cambia cuando entres en calor y tengas comida en el estómago.

Emergí de mis manos empapadas en llanto y lo miré a los ojos. El azul de éstos era del color de los zafiros. Debía enamorar a las chicas en cuestión de un parpadeo, y para qué hablar si se comportaba con todas ellas como un caballero, tal cual se estaba comportando conmigo desde que había venido a hablarme en el metro.

Mis ojos bajaron por su rostro, detectando la presencia de barba que amenazaba con ser una sombra dorada en la parte inferior de su cara. Gastón odiaba que le creciese la barba, jamás se permitía tener siquiera un suspiro de vello en su rostro. Me dieron gasas de pasar mis uñas por encima de su mandíbula para sentirla.

Olivier interrumpió mis delirios y mi llanto al ponerse de pie.

Desde esa altura, tendió sus dos manos hacia mí.

—Anda. Arriba. Iré a por algo para que te vistas.

Me limpié la cara con ambas manos.

—No es tan malo como parece.

Era todavía peor, porque no paraba de desmoronarme, conjuntamente con mi existencia.

—Anímate. —Amplió su sonrisa para mí y, un parpadeo más tarde, salió de la estancia otra vez.

Pensando en la ropa de mercadillo, volví a agacharme delante de mi maleta cargada de zapatos. En mi vida había comprado ropa usada o en un rastrillo, y en ese instante no tenía dinero ni para eso, no a menos que en ese mismo mercadillo pudiese vender unos cuantos pares de zapatos de los que había traído.

Busqué entre las bolsas un conjunto de ropa interior y abrí los maletines hasta dar con el de productos de tocador. Recogí las toallas del colchón; olían a limpio y eran suaves.

Con un largo suspiro, me puse en pie para ser testigo del espectáculo de mi vida.

—¡Aquí estoy otra vez!

Di un respingo.

—Perdona, no pretendía asustarte. —Me tendió un par de prendas cuidadosamente dobladas y apiladas—. Te he traído un pantalón, una camiseta, una sudadera y un par de calcetines. No es nada glamuroso, pero sí abriga.

Tomé las cosas de su mano. El pantalón era deportivo, gris jaspeado, con cordones en la cintura, lo cual no estaba de más porque, si no, los perdería. Olivier no era gordo, pero sí bastante más musculoso que yo. La camiseta era una simple prenda de manga larga blanca de algodón y la sudadera, negra y de algodón, tenía bolsillos por delante y capucha. Todo olía a jabón de la ropa y ligeramente a su perfume. Los calcetines eran gruesos y le dieron a mis pies ganas de zambullirse en ellos.

—Gracias, está todo perfecto.

—Anda, ve a ducharte, que mientras tanto haré la cama. ¡Ah, me he olvidado del champú y eso! —Hizo el amago de partir a buscarlo, pero lo detuve cogiéndolo de la mano, percibiendo el agradable calor de su piel y la firmeza de su carne. Hubiese deseado no estar tan en *shock* cuando bajé a la estación del metro para no perderme lo estupendo que debía ser verlo tocar la guitarra con aquellos largos y fuertes dedos suyos. Él miró mi mano sobre él y yo mi mano sobre la suya. Subimos la vista al mismo tiempo. Lo solté, sintiendo que traspasaba el límite de su intimidad.

Volvió a sonreírme; esta vez su sonrisa no fue tan convincente, probablemente porque no fue del todo sincera. Por un segundo me entraron ganas de cortarme la mano.

Retrocedí.

—De eso tengo aquí. —Mi voz salió pobre—. Gracias. Y no tienes que hacer la cama, yo la haré luego.

—Nada de eso. Anda, vete. Si cuando sales no estoy aquí, me buscas en la cocina.

Dudé. Quería volver a agradecerle todo, quería pedirle que no parase de sonreír para mí, que me abrazara con esos anchos brazos suyos que intuía por

debajo de su camiseta de manga larga. Quería que me apretase contra su pecho para descubrir la intensidad del perfume, del cual se percibían trazos en la ropa limpia y a su alrededor. No haría nada de eso, porque era una extraña para él y porque me daba la impresión de que no le había sentado muy bien que lo tocara.

—Anda o pescarás un resfriado. —Y, así, sus palabras cortaron los tres larguísimos segundos de incómodo silencio entre ambos—. Yo me ocupo de esto. Qué clase de anfitrión sería si no lo hiciese... —Con esa última frase, reapareció su sonrisa, la sincera.

—Eres un ángel —le solté sin siquiera pensarlo.

Olivier se rio de mí.

—Bueno, gracias. Le diré a Maurice que has dicho eso de mí.

Se me perdieron los motivos de su comentario.

—Muévete. A la ducha. —Me espantó con un movimiento de las manos—. Si necesitas algo más, no tienes más que gritar.

Recogí todas mis cosas bajo su atenta mirada azul y partí en dirección al baño, dejándolo allí, a los pies del colchón.

No acababa de entender cómo era posible que no hubiese ninguna chica viviendo, feliz de la vida, allí con él.

Cerré la puerta del baño y dejé las toallas, la ropa de Olivier y el resto de las cosas sobre el mármol del lavabo. Allí dentro hacía un poco de frío; aun así, el baño continuaba siendo una exquisitez arquitectónica. Di unos pasos hacia el radiador, estaba apenas tibio. Esperé a que el agua de la ducha caldease un poco el ambiente.

Me quité la falda empapada, dejándola caer al suelo. Lo mismo hice con mi camisa y el resto de mis prendas hasta quedar desnuda. La bañera de patas de león estaba rodeada, a unos veinte centímetros de mi cabeza, por un tubo plateado del cual estaba sujeta la cortina, que seguramente daría toda la vuelta a la circunferencia de la bañera. Parecía que ésta tuviese un halo.

Cerré un poco la cortina alrededor de la ducha para que al abrir el grifo no

se mojase todo el baño.

Moví la mano y los rayos plateados del antiguo grifo giraron entre mis dedos, chillando. Un poderoso torrente de agua emergió de la alcachofa de la ducha. Ni en el Le Royal Monceau tenían duchas con un caudal de agua semejante.

Fui a por el champú y lo demás y, cuando regresé a la bañera, el ambiente comenzaba a cargarse de vapor.

Aparté la cortina y me metí en la bañera; el agua estaba casi hirviendo y caía con una fuerza tal que, si no cerraba un poco el paso del agua, me ahogaría bajo ese torrente.

La ducha que me di en el baño de Olivier probablemente fuese la mejor de toda mi vida, y habría quedado como un buen recuerdo para siempre en mis días de no ser por los motivos por los cuales estaba allí.

No tenía ni idea de cómo haría para recomponer mi matrimonio, porque en realidad no tenía idea de que las cosas entre Gastón y yo estuviesen tan mal. Teníamos problemillas, como todos, pero nada que justificase eso, sobre todo los modos. ¿Cómo había podido dejarme y pedirme el divorcio así? Los catorce años que llevábamos juntos se merecían que me lo hubiese pedido a la cara, darme una explicación válida para acabar con todo así, de la noche a la mañana. Yo sabía que él era mucho para mí, que en más de un aspecto no daba la talla, que no era la mujer que él se merecía tener a su lado... Sin embargo, creía que el amor que nos teníamos el uno por el otro era suficiente como para cubrir esas carencias. ¿Había estado engañándome a mí misma?

Le di un último enjuague a mi cabello y giré para enfrentar la caída del agua con mi rostro en alto.

Me sentí demasiado sola, demasiado fracasada y vacía, muy débil e incapaz de luchar por recomponer nuestro matrimonio, pese a que necesitaba que todo volviese a la normalidad entre Gastón y yo.

¿Y si no lo lograba? ¿Y si en verdad sus abogados se ponían en contacto conmigo para terminar de ajustar cuentas y listo? Sí, después del divorcio

probablemente tendría dinero con el que vivir, no una vida con demasiados lujos pero sí una por la cual no debería preocuparme, pero ¿qué haría con aquello?, ¿qué haría sola?

Sola y como si esos últimos catorce años no hubiesen valido de nada, porque eso mismo sentía en este instante, que los últimos catorce años de mi vida no habían servido de mucho, que no me dejaron demasiado. Me angustió que tantos buenos momentos de mi vida, en ese momento, pareciesen ficticios o sin valor alguno.

Aparté el rostro de la ducha e inspiré una profunda bocanada de aire, cerrando el paso del agua.

Poco a poco, el baño quedó casi en silencio, con el sonido de las últimas gotas que caían de la ducha haciendo eco en el mármol de las paredes.

Mi cuerpo se sentía mejor gracias al agua caliente. Mi cabeza y mi corazón continuaban en caos.

Salí de la bañera para envolverme en la inmensa toalla.

Me miré al espejo del lavabo. En la ducha había terminado de hacer correr el maquillaje que me quedaba encima; sin embargo, todavía quedaba algo debajo de mis ojos, una sombra gris producto de la máscara de pestañas.

Ese día no tenía muchas posibilidades de lucir bien y ni siquiera tenía fuerzas suficientes como para intentarlo.

Aparté el rostro del espejo y enrollé otra toalla alrededor de mi cabeza para comenzar a vestirme antes de que el baño se enfriase y perdiese el calor que había conseguido recuperar en el interior de mi cuerpo.

Ni me molesté en enfrentarme con todo el arsenal de productos que había traído.

Una vez que estuve en ropa interior, fui a por sus pantalones.

La ropa de Olivier tenía un aroma a limpio muy agradable.

Metí las piernas en el algodón. De ancho, mis caderas entraban al menos dos veces allí, pero, de largo, apenas si me sobran uno o dos centímetros.

Ajusté las tiras a mi cintura todo lo que pude para evitar que se escurriesen

por mi cadera hacia abajo.

Su camiseta fue otra historia. La costura de los hombros debía quedarme por mitad de los bíceps y, a pesar de que tenía los brazos largos, las mangas casi tapaban mis manos. La espalda de Olivier tenía que ser bastante más ancha de lo que yo había especulado que era debajo de su suéter y de la camiseta que vestía bajo éste.

A sabiendas de que sería como lucir una tienda de campaña, pasé por mi cabeza la sudadera negra, quedando así completamente rodeada de él, de su existencia.

Me embargó una inesperada sensación de alivio, esa misma que sientes al meterte en la cama en una tarde de lluvia, a mitad de semana, cuando el otoño quiere convertirse en invierno.

Tras ponerme los calcetines, me encogí dentro de la ropa, moviéndome dentro de su camiseta como si me acomodase entre las tibias mantas de mi cama en mi habitación en casa de mis padres.

Cerré los ojos para bloquear, al menos por un segundo, la desagradable realidad.

No me quedó más remedio que despegar los párpados.

Tendí las toallas sobre el halo de la bañera y me peiné solamente lo suficiente como para desenredarlo.

Recogí mi ropa mojada y el maletín, y salí del baño.

La puerta de la que sería mi habitación esa noche estaba abierta de par en par. La cama estaba hecha y cubierta por varias capas de mantas un tanto descoloridas y gastadas, pero que olían a limpio. Había almohadas y almohadones.

Ese simple colchón tirado en el suelo animaba a arrojarse sobre su superficie para ver la lluvia que todavía caía al otro lado de las ventanas sobre los tejados de París.

Dejé el maletín en el suelo y fui a buscarlo a la cocina.

Con el suelo de madera crujiendo bajo mis pies enfundados en sus

calcetines, recorrí la sala, volviendo a escanearlo todo.

Había tanto espacio vacío allí y, sin embargo, el piso tenía espíritu de hogar, olor a hogar.

Detrás de un sillón descubrí un balde violeta en el cual caían gotas de tanto en tanto.

Llegué a la altura de sus guitarras, todas a salvo de la gotera.

No tenía ni idea de cuánto podía costar una guitarra, pero no creía que un músico callejero pudiese ser dueño de semejante colección, y para qué hablar de ese apartamento.

Olivier no tenía cara de maleante y parecía muy amable; no obstante, toda la escena que presenciaba en ese instante no cuadraba demasiado con lo que él hacía, ni tampoco con su aspecto.

Rogué no haberme metido en un problema mayor a los que ya tenía al aceptar su invitación.

Dejé atrás la sala y entré en el comedor. Allí no había más que una enorme mesa, unas pocas sillas y una opulenta lámpara colgando del techo.

El pasillo en el que terminaba el salón comedor no tenía suelo de madera, sino uno cubierto de diminutos baldosines hexagonales que, sobre un fondo amarillo pálido, formaba rombos en celeste, con centros rojos.

Di un par de pasos para pasar por una pequeña habitación sin ventanas, debía de ser un trastero, ya que por la puerta entreabierta vi una escoba, una pala, baldes, una escalera de madera salpicada de gotas de pintura de todos los colores y algunos cachivaches más.

Pasé de largo.

A mi nariz la hizo alzarse el aroma del pan tostado. Mi estómago crujó y conseguí levantar un poco la cabeza, guiada por aquel delicioso aroma.

Pasé por la puerta de la despensa, que no era más que un armario angosto y largo con estantes en los que Olivier guardaba latas de conservas y otros alimentos, o al menos eso se veía gracias a que la puerta estaba bastante abierta.

Apresuré el paso. La luz de la cocina ya iluminaba mis pies, clara y cálida. Estaba ubicada a la izquierda del corredor, antes de llegar a una muy angosta y empinada escalera que tenía los escalones tan gastados que su superficie era cóncava.

La puerta estaba abierta.

En dos pasos, me encontré con un amplio espacio en el que el suelo estaba cubierto de las mismas baldosas del corredor. Las paredes eran de un amarillo muy pálido.

Nada más entrar, vi una mesa muy larga, de madera cruda, rodeada por los lados más extensos con bancos de madera sin respaldo. En las cabeceras no había asientos. Sobre la mesa había mantequilla y unos frascos de mermelada que tenían apenas restos de lo que un día contuvieron. Había leche, queso, Nutella (la cual me hizo sonreír), un azucarero, un bote de miel, platos, tazas, cuchillos y un platito con un limón cortado en cuatro.

Giré la cabeza.

Al otro lado de la larga cocina estaba él, de cara a la antiquísima encimera de mármol blanco sobre la cual estaban la jarra eléctrica y la tostadora y, a un lado, un plato con rodajas de pan envueltas en una servilleta de tela de cuadros, roja, blanca y azul. A la izquierda de Olivier descansaba una gigantesca tabla de madera cubierta de migas de pan, la media hogaza de un bollo de un dorado exquisito y un cuchillo de sierra que no tenía ni un milímetro de *amateur*.

Comprobé aquello al dar dos pasos más y ver que el perfil del pan estaba cortado con precisión láser.

Por debajo de la encimera había estantes sobre los cuales estaban apilados platos, vasos, copas, cacerolas y sartenes. Las paredes estaban desnudas, aparte de la pintura y las ventanas, por las cuales se veía llover.

Las tostadas pegaron un salto al salir de la tostadora.

Olivier, que debía de estar distraído, dio un respingo alzando los hombros y entonces también pareció notar que ya no estaba solo.

Giró hacia su izquierda y me vio. En un parpadeo, revisó mi imagen y sonrió.

—¿Mejor? ¿Qué tal ha estado la ducha?

Recuperé mi andar.

—Sí, al menos ya no estoy calada de frío hasta los huesos. Gracias.

—La ropa te queda un poquito... —Se llevó las manos al pecho para mover la camiseta por encima de su cuerpo y entonces se percató de la presencia de mi ropa mojada en mis manos—. Pondremos eso a lavar ahora mismo. —Se movió hasta mí y me la quitó de las manos—. ¿Puedes poner el agua en la tetera?

—Sí, claro —le contesté mientras él se movía hacia el lado opuesto de la encimera, donde estaban la lavadora y la secadora.

Destapé la tetera, de cuyo borde colgaban dos sacos de té, y comencé a verter el agua caliente dentro.

Lo vi revolver dentro de la lavadora, había ropa de él allí; sacó algunas cosas, una camiseta y unos pares de calcetines, y metió mi ropa. Temí por mis prendas, pues no estaba segura de que fuesen aptas para lavado en lavadora; es más, creía recordar que esa falda siempre iba a parar al cesto de las prendas que enviaba a la tintorería.

Olivier cerró la puerta de la máquina y, del estante situado debajo de la encimera, junto a ésta, cogió una enorme botella de jabón para la ropa y otro de suavizante. Abrió la compuerta superior y echó un chorro de cada uno dentro.

Mientras giraba la rueda de los programas con una mano, devolvió los envases a su sitio.

Le dio al botón con el puño y la lavadora comenzó a funcionar.

—Listo, todo encaminado; de ahí, a la secadora, y para mañana tendrás tu ropa limpia y seca.

Se lo agradecí con un amago de sonrisa y tapé la tetera.

Al regresar a donde había estado antes, sacó el pan de la tostadora y apiló

las tostadas sobre las que estaban en el plato cubiertas por la servilleta.

—Trae eso y vamos a comer. —Apuntó con la cabeza en dirección a la mesa.

En silencio, fuimos a sentarnos para acabar uno a cada lado de ésta, junto a la cabecera más próxima. Entre tímidas sonrisas, servimos el té y nos pasamos la miel. Olivier me ofreció una tostada y me acercó las mermeladas.

Bebimos y comimos un ratito sin decir una palabra.

Mi estómago agradeció cada bocado que él me permitió tomar en silencio, sin hacer preguntas y apenas alzando la vista en mi dirección.

Mientras él comía y bebía, vi que había un móvil sobre una antiquísima nevera de madera de esas que se utilizaban cuando no había electricidad, de las que se llenaban de hielo y sal. Allí sí había electricidad y el móvil era de lo último, un enorme iPhone negro sin funda; el aparato estaba conectado a la corriente, cargándose.

No soporté más la curiosidad.

—Este lugar es estupendo —solté a modo de preámbulo.

—Es un edificio muy antiguo.

—Pero muy bonito.

—París tiene muchos edificios así.

—¿Hace mucho que vives aquí?

Asintió con la cabeza y bebió té.

—Antonia, te repito que, si quieres llamar por teléfono, aunque sea una llamada internacional, no hay problema. Puedes ponerte en contacto con tu marido o con quien sea, no hay problema.

—Gracias. Quizá luego.

—¿Cuánto tiempo llevas casada?

—Catorce años.

—Es mucho tiempo.

—Sí.

—No ha debido hacerte lo que te ha hecho, y mucho menos después de

catorce años de matrimonio. Si me permites decirlo, no parece un buen sujeto.

—Pero lo es. —Lo era. Gastón podía no ser la persona más simpática del mundo; sin embargo, una vez que llegabas a conocerlo, que te metías debajo de su coraza, realmente sí lo era. Siempre tuve claro que tenía una actitud un tanto parca para con los extraños, pero conmigo era afectuoso y jamás me había dado señales de que pudiese dejarme de un modo tan frío, que pudiese comportarse conmigo como si fuéramos desconocidos, como si no hubiésemos compartido mucha vida e incontables planes para el futuro.

—Bien, si tú lo dices... Disculpa, no pretendía entrometerme. —Me dedicó otra sonrisa, ésta un tanto falsa—. Sin duda los dos resolveréis vuestros problemas.

—Sí, eso haré. Tal vez luego pueda llamar a la aerolínea para cambiar mi pasaje.

—Sí, por supuesto, cuando quieras. —Le arrancó un buen pedazo a su tostada—. Si necesitas dinero para el taxi, para ir al aeropuerto... —comenzó a decir, con la boca llena.

—Gracias.

—No me lo agradezcas tantas veces, que no hay problema, de verdad. Nunca he estado casado, pero, en fin, que los problemas son problemas y yo, feliz de poder estar aquí para echarte una mano.

—¿Vas por la vida socorriendo gente?

Olivier bebió un sorbo de su té.

—No es que vaya por la calle buscando gente que necesita ayuda..., pero, si me topo con alguien a quien puedo echarle un capote, lo hago, nada más.

—Es muy loable por tu parte.

—No es nada. —Se encogió de hombros.

Nos quedamos en silencio.

—Lamento no haberte oído tocar cuando bajé al metro. Es decir, me di cuenta de que había música, pero no me percaté de que vosotros estabais allí.

—A mucha gente le pasa. —Se metió el resto de la tostada en la boca y se

chupó los dedos.

—Sonaba muy bien.

—Sí, bueno —sonrió con timidez—, lo intentamos; ensayamos siempre que podemos. Es una pena que vayas a regresar a tu casa... Cuando tocamos en los bares sonamos mejor, porque estamos con la banda al completo; además, tenemos nuestro público. No es que seamos muy conocidos, pero un pequeño grupo suele venir a vernos. Cuando hacemos pequeñas actuaciones en lugares así, al menos nos prestan más atención. De todas maneras, el metro no está mal. —Volvió a beber té—. Tampoco es que cualquiera pueda tocar en el metro.

—Ah, ¿no?

—No. Tienes que pasar por una selección. Por supuesto hay gente que toca allí sin permiso; nosotros tenemos nuestras estaciones, nuestros días y nuestros horarios asignados.

—Eso suena a que no son improvisados. —En cuanto lo solté y él sonrió, me arrepentí de lo dicho, no pretendía ser ofensiva—. Lo siento, no he querido... —Enrojecí.

—Está bien, no hay problema; a mí me gusta lo que hago, me gusta mi vida.

—Imagino que sí; con cosas así como la música o el arte, se trata de vocación.

—Es pasión —me corrigió él—. Sí, así es.

—He visto que tienes otros instrumentos, además de guitarras. ¿Fuiste al conservatorio o algo así?

—Sí, asistí al conservatorio de música. Aprendí a tocar la guitarra a los cuatro años. Toco otros instrumentos, pero diría que la guitarra es lo mío. El piano también me gusta, pero no soy tan bueno; por suerte en la banda tenemos a Maurice. ¿Tocas algún instrumento?

Negué con la cabeza.

—No, nunca lo he intentado. No creo ser buena para la música.

—¿A qué te dedicas? Además de ser instructora de *krav magá*.

Me quedé mirándolo de nuevo, enrojeciendo por segunda vez en cuestión de minutos. Además de ser la esposa de Gastón, en mis últimos catorce años no había hecho mucho más que eso. Mi día a día era organizar nuestras vidas, dirigir la casa para que todo funcionase y luciese impecable, manejar nuestra agenda social, ocuparme de acompañarlo en sus actividades, haciéndole de relaciones públicas, ir al gimnasio, hacer las compras..., viajar juntos, planear nuestras vidas...

Tragué en seco, deteniendo mis pensamientos. Había soñado con ser madre, ésa iba a ser una de mis ocupaciones.

Las lágrimas regresaron a mis ojos.

Parpadeé a toda velocidad un par de veces para borrar las lágrimas de delante de mi vista.

—No, no soy instructora. Enseñé durante un tiempo, pero eso fue hace mucho.

—Ah, bien.

—Mi marido... Gastón es una persona muy ocupada; tenemos muchos compromisos sociales y él trabaja mucho, así que intento quitarle toda la presión que puedo. Casi... —Me detuve, porque Olivier se quedó observándome como si no tuviese la menor idea de qué le hablaba. Me enojó lo que pudiese estar pensando de mí. Raramente me quedaba un segundo libre con todas mis tareas cotidianas. Que no se atreviese a juzgarme alguien que, para vivir, tocaba en el metro de París durante el día y en bares por la noche.

—¿A qué se dedica tu marido?

—Es empresario.

Ante mi respuesta, volvió a su silencio.

Bebí de mi taza y él de la suya.

—Cuando acabemos, saldré a comprar para preparar la cena, que no tengo mucho. La verdad es que pensaba pedir comida china esta noche. ¿Te apetece algo en particular? No soy un chef del nivel del hotel en el que ibas a

hospedarte, pero que conste que me defiende muy bien. Me gusta mucho cocinar.

—Lo que sea estará bien. Puedo ayudarte. No quiero ser una carga, suficiente haces por mí.

—Bueno, no rechazaré tu ayuda. Iré a ver qué consigo y veremos qué preparamos luego, si te parece. Si quieres acompañarme... o puedes esperarme aquí; llueve a mares y no creo que debas mojarte otra vez. Además, los zapatos que tienes no parecen muy aptos para esta lluvia torrencial y me da la impresión de que mis zapatos talla cuarenta y cuatro te quedarán un poco grandes.

—Sí, calzo un cuarenta.

Volvió a sonreír con sinceridad.

—Bueno, puedes quedarte aquí —apuntó hacia su izquierda con la cabeza y solamente entonces me percaté del televisor colgando de la pared—. Puedes ver la tele o escuchar música; en la sala hay un equipo, puedes poner la radio también o, si no, solamente echarte un rato. Imagino que estarás cansada por el vuelo. Siéntete como en tu casa; de verdad que puedes hacer lo que quieras, no hay problema. Aquí nadie te molestará.

—El edificio es muy tranquilo. No se oye nada en los rellanos, salvo en el piso de abajo.

—Sí, es tranquilo. Las de abajo son mis vecinas, de las que Maurice te advirtió. Son fenomenales, no tienes de qué preocuparte; Claudine y Jackie son increíbles. Es probable que en cualquier momento las conozcas, parece que me olfatean cuando regreso a casa, siempre aparecen por aquí en cuanto llego.

—¿Por qué me advirtió Maurice sobre ellas?

—Porque es un idiota. No le hagas caso, es que ellas son pareja y a Maurice no le entra en la cabeza que una mujer no esté a su alcance.

Me sonreí.

—Ya veo.

—Es un casanova y con ellas jamás tendrá éxito.

Reí. Él también sonrió. La conversación entre nosotros volvía a aflojarse, como cuando estábamos en el metro.

—No se me ha ocurrido antes, podría pedirles algo de ropa para ti. Seguro que no tendrán problema en prestarte algo. Bajaré luego.

—Está bien, no es necesario que las molestes.

—No será molestia. Son buena gente. Ya te lo he dicho, no sé cómo es que todavía no están aquí. Creía que olerían el pan tostado. Si estoy cocinando algo, al instante aparecen con una botella de vino. Quizá les diga de venir a cenar si no te importa.

—No, claro que no; además, es tu casa.

—Perfecto, cuando baje a comprar las invitaré y les diré lo de la ropa.

Le sonreí.

—¿Y tus otros vecinos?

—No hay más vecinos; somos solamente ellas en el piso de abajo y yo aquí arriba.

—Pero este lugar es inmenso.

—Sí, lo es. Descuida que, de todas formas, es seguro; ya has visto lo que cuesta abrir la puerta de abajo —bromeó—. Y los cuatro pisos por la escalera detienen muchos intentos de robo. Demasiado trabajo subir hasta aquí.

Me quedé mirándolo.

—Era broma. Tranquila, cuando salga, te dejaré la llave. Cierras y listo; además, las chicas están abajo. Si necesitas algo, les gritas por el hueco. —Apuntó con su taza, que acababa de alzar, hacia las ventanas situadas detrás de mí—. O las llamas por teléfono. Te apuntaré el número.

—Estaré bien.

Sus ojos se fijaron en mí con aquella sonrisa suya que, pese a no enseñar los dientes, era igual de radiante que las otras.

—¿Mejor ahora que tienes algo en el estómago?

—Sí, bastante mejor. El pan es increíble. El pan no tiene, en ningún sitio, el sabor o la textura del pan de aquí.

Su sonrisa, en ese momento, sí me enseñó los dientes.

—Es el pan de la panadería de abajo; le diré a Paul que te ha gustado. Él también es amigo de la casa, como Claudine y Jackie..., él y gran parte de sus empleados.

—Tienes muchos buenos amigos.

—Es una buena familia. Y, ¿qué hay de ti?, ¿tienes hermanos, amigos? Te repito que, si quieres llamarlos, puedes hacer uso del teléfono a tu gusto, no hay problema.

Me aclaré la garganta; yo no estaba rodeada de tanta gente como él.

—No, no tengo hermanos, soy hija única.

—Seguro que tienes una buena amiga a la que llamar.

Bajé la vista. De hecho, no, mis amigos eran los amigos de Gastón; es decir, la gente con la que él solía hacer negocios. Visto desde la distancia y en ese instante que necesitaba a alguien en quien confiar, alguien a quien llamar para contarle lo que estaba sucediéndome, el círculo que me había rodeado hasta el día anterior me parecía como un mero grupo de conocidos en los que no sabía si podía apoyarme. La gente con la que usualmente cenábamos, íbamos al teatro o al cine o con quienes compartíamos fiestas tenían algún tipo de conexión laboral o comercial con Gastón, y los pocos que no, eran sus amigos de la infancia y de la universidad. Yo jamás había sido de tener muchos amigos; cuando conocí a Gastón, todavía estaba en contacto con un par de amigas de la escuela secundaria, pero, con el tiempo y al ir avanzando mi relación con él, la conexión fue perdiéndose hasta desaparecer, porque, poco a poco, me había mudado de mi pequeño e insignificante mundo al suyo, y ambos parecían no congeniar. No quería echarle la culpa a Gastón de perder a las pocas amigas que tenía; el caso es que la vida que comenzamos a vivir juntos tenía otro ritmo y otras necesidades, y de pronto llegué hasta a sentirme incómoda con ellas porque, cuando les hablaba de mi vida con Gastón, se quedaban mirándome con muecas de extrañeza en el rostro, como si no pudiesen aceptar que la vida que tenía con él, en verdad, pudiese existir.

La única culpa que podía echarle a Gastón era el no haberse esforzado un poco más en intentar congeniar con ellas, en mostrarse como él sabía mostrarse cuando le interesaba conocer a alguien. Gastón era muy reacio a conocer gente nueva, sobre todo a permitir que lo conocieran a él, y, cada vez que teníamos a un extraño cerca, se limitaba a observarlo como si estuviese examinándolo. Si hasta podía imaginármelo allí sentado, mirando fijamente a Olivier, midiéndolo, captando todas las muestras que éste pudiese dar de quién era él, cuál era su vida y cuáles sus motivaciones. Gastón no hablaría, se limitaría a escucharlo en silencio.

Muchas veces me había dado la sensación de que mi marido vivía en constante guerra con el mundo, una batalla que empezaba y terminaba cada día, y, cuando un desconocido se plantaba ante él, lo estudiaba meticulosamente, como si fuese el enemigo. A Gastón le bastarían cinco minutos para encontrar los puntos débiles de Olivier, y para qué hablar de descubrir cómo era posible que, siendo músico callejero, tuviera ese piso.

Olivier sonreiría y comería sin percatarse de que podía estar entregando su terreno, de que podía perderlo con una simple estocada de Gastón, quizá ni siquiera comprendiendo qué le había sucedido.

No imaginaba a Olivier haciendo nada semejante, pero también tenía claro que Gastón no era una mala persona; su personalidad simplemente era así, un tanto parca para con los que no eran de confianza. Él tampoco tenía muchos amigos y sí conocidos. Quizá al único que pudiese considerar un amigo cercano era Álvaro, su mejor amigo de la universidad; de hecho, de todo su entorno cercano, fue al primero que me presentó al poco de conocernos. Álvaro jamás acabó de gustarme demasiado, pero era con quien Gastón tenía más comunicación, con quien podía encontrarlo hablando por teléfono de algo que no fuesen negocios y con quien podía reunirse a cenar para tampoco hablar de éstos.

Negué con la cabeza; a los únicos que podía llamar era a mis padres.

Mantuve la cabeza gacha, prefiriendo no ver su reacción, porque me dio

vergüenza tener que contestar que no tenía a quién llamar. Él debía de contar, al menos, con media docena de amigos a los que acudir si algo malo le sucedía. Lo imaginé rodeado de personas afectuosas a las que, sin duda, les devolvía el cariño con creces.

Lo oí inspirar hondo; bajó su taza.

—Parece que la lluvia ha amainado un poco. ¿Te molesta si aprovecho para salir a comprar ahora? —Se movió, atrayendo mi atención; se ponía de pie para pasar una pierna por encima del banco.

—No, claro. Ve.

Pasó la otra pierna para quedar al otro lado del banco.

—Bien, voy a calzarme y a buscar un abrigo. Te traeré un juego de llaves y te dejaré anotado el número de las chicas por las dudas. De pasada, las avisaré de que estás aquí. Siéntete como en tu casa, ¿de acuerdo? Usa el teléfono, hurga en la nevera, pon música o haz lo que quieras. El mando de la tele está allí arriba. —Apuntó en dirección a la encimera de mi lado de la cocina—. Todavía queda té y, si quieres, puedes preparar más o más tostadas, lo que te apetezca.

—Gracias, Olivier, con lo que queda es suficiente para mí. De verdad que no tengo idea de cómo voy a pagarte lo que estás haciendo por mí. —La voz me tembló.

—Sonríe un poco. Imagino que en este instante crees que no tienes demasiado por lo que sonreír, pero al menos es un comienzo. Me angustia verte así. Sé que no nos conocemos... No he podido evitar preocuparme por ti al verte en la estación de metro y no puedo evitar preocuparme por ti ahora, por tus silencios y por cada vez que bajas la vista. No puedo obligarte a que me cuentes tu vida; sin embargo, sí puedo ofrecerte escucharte explicar lo que quieras compartir conmigo. No es que yo tenga la vida resuelta y que tenga muy claro de qué va esto, pero, a veces, compartir tu confusión y tu miedo con alguien que también tiene confusión y miedo, ayuda. —Con la taza todavía en

las manos y allí detenido, al otro lado del banco, me sonrió—. Así somos los seres humanos, ¿no?

Así era él. ¿Cuántas veces podía sonreír una persona en veinticuatro horas? Para él, las oportunidades de hacerlo debían de ser infinitas, porque lo hacía en ese mismo instante.

Sus labios tentaron los míos y amagué una sonrisa.

Me entraron ganas de contarle mi vida, porque imaginé que él me escucharía con atención, no del modo en que lo haría Gastón, sino solamente dejándome claro que estaba allí para mí. Dudaba de que pudiese hacerlo, porque, sin duda, sus miedos y sus dudas debían de ser tanto más importantes que los míos..., debían ser los de un ser humano con una evolución distinta a la mía; si es que a ese chico daba la impresión de que únicamente le faltaba la aureola dorada sobre la cabeza para ser un santo. Todo lo demás debía tenerlo. El modo en que hablaba y sonreía, la calidez de su mirada, la tranquilidad que flotaba a su alrededor... Envidié que tuviese todo el aspecto de tener una paz interior envidiable hasta para el practicante de yoga o meditación más comprometido.

—Tú no pareces tener demasiados miedos o confusión encima. —Aquello se me escapó al quedarme prendida de sus ojos y su sonrisa, del flequillo húmedo que otra vez insistía en caer sobre su rostro.

Olivier rio.

—Sí, bueno, créeme que los tengo. Por eso digo, si quieres que compartamos miserias...

—¿Qué miserias podrías tener tú? Eres tan joven...

Volvió a reír con ganas.

—Veintisiete años no es ser tan joven —replicó sin perder la sonrisa, y a mí esa diferencia de edad me pareció un abismo.

Lo que hubiese dado yo por tener esos nueve años menos.

—Y no te creas —continuó diciendo—, la vida también ha pasado por aquí.

—Pareces sobrellevarla mucho mejor que yo.

—Todos tenemos nuestros días, Antonia; no te sientas mal por sentirte mal.

—Gracias —gemí, sintiéndome increíblemente desgraciada por ser incapaz de ver luz al final del túnel, porque, en sí, el túnel parecía interminable.

—Anda, intenta sonreír un poco más. Prepárate otra tostada y da una vuelta por el piso si quieres; no hay mucho que ver, pero tienes mi permiso para hurgar todo lo que te apetezca. Mi habitación está un tanto desordenada, ya no tiene remedio, pero no hay demasiado que ocultar.

Lo seguí con la mirada mientras caminaba hasta la encimera para dejar su taza junto al resto de la vajilla que había para lavar en el fregadero.

Se volvió y me sonrió.

—Iré a cambiarme ahora.

—Claro.

Sin añadir nada más, salió de la cocina.

Mientras le echaba un nuevo vistazo a todo lo que me rodeaba, descubriendo que ese espacio, con cada parpadeo, cobraba más aspecto a hogar, terminé mi té y me serví un poco más para acompañar la segunda enorme tostada que me preparé.

Olivier regresó cuando apuraba la mitad de la misma.

Iba calzado con otras botas, unas de un modelo muy similar a las que llevaba antes, sólo que éstas eran negras. Se había puesto un suéter también negro, de cuello alto, y llevaba un abrigo largo hasta las rodillas.

Caminó hasta la mesa y me dejó un manojito de llaves después de explicarme a qué cerradura correspondía cada una. Como prometió, en un papel me dejó anotado el número de sus vecinas y el de su móvil, para que lo llamase si necesitaba algo.

A continuación fue en busca de su móvil, desenchufando el cargador.

Dijo que a más tardar en veinte minutos estaría de regreso y volvió a repetirme que hiciera lo que quisiera; también me obligó a prometerle que haría un esfuerzo por sentirme como si estuviese en mi casa. Ese sitio no era

nada parecido a mi casa, pero no porque uno fuese menos bonito que el otro, por sus muebles o por cualquier detalle palpable, sino por lo que no se podía palpar, por lo que flotaba allí, igual que flotaba alrededor de Olivier. Mi casa era como yo, y ese piso era muy como Olivier.

Se despidió de mí y, cuando lo perdí de vista al atravesar la puerta de la cocina para doblar por el pasillo hacia su derecha, reviví el momento en el que bajé a la estación del metro y me quedé allí de pie en un rincón, sola, perdida, sin saber qué hacer.

A pesar de que la lluvia había amainado un poco, la tarde se puso tanto más gris allí dentro, porque él ya no me acompañaba.

La puerta de entrada hizo eco a la distancia al cerrarse.

Quedé sola en silencio, viendo la lluvia caer allí fuera.

No pude evitar sentirme igual que una usurpadora allí dentro, y eso probablemente se debiese a que a mí no se me hubiera ocurrido, jamás, dejar a un extraño solo en mi casa, sobre todo permitiéndole explícitamente que hurgase donde quisiese. Olivier había dicho que no tenía nada que esconder; tampoco yo, no es que guardase secretos en los cajones ni nada de eso... En mi casa solamente estaba mi vida, así como allí debía de estar la suya, y él, a diferencia de mí, no tenía problemas en enseñarla a quien quisiese verla.

Mi confianza no daba para tanto, ni para tampoco mucho menos.

Definitivamente, Olivier era una persona muy especial.

Como no podía decidirme acerca de si levantarme o qué hacer, continué masticando en silencio mi tostada, bajándola con el té.

Vacíé la tetera y me dispuse a recoger la mesa. No podía permitir que se ocupase de todo.

Lo llevé todo hasta la encimera y, desde allí, fui encontrando el espacio para cada cosa. Metí la mantequilla y los frascos de mermelada en la nevera. Guardé el pan, la tetera. Lavé la vajilla que había en el fregadero, además de las cosas que acabábamos de utilizar, y otra vez me atreví a husmear entre sus cosas para dejarlo todo en su sitio. Más allá de no tener demasiado, Olivier lo

mantenía todo en orden y bajo su propio código de organización: cerca del horno estaban las sartenes y cacerolas; debajo del fregadero, la porcelana; casi al extremo de la encimera había un par de frascos con galletas y una lata en la que guardaba el pan.

Repasé la mesa y, cuando ya no tuve nada más que hacer allí, investigué el curso del lavado de mi ropa, aunque, a través de la puerta de la máquina, no pude ver demasiado.

No me permití volver a amargarme por las prendas, diciéndome que era ropa y nada más, así como la que se habían llevado los ladrones.

Con un suspiro, abandoné la cocina y, al alcanzar la escalera, lancé una mirada desconfiada hacia arriba. No me atreví a subir porque temiese encontrar algo desagradable, sino porque me daba vergüenza meterme en su casa así.

Pasé otra vez junto a la mesa del comedor y llegué a la sala.

Descubrí que había un segundo balde de plástico conteniendo lo que se filtraba por otra gotera, también muy cerca de los ventanales, como el otro que había visto.

Caminé hasta los equipos de música para aproximarme al tocadiscos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto uno así. Mi padre tenía uno y, de hecho, todavía lo conservaba, junto a una muy nutrida colección de discos de música clásica, entre otros estilos. En este instante me arrepentí de no haber prestado más atención a su música de pequeña, porque quizá en ese momento hubiese podido reconocer algunos de todos aquellos grupos o artistas que encabezaban las portadas de los discos de Olivier. Tampoco reconocí a ninguno de los que aparecía en las tapas de sus cedés.

Di vueltas entre los sillones, las mesas y las lámparas, y caminé hasta una de las ventanas para espiar hacia fuera.

Con la nariz pegada al cristal, comprobé que la vista era única e impagable. A los pies del edificio quedaba una perspectiva maravillosa de París.

Allí la diferencia de altura no debía de ser tanta como era desde el Sacré Coeur un par de calles más arriba y, sin embargo, tampoco era para despreciar.

Imaginé a Olivier caminando por las calles allí abajo. Debía de estar empapándose, porque volvía a llover a mares. Me entró todavía más culpa de encontrarme allí en su piso, vistiendo su ropa caliente y limpia mientras él se mojaba por ir a buscar algo que prepararme de cena. Seguro que, si no se hubiese topado conmigo, en ese momento estaría tranquilo y seco aquí dentro.

Me aparté de la ventana, decidida a ir a esconderme al cuarto que había dispuesto para mí. No merecía aquel colchón en el suelo, ni mucho menos.

Alcancé la puerta y, cuando iba a moverme para entrar en la habitación, mi vergüenza aflojó un poco, soltando unos metros de cuerda a mi coraje.

Retrocedí sobre mi último paso y volví a enfrentar el fondo del pasillo.

Solamente echaría una mirada desde fuera. No tenía planeado revisar sus cajones y armarios.

Olivier había dicho que su puerta era la última.

Hasta ésa fui.

La puerta estaba apenas entornada.

La empujé.

La habitación era inmensa y luminosa. Olivier tenía a su disposición cuatro ventanas para ver el mundo allí fuera, aunque quizá el mundo no tuviese el derecho de contar con esos cuatro grandes ojos para verlo a él.

Así como en mi cuarto y en el resto de la casa, allí no había demasiado que ver.

Un colchón gigantesco que seguro era de tamaño *king*, tirado en el suelo; la cama estaba deshecha y con las mantas revueltas.

Encima del colchón y en el suelo había ropa y zapatos. Una guitarra del lado del colchón más próximo a mí. A cada lado de éste, había una mesita de noche, sobre cada una de ellas, una lámpara; las dos eran distintas, una de estilo industrial, de metal plateado, y la otra, de bronce y caireles de cristal.

Al fondo de la habitación, contra la pared, había un ropero antiguo de madera muy oscura y uno de esos percheros de metal con ruedas. La ropa de Olivier estaba apretujada allí.

A unos pasos de mí, contra la pared también, una alta cajonera que debía llegarme a los hombros, con dos hileras de cajones.

Todo el calzado de Olivier estaba en el suelo, debajo de la ventana más próxima a la entrada de la habitación.

Y eso era todo. A la vista no había nada más, ni fotografías, ni cuadros.

La vergüenza volvió a ajustar mi correa. Me sentí enrojecer. No tenía derecho a estar allí.

Tomé la manija de la puerta y la cerré, intentando dejarla en la posición en la que estaba cuando llegué.

Con pasos cortos y rápidos, por miedo a que él llegase y me pillase allí, corrí hacia mi habitación.

Era una tontería y, sin embargo, mi corazón palpitaba a toda velocidad y la adrenalina corría junto con mi sangre como si hubiese estado espiando a hurtadillas.

Entorné la puerta de mi habitación y, al girar en dirección al colchón, las mantas y las almohadas me llamaron.

Tenía el cuerpo destrozado de los nervios, la tensión y la angustia.

Me tendí en la cama a mirar la lluvia caer y, al cabo de unos minutos de estar quieta, me entró frío. Tiré de las mantas y me envolví en éstas.

Debieron de pasar un par de minutos más y entonces le permití al sueño ganarme la batalla. Estaba realmente agotada y necesitaba al menos cinco minutos de no pensar, de no preocuparme, de no sentir vergüenza por lo patético de mi situación, de no sentirme culpable por saber que Olivier estaba allí fuera mojándose.

Me dormí escuchando la lluvia y sin preocuparme por si, más allá de las dos vecinas de abajo, el resto del edificio estaba vacío y sin más seguridad

que una cerradura arcaica en la planta baja y el marco de la puerta hinchado por la humedad.

Aturdido y confundido

—Soy yo, Claudine —contesté, alzando la voz para que pudiese oírme por encima de la música.

—¡Voy! —gritó ella desde el otro lado de la puerta. Al instante la música desapareció y, a continuación, oí sus pasos corriendo en mi dirección. Los suelos de madera hacían eco allí tanto como en mi piso o en el resto de los apartamentos, así estuviesen vacíos o llenos de muebles, porque, además, las maderas crujían, evidenciando cada paso.

Sonaron los chasquidos metálicos de la cerradura y la puerta desapareció de entre nosotros dos.

—Hola, gemelo —me saludó Claudine desde su corta estatura, a más de una cabeza por debajo de mí. Sonreía e iba con sus dos palmas en alto, sucias de arcilla. En su mano derecha llevaba un paño tan sucio como sus manos. Debía de haberla interrumpido en mitad de su trabajo, porque iba con el delantal de goma con el que se sentaba a trabajar frente a su torno, su camisa escocesa de trabajo que apenas si conservaba color y en vaqueros gastados, descalza y sin calcetines.

Apartó sus manos de mí y me aproximé a ella para besar sus mejillas, cogiéndola de la cintura.

Con Claudine nos teníamos toda la confianza del mundo, y no solamente en lo físico. Así como no era extraño que mis manos estuviesen sobre ella, sus manos también solían llegar a mi cuerpo, y no por una cuestión sexual, sino porque, para ambos, al poco de conocernos, quedó claro que era como si de alguna manera fuésemos parte de una misma cosa, más que hermanos.

Teníamos nuestras diferencias, pero pesaban más las similitudes, y con ella era usual que ni siquiera tuviese que decirle lo que me sucedía para que lo adivinase, cuando no pescaba al vuelo mis pensamientos sin que yo tuviese que pronunciar ni una palabra. Lo mismo me sucedía a mí con ella; casi podía adivinar en su mirada si había reñido con Jackie o si había tenido un día frustrante con su arte.

—Hola, gemela —la saludé, soltándola y retrocediendo un poco.

Jackie también nos llamaba «gemelos» y siempre bromeaba con que debíamos de haber sido separados al nacer, pese a que físicamente no nos parecíamos en nada.

Claudine era diminuta, de huesos y músculos pequeños, tenía la nariz respingona y delgada, el cabello muy oscuro y fino; su piel era más blanca que la porcelana y sus ojos, casi negros, y sus manos apenas si llegaban a alcanzar todas las cuerdas de mi guitarra. Yo, a su lado, parecía un gigante, un oso pardo.

—¿Acabas de llegar del metro?, ¿cómo te ha ido? —Se repasó las manos con el paño, sin conseguir demasiado. No me quitó los ojos de encima—. ¿Qué ha sucedido? —Su ceja derecha trepó por su frente—. ¿Estás bien? —Dio un paso atrás—. Mejor pasas y te preparo algo de beber. ¿Quieres una cerveza, una copa de vino? Compré un pinot noir que es una delicia.

Claro, ¿cómo esperar que se le pasase por alto? Además, ella debía de tener muy en cuenta el calendario... Seguro que esperaba que me afectase, y me afectaba; sin embargo, tenía una cuestión más urgente: Antonia en mi piso.

—Tengo una huésped en casa.

—Ah, ¿sí? —En ese momento eran sus dos cejas las que avanzaban sobre su frente.

—¿Y quién es?

—Una mujer que he conocido en el metro. Bueno, no es que la haya conocido... Ya sabes..., sí, es muy bonita y parece buena gente, a pesar de que está un poco confundida y...

—¿Oli? Primero: balbuceas; eso quiere decir que te gusta.

—Sí, bueno, sí. —Me sentí ridículo y transparente. De todas formas, lo que menos importaba era si Antonia me gustaba o no, porque la pobre estaba destrozada, muy perdida, y su marido acababa de pedirle el divorcio. El asunto no tenía ningún futuro, por más que a mí me provocase profundos arranques de ternura el verla llorar, que me pareciese que tenía una sonrisa estupenda y que sus ojos eran dueños de la mirada más increíble que yo hubiese visto jamás. Lo que más me llamaba la atención en Antonia era su desnudez frente al mundo, si bien intentaba esconder su vida. No había querido contarme demasiado y, no obstante, al hacerlo estaba enseñándome mucho de ella. Por su actitud se deslizaban estúpidas inseguridades que no entendía cómo podía tenerlas; vergüenza de lo que seguramente debía pensar, en ese momento de crisis, y que no había hecho bien en su vida. Antonia debía exigirse demasiado y sin duda estaba demasiado acostumbrada a proyectar una imagen que no era del todo ella, por eso quizá en ese momento, a tanta distancia de su marido, y no solamente distancia de kilómetros, se enfrentaba a sí misma, a lo que había sido, a lo que podría llegar a ser, a lo que quisiese ser. Nada más traumático que decidir quién quieres ser. Tomar las riendas de tu vida implica riesgos, valor, prepararte para el desastre y saber que, aunque caigas muy profundo, deberás arreglártelas para salir a la superficie otra vez.

—Segundo: tienes cara de compungido.

—No estoy compungido. En realidad, diría que en este instante estoy un tanto aturdido y confundido.

—Todavía peor.

—Sí, gracias.

—Explícame.

—Pasó por delante de nosotros mientras tocábamos. Vi que lloraba. Acarreaba su equipaje Louis Vuitton.

—¿En el metro?

—Es argentina, está de visita. —Levanté las manos—. No me interrumpas.

Creí que se había ido en un tren. Cuando tocamos nuestra última pieza, vi que seguía allí, parada al fondo del andén, llorando desconsolada. Mientras Didier y Maurice recogían nuestras cosas, fui a hablarle, resultaba evidente que necesitaba ayuda.

—Y la necesitaba, porque ahora está arriba, ¿es eso?

Asentí con la cabeza.

—El hijo de puta de su marido la ha dejado por medio de un correo electrónico que le ha enviado al gerente del hotel en el que iba a hospedarse. No tiene un centavo encima. Le he ofrecido quedarse en casa porque, además, cuando ha salido del hotel, le han robado parte de su equipaje.

—¿De sus maletas Louis Vuitton?

—Sí; dice que tenía tres, le han robado dos. Le han dejado una en la que solamente tiene zapatos, ropa interior y no sé qué más. He tenido que prestarle ropa mía, porque estaba empapada por la lluvia y no tenía qué ponerse. Iba a hospedarse en Le Royal Monceau.

Claudine soltó un silbido.

—El hotel combina con su equipaje.

—No ha podido quedarse allí porque no tenía con qué pagarlo. Le he ofrecido llevarla mañana a un mercadillo a buscar algo de ropa.

—Dudo que esa mujer haya vestido en su vida algo de mercadillo. Con esas maletas y el hotel...

—De cualquier modo, no creo que se quede mucho aquí, y tengo su ropa, la que se le ha mojado con la lluvia, en la lavadora. Supongo que cambiará su pasaje para regresar a casa. Me ha comentado que eso hará, para resolver las cosas con su marido. Lleva catorce años casada. Me he ido de la lengua y le he soltado que su marido es un hijo de puta por hacerle esto, y ella lo ha defendido. Por lo poco que me ha contado, creo que, aparte de él, no tiene nada. Me da la impresión de que vive para él, y es lamentable porque...

—Olivier —Claudine entonó mi nombre con decisión, obligándome a detenerme—. No puedes salvar a todo el mundo.

Tragué saliva. Yo sabía muy bien que no podía salvar a toda la humanidad, menos que menos a los que no quieren ser salvados, y que de nada serviría que le dijese a Antonia que no volviese con su marido porque nadie que te deja mediante un correo electrónico que llega al buzón de un tercero merece la pena. Ella, evidentemente, no quería terminar con su matrimonio..., ya fuese por amor o por cientos de otros motivos sumados a los sentimientos. Ella no parecía querer ver mucho más allá de la realidad, y quién era yo para obligarla. Por más que la viese destrozada y que tuviese muchas ganas de asesinar a ese tipejo, apenas si nos conocíamos y no tenía ni idea de en lo que estaba metiéndome con esa mujer... aunque ella tampoco la tenía al aceptar venir a mi casa.

—Lo sé —le contesté a Claudine.

—Sí ella quiere regresar a su país a intentar recuperar su matrimonio, pues es cosa suya, aunque su esposo sea un hijo de puta, como tú dices.

—Lo es. Nadie ni medianamente normal acaba una relación de catorce años mediante un correo electrónico y cuando el otro involucrado está a un océano de distancia.

—Tú no lo harías, porque eres un santo. El resto de la humanidad... —Ladeó la cabeza e hizo una mueca, dejando escapar un largo «eeehh», profundo y nasal.

—Tú no dejarías a Jackie así.

—Si no se calma con el trabajo, lo más probable es que sí.

—¿Habéis reñido?

—Para que pudiésemos pelearnos, ella debería pasar aquí más horas de las que emplea para tirarse en la cama y roncar a pierna suelta.

Mi respuesta fue una mueca.

—Hablaré con ella —me ofrecí.

—Ya lo he hecho.

—Sí, pero tú eres tú y yo soy yo.

—Sí, ya sé que tú eres tú. Como quieras, pero bajo tu cuenta y riesgo, que

últimamente está que ladra y muerde cuando le hablas.

—¿Te parece que vengáis a cenar esta noche? Le he dicho a Antonia que os la presentaría. No quiero que piense que la he traído a un antro de un degenerado o un asesino. Le he contado que el resto del edificio está vacío y, para que se sienta segura, antes de salir le he dejado anotado el número de aquí, para que pueda llamar si necesita algo. No te preocupes, que habla perfectamente francés —solté, interrumpiéndola, porque había abierto la boca e imaginé que iba a decir algo así como que ella no hablaba ni español ni inglés ni ningún otro idioma aparte del francés y que cómo se lo haría para entenderla.

—Oh, bien. Pues, por mí, no hay problema. Puedo subir luego y que llame si necesita algo.

—Sí, eso le he dicho. Además, tal vez puedas hablar con ella. Entiendo que no quiera discutir su matrimonio conmigo..., pero quizá contigo, que eres mujer... Le he ofrecido llamar a alguna amiga o familiar, pero no ha querido. Dice que no tiene hermanos y lo normal sería que ya hubiese deseado ponerse en contacto con alguna amiga para contarle lo que le ha pasado si la tuviese, ¿no te parece?

—A lo mejor ella también está aturdida... como tú.

Inspiré hondo, parpadeando lentamente para verla en mis ojos cerrados otra vez.

—Es muy guapa y tiene una mirada que...

—Sí, me percató de lo aturdido que estás.

—Si es que, con el cabello mojado y despeinado y con sus elegantes ropas empapadas, parecía una aparición. Es muy alta y delgada... ¿Te he mencionado que es instructora de *krav magá*?

—¿De qué?

—Es una técnica de lucha y defensa personal israelí.

—¿Y has metido a esa mujer en tu piso?

—Dudo que Antonia haya matado ni a una mosca en su vida.

—Con que Antonia —canturreó Claudine—. Te ha dado fuerte. Estás coladito por ella.

Desestimé sus últimas palabras.

—Sí, Antonia.

—¿Y tiene apellido?

—Aún no se lo he preguntado. La encontré llorando a mares, destrozada porque su marido la ha dejado de improviso y porque unos sujetos le han robado justo enfrente del Arco del Triunfo.

Claudine suspiró.

—¿Cuántos años tiene, si lleva catorce de casada?

—Tendrá unos treinta y cinco más o menos; no sé, no le he preguntado la edad tampoco. Todavía no la he interrogado, he preferido permitirle antes darse una ducha caliente, tomar un té y comer unas tostadas. Luego la pondré frente al polígrafo —bromeé.

—No seas tonto.

—¿Qué importancia tiene cuántos años tiene?

—Ninguna, Oli. No es eso, sabes que no, solamente me preocupa que te lances de cabeza a una piscina vacía. No lo hagas.

—No estoy lanzándome a ninguna parte.

—Sí, por eso dices que estás aturdido. ¿A qué se debe la confusión?

—Mi padre.

—¿Qué sucede con él? Cuando te esfuerzas, puedes ser muy poco comunicativo.

—Hoy ha llenado mi buzón de voz.

Comencé a sudar debajo del abrigo al recordar sus mensajes. Yo prefería, por esa época del año, ni siquiera oír el sonido de su voz. Ojalá pudiese borrar del calendario el mes entero, pues siempre, en mayor o en menor medida, me afectaba.

—¿Qué quiere?

—¿Qué puede querer mi padre?

—¿Verte?

Moví la cabeza de arriba abajo.

—Pues, si está por la ciudad, no te habría hecho ningún daño responder a su llamada e ir a tomar un café con él.

—¿Cuando terminamos de tocar y tenía tres móviles en la cara? No, gracias.

—¿Podrías considerar que tal vez te estaban grabando o tomando fotografías porque eres bueno?

—Sí, claro, ja, ja, ja.

—No seas idiota.

—Ni siquiera sé por dónde anda; aún no le he devuelto la llamada, con lo de Antonia y eso...

—No la pongas de pretexto, ¿quieres?

—No la utilizo de pretexto. Antes estaba tocando y, después, entre llegar a casa y acomodarnos, no he tenido tiempo. Le devolveré la llamada más tarde. Ahora mismo voy de salida a buscar víveres, que no planeaba tener huéspedes y no tengo mucho. Pensaba pedir comida china para mí o, en su defecto, para nosotros dos si estábamos solos.

—Puedo ayudarte a preparar la cena si quieres. Hoy no estoy muy inspirada, así que mejor lo dejo antes de que lo destroce todo. Si me das cinco minutos, me cambio y te acompaño a comprar.

—No, quédate por si Antonia llama. Tiene también mi número de móvil, pero, por las dudas, prefiero que no se quede sola aquí.

—Bueno, si quieres puedo salir a comprar yo, que tampoco tengo mucho aquí.

—Tranquila, acaba con lo tuyo y, cuando suba de regreso, te pico a la puerta para que subas conmigo si te parece bien. ¿Aviso yo a Jackie de los nuevos planes? —le propuse. Llamarla para invitarla a cenar sería una buena excusa para hablar con ella sobre su trabajo y sobre su relación con Claudine.

A Claudine la conocía desde hacía diez años; nos cruzamos un día en la

barra de un bar y, desde entonces, no nos separamos jamás. A Jackie, en cambio, la conocía desde hacía un año y medio, cuando comenzó a salir con Claudine. Jackie llevaba ocho meses viviendo en el piso con Claudine; me caía bien, nos habíamos hecho amigos y no tenía nada contra ella. Sin embargo, si bien las quería mucho a ambas, el presumir que pudiese estar descuidando su relación con Claudine me dolía en el alma. De cualquier modo, sabía que Jackie tampoco estaba pasándolo muy bien, porque en el trabajo estaban volviéndola loca, inundándola de responsabilidades.

—Por mí... Intenta tú a ver si te contesta el teléfono, que yo la llamo y me sale el buzón de voz.

—Vosotras dos... —canturreé.

—Así son las cosas, mi ángel. Bien, ¿quién sabe?, a lo mejor a Jackie le entusiasma conocer a tu Antonia.

—Primero que nada, no es *mi* Antonia.

—Pero estás aturdido por ella.

Sí, lo estaba, pero de todas maneras no le di la razón.

—Segundo —continué como si nada—: Jackie te ama.

—Hasta tú entiendes que con eso no es suficiente en una relación.

—Ahora mismo llamaré a Jackie para obligarla a venir, tú no te preocupes. Le diré que la esperaremos arriba, que tiene que aparecer sí o sí. Además, tiene que venir porque necesito pedirle prestado algo de ropa para Antonia, que lo que llevaba encima era una falda, una camisa y un abrigo, y si mañana sigue el clima así, no podrá salir con eso a comprar. Tu ropa no le entrará, porque Antonia es casi tan alta como yo, pero de complexión es más o menos como Jackie, o eso creo.

—Ya quisieras tú comprobar sus medidas —se burló ella, guiñándome un ojo.

—En honor a la verdad, por más que yo tenga ganas, dudo que exista la más mínima posibilidad de que eso suceda. Dudo que Antonia vea mucho más allá de su marido.

—Si lo dices tú, por algo será. A ver si cala eso dentro de tu cabeza y ya sabes dónde también. —Sus ojos bajaron hasta mi pecho; de hecho, su cabeza llegaba justo allí, por debajo de mi corazón.

—Sí —suspiré.

—Podría acostarse contigo por despecho.

Reí.

—Sí, genial, se lo propondré.

—Anda, vete a comprar, que yo me daré una ducha para sacarme de encima toda la arcilla.

—Ok.

—Le has contado algo...

—Sabe que toco música en el metro, y que tengo actuaciones todo el fin de semana porque me oyó hablar con los demás, pues vinimos en el metro todos juntos. Sabe que vivo aquí, que os tengo a vosotras y a Paul. No le he contado nada más, no me ha dado tiempo... y aún no sé si quiere saber de mí; dejaremos eso para más adelante si no se larga.

—¿Eso implica que quieres convencerla de quedarse?

—Pues...

La verdad era que sí. De su relación con su marido no sabía mucho más que el modo en el que había terminado con ella, pero eso me bastaba. En mi mente se había formado una idea muy clara de aquel sujeto. Un hijo de puta demasiado frío e insensible, un tipo tal vez en exceso egoísta. No lo conocía ni me interesaba hacerlo; sin embargo, a Antonia, a ella, sí quería conocerla.

Verla en mi cocina bebiendo té, comiendo pan tostado, vistiendo mis ropas, fue decisivo para acabar de convencerme de que lo que vi en su mirada era real, aunque no tuviese muy claro qué era aquello. Ella cuadraba a la perfección en mi piso, era lo que me faltaba allí, lo que ni siquiera sabía que necesitaba. Antonia no ocupaba espacio, sino que lo generaba; con ella allí, mi piso parecía todavía más amplio y, al mismo tiempo, más lleno, más vivo.

—Oli, desacelera, por favor. No te la echas encima, que no es tu

responsabilidad y, peor que eso, quizá no sea lo que necesitas que sea. ¿Alguna vez te han dicho que no tienes medias tintas en el amor? Eres todo o nada.

—Es que es así. Si es algo de una noche, es algo de una noche; si no lo es, pues no lo es.

—Oli, te encuentras a un paso de que te dé un golpe con las manos llenas de arcilla. Lo más probable es que ella se largue en nada y tú tienes cosas de las que ocuparte. Tienes todo el fin de semana de actuaciones y, además, debes llamar a tu padre... De hecho, si está aquí, podrías considerar ir a pasar unos días con él. Los muchachos pueden buscar quien te reemplace, que no te hará mal tomarte una semana de vacaciones.

—¿De vacaciones en casa de mi padre? Es broma, ¿no es así?

—No. Y sabes bien que hablo en serio, ayudarla a ella no te ayudará a ti. Que ella resuelva sus problemas, tú resuelve los tuyos.

—Yo no tengo problemas.

Claudine soltó una sarcástica carcajada.

—Hasta los ángeles tienen problemas. Lárgate de mi vista antes de que suba a buscar a esa mujer para llevármela de aquí muy lejos.

—¿Qué harías con ella, tirarla al Sena?

—Si con eso puedo evitar que acabes con el corazón destrozado por nada, sí.

—¡Eh! —me quejé—. Ni que fuese un crío que va por la vida enamorándose de la primera que se le cruza por el camino.

—No. Por eso mismo, porque eres exactamente lo contrario y me da miedo por ti.

—Supongo que no podemos evitarle todos los dolores y sufrimientos a aquellos que amamos. —Aquello salió de mí del peor modo posible, porque sacó hacia la superficie cosas que no quería fuera de mí.

Claudine me dedicó una triste sonrisa.

—Sabes que es imposible no amarte.

—Eso lo dices tú. No creo que sea un pensamiento generalizado.

—Si no fuese tan gay...

Ante su comentario, no pude más que sonreír.

—Ok, mejor me largo, que solamente venía a avisarte de que Antonia está arriba y a invitaros a cenar, y al final hemos terminado haciendo terapia.

—Así somos nosotros dos.

—Sí. —Me incliné y besé sus dos mejillas.

—Se te antoja comer algo en particular, no tengo idea de qué preparar. Le he preguntado a Antonia, pero no estaba muy por la labor de decirme ni qué le gusta.

—Si su marido acaba de pedirle el divorcio así, y además ha sido víctima de un robo... ¿Ha puesto la denuncia?

—Estaba tan afectada que no he querido exponerla a ir a la comisaría. La acompañaré por la mañana si quiere; de todas formas, dudo que recupere sus cosas.

—Qué angustia quedarte así sin nada y tan lejos de casa. La verdad es que, a menos que ella sea una malnacida o que esos dos tuviesen una relación muy retorcida, es una putada que la haya dejado de este modo.

—Lo ves, comienzas a darme la razón. Cuando la conozcas, sabrás que así es.

—Calma, angelito. No pongas una aureola sobre su cabeza todavía.

—No hago eso.

—Vete a comprar. No me importa lo que nos prepares, a mí me da igual; me alegrará no cenar sola, con eso ya soy feliz. Eso y no comer comida congelada, o tener que pedir algo. Ah, por cierto, hoy al mediodía he visto a Pedro; está organizando una fiesta para celebrar el aniversario del restaurante. Me ha dado la impresión de que tiene la firme intención de invitar a toda la manzana y me ha comentado algo sobre pedirnos a vosotros que toquéis.

—Pues, por mí, genial si a cambio hay buena comida.

Claudine resopló.

—Didier y Maurice necesitan trabajar por algo más que comida, Oli.

—Sí, lo sé. Bien, ya veremos. Ahora me voy.

Claudine me empujó con el hombro para sacarme de la entrada de su piso.

Nos despedimos hasta dentro de un rato y enfilé escaleras abajo, cerrando mi abrigo y preparando mi paraguas para enfrentar la lluvia que me esperaba en la calle.

Salí del edificio cargado de ansiedad por dejarla allí sola. Más allá de que me preocupaba su tristeza, a decir verdad, lo que más temía era que ella no estuviese allí cuando regresara, que entrara en razón y se largara a un hotel al comprender que nada tenía que hacer a mi lado.

De camino a comprar frutas y verduras, llamé a Jackie para comunicarle lo de la cena. No pude hablar con ella, porque se encontraba en mitad de una reunión, pero al ratito me devolvió la llamada y se comprometió a llegar para comer con nosotros, y eso me hizo feliz; si se presentaba la oportunidad, hablaría con ella sobre Claudine.

Debajo de la cortina de agua que no paraba de caer, compré pollo, huevos, leche, yogur y otras cosas para tener para el desayuno del día siguiente, sin tener la certeza de que ella aún fuese a continuar en mi piso para entonces.

Pese al paraguas, para cuando llegaba de regreso a casa, tenía la ropa otra vez empapada.

Tal como lo había acordado con Claudine, pase por su piso. Ya estaba duchada y lista para subir, con una pila de ropa de Jackie para Antonia en las manos. Quise hacer que la dejara allí hasta que volviera su propietaria de trabajar, pero ella insistió; dijo que era ropa que Jackie raramente se ponía y que no tendría problemas en prestársela a Antonia.

Quitándome dos de las bolsas con compras que cargaba, se lanzó a la escalera camino a mi piso.

—¿Temes que muera de hambre? —se mofó, alzando las bolsas que llevaba y apuntando con el mentón en dirección a las que sostenía yo en mis manos.

—No fastidies, que esta noche somos cuatro para cenar.

—¿El zumo y el yogur también son para ahora? —Se quedó mirándome con una ceja en alto.

—Para el desayuno de mañana. No jodas.

Claudine se rio de mí.

—He hablado con Jackie, se ha comprometido a llegar a cenar.

—Eso me gustará verlo.

—Vendrá.

—Sí, seguro, en algún momento tendrá que hacerlo...

—Podrías apostar un par de fichas por ella, ¿no?

—Bien, como quieras. Mejor cambiemos de tema. ¿Te ha sentado bien salir a tomar el aire?

La miré de reojo.

—Sí, mejor cambiemos de tema. ¿Vendrás a verme tocar el fin de semana?

—Claro, no me lo perdería por nada. ¿Necesitas que te eche una mano?

—Siempre eres bienvenida. Hemos alquilado una camioneta para cargarlo todo. Lianne tocará con nosotros sábado y domingo, de modo que tendremos que transportar más equipo de lo normal.

—Bien, perfecto, pues contad conmigo.

—¿No tienes planes con Jackie?

Fue su turno de lanzarme una mirada de reojo. Alcanzamos mi rellano.

Abrí la puerta y le cedí el paso.

—Antonia, estoy de regreso —anuncié, alzando la voz, después de cerrar la puerta. No obtuve respuesta y el piso estaba en completo silencio más allá del murmullo de la lluvia.

Accedimos a la sala con Claudine, ella poniendo cara de circunstancias.

Sentí una punzada de miedo. ¿Y si de verdad se había marchado?

—¿Antonia?

Otra vez no contestó.

—No entres en pánico.

—Estaba en la cocina cuando me he ido.

—Iré a ver si está allí.

—Yo iré a buscarla a su cuarto, quizá se ha acostado un rato. —Rogué para que estuviese allí; no quería que hubiese desaparecido de mi vida así, nada más llegar. Perderla tan pronto...

Me detuve para recordarme que no estaría perdiendo nada, porque yo todavía no la tenía, porque nosotros no teníamos nada y en realidad apenas la conocía.

Claudine me arrebató las otras bolsas de las manos y se marchó rumbo a la cocina; yo, en sentido opuesto.

—¿Antonia? —volví a llamarla, conteniendo la alarma en mi voz.

El suelo de madera del pasillo crujió bajo mis botas.

La puerta del baño que había puesto a su disposición estaba abierta de par en par y ella no estaba allí, solamente la toalla que había utilizado al salir de la ducha, colgada de la barra de la cortina.

Un paso más y me planté ante su puerta, que estaba abierta. Un paso más y vi, a los pies del colchón, las mantas abultadas.

El alivio que sentí hasta me quitó el frío y la molestia de la humedad de la lluvia en mis prendas.

Despacio, me atreví a entrar dentro de la habitación, para encontrarla acurrucada en un capullo de mantas, durmiendo de lado, con la cara vuelta hacia la ventana.

Di un paso más para asomarme por encima de su hombro. Sonreí al verla descansar con el rostro relajado.

No se había largado y mi casa parecía sentarle muy bien.

No tenía palabras para describir el placer de verla dormir allí, como si el colchón y las mantas le perteneciesen.

Fui consciente de la inmensa y estúpida sonrisa que estalló en mis labios, y del modo en que mi corazón pasó de latir a toda velocidad, en pos de salir disparado para escapar del miedo, a correr en busca de la felicidad. Sí, nada de eso tenía sentido, era una tontería, pero, aun así, me sentía muy bien al tener

allí, en mi piso, a alguien igual de perdido que yo, porque, pese a todo, todavía continuaba sintiéndome perdido y solo, como si la vida me lo hubiese arrebatado todo para obligarme a enfrentar el mundo a pecho descubierto, teniendo, como única arma, mi cuerpo.

Al menos, hasta el día siguiente por la mañana, estaría allí.

Con cuidado, retrocedí un paso y luego otro hasta salir de la estancia. Lo único que me faltaba era ir dando saltos de lo feliz que me sentía.

Anduve despacio hasta salir del corredor para no despertarla y, al entrar en la sala, recuperé mi andar normal de regreso a la cocina. Al acceder a ésta, encontré a Claudine sacando todo de las bolsas para colocarlo sobre la encimera.

—¿Y? —curioseó al oírme llegar.

—Duerme plácidamente en su cuarto.

—¿Y a qué se debe tu cara de felicidad?

—A que todavía está aquí —le contesté, quitándome el abrigo húmedo para colgarlo del perchero, a un lado de la puerta.

—Eres imposible.

—Sí, quizá.

Volví a poner mi móvil a cargar y puse música en el pequeño equipo que tenía allí, en la cocina. Juntos, guardamos lo que no era para la cena y nos pusimos manos a la obra.

Claudine se ocupó de condimentar el pollo con todo lo que encontró en mis estantes; lo hornearíamos. Mientras tanto, me ocupé de lavar patatas y zanahorias.

Acompañamos el trabajo con una botella de vino, pan y queso, de los cuales continuamos dando cuenta mientras poníamos la mesa.

La noche se cerró por completo y por suerte paró de llover.

La cocina se cargó del aroma de la comida. Todo lucía espectacular y mi humor amenazaba con mejorar todavía más, porque hacía veinte minutos

Jackie había llamado al móvil de Claudine para avisar de que venía de camino, lo que mejoró el humor de ella.

Puse uno de mis discos preferidos de jazz y subí un poco el volumen; si hasta ganas de ponerme a bailar tenía, de lo mucho que me emocionaba esa cena.

—¿Por qué no vas a despertarla? Jackie llegará de un momento a otro.

—Sí, voy. —Me disponía a salir de la cocina cuando mi móvil comenzó a sonar. Por un segundo mi corazón se detuvo, imaginando que sería mi padre. Cuando vi el nombre de Maurice en la pantalla, me relajé otra vez.

Salí de la cocina mientras le contestaba.

—Hola, hermano. ¿Cómo va todo por ahí?

—Buenas noches, Maurice. Por aquí todo muy bien, ¿por allí?

—Perfecto. Aquí estoy, iba a prepararme cualquier cosa de cenar mientras veo el partido, aunque mejor dejo de hacerlo, porque están destrozándonos.

—Eso, no lo mires.

—No soy como tú, tengo que acompañar a mi equipo en las buenas y en las malas.

Reí.

—Creía que no me contestarías... —soltó, interrumpiendo mi risa—... Te imaginaba muy ocupado con la rubia. ¿Ha parado de llorar? ¿Has hecho que se le quite la mala cara? —Su tono fue más que insinuante.

—Maurice, no seas despreciable, ¿quieres? Antonia está descansando; ahora mismo voy de camino a su habitación a despertarla.

—Seguro que sabes cómo despertar a una mujer —canturreó.

—Maurice, voy a despertarla porque Claudine está aquí y Jackie llegará en cualquier momento, pues las he invitado a cenar.

—¿¿Tú estás loco o qué?! ¿Por qué has llenado tu casa de gente cuando podrías haberla tenido para ti solo? Hombre, no desperdicies la oportunidad.

—No va de eso, Maurice.

—¿De qué va, entonces? ¿No te gusta? Es una mujer muy guapa. Si no

quieres tener nada que ver con ella, invítame a mí a cenar, que mi nevera está un tanto vacía y no tengo ganas de cocinar y sí mucha hambre.

—No vas a venir aquí a flirtear con ella.

—Entonces, ¿te la tirarás tú?

—Si vuelves a hablar de ella en esos términos, te cuelgo.

—¿La has besado, al menos?

—No. —«Aunque ganas no me faltan», pensé.

—¿Entonces? —exclamó, medio celebrando mi respuesta.

—No estoy muy seguro de que ella me vea siquiera.

—Hermano, las mujeres te ven, siempre te ven. Ni a las ciegas te les escapas.

—No digas más tonterías —reí—. Estoy a punto de llegar a su habitación. Hablamos mañana, Maurice.

—¡No, ¿qué?, no me cortes! ¿No vas a invitarme a cenar?

—No, porque no pienso permitir que vengas a acosarla.

—Maldito, eso es porque tú tienes toda la intención de acostarte esta noche con ella, cuando se larguen las dos locas de tus vecinas.

—Adiós, Maurice —canturreé.

—Pero prométeme que mañana me lo contarás todo.

—Eres insoportable.

—Saluda a Claudine y a Jackie de mi parte.

—Lo haré, y, ahora sí, estoy a la puerta de su cuarto. Mañana hablamos.

—Hasta entonces, hermano, que pases buena noche.

Reí y corté para guardar el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Inspiré hondo y alcé las manos hasta los marcos de la puerta. Antonia había cambiado de posición y en ese momento dormía con el rostro vuelto hacia mi lado.

Lo mucho que me hubiese gustado poder despertarla al menos con un beso...

Bajé las manos y di un primer paso sin temer hacer ruido, porque a lo

mejor así comenzaba a despertar; me daba miedo sobresaltarla.

Golpeé la puerta con los nudillos.

—Antonia —la llamé. Ella no reaccionó—. Antonia... —Alcé un poco más la voz, y otra vez nada.

Entré en la habitación y caminé hasta el colchón para detenerme a los pies de éste.

—Antonia... Antonia, soy Olivier. ¿Antonia?

Su reacción ante mi llamada fue acurrucarse entre las mantas, apretando su rostro contra las almohadas.

—Antonia, soy Olivier. La cena estará lista enseguida. —Di un par de pasos más hacia ella, siguiendo el perfil del colchón. Me agaché a su lado—. Antonia —la llamé con un susurro, porque su rostro no estaba a más de cincuenta centímetros de mí.

Apretó los párpados e inspiró profundo.

—Ey, hola... Perdona que te despierte.

Antonia se pasó una mano por la cara después de sacarla de dentro de la protección de su capullo de mantas. Abrió los ojos y su mirada se encontró con la mía. Me dio la impresión de que, al menos por dos segundos, le costó recordar a quién tenía enfrente y qué le había sucedido.

—Hola —la saludé, intentando minimizar el efecto de los malos recuerdos que debieron de volver a ella en ese instante—. En un momento estará la cena.

—Me he quedado dormida. —Su voz sonó opaca y ronca.

—Está bien, no hay problema; necesitabas descansar.

—¿Qué hora es?

—No sé, casi las ocho, supongo; no llevo reloj.

Ella sacó un poco más su brazo izquierdo de debajo de las mantas y miró la hora en el suyo. Me hizo gracia la cara que puso al intentar enfocar la mirada sobre la esfera, y además estábamos prácticamente a oscuras, porque no había ninguna luz encendida y fuera, a pesar de que no llovía, el cielo continuaba encapotado, cubriendo la luna.

—No veo —me dijo.

Extendí mi brazo y tomé su muñeca para intentar ver la hora en el reloj; las yemas de mis dedos rozaron el interior de su mano. Ella me dejó hacer; su brazo estaba completamente relajado, lo que me entusiasmó. Me permití disfrutar del tacto de su piel, sobre todo porque ella cerró los ojos e hizo una mueca muy infantil y relajada, como de quien quiere volver a dormir.

Le eché un vistazo a la esfera.

—Todavía tienes la hora del otro lado del océano —reí.

—Ah, ¿sí? —dijo con su maravillosa voz de dormida, abriendo los ojos—. Igual aquí han de ser las ocho y cinco.

»Bien —entonó ella, sin retirar su mano de la mía.

Cambié su mano a mi mano izquierda y, con los dedos de la derecha, le cambié la hora a su reloj, moviendo las manecillas con la corona. Ella continuó dejándome hacer como si nada.

—¿Quieres seguir durmiendo? Había pensado que lo mejor era que te levantasés a cenar algo o te despertarías en mitad de la noche con hambre.

—No, está bien... Además, con la diferencia horaria, si duermo ahora, me despertaré en plena madrugada, que tengo todos los horarios cambiados. —A regañadientes, le devolví su mano, y ella giró para colocarse de cara al techo—. Encima, te has tomado la molestia de cocinar y has ido de compras...

—No es molestia. Para mí es un placer tenerte aquí. —Continué a su lado, de rodillas, observando su perfil. Permanecimos un momento en silencio hasta que no pude más—. ¿Has llamado a tu marido... o a alguien, para avisar de que estás aquí?

—No, no he llamado a nadie —respondió con la vista todavía fija en el techo. Dio un largo parpadeo—. No te preocupes, mañana decidiré qué hacer si no consigo cambiar mi billete de avión.

—No estoy echándote, Antonia. Por mí puedes quedarte el tiempo que quieras.

Trepó por las almohadas y me miró.

—Todo el tiempo que quieras —insistí.

—Pues...

—Por mí no tengas ninguna prisa. Si necesitas tiempo para pensar qué hacer, ésta es tu casa; siéntete con toda la confianza del mundo para quedarte todo lo que necesites. No sé cuánto tiempo planeabas quedarte en París...

—Unas cuantas semanas; no lo tenía del todo decidido, porque se suponía que mi marido vendría luego y... —Se detuvo; noté que tragaba con dificultad.

—Puedes quedarte unas semanas. El cuarto es tuyo. He ido a ver a mis vecinas, a Claudine y a Jackie. Claudine está aquí; me ha ayudado a preparar la cena y te ha traído algo de ropa de Jackie para que te pongas mañana si quieres. Ya he sacado tu ropa de la lavadora. Mañana podríamos ir a comprar más. No hay ninguna prisa..., a menos que tú quieras largarte para... —«Regresar con tu marido.» Eso último no me atreví a expresarlo en voz alta, porque en mi fuero interno no quería que sucediera por los motivos más egoístas del universo.

—No tengo idea de lo que quiero hacer.

—Pues tómate tu tiempo para meditarlo. Puedes quedarte al menos el fin de semana, para oírme tocar —lancé, y ella me sonrió.

—Sí, hoy no he sido muy buen público.

Feliz de que me siguiera la corriente, me puse en pie.

—Perfecto, tendrás varias oportunidades de vernos actuar, porque desde mañana hasta el lunes por la noche vamos a tocar en diversos sitios. Puedes ayudarnos con el equipo y a montarlo todo, la ayuda siempre es bienvenida. Además, será una experiencia para ti. Puedo darte una camiseta de la banda y todo.

—¿Tu banda tiene camisetas?

—Camisetas y cedés —aclaré.

—Eso es mucho.

—Te lo digo, saldrás beneficiada si te quedas unos días. Además, la banda, donde toca, siempre tiene copas gratis, es parte del trato. No puedes resistirte

a unas copas gratis.

Antonia rio suave y, al final, los dos caímos en el silencio otra vez, mirándonos a los ojos.

—No quiero ser una molestia.

—No eres molestia. No podrías serlo.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces.

—No es una cuestión ni de saber ni de conocer, sino de sentir. —Amagué una sonrisa—. Me caes bien, no creo que escondas debajo de tu piel a una criatura peligrosa ni nada parecido.

—A veces el peligro no viene solamente de lo malo. Hasta lo bueno puede hacer daño.

Su voz murió al final de la frase, sus ojos se quedaron colgando de mi mirada. Volvía a ponerse triste, y sus ojos, cristalinos.

—Me arriesgaré. ¿De eso se trata la vida, no? Anda, levántate de ahí y ven a la cocina para que te presente a Claudine; ella también estará con nosotros el fin de semana, echándonos una mano con las cosas de la banda.

—No creía que en este mundo quedase gente como tú.

Me guardé mis comentarios al respecto.

—Te espero en la cocina, ¿de acuerdo?

—En un momento estoy allí.

—Perfecto. —Me quedé mirándola ya sin ninguna excusa para estar allí, más que disfrutar de su compañía. Ella hizo una mueca y entendí que quería que la dejara sola.

Como un idiota, me moví torpe, dándome la vuelta. Salí a toda prisa de su cuarto. «¡Se queda!», celebré mentalmente, atravesando el pasillo a grandes zancadas.

Al entrar en la cocina, me topé con Claudine con la vista fija en su móvil. Me oyó llegar y lo bajó.

—Era Jackie; ya ha llegado, está dejando sus cosas abajo. ¿Y Antonia?

—Enseguida viene.

—Ahora, dime, ¿por qué tienes esa cara de felicidad? ¿Qué te ha dicho?, ¿qué le has dicho?, ¿qué ha pasado? Has tardado mucho...

Fui directo a recuperar mi copa de vino y bebí un sorbo.

—Eh, ¿a qué viene tanto misterio?

—Se quedará aquí unos días, al menos hasta el domingo. Le he propuesto que nos ayude con la banda. Le debo una camiseta. Tendré ayudantes de lujo este fin de semana.

Claudine se cruzó de brazos y se quedó observándome con una ceja en alto.

—Te importará un rábano si voy a ayudarte con los bártulos. Ahora la tienes a ella.

Sin soltar mi copa, fui hasta ella y la abracé para estrujarla contra mi pecho.

—¿No me dirás que estás celosa?

Claudine me apartó.

—Si te utiliza para tomarse la revancha con su marido, le arrancaré los ojos.

Me carcajeé y, a continuación, le estampé un sonoro beso en la mejilla.

—Te adoro. —La solté y bebí más vino.

—No me gusta verte tan entusiasmado al respecto.

—¿No te gusta verme feliz?

—Sabes que no es eso.

—No digas nada más hasta que la conozcas... Ya lo verás, tiene una mirada que...

Ante mis palabras, Claudine puso los ojos en blanco.

—Debes de ser el único hombre del planeta que habla de la mirada de una mujer. No te enamores, Oli, por favor, al menos hasta que pase el fin de semana y ella decida qué hacer..., no te enamores.

—Tranquila. —La apreté otra vez entre mis brazos.

—Que no es broma —tenía un aspecto serio—, que te conozco. ¿Cuándo llamarás a tu padre?

La solté.

—No me castigues por traer a Antonia.

—No estoy castigándote, estoy intentando hacer que pongas los pies en la tierra otra vez, porque tienes tendencia a flotar por las nubes y...

El timbre de la puerta de mi piso sonó, interrumpiéndola.

—Ésa debe de ser Jackie, voy abrirle.

—Sí, claro, escápate.

Alcé mi copa en su dirección y me largué de la cocina, llevándomela.

Oui, c'est moi

Oí las risas y la conversación en francés. La voz de Olivier sobresalía de las femeninas por su cadencia, entre muy masculina, profunda y aterciopelada. Era una voz que se filtraba, además de por tus oídos, por tu piel. En sus labios, ese idioma sonaba claro y dulce, mucho más fácil de entender que de boca de otras personas. Tal vez fuese porque él hablaba con calma, sin prisas y siempre esbozando una sonrisa.

Oírlo hablar era una delicia; reír, una experiencia sublime. En serio no podía comprender cómo era posible que no hubiese una chica viviendo ahí con él, con el carisma del que era dueño. Probablemente, a sus veintisiete años, poco le interesase meter a una pareja a vivir allí dentro cuando podía permitirse el divertirse sin mayores compromisos. Yo, a su edad, llevaba cinco años casada y casi siete en total con Gastón. No había hecho demasiado uso de mi soltería en la edad adulta, aunque lo había pasado bien. Por lo visto, Olivier no tenía problema con eso.

Las voces llegaron a mí más claras y fuertes cuando entré en el pasillo que daba a la cocina. Sonaba música, una melodía similar al jazz, pero con toques un poco más alegres y bailables. Mis tripas crujieron ante el exquisito aroma que percibía, reviviendo parte de mi interior. Fuera lo que fuese lo que habían preparado, seguro que estaba para chuparse los dedos.

El «pam» de un corcho al abandonar el cuello de la botella trajo festejos de parte de las tres voces que ocupaban la cocina de Olivier. Se me antojó la copa de vino que había creído que tomaría con la cena en Le Royal Monceau o en algún restaurante de la zona, para celebrar mi nueva visita a París.

En realidad, mucho para celebrar no tenía... Mi matrimonio parecía haberse esfumado, mi marido no quería ni hablarme, no tenía un centavo y la perspectiva de pasar por todo el proceso del divorcio...

Detuve mi cerebro. ¡De ninguna manera podía permitirme rendirme a la situación! Recuperaría a Gastón, pero... pero esa noche bebería una copa de vino en el increíble piso de un músico callejero de veintisiete años que era un imán para las miradas. No recordaba haber conocido nunca a alguien así, y lo más probable era que, si las circunstancias no fuesen las que eran, jamás se me habría ocurrido quedarme embobada observando a ese chico enfundado en vaqueros gastados y camiseta, y que en ese momento llevaba el cabello recogido en una coleta por la parte de atrás.

Así, embobada, me quedé parada en la puerta de la cocina, tomando nota mental de las dimensiones de su cuerpo, entre las que destacaban el ancho de su espalda, la circunferencia de sus tríceps, incluso lo contundente de su cuello, que era muy masculino. En un parpadeo, lo comparé con el delgado y largo cuello de Gastón, admitiendo que el de Olivier era bastante más tentador. Mis manos no conseguirían abarcarlo todo. Imaginé que allí, bajo su dorada piel —por debajo de su barbilla ya asomaba también la sombra dorada de la barba—, los músculos tenían que ser tensos y fuertes.

La cintura de Olivier sin duda era más ancha que la de Gastón; sin embargo, con lo ancho de sus hombros y lo respingado de su trasero, parecía más delgado.

De algún modo, lo era. Olivier debía de pesar, al menos, diez kilos más que Gastón... Diez kilos más de puro músculo y doce años menos, y ningún problema con meter a una extraña en su casa y prestarle su ropa, de la cual no quería desprenderme aunque regresase a casa.

Mis ojos volvieron a bajar hasta su trasero, aprovechando que él rellenaba las copas de sus vecinas.

Una de ellas era diminuta, delgada, de piel muy clara y con un estupendo cabello castaño oscuro que parecía de seda. La otra debía de medir unos diez

centímetros menos que yo, tenía una complexión más fuerte y músculos definidos bajo la camiseta blanca de manga corta que llevaba, combinada con unos pantalones de cuero y unas espectaculares botas de tacones altísimos. Llevaba el cabello en una melena muy corta; era más larga por delante que por detrás, en ángulo hasta la altura de su nuca. Las dos me parecieron muy francesas por el modo en que iban vestidas, por sus copas de vino tinto, por toda el aura que desprendían.

No podía quedarme más tiempo allí, observándolos, porque se percatarían de mi presencia y no quería resultar ofensiva.

—Buenas noches —saludé en francés.

Los tres se dieron la vuelta.

—Antonia —exclamó Olivier, regalándome otra de sus increíbles sonrisas.

Entré en la estancia.

—Perdonad por el retraso, tenía que recomponer un poco mi aspecto. — Más que un poco, realmente. Me había lavado la cara, cepillado los dientes, aplicado una buena capa de base y dado un poco de color a mi piel con rubor; eso, además de aplicar una buena capa de máscara de pestañas en un intento de atraer la intención hacia éstas para que no se diesen cuenta de lo hinchados que tenía los párpados de tanto llorar. Además, había sujetado mi pelo en una coleta, en busca de que quedase medianamente presentable.

—Tranquila, que estamos en familia.

Llegué a él.

—Antonia, permíteme presentarte a Claudine. —Me señaló a la más pequeña.

Ella asintió con la cabeza, sin soltar su copa y sin dar muestras de querer acercármeme. Tuve la sensación de que estaba estudiándome.

—Y Jackie.

—Es un placer conocerte —la saludé, y ella se movió hasta mí para que intercambiásemos un beso en cada mejilla.

—¿Vino? —me ofreció Olivier.

—Sí, por favor.

Él se movió hasta la encimera; allí había una copa vacía esperándome. La puso en mi mano y comenzó a verter vino en su interior.

—Huele increíble.

—Mérito de Claudine, no sé todo lo que le ha puesto al pollo.

Por el rabillo del ojo, mientras alzaba la copa hasta mis labios, vi que la susodicha me dedicaba una mueca indescifrable.

—¿Tienes hambre?

—No mucha, en realidad, pero huele muy tentador.

—Es un buen comienzo. —Olivier me dedicó otra de sus sonrisas y yo me llevé la copa a los labios.

Claudine se aclaró la garganta.

—Te he traído algunas prendas de Jackie para que te las pruebes. —Con su copa, señaló hacia el lado de la encimera debajo de la cual estaba la lavadora.

—Gracias.

—Los pantalones te quedarán cortos.

—Sí, creo que ya se ha dado cuenta de eso —intervino Jackie—. Olivier nos ha contado lo que te ha sucedido. Lo lamento mucho todo.

—Gracias.

—Los hombres, en ocasiones, pueden ser muy despreciables.

Mis ojos se movieron en dirección a Olivier otra vez. ¿Podría ser Olivier despreciable? Lo dudaba. Y con respecto a Gastón... pues, hasta que no hablase con él, no soltaría ni una sola palabra en su contra. Sabía que tenía que haber algún motivo para ese comportamiento suyo. Debía de estar estresado, cansado. Estaba casi convencida de que cambiaría de parecer, que entraría en razón en cuanto hablásemos.

Bebí un largo sorbo de vino, que estaba buenísimo, pero no me lo bebí por su sabor, sino porque necesitaba el alcohol en mi cuerpo para sostenerme en pie, en esa cocina, frente a Olivier y sus vecinas..., sobre todo frente a él.

—¡Eh! No sé si recuerdas que soy hombre.

—Sí, Olivier, lo tenemos muy presente. —Jackie se le acercó y le dio dos palmaditas cariñosas en la mejilla. Olivier cerró los ojos, sonriendo—. Ponme más vino.

Olivier obedeció.

—Desde luego, se merece que lo mandes a la mierda por lo que te ha hecho. ¿Qué clase de hombre deja a su esposa por correo electrónico?

Me quedé contemplándola y, a continuación, crucé una mirada con Olivier.

—Yo... les he contado...

—Está bien, Olivier, no te preocupes, no pasa nada —lo tranquilicé, tendiéndole mi copa; él comprendió el mensaje al instante. El líquido color borgoña hizo olas dentro de mi recipiente.

—Nunca entenderé a los hombres. Acepto que las mujeres podemos ser complicadas, pero, a veces, ellos no tienen absolutamente ningún sentido. Deberías cambiar de bando. —Jackie me guiñó un ojo y me entraron calores.

—Por si no lo recuerdas, yo estoy presente —se enojó Claudine.

—Amor, estoy bromeando. —Pasó un brazo por encima de su hombro y la apretó de lado contra su cuerpo—. Además, Antonia no es lesbiana —giró su rostro en mi dirección—, ¿no es cierto?

—No, no lo soy.

—Lo ves. Si Antonia se desquita de su marido con alguien, no será conmigo. —Los ojos de Jackie se movieron hacia el rostro de Olivier y yo me puse todavía más colorada. ¿Acaso él...? Giré la cabeza y lo vi ruborizarse.

—¿Por qué no nos sentamos a la mesa? No quiero que el pollo se seque, con todo el trabajo que le ha dado a Claudine.

—Te ayudo con eso —se ofreció la aludida; ella y Olivier se alejaron en dirección al horno.

—Olivier ha sido muy amable al alojarte aquí. El chico es un santo, no sé si te has percatado de eso —intervino Jackie, retomando nuestra conversación.

—Supongo que, de no ser por él, todavía estaría llorando en el metro.

—Un tipo que te pide el divorcio de ese modo no se merece que llores por

él así. En cuanto regreses a casa, lo desplumas, para que no le queden ganas de volver a hacerle nada semejante a una mujer.

Yo no tenía ganas de vengarme de Gastón, quería volver con él, o al menos eso suponía, pues todavía estaba demasiado confundida. Y lo de desplumarlo... Con el contrato que había firmado antes de casarme con él, no tenía derecho a reclamación alguna. Tendría mi parte, según lo acordado, y nada más. Tampoco es que me interesase dejarlo en la ruina.

—Pero, mientras te recompones del golpe, pasas unos buenos días aquí, en París. Olivier nos ha comentado que ya habías visitado antes la ciudad.

—Sí, he venido algunas veces.

—De todas formas, imagino que jamás habías estado en un lugar así. Es una experiencia distinta, no la típica postal de los turistas. Además, ese chico de allí es un estupendo músico. Me ha contado que Claudine y tú lo ayudaréis en las actuaciones de este fin de semana. Tienes que oírlos tocar, son fantásticos.

Olivier se giró, mostrando la bandeja con el pollo que acababa de sacar del horno; sonreía con una pizca de ingenuidad y vergüenza.

—No le digas esas cosas, que luego tendrá las expectativas muy altas —intervino él.

—Sí, son buenísimos —soltó Claudine, sacando del horno la bandeja con las verduras.

—Ya verás que son estupendos. Nadie en este mundo toca la guitarra como Olivier.

—Ok, Jackie, no bebas más vino.

Olivier pasó por nuestro lado en dirección a la mesa. Claudine lo seguía de cerca; ella aún continuaba con esa mueca que ponía en evidencia una actitud contenida, como si no quisiese demostrarme que, por alguna razón que yo desconocía, no le gustaba. Me molestó que me rechazase así, sin motivos, si ni siquiera me había dado la oportunidad de nada. ¿Acaso le fastidiaba mi presencia allí? No podía estar celosa, si estaba con su novia; además, entre Olivier y yo aún no había sucedido nada. El «aún» se quedó haciendo eco en

mi cerebro mientras mi mirada descendía por su espalda hasta su trasero en el momento en el que él depositaba la bandeja con el pollo en el salvamanteles que estaba sobre la mesa. Claudine la rodeó para poner la bandeja con las verduras en el otro disco de corcho, que estaba más lejos.

Me llevé la copa a los labios, pero no atiné a beber, porque me quedé sopesando si sería capaz de acostarme con él sin que me importase nada más que pasar una buena noche, sin importar si regresaba a casa para recuperar a mi marido o si él no quería volver a saber nada de mí.

No resultaría un sacrificio, eso lo tenía muy claro. Lo problemático residía en si sería capaz de reunir el valor de atreverme a algo semejante, porque hasta intentar dar un paso en esa dirección me daba pánico. Olivier era nueve años menor que yo, y eso me parecía un abismo, algo así como si los dos estuviésemos orbitando alrededor de planetas distintos; lo más probable era que él no tuviese el mínimo interés en mí, o no al menos de ese modo...; solamente pretendía ayudarme, viéndome como la pobre desgraciada que encontró llorando a mares en el metro. Pasar de darle pena a tener sexo conmigo suponía una distancia muy larga de recorrer.

Todavía con la vista puesta en sus vaqueros, despegué los labios y bebí.

Él le dijo no sé qué a Claudine y ella rio. Olivier cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y su culo se hizo eco de ese movimiento. Así, sin más, imaginé su trasero desnudo, su espalda, sus brazos, sus manos en mí...

Mi mente patinó con el vino, deslizándose con suavidad hacia un terreno que hacía mucho tiempo que no visitaba. Mis cualidades para flirtear nunca habían sido una maravilla y, tras catorce años de casada, dudaba de si éstas aún continuarían con vida, pues flirtear con mi marido no era lo mismo que intentar quitarle los pantalones a un veinteañero. Quizá, si yo fuese también una veinteañera, no resultaría tan difícil, pero siendo yo, a mis casi treinta y siete años... Tenía muy claro que, a base de cuidarme mucho, mucho gimnasio y contar con una genética agraciada, mi cuerpo continuaba en muy buen estado;

sin embargo..., ¿por qué se liaría él con una mujer cuya piel ya no era de seda y cuya vida y cabeza eran bastante más complicadas que las de una jovencita de esas que podía tener sin mucho esfuerzo? Le bastaba con sonreír para que cayesen a sus pies..., probablemente así fuera. Si hasta imaginaba que aquello de ser músico, de ir por ahí con su guitarra, debía allanarle el camino considerablemente a la hora de las conquistas. ¿Qué chica libre y joven no se iría con el chico guapo que, desde el escenario, le sonriese y le hiciese sentir que tocaba para ella?

Si tuviese veintitantos de nuevo, no me lo pensaría dos veces, me iría con él a intentar descubrir la fuente de sus espléndidas sonrisas; quizá ésta se encontrase en la fuerza de sus músculos, en la energía debajo de su piel.

O quizá, si Jackie tenía razón, solamente encontraría una noche con la que desquitarme del modo en que Gastón me había pedido el divorcio, del maldito día y de la pesadez que me causaba todo lo que en ese momento me parecían puntos débiles en mi vida; aquellas cosas que debí hacer y no hice, las que hice y no debí.

¡Claro que sí, claro que podía acostarme con él y nada más! ¡Podía! Sería eso, el fin de semana, y luego cada cual a lo suyo.

«*Oui, c'est moi*» —sí, soy yo—, me dije a mí misma.

Podía hacer lo que quisiera. Haría lo que me diese la real gana. Tenía todo el derecho a enloquecer, a ponerme en plan rebelde. Enloquecer... Jamás lo había hecho, y la idea resultaba muy tentadora, sobre todo si era con Olivier.

¿Querría él enloquecer conmigo?

—¿Te encuentras bien?

Di un respingo ante la pregunta de Jackie. Alcé la vista para percatarme de que había estado mirándome. Sonreía, con una pizca de complicidad en los labios. Seguro que se había dado cuenta de que estaba mirándole el trasero a Olivier, pues, de hecho, mis ojos se habían quedado allí clavados, embobados.

Jackie rio suavemente y me guiñó un ojo.

Despegué los labios y bajé el resto del contenido de mi copa de vino por

mi garganta.

—Vamos, venid aquí. ¿A qué esperáis?, que se enfría la comida —nos llamó Olivier.

—Después de ti, Antonia —la voz de Jackie sonó divertida. Di un paso hacia la mesa y, cuando pasé por su lado...—, que no quiero que te quedés mirando mi culo así —me susurró al oído.

Por poco me quedo allí incinerada, del ataque de vergüenza que me dio.

—¿Qué? —curioseó Olivier, dándose la vuelta otra vez.

—Nada —le contestó Jackie, con una enorme sonrisa—. Que parece que a Antonia le ha gustado mucho el vino. ¿A que los vinos franceses son los mejores? —Eso último lo entonó para mí, guiñándome un ojo de nuevo.

Tan morada como el vino, dirigí mi rostro hacia delante para ver a Claudine con todavía peor cara. ¿Qué problema tenía conmigo? ¿Tanto desentonaba yo en aquel sitio? Pues sí, era consciente de que era la mayor de los tres, que provenía del otro lado del océano, que mi idioma natal no era el francés —si bien me defendía estupendamente bien con el idioma— y que no estaba acostumbrada a vivir en un hogar medio vacío en un edificio un tanto en ruinas, sin mayores planes en mi vida que tocar en clubes a cambio de copas o lo que fuese; sin embargo, ella no era quien para juzgarme. Además, Olivier me había invitado a ir allí y, si él me quería en su casa, ella no tenía ningún derecho a molestarse o lo que fuese que le ocurría.

Jackie pasó por detrás de mí para ir a sentarse junto a Claudine, y yo me moví hacia el otro lado de la mesa.

Olivier comenzó a trocear el pollo, desde la cabecera, mientras Claudine repartía las verduras y Jackie rellenaba nuestras copas con más vino.

—Olivier nos ha contado que eres instructora de *krav magá*. —Jackie remontó la conversación.

—Sí, pero hace tiempo que no me dedico a eso.

—¿Y a qué te dedicas, entonces?

—Bueno, me ocupo de las cosas de la casa y con mi marido tenemos

muchos compromisos sociales. ¿Qué haces tú? —disparé en su dirección; realmente no me apetecía hablar de mi vida antes de ese día.

—Soy periodista; trabajo en una revista especializada en política.

—Soy nula para la política.

—A Jackie le gusta debatirlo todo —intervino Claudine por lo bajo, posando sobre la mesa el plato que le había pasado Olivier.

—Claudine es una artista; se dedica a la alfarería, sus piezas son increíbles.

—¿Qué haces?

—Jarrones, vajillas, elementos decorativos...

—Vende sus obras a unos cuantos negocios que están muy de moda, de esos que están montados de cara a los ricos, de artículos de decoración. Éstos ganan una pasta vendiendo sus obras, mientras que Claudine tiene que luchar para que le paguen a tiempo y según lo estipulado.

—Jackie —chilló Claudine, cabreada.

—Amor, que es la verdad, no te enfades. Son unos malparidos. No deberías darles nada más para vender, tienes demasiado talento para ellos.

—¿Y qué quieres que haga?

—Poner tu propio negocio. Ya lo hemos hablamos infinidad de veces.

—Sabes muy bien que no tengo...

—Claudine, las tuyas son excusas. Podemos conseguir el dinero.

—Jackie, éste no es el momento.

—Jamás es el momento.

—Chicas, por favor, no discutáis —las cortó Olivier—. Vamos, que ésta tiene que ser una noche alegre.

Y, «por una noche alegre», recibí en mis labios el primer sorbo de mi tercera copa de vino.

Los noté a los tres incómodos y me incomodé también, sobre todo porque me dio la sensación de que Olivier le ponía caras a sus dos vecinas, caras que no lograba interpretar.

Con todos los platos servidos, Olivier se sentó a mi lado y luego me dedicó otra de sus sonrisas.

—A ver qué tal está esto —canturreó, cogiendo sus cubiertos.

—¿Te gusta la música? —me preguntó Jackie antes de llevarse el primer bocado a la boca.

—Sí, claro... No entiendo mucho de música, pero sí. ¿A alguien puede no gustarle? —Corté un trozo de pollo y giré la cabeza en dirección a Olivier; tenerlo sentado a mi lado, así, tan cerca, me ponía un tanto nerviosa. Deseaba que mi cuerpo tocara el suyo por accidente y, al mismo tiempo, tenía miedo de que él creyese que invadía su espacio personal más de la cuenta—. ¿Qué tipo de música tocas? —le pregunté.

Él tragó y se limpió los labios con su servilleta, que a continuación devolvió a su regazo.

—Toco un poco de todo. Me gusta el jazz, el swing... y con el grupo también interpretamos temas más actuales. Depende de mi día y de mi humor.

—¿Por qué? ¿No me dirás que tienes días de mal humor? No lo parece —solté, en un burdo intento de flirtear con él.

Seguro que se reiría de mí por dentro por lo estúpida que acababa de sonar.

—Los tengo.

—Desde abajo nos damos cuenta, porque, cuando está así, suena como si quisiese arrancarle las cuerdas a la guitarra.

Ahora la mala cara de Claudine estuvo dedicada a Jackie.

—Tampoco es que tenga tantos días malos, pero soy humano. Cuando Jackie está de mala leche, insulta igual que un fanático de fútbol en un partido que su equipo va perdiendo —le devolvió Olivier, risueño.

La aludida se rio para, a continuación, beber vino después de alzar su copa en dirección a Olivier.

—Entonces, ¿te quedarás unos días?

—Supongo que sí. Olivier me ha ofrecido...

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —intervino éste,

interrumpiéndome.

Le tocó el turno para que Claudine le pusiese mala cara a él.

—Bueno, entonces deberías quedarte y divertirme un poco —insistió Jackie.

—Eso mismo —convino Olivier, y alzó su copa de vino—. Por la diversión.

Jackie y yo alzamos nuestras copas, pero Claudine ni se movió. Su novia tuvo que darle un codazo para que la levantara un mínimo. Brindamos y volvimos a beber. Con el vino encima, sentía que se ponía cada vez más fácil eso de divertirme y no pensar mucho, como si, con cada copa, me hiciese un año más joven.

Jackie se puso a contarme cosas sobre su trabajo y sobre cuánto tiempo llevaba con Claudine, a quien había conocido la misma noche en que su anterior novia la había dejado. Me explicó que, por eso, entendía por lo que estaba pasando y que lo mejor que podía hacer era mandarlo todo a la mierda y empezar de nuevo. Ella estaba feliz de haberlo mandado todo al diablo y permitirse conocer a Claudine. Al decir aquello, sujetó con una mano la barbilla de su novia y le estampó un sonoro beso en la mejilla, beso que no cambió la mala cara de Claudine.

Más tarde nos pusimos a hablar sobre París, sobre sus museos, y luego sobre la historia de Francia. Jackie parecía una enciclopedia humana. Empezó a contarme cosas sobre Juana de Arco, los reyes que Francia había tenido... Los tres nos quedamos escuchándola en silencio cuando ella se puso a disertar sobre la situación de la Unión Europea, y agradecí cuando Olivier la cortó para ir a cambiar la música, proponiéndome instruirme para que, para el futuro, fuese capaz de discriminar lo bueno de lo malo. Lo primero que puso fue un grupo que, según me explicó, ejecutaba una fusión de jazz moderno mezclado con toques gitanos y música de Europa del Este. Era música alegre, que invitaba a mover los pies.

Degustando la comida, que estaba increíble, dimos cuenta de la segunda botella de vino.

Nos pusimos a hablar de películas, de la gastronomía francesa, de la comida en Argentina, de fútbol y de los lugares que queríamos visitar. Cuando empezamos a conversar sobre viajes, fui la que más habló, porque quedó en evidencia que había sido yo la que más kilómetros había recorrido alrededor del mundo. Les conté lo mucho que me había impresionado Japón, lo increíble que era la India, y lo en casa que también me sentía en Italia. Les comenté que mis abuelos maternos provenían de allí, mientras que los paternos lo hacían de España. Hablamos de vinos y de viñedos, y con Jackie nos pusimos a charlar de moda mientras Olivier ponía cara de aburrido y Claudine parecía de mal humor.

Con la tercera botella de vino tocando fondo, mientras comíamos chocolates que Olivier había adquirido esa misma tarde cuando salió de compras, Jackie compartió con nosotros, con su mejor buen humor y mucha ironía, la historia de cómo les había contado a sus padres que era lesbiana.

Para mi desgracia, Olivier no abrió la boca para contar nada de su vida, solamente para hacer acotaciones, reír y beber.

Nos terminamos la botella de vino y arrancó a llover otra vez.

Claudine se levantó para preparar café y Olivier, para traer una botella de whisky y tres vasos; Claudine no quería beber más.

Así, con todo el alcohol encima, Jackie me hizo relatarle con todo lujo de detalles todo lo que me había sucedido desde que había pisado París esa mañana. Entonada por el alcohol, no pude evitar reírme de mí misma, de mi propia desgracia.

Tomamos el café y, además, un par de vasos de whisky mientras Olivier me hacía escuchar a todos los más grandes intérpretes de jazz, swing, bebop y afines que hubiesen existido en la historia de la música.

El café se terminó, pero a la botella de whisky todavía le quedaba contenido.

Llegó un punto en el que reconocí que los tres nos reíamos de cualquier cosa, mientras que la mala cara de Claudine se acentuaba todavía más.

Acabé llorando de la risa cuando Jackie se puso a intentar hacerme repetir un par de trabalenguas en francés y por poco me meo encima al oírla soltar rosarios de insultos que le enseñé en español.

Estábamos los tres riendo por todo como idiotas cuando noté que, cada tanto, Olivier ponía una de sus manos sobre mi espalda cuando reía... y caí en la cuenta de que llevaba un buen rato haciéndolo; sin embargo, tenía la cabeza tan ida que justo entonces me percataba de que, si había existido una barrera entre nosotros, ya no estaba allí.

La conversación y las risas habían aniquilado las diferencias... Bueno, con Claudine aún las tenía; ella, a esas alturas de la noche, nos miraba con patente odio a los tres.

—Creo que es hora de irnos, Jackie. Son casi las dos. —Con un dedo, le señaló el reloj del microondas.

—Mierda, que no me he dado cuenta de la hora. Joder, que mi despertador suena a las siete.

—Por eso.

—Tenemos que repetir esto. —Olivier dio una palmada sobre la mesa—. Es una pena que tengáis que irnos.

—Sí, bueno, no todos tenemos tu suerte; a algunos nos suena el despertador bien pronto por la mañana. —Jackie se puso de pie detrás de Claudine. Las dos hicieron el amago de recoger la mesa.

—Nada de eso; largaos, que yo me ocupo. —Olivier se puso en pie.

Fui a levantarme tras él y entonces todo dio vueltas a mi alrededor. Caí de culo sobre el asiento. No me sentía borracha, pero quedaba claro que tenía demasiado alcohol en la sangre. Olivier medio me atajó por los codos, riendo.

—Parece que alguien ha bebido de más —comentó entre risas.

Jackie también reía.

—Los tres habéis bebido de más —nos reprendió Claudine, con tono de madre cabreada.

—Amor, no seas aguafiestas, que nadie aquí debe conducir.

—¿Estás bien? —quiso saber Olivier.

—Sí, creo que sí. —O más o menos. Si había pensado en avanzar sobre Olivier esa noche, eso ya no sería factible. ¿Cómo besarlo si dudaba de ser capaz de volver a ponerme en pie sin caerme de culo al suelo?

—Bien, tú quédate aquí, que iré a abrirles la puerta a las chicas y luego regresaré para llevarte a tu habitación.

—No, estoy bien... —Intenté levantarme otra vez y tuve que sostenerme de la mesa.

Olivier, con sus manos en mis brazos, volvió a sentarme. Al hacerlo, se inclinó sobre mí, exponiendo mi nariz al estupendo aroma de su cuello, su pecho y su hombro izquierdo. Creo que lo que más me afectó entonces fue la cercanía de su piel, que hizo que mis labios ardiesen de ganas de tocarlo.

—No, no lo estás —rio. Él también tenía aliento a alcohol—. En dos segundos estoy de vuelta.

No me dieron tiempo a replicar, pues en un parpadeo los tres salían de la cocina después de despedirse de mí, Jackie con dos besos, uno en cada mejilla, y Claudine desde la distancia.

Cuando me quedé sola, bajé la cabeza contra la mesa, pero calculé mal la distancia y me golpeé la frente con la madera.

—Estúpida —me dije a mí misma en voz alta. En ese estado no podría intentar nada con Olivier. Apreté con fuerza los párpados y la cabeza empezó a darme vueltas como si estuviese dentro de una lavadora.

La música terminó y la cocina quedó en silencio. A la distancia se oía el susurro de la lluvia.

En el estado en el que me encontraba, no logré determinar si, cuando oí sus pasos de regreso a la cocina, habían pasado dos segundos o dos horas.

—¿Antonia?

Era tan bonito oír mi nombre en sus labios.

Despacio, me alcé para que la cocina no se moviese con tanta violencia a mi alrededor.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres otro café?

—No, estoy bien; un poco torpe nada más.

Olivier acabó de entrar en la cocina.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí, muy bien, mucho más de lo que creía que podría pasarlo esta noche; a decir verdad, me he divertido como no me divertía en demasiado tiempo.

Su sonrisa iluminó toda la estancia con una luz mucho más potente que las de los rayos de la tormenta que caía fuera.

—Me alegro.

—Jamás podré agradecerte lo suficiente que me hayas rescatado del metro.

—Lo que acabas de decirme es pago suficiente. Estoy feliz de que lo hayas pasado bien. Jackie y tú habéis congeniado.

—Sí, es muy divertida..., pero creo que Claudine me odia. —Eso se me escapó, culpa del alcohol.

—No, no te odia. Esta noche no era muy ella, eso es todo.

—¿La conoces desde hace mucho?

—Desde los diecisiete.

—Mucho. Entonces, ¿está secretamente enamorada de ti o qué? —Esa última tontería también se me escapó.

¿Dónde estaban mis flirteos de siempre, los que evitaban que metiera la pata hasta el fondo en situaciones sociales, sobre todo en situaciones como ésta, frente a un desconocido al que quería caerle bien?

Olivier llegó a la mesa para alcanzar su vaso de whisky y beber el último hilo dorado que cubría el fondo.

Al pensar en el líquido deslizándose por su lengua, se me hizo la boca agua, porque imaginé lo que sería mi lengua deslizándose sobre la suya, sobre sus labios con sabor a whisky mezclado con el de su piel.

Tragué con dificultad, sintiendo que todo daba vueltas a mi alrededor otra vez, pero en ese caso no por culpa de la intoxicación etílica, sino por la provocada por su piel. Inspiré sobre mi piel y, más que sentir el perfume de

ésta por encima de mis labios, sentí la de la suya pegada a las diminutas gotas de sudor que empañaban toda mi superficie por culpa del acaloramiento del cual él había sido mecha.

Sus deliciosos labios se curvaron hacia arriba.

—Claudine es lesbiana, Antonia —entonó divertido, y de mí se evaporó cualquier rastro de duda; me moría de ganas de comerle la boca a besos.

No logré contener el enrojecimiento de mis mejillas.

—Sí, bueno —balbucí, procurando someter la vergüenza—, es que me ha dado la impresión de que a ella le ha molestado mi presencia aquí.

Sonriendo sexy, Olivier regresó a su sitio a mi lado.

—¿Eso implica que crees que está celosa de ti?

Posó el vaso sobre la mesa y se rascó la nuca en un gesto de lo más despreocupado que tenía mucho de él. Quería que su libertad, que su energía y su coraje, se me pegasen; quería volver a sentirme joven y capaz de cualquier cosa, como él debía de serlo.

Giró la cabeza en mi dirección y sus ojos ametrallaron los míos. Quedé herida de muerte por su mirada azul. ¿Cómo podía ser que fuese tan guapo; que tuviese unos labios tan tentadores; que su cabello me diese ganas de meter mis dedos allí; que su aspecto un tanto bohemio me pareciese tan atractivo cuando mi icono de belleza en un hombre era un traje sastre con camisa de puño para gemelos y zapatos lustrados? Olivier era lo más diametralmente opuesto a eso que pudiese encontrar.

—¿Qué significa tu silencio? —Su tono fue suave, un susurro que me derritió sobre el banco—. Si Claudine no fuese gay, ¿debería estarlo?

Sabía lo que insinuaba y otra vez no fui capaz de contestar. ¿Querría él tener algo conmigo, aunque fuese algo de una noche?

«No», me respondí mentalmente; lo más probable era que él también estuviese un poco entonado por el alcohol y solamente jugase. Seguro que era una conversación tonta y nada más..., pero lo que sucedió a continuación puso en tela de juicio la respuesta que me había dado a mí misma.

Olivier pasó una pierna por encima del banco para quedar sentado de frente a mi perfil. Su mano derecha quedó encima de la mesa, con sus dedos muy próximos a los míos, los cuales se quedaron petrificados junto a la base de mi vaso de whisky. Tenía unos dedos tan bonitos que ni siquiera podía decir que me molestase que llevase las uñas de esa mano un poco más largas para rasgar las cuerdas de la guitarra.

—¿Y bien? Si Claudine no fuese lesbiana, ¿estarías dándole motivos para estar celosa?

No contesté, simplemente me quedé allí tesa, sin poder articular palabra.

Olivier amplió su sonrisa.

—¿Puedo decirte que me gustaría que ella tuviese motivos para estar celosa de ti?

—¿Sí? —balbucí como una idiota.

En respuesta, se inclinó un poco sobre mí.

—No si eso hará que quieras darme una bofetada para después desear salir corriendo de aquí. No quiero ahuyentarte. Es muy tarde y fuera cae una tormenta del demonio. No quiero besarte y que pienses que estoy acosándote.

—Besarme... —Tragué saliva. Si me besaba, no habría forma de que pudiese desear largarme de allí esa noche.

—Sí, me gustaría besarte... y mucho más.

—¿Por qué?

¿En realidad necesitaba preguntarle aquello? Dentro de mi cabeza me insulté a mí misma. Lo lógico hubiese sido que en ese instante, siendo ardientes las ganas que tenía de besarle, de pasar mis manos por su cuello, sus hombros y su pecho, estuviese lanzándome de lleno a sus labios. ¿En realidad necesitaba que me explicase los motivos por los cuales tenía ganas de besos y mucho más conmigo? De cualquier modo, si era una simple calentura y nada más, eso sería suficiente para mí, que yo todavía tenía un esposo, el cual quería divorciarse de mí, una casa, cuentas congeladas, abogados, familia y

amigos a los que enfrentar... y, lo más obvio, un pasaje de regreso a casa para dentro de dos semanas. ¿Qué importaba si eso era de una noche?!

—Porque lo extraño sería no querer hacerlo. Que sepas que es culpa tuya —me dijo. Sus ojos bajaron hasta mis labios y, al cabo de un parpadeo, regresaron a los míos—. Entonces, si te beso, ¿me girarás la cara de una bofetada y te largarás?

Negué con la cabeza, no tenía más voz. Solamente podía quedarme allí atontada, mirándolo.

Apretando los labios, sonrió.

—¿Quién eres? —me preguntó, aproximando su boca a la mía al tiempo que yo giraba un poco el torso en su dirección.

Fue mi turno de bajar la vista hasta sus labios.

—No lo sé —le respondí, perdiéndome otra vez en su mirada azul—. En este momento, soy solamente la mujer que quiere besarte y mucho más —entoné, haciendo uso de sus palabras.

La alegría estalló en sus ojos y sus labios.

—¿Seguro?

—Como si tu no tuvieses idea de quién eres... ¿Acaso no todas las mujeres de París, por no decir las de Francia y también del mundo, se ponen celosas de la mujer que está contigo?

—Gracias por el halago, pero lo dudo.

—No lo dudes.

Me tocó el turno de acortar un poco la distancia entre su boca y la mía.

—Tendrías una fila de hombres tras de ti —me dijo después de un parpadeo en el que su rostro se quedó gravitando frente al mío. El perfume de su piel era exquisito, entre varonil y dulce, con unos toques delicados que me hicieron cosquillas en los brazos y en la parte baja del vientre.

Me agradó que me dijese aquello, incluso a sabiendas de que era una mentira. Sentí que, más allá de mi imagen, tenía muy poco con lo que conquistar a una persona... si en ese mismo instante me sentía poco más que

un caparazón, que además me estaba costando mucho mantener de una sola pieza. Mi exterior era tan débil como la cáscara de un huevo y por dentro... por dentro poco quedaba; lejos de Gastón y a sabiendas de que mi matrimonio podía estar acabado, lo que creía que me llenaba se había convertido en humo, humo que escapó de mí cuando leí aquel correo que me entregó el gerente del hotel.

Ya no sabía ni quién era ni qué quería. Mi única certeza era que deseaba que me besase, que Olivier me tomase entre tus brazos, que me apretujase contra su cuerpo para descubrir si terminaba por romperme o si mi cáscara resistía aquello para volver a empezar, para ser capaz de tener un futuro, de contener algo dentro de mí otra vez.

—No soy tú. Tú eres adorable; tienes... tienes eso que... —No me salían las palabras.

—¿Adorable?

—Adorable y sexy.

Volvió a rascarse la nuca.

—Esa clase de sexy que se evapora después de una noche.

No entendí a razón de qué acotaba aquello, pero lo hizo llevando su sonrisa a un significado completamente distinto, uno que no era ni divertido ni alegre, sino melancólico; sexy porque era sincero, si bien no tenía ni idea de lo que quería decirme.

—¿Es que uno puede alejarse de ti después de una noche?

—Supongo que eso lo descubriremos mañana.

—¿Estás echándome?

—No, para nada; todavía continúa en pie mi ofrecimiento, puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Quizá no me quieras aquí después de esta noche.

Olivier rio.

—Tú también eres adorable.

—Yo no soy nada —admití en voz alta, y a mis ojos saltaron las malditas

lágrimas de nuevo. No quería ponerme a llorar allí, frente a sus labios. No quería otra escena, quería besarlo y quitarle la ropa para después descubrir el peso de su cuerpo sobre el mío.

—¿Quién te ha hecho creer eso? —Su sonrisa desapareció—. Ha sido él, ¿no es así?

No le contesté. No quería ni pensar en ello. No me atrevía a pensar en Gastón con una posibilidad de divorcio por delante, no quería ser ese tipo de mujer. Si es que, además, no me había casado engañada, pues tenía muy claro quién era mi futuro marido cuando acepté su propuesta de matrimonio. Sabía lo que él necesitaba de mí, lo que podía darme y lo que no. La vida que tendríamos juntos era todo lo que lo rodeaba, la historia de sus padres y de sus amigos, la misma que llevamos cuando éramos novios. Sí, admito que por el camino encontramos algunos baches en el asfalto, que, desde la distancia, cuando comenzamos a recorrer nuestro matrimonio, no logré reconocer; uno de ellos era el formar una familia. Habíamos hablado muy de pasada sobre aquello infinidad de veces antes de casarnos, pero, como recién casados, el tema desapareció de nuestras conversaciones; cuando lo traje a colación dos años atrás porque me pareció que ya no podía seguir esperando, él comenzó a poner, por delante de la planificación de un embarazo, miles de peros y excusas.

Apresuradamente, hice a un lado todos esos pensamientos. No quería arruinar esa noche, porque... ¿cuántas oportunidades tendría de ser parte de la vida de alguien tan pleno y tan vivo?

Mirándolo a los ojos, lo envidié y al mismo tiempo le pregunté por qué decidía besar a alguien tan poca cosa como yo cuando podría tenerlo todo, incluso por una sola noche.

—No quiero hablar de él.

—Bien, no diré una sola palabra más, pero, te advierto: si vuelves a repetir que no eres nada, iré directo a donde sea que él esté para...

Con aquello terminó de contestarme. Ni siquiera necesité oír qué planes

tenía para vengarme frente a Gastón. Lancé mis dos manos a su cuello, sintiendo la contundencia de su carne en las palmas de mis manos, e interné las yemas de mis dedos en el cabello de su nuca. Con fuerza, presioné mis labios contra los suyos, interrumpiéndolo. Su boca era más carnosa y caliente de lo que imaginaba. Tenía gusto a whisky, y su piel, a hombre. Eso era él, un tremendo, increíble, inmenso e imponente hombre de veintisiete años entre mis manos y debajo de mis labios.

Abrí los ojos y lo vi contemplándome con un ligero gesto de sorpresa en la mirada.

Despegué mis labios de él y me aparté un poco. No lo solté, mis manos se habían quedado pegadas a su cuerpo.

Poco a poco, las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa ladeada que envió al olvido el incómodo momento que acabábamos de protagonizar.

—Puedo besarte ahora, ¿no?

Despegué los labios y tragué saliva. Claro que podía.

Olivier puso su mano izquierda en mi cintura y, furtivamente, la movió hasta debajo de la sudadera para asomar sus dedos por debajo de la camiseta que le pertenecía. En cuanto tocó mi piel, ésta también pasó a ser de su propiedad. Por poco me da algo al hacer contacto sus dedos contra la parte baja de mi espalda.

Su mano derecha pasó de donde se encontraba, encima de la mesa, a mi nuca por debajo de mi coleta. Su mano allí pesó un mundo y por poco no me caigo de espaldas. De no ser porque con aquella mano empujó mi cabeza hacia delante...

—Antonia...

Sus labios se movieron para entonar mi nombre, justo delante de los míos.

—¿Ahh...? —Maldito whisky.

—Voy a besarte —me anunció, espiando hacia abajo, en dirección a mis labios por encima de su nariz.

Pues que lo hiciese, porque me moría de ganas de sentirlo sobre mí.

Olivier se movió un poco hacia delante y sus labios se posaron sobre mi boca abierta, apenas tocándome. Aquel suave roce provocó chisporroteos en el aire entre nosotros.

¿Alguna vez había experimentado una sensación parecida? Absolutamente no. La certeza llegó a mí cuando su boca siguió en paralelo a la mía, acariciándola lentamente de un lado al otro. La sangre en mis venas se calentó unos grados. ¿Los daños colaterales? Mi mano izquierda prendiéndose de su cabello, mi mano derecha buscando el perfil de su mandíbula.

Su boca entreabierta soltó aliento caliente sobre mi mejilla. Agradecí que su mano continuase en mi nuca, porque todo volvió a dar vueltas a mi alrededor. Lo único firme y estable en el universo era él.

Olivier besó mi piel y luego la comisura de mis labios.

Abrí los ojos para verlo volver a enfrentarme con sus labios entornados.

Mis dedos treparon por su barbilla, arañando la barba que comenzaba a crecer. Me estremecí de gusto ante su tacto.

Tuve la impresión, al fijar mis ojos en los suyos, de que su mirada hablaba un idioma que yo no conseguiría aprender jamás. No era francés ni ninguna otra lengua conocida, sino una distinta, una que se le escaparía a mi cerebro sin importar cuánto empeño pusiese en aprenderla.

Su mirada me sonrió, igual que sus labios. Sus labios...

Se escapó un jadeo de los míos cuando mis dedos se metieron entre nuestras bocas. Necesitaba tocarlo con algo más que mi boca para acabar de convencerme de que la suya era real y que sería mía esa noche.

Su carne caliente quemó las yemas de mis dedos.

Mi dedo índice se aventuró un poco más allá, sintiendo la humedad de su interior.

Con el gesto más dulce que me había tocado presenciar en la vida, Olivier cerró los ojos y besó mi dedo no una, sino dos veces, para mover su boca por encima de éste, acariciándose.

Así, la tierra tembló bajo mis pies.

Despacio, despegó los párpados; sus ojos azules subieron hasta los míos para mirarme como si quisiese guardarme para siempre en su mente, o quizá eso fuera simplemente lo que yo quería que hiciera conmigo, que no me olvidase, que recordase toda la vida esa noche, del mismo modo en que yo la recordaría.

Sonreí con angustia al comprender que ese momento, para él, no implicaba lo mismo que para mí. Ese instante, para mí, era mi punto de ruptura, pero para él debía de ser, simplemente, una noche cualquiera. Yo estaba muy lejos de ser algo especial para él.

Olivier, con mi dedo todavía sobre su labio inferior, empujó su cabeza hasta la mía. Comenzó a besarme otra vez, a través de mi dedo.

Aparté la mano y la moví hasta su oreja.

Por poco me derribo al sentir la suavidad de su lóbulo izquierdo entre mi pulgar y mi índice. Lo acaricié y él jadeó dentro de mi boca, para darle pequeños apretones a mis labios una y otra vez, atrapándolos y liberándolos al vacío.

Tuve la impresión de encontrarme dentro de una espiral, a merced de una fuerza que me hacía subir y bajar por ésta, desde sus circunferencias más apretadas hasta las más amplias. Estrujada en aquel torbellino, no podía respirar y, cuando me soltaba, tampoco, porque me hacía falta su contacto.

Ya no podía ni pensar, por lo que fue él quien dio comienzo al verdadero beso que me haría perder la cabeza por completo y para siempre, irremediablemente.

Su lengua tocó mi labio superior, enredando su nombre y toda su humanidad en mis pensamientos.

Con la lengua, lo busqué y lo encontré, mientras él le dio profundidad a aquel beso que, así, se tornó imparable.

Su contundente mano extendida en mi espalda me apretó contra él, mis brazos rodearon su cuello, mis manos se adueñaron de su cabello.

Toda su humedad quedó en mí para secarme. Estaba matándome y tenía

decidido que se lo permitiría, porque prefería morir de gusto que llorando por lo que había sido de mí antes de él. Probablemente, después de Gastón y después de Olivier, ya no tendría nada, no sería nada, de modo que por qué no aferrarme a ese momento con todas mis energías.

Me alcé un poco, apretándolo todavía más contra mí. Pasé una pierna por encima del banco para enfrentarlo. Quería todo su cuerpo pegado al mío y lo logré con su ayuda, porque, habiendo soltado mi nuca para permitirme levantarme, su mano derecha había pasado a instalarse en mi trasero mientras su mano izquierda trepaba por mi espalda debajo de la camiseta, descubriendo cada una de mis costillas y de mis vertebras, dándole un nuevo sentido a la palabra «delicia».

No podría parar de besarlos... y mucho menos quería hacerlo.

Solamente paré cuando Olivier decidió que la sudadera que yo llevaba puesta le molestaba. Soltó mi cuerpo para agarrar la parte inferior de ésta y comenzar a alzarla sobre mi torso. De pronto lo perdí de vista al subirla por mis brazos para quitármela.

La prenda, que me quedaba enorme, al segundo voló por los aires hacia ninguna parte.

—Demasiada ropa —comentó con una gran sonrisa cuando nos encontramos frente a frente otra vez—. Debería haberme aprovechado del hecho de que esos tipejos robaron toda tu ropa para tenerte desnuda para mí.

Su voz suave y sus sexis palabras encendieron mi rostro.

—¿Esperas que pase, el resto de mis días aquí, desnuda?

—Podría tolerarlo.

—¿Y qué hay de tu ropa? —Mis manos fueron directas a sus duros pectorales debajo de la camiseta.

—Puedo quemarla o tirarla por la ventana.

Me reí.

—No podríamos volver a salir a la calle. —Toda esta tontería me hizo feliz.

—La perspectiva no es mala... Tú y yo aquí, desnudos indefinidamente.

¿Ese «indefinidamente» significaba que, en realidad, podría existir algo más allá de esa noche?

Olivier comenzó a quitarse la camiseta y así acabé de constatar que su cuerpo no era ni remotamente parecido al de Gastón. Olivier tenía cada músculo tallado en su piel de tintes dorados con una definición sorprendente, aun sin ser demasiado abultados. Él simplemente tenía una complexión mucho más ancha, más maciza. Era como un gran dios griego al que le llegara una luz especial. Su sol no era mi sol, su calor no era el mío y su fuerza, tanto la de su físico como la de su interior, no parecían humanas, porque eran mucho más que eso, una mezcla compleja de poderío y suavidad. Todo en él era asesino y al mismo tiempo increíblemente tierno.

—¿Y qué haremos cuando se nos acabe la comida?

—Podemos pedir por teléfono lo que tú quieras.

Reí.

Definitivamente, el plan no sonaba nada mal. Tenerlo solamente para mí, desnudo, en ese inmenso e increíble piso de París, pudiendo pedir lo que se nos antojase; vagar por ese apartamento prendida de él... tenerlo para mí allí mismo, en la sala, encima de la mesa del comedor, en el colchón de su habitación, en la que él había dispuesto para mí o incluso en la bañera de aquel estupendo cuarto de baño hecho de mármol.

Deliraba. Nada de eso sucedería.

Para bien o para mal, Olivier no me permitió seguir pensando. Sus manos llegaron a mi camiseta. Subí los brazos para él, rindiéndome.

Al quitármela de encima, me observó y ya no me dio vergüenza o pudor, porque él estaba disfrutando de mí tanto como yo disfrutaba de él.

Su mano derecha se movió desde mi muslo, donde había estado posada, hasta la parte baja de mi vientre para, de allí, comenzar a subir hasta mi pecho derecho, que cubrió con su mano por encima del sostén, lo que no me convenció.

Llevé mis dos manos hacia mi espalda y lo solté. Lo quería tocándome sin nada de por medio.

Me quité el sujetador y volví a poner su mano sobre mí para que me sintiese, para entregarle el modo en que me hacía sentir.

Mi cuerpo se tensó. Sentí como si mis senos se elevasen, pese a que allí no había mucho que erguir.

Olivier movió su mano sobre mí, atrapando ligeramente mi seno entre dos de sus dedos, y todo mi cuerpo reaccionó en consecuencia, incluido mi cerebro, el cual tuvo muy claro que debía tomar medidas contra los vaqueros que él todavía llevaba puestos, contra el resto de las prendas que aún me cubrían.

Mis manos fueron directas a la cintura de sus pantalones y él volvió a besarme.

Solté el cinturón a toda prisa, luego el botón, y bajé la cremallera.

No creí necesitar pedirle permiso para meter mi mano dentro de su ropa interior. Encontré su cuerpo empezando a reaccionar al mío.

A Olivier se le escapó parte del alma dentro de mi boca al cabo de los pocos segundos de haber comenzado a acariciarlo.

—Antonia —gimió.

Mis dos manos tomaron cuenta de él y volvió a gemir. Su pene tampoco era como el de Gastón, y no es que alguna vez antes me hubiese puesto a comparar tamaños ni nada por el estilo; sin embargo, Olivier, con sus dulces veintisiete años era... Ni siquiera hallé las palabras para describirlo, porque, cuando ves hombres así, estés casada o seas aún soltera, sabes que jamás pasarán por tu vida y que quedan en tu mente a modo de una especie de mito..., pero en ese instante ese mito de veintisiete años era muy real entre mis manos y sobre mi boca. ¡Muy real!

—No quiero... —Su voz se perdió en una suerte de quejido delicioso, porque yo todavía lo tenía entre mis manos—. No quiero interrumpir esto, pero... Joder...

Me sonreí con él cuando volvió a interrumpirse porque mis manos estaban dando con lo que, comprendía, le daba placer.

—¿Y si seguimos en el cuarto?

—¿No prefieres terminar aquí?

—No, prefiero terminar en ti y... —Se vio obligado a interrumpirse otra vez—. Dame dos segundos de tregua, porque... —Su voz se ahogó dentro de su garganta.

Aproximé mis labios a los suyos para besar la sonrisa de congoja que le salió cuando todo su cuerpo se estremeció por mi culpa.

—Bien —convine, y lo solté.

Abrió los ojos como platos y creo que su torso osciló allí sobre el banco, como si perdiese el eje de rotación.

—Tampoco me sueltes así de golpe —rio, y me lo comí a besos.

Sofocamos nuestras risas con besos mientras nos pusimos de pie, buscándonos otra vez y sin que fuese suficiente lo mucho que nos pegábamos el uno al otro.

Con torpeza, porque nuestras cabezas no pensaban con claridad, salimos de encima del banco.

Apretada contra él, dejándome guiar por su cuerpo, salimos de la cocina. Rodamos entre besos por las paredes del pasillo para quedar, sueltos y juntos, en el inmenso espacio del comedor.

Mi trasero dio contra una de las sillas y por poco la tiramos cuando él, por buscar mi cuerpo, me empujó contra la mesa.

Pegó sus caderas a las mías, permitiendo que me adueñase de su lengua. Mi trasero quedó atrapado entre él y la mesa.

Me sacó de allí girándome y alzándome contra su cuerpo, con sus dedos clavándose en mis nalgas.

El modo en que me levantó me hizo sentir como si no pesase nada y fue de lo más agradable, porque además, así, tenía todo su cuerpo para mí.

Rodeé sus caderas con mis piernas, su cuello con mis brazos, su boca con

la mía.

Mis labios estaban hinchados de él, de tanto besarlo, y mi lengua tuvo la certeza de que había estado besándolo toda la vida, o incluso desde antes, como si hubiésemos compartido eso durante otra existencia o muchas otras.

Como bolas de *pinball*, rebotamos otra vez por el corredor de camino a su habitación.

No con poca angustia, salté al suelo cuando él insinuó que era el momento.

Frente a mí, Olivier se inclinó hacia delante para, a tirones, arrancarse las botas y los calcetines. A continuación sus manos fueron a la cintura de sus pantalones, para empujarlos hacia abajo.

Olivier se desnudó frente a mí, con todo lo literal y contundente que semejante acto puede implicar. Lo hizo sin miedo, sin dudar; lo hizo entregándose a mí, compartiéndose conmigo.

Apreté un puño para clavarme las uñas en la palma, provocándome dolor, porque necesitaba asegurarme de que eso era real y no un delirio alcohólico o que quizá hubiese enloquecido por lo que me había sucedido en cuanto llegué a la ciudad.

Era real.

Olivier dio un paso hacia mí.

Sus manos fueron al lazo de mis pantalones, es decir, de sus pantalones en mí. Lo soltó y aflojó la cintura.

Los pantalones cayeron al suelo para rodear mis pies sin necesidad de empujarlos hacia abajo.

Medio paso más y sus manos estuvieron en mi trasero, por debajo de mis bragas.

Una vez más, nos besamos con la pasión de la primera vez y todas las certezas y el conocimiento que se pueden tener después de catorce años de matrimonio.

Sin decir nada, me aparté un poco de él, interrumpiendo nuestro beso para bajar al colchón y quitarme las bragas.

No me importó que fuese mucho más que probable que por esa cama hubiesen pasado más de una docena de chicas desnudas. En ese momento la que ocupaba ese colchón era yo y nadie más.

Su modo de mirarme, allí tendida, no hizo más que provocarme el desearlo todavía más.

Se agachó frente a mí para, a continuación, cubrirme con su cuerpo muy despacio. Su boca llegó a la mía; un segundo después, se lanzó cuesta abajo por mi cuello y luego por mi torso, para besar mis clavículas, mi pecho izquierdo, para marcar de besos todo mi vientre mientras los dedos de mis dos manos se enredaban en su cabello.

Sus húmedos labios alcanzaron mi pubis y me estremecí de gusto cuando comenzó a adueñarse de mí con su lengua, llevándome poco a poco al placer.

Dos días atrás no hubiese podido imaginar que nada semejante pudiese suceder conmigo, y no porque no tuviese buen sexo con Gastón, sino porque eso era un mundo aparte... porque, más allá del sexo, llevaba demasiado tiempo sin sentirme tan mujer como desde que Olivier me había tomado con sus labios para comenzar a besarme.

Uno de sus dedos entró en mí y se me cortó la respiración. Me quede sin aire con el que darle forma a su nombre. Quizá fuese mejor así, que no supiese que dentro de mi cabeza no había espacio para nada más que para su nombre. ¿Cómo podía ser que así fuese, cuando hasta un par de horas atrás estaba llorando por el posible fin de mi matrimonio?

Olivier comenzó a calar más profundo en mí.

Mis piernas se tensaron; un espasmo las recorrió y, después, se convirtieron en gelatina. Él no se detuvo. Apreté los dientes y me tapé la cara con ambas manos. Si gritaba, ¿se me oiría desde el piso de abajo?

Olivier me hizo gemir de placer, doblegando la voluntad de mi mandíbula de mantenerse apretada para no soltar evidencias de lo que estaba haciéndome sentir. A decir verdad, me doblegó por completo; lo quisiera o no, ya era suya, incluso más de lo que tenía intención de serlo.

Mi cuerpo, extinguiendo un último rastro de resistencia, quiso escaparse de él, de sus labios, pero Olivier no me permitió huir. Rodeando mis muslos por debajo, apretó con sus manos mi vientre contra la cama. Su boca asesinó todo lo que yo era y no era hasta que lo conocí; me incineró hasta reducirme a cenizas para que lo único que quedase de mí fuese la mujer que estaba sobre la cama, desnuda y con él encima, remontando mi cuerpo con sus besos.

Olivier llegó a mi cuello para besarlo.

Tener todo el peso de su cuerpo sobre mí me resultó una experiencia única que ni todo el dinero del mundo me hubiese alcanzado para pagar.

Lo siguiente que supe fue que mis piernas rodeaban sus caderas mientras él me penetraba despacio, con su mirada azul clavada en la mía.

Ya no pensé en si Claudine podría oírme desde su apartamento... porque ¿cómo contener dentro de mí lo que él estaba haciéndome? Si intentaba encerrarlo en mi interior, estallaría. Además, todos aquellos gemidos eran suyos, se los había ganado... y con mucho mérito.

Extasiados los dos, hicimos eco en el piso casi vacío.

Olivier volvió a besarme como si nos hubiésemos besado toda la vida y aun así no bastase.

—Quiero creer que no queda ningún riesgo de que quieras largarte —me dijo con su rostro justo frente al mío, sonriéndome, mientras los dedos de su mano derecha acariciaban mi frente—. Dime que te quedarás al menos un par de días conmigo. Puedo mostrarte una cara de París que todavía no conoces.

—Acabo de conocer una cara de París que no tenía ni idea de que existiera.

—Puedes conocer mucho más y para mí será un placer ser tu guía.

—¿No tienes mejores cosas que hacer que llevarme de aquí para allá?

—Dudo que pueda haber nada mejor que llevarte de aquí para allá como acabo de hacer...

Sin duda que exageraba para dorarme la píldora, para hacerme creer que eso era más que una aventura, o quizá estuviese intentando decirme con

delicadeza que la aventura de una noche podía alargarse un par de días; después de todo, sí lo habíamos pasado bien; yo mucho más que eso.

Alcé la cabeza un poco y lo besé. Ésa fue mi respuesta. No necesitaba que me contara un cuento de fantasía y quería que lo entendiese. Disfrutaría de las horas que quisiese pasar conmigo hasta que los dos, cada uno por sus motivos, quisiese o debiese regresar a la realidad.

Olivier nos arropó a ambos con las mantas que arrancó del colchón. Nos acurrucamos juntos, listos para descansar, con la lluvia cayendo fuera.

No le opuse demasiada resistencia al sueño, que comenzó a invadirme muy poco a poco, a medida que la respiración de Olivier se ralentizaba.

* * *

Abrí los ojos porque comencé a sentirme ahogada. Había estado soñando, aunque no tenía ni idea de con qué y no tuve ninguna intención de hacer memoria, porque en lo único que podía pensar en ese instante era en que estaba acostada en una cama que no era la de mi casa, junto a un hombre que no era mi marido, y que unas espantosas náuseas atestaban todo mi ser. Me sentí comprimida dentro de mi propio cuerpo. La cabeza me daba vueltas. Tenía la impresión de que mi cuerpo se daría la vuelta como un calcetín.

Olivier descansaba pegado a mi espalda, con uno de sus brazos rodeando mi cintura. El peso de su mano sobre mi vientre acentuaba mis arcadas.

Un delgado hilo ácido trepó por mi garganta.

Iba a vomitar.

Despacio, quité el brazo de Olivier de encima del mío.

Mis manos estaban heladas. El frío trepó por mis brazos, bajó por mi espalda y se esparció por mis piernas. Con una mano sobre mis labios, en un burdo intento de contener el vómito, me puse en pie. Toda la habitación dio vueltas a mi alrededor.

Me costó recordar hacia dónde debía dirigirme.

Odié no estar en mi casa, odié no tener a Gastón a mi lado para ayudarme... aunque a decir verdad él no solía notar cuando yo abandonaba la cama en mitad de la noche, presa de un espantoso insomnio que no me dejaba vivir y que le daba combustible a mi cabeza para no parar de pensar.

En un raptó de iluminación, recordé dónde estaba el baño de Olivier y hacia allí corrí. Así como mi baño, ése también estaba forrado de mármol, sólo que ése era una combinación de blanco y negro.

No me dio tiempo a estudiarlo demasiado, solamente lo suficiente como para dar con el váter, apartar la tapa y aferrarme al retrete para vomitar hasta lo que no tenía en las tripas.

Las primeras tres arcadas solamente sirvieron para hacerme llorar; las dos siguientes, para expulsar de mí todo lo que había ingerido desde mi llegada a París.

—¡Antonia! —Su voz sonó al mismo tiempo que el estallido que encendió las luces a mi alrededor.

Olivier se lanzó a mi lado al tiempo que mi cuerpo se retorció por tercera vez para vaciar lo poco que quedaba dentro de mí. Terminé un tanto ahogada, temblorosa y asustada, con una de sus manos sosteniendo mi frente empapada en sudor helado y la otra, en mi cabello.

—Tranquila, tranquila, estoy aquí contigo —me susurró con dulzura.

Pese a lo bonito de sus palabras, las arcadas me atacaron de nuevo. Ya no salió nada de mí, sólo el aire de mis pulmones. Mi estómago se retorció una y otra vez, partiéndome por en medio. Mi cuerpo estaba completamente descontrolado y temblaba sin poder evitarlo. En mi vida había vomitado de aquel modo.

Olivier no se movió de mi lado y estuvo allí hablándome, intentando frenar los espasmos de mi cuerpo.

Al fin, cuando ya no me quedaron ni fuerzas ni nada que devolver, apartó lentamente sus manos de mí.

—Sostente un segundo. —Me apoyó contra el bidet y se puso en pie. Intenté

abrir los ojos para ver qué hacía. No pude mantener la cabeza en alto. La incógnita no duró demasiado. Regresó donde me encontraba y lo vi apoyar en el suelo un vaso con agua para luego arrodillarse frente a mí. Tomó mi brazo izquierdo y lo pasó por la manga de una bata mullida de color azul oscuro. Rodeó mi espalda con la bata y, con mucho cuidado, enfundó mi otro brazo dentro de la manga—. Estás helada.

—Gracias —balbucí.

—Ten. —Me tendió el vaso—. Para enjuagarte la boca. Escúpela, no la tragues. Si tienes sed, en unos minutos te traeré hielo. No es conveniente que bebas nada todavía.

Intente alzar las manos hasta el vaso que me tendía y mis brazos se quedaron a mitad de camino. Sin decir ni una palabra, aproximó el recipiente a mis labios.

—Un pequeño sorbo y escupe —me indicó, y fue él quien me ayudó a acercar la cabeza al váter otra vez, para que pudiese escupir el agua. Puso el vaso de nuevo en mis labios. Escupí y, a continuación, apoyó mi espalda otra vez contra el bidet para acomodar la bata contra mi cuerpo, encerrándome en ella. Ató el lazo alrededor de mi cintura y acarició mi rostro con sus dos manos, barriendo el sudor frío de mi piel.

No pude verlo hacer aquello porque no lograba mantener los ojos abiertos.

—¿Un poco mejor?

Con un ligero movimiento de cabeza, asentí.

—¿Todavía tienes náuseas?

—No, solamente mucho dolor de estómago. —Mi voz apenas salió, casi ni podía mover los labios. Hasta el rostro tenía lívido.

—Bien, ahora te llevaré a la cama. El suelo del baño esta helado.

Hice un esfuerzo para abrir los ojos.

—Me has dado un buen susto cuando has salido corriendo de la cama. He notado cómo apartabas mi brazo de ti y he pensado que... —Se interrumpió

para quedarse mirándome—. He creído que te ibas. Y luego te he oído aquí.
¿Quieres que llame a un médico?

Meneé la cabeza, negando.

—¿Seguro? Estás muy pálida y helada. Si no quieres que venga el doctor, en unos minutos podemos estar en el hospital.

—No es necesario, de verdad. He bebido más de la cuenta y mi día... Estaré bien. Sólo llévame a la cama.

—Eso no tienes ni que pedirlo —me contestó, sonriéndome.

Sólo entonces me percaté de que iba completamente desnudo. Había saltado de la cama tras de mí sin detenerse ni un segundo.

Olivier se acomodó a mi lado.

—Pon tus brazos alrededor de mi cuello. —Eso él no tenía ni que pedirlo tampoco.

Me cogió entre sus brazos y levantó mi cuerpo del suelo como si fuese la cosa más liviana del mundo.

Escondí mi rostro entre su cuello y su nuca. El olor de su piel, de su masculinidad, me hizo sentir mejor.

—Necesitas descansar —me susurró.

Lo necesitaba a él a mi lado y nada más.

Con cuidado, me llevó de regreso a la habitación en penumbras.

Tuve la impresión de que ya no llovía.

Olivier me bajó a la cama y apoyó mi cabeza sobre las almohadas. Del lado de la cama en el que habíamos caído cuando entramos en la habitación besándonos, recogió las sábanas y las mantas, para recolocarlas sobre mí y sobre el colchón.

—¿Te traigo hielo? —me ofreció en un delicado susurro.

Negué despacio con la cabeza, porque no podía moverme mucho; es más, apenas si tenía fuerzas para mantener en alto los párpados.

Palmeé la cama a mi lado para pedirle que me acompañase y él comprendió el mensaje al instante.

Se sentó sobre el colchón para meter sus piernas por debajo de las mantas.

Me moví hacia él y él rodeó mis hombros con su brazo derecho. Olivier me estrechó más contra su cuerpo mientras me acurrucaba a su lado.

—No vuelvas a irte de la cama sin avisarme —musitó, apartando el pelo sudado de encima de mi frente con su mano izquierda—. Has debido avisarme de que te encontrabas mal.

—He tenido que salir corriendo; además... no es muy...

—Has debido despertarme dándome un golpe o algo así, para que me diese cuenta de lo que sucedía. Si llegas a necesitar algo, despiértame, Antonia, que no me importa lo que no es muy... Estás aquí conmigo y quiero saber si te sucede algo o si necesitas ayuda, sin importar lo que sea. No quiero que me dejes fuera de lo que te sucede, aunque sean ganas de vomitar. ¿Entendido? — Eso último me lo preguntó fingiendo una severidad de la cual no tenía ni un gramo en su cuerpo.

—Bien. Te avisaré la próxima vez.

—Bueno, espero que no vuelvas a tener ganas de devolver, pero, si necesitas hielo o lo que sea y no me despierto, me llamas a gritos.

—De acuerdo.

Sus dedos se quedaron acariciando mi frente.

—Ahora intenta descansar un poco; estoy aquí contigo y aquí me quedaré.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecerme. Duerme, que necesitas recuperarte para, de verdad, ver París a partir de mañana. —Giró la cabeza y sus labios besaron mi frente.

Ya no pronunció nada más y ni falta que hizo. Con ese gesto suyo lo dijo todo. ¿Cómo podía ser que fuese tan dulce, tan sexy, tan amable, tan guapo y tan todo? ¿Cómo podía ser que ese hombre que era todo eso estuviese con sus brazos alrededor de mí y que me dijese todas aquellas cosas?

Con muchísimo dolor de estómago, los oídos zumbando y el cuerpo destrozado por las arcadas, me quedé dormida entre sus brazos.

Entre nosotros

Después de ducharme, preparé la cafetera y fui directo a recoger mi móvil, que había quedado cargando junto al equipo de música la noche anterior. El aparato reconoció mi huella y se encendió para mostrarme los mensajes que tenía pendientes. Los tres primeros eran de mi padre; los ignoré, deseando saltarme también el cuarto. El mensaje en el buzón de voz era de Maurice. Desconecté el aparato de la corriente y me lo llevé a la oreja mientras regresaba a por mi taza de café, la cual necesitaba, y mucho, porque mi cabeza era pura bruma, pero no por culpa del alcohol, sino de haberme quedado hasta la madrugada con los ojos abiertos cuidando de Antonia... Era por culpa de ella, por la noche que habíamos pasado juntos, porque amanecí en la cama a su lado y mis sábanas olían a ella; porque su cabello rubio estaba enredado en mis dedos cuando desperté; porque al abrir los ojos recordé vívidamente el modo en que esa mujer me había volado la cabeza anoche. El modo en que me besó, en que me tocó, en que me recibió en su interior... Sus dedos le sacaban chispas a mi piel. De no haber estado luego ella tan mal, esa mañana la hubiese despertado para que tuviésemos sexo una y otra vez hasta que no me quedasen fuerzas. No quería que regresase a Buenos Aires, la quería allí conmigo hasta que se hartase de mí, de mi piso y de París.

—Hola, hermano. ¡Muy buenos días! Ok, imagino que tuviste una noche muy movida y que por eso no contestas al teléfono. Te lo perdonaré si me prometes que, en cuanto oigas esto, me llamarás para ponerme al tanto de todo lo sucedido entre la bonita rubia y tú. Tengo un par de alumnos hoy, pero sabes que estaré ansioso por oír sonar el teléfono. Si no quieres perder mi amistad,

mejor me llamas. Hasta luego, tío. Deseo que tengas un espectacular mañanero con el que darme envidia... y debes saber que tendrás que ayudarme esta noche con Lianne. Bien, llámame. Estaré esperando.

Su mensaje acabó y fui al siguiente.

El número era el de Claudine

—Hola, soy yo. ¿Me llamas en cuanto despiertes? Te quiero. Besos.

Su voz sonaba extraña. Vertí el café en mi taza y, mientras iba a por la leche, la llamé al teléfono fijo del piso. Por la ventana que daba al hueco del patio de luces del edificio, me llegó el sonido del teléfono de abajo.

Claudine contestó al tercer timbrazo.

—Hola, buenos días; soy yo.

—Hola. Te he llamado hace un rato. ¿Has oído mi mensaje?

Cogí la leche y cerré la nevera.

—Sí, acabo de hacerlo; es que me he levantado hace un par de minutos nada más. ¿Sucede algo?

Le eché un chorro de leche a mi café.

—Quería saber cómo habías terminado la velada.

—¿Cómo la terminaste tú? —solté, esquivando el bulto, porque sabía que ella no querría oír que al final había acabado en la cama con Antonia y que lo que me pasaba con ella estaba todavía más vivo y fuerte que la víspera.

—Hiciste lo que no debías hacer.

—¿Y qué sería eso? —le pregunté a su voz enojada.

—Acostarte con ella.

—Pues...

—Te acostaste con ella —dictaminó, interrumpiéndome.

—¿No te habrías acostado tú con ella? —jugué.

A Claudine no le hizo mucha gracia. La oí gruñir.

—Parece que soy la única que no tiene intenciones de acostarse con ella.

Eso sonó mal hasta para mí.

—Claudine...

—Sí, parece que a Jackie le cae estupendamente bien... Dice que es divertida, que tiene una risa genial y que... bueno, lo siguiente no lo ha expresado con palabras, pero es más que obvio que le gusta.

—Claudine —canturreé.

—No debiste acostarte con ella.

—¿Por qué no?

—Porque tiene un esposo.

—El cual le pidió el divorcio ayer.

—Te estás encariñando con ella, que te conozco, que a ti esas cosas te suceden en un parpadeo.

—No te preocupes por mí.

—Claro que me preocupo por ti. No puedo ni quiero evitarlo.

—No necesitas preocuparte, estaré bien, todo estará bien; en un principio ella se quedará unos días y, después de eso, ya veremos. Ahora está durmiendo en mi cama y anoche lo pasamos espectacular hasta que, después de acostarnos, tuvo que salir corriendo a vomitar al baño. No tienes idea de cómo se puso, por poco me muero de preocupación. Se durmió en mis brazos, temblando como una hoja.

—Sí, qué tierno —murmuró ella.

—Lo que hicimos antes de eso no fue muy tierno.

—No quiero oírlo.

—Antonia te estaría agradecida si supiese que eres quien me dio todos aquellos consejos...

—Ni falta que hace que se lo digas —lanzó mi amiga, cortándome.

Me carcajeé.

—No deberías tomarte la situación a broma. Ella ni siquiera es de aquí, tiene una vida muy lejos y...

—No quiero discutir contigo por ella, Claudine, de verdad que no. Antonia se quedará y eso no se discute. Lo lamento, pero tendrás que aceptar mi decisión.

—No saldrá bien.

—Haré como si no hubieses dicho eso último. Hagamos una cosa, intentaré hablar con Jackie esta noche, ¿de acuerdo? Quizá, con un par de cervezas de por medio, pueda llegar al fondo del asunto. Soy consciente de que vosotras dos no estáis bien, pero lo tuyo con ella y lo mío con Antonia son cosas diferentes.

—No es eso.

—Pues, si no es eso, alégrate por tu amigo, que está feliz de haber conocido a una mujer.

—No la conoces, Olivier.

—Por eso me gusta la idea de que se quede, de que pasemos unos días juntos, porque las bases de lo mío con ella ahí están; hay cosas que si no se dan desde un primer momento...

—¿Lo tuyo con ella? Oli, anoche habló como si tuviese toda la intención de regresar a casa para arreglar su matrimonio.

—Bueno, he sido yo el que ha pasado la noche con ella y déjame decirte que...

—Tirarte a alguien por despecho no es el inicio de una nueva relación, y lo sabes. Si hasta Jackie...

—No fue eso —solté, cortándola. Ella no había estado la noche anterior con Antonia y yo sí; mi amiga no tenía ni idea de lo que fue, de lo que implicó su mirada, de lo que sentí en su piel, del modo en que su cuerpo se acomodó conmigo cuando regresamos a la cama...

Sí, tenía razón, apenas nos conocíamos y estaba toda su historia detrás; sin embargo, tenía la certeza de que ahí, entre nosotros, había algo. Eso era innegable.

—Oli.

—No me trates con condescendencia, Claudine. Sabes que te quiero y que estoy agradecido de tenerte a mi lado; eres una hermana para mí, pero puedo defenderme solo. Sé que las relaciones de pareja no son mi fuerte y te lo

reconozco; has estado ahí cada vez que he metido la pata y he acabado sin saber qué hacer con mi vida. En esta ocasión es diferente. No es cualquier cosa.

—Uno siempre quiere creer que no es cualquier cosa, que será distinto y especial.

—¿Tú no crees que lo tuyo con Jackie sea especial?

Claudine no me contestó.

Acompañé su silencio con uno mío, sin poder enojarme con ella porque entendí que, en gran parte, lo que me decía era producto de lo que le pasaba, de sus frustraciones por su relación con Jackie. ¿Cómo enfadarme con ella?

—Antonia se dio cuenta de que no es santa de tu devoción, cree que estás celosa. Anoche me preguntó si estabas secretamente enamorada de mí o algo por el estilo.

A Claudine no le quedó más remedio que reír bajito.

—Sabe que nos conocemos desde hace mucho y creo que le preocupa que no la aceptes.

—¿Qué puede importarle que a mí me guste o no?

—No lo sé, dímelo tú: si esto no es nada, ¿por qué debería importarle si tú la aceptas o no? ¿Será por esa extraña necesidad que tenemos de caerles bien a las personas que rodean a aquella persona en la que estamos interesados?

Claudine resopló.

—Quizá sólo sea de ese tipo de mujer que necesita caerle bien a todo el mundo y el hecho de que quiera gustarme no tenga nada que ver contigo. Yo creo que está acostumbrada a una vida muy distinta, ¿acaso no has visto cómo anda, con la frente muy en alto? ¿No has notado que apenas despega los brazos de su cuerpo, y que cuando ríe...? Bueno, anoche, después de unas copas, perdió un poco la compostura; sin embargo, hasta entonces parecía que todos sus movimientos estuviesen fríamente calculados para ni siquiera despeinarse.

—Pues acabó la noche con el pelo enmarañado —solté, y me reí. Sí, había notado que Antonia tenía un modo de moverse entre elegante y contenido, que

parecía estar constantemente procurando no salirse del molde; eso fue así hasta que nos besamos y metió sus manos dentro de mi ropa interior.

—No hablas con seriedad. Todo lo tienes que llevar a la broma, y esa mujer aún es la esposa de alguien.

—Sí, la de un sujeto que le pidió el divorcio a través de un correo electrónico, estando él a poco más de once mil kilómetros de distancia.

—Es mayor que tú.

—Nueve años.

—Contrajo matrimonio cuando tú tenías trece años.

—Joder, que si fuese un par de años mayor me soltarías que también podría ser mi madre. ¿Desde cuándo eres tan conservadora?

—No lo soy; soy gay, Olivier.

—Sí, bueno, y yo estoy con una mujer que es nueve años mayor.

—Y que aún está casada.

—Deja de repetir eso.

—No puede haberse olvidado de su marido en un día.

—Anoche no me dio la impresión de que pensase en él... y, si estuviese tan desesperada por regresar a su lado, no habría aceptado quedarse aquí unos días.

—Es un desquite.

—Sí, gracias por tu voto de confianza. Ahora me queda claro que, evidentemente, soy incapaz de hacer que una mujer se quede a mi lado solamente por mí y no por cualquier otro agente externo. —Esto último se me escapó un tanto de mal humor, porque ya me había pasado que algunas mujeres se habían acercado a mí no por mí, sino por lo que yo implicaba. Bien, en realidad eso me había sucedido con hombres y mujeres, sólo que los primeros no fingieron querer acostarse conmigo, sólo simulaban interesarse en mi música y en el grupo.

—Oli...

—No, no digas nada más. Terminemos con esta conversación. Ha salido el

sol, hoy hará un día maravilloso y por la noche iremos todos a disfrutar de buena música y a pasar un buen rato. Cuento contigo para que nos ayudes con el equipo y para que bajes un poco la guardia e intentes conocer a Antonia. Anda, ponte un poco de mi parte, alégrate por mí. Yo soy feliz y estoy muy entusiasmado por estos días que vienen.

Otro suspiro suyo. Comenzaba a rendirse.

—¡Magnífico, ése es el espíritu!

—Idiota.

—Te quiero, Claudine.

—Ni siquiera sabes si ella estará repuesta para esta noche.

—¿Te interesas por su salud? Qué bueno oírlo.

—Lo único que te falta es tener que cuidar de ella porque está enferma.

—No está enferma; bebió un poco de más y no tuvo un buen día.

—¿Y si está enferma y no puede...?

—Dejemos el pesimismo de lado por un rato, ¿vale? Cuando despierte, ya veré. El plan era llevarla a comprar ropa.

—¿Sé probó lo que le pase de Jackie?

—No hubo tiempo para eso.

—¿Olivier?

La voz de Antonia me llegó por el pasillo.

—En la cocina —la avisé alzando la voz, al tiempo que apartaba un poco el móvil de mi oído—. Está despierta ya —le comuniqué a Claudine.

—Sí, la he oído llamarte —medio rezongó.

—Te prometo que no saldré de esto con el corazón roto.

—Eso espero.

—Otra vez, gracias por tu voto de confianza. Es un placer saber que apuestas por mí.

—No es que no apueste por ti; no apuesto por ella, no me gusta.

Giré la cabeza al percibir que entraba en la cocina. Antonia llegaba enfundada en la bata, tenía el cabello revuelto y estaba un tanto ojerosa y

pálida.

—Ya está aquí. Hablamos más tarde para concretar lo de esta noche.

—Bien. Si necesitas algo, llámame.

—Eso haré. Gracias, Claudine.

—Cuídate.

—Sí, claro —reí, y me despedí de ella mientras avanzaba hasta Antonia.

Corté la comunicación y metí el móvil en mis vaqueros para así tener las manos libres para abrazarla.

Le di un beso en cada una de sus mejillas mientras ella rodeaba mi cintura con sus brazos.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, creo. Qué vergüenza por lo que te hice presenciar anoche.

—Tranquila.

Ella escondió su rostro en mi cuello y su gesto me provocó un arrebató de placer.

—Lo lamento.

—Fue un honor.

—Sí, qué agradable verme vomitar...

—En las buenas y en las malas. —Eso se me escapó sin pensarlo. Sentí los brazos de Antonia tensarse a mi alrededor. No me soltó ni alzó la cabeza para mirarme—. ¿Quieres un té? —añadí, para dejar atrás ese incómodo momento.

—Sí, tengo sed. Creo que me descompuse por lo que bebí y por el día que tuve ayer. —Entonces sí, su rostro emergió de entre mi cuello y hombro. Sus ojos castaños se fijaron en mí—. Más allá del desagradable espectáculo que di, pasé una noche estupenda.

—También yo.

—Olivier.

—¿Sí?

—Si no me quieres aquí, no tienes más que decirlo. Puedo llamar a la aerolínea...

—No tienes que llamar a nadie. —No quería que llamase ni a su marido ni a la compañía aérea ni a nadie en absoluto—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Me encanta tenerte en casa. Es un placer en mucho más de un sentido. —Besé sus labios—. Siéntate, que te prepararé té y un poco de pan tostado. Si te sientan bien, después podemos salir a buscarte algo de ropa. Estaba hablando con Claudine cuando has entrado en la cocina. Me ha preguntado si te habías probado la ropa que te traje ayer.

—Supongo que me irá; quizá los pantalones sean un poco cortos, pero servirán.

—Bien, no te preocupes por eso. Si puedes salir, iremos de compras..., aunque repito lo dicho...: yo preferiría tenerte desnuda.

Ella se sonrió y besó mi mentón, para luego morderlo.

—Me encanta tu barba.

—Pues, entonces, no pienso afeitarme hoy.

—No, definitivamente no te afeites.

Sus manos bajaron de mi cintura a mi trasero.

—Mejor comes algo antes.

Antonia cerró los ojos, rindiéndose a mis palabras. Su frente se posó sobre mis labios. La besé y le di una palmada en el culo, desquitándome por su agarrada de nalgas.

—A sentarte, que en un momento tendrás el desayuno listo.

—Gracias —articuló con suavidad, apartándose.

—Es un placer, preciosa.

Sus mejillas tomaron un poco de color.

—Anda, acomódate, que en un segundo lo tendrás todo servido.

Antonia besó mis labios y se alejó de mí.

Al verla darme la espalda para caminar en dirección a la mesa, tuve la certeza de que, definitivamente, lo que me sucedía con ella no tenía nada que ver con nada que me hubiese sucedido antes. Jamás me había sentido tan relajado o a gusto con una presencia femenina en casa, pese a que jamás tenía

demasiados problemas con ningún tipo de compañía. Lo que ocurría era que, con Antonia, era incluso mucho más sencillo y placentero, como si la conociese de toda la vida, de todas las vidas que hubiese podido vivir antes de toparme con ella en el metro.

¿Cómo explicarle eso a alguien que quizá no lo experimentase jamás? No era cuestión de creer o no en el amor a primera vista, y sí de comprender que, cuando un ser humano cuadra contigo como ningún otro, no puedes simplemente ignorar el hecho de que parece que esa persona hubiese sido creada para estar a tu lado, para completarte y que la completes, para ser doblemente feliz, para vivir la vida por completo, con todo lo bueno y con toda la mierda que tiene.

Eso, entre nosotros, era muy de Antonia y mío, y de nadie más.

Y así, con ese último pensamiento, recordé mi móvil, los mensajes de audio de mi padre, que aún no había escuchado.

Tenía muy claro que continuaría llamando hasta que le devolviese la llamada.

Se me formó un nudo en el estómago.

Antonia se sentó y se volvió a mirarme.

Empujé una sonrisa a mis labios, pensando en que en algún momento tendría que contarle todo aquello..., pero, por lo pronto, lo que menos necesitaba Antonia era que le soltase mi historia encima.

Di la vuelta y fui a poner a calentar agua y a cortar un par de rebanadas de pan para tostar.

—¿Has podido descansar? —le pregunté, asomándome hacia atrás por encima de mi hombro izquierdo, para encontrármela observándome.

—Sí, algo. ¿Y tú? Imagino que lo que menos esperabas anoche era tener que ser mi enfermero.

—Olvídate de eso, ¿quieres? A mí me hace feliz el mero hecho de saber que te encuentras mejor, y me gustaría mucho que vinieses esta noche con nosotros.

—No me lo perdería por nada. Tengo muchas ganas de verte tocar. ¿Tienes que trabajar en el metro hoy?

—No, hoy no iremos. Maurice tiene alumnos y, además, debemos prepararnos para esta noche... —Vertí agua en su taza de té. Las tostadas salieron de la tostadora de un salto. Las coloqué en un plato y puse más rebanadas a tostar—. Tengo todo el día libre para ti.

Su rostro se iluminó con una sonrisa.

Cargándolo todo, fui hacia ella. Antonia me siguió con la mirada hasta que llegué a su lado de la mesa. Puse el plato y la taza frente a sus manos.

—¿Puedo traerte alguna otra cosa? Tengo un poco de jamón y... —Antonia no me permitió terminar de ofrecerle lo que tenía en la nevera. Con su mano izquierda, asió la cintura de mis vaqueros por delante.

—Lo único que necesito es que te sientes a mi lado. —Tiró de mí hacia abajo.

Rendí mi cuerpo a su orden, sonriéndole, para sentarme junto a ella con una pierna a cada lado del banco.

—Eres bastante increíble, ¿lo sabías?

—Y tú —le dije, mirándola a los ojos.

—No, yo no lo soy. No soy casi nada, mucho menos esta mañana.

—No digas esas cosas. ¿Quién te ha hecho creer eso? ¿Él?

Antonia apartó la vista por un segundo.

Me soltó y cogió su taza de té para alzarla hasta sus labios.

—Quizá lo que yo he hecho de mí misma. Las decisiones que he tomado.

—Pues recientemente has tomado la decisión de quedarte aquí.

Volvió su rostro en mi dirección para quedarse mirándome.

—Puedes empezar hoy otra vez.

Todavía con la taza en las manos y sin apartar sus ojos de los míos, se aproximó a mí para besar mis labios.

—¿No deberías estar con alguna muchacha bonita divirtiéndote en vez de estar soltándome a mí este discurso? —Aquello lo declaró con una sonrisa un

tanto triste en los labios.

—No era un discurso, y ya estoy con una muchacha bonita, una con la que me divertí anoche y planeo divertirme el resto del día.

—Sabes de lo que hablo... alguien que sea una hoja en blanco, o por lo menos no tantas hojas con borrones y manchas de tinta.

—No tengo miedo de ensuciarme con la tinta y estoy con quien quiero estar. Me gustas mucho y me encanta tenerte aquí.

—¿No te gustan las chicas de tu edad?

Ante su pregunta, se me escapó una carcajada.

—¿Tan abismal te parece nuestra diferencia de edad?

—No, es que me cuesta creer que a ti pueda interesarte yo.

—Esperaba haberte convencido anoche de que me interesas, y mucho... ¿En qué fallé? —inquirí, jugando, entonando aquello en un tono sexy.

Ella se lanzó hacia mis labios para morderlos.

Reí y ella conmigo.

—No seas tonto, sabes perfectamente bien a qué me refiero.

—¿Hablas de si me molesta que tengas treinta y seis años y que hayas estado casada?

—Técnicamente todavía lo estoy y no sé si... yo... tú...

Vi que el rostro se le llenaba de duda e incomodidad.

—Aquí somos solamente tú y yo, y no necesitas darle vueltas a la situación por mí.

—Sí, pero...

—¿Quieres marcharte? —indagué, interrumpiéndola.

Negó con la cabeza.

—Bien, pues entonces estamos de acuerdo. Desayunarás y, si esto se sienta bien, podrás cambiarte y saldremos a buscarte ropa y a que tomes un poco el aire. Podemos comer por ahí, regresar, dormir un poco por la tarde... —le guiñé un ojo y ella recuperó la sonrisa—, y después nos prepararemos para la noche.

—Eres...

—Soy el que necesita que bebas tu té y te sientas mejor.

Antonia me dedicó una sonrisa en extremo tentadora que me provocó ganas de quitarle mi bata de encima de los hombros para degustar todo su cuerpo con la boca.

—Eres muy mandón.

—No, no mucho —bromeé. En realidad no lo era, y jamás lo sería. Mi carácter no daba para eso ni para muchas otras cosas; yo no sabía cómo ser duro y por eso estaba donde estaba, por eso mi vida era la que era.

Acariciando su cuello, su oreja y adueñándome de su cabello, la vi desayunar. Antonia consiguió beberse el té y dar cuenta de las dos tostadas que le había entregado en el plato; las otras dos que había puesto a tostar después me las comí yo, porque dijo no estar tan convencida de que su estómago pudiese resistirlas.

Mientras ponía orden en la cocina, ella fue a ducharse y a cambiarse para salir, pese a que insistí en que podía descansar un rato más si quería.

Terminé en la cocina y fui a buscarla. La encontré en mi cuarto. Di con ella de espaldas, con su espectacular trasero calzado en los vaqueros de Jackie, y sin duda era imposible que a Jackie le quedasen así. Esos pantalones, sobre Antonia, eran como una escultura de mármol.

Tuve que morderme el labio inferior para cortar mis ganas de lanzarme sobre ella y arrancárselos o, como mínimo, mis ganas de prenderme de su trasero con ambas manos para morder su cuello y, sí, si empezaba por eso, acabaría quitándoselos.

Tal como había predicho Antonia, los pantalones le quedaban bastante por encima de los tobillos, pero luciéndolos así, con sus pies alzados sobre unos espectaculares zapatos de tacón color carne, le quedaban increíblemente sexis. Llevaba su blusa y, por encima, un suéter negro de Jackie que también le quedaba corto de mangas, como si en vez de ser de manga larga fuese de tres cuartos. Se había recogido su cabello rubio en una coleta, igual que la noche

anterior, y cuando se dio la vuelta, porque debió de oírme llegar, vi que se había maquillado; no mucho, sólo lo suficiente como para disimular un poco la mala noche que había pasado.

¿Y esa mujer me había preguntado a mí que por qué no estaba con alguien distinto? Lo correcto sería preguntarle a ella qué mierda hacía allí conmigo.

—¿Qué? —me planteó, sonriéndome.

Conteniendo mi sonrisa, pues seguro que si salía me haría parecer un degenerado, caminé hasta ella y la agarré por la cintura. Besé su cuello.

—Pensaba que íbamos a salir.

Sentí la vibración de su voz por debajo de mis labios, que no paraban de besar su piel.

—¿Estás diciéndome que no?

—Ja, ja, ja. Como si eso fuese posible —replicó, socarrona, cogiéndose del cuello de mi camiseta. Las yemas de sus dedos rozaron mi piel allí... suficiente para que comenzara a perder la cabeza.

—Sé que te he prometido que saldremos de compras, pero no tienes que devolverle estos vaqueros a Jackie. —Deslicé mis manos desde su cintura hasta su trasero—. Le compraré a ella unos nuevos. Tú te quedas con éstos.

Antonia se carcajeó en mi oreja.

—Estás loco.

—¿Adivinas de quién es la culpa? —Riendo, Antonia me apartó de su lado—. Mejor nos vamos, porque, si no, será difícil resistir la tentación de pasarme todo el día en la cama contigo. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Antonia me sostuvo la mirada con una media sonrisa en los labios. Ojalá pudiese ser todo lo que ella necesitase.

—Te devolveré el dinero de lo que compre en cuanto pueda recuperar mis cuentas.

—No necesitas devolverme nada.

—Claro que sí. He estado pensando que quizá sería buena idea llevar algunos de mis pares de zapatos al mercadillo para venderlos y así...

—¿Tus zapatos son todos como el par que llevas puesto?

—Bueno, sí, son todos más o menos del mismo estilo. Me gustan los zapatos de tacón.

—Pues entonces olvídate de eso de venderlos. Te los quedas, que te quedan estupendos.

Antonia puso los ojos en blanco, riendo.

—Los zapatos se quedan, y por la ropa no te preocupes, que yo me encargo.

—La verdad es que no me gustaría que...

—Que no te preocupes, Antonia.

—Olivier, no tienes que hacerte cargo de mí; en serio, te devolveré el dinero lo antes posible. No quiero ser una carga para ti; además, tú...

—Puedo pagarte la ropa —le aseguré sin darle mayores explicaciones. Probablemente debía de estar pensando que, tocando en el metro, no debía tener para mucho, y no pude enojarme porque pensase aquello, sobre todo porque era lo único que ella conocía de mí.

—Olivier... —insistió.

—Será tu paga por ayudarme esta noche con el equipo del grupo.

—Eso no es suficiente.

—Recoge tu abrigo y larguémonos, que hace un día estupendo.

—Oliv...

Cerré sus labios con un beso.

—Andando, que tenemos mucho que hacer.

Antonia ya no insistió más. Se echó encima su abrigo y yo el mío. Ella cogió su bolso y, mientras de lejos la veía echar un vistazo a su móvil, que guardaba allí dentro, fui a por mi cartera y mi teléfono, los cuales metí en los bolsillos de mis pantalones.

De la mano, la saqué de mi apartamento para cerrar con llave y, de la mano, la guie escaleras abajo.

Salimos a la calle, que estaba en pleno movimiento.

—Esto se veía diferente ayer.

—Diferente, ¿cómo?

—Hoy está más vivo.

—Sería por la lluvia. Ayer fue un día gris.

—Definitivamente —convino—. Es bastante pintoresco.

—Pintoresco o...

—No es la cara típica de París... Me gusta.

—No todos los edificios están en el mejor estado.

—De cualquier modo, tienen su encanto. Quizá por eso mismo tienen encanto. —Sus ojos se movieron por la escenografía que nos rodeaba.

—Eso sí. Además, tenemos una ubicación privilegiada. Por esas escaleras, unas calles más arriba, tienes el Sacré Coeur.

Antonia espío en dirección a las escaleras, que en ese instante estaban bajando un grupo de personas que claramente eran turistas. Me pareció oír que hablaban en alemán.

Me di la vuelta y, por detrás del mostrador, vi a Paul.

—Ven, te presentaré a Paul, el maestro panadero responsable del pan que comiste ayer y el que has desayunado hace un ratito.

Antonia se ruborizó un poco cuando, cogiéndola de la mano, la hice entrar en la panadería.

Mi amigo salió de detrás del mostrador para saludarme. Hice las presentaciones sin dar demasiadas explicaciones, a sabiendas de que Paul se quedaría con ganas de más tras verme aparecer con ella.

Antonia le dijo que le había encantado su pan y que lo felicitaba por su trabajo; Paul insistió en regalarle un par de piezas que no hubo forma de hacer que no envolviese y pusiese en manos de ella sin pagar. Él parecía decidido a convencerla de que el mejor pan del mundo estaba en París.

Me costó conseguir llevarme a Antonia de allí, porque mi amigo no quería soltarnos y me miraba como quien tiene cientos de preguntas en la punta de la lengua.

Guie a Antonia en dirección opuesta a las escaleras y por suerte, porque no

tenía ganas de compartirla con nadie más, desde lejos vi que el restaurante de Pedro aún estaba cerrado; en caso contrario hubiese tenido que parar allí también.

Con su mano en la mía, anduvimos algunas calles. Me dediqué a contarle cosas del barrio y ella me comentó lo que conocía de París.

No estoy seguro de si ella se percataba o no, pero yo sí noté que —pese a que iba de mi mano, me miraba a los ojos cuando me hablaba y sonreía para mí— más de un hombre se quedaba contemplándola de manera no muy santa, despertando en mí un instinto asesino que no sabía que tenía. Bueno, a decir verdad, aquello había comenzado a dar señales de existir cuando ella me contó sobre su marido el día anterior; sin embargo, en ese momento, con aquellos transeúntes comiéndosela con la mirada, la pequeña criatura de dientes afilados se convirtió en un monstruo con colmillos que temer, unas garras deseosas de cortar gargantas y unas muy firmes piernas que tenían ganas de partir muchos huevos.

Me entraron ganas de escupirle a la cara a más de uno que, si bien Antonia no me pertenecía, era mía.

—¿Qué tal éstos? —Alcé la percha en la que estaban colgados unos vaqueros repletos de estratégicos cortes y parches y se los enseñé por encima del perchero—. Creo que son de tu talla. —Si hasta podía visualizarla dentro de mi mente vistiéndolos.

Antonia irguió la cabeza y me sonrió como si estuviese frente a un niño pequeño que nada entiende de la vida.

—No puedo ponerme éstos. —Devolvió al perchero la percha que tenía en la mano.

—¿No te gustan? Creo que te quedarían geniales, porque son largos y delgados como tú.

Su rostro tomó un poco de color.

—No es que no me gusten, es que son para alguien con más de diez años menos que yo.

A decir verdad, su respuesta no me sorprendió.

Iba a quitarle esa ridícula idea de la cabeza.

—¿Lo dice en la etiqueta? —Bajé la prenda y analicé el interior—. No sabía que existiesen prendas con un límite de edad.

Antonia me tiró un manotazo desde el otro lado del perchero, en un intento de arrebatarme el pantalón de las manos.

Fui más rápido y me aparté todo lo que me permitió el espacio en el que me encontraba.

—No seas tonto —rio ella.

—Te verías estupenda enfundada en éstos.

—Me vería ridícula.

—Es imposible que luzcas ridícula con nada. Pruébatelos. Están muy bien de precio y quiero regalártelos.

—No sé... —remoloneó ella.

—Al menos dame el gusto de verlos en tu trasero aunque sea sólo una vez.

Ella se carcajeó.

—Vas a probártelos; además, no haces más que pasar las prendas de un lado para el otro, sin escoger nada.

—Es que ni siquiera sé lo que busco.

—Es sencillo: te gusta, te lo pruebas. Pruébate todo lo que te entre por los ojos y, por favor, no pienses en si son apropiados para tu avanzada edad de treinta y seis años.

—Me veré estúpida con ellos. A determinada edad, hay cosas que... —se interrumpió—... es como si fuese corriendo a tatuarme o a hacerme un *piercing*.

—¿No tienes ninguno? ¿Quieres un tatuaje o un *piercing*?

—¡Olivier! —soltó, riendo.

—¿Qué? No seas tan complicada. Puedes hacer lo que te venga en gana. ¿Qué narices te importa lo que piensen los demás de ti? Sácate todos esos prejuicios de la cabeza, ¿quieres? Te probarás los pantalones. —Pillé una

percha que contenía unos vaqueros negros con tachuelas plateadas en los bolsillos traseros y por los laterales, que ya había visto antes y que me habían parecido increíblemente sexis—. ¡Y éstos! —exclamé, descolgando la percha.

—¿Dónde quieres que use éstos?

—Puedes ponértelos esta noche. Te quedarán estupendos. Eso sí, tendré problemas para que no te vayas con otro, porque con ellos puestos romperás corazones.

—En mi vida he usado nada semejante.

Antonia no dejaba de sonreír y, al mismo tiempo, tenía el rostro rojo, en lo que me dio la impresión de que era una mezcla de miedo, duda y entusiasmo. Supe que iba por buen camino.

¿Con qué mierda de hombre había estado casada? ¿De qué clase de gente había estado rodeada?

—Si no te gustan, los devolvemos al perchero, pero no porque me digas que no son para tu edad o alguna tontería semejante. Los quieres o no, no es más que eso.

Antonia mordió su sonrisa por dentro, conteniéndola, y probablemente también conteniendo su entusiasmo. Sus ojos ardieron sobre los míos.

Se me vino encima sin darme tiempo a nada para arrancarme ambas perchas de las manos. Con gusto, me rendí a su ataque.

—Dame eso. —Apretó las perchas contra su cuerpo, sonrojándose todavía más.

—Bien, necesitamos un par de camisetas, y te iría bien alguna chaqueta de cuero también. Tampoco descarto el *piercing* y el tatuaje.

—Estás loco —rio, echando a andar por el pasillo paralelo al que recorría yo.

—Conozco un estudio de tatuajes a unas calles de aquí, es de confianza. Jackie suele ir allí.

—No iré a tatuarme.

—¿Por qué no? ¿Temes que te duela?

—No, no es eso.

La apunté con un dedo acusador.

—Tienes muchas taras. Te las quitaré. Necesitas que alguien te eduque en el noble arte de hacer lo que te dé la puta gana.

—No siempre puedes hacer lo que te da la gana —replicó, poniéndose seria.

—No, no siempre, pero a tus treinta y seis años no necesitas el jodido permiso de nadie para tatuarte, hacerte un *piercing* o raparte la cabeza si eso es lo que quieres hacer. Menos todavía para ponerte unos vaqueros con tachuelas si te sale de los cojones ponértelo.

Antonia se quedó mirándome. Por unos muy largos y desesperantes segundos, creí que me mandaría a la mierda.

—¿Qué motivos tan poderosos tenías para no hacer lo que querías hacer?

—La vida que elegí. En ocasiones debes hacer pequeños sacrificios. Hay cosas que tienen más valor que hacer lo que te da la gana todo el tiempo.

—Solamente debes tener cuidado de que esos pequeños sacrificios no coarten tu libertad.

—Yo soy libre —me rebatió, sonando demasiado herida en su ego como para que lo fuese en realidad—. Por eso me probaré los dos malditos pantalones.

—Bien, perfecto. —Me crucé de brazos para quedarme allí mirándola.

Ella frunció el entrecejo y, de malos modos, recogió una percha del perchero. Era una camiseta con un pentagrama al frente; la camiseta era de un negro desvaído, sin mangas y con poca tela, con profundas sisas. Poco taparía de su piel aquella prenda. Entre ofendida y fingiendo una seguridad que no sentía, apretó la prenda contra su pecho junto con los pantalones.

Anduvimos un par de pasos en silencio hasta que ella lo rompió.

—Fue la vida que escogí.

—Está bien, Antonia, no tienes que darme explicaciones.

—Yo sabía en qué ambiente se movía el que se convertiría mi marido, y

allí no encontrarás a nadie con tatuajes o un *piercing*, ni siquiera con unos vaqueros repletos de desgarrones.

—Ya lo supongo.

—No me hables así. No es sencillo apostar por algo, y la vida adulta no es simplemente salirte con la tuya y realizar tus caprichos.

—No, claro que no. Y gracias, sé muy bien cómo es la vida adulta y tengo muy claro que uno no siempre obtiene lo que quiere.

—Y cuando te enamoras...

—Nadie que te ame deseará reprimir lo que eres —la corté.

—¿Qué sabrás tú?! ¡Tienes veintisiete años y tocas en el metro! A tu edad llevaba cinco años casada. Las relaciones de pareja suponen responsabilidades y no todos...

—¡Eh, alto, alto, alto! No te atrevas a meterte en mi vida.

—¡Te metes en la mía!

—Porque me parece que necesitas ayuda. No fui yo quien te pidió el divorcio por correo electrónico.

—Imbécil —me gritó, para dar media vuelta y comenzar a alejarse a toda prisa.

—¡Antonia! —Me lancé tras ella y su respuesta fue volverse en mi dirección y tirarme todas las perchas por la cabeza. Me lo merecía; sin embargo, estaba convencido de que ella necesitaba que alguien la ayudase a salir del lugar en el que estaba escondida. Quería ser ese alguien, porque la quería conmigo; me encantaba estar con ella, vistiera lo que vistiese; me importaba una mierda si iba con falda y tacones o con unos vaqueros medio deshechos y zapatillas deportivas—. Por favor, Antonia... —Recogí las cosas del suelo. No se detuvo—. Lo siento, no he debido decir eso último, pero no me arrepiento de intentar hacerte entender que tienes todo el derecho de hacer con tu vida lo que quieras.

—Hago lo que quiero con mi vida: me casé con mi marido y ahora estoy aquí contigo.

—Lo importante sería que descubrieses qué te motivó a hacer las dos cosas —le solté, a riesgo de que volviese a mandarme a la mierda o, peor aún, que no quisiese volver a verme... Mientras no me soltase a la cara que se había acostado conmigo solamente para vengarse de su marido...

—Y tú tienes toda tu vida muy resuelta, ¿no es así?

—No, claro que no..., pero al menos sé quién soy. ¿Lo sabes tú? Apareciste ante mí en falda y tacones, y cargando maletas Louis Vuitton. —Emití una risa seca—. Y ahora acabas de aceptar de mi mano esto... —Alcé las prendas, enseñándoselas.

—Querías que me las probara.

—Me encantará verte con estos vaqueros puestos; sin embargo, no pienso obligarte a vestir nada, Antonia. Para mí eres más que bella desnuda. Todo lo que lleves encima de la piel me trae sin cuidado. No pienso en tu ropa cuando te veo.

En sus ojos se atenuó un poco la ira con la que había estado mirándome hasta entonces.

—Quiero que lleves lo que quieras llevar. Es tu cuerpo, es tu vida.

Nos quedamos en silencio, observándonos.

—No quiero ser yo quien decida —añadí.

—Mi marido no decidía por mí.

—Tal vez no directamente.

—Tú no lo entiendes. Sabía en lo que me metía cuando comencé a salir con él.

—Perfecto. Me parece genial si ya estabas advertida desde un principio.

Ella me dedicó una mueca de furia.

—Escogí la vida que quería, aposté por el hombre que amaba.

Que hablase en pasado de un amor, para mi vergüenza, me alegró.

—Por mí, estupendo. Ahora te tocará decidir qué vida quieres vivir. Tú sacarás tus cuentas para saber si lo que tuviste valió la pena o no —le espeté, y al instante me volvió a dar la impresión de que estaba metiéndome un poco

en exceso en su vida..., pero el caso es que no podía parar de odiar a ese sujeto.

—No necesitas ser así de cruel —me dijo, sin moverse de su sitio.

Lo lamenté. Me entraron ganas de abrazarla y besarla. Maldije la puta línea de percheros que nos mantenía a cada uno en su hilera.

—Lo siento, no he pretendido... Es que me gustaría que volvieses a tener la misma mirada de entusiasmo que hace un rato. Tienes razón, no tengo ni idea de lo que implica estar con una persona catorce años, es sólo que no puedo evitar despreciar a tu esposo por el modo en que te ha pedido el divorcio. El tipo debe de ser un témpano de hielo, y tú no me lo pareces, dudo que lo seas. Quizá me esté equivocando, pero tengo la impresión de que, por él, quizá has dejado de hacer muchas cosas que querías hacer e incluso de ser tú misma.

En un paso, Antonia llegó al perchero para quedar a menos de medio metro de mí. De mis manos recogió el amasijo de perchas y prendas de vestir.

—Buscaré algo más antes de ir al probador.

—Sí, claro.

Dio media vuelta y retomó su andar entre los percheros.

Escogió un par de cosas más y yo entendí que no debía volver a abrir la boca, así que me limité a buscar algunas cosas para mí.

Cuando ella terminó, fuimos juntos hasta los probadores, para que cada uno quedase oculto detrás de una de las cortinas de satén verde de lado a lado.

Yo había seleccionado unos pantalones y dos viejas chaquetas sastre de *tweed*, y ella entró en el probador contigo con una pila bastante más considerable, que incluía algunos vestidos con minifalda y hasta un peto tejano; cuando cogió ese último del perchero, hizo mención de que, para su décimo segundo cumpleaños, le habían regalado uno muy parecido.

Tironeé del pantalón para terminar de quitármelo de la pierna derecha cuando oí su voz.

—¿Estás presentable? ¿Puedo pasar?

—Estoy más presentable de lo que ya me has visto —le contesté, y al

instante apareció su mano para apartar un poco la cortina. Antonia se metió en mi probador vistiendo los vaqueros de los desgarrones y una camiseta de lentejuelas y tirantes color piel, que deleitó mi vista con grandes extensiones de la suya. Sus hombros no podían ser más bonitos, y para qué hablar de sus brazos.

—¡Me encanta! —exclamó, y así, sin más, una enorme sonrisa apareció en sus labios.

Se dio la vuelta y movió su trasero para mí.

—Me los llevo.

Tomándola por la cintura, le di un mordisco en el cuello.

—Te quedan espectaculares —le susurré al oído, para besar luego su oreja y tomar entre mis labios su lóbulo. Mis manos se metieron por debajo de la camiseta y treparon por su torso. Su sostén se había quedado en el probador de al lado, comprobé con gusto—. ¿Estás enfadada conmigo? —Lo dudaba, porque estaba permitiéndome que la acariciase; sin embargo, entre aceptar lo que estaba ofreciéndole en ese instante con mis manos y lo que tenía toda la intención de continuar ofreciéndole con algo que no era mi cuerpo, había una gran diferencia. Antonia espío en mi dirección por encima de su hombro derecho.

Suspiró.

—No, no estoy enojada..., es que es complicado. Ni antes de estar con Gastón me hubiese atrevido a ponerme algo así.

—¿Por qué no?

Giró dentro de mis brazos, encogiéndose ligeramente de hombros.

—No estoy del todo segura. Mis padres son un tanto conservadores y yo nunca... Para mí, mi vida estaba bien tal como era. Ahora, de esa vida no queda mucho. Lamento haber dicho, en el tono en el que lo he soltado, eso de que trabajas en el metro. No tengo ningún derecho a meterme en tu vida así.

—Me gusta tocar música ahí abajo —admití en voz alta frente a ella—. Mucha gente ni siquiera se entera de que estamos allí; en cambio, a otros les

alegramos cinco minutos de su día mientras esperan el tren. —Sus brazos rodearon mi cuello. Pegó su cuerpo a mí—. En este momento estoy muy agradecido de tocar en el metro.

Antonia me regaló una sonrisa y, a continuación, sus labios comenzaron a besar los míos muy despacio.

—Gracias a Dios que tocas en el metro —susurró dentro de mis labios entreabiertos, los cuales lo deseaban todo de ella, puesto que se movía sobre mí, trayendo muchos recuerdos de la noche anterior. Sus dedos se enredaron en mi cabello, su lengua acarició mis labios. Mi lengua tocó la suya.

La agarré por el trasero, porque en esos vaqueros lo pedía a gritos.

Antonia sonrió sobre mi boca cuando la apreté contra mí, tomándola con firmeza.

—Eres un hallazgo increíble.

—¿Quién encontró a quién?

—No estoy muy segura de que tuvieses mucha suerte conmigo —me dijo.

Mordí su boca y apreté su culo todavía más contra mí. Empezaba a ponerme duro.

—Estamos en un probador y fuera hay gente.

—Entonces será mejor que no hagamos ruido, que no quiero que nos interrumpen a la mitad. —Comencé a quitarle la camiseta. Agradecí ir en calzoncillos y camiseta; de esta última, ella comenzó a despojarme al instante.

—Esto también será algo nuevo en mi vida.

—Pues yo tampoco lo he hecho nunca en un probador.

Me miró con desconfianza.

—Es en serio. —Solté el botón de sus pantalones—. La pared del espejo parece firme, ¿crees que lo será?

Si la apretaba contra la endeble pared de al lado, acabaría provocando un agujero. Me moría de ganas de internarme en ella, de empujar en su interior con toda la fuerza de mi cuerpo para hacerle entender que me volvía loco. Ella lanzó una mirada hacia la pared del fondo.

—Espero que sí... Vamos a comprobarlo.

Dando tirones, le arranqué los pantalones. Por poco la mando al suelo. Nos reímos un poco, intentando no hacer demasiado escándalo. Antonia me sacó los calzoncillos y buscó mi pene con ambas manos, para enloquecerme todavía un poco más. Con su boca cubriendo mis gemidos de placer para que no se nos oyese desde fuera, fue ella misma quien me guio hasta su interior para permitirme que la arrinconase contra el espejo. Sus estupendas piernas se enredaron en mí, mientras que yo la sostenía para tornar en realidad los recuerdos de la noche anterior.

Fue un placer que se colgase de mi cuello, que jadease de gusto dentro de mi boca, que volviésemos a tener lo de la víspera, sólo que en ese momento era distinto, porque poco a poco nos estábamos convirtiendo en mucho más. La noche anterior no habíamos puesto reparos en darnos placer el uno al otro y, sin embargo, allí dentro, fue distinto..., todavía más libre, más en confianza, más entre nosotros y para nosotros, como si el mundo allí, al otro lado del probador, no existiese.

Para mí, mordió sus labios cuando la hice llegar al éxtasis.

—Esto es una locura —susurró en mi oído entre jadeos, cuando los dos quedamos plenos y con estúpidas sonrisas en los labios.

Sí, sus ojos así, fijos en los míos, eran una locura.

Mi respuesta fue besarla.

Media hora más tarde nos largábamos de allí de la mano, cargando varias bolsas de plástico con ropa que habíamos adquirido. Compungida, intentó convencerme de que no necesitaba todo aquello que se había probado, que lo había hecho por diversión. Feliz, pagué todas sus cosas además de las mías, sin darle demasiadas explicaciones, porque todavía no me atrevía a decirle que el dinero no era un problema para mí.

Salimos de allí y, al sol de la media tarde, almorzamos algo ligero para regresar al piso y volver a tenernos el uno al otro, esta vez sin contener

nuestras voces, sin ni siquiera sentir la necesidad de llegar a la cama. Lo hicimos en mitad de la sala, riendo como dos idiotas.

Sí nos largamos a la cama a dormir la siesta después de que pusiese la alarma en mi móvil para no quedarme dormido, porque debía ir en busca de la furgoneta.

Perdí la noción de todo con sus firmes pechos pegados a mi espalda, su brazo derecho rodeando mi torso y su pierna derecha por encima de mi cadera, de la cual me aferré con fuerza.

Piezas sueltas

No me alegró salir de su habitación de manera furtiva, pero tampoco lo quería presenciando la conversación, incluso si no comprendía ni una palabra de español.

Antes de salir había recogido, de detrás de la puerta, su bata azul. Amaba cómo olía aquella prenda, pese a que en ese momento su perfume se mezclaba ya con el mío.

El aroma de la piel de Olivier era increíblemente perturbador, una delicia. Todo en él me enloquecía, desde su forma de tocarme hasta su forma de mirarme, el modo en que me hablaba... Cada cosa en él calaba hondo en mí, quizá mucho más de lo que le había permitido a nadie en mi vida. Con algo de amargura, entendí que ni siquiera Gastón había llegado hasta las fibras más profundas que Olivier tocaba sin problemas, y eso que había estado, o estaba —todavía no lo tenía muy claro—, muy enamorada de mi esposo.

Acurrucada en uno de los sillones de la sala de estar de Olivier, llamé a mi madre. El miedo comenzó a hacer de mi estómago un revoltijo en cuanto la línea empezó a repiquetear al otro lado del océano. No tenía claro si contarle que Gastón me había pedido el divorcio, porque aún no sabía qué hacer con aquello, si rendirme a la decisión de mi marido o regresar a casa para intentar luchar por mi matrimonio. De cualquier modo, no me sentaba nada bien la idea de hablarlo por teléfono. Incluso si mi matrimonio estuviese acabado, no se lo diría hasta volver a casa.

Contestó al segundo timbrado.

—Hola, cielo. Al fin llamas. Empezaba a preguntarme por qué todavía no

te habías puesto en contacto conmigo.

—Hola, mamá. Disculpa.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal te ha recibido París? Justo hace un momento le comentaba a tu padre, que me ha llamado por teléfono desde la oficina, que, si no te ponías en contacto conmigo esta tarde, llamaría a Gastón para preguntarle por ti.

—Pues aquí estoy, hablando contigo. No tienes que molestarlo, que sabes que él siempre está muy ocupado.

—Sí, por eso todavía no lo había hecho. Y bien, ¿qué me dices de París? ¿Todo bien en el hotel?

—París me recibió ayer con lluvia. —Tenía que decirle que no estaba en el hotel, porque, si por una de esas cosas de la vida se le ocurría llamarme allí, todo mi plan de no contarle ni una palabra de lo que sucedía hasta que regresase a casa se iría al demonio—. Por suerte ya no llueve y hoy he podido salir a pasear.

—Menos mal.

—Sí. Bien... Además de eso, tuve un problema con el hotel —empecé a mentir.

—¿Qué clase de problema? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente. Es que no estoy hospedada allí, sino en casa de un amigo... de unos amigos —me corregí al instante, para evitar que especulase cosas extrañas, cosas como las que en realidad estaban sucediendo.

—¿En la casa de quién?

—Bueno, es un piso cerca del Sacré Coeur, de unos amigos de aquí.

—¿Qué pasó con el hotel?

—Hubo un problema con la reserva de la *suite*.

—Pero te irás más adelante al hotel o...

—No, mamá, me quedaré aquí, ya que me han ofrecido alojarme con ellos.

—Pues bueno, si no hay problema en que te quedes allí...

—No, ninguno —me apresuré a decir.

—Gastón, ¿vendrá?

—Posiblemente —mentí alegremente—. No te preocupes, que es un apartamento enorme, con una ubicación excelente. Aquí estoy mejor que en el hotel.

—Y, cuando Gastón vaya, ¿os quedaréis allí con tus amigos o...?

—Todavía no sé si Gastón vendrá, mamá, que está con muchísimo trabajo. Por eso será mejor que ni lo llames, que sabes cómo se dedica a su trabajo y estos días está bajo mucho estrés. Él sabe que estoy bien. —En mi vida había soltado antes semejante sarta de trolas—. Luego te pasaré el número de aquí, por si necesitas contactar conmigo, aunque, de cualquier modo, puedes llamarme al móvil.

—Sí, bien, después me lo pasas, que así me quedaré más tranquila. ¿Es un lugar bonito?

—Sí, mamá, es increíble. Es un piso en la buhardilla de un estupendo edificio francés con unas vistas fabulosas. —El inmueble estaba descuidado, pero, aun así, era una belleza, y las vistas eran completamente reales. Me puse de pie para avanzar hasta la ventana. Todavía me costaba creer que me encontraba allí con Olivier, que él se había quedado rendido después de hacerme el amor. También me costaba terminar de asimilar que lo habíamos hecho en el vestidor de una tienda de ropa de segunda mano y que allí había comprado prendas que pensaba ponerme, que me entusiasmaba vestir.

—¿Ya has ido de compras? —me soltó mi madre, como si hubiese leído mi pensamiento.

—Sí. He comprado unos vaqueros increíbles, unos vestidos, una chaqueta de cuero...

—¿Vaqueros?

—Sí —me ruboricé. Agradecí que estuviésemos hablando por teléfono y no cara a cara—. No son pantalones tejanos comunes, son la última moda aquí en París.

—Bien, más tarde me envías fotografías de tus compras.

Le daría un infarto si viese el vestido negro minifalda que había adquirido, así como los vaqueros con los desgarrones, y para qué hablar de la camiseta de lentejuelas color piel que no tenía apenas espalda y cuyo escote casi me llegaba al ombligo. Eso, sin mencionar que, si le contaba que desde mi conversación con Olivier, comenzaba a meditar seriamente ir al estudio en el que Jackie se había tatuado para, como mínimo, colocarme mi primer tatuaje a mis treinta y seis años.

—Sí, claro, cuando tenga tiempo.

—Y bien, ¿qué planes tienes?

—Esta noche iré a ver a un grupo a un bar.

—Ah, ¿sí? ¿Qué clase de música tocan?

—Es una fusión de jazz con swing, bebop y otros ritmos —repetí para ella la explicación que me había dado Olivier de lo que interpretaba con su grupo. Yo, más allá del jazz, de la noción de lo que éste era, no tenía mucha idea.

—¿Desde cuándo te gusta el jazz?

—El dueño de la casa toca en el grupo. Toca la guitarra, entre otros instrumentos.

—No tenía ni idea de que tuvieses amigos músicos en París ni en ninguna otra parte; pensaba que todos vuestros conocidos eran gente de negocios. ¿Vive de la música? —Mi madre rio sin gracia—. Bueno, imagino que es un poco difícil vivir de eso.

Si ella supiese que Olivier tocaba en el metro.

—No, lo hace por *hobby*. —En cualquier momento se me caería la cara de vergüenza.

—Me lo imaginaba. Bueno, cielo, espero que lo disfrutes. Me inquieta un poco que tuvieses problemas en el hotel. Tienes que decirle a Gastón que ponga una queja.

—Si quiero, puedo ponerla yo —solté, enojada. ¿Acaso no me creía capaz de hacer ni eso por mí misma?

—Sí, pero ya sabes, él está más acostumbrado a discutir.

«No a discutir, sino a ganar sus conversaciones», pensé. Gastón, fuera como fuese, siempre se salía con la suya en una discusión y, si sabía que tenía las de perder, ni siquiera se metía en aquello. Me pregunté si sería por eso por lo que no habíamos hablado del divorcio cara a cara. ¿Intuiría que tendría las de perder y por eso me avisó de su decisión a distancia y con un correo enviado a un extraño? ¡Por eso ni siquiera había querido contestar a mi llamada!

—No me interesa poner una queja en el hotel, porque, al final, ha sido mucho mejor venir aquí. Estoy perfectamente bien y, en todo caso, no necesito a Gastón para poner una reclamación.

—Como tú digas.

Caímos en un incómodo silencio.

—Por ahí, por casa, ¿todo en orden?

—Sí, cielo, por aquí todo tranquilo, con un calor agobiante. Lo bien que has hecho al huir de este calor, y eso que esto acaba de empezar. Deberíais comprar un piso allí para huir de la humedad de Buenos Aires. Además, tú adoras París.

Giré sobre mis pies descalzos y me quedé contemplando el piso que me rodeaba. Por mi cabeza pasaron cientos de cosas en un segundo.

—Antonia, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro —le contesté, comprendiendo que me había quedado callada. Me aclaré la garganta—. Ahora tengo que irme. —La alarma del móvil de Olivier sonaría en cualquier momento.

—Bien; disfruta de tu noche y llámame pronto.

—Sí, eso haré. Envíale besos a papá de mi parte y recuerda: mejor no llames a Gastón, que va como un loco con el trabajo; cualquier cosa, me llamas a mí al móvil o aquí al apartamento. Más tarde te pasaré el número.

—Sí, ya me ha quedado claro que no quieres que lo moleste.

No se trataba de eso; por mí podría fastidiarlo todo lo que quisiera si no

corriese el riesgo de enterarse de que Gastón quería divorciarse de mí.

Entre palabra y palabra, nos despedimos y regresé a la cama. Olivier todavía dormía.

Al acurrucarme de regreso a su lado, se despertó.

—¿Dónde estabas?

—En el baño —mentí, porque temía que, si le decía que estaba hablando con mi madre, me preguntaría si le había contado lo del asunto del divorcio, y no se me ocurría un modo delicado de explicarle que todavía no tenía ni idea de lo que sería de mi vida, que por el momento era incapaz de tomar ninguna decisión. Mi única certeza en ese instante era que deseaba pasar unos días a su lado, porque con él me sentía bien, libre, o al menos un poco más suelta de lo normal, viendo en el horizonte la posibilidad de hacer cosas que jamás antes se me habían cruzado por la cabeza, como practicar sexo en aquel probador. Lo único malo era que desconocía por completo si eso era un lapsus rebelde por lo sucedido con Gastón o bien algo que tenía pinta de durar en el futuro.

El móvil de Olivier comenzó a sonar. Lo apagó y se dio la vuelta para encerrarme entre sus brazos y besar mi cuello otra vez.

El calor de sus labios me hizo estremecer de gusto.

—Qué pocas ganas de salir de la cama. —Sus labios llegaron a los míos—. ¿Y si nos quedamos?

—No quiero que tu banda me odie.

—Eso sería imposible.

—No, solamente déjalos plantados por quedarte aquí conmigo y verás.

—Serán felices por mí. —Sus labios, húmedos y calientes, atraparon mi labio superior—. Les llenará de felicidad saber que estoy pasándolo estupendamente bien.

Su lengua recorrió mis labios y a partir de entonces mi cerebro se puso espeso. ¡Qué difícil era pensar con su boca sobre la mía!

—Tenemos que levantarnos.

—No quiero. —Su pierna izquierda rodeó mis caderas, pegando su cuerpo

desnudo al mío en bata.

Sus caricias y besos llenaron mi cuerpo.

—Arriba, que quiero oírte tocar.

—Puedo darte un concierto privado.

—No, vamos, que quiero salir... Tengo que estrenar mis pantalones nuevos.

—Todo el mundo se quedará mirando tu trasero. No he debido enseñártelos.

Reí.

—¿Qué hay de tu trasero?

—Mi trasero no tiene nada.

—Eso piensas tú. No he visto a ningún hombre al que le queden los tejanos como a ti.

Me enfrentó, deteniendo sus besos.

—¿Te gusta mi trasero? —preguntó con una sonrisa en extremo erótica en los labios.

—Cómo si no supieses que sí.

—Ahora tengo menos ganas de levantarme de la cama.

A empujones, me lo quité de encima, y él tironeó de la bata para evitar que me levantase de la cama, por lo que terminé desnuda otra vez.

—Arriba o se hará tarde —le ordené, deleitándome con la imagen de su cuerpo en cueros sobre la cama—. Iré a darme una ducha. —Rodeé el colchón.

—Te acompaño.

—No, mejor que no. Se nos pasa la hora y todavía tenemos que ir a buscar la furgoneta. —Lo sacudí con un pie para que se levantase; él atrapó mi tobillo—. Eso que haces no es una buena idea; recuerda que soy instructora de *krav magá*.

Olivier soltó mi pierna de inmediato, alzando los brazos en señal de rendición.

—Bien que haces —reí—. Arriba.

Se tapó la cara con una almohada y yo se la arranqué.

—Sí no quieres que te espabile de un modo poco agradable, mejor te levantas ahora. Contaré hasta tres —le dije, saliendo de su dormitorio—. Uno.

—No quiero, quiero que regreses aquí a la cama conmigo y que no tengamos que volver a salir de ella.

—¡Dos! —alcé la voz, avanzando por el corredor.

—¡No! —gritó desde la estancia, sonando muy infeliz.

—Dos y medio. Mejor te levantas.

—¡Ya! —chilló desde la habitación.

Me di la vuelta para verlo de pie sobre el colchón, con toda su fabulosa masculinidad de frente a mí.

—Ya me he levantado.

Me reí, di media vuelta y fui directa a mi baño, para dejar el suyo libre por si quería ducharse.

* * *

Oí la puerta y me volví hacia ésta para verlo entrar con su apariencia de chico bohemio rompecorazones. En sus manos traía las llaves del piso, de las cuales yo ya tenía un juego, y otro manojito con las que debían ser las llaves de la furgoneta que había ido a buscar para cargar el equipo. Olivier había insistido en ir a por ella solo mientras yo acababa de maquillarme y prepararme para salir.

Allí estaba otra vez, y se suponía que debíamos pasar a recoger a Claudine, que también estaba dispuesta a ayudar al grupo. Saber que estaría presente me incomodaba un poco, porque, sin importar que Olivier me hubiese asegurado una docena de veces que con Claudine «estaba todo bien», a mí no me daba esa impresión.

Olivier me sonrió y me removí dentro de mis ropas, como si no encontrase espacio en el que acomodarme dentro de mi propio cuerpo; el caso es que,

además, teníamos que pasar a buscar a una tal Lianne, que era la baterista de la banda, y saber que estaría rodeada de sus amigos, quienes lo conocían muy bien, mucho mejor que yo, me hacía sentir como si hubiese sido lanzada de regreso a la época de adolescente, como una jovencita a punto de comenzar a estudiar en un nuevo colegio con el curso lectivo comenzado meses atrás. No podía sentirme más «la nueva del grupo». La nueva del grupo que salía con el chico más guapo de la clase. Éste, en ese instante, me estaba regalando una sonrisa de oreja a oreja avanzando hacia mí, balanceando las caderas y moviendo las piernas con la gracilidad de una pantera. En otro hombre me hubiese molestado que hiciese el payaso de aquel modo, pero en Olivier... en Olivier aquello parecía no ser otra cosa que la superación de toda estupidez, una demostración de confianza e inteligencia que no le había visto a nadie más en la vida. Tenía la certeza de que, para él, mentir o fingir era un imposible.

—Esos pantalones son espectaculares —susurró en mi oído derecho, cogiéndome por la cadera. Sus labios besaron mi cuello.

—Creo que tienes una fijación con los vaqueros.

—Con los vaqueros sobre tu cuerpo —me corrigió, descendiendo por mi cuello con sus labios. Sus manos se movieron hasta mi trasero—. No sé ni cómo haré para tocar hoy contigo allí.

—Si lo prefieres, no voy —bromeé.

—Te vienes conmigo, que no quiero alejarme de ti. —Su rostro quedó frente al mío. Tocó mis labios con los suyos—. ¿Lista para divertirme?

—¿Seguro que quieres que te acompañe? Estarán todos tus amigos y es tu trabajo... No quiero incordiarte.

—Tú, ¿incordiarme? —replicó, alzando una ceja—. ¿No has oído lo que acabo de decirte? Te quiero allí; además, no es que sea mi «trabajo», porque no es un trabajo... es, más bien, mi pasión, lo que me hace disfrutar, y me gustaría mucho que lo disfrutases también. Quiero que sepas que opinas de mi música.

Rodeé su cuello con mis brazos, sintiendo que estaba viviendo la vida de

alguien que no era yo, que esa vida no era la mía. Una parte de mí parecía haber cambiado de un día para otro y, si bien sabía que mi pasado era real, me costaba contactar con lo que había sido.

Una parte de mí se sentía estupendamente bien con eso; la otra mitad deseaba regresar a casa a recuperar la seguridad y la estabilidad que creía que tenía junto a Gastón, porque, para hacerle honor a la verdad, dudaba de que a Olivier le durase mucho lo que tenía conmigo; para él, eso probablemente no pasaría de ser una aventura, unos días divertidos que compartiría con una argentina perdida en París que ni siquiera sabía quién era en realidad.

—Si tocas la guitarra como haces otras cosas... —le contesté, regresando a su terreno, porque el mío, cenagoso y con peligros al acecho, amenazaba con nublarse más. ¿Para qué complicarme? Tenía muy claro que lo más probable era que esa historia no me llevase a ninguna parte; sin embargo... debía admitir que jamás me había encontrado en esa posición de sentirme tan libre de hacer cualquier cosa, ser quien quisiese ser en ese instante.

Gastón no tenía por qué enterarse de eso.

Esos días en París sería una pieza más de mí, una de esas tantas piezas sueltas que en ese momento me componían. Piezas que un día formaron un perfecto rompecabezas. En la actualidad, esas piezas no encajaban ninguna con otra.

Mordió mi boca sin dejar de sonreír.

—De pasada he tocado a la puerta de Claudine. Está preparándose para salir. ¿Nos vamos? ¿Me ayudas con las guitarras?

Él ya había bajado parte del equipo, unas pesadas cajas que contenían amplificadores y no sé qué otros bártulos, además de todo lo que había dejado en la entrada del edificio cuando se fue a buscar la camioneta; sólo había que añadir cuatro guitarras diferentes.

—Sí, claro.

Olivier me soltó y fui a por mi abrigo, porque suponía que dentro del bar en el que iban a tocar haría un calor de muerte y se estaría genial con mi nueva

camiseta de tirantes y lentejuelas de segunda mano, pero fuera el frío debía apretar, lo había percibido hasta un momento atrás, a través de los cristales de las amplias ventanas por las que entraba la luz del ocaso.

Fue hasta las guitarras, que había acomodado a un lado de la sala, y me tendió dos. Cargarlas después de cogerlas de sus manos, con sus dedos acariciando furtivamente los míos, me hizo sentir tan suya y a él tan mío que a mi cerebro le costó convencerse de que había estado catorce años casada con otro hombre que nada tenía que ver con él... y para qué hablar de la revolución que causó en mi pecho ese simple gesto tan familiar. ¿Por qué todo con él tenía que ser como si nos conociésemos de toda la vida? Probablemente porque Olivier era así de abierto y entregado con todo el mundo; al fin y al cabo, él mismo me había contado que más de una vez había tenido a personas viviendo en su piso. Ese hombre no era tacaño con lo poco material que poseía, y sin duda aún menos mezquino con su cariño.

A mí, el mero hecho de pensar en ser tan generosa como él, me daba pánico. Quizá su corazón, por tener esa costumbre de entregar tanto, estaba lo suficientemente ejercitado como para recibir duros golpes; el mío, no.

Olivier recogió las otras dos y me cedió el paso.

Entre gestos de confianza, descendimos la escalera. Allí, en el piso inferior, nos esperaba Claudine, lista para salir. Nos saludamos sin demasiada emoción, ella mirándome un poco mal y yo, con cautela, temiendo que decidiese atacarme de algún modo. Su único ataque fue bajar la vista hacia las dos guitarras que sostenía en mis manos. Hubiese apostado toda mi maleta de caros zapatos a que no le gustó ni un poco que las tuviese allí.

Me ofreció su ayuda y le dije que podía con ellas. Acto seguido le dijo a Olivier si no quería pasarle una de las que él cargaba; como el buen caballero que era, le contestó que no.

Descendimos los dos pisos restantes con Olivier y ella discutiendo sobre el mejor camino para llegar a casa de Lianne y, de allí, recoger a los demás,

primero a Maurice y por último a Didier. Claudine comentó que Jackie iría al bar directamente desde el trabajo, porque saldría tarde.

Claudine tiró de la puerta de la planta baja. En cuanto la abrió, vi la furgoneta blanca de alquiler aparcada junto al bordillo.

Olivier salió y abrió la parte trasera. Entre los tres cargamos todo el equipo y nos montamos en la parte delantera. Yo quedé sentada entre Olivier, al volante, y Claudine, en el asiento del acompañante.

Oli puso música y me guio por calles de París que nunca había visto antes, calles de los franceses que respiraban vida real y cotidianeidad, y que no le hacían perder el encanto a una ciudad que era bonita y mística hasta en sus rincones más oscuros.

Bajo la luz de la tarde que se convertía en noche ya, vi la Torre Eiffel —en realidad, sólo su parte superior— y calles adoquinadas en las que había preciosos edificios..., todo ello iluminado por el brillo nocturno. Desde dentro de la cabina de la camioneta, me pareció que todo despedía olor a nuevo, y también de lo más surrealista. Me pregunté si los parisinos estarían acostumbrados a vivir en esa ciudad hasta el punto de casi no prestarle atención, tal cual me dio la sensación de que les sucedía a Olivier y a Claudine. Ellos se habían puesto a discutir no sé qué medida política o económica que, según pesqué de pasada, había sido anunciada aquel día. Durante aquellos minutos, dejé de comprender el francés, porque en ese rato París me hablaba con su lenguaje único. A pesar de todo, esa ciudad que siempre me había enamorado continuaba intacta, aunque el día anterior llegué a creer que, el hecho de que Gastón me pidiese el divorcio nada más llegar, la apuñalaría de muerte.

Al otro lado del parabrisas delantero, la magia de la capital francesa continuaba fuerte.

Se me escapó un suspiro y se me puso la piel de gallina.

En ese instante, Olivier se detuvo frente a un semáforo que se puso en rojo. Me percaté de que la conversación entre ellos había terminado. Olivier quitó

su mano derecha del volante para buscar mi mano izquierda, la cual descansaba sobre mi muslo. Su palma tocó la mía y sus dedos se enredaron hasta en mis fibras más profundas.

Giré la cabeza para encontrármelo observándome.

Se inclinó sobre mí y besó mi mejilla.

Estuve segura de que a Claudine no le pasó por alto aquel gesto de él, pero no me molesté en darme la vuelta para ver qué cara ponía. Si Olivier me quería allí, ella nada tenía que objetar.

Retomamos la marcha para dar vueltas por París hasta el punto de que me perdí. De habérmelo preguntado alguien, no habría sido capaz de precisar dónde me encontraba.

—Mejor aparcas por aquí.

—No; voy a llamar a Lianne para que tenga sus cosas a mano, estacionaré en doble fila.

—Si paras en doble fila, nos llevarán por delante.

—Somos cuatro, en tres segundos podremos tenerlo todo dentro de la furgoneta.

—Te multarán.

—No hay policía por ninguna parte.

—No seas cabeza dura. Para por aquí, que por la calle de Lianne es imposible.

—No, que no pasa nada. Será un segundo.

Si la calle era tan angosta como por la que circulábamos, pararíamos todo el tráfico al detenernos en doble fila. Además, los coches circulaban en una serpiente de faros rojos y amarillos que apenas se movía y parecía no tener fin.

A paso de hombre, llegamos a la siguiente esquina.

Olivier marcó un número y dejó el móvil sobre su regazo en manos libres.

—¡Preciosa, soy yo! Estoy a una calle de tu casa.

«¿Preciosa?» Miré de reojo a Olivier y después a Claudine. ¿No le

molestaba que llamase a la tal Lianne así? Por lo visto, no, porque su rostro estaba de lo más relajado en ese momento, pese a ese breve cruce de palabras que había tenido con Olivier por dónde estacionar.

—Hola. Estoy en la puerta, esperando. Llegas puntual, ¡qué milagro!

—¡Eh! —se quejó Olivier, y desde el otro lado de la línea llegó una cantarina risa—. ¿Paro en doble fila y lo cargamos todo? Estoy acompañado de otros dos pares de brazos.

—¿Has pasado a buscar a Maurice y a Didier antes?

—No, estoy con Claudine y una invitada especial que ya te presentaré.

¿Una invitada especial? ¿Eso era yo?

Hice un esfuerzo por dejar pasar aquello, porque en realidad no podía esperar que me llamase de ningún otro modo; es más, ni siquiera yo sabía decir qué era él de mí... ¿el chico que me tiraba?, ¿el hombre que me rescató de quedarme perdida en el metro de París sin tener ni la más remota idea de por dónde seguir?

Lo dejé estar, porque no tenía ningún sentido darle vueltas al asunto, al menos no por el momento.

—Ah, bien, bueno... El tráfico está un poco denso; creo que ha habido un choque o algo parecido a unas calles de aquí. Estoy en la puerta; te espero.

—¡Perfecto! En un segundo llegamos.

Olivier volvió a doblar en la esquina, esa vez a la derecha. Allí nos topamos con tráfico taponado en su mayor expresión.

La mano derecha de Olivier se alzó para indicarme con un dedo hacia la mitad de la calle, sobre la acera.

—Allí, ésa es Lianne. —Bajó la mano y, mientras yo buscaba lo que él me había señalado, la furgoneta logró avanzar otros dos metros.

Tragué en seco al dar con mi objetivo.

Frente a un inmenso portal de madera estaba parada una jovencísima chica de piel morena, quizá tan alta como yo y, sin duda, con diez kilos menos. Podría definirla como una espiga con unas facciones que, incluso a esa

distancia, saltaba a la vista que eran bellísimas. Iba en vaqueros oscuros, que le quedaban un tanto cortos, zapatos bajos, un gran abrigo amarillo y el pelo afro magníficamente peinado.

Nos aproximamos todavía más a donde se encontraba. La vi alzar su larguísimo brazo para saludar.

Tenía una sonrisa todavía más enorme que la de Olivier y unos cuantos años menos que él; de eso no me quedaron dudas, porque su piel era reluciente y sin una marca.

Un vehículo salió de su plaza de estacionamiento unos metros antes del portal de Lianne y Olivier aprovechó para detener la furgoneta allí.

Lianne caminó hasta nosotros mientras Claudine se bajaba de la camioneta de un salto para ir a saludarla.

Olivier bajó del otro lado y yo salí por la puerta que Claudine había dejado abierta.

Las dos jóvenes mujeres interrumpieron el abrazo que acababan de compartir para que Olivier fuese a estamparle a aquella joven maravilla de la creación un beso en cada mejilla. Cuando la llamó «preciosa», lo hizo con conocimiento de causa.

—Lianne, permíteme presentarte a Antonia. Antonia, ésta es la baterista del grupo, Lianne. Antonia está pasando unos días en mi piso —le explicó a la despampanante morena que no supe entender qué hacía como baterista de un grupo que no debía de ser muy conocido, en vez de estar ganando millonadas en las pasarelas de todo el planeta.

Lianne, en lugar de saludarme, se quedó mirando a Olivier como si no hubiese entendido lo que él le había dicho.

No me quedaron dudas de que alguien más no me quería en el apartamento de Olivier.

La chica, al final, reaccionó. Intercambiamos besos en las mejillas. Ella me dijo que era un placer conocerme, yo le solté una frase similar. Ninguna de las dos lo hizo demasiado convencida.

—No sabía que tuvieses a alguien alojado en tu casa.

—Pues sí, es que Antonia llegó ayer desde Buenos Aires.

—Ah, bien. ¿Os conocéis desde hace mucho? —Eso lo preguntó mirando en mi dirección.

—Desde ayer —le contestó él, y ella no puso muy buena cara.

Me dio la impresión de que eso, a Claudine, le provocó gran placer.

—Mejor nos damos prisa a cargarlo todo, que hoy el tráfico está fatal.

—Sí, sí, claro. Tengo las cosas al otro lado de la puerta.

Lianne dio el primer paso para alejarse, Claudine la siguió.

—¿Qué? —me preguntó Olivier. Los dos nos habíamos quedado atrás.

—Qué, ¿de qué? —le contesté, siguiendo con la vista a la larguísima Lianne, quien hablaba con Claudine con plena comodidad—. Es muy joven, ¿no? —añadí.

—¿Lianne?

—Sí.

—Cumplió veintitrés el mes pasado.

Se me escapó el aire de los pulmones. Me sentí como una abuela, pese a que sabía que exageraba en mi reacción.

—¿Por qué tienes esa mala cara? —me preguntó entre risas.

—No es gracioso.

—¿Qué es lo que no es gracioso?

—Es guapísima —musité.

—¿Y? Sin duda no es la única mujer hermosa de este mundo. —Me guiñó un ojo.

Resoplé.

—¿Cuál es el problema?

—Ninguno —mentí.

—¿Ninguno? Anda, no sé qué da vueltas por tu cabeza, pero...

—¿Entre vosotros dos...? —No logré terminar de formular la pregunta.

—Es una amiga y baterista de la banda. Nada más.

Suspiré.

—Antonia.

Mi nombre remoloneó en sus labios mientras él posaba sus manos en mi cintura al colarlas por debajo del abrigo y de la etérea camiseta. Sus labios llegaron a los míos.

—Solamente pienso en regresar a casa para poder tenerte para mí otra vez.

«Sí, claro», resoplé dentro de mi cabeza.

—Quiero hacerte mía de nuevo.

—Es muy bonita —dije con sus besos en mi mandíbula, medio perdiendo la concentración por culpa de la proximidad de su cuerpo.

—Sí, Claudine y Jackie opinan lo mismo, al igual que Maurice, quien está loco por ella. A ti también te lo ha parecido. Yo no lo puedo negar; sin embargo... —Se encogió de hombros. Su gesto me dijo algo así como que eso no tenía la menor importancia—. Yo estoy contigo y estoy muy bien, gracias. Más que eso. —Apretó mi cintura con sus manos—. Anda, ayúdame con las cosas de Lianne. —Le dio un rápido beso a mis labios y me soltó. Cuando lo hizo, vi a las dos chicas entrar en el edificio.

Tenía que parar de pensar de aquel modo, porque Olivier me había elegido sin importar que, a mi modo de ver, él tuviese a su alrededor mujeres mejores entre las que escoger.

Con todo cargado en la parte posterior de la furgoneta, volvimos a montarnos en ésta; para mi alivio, Claudine y Lianne viajaron detrás, con el equipo, por lo que me quedé con Olivier para mí sola.

Recogimos a Maurice y él también se colocó en la parte trasera, insistiendo en acompañarlas. Me dio la impresión de que iba atrás pura y exclusivamente por Lianne; en los pocos minutos que tardamos en cargar las cosas de Maurice en el vehículo, me quedó claro que se desvivía por captar la atención de la morena.

Nuestra última escala fue la casa de Didier y, desde que lo recogimos, me tocó compartir el espacio delantero con él. Al menos Didier no me miraba

mal; todo lo contrario, encontramos al instante tema de conversación, porque él daba clases en un gimnasio y, cuando Olivier le contó que era instructora de *krav magá*, no pudimos parar de hablar.

Veinte minutos más tarde llegábamos al bar en el que la banda iba a actuar y el ánimo comenzó a bullir de adrenalina, porque teníamos mucho trabajo por delante, como bajar el equipo y montarlo todo sobre el escenario de aquel sitio con aspecto entre bohemio y retro que era mucho más bonito de lo que había imaginado que sería.

Las paredes del local estaban decoradas con retratos enmarcados de grandes intérpretes del jazz y otros géneros afines, según me explicó Olivier. El mobiliario era simple y cálido, y todo el lugar desprendía un aire familiar y acogedor.

—¿Así está bien? —le pregunté a Didier después de acomodar el micrófono para que quedase próximo a su contrabajo sin que le molestase para tocar o que el sonido del instrumento lo saturase. Didier estaba de pie, sosteniendo su enorme instrumento.

—Sí, así está perfecto. Gracias, ya eres una experta.

La verdad era que hasta una hora atrás no tenía ni idea de cómo se ajustaba el pie de un micro y mucho menos aún de cómo se conectaba éste a la mesa de sonido. Eso había cambiado, porque desde hacía un buen rato me paseaba por encima del escenario ayudando con la instalación.

Olivier estaba de rodillas a mi derecha, acabando de ayudar a Lianne con el montaje de la batería. Otra vez sonó la cantarina risa de ella y, a continuación, la de él. Desde que habíamos llegado al bar, esos dos apenas si se habían separado. Para cualquier cosa, ella lo llamaba y él acudía, mientras que yo me encargaba de cargar partes del equipo de aquí para allá, instalar micrófonos y repetir, frente a éstos, una secuencia de palabras y sonidos raros que Maurice me había hecho aprender, mientras él y el técnico de sonido del local ajustaban el audio.

Además de llamar constantemente su atención, Lianne parecía aprovecharse

de la cercanía de Olivier para tocarlo... Una mano sobre su hombro, su mano sobre la de él, su hombro pegado al de Olivier.

Era consciente de que no tenía ningún derecho a sentir celos, pero aquella chica se estaba ganando toda mi antipatía, porque, además, una vez despojada de su aparatoso abrigo amarillo, igual que yo, ella no llevaba demasiado encima.

Giré la cabeza y los vi a ambos reír. Olivier estaba de rodillas en el suelo frente a la batería y ella, inclinada entre los platillos y el bombo. Lianne tenía uno de sus largos brazos estirados hacia él, y se disponía a cogerlo del cuello. Me entraron ganas de romperle todos los dedos, así sin más, o, como mínimo, de emprenderla a patadas con su batería para destrozarla.

Didier hizo sonar algunas de las cuerdas de su contrabajo en un par de acordes, sobresaltándome.

Cuando giré la cabeza y lo miré mal, me sonrió. La mala cara no era para él, sino para ella.

—¿Está listo ese micrófono, Antonia? —me preguntó Maurice desde el fondo de la sala. Los camareros estaban terminando de bajar las sillas de encima de las mesas.

Lo encendí y contesté que sí.

El micro soltó un pitido agudo que cortó las risas de Lianne.

Aparté un poco el micrófono, que debía de estar acoplándose con el equipo que tenía a mi derecha.

—¿A ver ahora? —le dije a Maurice.

Didier hizo bailar sus dedos por el contrabajo y en esa ocasión fueron más que un par de acordes, algo así como una consecución de notas que, si bien no conformaban la melodía más armoniosa del mundo, entraba en los oídos de un modo distinto, como si en vez de relajar la mente la pusiese en funcionamiento, despertando la imaginación. Intentar adivinar con qué acorde seguiría a continuación resultaba una tarea casi imposible que ponía el cerebro a bailar, dando vueltas de un lado para el otro, por momentos saltando como si

bailase cancán, por momentos deslizando sus pies con suavidad como si fuese al ritmo del vals.

Didier siguió tocando, moviéndose con su instrumento como si fuese su pareja de baile. Me sonrió y me guiñó un ojo. Me quedé mirándolo, porque, francamente, resultaba un espectáculo hipnótico. Didier tenía cierto aire que me recordaba a Gastón, más que nada en lo físico, por ser muy alto y tener el cabello castaño, y por lo delineadas y fuertes que tenía las facciones. Sin embargo, todo en Didier, a diferencia de Gastón, era bastante más accesible. Su mirada invitaba a darle conversación, y la plácida sonrisa de su rostro al tocar, a quedarse contemplándolo.

Didier meneó la cabeza y su fantástica cabellera castaña oscura, que parecía de seda, se movió con él. El flequillo le cayó un poco sobre la frente, balanceándose al compás de la música.

Los rostros de los camareros y de los *barman*s se alegraron con la música. Vi a Maurice repiquetear sus manos sobre el borde de la mesa de sonido, disfrutando de la melodía.

Al terminar de girar hacia el otro lado, vi que Olivier se había puesto de pie y, amagando unos sinuosos pasos de baile, avanzaba en mi dirección. Extendió su brazo derecho hacia mí, tendiéndome su palma. ¿Acaso pretendía que nos pusiésemos a bailar allí, encima del escenario?

No lo hice intencionadamente, pero lo dejé con la mano suspendida en el aire, aunque no quedó vacía por mucho tiempo. Aquella mano suya fue directa a mi cintura, por debajo de la camiseta y por encima de la cintura de los vaqueros, colándose en un espacio que, desde que lo conocía, parecía tener su nombre marcado a fuego.

Su otra mano agarró mi mano derecha. Olivier se pegó a mí sonriéndome, como no podía ser de otra manera; sus labios no debían de saber hacer otra cosa... aunque, bueno, en realidad sí hacían otra cosa muy bien: besar.

Besó mi mejilla y acabó de pegarse a mí para obligarme a moverme al ritmo de la música que tocaba Didier.

—¿Qué haces? —le susurré al oído, entre divertida y nerviosa.

—Bailo contigo, ¿no es obvio?

Me hizo girar un poco y entonces vi que Maurice se nos aproximaba veloz, moviendo las manos y los brazos como si tocase un piano imaginario. De un salto, trepó sobre el escenario para ir directo a su teclado. Sin parar de bailar, se acomodó detrás de su instrumento. Siguiendo el ritmo de la música, se quedó mirando las teclas, como si esperase que Didier le diese pie para entrar en la melodía.

Olivier movió sus caderas sobre mí. Giramos un poco más y el piano de Maurice se unió al contrabajo de Didier. Estaban improvisando y sonaba genial. Jamás se me hubiese ocurrido que ese tipo de música podía bailarse. Bien, en realidad quizá no fuese bailar propiamente dicho, sino permitir que la música fluyese por nuestros cuerpos. Yo no era de bailar, ni siquiera cuando la música estaba destinada a tales efectos.

La música se alegró todavía más gracias a los sonidos del piano.

—Lianne —la llamó Maurice, evidentemente pidiéndole que se uniese a la música.

Olivier soltó mi mano para rodear mi cintura con sus dos brazos.

—Esta noche se pone cada vez mejor —me susurró, pegando sus labios a mi oído. Besó mi cuello y así me olvidé de que estábamos sobre el escenario, con su banda allí al lado y los camareros trabajando por la sala en pos de terminar de dejarlo todo listo para la velada de esa noche.

Una de sus manos bajó a mi trasero.

—Este vaquero...

Como invasiva hiedra, su voz se pegó a toda mi piel, empezando por la zona alrededor de mi oreja, bajando por mi cuello, desperdigándose por mi pecho, enredándose en mi columna, llegando a su mano sobre mi trasero. Estaba haciendo eso frente a todo el mundo. A Gastón jamás se le hubiese pasado por la cabeza dedicarme un gesto semejante en público; para él, ese

tipo de cosas eran una ostentación de mal gusto...; para Olivier no era más que ser él, ser él conmigo.

—Vamos, Lianne. Únete —la animó Maurice.

Giramos un poco más y vi su mala cara. La morena tenía sus ojos sobre la mano de Olivier en mi culo, o por lo menos me dio la impresión de que allí estuvo su mirada hasta que nos dimos la vuelta y alzó la vista para mirarme a la cara.

—¡Lianne! —Esa vez Maurice la llamó alzando la voz con un tono inquisitivo; no se lo dijo de malos modos, sino en un intento de hacerla reaccionar.

A mí me dio la sensación de que las únicas ganas de reacción posibles de Lianne en ese instante eran venir a atravesarme el corazón con una de sus baquetas.

La chica dio un respingo y se acomodó sobre su banqueta. Su cara de desconcierto era como para hacerle una fotografía. La vi moverse sin saber qué hacer hasta que, al final, cogió las escobillas y empezó a darle a los discos cobrizos con suavidad, siguiendo el ritmo. Con su otra mano dio inicio a su ejecución de percusión.

Giramos otro poco y oímos un silbido descomunal que sonó por encima de la música.

Espié hacia atrás por encima de mi hombro para ver a Claudine regresar acompañada de Jackie, quien volvió a silbar de aquel modo con el que yo jamás había conseguido hacer otra cosa que escupirme toda, con el pulgar y el índice dentro de la boca haciendo juego con la lengua. Jackie volvió a hacerlo.

Las dos se movieron entre las mesas en dirección a nosotros.

—Desconocía que, además de música, habría un espectáculo porno; de haberlo sabido, habría salido antes del trabajo.

—¡Jackie! —rezongó Claudine, dándole un empujón sin mucha intención.

—¿Qué?

—No seas bestia.

—No me lo digas a mí, son esos dos los que no pueden quitarse las manos de encima. —Nos apuntó con ambas manos y Olivier se carcajeó y me soltó.

—Ese espectáculo es privado. Lo lamento, Jackie —le soltó Oli, cogiéndome de la mano.

Lianne dejó de tocar.

Olivier bajó del escenario de un salto. Me ofreció las manos para ayudarme a seguirlo.

—Me alegra que hayas venido —saludó a Jackie, moviéndose hasta ella para darle un beso en cada mejilla.

—Justo a tiempo para el inicio del espectáculo —contestó Jackie, divertida, tomando a Olivier por las mejillas.

Por encima del hombro de Jackie vi a Claudine poner los ojos en blanco.

—Es un placer verte otra vez, Antonia. —Fue el turno de mis mejillas de ser besadas por sus labios, pero, conmigo, Jackie no se tomó tantas confianzas como con Olivier, apenas si me tocó. Al alejarse, me guiñó un ojo—. Me alegra saber que lo vuestro va viento en popa. En fin, es un placer estar aquí. —Alzó una mano en dirección al escenario—. Buenas noches, gente. ¿Cómo estáis?

—¡Hola, Jackie! —la saludó Maurice.

—Buenas noches, Jackie. Qué bien que hayas venido.

—No me perdería por nada el verte tocar, guapetón —le contestó ella a Didier.

—Así que has venido por todos menos por mí —bromeó Oli, agarrándome por la cintura.

—Y menos por mí. Tengo la impresión de que acabo de volverme invisible.

—Amor, no digas tonterías. —Jackie le sujetó la barbilla e intentó besarla, pero Claudine se apartó con un gesto brusco.

—Voy a ver si ya han abierto la barra para comprar algo para los chicos. —Al decirlo, su mirada pasó por encima del escenario—. Enseguida regreso.

Los tres nos quedamos allí algo incómodos y sin decir nada. Me dio la

sensación de que Olivier estuvo a punto de decirle algo; fuera lo que fuese, no salió de sus labios.

—Parece que así estamos últimamente —murmuró Jackie—. Perdón por la escena.

—Sabes que no pasa nada, Jackie.

—No, imagino que estás acostumbrado a ella. Vosotros dos os conocéis desde hace mucho.

—Y tú la conoces lo suficiente.

—No lo creo. —Hizo una pausa en la que movió su mirada en la dirección por la que se había perdido Claudine—. Lo que sí sé es que, si no voy tras ella, la noche no acabará bien. ¿Me disculpáis?

Asentí con la cabeza y Olivier le dijo que sí.

Al instante, nos dejó.

Olivier puso cara de incomodidad.

—¿Qué sucede entre ellas?

—No están pasando por una buena temporada.

—Y, eso, ¿por qué? —pregunté, a riesgo de que me cerrase la puerta en la cara. Quería saber si lo que les sucedía a ellas podía tener algo que ver con el modo en que Claudine me miraba, como si prefiriera que yo no hubiese existido.

—Jackie está trabajando mucho y... bueno, ya sabes, ella siente que está sola en la relación. —Olivier se quedó mirándome—. Claudine está realmente enamorada.

—¿Y Jackie no?

—Sí, pero Jackie tiene otro tipo de personalidad. A Claudine le cuesta un poco más entender que puedan amarla. No lo ha pasado bien. A sus padres no les hizo mucha gracia que les confesara que era lesbiana y ha estado muy sola toda su vida. Le resulta difícil confiar en las personas; en cambio, Jackie... bueno, ya la viste anoche, ella es mucho más segura de sí misma y no tiene

demasiado problema en soltar lo que se le cruza por la cabeza. Sus padres siempre la han apoyado en todo.

—¿Por eso me mira con desconfianza? —inquirí, adoptando un poco de lo directa que era Jackie.

—Claudine es muy protectora conmigo. Durante mucho tiempo hemos sido solamente nosotros dos.

—¿Cómo es eso?

—Nos mudamos juntos a los pocos meses de conocernos. Estamos muy acostumbrados a cuidar el uno del otro.

—¿Os mudasteis juntos cuando teníais diecisiete años? —No cabía en mí de sorpresa—. ¿Cómo fue eso?, ¿ella se instaló en casa de tus padres?

Hasta ese momento, ninguno de los dos había contado mucho sobre su existencia antes de conocernos. Bueno, en realidad él sabía mucho más de mí de lo que yo sabía de él. No tenía ni idea de si Olivier tenía a sus padres, si tenía hermanos o no... Básicamente, de él, no sabía nada.

—No, se mudó conmigo. Yo ya vivía solo por aquel entonces.

Mi entrecejo se frunció ante sus palabras.

—¿Vives solo desde los diecisiete?

—Desde los quince —soltó, corrigiendo mi errada suposición.

—¿Desde los quince?! ¿En serio? ¿Vives solo desde los quince años? ¿Cómo te dieron permiso tus padres? Es decir... —Me detuve porque me sentí ridícula. Que le hubiesen dado permiso o no, no era lo que más me sorprendía. Lo que no acababa de entrar en mi cabeza era que él se hubiese sentido listo para emprender la vida adulta a los quince años; definitivamente, a esa edad, yo no hubiese sido capaz. Mis quince, en comparación de sus quince, parecían muy ridículos e infantiles.

—A mi padre no le quedó más remedio que darme permiso. Bien, en realidad no fue necesario que me lo diese. Me fui de casa y no le quedó más opción que aceptarlo, fue lo mejor para todos. Además, siempre estuve muy acostumbrado a cuidar de mí. No noté gran diferencia al mudarme solo.

—¿No? Pero es que... ¿te las arreglabas bien con las cosas de la casa y eso?

Olivier me sonrió.

—Sobreviví, ¿no?

—Sí, bueno, aquí estás...

—Aquí, contigo. —Con sus manos en mi cintura, me atrajo hasta su cuerpo. Me quedé pensando en la falta de mención de su madre.

—Entonces ella se mudó contigo al poco de conoceros cuando solamente teníais diecisiete años.

—Sí, así es. Claudine llevaba prácticamente tres años viviendo un infierno en casa de sus padres. En cuanto supe por lo que estaba pasando, le ofrecí venir a vivir conmigo y aceptó.

—¿Cuánto tiempo vivisteis juntos?

—Podría decirse que todavía vivimos juntos.

Creí comprender a qué se refería.

—¿Estáis en el edificio desde entonces?

Olivier me contestó que sí con un movimiento de cabeza.

—Compartimos un par de años en mi piso, hasta que pudimos poner habitable el que ella tiene ahora. —Hizo una pausa—. No te preocupes por Claudine, de verdad que no es por ti. Me refiero a que no es personal.

—Entonces, ¿hace lo mismo con todas las mujeres que se aproximan a ti?

En vez de contestarme, me dio un rápido beso en los labios.

El que no me respondiera le quitó veracidad a su anterior afirmación.

—Vamos, quita esa cara, quiero que disfrutes la noche. Ya verás que en un rato a Claudine se le pasa el mal humor. Jackie sabe cómo hacerla sonreír. —Besó mis labios otra vez, solamente perdiendo la sonrisa para tocarme—. Anda, quiero a mi chica sonriendo para mí. —Aprisionándome entre sus brazos, su cuerpo se pegó todavía más al mío en lo que parecía un intento de fusionar nuestras carnes—. ¿Puedo confesarte una cosa?

—¿Qué?

—Me pone muy nervioso que estés aquí.

Por una fracción de segundo, me sentí mal.

—Nervioso en el mejor sentido. Quiero que te guste mi música.

No había posibilidad de que algo en él fuese a desagradarme, ni siquiera Claudine terminaba de desagradarme, con su mala cara, y menos entonces, cuando sabía que era importante para Olivier.

—Me hace feliz estar aquí —admití, y su sonrisa se amplió.

—También estoy feliz de tenerte aquí.

—¡Oli, Antonia! ¿Queréis cerveza? —nos preguntó Jackie a gritos desde la barra.

Olivier se apartó un poco de mí, pero no del todo, pues su mano izquierda se quedó en mi cintura, por debajo de la camiseta.

—Yo no, soy conductor designado —le contestó a Jackie, y se volvió en mi dirección—. ¿Quieres?

—Después de lo de anoche, mejor paso del alcohol.

Olivier rio suavemente. Su mano me acarició, emborrachándome todavía más que todos los vasos de cerveza que pudiese tomar. ¿Cómo era posible que su tacto tuviese semejante efecto en mí, sobre todo cuando se suponía que en ese momento debería estar al menos triste, por no decir deprimida o en todo caso preocupada, por la petición de divorcio de Gastón? Por lo visto, mis intenciones de esquivar aquello resultaban de maravilla. Tenía la impresión de que, al menos por el momento, el pasado no existía. Era muy consciente de que, en cuanto acabase de asimilar mi verdadera situación, mi realidad, entraría en crisis. Por lo pronto, la única crisis posible sería que Olivier llamase «mi chica» a alguien distinta a mí.

—No, gracias, Jackie. Estoy bien.

—Puedo pedirte otra cosa. ¿Vino, un combinado, agua, Coca-Cola, una bebida energética?

Claudine la miró mal a ella otra vez.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Sí, estoy bien.

—Eres la chica ideal para invitar a salir —bromeó Jackie, y al instante Claudine se apartó de ella, recogiendo por los cuellos las botellas de cerveza que el *barman* le había puesto sobre la barra.

Vi a Jackie llamarla; Claudine no le hizo el menor caso. Siguió en dirección al escenario para repartir las bebidas entre los miembros del grupo. La vi sonreírle a Lianne e intercambiar unas palabras con ella.

Por detrás de mí me llegó el murmullo de conversaciones. Con Olivier nos dimos la vuelta para ver a un grupo de gente entrar, el bar acababa de abrir.

Regresamos al escenario y ayudé en lo que pude, junto con Jackie y Claudine, con los últimos preparativos de la banda mientras en el local sonaba música grabada, conversaciones y risas. El ambiente comenzó a animarse esa noche de jueves. Para cuando alcé la vista hacia la sala otra vez, la descubrí llena a reventar. En la barra no daban abasto a servir copas.

El encargado del establecimiento se aproximó al escenario para comunicarles que en diez minutos podían comenzar.

Olivier se despidió de mí con un gran beso y me pidió que le deseara mucha mierda, que en francés sonaba más bonito.

Pese a que Claudine no me dirigía la palabra y apenas si permitía que su mirada se cruzara con la mía, ocupamos, con ella y Jackie, una mesa en la primera fila a un lado de la sala, medio escondidas entre la barra y la escalera que subía al escenario.

Esa vez sí acepté la cerveza que Jackie me ofreció, porque necesitaba tener algo que hacer, algo que sostener en las manos mientras nos encontrábamos allí.

Mientras esperábamos nuestras bebidas y la música no comenzaba, Jackie me preguntó si había oído a Olivier tocar. Le expliqué que, en realidad, había percibido la música cuando entré en el metro el día anterior cuando nos conocimos, pero que no había sido capaz de prestarle atención. Ella me

aseguró que me encantaría, que Olivier tocando la guitarra era un verdadero espectáculo, que derretía a las chicas y encantaba a los hombres por igual; además, entre risas añadió que el grupo era muy bueno y que tenían un público fiel que los seguía casi a todas partes. Eso se hizo patente cuando, en cuanto se colgó la guitarra del hombro con un gesto increíblemente sexy, Olivier avanzó hacia el frente del escenario para detenerse al pie del micrófono que había ubicado en el centro de éste.

Así, en sus vaqueros, que le ajustaban todo lo necesario para avisar de que sí, que su cuerpo era todo aquello que daba la impresión de ser, con su cabello largo y despeinado, con su gran sonrisa y los músculos de sus brazos recordándome todo lo bueno que sabía hacer, no podía ser más perfecta la representación del líder de la banda por la que todos mueren.

Era verlo y entrar en combustión y derretirme, todo al mismo tiempo.

Fue todavía peor cuando, antes de hablarle a su público, que comenzaba a sofocar sus conversaciones para prestarle atención, dirigió su mirada hasta mí y me guiñó un ojo.

Me entraron ganas de gritarles a todos los presentes que ese gesto suyo era solamente para mí, mío muy mío. Sentí ganas de tirarle un beso en respuesta; sin embargo, el miedo al ridículo cortó mi sinceridad, mi necesidad de hacerle saber que en su presencia no podía sentirme más cómoda o segura, que su don de maravilloso ser humano comenzaba a afectar las capas internas de mi alma.

¿Cómo impedir que Olivier se metiese dentro de mí así?

Ese chico podía perforar gruesas placas de acero o cristales blindados; en este mundo no debía de existir nada lo suficientemente fuerte o frío como para resistírsele.

¿Estarían sus padres orgullosos de él, de la estupenda persona en la que se había convertido al crecer? Seguro que sí, porque no era que estuviese idealizándolo; era más que probable que quizá en algún momento de su vida él también hubiese metido la pata o que no fuese todo lo bueno y maravilloso que se veía en la actualidad, pues al fin y al cabo todos somos humanos y tenemos

la misma capacidad de dañar; no, mi intención no era ponerlo en la posición de santo, pero sí en la de alguien con unas muy buenas bases consolidadas, una ser muy puro de corazón..., pureza difícil de corromper cuando incluso él mismo se lanzase a hacer algo malo. Dudaba de que Olivier pudiese alejarse mucho de su esencia.

—Muy buenas noches a todos. Gracias por venir. Somos El Soul del Tío Remi y estamos aquí para compartir muy buena música con vosotros. Para los que todavía no nos conocéis... —giró un poco y, sosteniendo la guitarra únicamente con su mano izquierda, apuntó en dirección a Didier—... en el contrabajo, el grande, el magnífico... Didier Preleur.

Hubo una salva de aplausos y algunos silbidos de euforia.

—En la batería, la incomparable Lianne Okoye.

Otra tanda de aplausos que hizo sonreír a Lianne, quien esperó allí a que el público terminase de darle la bienvenida a su modo. Me fijé en que Maurice también aplaudía después de que Olivier pronunciase el nombre de ella.

—Y por último, pero no por eso menos importante, las manos de oro de París, el único... Maurice Mangada.

En una demostración de su personalidad única, porque ya tenía muy claro que eso era Maurice, un gran personaje, el aludido se puso de pie para alzar sus brazos y, con una gran sonrisa, recibir los aplausos, silbidos y gritos del público, que, por lo visto, lo apreciaba mucho. Aquello duró más que con el resto de los integrantes del grupo, porque Maurice se dedicó a hacer un poco el payaso, llevándose una mano a la oreja cuando los aplausos comenzaron a decaer. Levantó ambos brazos, pidiendo más, y la gente le hizo caso. Hubo risas, incluso en nuestra mesa, pese a que allí el ambiente era un tanto tenso. Vinieron a traernos nuestras bebidas y, al final, Olivier volvió a dirigirse al público para mencionar el primer tema que iban a interpretar. De ese modo, el local quedó en silencio.

Olivier marcó el ritmo con un pie y un «uno, dos, tres». Comenzaron a tocar y el mundo desapareció para mí, porque su imagen, allí encima de las tablas,

eclipsaba todo lo demás. Sus brazos, manos y dedos en movimiento sobre las cuerdas de la guitarra le hacían competencia al movimiento de sus labios. En ningún momento me había contado que cantaba, y lo hacía con aquella voz suya que era una delicia.

En cuanto sus labios se despegaron, me dieron palpitaciones que no se me pasaron hasta que finalizó el espectáculo.

Fue una experiencia increíble, porque Olivier tenía una relación espectacular con su público. Era más que evidente que la gente lo adoraba. Cantaban con él, le sacaban fotografías, lo grababan, le aplaudían, silbaban de gusto y le gritaban cosas; un par de esas cosas fueron «te amo» en voces femeninas y, para cada uno de aquellos gritos, hubo un movimiento de sus ojos en mi dirección, acompañado de una sonrisa. Aquello último fue más que reconfortante; qué más agradable que el que reasegurase mi posición allí, frente a aquellas declaraciones de pasión, que con su mirada y su sonrisa. Y éstos no fueron los únicos momentos en los que su mirada fue mía; hubo ocasiones, a lo largo de toda la actuación, en las que las letras hilaban sutiles demostraciones de sentimientos profundos, en los que sus ojos se fijaban en los míos.

Olivier disfrutó de su música, improvisando unos pocos pasos de baile sobre el escenario sin soltar su guitarra, desplazándose hasta Didier para cantar a coro con él, deteniéndose junto a Maurice para silenciar su guitarra, permitiendo así a los dedos de éste ejecutar un magnífico solo sobre el teclado.

Así como lo disfrutó el público, también lo disfrutaron ellos, acabando con sus ropas empapadas y con el pelo pegado a la frente.

Cuando anunciaron el último tema, más de una hora y media después de comenzar a tocar, la gente no quiso dejarlos partir. Les pidieron que continuaran y la banda les regaló cuatro temas más. Intentaron despedirse otra vez y entonces, desde la primera fila, les reclamaron un versión de no sé qué tema de un grupo que me pareció que era conocido.

Al final estuvieron más de dos horas sobre el escenario y cuando finalizaron, tras unos aplausos que parecían no querer terminar jamás, toda la banda se dedicó a saludar a los presentes, firmar autógrafos y sacarse fotografías con sus seguidores mientras corrían las bebidas y volvía a sonar la música grabada.

Tuve que esperar un buen rato para volver a llegar a él; mientras tanto, Jackie me hizo compañía; conversamos de cualquier cosa bajo el pétreo silencio de Claudine, por la cual decidí no preocuparme más. Lo quisiera ella o no, Olivier me quería allí y eso, después de esa noche, no podía quedar más claro.

Acepté mi tercera cerveza y estuve conversando con personas que no conocía y, pese a eso, me sentí cómoda y parte del conjunto, lo cual no esperaba que sucediese. Por lo visto, los conocidos de Olivier eran todos muy como él y a nadie le importaba mucho lo que hicieras o dejaras de hacer, tu edad, a qué te dedicaras o de dónde provinieses.

Con la música sonando y las conversaciones fluyendo, todo parecía estar bien.

Cuando al final pude recuperarlo un poco para mí, no volví a despegarme de su lado y él tampoco dio muestras de tener intenciones de apartarse de mí. Bebimos y conversamos con los presentes, y siempre una parte de su cuerpo tocaba el mío: su brazo rodeando mi cintura, su mano en la mía o incluso, cuando nos sentamos alrededor de tres mesas en las que se reunió el grupo con algunos amigos, su pierna enredada en la mía... y fue un placer tener su cabeza sobre mi hombro cuando casi al final de la noche, y evidentemente cansado, a la espera de que nos trajesen los cafés que habíamos pedido, la recostó allí para escuchar a alguien contar anécdotas sobre un viaje que había realizado a la India.

Pese a las miradas poco amables de algunas de las personas presentes, entre ellas las de Claudine y Lianne, a quien por lo visto yo tampoco le caía demasiado en gracia, Olivier no se privó de susurrarme palabras al oído y de

besar mi cuello mientras su mano descansaba, relajada, sobre mi muslo, con las yemas de sus dedos asomando por los rasgones de mis vaqueros para tocar mi piel.

Nuestra segunda noche fue como si lleváramos toda la vida juntos.

Fue impagable la sensación de regresar al piso sola con él después de dejar a todos en sus hogares, tras ayudarlos a descargar el equipo y los instrumentos que les pertenecían. El viaje en la furgoneta, pegados el uno al otro, con él al volante en lo profundo de la madrugada parisina, me trajo calma.

Calma que perdí cuando, entre besos, después de que lo subiéramos todo al piso, me guio hasta su habitación para demostrarme una vez más que yo era su chica y que él era mi chico, al menos por unos días, al menos durante lo que durase ese París de ensueño en el que yo podía quedarme dormida en sus brazos sin pensar en nada más que en él.

Espacios vacíos

Despacio, aparté las mantas de encima de mí. Antonia acababa de darse la vuelta, alejándose apenas un poco de mi cuerpo, permitiéndome esa oportunidad. Respiraba honda y lentamente. Supuse que debía de estar profundamente dormida. Yo llevaba al menos media hora tendido a su lado sin poder pegar ojo, con mi cabeza trabajando a toda velocidad, sin darme tregua.

Me moví poco a poco y, al salir del colchón, la arropé. A pesar de la calefacción, el ambiente estaba frío. Los grandes espacios vacíos de mi piso hacían de esos inmensos ambientes una verdadera nevera cuando el invierno comenzaba a apretar.

Se me puso la piel de gallina, pero no por el frío del que hasta un momento atrás me protegían las mantas y el cuerpo de Antonia, sino de aquel que me producía saber que tenía en mi móvil un mensaje más de mi padre y tres llamadas perdidas tuyas. Imaginé que dejó el mensaje después de intentar ponerse en contacto conmigo.

Mientras tocábamos, había puesto el aparato en silencio, y así se quedó el resto de la velada, tal como estaba todavía. Vi sus llamadas perdidas al poco de que terminásemos de actuar, y su mensaje hizo vibrar el bolsillo trasero de mis vaqueros mientras conversaba con Antonia y los demás cuando por fin acabé de posar para algunas fotografías y conversar con nuestros aficionados de siempre.

En ese instante no vi su mensaje, pero no necesité leer su nombre para saber que debía de ser él, insistiendo en contactar conmigo. La certeza la tuve

cuando me escapé al baño. Allí estaba su número y el aviso de su buzón de audio, el cual no me atreví a escuchar, porque no quería amargarme la noche.

Llevaba horas dándole vueltas al mensaje que ni siquiera sabía qué decía, y por eso aún no había conseguido dormirme.

Cogí la bata azul y me envolví en ésta para que el perfume de Antonia, mezclado con el mío, no me abandonase. Atando el cinturón, la miré dormir una vez más. Claudine tenía miedo de que la utilizase como excusa para escapar de esos días; ella creía que me aferraba a Antonia por no ahogarme. Nada de eso..., pues en el agua estábamos los dos juntos, dando manotazos de ahogados. Antonia podía pretender que todo iba bien, que el mundo, más allá de nosotros dos, no existía; sin embargo, sabía muy bien que era cuestión de tiempo que ella regresase a su realidad de nuevo y esa armonía tan dulce se acabase.

No estaba utilizándola ni me daba la sensación de que ella estuviese usándome a mí; el caso era que los dos preferíamos mantenernos juntos en ese océano negro de olas asesinas, dándonos fuerzas para seguir nadando.

El único miedo de Claudine respecto al cual podía darle la razón era el relativo a que acabase con el corazón roto. Eso sí resultaba probable, porque hasta a mí se me ponía la piel de gallina al ser testigo de que todo mi cuerpo reaccionaba a ella con tan sólo verla, incluso con el mero hecho de pensar en ella.

Eso que me pasaba con Antonia no era un simple amorío, menos que menos un fin de semana de diversión. No quería que se fuera, anhelaba que se quedase conmigo el tiempo suficiente como para conocerla y así comprender por qué estaba enamorándome de ella.

¿Cómo haría para convencerla de que se quedase a mi lado cuando se terminase lo divertido y la vida se mostrase tal cual era?

Giré para darle la espalda, porque ya no era capaz de continuar pensando en nosotros sin amargarme todavía más. Tenía muy claro que era cuestión de

tiempo que el resto de mi vida saliese a la luz, y dudaba de que ella quisiese hacerse cargo de todo aquello, pues ya tenía suficiente con lo suyo.

Suspiré y me agaché para recoger el móvil de dentro del bolsillo de mis vaqueros.

Me enderecé y salí de la habitación muy despacio, con cuidado de no pisar las tablas del suelo que crujirían con el peso de mi cuerpo.

Una vez en el pasillo, y después de haber sorteado todas las posibles trampas ruidosas que pudiesen despertarla, inspiré aliviado.

Fui directo a la cocina para alejarme de ella lo máximo posible. Si se despertaba y venía a buscarme, estando allí, tendría suficientes advertencias de su llegada como para evitar que oyese lo que no debía oír..., no al menos por el momento.

Bien, en realidad tal vez, incluso si oyese lo que no debía oír, no le apeteciese hacer demasiadas preguntas; después de todo, cuando habíamos hablado de la época en que Claudine se mudó conmigo, no dio señales de querer ahondar demasiado en por qué mi padre me permitió mudarme solo siendo aún menor, y en ningún momento preguntó por mi madre.

Quizá Claudine tuviese razón en aquello de que Antonia no estaba conmigo para involucrarse de esa manera. ¿Cómo explicarle a todo mi ser que aquello podía ser cierto si en verdad sentía exactamente lo opuesto?

Encendí una luz y puse agua a calentar para prepararme un té. Allí, de pie junto a la encimera, busqué su mensaje.

—Hola, Olivier, soy yo otra vez. Bien, me queda muy claro que me estás evitando. Sólo para que lo sepas, tu viejo padre no es un estúpido y, a decir verdad, tampoco es tan viejo. Escucha con atención lo que te diré a continuación: tú puedes evitarme a mí todo lo que quieras, pero yo no pienso evitarte a ti. Si todavía no he caído en tu piso por sorpresa es porque estoy en Río de Janeiro. Te lo advierto, no respires aliviado, porque en unos días estaré de regreso y pienso ir a verte. Es más, prepara una bolsa, que vendrás a pasar unos días conmigo a casa, te guste o no. Espero que ni se te ocurra salir

de París, porque te juro que, donde sea que intentes ocultarte, te encontraré. Sabes que tengo mis medios, así que no fastidies todo el asunto. Cuando emprenda el regreso, te avisaré. Bien, chico, quedas advertido. Te veo en unos días, que tengo muchas ganas de que conversemos y me cuentes cómo van tus asuntos. Que pases buena noche, Oli. Te quiero. Mándale saludos a Claudine de mi parte. ¡Ah! Dile que le llevaré unos regalos espectaculares que he ido comprando a lo largo del viaje. Esa chica, definitivamente, debería recorrer América Latina. —Mi padre hizo una breve pausa; capté que le hablaban, pero no alcancé a entender qué le decían—. Sé que no te gusta que te compre cosas, pero, en fin, soy tu padre y me he dejado llevar por la tentación. Ya verás cómo te gusta lo que te he comprado. Te quiero, Oli, ¿sabes que es así, no? Cuídate, chico. Te veo pronto.

Escuché el mensaje dos veces más mientras permitía que el té reposara.

Había contado con que continuase fuera un par de semanas más. Evidentemente se me habían cruzado las fechas..., eso y que no seguía su agenda, como sí hacía mucha gente, como para saber dónde se encontraba él cada día de la semana.

Con la vista fija en la pantalla oscura del móvil sobre la encimera, alcé la mano derecha y mordí unos pellejos cortitos alrededor de la uña del pulgar, a los que venía torturando desde hacía unas semanas. Me arranqué uno y me hice sangre.

«Mierda de época del año», despotriqué mentalmente.

Me chupé el dedo y alcé la taza hasta mis labios, reflexionando acerca de qué haría cuando mi padre apareciese por allí. Tendría que hablarle de él a Antonia. O quizá no resultara necesario, pues tal vez, pasado el fin de semana, ella decidiese que era mejor regresar a su país. Y por «regresar» me refería a verla partir para volver a su casa y mandar a la mierda a ese tipejo, no para que volviese con él..., aunque ésa era una decisión suya.

Bebí otro sorbo y se me escapó un suspiro.

Si le hablaba de mi padre, tendría que contarle también todo lo demás... y,

entonces, si no planeaba irse, se largaría con lo puesto para alejarse de mí a toda prisa.

No deseaba que se fuera ni antes de que comenzara el fin de semana ni después; quería que me escuchase contarle todo lo que tenía para contar.

Pero... ¿qué derecho tenía yo a soltarle todo aquello encima, sin anestesia, si hasta ese momento no podía siquiera imaginar todo lo que había evitado explicarle, completamente adrede?

Pensé en llamarlo para pedirle que no viniera o, al menos, que desistiera de querer llevarme con él a su casa. Por desgracia, no pude terminar de convencerme a mí mismo de no querer verlo, si bien una gran parte de mí quería demostrarle que podía pasar por esos días solo, sin su ayuda, así como había pasado tantos otros.

Con los años, pude comprender que lo sucedido no era puramente su responsabilidad y, sin embargo, no había logrado quitarme de encima la sensación de abandono ni la distancia que ya no estaba ahí, no al menos igual que antes.

Acabé mi té y me quedé allí, frente a las ventanas que daban al exterior del edificio, hasta que mi cuerpo comenzó a acusar el cansancio del día y de la madrugada que ya pasaba de largo de camino a convertirse en mañana.

Con los ojos escociéndome, apagué las luces y me fui de regreso a la habitación.

Antonia parecía no haberse percatado de mi ausencia y lo agradecí. Colgué la bata azul en su sitio y, sigiloso, me metí en la cama.

Permití que pasaran algunos segundos para asegurarme de que no la había despertado; en cuanto estuve seguro de que mi ausencia del colchón no iba a quedar en evidencia cuando ya estaba de vuelta, me moví hasta ella y la abracé, buscando una de sus manos.

Antonia no dijo nada, solamente entrelazó sus dedos con los míos. Allí y así, me dormí.

* * *

Ése era uno de esos amaneceres en los que odiaba no tener cortinas. La claridad estaba a mi alrededor y yo solamente deseaba dormir. Había intentado taparme los ojos con un brazo, pero no había servido de mucho. Me había encogido un poco por debajo de las mantas y, sin embargo, la luz se filtraba. Por más que hubiese pretendido seguir durmiendo, mi cerebro había entendido que allí fuera la luz evidenciaba que el día estaba avanzado, lo suficiente como para que, pese a haber trasnochado, fuese hora de levantarme. No es que tuviese que ir a ninguna parte, pero había notado que Antonia ya no estaba en la cama conmigo y me daba vergüenza desatenderla.

Giré para colocarme boca arriba y oí crujir las maderas del suelo del pasillo. Ladeé la cabeza y la vi aparecer, luciendo unos pantalones deportivos que me pertenecían y uno de mis suéteres, también un par de calcetines. Llevaba el cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza; se notaba que se lo había hecho sin prestar demasiada atención, y le quedaba increíblemente sexy.

Antonia me sonreía. Tenía tanta cara de cansada y dormida como la que intuía que tenía yo, sólo que ella estaba preciosa de cualquier manera.

—Buenos días. —La voz me salió ronca por el sueño.

—Buenos días. —Me sonrió, retomando la marcha en dirección al colchón—. Venía dispuesta a despertarte con un beso, pues pensaba que estabas en plan bella durmiente. —Se agachó junto al cochón y le hice sitio, apartando las mantas. Así, vestida como estaba, Antonia se metió en la cama para acurrucarse a mi lado después de besar mi cuello.

—Necesitaré muchos más que eso para despertar.

Y ella lo hizo... Con su mano izquierda sobre mi pecho y la derecha con sus dedos enredados en los míos, besó mi cuello, el lóbulo de mi oreja y mi hombro una y otra vez.

—¿Qué hora es?

—Pasan de las dos de la tarde. Debiste terminar la noche agotado. Debería dejarte descansar.

—No, gracias. —Posé mi mano sobre su mano en mi pecho—. ¿A qué hora te has levantado? —le pregunté, medio perdiendo la cabeza porque su nariz estaba detrás de mi oreja, entre mi cabello, soltando aire caliente mientras su labios terminaban de despertar mi piel.

—A las doce.

—Has debido despertarme.

—No pasa nada.

—Perdón, se supone que eres mi huésped. Debería haberme levantado a prepararte el desayuno.

—He preparado café y tengo unas tostadas con tu nombre. Venía a ver si despertabas para traerte el desayuno.

Giré la cabeza y besé sus labios.

—Soy un asco y tú eres una maravilla.

—Sí, claro. Voy a por tu café.

Antonia declaró sus intenciones de levantarse de la cama, las cuales paré en seco, envolviéndola entre mis brazos.

—El desayuno puede esperar; prefiero que te quedes aquí conmigo, que me encanta cómo te queda mi ropa.

—Espero que no te moleste que la haya cogido. No he revuelto demasiado entre tus cosas, solamente he mirado en...

Su voz se cortó cuando fue mi turno de besar su cuello mientras mi mano se colaba por debajo de mi suéter, sobre su piel. Entre ambos, no llevaba nada, solamente mi mano, en ese instante. Con una suave caricia, cubrí su pecho, que se puso tenso ante mi tacto. Trepé sobre ella para acomodarme entre sus caderas.

—Te noto con muy pocas ganas de levantarte de la cama.

—Ningunas —contesté mientras mi mano contenía el calor de su carne. Su piel y sus formas no podían resultarme más deliciosas. En este mundo no

existía nadie mejor que ella para mí.

Sus dedos entraron en mi cabello mientras besaba sus clavículas.

—¿Qué tal si luego te llevo a comer?

—¿Quizá luego sea yo quien no quiera levantarse de la cama?

Paré de besar su cuello y alcé la cabeza para besarla.

—Pensaba que podríamos subir al Sacré Coeur..., tomar un café, descansar un rato al sol. Nos vendrá muy bien a ambos. —Mi mano bajó por su vientre hasta internarse en las profundidades más allá de la cintura de mis pantalones deportivos, que reposaban sobre sus angostas caderas.

Descubrí que tampoco llevaba bragas.

—Podemos esperar un poco, todavía quedan algunas horas de sol.

Antonia sonrió para, a continuación, abrazar mis caderas con sus piernas.

Ella perdió todo lo que vestía y yo, mis ganas de salir, y, al final, los dos, demasiado atontados y muy necesitados el uno del otro, nos quedamos en la cama remoloneando, comiendo allí entre las mantas, procurando que nuestras pieles tuviesen siempre algún punto de contacto, viendo el sol caer despacio al otro lado de las ventanas.

Desayunamos, almorzamos y cenamos todo junto, sin que importase qué hora era.

Para ella, allí entre las mantas, toqué mi guitarra y, cuando me pidió que cantara, me costó contener mi rubor, y eso que jamás me costaba subir al escenario, que enfrentaba al público sin problema. El problema residía en que ella no era un público cualquiera y que sus ojos se no despegaban de mí. La noche anterior, con toda aquella gente allí, no había sido lo mismo que ella estuviera sentada frente a mí..., era muy distinto tenerla con sus rodillas tocando las mías por debajo de la sábana, con sus manos posadas, ligeras, sobre mis muslos, con mi suéter otra vez sobre sus hombros y pecho.

No se puede ni cantar ni tocar la guitarra cuando tienes a una mujer mirándote del modo en que Antonia me miraba; de hecho, cuando alguien te mira así, no puedes hacer otra cosa que no sea pensar en ese alguien.

Entre sonrisas y estribillos, me besó y la besé. Canté con sus dedos paseando por mis labios, con su frente pegada a la mía.

Canté contra sus labios, para que nadie más oyese lo que tenía que decirle, lo que le dije disimulado en las letras de las canciones que escogí para ella, deseando que comprendiese que lo que cantaba en realidad era mucho más que la letra de una canción escrita por alguien distinto y que las notas que mis dedos arrebatában a las cuerdas de la guitarra eran lo que ella me hacía sentir con cada caricia, con cada inspiración que cargaba sus pulmones de oxígeno allí dentro de esa habitación.

Antonia me pidió que le enseñase a tocar y así disfruté del placer de tener el perfume de su cabello justo frente a mi nariz, y el calor de su espalda contra mi pecho mientras mis dedos movían los suyos.

Mi chica no se arredró cuando los dedos se le enredaron más de una vez al intentar darle forma a los acordes, ni se quejó de que se le acalambrasen los dedos en sus primeros intentos de llegar a pisar las cuerdas.

Fui feliz cuando celebró con un grito de niña, sin contenerse, lograr sacarle a mi guitarra las primeras expresiones de su voz en ella.

Festejamos el éxito de su primera clase de guitarra, otra vez entre mis mantas, y después no nos quedó más remedio que empezar a prepararnos para salir camino a la actuación de esa noche.

Esa vez nos montamos solos en la furgoneta, porque Jackie tuvo que salir con sus compañeros de trabajo para celebrar que hubiesen premiado un artículo escrito por uno de sus colegas de trabajo de la revista, y Claudine, de mal humor porque había discutido con ella, acusándola de que había desbaratado los planes que tenían para aquella velada, los cuales implicaban venir a ayudarnos y vernos tocar, ya no quiso salir.

No hubo forma de convencerla de que no me molestaba que cambiase sus planes para acompañar a Jackie; Claudine no quiso saber nada de ir con ella y, al final, tampoco nos acompañó.

Igual que la noche anterior, fuimos primero a por Lianne, que volvió a

comportarse distante y demasiado seca, para lo que ella solía ser con todo el mundo, con Antonia. Si la pasada noche apenas le había dirigido la palabra, ésa directamente ni siquiera la miraba a la cara, y su humor no hizo más que empeorar cuando cargamos a Maurice en la cabina y él se lanzó de lleno a sacarle una sonrisa en sus intentos de que ella notase que lo volvía loco. El ambiente se puso raro allí entre los cuatro, con Antonia pegada a mí de un modo distinto al que se pegaba a mi cuerpo cuando estábamos solos. Hubiese jurado que la presencia de Lianne la alteraba, como si temiese que yo pudiese irme con alguien más, o tener siquiera ojos para alguien distinto a ella.

A Maurice, poco a poco, se le fue borrando la sonrisa de los labios y el rostro de Lianne se enfurruñó cada vez más.

¿Qué les pasaba a todos ellos ese fin de semana?

Por suerte, Didier llegó para poner orden, que él siempre había sido el más centrado de todos nosotros, y desde que se montó en la cabina de la furgoneta, colocando a Lianne sobre sus piernas para que fuésemos todos delante, se puso a pasarnos su evaluación de nuestra actuación de la noche anterior, señalando dónde le parecía que habíamos estado flojos en la interpretación (él grababa todos nuestros conciertos y luego los escuchaba) y los cambios de repertorio que le parecían apropiados para mantener al público constantemente conectado a la banda.

Didier era muy profesional y se lo agradecía; sin embargo, aquella noche creo que no fui el único al que no le cayeron bien sus críticas, pese a que probablemente debían de ser muy acertadas; es más, en un momento dado vi de reojo que Antonia le ponía mala cara cuando él comentó que yo, en el cuarto tema, había perdido el compás con el resto de los instrumentos. Entonces no pude evitar inclinarme un segundo y besar su cuello, agradeciendo que estuviésemos detenidos frente a un semáforo en rojo. Aquella noche podría permitir que me diese una demostración de *krav magá* utilizando a Didier como saco de boxeo.

Por suerte, en cuanto llegamos a la sala en la que íbamos a tocar, los

ánimos se relajaron; eso era lo que sucedía cuando teníamos demasiado trabajo por delante y poco tiempo para pensar en cualquier otra cosa.

Los cinco nos enfrascamos en el montaje de los instrumentos y la instalación de los equipos y, como tuvimos un par de percances con el sistema de sonido del local, corrimos tanto que no nos dio tiempo para mucho más que para ir a buscar algo de beber y subirnos al escenario una vez que todo estuvo listo.

Más allá del descontrol y de las prisas, la actuación fue mejor que la de la noche anterior, y convinimos en que los cambios en el repertorio que había propuesto Didier eran acertados.

El público nos despidió con aplausos y la petición de más, y si bien tenía a unas cien personas frente a mí, muchas con sus móviles apuntados a mi cara, lo único que conseguía ver en esa sala en penumbras era su rostro sonriéndome, para hacerme acabar de comprender que debía hablarle sobre mí, que tenía que saber si se largaría, rompiéndome el corazón antes de que estuviese entero otra vez, o si se quedaría para presenciar la completa recuperación de lo que todavía era un hombre en construcción. ¿Tendría paciencia o las suficientes ganas de mí, de nosotros, más allá de un fin de semana, más allá de curarse el espantoso desplante del hijo de puta de su marido?

Sintiéndome de lo más extraño conmigo mismo, aquella noche caí rendido a su lado, procurando aferrarme a cada segundo con ella.

Esa noche no pudimos hacer más que cambiarnos y meternos los dos en la cama cuando llegamos ya de madrugada, agotados y muertos de frío.

Cuando me besas, sé que soy yo

Estiré el brazo e hice correr el agua.

Todavía medio deshecha por los espasmos que me hicieron vomitar hasta lo que no tenía en las tripas, me abracé la cabeza y me tomé un par de segundos para intentar recuperarme.

Me caía a pedazos, lo sabía. La tensión terminaría acabando conmigo.

El día anterior, la reacción de mi cuerpo había sido la misma cuando descubrí, entre mis correos electrónicos, un mensaje de uno de los abogados de Gastón, del mismo que había puesto frente a mí el arreglo prenupcial que firmé dos semanas antes de contraer matrimonio.

Me pedía que me pusiese en contacto con él lo antes posible, para que pudiese ponerme al tanto de los pormenores para hacer efectivo el inicio de los trámites de divorcio y los arreglos de la separación de bienes.

Ante mi silencio, ese día había vuelto a insistir, en esa ocasión, pasándome el número de teléfono de una abogada que, según él, era de suma confianza y gran reputación, a la que podría contratar para que me guiase durante todo el proceso, si así me parecía, para que no tuviese que involucrarme en las discusiones legales. Según me explicó, Gastón tampoco quería inmiscuirse en un circo semejante y prefería que nuestros abogados se entendiesen entre ellos.

En cuanto terminé de leer aquello, mi estómago se retorció y tuve que salir corriendo directa al baño, para vomitar el café y las tostadas que había ingerido mientras esperaba que Olivier despertara.

El hecho de que mi madre me llamase antes, para pedirme que le pasara los datos del lugar en el que estaba hospedándome, no me lo puso más fácil. No

hubo forma de evitar tener que facilitarle la dirección en la que estaba, porque eso era lo que quería, pese a que ya tenía el número de teléfono del piso.

Rogué que ni se le ocurriese buscar la dirección en Google Maps, porque, si veía lo que el edificio era por fuera, o incluso los alrededores, con su aire bohemio y nada lujoso, le daría algo y todos mis intentos de que no se enterase de que lo mío con Gastón caía en picado correrían agua abajo.

Mi cuerpo no paraba de temblar y lo empeoraba todo mi miedo a que Olivier despertase y me viese así de nuevo.

La primera vez que me vio vomitar fue por el alcohol, pues me había sentado espantosamente mal... Aquello lo podía explicar; esto, no. No se me ocurría un modo de disimular mi cobardía, de razonarle por qué no podía ni quería ponerme en contacto con el abogado de Gastón ni con ningún otro abogado, y mucho menos podía justificar el pánico que me daba contarle la verdad a mi madre.

No quería que nadie más se enterase de lo patética que era, de lo poco a lo que había llegado a convertirme en catorce años.

Y yo que creía que lo tenía todo, que había conseguido lo que deseaba de esta vida, que me encontraba en el lugar en el que quería estar...

¿A dónde me había llevado todo lo que hice y no hice? Pues a estar aferrada al váter del piso de un hombre que era un amor de persona, una dulzura de ser humano que me hacía sentir especial como nunca antes, de una criatura que tenía una sonrisa indeleble que relucía en la oscuridad incluso cuando no sonreía.

¿Cómo explicarle a ese chico de veintisiete años que mi vida parecía cobrar sentido poco a poco, desde que él se detuvo frente a mí en la estación de metro? ¿Cómo hacerle entender a Olivier que, a pesar de que apenas nos conocíamos, cuando él me besaba sabía que era yo la que continuaba allí, dentro de ese cuerpo, y no esa que creí que era, que puse en pie para ser la que viviese esa vida que creía que quería, o que todavía quería?

Por todo eso no podía contestarle al abogado, ni llamar a la abogada que

me había recomendado, ni confesarle a mi madre que mi matrimonio se había terminado, al menos para Gastón.

Me dieron arcadas otra vez, y el llanto se me escapó pese a que no quería llorar.

No quería largarme de donde estaba jamás; quería quedarme con Olivier, que él me aceptase a su lado así, sin conocerme, sin conocerme yo misma; que me hiciese un lugar en su vida así como me lo había hecho en su cama o dentro de la cabina de la furgoneta en la que habíamos viajado con su grupo las dos noches anteriores.

Mis anhelos no podían ser más estúpidos. Olivier tenía toda la vida por delante, una casi por estrenar, fresca. ¿Para qué podía quererme a mí en ella? Yo era de segunda mano y no tenía demasiado que ofrecer, si ni siquiera sabía qué quería de la vida. ¿Para qué podía interesarle una mujer que no podía ni reconocerse ante un espejo?

¿Por qué llevaba tanto tiempo tiñéndome de rubia si solía amar mi melena castaña y el modo en el que las puntas se me volvían de un color cobrizo con el sol? ¿Por qué insistía en ir casi constantemente maquillada si me gustaban las pocas pecas que tenía debajo de los ojos? ¿Por qué todavía no tenía un tatuaje si de adolescente me había jurado que, en cuanto cumplierse los dieciocho, me haría uno, aunque mis padres montasen en cólera por ello?

Alcé la cabeza y barrí las lágrimas de mis mejillas con ambas manos.

Cerré los ojos y recordé los brazos de Olivier rodeando los míos para enseñarme a tocar la guitarra, aquel instrumento que, como todo allí, olía a él, de ese modo inexplicablemente reconfortante que me llegaba al alma hasta en ese momento de turbación.

Hice un esfuerzo y conseguí poner lo que quedaba de mí en pie.

Mi estómago se quejó de dolor.

Permanecí allí unos segundos mientras me calmaba y luego fui a lavarme la cara.

Despacio, regresé a la cocina y me senté en el banco frente a la taza de café

que había tenido que abandonar a la mitad por culpa de las náuseas. No debió de pasar mucho más de un minuto hasta que lo oí aproximarse. El suelo de madera había crujido, delatándolo. Las baldosas hexagonales del pasillo de acceso a la cocina me hicieron perder el rastro de sus pisadas por unos instantes.

Giré e intenté sonreírle. La sonrisa que me dedicó al entrar en la estancia y verme le dio fuerzas a la mía.

Olivier, así en pijama, era una visión divina. Su cara de dormido no hacía más que otorgarle a su aspecto un toque de ingenuidad y sencillez impagables. Cómo amaba ver su cabello revuelto y su barba asomando...

—Buenos días, ¿o debería decir buenas tardes? —entonó, caminando en mi dirección.

—Buenos días, todavía son buenos días. Apenas pasan de la una.

Rio suavemente ante mis palabras, para inclinarse sobre mí y, cogiendo mi nuca, depositar un beso en mi cabello. A continuación se inclinó un poco más y posó sus labios sobre los míos. Su mano bajó por mi espalda, rebajando mi malestar.

—¿Te has despertado hace mucho?

—Poco más de una hora.

—Tienes que despertarme cuando lo hagas tú.

—Está bien, no pasa nada. Me gusta verte dormir. Transmites paz cuando duermes.

Sonrió sin despegar los labios y se apartó de mí en dirección a la cafetera.

—Hazlo de todas maneras. Me parece que estoy siendo un pésimo anfitrión. Hoy reivindicaré esa función... ¿Qué te parece si, después de que beba una taza de café, que la necesito, salimos a pasear? —Comenzó a verter café en una taza—. Hoy podríamos llevar a cabo los planes que teníamos para ayer. Además, siento que estoy privándote de París, que viniste de vacaciones y yo prácticamente te tengo de rehén aquí dentro. —Dio un paso hacia mí—. Para mi vergüenza, debo admitir que me encanta tenerte solamente para mí.

Llegó a la mesa para pararse a mi lado. Me aparté un poco y él ocupó el mismo lugar y la misma posición que tenía la primera vez que nos besamos. Giré un poco sobre el banco para enfrentarlo. Él, después de dejar la taza sobre la mesa, se quedó mirándome.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber tras perforar mis ojos y mi cerebro con su estupenda mirada. Alzó una mano hasta mi frente para posarla allí durante unos segundos—. Tienes los ojos vidriosos. —Volvió a contemplarme en silencio—. No parece que tengas fiebre.

—Estoy bien, no te preocupes. —Agarré su mano con las mías y la bajé hasta que las yemas de sus dedos quedaron a la altura de mis labios. Besé sus dedos—. Sólo cansada, eso es todo. —Guardé su mano entre las mías y me la llevé al pecho.

—¿Segura?

—Sí.

—Sabes que puedes..., es decir, puedes hablar conmigo de lo que quieras. Podemos ser buenos amigos. —Me guiñó un ojo.

Seguro que podríamos. Quizá en eso quedase lo nuestro, en amistad, una que al final probablemente pasaría al olvido, porque yo no era ni tan divertida ni talentosa como el resto de sus amigos. Mi vida no era nada y, por lo tanto, no podía aportarle nada a la suya.

—Sí, lo sé —le respondí.

—¿Has hablado con tu esposo o has tenido noticias suyas?

¿Cómo era posible que supiese que de eso se trataba?

Negué con la cabeza.

—Si necesitas ayuda...

—Me encuentro bien; estoy contigo y estoy bien.

Olivier apretó mis manos con sus dedos y se inclinó sobre mí para acariciar mis labios con los suyos.

—¿Incluso conmigo arrastrándote de aquí para allá en una furgoneta repleta de instrumentos y amigos desquiciados?

—Me encanta acompañarte. Es divertido.

—Y a mí me gusta mucho que me acompañes y muchísimo tenerte aquí. Es más que eso. —Hizo una breve pausa—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que desees. No tienes que irte si no quieres, yo no quiero que te vayas.

El asunto sería saber por cuánto tiempo me soportaría allí o a su lado.

—El miércoles fue un buen día para mí. Tuve suerte de encontrarte. Lamento que fuera un día tan de mierda para ti. —Su voz, en aquel delicioso francés suyo que era como suspiros de paz, articuló aquellas maravillosas palabras. Cómo explicarle que lo primero que siempre recordaría del miércoles sería el haberlo conocido.

Una de mis manos soltó la suya para cogerlo por el cuello.

—No fue un día de mierda. Mejoró después de que mi esposo me pidiera el divorcio y me robaran en la calle. Tuve la suerte de entrar en el metro para toparme con un sujeto increíble.

—¿Un sujeto increíble? —bromeó, haciendo una mueca.

—Maravilloso —susurré sobre sus labios.

—Guau. ¿Todo eso?

—Además, tiene un talento increíble para la música.

—Debería pedirle que me dé clases.

Su vibrante mirada y su sonrisa me envolvieron en él del modo más agradable. A donde se movía, Olivier arrastraba consigo una burbuja cálida que era el más estupendo y reparador bálsamo para todo mal.

—Y es muy sexy —añadí, inspirando profundamente para cargar mis pulmones de él.

—Ah, ¿sí? —Su sonrisa flotó justo delante de mis labios—. Pues el miércoles yo conocí a una mujer que creo que no tiene idea de lo que es capaz de hacer.

Mis ojos hicieron agua. Yo no me sentía capaz de hacer demasiado.

—La mujer de la cual te hablo estuvo dormida muchos años, catorce.

—Es mucho tiempo —contesté, después de tragarme las lágrimas. Olivier

estaba destrozándome con su mirada y con lo que intuía que vendría a continuación.

—Es una guerrera que sabe *krav magá* y que podría haber sido una gran soldado, sólo que me parece que por ahí apareció un rey y ella se olvidó de que hubiese podido con el rey y todo su ejército ella sola. ¿Es más o menos así?

Quise responder. En un primer intento, mi voz no salió.

Me aclaré la garganta mientras él me daba tiempo para encontrar las palabras.

—No me olvidé, hice una elección. La vida es eso.

—Y a veces las elecciones que tomamos nos salen bien, y otras veces no —afirmó por mí.

—Así es —convine.

—Y en ocasiones nos perdemos un poco por el camino.

—O mucho —acoté.

—A veces la cotidianidad te seda hasta el punto de que te olvidas de que tenías sueños y pasiones. ¿Te sucedió eso a ti?

No pude contener más las lágrimas y asentí con la cabeza. Con Olivier no podía ni mentir ni fingir, ni quedarme dormida o pretender ser otra cosa que no fuese quien era. Era como si en su interior tuviese el poder de abrir tu mente y tu corazón, de llegar a verte con una espeluznante claridad.

Olivier me desnudaba, me dejaba vulnerable y al mismo tiempo hacía que sintiese que todavía quedaban fuerzas dentro de mí.

—Yo también me olvidé de cosas que quería hacer —admitió.

—Eso resulta difícil de creer.

Su mano libre limpió mis mejillas.

—La vida no es siempre feliz —me contestó.

—¿Qué sucedió contigo? —pregunté, a riesgo de que no tuviese ninguna intención de contarme nada de su vida privada, de que incluso estuviese alargando el plazo que acababa de extender a más allá del fin de semana.

—Mejor lo dejamos para cuando estemos al aire libre, para que las palabras puedan perderse en la inmensidad del cielo, que si no se quedarán aquí dentro y no quiero hablar de cosas tristes en casa, porque aquí estás tú y no me apetece arruinar esto.

—Si no quieres contármelo...

—Sí quiero contártelo si quieres escucharlo. Tienes tus propios problemas.

—Quiero escuchar lo que sea que quieras compartir conmigo.

—Bien, más tarde entonces. Me alegra que llores, ya decía yo que no era muy normal que no volvieras a derramar una lágrima. ¿O es que lo has estado haciendo a escondidas? No tienes que esconderte de mí. Nunca he estado casado, pero creo que puedo hacerme una idea de lo que implica que te dejen del modo en que tu marido te ha dejado a ti, tras catorce años juntos. Te vi en el metro, Antonia. No estabas bien e imagino que no estás del todo bien ahora.

—No quiero obligarte a cargar con... Tienes tu vida y...

—Y ahora estás en ella, eres parte de ella. Todo en ti es parte de mi vida en este momento, incluso el hijo de puta de tu marido. Puedes hablar conmigo. Lo digo en serio.

Entre lágrimas, le sonreí. Todo en él era enternecedor. No podía ser más dulce.

—Si tienes que llorar, llora; si tienes que reír, ríe, y si quieres podemos buscarte un buen saco de boxeo para que descargues lo que sea.

Esas últimas palabras tuyas y la mueca cómica que me dedicó me hicieron sonreír.

—Eres de lo que no hay.

—Eres muy exagerada —replicó, y me besó.

—Es cierto.

—Divagas, necesitas salir.

—Gracias por permitirme ir con tu grupo y por enseñarme a tocar la guitarra.

—Tengo que darte una segunda lección, creo que tienes potencial.

—Y por hacerme un hueco en tu cama.

—Es un placer.

—Y por llevarme a comprar ropa al mercadillo.

—Podemos ir a buscar más cosas cuando quieras, las necesitarás si te quedas más allá del fin de semana.

Le sonreí, claro que quería quedarme más días.

Su sonrisa se ensanchó, porque entendió el mensaje.

—Si te parece bien, cuando salgamos podemos ir a ver qué encontramos.

—Me encanta la idea. Llevaré unos pares de zapatos para vender.

—Ya te lo dije, eso ni soñando.

—No quiero que pagues mis cosas.

—A modo de pago por ayudarnos estas noches con el equipo.

—No tienes que pagarme nada, apenas si hago algo.

—Haces algo valioso.

—Exagerado.

—No tengo ningún problema en pagar tu ropa.

—Pero yo no quiero que lo hagas. Hablo en serio. Venderé algunos pares, compraré algo de ropa y luego iré a hacer la compra para aquí... Necesitamos leche, pan y otras cosas.

—No pagarás la comida.

—Y tú no te saldrás con la tuya. Si me quedo aquí, así será; si no lo aceptas, buscaré la manera de poder pagarme un hotel o...

—No te vas a ninguna parte. —Soltó mi mano y se cruzó de brazos, enfurruñado—. Bien, mientras te quedes con un par...

Cogiéndolo por el cuello, me incliné sobre él para presionar mis labios contra los suyos.

—Eres adorable.

—¿Te he dicho ya que me vuelve loco cómo te quedan mis pijamas?

Meneé la cabeza, sonriendo.

—Eso está mejor.

Entendí que se refería a mi sonrisa.

—¿De dónde has salido? —le pregunté tras volver a besar sus labios.

—Del mismo lugar del que salimos todos. —Su sonrisa pasó de inocente y dulce a una terriblemente sexy mientras sus manos caían en mis muslos para trepar por éstos hasta las caderas.

—Lo dudo. Tú no podrías ser como todos ni aunque quisieras.

Olivier meneó la cabeza, sonriendo.

—Lo que sucede es que me miras con buenos ojos.

—Nadie podría mirarte de otra manera.

—Bien, ya basta de decir tantas tonterías. Tengo que sacarte de aquí pronto, comienzas a padecer del síndrome de Estocolmo.

Me reí porque entendí que no quería continuar oyéndome decirle que era un maravilloso ser humano.

Entre caricias y conversaciones tontas —que son más valiosas que muchas conversaciones serias, porque demuestran la complicidad de lo simple entre dos personas—, Olivier se bebió su café y nos dispusimos a salir.

Al menos media docena de ocasiones mientras nos preparábamos para salir a pasear, repitió que, si estaba cansada, podía quedarme en casa esa noche; que él no pretendía arrastrarme por toda la ciudad; que para él, con saber que yo estaría allí cuando regresase, era suficiente.

Debía notármeme lo endeble que me sentía por culpa del espantoso modo en que había comenzado mi día.

Al mirarme en el espejo me quedó claro el porqué de su insistencia y puse manos a la obra para intentar disimular las ojeras y la palidez de mi piel.

Enfundada en unos vaqueros, con los zapatos más bajos que tenía, un suéter de él y mi abrigo —y, por supuesto, una bolsa con un par de zapatos de los que me desprendería para conseguir algo de dinero—, salí de su brazo para tocar las calles de París bañadas por el sol.

En cuanto estuvimos fuera del edificio, me sentí mejor. El aire fresco despejó mi mente y su mano en la mía reaseguró la confianza que solía tenerle

a mi cuerpo mucho tiempo atrás.

Olivier tiró de mí hasta la escalera situada justo al lado de la panadería ubicada en la planta baja del edificio. Detrás de nosotros quedó el cartel colgante con los tres cochinitos del restaurante de la esquina. El terreno baldío de la esquina ya no me causó la misma impresión que la primera vez que lo vi, al otro lado de la escalera, con sus pintadas sobre los edificios del fondo. Era un día radiante y, de la mano de Olivier, hasta aquel sitio olvidado y vacío tenía su encanto. Incluso el edificio por encima de la panadería hoy por hoy tenía otra cara, pese a que su fachada continuaba siendo la misma. Más allá de la polución que oscurecía sus paredes y de las pintadas que tenía en el lado de la escalera, no se le podía negar que era una maravilla arquitectónica.

Comenzamos a remontar los primeros escalones por el lado derecho del pasamanos que dividía la escalera en dos. Alcé la vista y vi que aquel angosto pasaje entre los edificios que ascendía hacia la siguiente calle de camino al Sacré Coeur tenía nombre y todo. *Rue Drevet*. El cartel estaba adosado a la fachada lateral del edificio, a la altura del primer piso, que estaba desocupado, al igual que el siguiente, y, sobre la placa azul con el nombre de la calle, otra con un gran número dos.

Seguimos subiendo mientras en sentido contrario venía un grupo de gente con toda la apariencia de ser turistas.

A nuestro lado de la escalera, el siguiente edificio de la calle Drevet era una pintoresca edificación con contraventanas de madera, macetas con flores y tres farolas que ascendían en diagonal por la fachada. Enfrente, el edificio estaba abandonado, con sus paredes y ventanas cerradas, cubiertas de grafitis y pintadas.

El número seis de la calle Drevet era un pequeñísimo teatro de fachada angosta pintada de rojo; Olivier me explicó que sólo había una diminuta sala, en la que no cabían más de treinta personas. Su grupo y él habían tocado en más de una ocasión allí.

Unos metros más arriba, la escalera desembocó en una típica calle parisina

de adoquines con edificios sin demasiadas pretensiones.

La calle se inclinaba hacia la derecha, descendiendo hacia un abismo desde el que se tenía una estupenda vista del París allí abajo entre los árboles y edificios al final de la misma. En esa dirección echamos a andar nosotros, así como un grupo de gente que nos había acompañado en el ascenso de la escalera.

Tras una larga manzana, Olivier me guio para cruzar la calle. En la acera de enfrente, la esquina estaba pintada de plateado; era una galería de arte y, junto a ésta, una escalera mucho más ancha y bonita que subía hacia el siguiente nivel del terreno. Allí los edificios eran tanto más elaborados en su construcción y también estaban mucho más cuidados. Todas sus ventanas estaban abiertas y con flores. Había parterres con arbustos y árboles a los lados de la escalera y un sendero de faroles en medio de la misma.

—No tenía ni idea de que esta escalera existiese, es como si fuésemos por un pasadizo secreto o algo así —le comenté cuando alcanzamos la siguiente calle de edificios más bajos. Ésa era una zona más tranquila y elegante, sin rastro ya de pintadas en las paredes. En la acera de enfrente, del lado izquierdo de la escalera y a un piso de altura, se extendía un parque.

—Muchos turistas se pierden ver estas cosas por culpa de los guías turísticos, que prefieren evitar que los visitantes vean la cara completa de la ciudad. La mayoría de la gente sube en bus o con el funicular.

Cruzamos la calle hacia el último tramo de escaleras, según me explicó él.

Con el paseo, el sol y el aire fresco, empezaba a sentirme mucho mejor. Agradecí que mi estómago terminase de recuperar la calma.

El gran edificio blanco a nuestra derecha era un inmenso pub irlandés. Olivier comentó que servían una estupenda cerveza allí.

El jardín a la izquierda remontaba la cuesta en grandes escalones de arbustos y enredaderas que envolvían las rejas del jardín con sus verdes brazos.

Incluso desde antes de llegar arriba de todo, y entre las matas de verde,

rojo y dorado de la pared de árboles que teníamos enfrente, al otro lado de la calle, logré divisar la maravillosa silueta de la basílica. Se me aflojaron las rodillas porque no había punto más alto que ése en la ciudad, ni lugar más fantástico en el que pudiese darte el sol así en la cara, sin filtros, sin necesidad de más adornos.

Se me puso la piel de gallina. No fue premeditado, pero estrujé la mano de Olivier dentro de la mía, de pura emoción. Tenía la impresión de haber subido al cielo..., al cielo en la mejor compañía: la suya.

Me di la vuelta para mirarlo y, como no podía ser de otro modo, me sonreía.

Alcancé a balbucir un «gracias», allí, estática sobre la angosta acera.

—Andando, es por aquí. —Le devolvió el apretón a mi mano y tiró de mí. Yo ni siquiera me había percatado de que estaba obstruyendo el paso del resto de los visitantes a esa parte de la ciudad.

Junto a nosotros, en un edificio circular, había una casa de *souvenirs* y otra de comida rápida. Un poco más allá, la moderna estación del funicular, con su techo curvo de cristal, y, tras las copas de unos árboles que tenían sus raíces muchísimos metros más abajo... París. La ciudad a los pies de la basílica.

Resultaba difícil escoger en qué dirección mirar, si hacia la metrópoli allá abajo o hacia el edificio que siempre me había dado la impresión de ser un gran abrazo rebosante de afecto.

El tercer punto de interés allí era él.

Con el peso del mi cuerpo y el de toda mi vida, lo obligué a detenerse justo frente a las escalinatas que bajaban hacia el mirador.

—¿Qué? —curioseó sin perder la sonrisa.

—Tú —fue mi respuesta.

—Yo, ¿qué? ¿Qué he hecho? ¿Dónde he metido la pata? —bromeó.

—¿Y necesitas preguntarme qué has hecho?

Su sonrisa se amplió todavía más.

Rodeé su cuello con ambos brazos. La bolsa con el par de zapatos que

quería vender quedó colgando detrás de su espalda.

—Lo has cambiado todo.

—Vamos, de verdad, deja de decir esas tonterías.

Su sonrisa se transformó en una nerviosa. Alejó su mirada de mí. Una de mis manos lo sujetó por el mentón, obligándolo a quedarse conmigo.

—Hablo en serio. No estoy jugando. Sé que apenas nos conocemos; sin embargo, dudo de que sean necesarios más de cinco minutos contigo para entender que eres un ser humano único. Eres especial. —Tuve que interrumpirme, porque me costaba hablarle sin ponerme a llorar otra vez. Si lloraba, no serían lágrimas de tristeza, sino de esa emoción que te embarga al comprender que el mundo es mucho más que lo material, mucho más de lo que puede ser explicado con palabras.

Lo que sentía en ese instante, por él y frente a él, lo trascendía todo. ¿Dónde había estado ese mundo tan estupendo y lleno de energía hasta hacía tres días?, ¿por qué no lo había visto antes?

—No, claro que no —soltó, ansioso, intentando nuevamente escapar de mí.

—Lo eres. ¿Acaso has vivido cien vidas? Porque lo que llevas dentro... ni aunque viva mil años llegaré a ser como tú.

—¿Qué dices?! Vamos, Antonia...

—No soy más que una carga.

—Eso jamás —replicó, perdiendo la sonrisa—. No lo eres, no al menos para mí. No sé qué has vivido con tu marido o antes de él, pero sin duda no eres una carga. Eres una persona que tiene que salir de ahí dentro, que ya está saliendo de allí donde estaba escondida.

—No tengo lo que tú tienes.

—No lo ves, que no es lo mismo. Yo sí lo hago. Veo que llevas años y años juntando ganas de vivir, y quedándote con las ganas de hacerlo. Me encantaría verte vivir más de lo que te has atrevido estos días que llevamos juntos. Yo no pienso decirte qué tienes que hacer o dejar de hacer. Me gustas tú y continuarás siendo tú hagas lo que hagas, mientras, lo que hagas, lo hagas con

toda la fuerza y la pasión de quien eres. Yo soy solamente yo y quiero que tú seas tú conmigo.

Me entraron ganas de comérmelo a besos, como cada vez que soltaba alguna de aquellas frases tuyas.

Lágrimas de felicidad enturbiaron mi visión de su rostro.

—Cuando me besas, sé que soy yo; cuando estoy frente a ti, soy yo, aunque sea muy poca cosa.

Su mano izquierda tapó mi boca.

Negó muy serio con la cabeza.

—Cuando afirmas esas cosas me entran ganas de destrozar el mundo que te hizo esto.

Besé su palma y su sonrisa amagó con reaparecer. Olivier movió su mano hasta mi mejilla.

—Tienes ese mundo frente a ti. —Yo era responsable de mis actos, de mis decisiones. Nadie, jamás, me había obligado a dejar nada, a aceptar lo que acepté. Siempre había creído que la vida que tenía era la que quería, la que me hacía feliz. Fui feliz hasta que Gastón dio órdenes de que se me entregara aquel correo. Y en ese momento comenzaba a ser feliz, sólo que de un modo completamente distinto, uno que no creía posible, porque ni siquiera sospechaba de la existencia de ese mundo... y, si hubiese sabido antes de él, probablemente ni siquiera me hubiese atrevido a poner un pie en sus tierras—. Es decir —continué diciendo—, lo que queda de él. Algo está cambiando aquí y ahora.

—Mientras sea el cambio que realmente quieres... Yo no pretendo empujarte a nada, no pretendo eso. No deseo que seas ni una sombra ni un reflejo de la vida de nadie, ni siquiera de la mía.

Negué con la cabeza.

—Quiero ser yo.

—Eso me parece perfecto.

—He estado pensando en volver a dejarme el cabello de mi color,

porque... —le dediqué una sonrisa pícaro—, no sé si lo has notado, pero el rubio no es mi color de pelo natural.

Olivier soltó una estupenda carcajada que hizo estallar reflejos de luz divina a mi alrededor.

Si los ángeles existían, corría serio peligro de perderlo, porque sin duda bajarían en ese instante para recoger ese pedazo de cielo que se les había caído y que un segundo atrás había revelado su verdadera identidad.

—Puedo llevarte a comprar tinte luego. Y si quieres te ayudaré a teñirte, tengo experiencia de sobra. Claudine tuvo una fase en la que se tiñó de todos los colores posibles... y, ¿quién era su cómplice?, yo.

—Bien. Te tomo la palabra. ¿No extrañarás el rubio?

—Antonia —me miró de reojo—, a mí tanto me da, como si te rapas.

Me tocó el turno de reírme, porque aquello había sido un arranque de sinceridad suyo, de esos que lo hacían muy él.

—Ok, gracias por eso, aunque no planeo pelarme. No te peles tú, me encanta tu cabello.

—Entendido, mi pelo se queda donde está.

—Y la barba crecida.

—Tomo nota.

—Y esa sonrisa tuya.

—¿Es muy larga la lista?

—Y todo en ti.

Meneó la cabeza negativamente, ruborizándose.

Traje su rostro otra vez de regreso al mío, tomando su cara entre mis manos.

—Quiero escuchar todo lo que tengas para contarme, lo que quieras contarme.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—Ya sabes que puedes contarme, tú a mí, todo lo que quieres también.

—Sí, lo sé.

—¿Y que puedes confiar en mí?

—Lo tengo más que claro.

—El día mejora a cada segundo.

Lo besé.

—Cada vez mejor —insistió—. ¿Entramos a dar una vuelta? —Apuntó con la cabeza en dirección a la basílica.

Las escaleras estaban repletas de turistas.

Había estado allí al menos cuatro veces; sin embargo, tuve la seguridad de que, por primera vez, vería ese sitio con todo lo que era.

Nos mezclamos con la muchedumbre. Nos tomamos fotografías. Olivier, solícito como siempre, les sacó fotos a algunos turistas que le tendieron sus cámaras y móviles (la gente confiaba en él tan pronto como cruzaban una mirada).

El enorme espacio me embargó como nunca.

Fue una experiencia increíblemente surrealista entrar de la mano de Olivier. Mis visitas allí con Gastón, en comparación con la que estaba protagonizando en ese instante, habían sido una clase sobre historia y arte..., observaciones arquitectónicas, el arte de las cúpulas, el altar o incluso su campana, *La Savoyarde*... Sí, todo era muy interesante, pero en ninguna de aquellas ocasiones había sido capaz de captar la verdadera esencia de lugar.

Jamás había sido demasiado religiosa y, sin embargo, en este instante me fue imposible pasar por alto la espiritualidad del templo.

En silencio y hablándonos solamente con los ojos, recorrimos la basílica para verla y vernos.

Cuando ya salíamos, Olivier me pidió que lo acompañase un segundo; quería poner una vela.

—Sí, claro. Por supuesto.

Su sonrisa a medias cobró un nuevo sentido.

—¿Eres religioso? —le pregunté en un susurro mientras andábamos

despacio hacia el pequeño altar.

—Bueno, más o menos; no lo sé. A veces quiero creer que hay algo más. Siento que hay algo más. Quizá solamente sean tonterías.

—No son tonterías si tú lo sientes.

—¿Profesas alguna religión?

—Fui bautizada e hice la comunión, pero en realidad... —Me encogí de hombros.

—No necesita tener un nombre... aquello en lo que uno cree, digo. Solamente con creer, con sentirlo...

—Con eso basta —convine, sonriéndole, y así llegamos a las velas.

—Es por mi madre —me explicó, cogiendo una, y no me atreví a interrumpirlo, porque imaginé que así comenzaba lo que tenía para decirme—. Mañana se cumplirán veinte años de su muerte.

Se me puso la piel de gallina y me estremecí de pies a cabeza, porque su sonrisa desapareció y, así, el mundo se enfrió.

Estreché su mano izquierda y, con la otra, rodeé su brazo, pegándome a él para demostrarle mi apoyo.

—Lo siento —le dije, y mis palabras no hicieron justicia a la pena que sentí por él—. La perdiste siendo muy pequeño.

—Ojalá no hubiese sucedido. Daría cualquier cosa porque ella hubiese podido tener una vida mejor, una vida más larga.

—Sé que sí. Tú no podrías querer otra cosa. Desearía que aún la tuvieses contigo.

—¿Quieres saber qué le pasó?

—Claro que sí. Si quieres contármelo, yo quiero escucharlo.

—Evidentemente, no es una historia feliz —me advirtió.

—Es parte de tu vida.

Su sonrisa reapareció.

Olivier encendió la vela y los dos nos quedamos un momento allí en silencio.

—Salgamos. Te llevaré a comer algo. Me vendría bien una cerveza. Luego te lo cuento, ¿de acuerdo?

—Cuando quieras, Oli.

—Vamos, aquí a la vuelta hay un montón de sitios para comer en la calle al sol.

Me estiré un poco y besé sus labios.

Salimos de allí en silencio, dejando ardiendo la vela por su madre.

Una vez fuera, rodeamos la circunferencia de la basílica para dar con una callecita angosta que no conocía, en la que se apretujaban infinidad de negocios que vendían desde delantales de cocina con estampados alusivos a París, sombreros, postales y camisetas, hasta bufandas, llaveros y láminas.

Pasamos por delante de la puerta de un bar, por delante de un pequeño sitio que vendía zumos naturales, *croissants* y sándwiches, más tiendas y un restaurante.

Olivier me llevó hacia una calle transversal medio rescatándome de la muchedumbre de turistas que descubrían aquellas calles por primera vez.

Doblamos a la izquierda. A la derecha se repartían el espacio varios restaurantes y galerías de arte y, al fondo, otra vez las vistas de París allí abajo.

Pasamos enfrente de muchos otros restaurantes, con sus mesas en la calle, para desembocar en una plaza que era un gran patio de comidas al aire libre.

Tomamos la calle hacia la derecha, para rodear la plaza en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Te parece bien aquí? —Apuntó con su mano libre hacia una entrada cubierta con un toldo rojo justo al final de la plaza. Los restaurantes que rodeaban la plaza se dividían el espacio allí para acomodar sus mesas. Había unas cuantas de éstas ocupadas y, sin embargo, quedar bajo aquella cúpula de árboles, en aquel entorno, me parecía una estupenda idea. Tendríamos intimidad de sobra allí, pese a la infinidad de turistas que pululaba a nuestro

alrededor y a la media docena sentados delante de los artistas que hacían retratos, que ocupaban el siguiente tramo de la plaza.

—Es perfecto.

—Sé que no aparenta mucho; sin embargo, te lo juro, aquí la comida es buenísima y los camareros no fastidian tanto como en otros sitios. —Me quitó la bolsa de la mano—. Andando, allí al fondo hay una mesa libre.

Su mano sujetó con fuerza la mía y le devolví el apretón.

Todavía no habíamos acabado de acomodarnos en la mesa cuando un camarero se aproximó a nosotros. Olivier le ganó la partida al apartar la silla para mí, dándole al mismo tiempo las buenas tardes al hombre, quien, entendiendo que mi acompañante era francés, desaceleró sus planes de atosigarnos.

El hombre nos dio la bienvenida y nos entregó una carta.

Olivier le pidió una cerveza y me preguntó si quería una. Con el estómago como lo había tenido, sin dar muchas explicaciones, le contesté que prefería agua.

Nos quedamos solos con nuestras cartas.

Un lugar para ti

—¿La extrañas? —me preguntó Antonia. El camarero se alejaba con nuestros platos limpios después del almuerzo que le había visto devorar con ganas, disfrutando del modo en que se chupaba los dedos. Habíamos pedido unas hamburguesas con todo, acompañadas de una montaña de patatas fritas a las que ella agregó cantidades industriales de ketchup, comentándome que hacía un siglo que no comía nada tan rico.

Me di el gusto de limpiar ketchup de su barbilla con mis dedos, de verla reír al intentar masticar la hamburguesa sin que se le escapase todo de entre los panes.

Reímos como idiotas, jugando, hablando de comida, de los turistas que paseaban por la plaza, del barrio, de cualquier otra cosa que se nos cruzó por la cabeza.

En ese momento, por lo visto, tocaba hablar de aquello que le había prometido que le contaría.

Inspiré hondo.

—Sí, la extraño. Quizá, en realidad, no sean esas las palabras que definen lo que siento, sino más bien que me gustaría tenerla aquí, que hubiese dado cualquier cosa porque su vida fuese distinta.

—¿Qué le sucedió? Si te molesta que te lo pregunte... —Antonia tendió su mano hacia mí. Sus dedos rozaron las yemas de los míos en una delicada caricia y allí se quedó, tocándome como si rozase con cuidado las teclas de un piano.

—No me molesta. —Hice una pausa en la que me quedé mirándola a los

ojos. ¿Cambiaría su opinión sobre mí cuando le explicase lo que había sido mi pasado?—. Dices que quieres escuchar lo que tengo para contar, pero no estoy muy seguro de que así sea.

—Sea lo que sea..., la vida que tuviste, o la que tu madre tuvo, es parte de tu historia, y la historia es lo que nos hace ser quienes somos. Eres tú. Sea lo que sea, te hizo ser quien eres.

Bebí el último dedo de cerveza que quedaba en mi vaso.

—Bien, mejor empiezo por el principio, entonces.

Ella cogió mi mano por completo.

—Mi padre es músico. Tiene una banda de rock desde hace treinta años.

—Al menos ahora sé de dónde has heredado tu veta musical.

—De hecho, no lo heredé solamente de parte de mi padre, que es vocalista y guitarrista, sino también de mi madre. Ella tocaba la batería.

Antonia me sonrió.

—Una mujer muy especial. No sé demasiado de música, pero no he oído hablar acerca de muchas mujeres bateristas, aparte de Lianne y de tu madre.

—No, es cierto, en realidad no hay muchas. Como te decía, mi padre tiene su grupo de música desde siempre. Se llaman Murmure, susurros.

Esperé su reacción, que no tardó nada en llegar.

—¿Tu padre es el cantante de Murmure?! —exclamó, abriendo mucho los ojos.

La sorpresa en su rostro resultó más que evidente.

—¿Los conoces?

—Claro que sí, Oli, que tuve adolescencia. Es como si me preguntases si conozco a The Rolling Stones. No haber oído hablar de tu padre sería como no haber oído jamás hablar de Mick Jagger.

Sentí que me sonrojaba. En verdad no esperaba que lo conociese.

—Sí, bueno, no son tan famosos.

—¡Sí que lo son! Por Dios, no puedo creerlo. Esto es muy extraño... Perdona, es que... —soltó mi mano y se llevó ambas manos a la boca, para

tapársela—. Mierda —jadeó debajo de sus manos—. Si eres igual que tu padre.

Así, sus ojos se quedaron clavados en los míos.

—No, no lo soy. —Sí, sí lo era; como dos gotas de agua. En sus fotografías de él a mi edad, éramos idénticos.

—Tenía un cedé de Murmure; me lo regalaron para mis quince. La portada era una foto de tu padre. ¡Joder, Oli!, perdona, pero es que eres clavado a él y... —Le tocó el turno de ponerse roja como un tomate—. Lamento no haberme dado cuenta antes. Ni siquiera... Llevaba una eternidad sin recordar ese grupo y yo...

—No tenías por qué recordarlo y, créeme, no voy por la vida desesperado deseando que todo el mundo lo haga, aunque es algo que me sucede cada día. La gente, a veces, se pone un poco pesada. Me sacan fotografías, me graban, y es por él..., lo sé.

—Lo siento, Oli. No era mi intención fastidiarte con eso, es que me has sorprendido. Cuando me has dicho que tu padre era músico, me he imaginado cualquier cosa menos que podía ser... —Se quedó observándome—. Cuando te presentante ante mí en el metro mencionaste un apellido...

—Labelle —articulé, interrumpiéndola—. Es el apellido de mi madre.

La vi ponerse pálida.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. —Se pasó ambas manos por el rostro y, a continuación, bebió un sorbo de agua.

—¿Seguro? No tienes buen aspecto.

—Tranquilo. Es que yo no...

—Recuerda que continúo siendo el mismo.

—Sí, por supuesto que sí. Lo siento. Es que yo no... Es decir..., jamás imaginé... Estoy en tu casa y... De verdad que no tenía ni idea de que tu padre era Cid Villette.

—Sí, ya me he percatado de que te ha sorprendido saberlo; cualquiera diría

que acabas de ver un fantasma.

—Lo siento... Es que eres su hijo y... estoy un poco descolocada, eso es todo, porque vives...

—Sí, vivo en un edificio medio destruido.

—En un piso enorme con un montón de instrumentos, y tocas en el metro.

—Sí, bueno... —admití.

—Y... —Antonia volvió a interrumpirse.

—¿Te molesta que sea su hijo?

—¡No, Oli, para nada! No es eso, es que, de pronto, no sé... Creía que eras simplemente un músico bohemio que vivía su vida... y ahora resulta que... eres su hijo y...

Le sonreí.

—Continúo siendo ese músico bohemio que toca en el metro y que casi no tiene muebles en su piso. Supongo que es justo que te explique que mi padre me compró el edificio en el que vivo.

—¿Todo el edificio?

Asentí con la cabeza.

—Eso explica...

—Que Claudine viva allí —completé—. Mi padre compró ese inmueble para mí porque me fui de casa a vivir con unos amigos mayores que yo. No le gustó ni un poco que me instalara con ellos; decía que no eran buena influencia para mí. El caso es que, cuando me fui de casa, tuvimos una fuerte discusión. Le dije que, como no quería que estuviera allí con mis colegas, dejaría de estudiar para ponerme a trabajar y poderme pagar el alquiler de un piso mejor, uno que no tuviese que compartir con nadie. Claudine se mudó conmigo a los dos años. En un principio sólo mi apartamento estaba habitable; luego rehabilitamos el tercero y ella se mudó allí..., tal como te conté.

—¿Le alquilas el piso o...?

—Al principio mi padre pagaba todos los gastos del bloque. Cuando Claudine se mudó abajo, insistió en pagar una parte de éstos, pero nunca le

coché un alquiler; es como una hermana para mí. Sin embargo, desde que Jackie vive con ella... Bueno, ésta se puso firme en su decisión de pagar el alquiler, afirmando que ella no viviría allí gratis. De cualquier modo, no es que pretenda hacer negocio con el edificio. Jackie quería pagarme más y no se lo permití. No necesito el dinero, ni tampoco lo quiero. No necesito más de lo que tengo.

—¿Por qué tocas en el metro?

—Porque me gusta... Así como me gusta tocar en bares y lugares pequeños.

—¿O lo entendí mal o me parece que tu padre está de gira, para celebrar los treinta años de la banda? Leí un titular en el periódico, en el avión que me trajo de Buenos Aires; estuvo tocando allí también. Si no lo hubieses mencionado, ni siquiera lo recordaría, pues apenas le presté atención.

—Sí, la gira finaliza hoy, en Río de Janeiro. Supongo que estará de regreso entre mañana y pasado. Llevan tres meses fuera, de concierto en concierto, dando vueltas por el mundo.

—¿Qué dice él de que toques en el metro? Lo digo porque, bueno..., muchos hijos en tu lugar aprovecharían para tocar con sus padres o para sacar discos con grandes discográficas y esas cosas... cuando menos, viviendo la buena vida sin hacer otra cosa que ser fotografiados por las revistas de cotilleo y sociedad.

Sí, conocía a los hijos de muchos artistas que vivían esa vida. Es más, ésa era la vida de casi todos los hijos del resto de los integrantes de Murmure.

—Sí, bueno, mi padre no está muy feliz con eso, jamás lo ha estado, pero no, gracias, prefiero continuar haciendo lo que hago.

—No digo que necesites estar a su sombra ni nada por el estilo. Es que vosotros sois buenos, tú eres muy bueno. La gente te adoraría si te conociese.

Reí.

—Lo digo en serio, Oli.

—Sí, sé que es así. Suenas como mi padre.

—Disculpa.

—No pasa nada. No lo digo en mal sentido. Claro que él quiere que lleve lo que hago a otro nivel, pero yo estoy bien así, soy muy feliz con mi vida.

Antonia me sonrió.

—Tengo suerte de que así sea; si no, dudo que hubiese tenido oportunidad de conocerte en el metro.

Fue mi turno de sonreírle.

—Dile eso a mi padre cuando lo conozcas, quizá sirva para que deje de insistir en que firme con las discográficas que no dejan de enviarme contratos.

—¿Las discográficas te ofrecen contratos? ¿Conocerlo?

—Pasan los años y siguen insistiendo. Sí, ¿por qué? Me gustaría presentártelo.

Antonia abrió la boca para decir algo y, al final, la cerró sin pronunciar palabra.

Se quedó mirándome. Imaginé que debía de estar preguntándose por qué no decía que sí, que no le habría bastado con la respuesta que le había dado, explicándole que estaba feliz con mi vida. A mi padre tampoco le bastaba.

—¿Tu madre tocaba con tu padre?

—Tocó con mi padre cuando la banda comenzó a formarse. Así se conocieron. Mi padre y un par de amigos empezaron a tocar juntos y les faltaba un baterista; habían probado algunas veces con distintos músicos, pero ningún baterista acababa de convencerlos. Hicieron audiciones y mi madre se presentó. La contrataron de inmediato. Era muy buena y, además, muy bonita. Así empezó todo... A la semana de comenzar a tocar con ellos, mis padres iniciaron su relación. No fue una relación sencilla. Por aquella época, uno y otro eran el típico estereotipo de rockero: los dos bebían, consumían drogas, estaban más tiempo despiertos de noche que de día... Vivían casi en la indigencia, tenían trabajos miserables y soñaban con llegar a lo más alto. A pesar de todo, mi padre siempre estuvo un poco más centrado que mi madre, porque él tenía claro que quería hacer de su música su profesión. Para cuando se conocieron, mi madre ya estaba bastante perdida en el consumo. Ella vivía

en un piso *okupado*, no tenía relación con su familia ni tampoco un trabajo estable. Se mudó con mi padre al poco tiempo y creo que eso lo empeoró todo. Mi madre no estaba muy acostumbrada a que intentasen cuidar de ella, ni tampoco a que le dijese qué hacer. En un principio todo fue relativamente bien. Ella tocó en la banda con ellos y empezaron a ser un éxito. Al cabo de un tiempo, mi madre comenzó a presentarse a tocar en condiciones deplorables, apenas despierta o consciente, por lo general demasiado perdida, ya fuese por alcohol o por drogas. A los seis meses, el resto de los integrantes de la banda le pidieron a mi padre que la reemplazara, y él supo que sería lo mejor para todos, porque apenas podían contar con ella y comenzaban a tener compromisos que cumplir como banda; compromisos serios. Mi padre le pidió que se tomara un tiempo; le explicó que no podía continuar con ellos tocando así, en ese estado... y tampoco viviendo de ese modo. Ella se gastaba todo lo que ganaba con el grupo en lo que consumía. Ambos entraron en guerra cuando él le dijo que debía dejar la banda por un tiempo para rehabilitarse; mi padre le buscó una clínica y le ofreció pagar el tratamiento. En respuesta, ella lo golpeó y lo abandonó. Estuvo desaparecida tres días. Él la encontró en uno de los edificios en los que vendía uno de los camellos a los que solían recurrir. De allí se la llevó directa a internar. Estuvo en tratamiento un tiempo y luego regresó a vivir con mi padre, quien para ese entonces ya había firmado con una discográfica grande. Papá compró un piso bonito que convirtió en su hogar y ella se quedó embarazada; fueron dos años de relativa vida idílica. Mamá me tuvo. En las fotos de aquella época, sonreía y parecía sana, feliz. Mi padre comenzó a viajar debido a sus giras, empezó a hacerse con más público y los conciertos que Murmure daba pasaron a llevarse a cabo en sitios en los que cabían más de cien personas. La fama de la banda creció y creció... y, en la misma proporción, mi madre comenzó a hundirse de nuevo. Volvió a las drogas, a la bebida. Regresaron las guerras, de las que yo fui testigo — parpadeé y vi a mi madre furiosa, ida, con el rostro rojo de ira, golpeando a mi padre con toda su furia... y también a él rogándole que se calmara, que le

permitiera ayudarla—. Ella volvió a la heroína —continuó diciendo—, a estar casi constantemente ebria. Crecí con ella apenas pudiendo sostenerse en pie. Tengo muy pocos recuerdos de ella siendo mi madre, cuidándome. Sí recuerdo tenderme a su lado en la cama mientras ella dormía. Solía tener aliento a alcohol y su piel... Sus adicciones fueron consumiéndola a pasos agigantados. —Tragué en seco. Cuánto me dolían aquellos recuerdos—. Muchas veces era yo quien cuidaba de ella. A mis cuatro años, yo... —Me detuve un instante, lo necesitaba para seguir adelante. Su mirada me dio fuerzas—. La casa estaba siempre llena de sus botellas, de sus jeringas. Mi padre intentó hacer que volviese a tratarse, pero se negó. El ambiente en casa empeoró hasta el punto de que mi padre casi no estaba allí y mi madre se consumía... —No pude seguir.

—¿Quién cuidaba de ti?

—Teníamos una vecina que mi padre había contratado para hacer la limpieza y cocinar cuando él salía de gira. Ella era quien me bañaba, me alimentaba y me llevaba al colegio. Fue básicamente ella quien me crio durante los primeros años de mi vida, porque él no solamente comenzó a alejarse de mi madre, sino también de mí. Cuando pasaba por casa entre concierto y concierto, entre gira y gira, todo empeoraba. En los pocos momentos de lucidez de mi madre, a ella le gustaba llevarme de paseo a Montmartre y siempre acabábamos en el Sacré Coeur, para que ella pusiera una vela. Mi madre amaba Montmartre y ver la ciudad desde lo alto de las escalinatas de la basílica. Los pocos recuerdos felices que tengo de ella son con nosotros allí al sol, en las escalinatas. Ella quería vivir en Montmartre.

—¿Por eso vives tú ahí?

Le sonreí.

«Pillado», me dije mentalmente.

—Así es. Una tarde descubrí el edificio paseando por la zona y recordé que mi madre solía hacerme subir por las mismas escaleras por las que hemos llegado hoy aquí. El edificio tenía un cartel que anunciaba que estaba en venta.

Cuando le pedí a mi padre que me lo comprara, obviamente me mandó a la mierda; él todavía conservaba la esperanza de que entrara en razón y regresara a casa. Me puse un poco pesado y se lo puse difícil; no le quedó más remedio que darme el gusto. Fui bastante jodido en la adolescencia.

—Me cuesta imaginarte en plan adolescente incontrolable.

—Lo era. No en plan de hacer demasiados desastres, pero sí sabía lo que debía hacer para salirme con la mía, y papá... Mi padre me perdió una vez y temía perderme de nuevo, de modo que hizo lo que le exigí que hiciera. Compró el edificio y remodeló la buhardilla para que me mudase allí.

—¿Por qué dices que te perdió una vez?, ¿cómo fue eso?

—Cuando tenía siete años, mi madre perdió por completo la cabeza. Él estaba de gira por Europa. Ella llenó una bolsa con cosas suyas y mías. Recuerdo como si fuese hoy mismo que me contó que iríamos a buscar un lugar feliz en el que vivir. Yo no quería dejar mi casa, ni mi cuarto, ni mis juguetes, y le rogué que nos quedásemos. Quería ir a la escuela al día siguiente, quería esperar a que mi padre volviese de la gira. Mamá me sacó de casa en mitad de la noche sin que nadie nos viese. Comenzaba el invierno y helaba fuera. Yo estaba agotado; ella me había despertado y sacado de mi cama caliente. Estaba asustado. Vágame por las calles a oscuras. No tenía ni idea de dónde estábamos o hacia dónde íbamos y, cuando llegamos a nuestro destino, me eché a llorar. Era un inmueble medio derruido y sucio, con pintadas en las paredes, basura por todas partes y gente durmiendo en mitad de la inmundicia. Reconocí el olor de la marihuana, las pipas, las jeringas en el suelo. Mi madre se encontró con un hombre de aspecto poco amable. En su momento no tenía idea de quién era, no entendía nada de aquello. Se trataba de uno de sus camellos. La recuerdo a ella entregándole un fajo de billetes, al tipo diciéndole que yo no podía quedarme allí. Mi madre insistió. Es como si el tiempo no hubiese pasado desde aquella noche... Lo recuerdo como si hubiese sido ayer —le dije, y Antonia tendió sus manos hasta mí, de las cuales me aferré—. Acabamos acurrucados en un colchón mugriento. Alguien vino a

ayudar a mamá a preparar..., alguien tan demacrado y delgado como ella. La vi inyectarse. Nos quedamos solos. Agotado de tanto llorar, me quedé dormido, pese al miedo que tenía de estar allí, en ese piso derruido y a oscuras.

—Oli... —Le dio un apretón a mis manos. Sus ojos se habían empañado.

—Me despertó el hambre al día siguiente. Tuve que sacudirla y gritarle para que despertara. Le dije que quería regresar a casa, que quería ir con mi papá. Ella me contestó que no volvería a verlo. Lloré. Era solamente un crío y estaba asustado. Cuando le repetí que tenía hambre, me pidió que la esperase allí. Se fue y me dejó solo no sé cuánto tiempo. Recuerdo que estaba orinándome y que terminé haciéndolo en un rincón de la habitación porque tenía pánico de lo que pudiese encontrarme si atravesaba la puerta. Mi madre regresó con unos *croissants* viejos y duros y con una botella de zumo. Fue lo único que comí en todo el día. Ella volvió a desaparecer cuando estaba oscureciendo. Cuando regresó, lloraba a mares; me abrazó. Me quedé dormido llorando con ella. —No pude aguantar más las lágrimas. Allí estaba lo que llevaba días procurando contener. Al día siguiente se cumplían veinte años de su muerte, y continuaba doliéndome horrores—. Debí salir de aquella habitación, debí salir a la calle y buscar ayuda para ella, ayuda para mí. Si hubiese tenido el valor de salir de esa maldita habitación para buscar ayuda, ella jamás..., no habría muerto. —Las lágrimas rodaron libres por mi rostro. No tenía sentido contenerlas, porque eso no hacía otra cosa que incrementar el dolor en mi pecho—. Al despertar a la mañana siguiente, me di cuenta de que su cuerpo estaba frío, helado. Traté de despertarla y no lo logré... Ni sacudiéndola, ni gritándole, incluso creo que pateé sus piernas, desesperado, intentando hacerla reaccionar.

—Oli, por Dios... —Antonia alzó sus manos hasta mi rostro para limpiar mis lágrimas. Cerré los ojos y le permití acunar mi cara en sus cálidas palmas. Me sentaba tan bien tenerla protegiéndome, acompañándome, curándome. Inspiré sobre su piel tan profundamente como pude para, con los recuerdos de

los momentos pasados con ella, olvidar los malos recuerdos que se grabaron en mí de aquellas espantosas horas con mi madre; sus últimas horas.

—Al principio no entendía qué le sucedía. Lloré, ensucié mis pantalones, me quedé pegado a su cuerpo y volví a dormirme allí. Cuando hubo claridad otra vez, insistí en intentar despertarla, pero lógicamente no lo logré. Supongo que fue entonces cuando entendí que había muerto y que no podía quedarme parado, que debía salir a buscar ayuda. Bajé aquellas escaleras entre gente ebria y drogada. Nadie me preguntó qué hacía allí o con quién estaba. Aterrado, abandoné el edificio y comencé a caminar sin saber a dónde ir. Me perdí por completo y acabé sentado en la puerta de un restaurante, llorando a mares. Una mujer vino a preguntarme qué me ocurría. No pude explicárselo. Ella llamó a la policía. Llegaron tres coches patrulla. Mi padre estaba buscándonos; había ido a la policía después de que nuestra vecina lo avisara de que mi madre y yo habíamos desaparecido. Canceló sus conciertos y regresó a buscarnos. Me llevaron a la comisaría. Recuerdo que me tenían en un banco, esperando, con un chocolate caliente y un *croissant*. Mi padre llegó en estado de pánico, llorando, gritando mi nombre. Tardaron dos días más en encontrarla en aquel mísero inmueble, porque yo me había desorientado y no conseguía recordar con exactitud dónde había estado. Mi madre se suicidó con una sobredosis. Dejó una nota pidiendo perdón por todo lo que había hecho, y para mí dejó escrito... «Un lugar para ti», eso me puso. Ella quería que encontrase un lugar para mí, que hiciese mi vida, que fuese feliz... y eso hice, eso hago. Me busqué una vida para mí, una que comencé de cero sin rencores, evitando que mi pasado se tornase un recuerdo oscuro y pesado. Claro que todo lo que sucedió es parte de mi vida; lo es, pero no es mi presente. Quise a mi madre, todavía la quiero; lamento que su vida terminara así y sé que no puedo culpar a mi padre por no poder con la enfermedad de ella. Es parte de mi vida, pero seguí adelante. Vivo con todo esto, vivo como me gustaría que ella hubiese podido vivir. Y, siempre que puedo, subo aquí para ponerle una vela, así como ella me explicaba que ponía una vela por mí.

—Olivier, no sé ni qué decir. Lo lamento muchísimo. No puedo imaginar siquiera lo que debió de ser vivir a tus siete años esa situación. Ojalá pudiese... Sé que no puedo cambiar lo que te sucedió, es que... Siento mucho lo que le ocurrió a tu madre.

—Gracias. Es increíble que hayan pasado veinte años de aquellos días.

—Deberías habérmelo contado antes.

—Supongo que habría sido justo contártelo, pero temía que salieses corriendo después de oírlo.

—No lo digo por eso, Olivier, lo digo porque por estas fechas, hace veinte años, estabas allí solo con ella, asustado y... —Antonia se inclinó todavía más sobre la mesa para aproximarse a mí—. Estabas pasando por esto solo y no deberías haberlo hecho; has estado conmigo, apoyándome, intentando hacer que me sintiera bien... y tú... —Meneó la cabeza, negando—. Me siento increíblemente egoísta.

—No te sientas así. No lo eres. Estás y estabas conmigo, acompañándome.

—Y estaré contigo esta noche. No pasarás la noche solo.

Le sonreí, llorando.

No, no pasaría la noche solo en un colchón sucio tirado en el suelo. Lo pasaría a su lado, entre las sábanas calientes, aspirando su perfume, sintiendo el calor de su piel. Quería que eso fuese todas las noches, no las pasadas, ni esas para huir de los recuerdos... La quería conmigo para crear recuerdos nuevos, para encontrar el lugar para mí, para hacer de nosotros un lugar feliz.

—Oli...

—Está bien, no pasa nada. No te lo he contado antes porque no quería cargarte con el peso de mi pasado.

—Yo cargaré con gusto todo el peso que quieras poner sobre mí, Olivier. Entiende que quiero que lo hagas. No me romperé ni saldré espantada por lo que puedas explicarme. Todo esto es parte de ti y tú eres tú. Oli... —Antonia aproximó sus labios a los míos—... mientras me quieras a tu lado, aquí estaré.

Fui yo quien hizo desaparecer la distancia entre nuestros labios.

—Lamento muchísimo lo de tu madre —susurró frente a mis labios, con su cálida mirada en mí—. Lamento mucho todo lo que tuviste que pasar. Yo, de ser tú... Ahora estoy todavía más convencida de que eres un ser humano maravilloso. Tenías motivos de sobra para ser una persona muy distinta y, sin embargo, eres pura luz.

—No digas tonterías —reí llorando. Mi madre solía decirme, cuando tenía la suficiente lucidez, que yo era la luz de su vida.

—No son tonterías. Yo probablemente hubiese crecido para ser una persona parca, para vivir creyendo que el mundo era una mierda.

—El mundo no es una mierda; tiene muchas cosas de mierda, pero no lo es. El mundo te tiene a ti —meneé la cabeza—, jamás me atrevería a decir que lo es.

—Pobre, tu padre... Lo que tuvo que padecer durante todas esas horas que no supo nada de ti.

—Sí, tampoco lo pasó nada bien. El funeral fue muy duro para él; los meses que le siguieron no fueron sencillos para ninguno de los dos. Yo estaba muy enojado con mi padre por haberse largado de gira, por habernos dejado solos a mamá y a mí. A él le costó un tiempo superar el hecho de no haber estado allí. Mi padre quería a mi madre y, si bien por aquel entonces la relación entre ellos estaba completamente desgastada, él se echó encima la culpa de su muerte y yo se la eché también. Nos costó dejar todo aquello atrás. Todavía nos cuesta convivir con los recuerdos. Todavía tengo pesadillas sobre aquellos días, y cuando despierto, tengo la sensación de que despertaré allí junto a su cuerpo, en aquel espantoso sitio.

Antonia acarició mi rostro con la delicadeza de sus manos.

—Nos mudamos de aquel piso. Mi padre me sacó de la ciudad. Compró una enorme casa en las afueras. Suspendió todas sus giras y conciertos durante seis meses. Me puso una niñera, hicimos terapia y reavivó mi pasión por la música. Estando en casa, teníamos mucho más tiempo para nosotros dos y, a pesar de que no nos llevábamos del todo bien, yo quería continuar

aprendiendo música para mejorar con la guitarra, porque había crecido viéndolo tocar a él, yendo a sus conciertos. El único momento en el que no nos llevábamos mal era cuando estábamos cada uno con nuestra guitarra. Transcurrido medio año, por suerte, no le quedó más remedio que volver al trabajo, porque debía comenzar a grabar un nuevo disco. En aquel entonces no lo comprendí, y sentí que me abandonaba de nuevo, pero fue muy bueno para él volver a trabajar. Si supieras la cantidad de veces que en esa época lo oí llorar por las noches, escondiéndose de mí. —Inspiré hondo—. Una vez que desperté de madrugada después de haber soñado que mamá volvía a morir a mi lado, salí de mi habitación llorando a mares, pidiendo por él; la casa era enorme y no lo encontraba por ninguna parte. Pensé que me había quedado solo otra vez. Al final, cuando estaba convencido de que no tenía a nadie en el mundo, corrí hacia la sala de ensayos que teníamos en la casa para buscar mi guitarra; mi guitarra era lo único que me quedaba. Lo encontré allí, sentado en la silla que solía ocupar para tocar, abrazado a su guitarra, llorando desconsoladamente. Estas fechas tampoco son sencillas para mi padre. Lleva días intentando ponerse en contacto conmigo. No le gusta no estar aquí para estas fechas, pero no le ha quedado más remedio; ha intentado organizarlo todo para llegar antes, pero...

—¿Has hablado con él?

—Admito que he estado evitándolo. A veces me pongo así como no quiero ponerme, echándole la culpa, preguntándome por qué no se quedó allí con nosotros, por qué no hizo más por mamá, por qué no insistió más en intentar hacer que se curara. Sé que hizo todo lo que pudo, es que... En fin, él no era el mismo hombre que es ahora; por aquel entonces mi padre también luchaba contra sus propios demonios, y le costó superar sus adicciones. Ahora no es el mismo hombre. Sí, ya he hablado con él. Me dijo que vendría a buscarme a su regreso, para llevarme a casa..., a la casa en la que crecí, esa a la que nos mudamos cuando mi madre murió. Allí vive, con su tercera esposa y sus dos niños.

—¿Tienes hermanos? —me preguntó con una dulce sonrisa en los labios.

—Sí, del tercer matrimonio de mi padre tengo dos, un hermano y una hermana. Régis tiene cinco años, y Sabine, dos.

—Son muy pequeñitos.

—Sí, lo son. Adoro a esos dos demonios. Yvette, la actual esposa de mi padre, es muy buena madre. Tienen una buena familia. Además, tengo otros dos hermanos y una hermana del segundo matrimonio de papá. Noah tiene diecisiete recién cumplidos; Nadine, catorce, y Baptiste, once.

—¿Te ves con ellos?

—Sí. Con Noah, Nadine y Baptiste tengo más relación, porque viven aquí en París y son algo más mayores. Cuando puedo, salgo con ellos, me los llevo a comer, al cine y esas cosas. Carine y yo ahora tenemos buena relación. Cuando se casó con mi padre, no me gustó nada... Pobre, tuvo mucha paciencia. La verdad es que ella jamás hizo diferencias entre sus hijos y yo. Intentó acercarse a mí todo lo que pudo, incluso cuando no se lo puse muy fácil. Los chicos vienen a quedarse algunos fines de semana, sobre todo cuando papá está de gira y no pueden ir a su casa a pasarlos. Este fin de semana podrían haber venido, pero, como tenía que tocar con el grupo, se quedaron con su madre; el anterior sí estuvieron en mi piso.

—¿No van a verte a los conciertos?

—Papá es mucho más estricto con ellos de lo que lo fue conmigo. Yo, de muy pequeño, me quedaba detrás del escenario cuando él actuaba; a mis hermanos, en cambio, no les permite quedarse despiertos hasta poco más de las diez de la noche. Igualmente, a veces hace alguna que otra excepción. Estuvieron en el primer recital que mi padre dio aquí en París cuando comenzaron la gira; eso se debió a que se celebraban los treinta años de la banda, que si no...

—¿Alguno de ellos toca algún instrumento?

—Todos —le contesté entre risas—. Noah es un excelente pianista, aunque no toca rock... A mi hermano le dio por la música clásica y mi padre

igualmente es feliz; ahora está en el conservatorio, y es todo un prodigio. Nadine toca la batería, la guitarra y el saxo. Empezó con la guitarra, pero, cuando se enteró de que mi madre había sido baterista, se lo dije cuando ella debía de tener unos seis años, fue corriendo a decirle a nuestro padre que quería ser baterista como ella. Es increíble. Baptiste toca el contrabajo y le hace la competencia a Didier; dice que le quitará su sitio en la banda porque él es mejor. Los pequeños..., bueno, Sabine todavía es muy renacuaja, pero Régis ya está aprendiendo a tocar la guitarra. A Yvette, la esposa actual de mi padre, le gusta mucho la música. Era modelo, pero de muy pequeña sus padres la enviaron a aprender a tocar el violín y, además, tiene una voz increíble. Carine también canta; era *coach* de voz de mi padre, así se conocieron.

—Tienes una familia muy musical.

—Mucho —convine.

—Y muy bonita.

—Sí, así es. Hasta hace unos años no me lo parecía, pues no fue fácil crecer con papá de gira ni con él formando familias para que, al cabo de un tiempo, se rompieran. Ahora estamos todos bastante unidos. Por suerte, mi padre tiene buena relación con Carine y está muy pendiente de sus hijos. Nos tiene a todos atados muy en corto y bajo control, pues, después de lo que te tocó vivir, nos advirtió de que no permitiría jamás que ninguno se pasase de la raya. Ni falta que hace; mis hermanos son buenos niños, que tienen buenas familias, con abuelos, tíos, muchos amigos. Mejor no te explico lo que son las fiestas de Fin de Año en casa, que mi padre se lleva bien hasta con sus suegros y suele reunir a todo el mundo en su casa de las afueras.

—Eso suena genial.

—Mi padre me ha pedido que vaya, para quedarme con él unos días. ¿Vendrías conmigo? Me gustaría que conocieras la casa y al resto de la familia, o al menos una parte de ella.

En cuanto terminé de pronunciar aquellas palabras, Antonia se alejó un poco de mí.

—Bueno, no sé, Oli. ¿De verdad quieres que tu padre me conozca? Es decir...

—Sí, sí quiero —solté, cortándola—. Claro que sí. Te juro que, dentro de todo, somos una familia normal, gente normal. A papá le encanta tener visitas en casa.

—Eso lo has heredado de él.

—Sí, supongo. El caso es que sé lo que es pasar por malos momentos y me gusta tender una mano cuando puedo. Aunque en realidad no es por eso por lo que quiero que lo conozcas; quiero que lo hagas porque me gusta tenerte a mi lado. Porque... eres especial, eres especial para mí. Me haces sentir bien y... de no ser por ti... estos días no hubiesen sido lo que han sido. Quiero que mis días sigan siendo así contigo. Me haces feliz y no quiero esconder el hecho de que así es. Mi padre te querrá en cuanto te conozca. Anda, ya verás como te cae bien; es un tipo normal, aunque no lo parezca. Puede que pretenda parecer muy fuerte sobre el escenario, tocando rock; sin embargo, en casa va con zuecos Crocs con calcetines y gafas, y le fascina hablar de su jardín, de sus benditos rosales, de sus tomates, patatas y zanahorias... porque sí, tiene un huerto en su casa. —Le sonreí—. Y también le fascina la historia... y le encanta leer sobre ella y, si empieza a hablarte de Juana de Arco, pobre de ti, pues ésa es la señal de que no te soltará.

—Oli —entonó ella, sonriéndome con timidez.

—Serán unos días en el campo, respirando aire puro y esas cosas. Además, Yvette también es buena compañía; es muy agradable, y los niños te enamorarán, verás que sí. ¿Te gustan los críos? Éstos son dos santos, superafectuosos.

—Será algo en los genes de tu padre —susurró ella en voz muy baja, con un deje de tristeza en los ojos.

—Vamos, Antonia... Quiero que los conozcas, quiero que te conozcan, así como me hubiese gustado que mi madre te conociese. Ella te habría aprobado al instante, seguro que ya lo ha hecho.

—Oli...

—Por favor. Te prometo que lo pasaremos de fábula. El aire puro del campo nos sentará bien a los dos y podremos salir a caminar entre los viñedos y por el bosque.

—Suenan increíble, pero...

—Pero... —Le di tiempo y ella no dijo nada—. ¿No quieres ir?

—No es que no quiera..., es más complicado que eso.

—¿Quieres regresar a casa con tu marido?

Antonia se mantuvo en silencio por un momento.

—No lo sé. No es ése el problema, Oli. Estoy... —Aspiró una gran bocanada de aire por la boca—. Estar aquí contigo es increíble, haberte encontrado... Ni siquiera comprendo por qué me trajiste ni por qué aún estás conmigo; menos que menos se me ocurren motivos que justifiquen que quieras presentarme a tu familia, cuando yo...

—Quiero presentarte a mi familia porque eres una mujer espectacular, porque me siento agradecido de haberte hallado, porque me gustaría que te quedases. Si tuviese la oportunidad, te pediría que te quedases conmigo.

—¿Si tuvieses la oportunidad?

—Antonia..., ven conmigo a la casa de las afueras. Te lo pido, dame la oportunidad, danos la oportunidad. Sí, te traje a casa porque pensé que necesitabas ayuda. Todo cambió cuando te subiste al metro conmigo. Si tú necesitas ayuda, también yo. Te quiero conmigo, es tan simple como eso. No es un acto de caridad y no quiero que te quedes aquí conmigo por ese motivo. Me gustaría que permanecieses a mi lado porque quieres estar a mi lado... —«Porque has perdido la cabeza por mí, tanto como yo la he perdido por ti», completé mentalmente.

—¿No crees que deberías esperar a conocer a una chica de tu edad para... para hacer esto?

—No me interesa conocer a ninguna otra chica.

—Por favor, Oli, nos conocemos...

No le permití seguir.

—No necesito conocer a nadie más, ni de mi edad ni de ninguna otra. Es a ti a quien quiero a mi lado. Quiero presentarte a mi padre, deseo que él te conozca. Quiero pasar unos días contigo en el campo y no quiero que te vayas a ninguna parte, no sin mí. No es una cuestión de edad, ni siquiera del tiempo que hace que nos conocemos. Yo sé que estoy bien contigo y no necesito más tiempo para saberlo, ni compararte con nadie tampoco.

—Olivier...

—Si no sabes qué quieres hacer, al menos date la oportunidad de descubrirlo. No te digas que no a ti misma sin ni siquiera intentarlo. Inténtalo conmigo, al menos por unos días. No renuncies antes de saber qué es lo que hay aquí para ti. Sé que no soy mucho, sé que mi vida es un tanto distinta a la que imagino que has tenido, sé que no cargo con una historia sencilla... —me interrumpí un segundo—... Es que, al final del día, Antonia, yo soy solamente yo y te quiero aquí porque eres tú. Ven conmigo... por favor —intenté no rogar, sino hacerle entender, pero de todas formas rogué, porque se me iba a romper el corazón y el alma si me decía que no, que se largaba de regreso a Argentina.

Apreté los labios.

No quería perderla porque estaba seguro de que lo nuestro podía serlo todo, si ella me daba la oportunidad.

Yo intentaría dárselo todo.

—Antonia...

Ella me miraba con miedo en los ojos, con la espalda pegada a la silla, tomando distancia de mí.

—¿Crees que lo que tenemos no vale la pena el intento? Y no pongas como excusa ni tu edad ni ninguna otra cosa.

—No son excusas, Oli.

—No, es miedo..., y yo también lo tengo. Esto no es sencillo para nadie, sin importar qué historia tenga. Esto es una cuestión de presente, de un

presente que dura cada día. Jamás tendrás la certeza de que saldrá bien, sino las ganas de luchar porque salga bien. Solamente apuesta a lo que crees que vale, a lo que sientes que vale. Yo sé que tú lo vales y no me importa nada más. No necesito que nadie me diga qué me hará feliz y qué no. Toda la vida he sabido que vivir no es sencillo, e igual de claro tengo que merece la pena hasta la última lágrima, hasta la última gota de sudor.

—Te arrepentirás de haberme conocido —me contestó, llorando.

—¿Quieres que me arrepienta de haberte conocido?

Negó con la cabeza.

—¿Entonces? —Busqué sus manos y las atrapé en las mías. Sus dedos, temblorosos, no rechazaron mi tacto. Tenía la piel fría y, al mismo tiempo, húmeda. Los nervios la cubrían y a mí me sucedía lo mismo.

—Es todo lo contrario, Olivier. Tengo miedo de decepcionarte.

—Eso no sucederá.

—Olivier... —Bajó la vista.

—No sucederá —insistí.

—A tu padre no le gustará verte conmigo.

—Mi padre no es esa clase de persona y le bastará con verme contigo, te lo aseguro. Solamente necesitará eso para convencerse de que lo nuestro es lo que quiero.

Ella negó con la cabeza.

Me incliné sobre la mesa y apreté sus manos dentro de las mías.

—Si no es por miedo, si simplemente no quieres, mírame a los ojos y dime que no.

—No puedo hacer eso —replicó, alzando la vista hasta mis ojos.

—Pues bien, siendo así, no hay más que hablar. Le avisaré de que no estoy solo, le diré que tú vendrás a casa conmigo. Y ahora mejor pido la cuenta y nos vamos, que se nos hará tarde; tenemos que prepararnos para salir de camino a buscar a los demás.

—Olivier...

—Si lo que haces es rogarme para que deje que corras lejos de mí, condicionada por tu miedo y tus dudas, olvídalo.

—¿Tú no tienes miedo?, ¿no dudas?

—Sí, pero no estoy dispuesto a perder a nadie más por miedo, por dudar. Perdí a mi madre y no pienso perder a ninguna otra persona. Si necesitas coraje, te presto del mío. Ya me lo devolverás cuando te sobre.

Con eso la hice reír, reír y llorar, y me entraron ganas de besarla y apretarla contra mí, de no ir a tocar esa noche para quedarme con ella en la cama, con su piel rozando la mía.

—Nosotros no necesitamos más que esto, Antonia.

Ella quitó una mano de entre las mías y la alzó hasta su rostro para limpiar lágrimas de sus mejillas, y yo me levanté de mi silla para rodear la pequeña mesa y llegar hasta ella. Una vez allí, me arrodillé a su lado.

—¿Vienes conmigo? —le pregunté.

Antonia recuperó su estupenda sonrisa y fui feliz.

Sus brazos rodearon mi cuello y sus labios se pegaron a los míos con ganas. La besé una y otra vez mientras ella me repetía que estaba loco, que no tenía idea de lo que estaba haciendo.

Nunca había tenido nada tan claro en mi vida como que la quería a mi lado; me había enamorado de ella y eso ya no tenía remedio, ni quería que lo tuviese. ¿Por qué absurda razón en este mundo querría curarme yo de ella?

—Antonia, Antonia, Antonia... —susurré entre sus labios, porque, con pronunciar su nombre, lo resumía todo.

Ella dejó de llorar, pero no de sonreír.

Nos miramos a los ojos y en medio no existió nada.

Poco a poco recuperamos lo que todavía no habíamos tenido, o lo que quizá todavía no nos habíamos atrevido a reconocer que se hallaba allí.

Pagué la cuenta y nos largamos del restaurante abrazados, con mi brazo alrededor de su hombro y el suyo prendido de mi cintura.

Regresamos frente al Sacré Coeur y Antonia me pidió que volviésemos a

entrar un momento. Fue a poner una vela por mi madre. Antes de encenderla, me recordó que no le había dicho cuál era su nombre.

—Elise —susurró mientras encendía la vela.

Me estremecí de pies a cabeza. Fue reconfortante oír el nombre de mi madre en sus labios, me hizo quererla todavía más.

Nos detuvimos un momento con París a los pies para tomarnos una fotografía besándonos y, después de ésta, nos sacamos otra más sonriendo, y otra haciendo muecas... Luego saqué fotos de ella sola; me arrebató el móvil y me sacó otras a mí.

Deshicimos el camino sin ser conscientes de que nuestros pies tocasen los escalones; parecíamos dos idiotas que no eran capaces de reconocer más allá de la presencia del otro y, en el mismo estado de gloriosa estupidez, nos cambiamos para la actuación de la noche.

Por supuesto, no le permití ir a vender los zapatos y ella no insistió más. Después de nuestra conversación, estábamos muy lejos de ese tipo de preocupaciones.

Igual que si lo hubiésemos hecho toda la vida juntos, subimos el equipo a la furgoneta compartiendo la proximidad que da eso que nada tiene que ver con lo físico. Nuestra conexión allí estaba, así nosotros pretendiésemos aceptarla o no.

«Toda la vida...», pensé con ella a mi lado.

Probablemente se espantaría si supiese las cosas que imaginaba para nosotros dos. Me dije que debía ir con calma, tener en cuenta que ella tenía que terminar de asimilar lo que le había sucedido con su marido y lo que pasaba dentro de ella misma, porque dudaba de que Antonia acabase de tener claro lo que le sucedía. Aun así, mi cabeza no dejaba de hacer planes en los que ella era la otra mitad.

Verme como tú me ves

Mientras escuchaba todo aquello, lo había visto con el dolor en los ojos, con lágrimas corriendo por sus mejillas, e intenté imaginar lo que debió de ser para él vivir semejante situación, procurando ponerme en su lugar. Yo no hubiese sobrevivido la primera noche y, por encima de todo, creo que no hubiera crecido para ser el ser humano que él era en la actualidad. En el mundo no había palabra que hiciese honor a lo que él representaba. Olivier era un ejemplo de vida, de valor, de fuerza y, sobre todo, de esperanza, porque eso era lo que desprendía, unas incontenibles ganas de vivir que se me pegaban. Olivier era energía pura, el sol.

Quise abrazarlo, sostenerlo, aunque tenía clarísimo que él no necesitaba mi sostén; todo lo contrario, se había convertido en el mío y, si me soltaba, mi cuerpo se desmoronaría en el suelo pieza a pieza.

Oírlo hablar de su familia, de sus hermanos, sobre todo de los pequeños... Hasta su padre parecía ser una persona increíble que supo mantener a sus hijos unidos, y los hacía sentir amados, cuidados y valiosos.

¡Por supuesto que me moría de ganas de conocerlos, de vivir al menos por unas horas lo que se sentía formando parte de aquel grupo de personas!

Con todo, tan grandes como mis ganas eran mis temores. El padre de Olivier podía ser todo lo comprensivo que Oli quisiese hacerme entender que era; sin embargo, me resultaba evidente que ningún padre en su sano juicio desearía para su primogénito una mujer nueve años mayor, frustrada, sin una vida, sin nada que darle a su hijo más que el limbo del cual no sabía cómo salir.

Además, nos conocíamos hacía nada y, si a mí me asustaba que Oli hablase de nosotros ideando un futuro, podía figurarme lo que opinaría su padre al respecto. Sí, probablemente no le molestaría que su hijo pasase unos días divertidos conmigo, pero de eso a proyectar un mañana...

Una parte de mí necesitaba que Olivier comprendiese que no era buena para él, pero otra sentía pánico del mero hecho de pensar que esos idílicos días a su lado tenían fecha de caducidad.

Me había preguntado si me gustaban los niños.

Él no tenía ni idea de lo que significaba esa pregunta para mí... No podía imaginarlo, porque él todavía estaba muy lejos de pensar en niños o en familia, menos que menos en un reloj biológico. Olivier todavía tenía ante sí muchos años para hacer de su vida lo que quisiese... y, para él, yo solamente sería un lastre o, en su defecto, un acelerón que no necesitaba dar.

No tenía ningún derecho a forzarlo a cambiar su vida y tampoco quería pedirle que cambiase nada en él, porque era perfecto así.

Lo nuestro tenía un único título: locura. Sabía que no terminaría bien y él me odiaría por las decisiones que hubiese podido tomar, influenciado por mí y por mi presencia.

Mientras conducía de camino a recoger a Lianne, lo miré fijamente, repitiendo en mi cabeza: «Ojalá pudiese verme como tú me ves, ojalá pudiese verme como tú me ves...».

El mundo no tenía sus ojos y nadie más en él me vería como Olivier me veía, ni siquiera yo. Él no tenía idea de lo que hacía y yo estaba decidida a permitirle hacerlo, a pesar de todo. Lo necesitaba porque, saber que él me veía así, como si fuese una apuesta prometedora, provocaba que sus esperanzas y sus ganas me sostuvieran en pie.

Cómo no querer que alguien te vea de un modo que le inspira decirte que eres capaz de lo que sea que quieres hacer; que puedes empezar con tu vida otra vez; que, si quisieras, podrías tocar la guitarra o conquistar el universo o pasarte el día desnuda en su piso sin más.

Allí, esperándonos en el portal de su edificio, lo mismo que los dos días anteriores, estaba Lianne, cubierta con un abrigo rosa pálido que le llegaba hasta los tobillos, elevados gracias a unos botines cortos de impresionantes tacones, también de color rosa. El viento de la noche empujó uno de los lados de su abrigo para mostrar lo que llevaba debajo.

Lianne iba enfundada en un vestido plateado de lentejuelas de cuello alto con minifalda y unos profundos cortes a los lados que dejaban al descubierto gran parte de sus delgados y largos muslos. Su piel morena relucía gracias al *glitter* rosa alrededor de los ojos y a su brillo labial del mismo color. Tenía el aspecto de alguien que va a salir un sábado por la noche con sus amigas y no como si estuviese de camino a tocar con sus tres compañeros de grupo.

Olivier no iba más arreglado que las noches anteriores y no mencionó en ningún momento que el local tuviese nada de particular como para que mereciese que ella fuese con esa apariencia de querer atraer todas las miradas.

Lianne alzó su brazo y saludó alegremente en nuestra dirección.

Algo en mi interior me dijo que aquella enorme sonrisa suya no era para mí.

Giré la cabeza para ver a Olivier maniobrando para aproximar la furgoneta al bordillo, devolviéndole la sonrisa. Me entraron ganas de taparle los ojos.

—¡Cuidado! —le advertí al ver que se ponía demasiado cerca del automóvil aparcado justo antes de llegar al espacio libre frente al portal del edificio de ella.

Olivier giró la cabeza hacia mi lado para echar un vistazo al espejo retrovisor lateral.

—Es que no estoy acostumbrado a conducir esta cosa tan grande.

«Sí, claro —rezongué mentalmente—. Fijo que el problema es que la camioneta es muy grande y no que ella está coqueteando contigo, igual que hizo la otra noche.»

Soy consciente de que le puse mala cara.

—¿Todo bien? —quiso saber, mirándome con el entrecejo fruncido.

—Sí, todo perfecto —ladré, y él alzó una ceja, sonriéndome.

—¿Qué pasa?

Nos habíamos quedado detenidos sin que él hubiese acabado la maniobra. Desde la acera, Lianne nos observaba.

—Nada.

—¿Y por qué de pronto tienes esa mala cara?

—Estás taponando el tráfico.

—No viene nadie por la calle. ¿Qué sucede? Anda, dímelo.

—No pasa nada; acaba de estacionar, se nos hará tarde...

—¿Seguro? —Me miró y, a continuación, desvió la vista en dirección a la acera, allí donde continuaba Lianne erguida sobre sus tacones, ya sin sonrisa y sí con cara de preocupación. Al girar la cabeza para volver a encararlo a él, entendí que me había pescado mirándola.

—¿Cuál es el problema?

No pude contestarle.

—Antonia...

—No hay problema.

—Eres muy mala mintiendo.

No pude continuar mordiéndome la lengua, no frente a él. Quizá con otras personas me fuese posible fingir, pero no con Olivier.

—Va muy emperifollada esta noche —solté con lengua afilada, delatándome.

—¿Muy emperifollada? —Comprendió perfectamente que le hablaba de Lianne y volvió a espiar en dirección a ella por encima de mi hombro.

—Como si no la hubieses visto la primera vez. Y sí, emperifollada, muy compuesta, arreglada, demasiado para un concierto. Tú vas vestido como siempre.

Se carcajeó.

—Antonia, por favor.

—No te rías —repliqué, fingiendo enojo, cuando en realidad todo en mí se llenaba de vergüenza.

—Pero es que... —Sin perder la sonrisa, se encogió de hombros y fisgó en dirección a la acera.

—Sólo falta que se te caiga la baba.

—La baba se me cae por ti. ¿Acaso crees que es la primera vez que la veo así vestida? Conozco a Lianne desde hace cinco años, desde antes de que entrase en la banda, Antonia. Jamás ha pasado nada entre nosotros; somos buenos amigos y nada más.

—Estaba coqueteando contigo.

Olivier volvió a reír. Soltó una de sus manos del volante y, tomándome por el cuello, me besó. Al soltarme, se quedó muy cerca de mí, mirándome a los ojos.

—Todavía sigo queriendo que conozcas a mi padre.

—¿Ella lo conoce?

—Sí, se conocieron en uno de nuestros conciertos hace mucho tiempo; se la presenté como mi amiga y baterista de la banda. La ha visto en otras ocasiones también; sin embargo, hay una pequeña diferencia entre ella y tú.

—La he visto mirarte —insistí, todavía sin poder contener mis celos.

—Antonia, te lo repito: somos buenos amigos y nada más.

—No creo que sea ése el modo en que ella te ve.

Resopló riendo y se alejó de mí.

—Maurice está colado por ella. —Puso en movimiento la furgoneta otra vez.

—Pues ella no mira a Maurice como te mira a ti.

—Por favor —rio.

—Hablo en serio. Seguro que se ha vestido así por ti.

—Bueno, tranquila, porque a mí tanto me da lo que lleve puesto. Es probable que más tarde, cuando finalice el concierto, salga con sus amigas o algo así.

—Eres muy inocente.

—Me encanta que estés celosa —canturreó mientras acababa de estacionar.

—¿Te encanta?! —chillé.

—Sí, es sexy. —Su voz sí que sonó sexy, y la mueca en su rostro al afirmarlo también lo fue.

—Sexy, una mierda. Si vuelve a coquetear contigo, volverá a casa con una pierna rota.

—¡Antonia! —medio gritó, y rio.

—No bromeo.

—Estás loca. —Se carcajeó—. No tenía idea de que fueses tan posesiva.

—No te rías, hablo en serio. —Sentí mi rostro enrojecer de vergüenza y celos, y por el calor que causaban sus enormes sonrisas en mí.

—Sí, sé que sí.

—Te juro que sí, no es para tomárselo a risa —le advertí mientras apagaba el motor.

—Sé que vas en serio, lo tengo muy claro, pero es divertido. Me encanta que te pongas así —soltó riendo. Casi se le saltaban las lágrimas de las risotadas.

—¡Olivier!

—Eres adorable —me soltó con una esplendorosa sonrisa suya mientras abría la puerta para bajarse de la furgoneta.

—¡Oli!

—Baja a echarme una mano —me pidió sin parar de reír, y cerró la puerta. Gruñí y salí tras él; no pensaba permitirle tenerlo sólo para ella.

Salté del vehículo viendo cómo Lianne intercambiaba dos besos con Olivier, tocándolo mucho más de lo que yo tenía ganas de permitirle hacerlo. Ella era toda risas y ojitos. Olivier podía afirmar que eran sólo amigos; sin embargo, resultaba más que obvio que para ella no era así.

Cerré mi puerta. Ella me saludó desde lejos, moviéndose en dirección a su portal, diciéndole no sé qué a Olivier sobre que había cambiado no entendí

qué parte de la batería porque le parecía que ésa sonaría mejor y no sé qué más. Entre los tres cargamos las cosas y las subimos a la parte posterior de la camioneta.

Volvimos a montarnos en la cabina, recuperando nuestras posiciones.

Suerte para ella que no se atrevió a entrar antes que yo, porque, en caso contrario, hubiese gritado de inmediato de dolor.

Mientras Oli conducía, conmigo colgada de su brazo izquierdo, ella no hizo otra cosa que intentar llamar su atención mediante la conversación, conversación en la que Olivier no cesó de intentar integrarme. A mí no me apetecía ni cruzar dos palabras con ella.

El tráfico de sábado por la noche nos puso difícil llegar a casa de Maurice; tardamos mucho más que las ocasiones anteriores.

Entre los cuatro cargamos el equipo a toda velocidad mientras Maurice rezongaba porque habíamos llegado tarde y Didier llamaba a Olivier a su móvil para preguntarle por qué todavía no habíamos pasado a buscarlo.

—Joder, qué manera de empezar la noche —gruñó Maurice.

Los cuatro estábamos acalorados y con la adrenalina corriendo por las venas por culpa de las prisas.

—No te preocupes, no llegaremos tarde; todavía tenemos tiempo suficiente para instalar todo el equipo.

—El tráfico es un infierno —se quejó Lianne.

—Y tú parece que quieres prender fuego a la ciudad. Estás muy guapa esta noche.

Por el rabillo del ojo, vi a Lianne ignorar el comentario de Maurice.

—No sabía que para esta actuación debíamos arreglarnos más —insistió Maurice.

Quedaba claro que no era así, porque todos los demás íbamos en vaqueros y sin mayores luces.

—¿Tienes una cita esta noche?

—No —le contestó la morena con aspereza.

—¿El vestido es nuevo?

—No.

—Nunca te habías maquillado así antes. Te queda muy bien.

—Gracias.

—Esos zapatos están de muerte.

Pobre Maurice, gastaba saliva. Así como Olivier, él era demasiado ingenuo y no veía que ella no estaba ni un poco interesada en él.

—El rosa te queda increíble.

—Joder, es que a todos se les ha ocurrido salir con el coche hoy —rezongó Lianne, obviando los últimos comentarios de Maurice.

—Ya, por favor. Mantengamos la calma, que no sirve de nada ponernos nerviosos. Si es necesario, pediremos que nos echen una mano con el montaje del equipo. Además, ahora somos más para instalarlo todo, que Antonia ya tiene práctica —intervino Olivier, y Lianne medio giró la cabeza para mirarme mal. Me entraron ganas de matarla. Me limité a contestarle con una mirada asesina. Que no se atreviese a cruzar la línea que nos separaba.

Maurice no volvió a elogiar nada del aspecto de Lianne y, de hecho, lo vi quedarse muy quieto en su sitio, con la vista perdida en la calle. Lianne se cruzó de brazos, enfurruñada, y hasta Olivier perdió la sonrisa.

Llegamos a casa de Didier todavía con más retraso de lo esperado. Su novio y él cargaron sus bártulos y se subieron a la parte posterior de la furgoneta a toda velocidad, y así, con ese ambiente extraño, volvimos a ponernos en marcha.

Creo que fue la primera vez que oí a Olivier insultar literalmente a todo París, a su tráfico y a todos los idiotas que conducían «como si fuesen un domingo por mitad de la campiña»; ésas fueron sus palabras.

Al menos, al llegar al local en el que iban a actuar, no perdimos tiempo en buscar espacio para aparcar, pues el sitio contaba con una zona de carga y descarga de la cual nos abrieron la verja. Los seis trabajamos a destajo, cargando los instrumentos y el equipo, arremangándonos y sudando. Lianne

tuvo que luchar para no matarse encima de sus tacones, además de pelearse con su vestido, porque la falda insistía en trepar por sus caderas para dejarla todavía más desnuda de lo que ya iba.

Al encargado del lugar no le hizo gracia que se nos hiciese tan tarde y lo vi cruzar un par de palabras con Olivier; no tengo idea de qué se dijeron porque yo estaba lejos, pero fui testigo de que Didier intervino, metiéndose entre ambos, como si quisiese evitar que terminasen llegando a las manos.

Me entraron ganas de fugarme de allí, arrastrando a Olivier conmigo. Ésa no era una noche sencilla para él y ese idiota estaba fastidiándolo.

Vi a Didier apartar a Oli. La discusión debió de terminar. Olivier subió al escenario. El encargado del local se alejó y Didier siguió a su amigo.

Di media vuelta y, como no la había visto venir, por poco me la llevé por delante.

—¡Ojo, mira por dónde vas! —chilló ella, apartando de mí la parte de su batería que transportaba, como si yo pudiese dañarla.

—No te he visto.

—Pues ten más cuidado.

—Mejor te calmas.

—No me digas qué tengo que hacer.

—Creo que necesitas que alguien te diga qué hacer.

—Tú no eres mi madre.

Y con eso que me soltó, obviamente para provocarme, me dieron ganas de arrancarle la cabeza.

—Ni pretendo serlo, paso..., pero sí te advierto de que tengas cuidado con lo que haces.

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí.

—No te entiendo. —Me sonrió, enfrentándome.

—Entiendes perfectamente bien de qué te hablo. Él está conmigo.

Lianne se rio en mi cara.

—He visto pasar docenas como tú... Bueno, no tan mayores; por lo general suelen ser chicas jovencitas, muchas de ellas que llegan a él por motivos equivocados. No le duran demasiado, quizá dos fines de semana. ¿Por qué no regresas con tu marido y lo dejas en paz?

—¿Por qué no cierras la maldita boca y te centras? ¡¿Quién te crees que eres?!

—Su amiga, y lo conozco muy bien, tú no...

—Eres tú la que no tiene ni idea. Él está conmigo, no te haría ningún daño entenderlo.

Lianne se dispuso a abrir la boca para contestarme.

—Damas, ¿todo en orden? —soltó Maurice, interrumpiéndonos completamente adrede.

—Sí, Maurice, de maravilla —le respondí, alzando la cabeza.

—Lianne, ¿necesitas ayuda con eso?

Ella, en vez de contestar a su ofrecimiento, dio media vuelta y se largó taconeando como si quisiese apuñalar el suelo con cada una de sus pisadas.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada.

—Conozco a Lianne. Hoy no parece ella.

—Pues si vosotros sois los que la conocéis y no os dais cuenta...

—Darnos cuenta, ¿de qué?

—Le molesta mi presencia aquí.

Maurice se movió un poco hacia mi lado derecho para espiar en dirección al escenario. Oí sus tacones sobre las tablas de éste.

—No, no es nada.

—Olivier me dijo lo mismo.

Maurice me miró.

—Le molesta que esté con Olivier. Acaba de dejármelo muy claro.

Maurice perdió un poco de la chispa alegre de sus ojos oscuros.

—Lo lamento —susurré al ver que desaparecía su sonrisa.

—No te preocupes, me lo imaginaba.

—Oli me ha comentado que tú...

—No es nada, creo que siempre he sabido que era algo así como un imposible. Ya me había dado cuenta de que no me mira como lo mira a él — soltó medio en broma, medio en serio.

—Pues me parece que Olivier no se ha percatado de eso.

—Quizá, simplemente, no quiera hacerlo. Me ha dicho hace un momento que te ha contado lo de su madre y su padre.

—Sí, lo ha hecho.

—Me alegro por vosotros. Se lo ve bien contigo. Es una tranquilidad saber que estás con él.

—A Lianne no le alegra.

—Pero no porque seas tú, cualquiera le hubiese molestado.

—Básicamente ha insinuado que podría ser su madre.

—Bueno, eso es imposible. Y a mí no me molestaría tenerte de mami. — Me guiñó un ojo.

Me hizo sonreír. Él también recuperó un poco su alegría de siempre.

—No te lo tomes como algo personal. Lo superará. Bueno, al menos ahora creo comprender la razón de que vaya así vestida hoy. No te preocupes, que Oli tiene ojos solamente para ti. ¡Y aquí llega el hombre del momento! — exclamó Maurice, y oí sus pasos aproximándose para que, en un parpadeo, sus manos me agarrasen por la cintura por debajo de la camiseta. Posó un beso en mi cuello, debajo de mi oreja derecha.

—¿Qué pasa conmigo? —curioseó, apretándose contra su cuerpo.

—Que te echarán, como al resto de nosotros, si no nos damos prisa en tenerlo todo listo —le contestó Maurice.

—El tipo es un idiota. Tuvo el descaro de soltarme que nos dábamos el lujo de llegar tarde porque mi padre era quien era. Como si a nosotros nos hiciese felices tener que ir corriendo y con prisas.

—No le hagas caso, Oli. Luego se lo cuentas a tu papi y este sitio se hunde.

Que tu papaíto nos defienda.

Oli, riendo, le tiró un golpe sin fuerza.

—Anda, soltaos de una maldita vez, que es como si comieseis pastel de chocolate frente a los hambrientos. Vosotros dos estáis todo el rato toqueteándoos, dais asco —dijo, poniendo una mueca que concordaba con sus palabras—. Asco, de verdad —insistió, y nos esquivó.

Los dos reímos.

—¿Mejor? —me preguntó Olivier al oído.

Giré la cabeza y lo besé en los labios. Ya me encargaría yo de aclarar todos los puntos con Lianne si no acababa de quedarle claro cómo eran las cosas.

—Andando, sigamos trabajando, que tienes un concierto que dar. Demuéstrale al imbécil del encargado quién es el rey del escenario. —Volví a besarlo y él sonrió debajo de mis labios.

—Así me gusta verte.

—Y a mí me gusta verte así, sonriente. Que ese idiota no te arruine la noche.

—Él no importa, nada arruinará mi noche mientras tú estés conmigo.

Y así fue. A pesar de las carreras por montarlo todo sobre el escenario, las prisas con las que se efectuaron las pruebas de sonido y la mala cara de Lianne, que le duró todo el concierto, la banda sonó espectacular y el público no se quedó quieto en sus asientos. El ambiente fue increíble, con la gente allí de pie, amagando con bailar, cantando sus canciones, aplaudiendo, sacando fotografías y grabando, gritándoles cosas bonitas entre tema y tema. Hubo un par de declaraciones de amor tanto para Olivier como para Didier; a este último, por parte de un chico que, ni corto ni perezoso, le soltó que quería terminar la noche con él, a lo que el novio de Didier asomó la cabeza entre el público para contestarle al admirador que Didier se iría a casa con él y con nadie más.

Algunas chicas se dedicaron a corear el nombre de Maurice y, en un

momento dado, alguien gritó que Lianne era la mejor baterista de la historia. Ella no atinó ni a sonreír.

En suma, fue una noche increíble con un lleno de la casa que más podía describirse como a punto de reventar de tanta gente como había allí. El lugar no daba para más y en la barra no daban abasto para despachar las bebidas.

Olivier terminó empapado en sudor, pidiendo una botella de agua tras otra y casi sin voz después de alargar la actuación mucho más que en las otras ocasiones, interpretando versiones de temas de otros grupos que el público pidió y que ellos dominaron sin problemas o mucho más que eso, dándole una nueva vida a un par de canciones de moda que hasta yo había escuchado y que en su voz, sin duda, sonaban muchísimo mejor.

La noche, así como larga, fue intensa.

Con la madrugada muy avanzada, hicimos el camino en sentido contrario para devolver a todos a sus respectivos hogares; en último lugar, a Lianne, quien fue todo el trayecto taciturna, escondiéndose debajo de su abrigo rosa; de su maquillaje y de su increíble peinado afro ya no quedaba mucho, por culpa del sudor resultante del esfuerzo de actuar.

Entre cansados y necesitados el uno del otro, bajamos el equipo de la furgoneta y lo dejamos en el recibidor de la entrada, porque tenían que volver a tocar por la noche al día siguiente, domingo.

—¿Cómo haces para aguantar el ritmo? —le pregunté cuando comenzamos a arrastrarnos escaleras arriba.

—Amo lo que hago —contestó, abrazándose—. Eso te da energía de sobra.

—Ojalá tuviese en mi vida algo así.

—Puedes tenerlo. Me haría muy feliz que encontrases algo para ti..., además de mí, claro está. —Me sonrió y me guiñó un ojo.

Ahí estaba él otra vez, siendo muy él.

—¿Será que, por lo pronto, deberé conformarme contigo? —jugué, deteniéndolo un poco en el descansillo del primer piso, para enfrentarlo con

mis labios.

—Espero que puedas. —Sus manos se metieron por dentro de mi abrigo y las mías treparon por su cuello mientras nos quedamos mirándonos fijamente, sin movernos.

Me mordí el labio inferior ante su largo silencio. Olivier era demasiada sinceridad para un solo ser humano. ¿Estaba imaginándome lo que creía ver en sus ojos o era real? Me estremecí. ¿Y si eso era en verdad mucho más que un fin de semana, que dos, que presentarme a su padre y que quedarme en París?

—Oli... —susurré.

—¿Necesito decirlo? —Su voz no superó el tono de la mía.

Ahí estaba, justo frente a mí, detrás de sus palabras, rodeándonos, en su mirada, dentro de mí. ¿Cómo había podido enamorarse de mí?

¿Cómo podía quererlo tanto, sin ni siquiera atreverme a sentir algo por nadie más, siquiera teniendo la intención de dejar atrás otro amor que ya no sabía si aún continuaba con vida o no?

Mi única certeza era que, lo que sentía por él, estaba allí, dentro de mí, junto con lo que él no necesitaba decir en voz alta para que supiese que existía.

—Olivier...

—Esto sucede. —Se encogió de hombros—. Pasa. Y no quiero evitar que continúe pasando, porque me hace muy feliz, no te imaginas cuánto, estar contigo. No necesitas decirme nada, ni explicarme nada. No estoy pidiéndote una decisión, solamente te pido que estés conmigo esta noche.

—No me iré a ninguna parte. Estoy aquí contigo.

Apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos.

—Lo sé. Sé que estás aquí conmigo. —Con sus últimas palabras, volvió a sonreír. Su nariz rozó la mía y luego mi mejilla izquierda.

—¿Cómo haces para ser tan dulce?

—No soy «tan dulce», ¿qué dices? —Aquellas palabras suyas las acompañó con besos en mi mejilla con las que descendió hasta mi boca. Abrió

los ojos.

—Esto...

—Tonterías. Además, esto es solamente culpa tuya. No me lo eches en cara a mí, cuando eres tú la que lo provoca. ¿Cómo podría tratarte de otra manera?

—Olivier...

—Por eso me he enamorado de ti —susurró despacio, mirándome directamente a los ojos. Mi corazón reaccionó en consecuencia ante sus palabras. Se detuvo por un instante, en el que a mí me faltó el aliento, en el que se me escaparon las fuerzas del cuerpo. Cuando volvió a latir, fue a un ritmo completamente distinto, uno mucho más tranquilo y fuerte, como si antes hubiese estado andando de puntillas y a toda prisa, y en ese momento, en cambio, caminase lento, con pisadas firmes, asegurándose de dejar huellas en el camino, huellas que pudiesen ser reconocidas. Antes de Olivier, mi corazón había sido un fantasma que andaba en la penumbra de los recovecos de las calles; después, era la Torre Eiffel, una estructura que se veía casi desde cualquier parte y que, cuando caía la noche, se iluminaba con luz propia para evitar que la perdiesen de vista.

Estreché el agarre de mis brazos alrededor de su cuerpo y comencé a besarlo.

Sus abrazos me apretaron contra su cuerpo.

—Puedo ser algo más que «tan dulce» —susurró sobre mi boca con picardía.

Sabía que así era.

De común acuerdo y sin parar de besarnos, retomamos el ascenso por la escalera, ejecutando estratégicas paradas para robarnos el aliento y dar contacto a nuestras pieles allí donde sabíamos que nos gustaba.

Entre risas tontas y besos, alcanzamos el último piso del edificio.

Apenas si podíamos contener nuestras ganas el uno del otro.

Olivier intentó insertar la llave en la cerradura, pero besándome no daba con el cerrojo.

—Dame eso, trae aquí. —Le quité las llaves de la mano y me di la vuelta. Él me sujetó por las caderas para pegar las suyas a mi trasero mientras su nariz soltaba aliento cálido contra mi nuca.

Mi cerebro comenzó a recalentarse, al igual que el resto de mi cuerpo. Me tembló el pulso. No tengo ni idea de cómo logré meter la llave en la ranura. La hice girar y empujé la puerta con muy poca elegancia para que los dos nos abalanzásemos dentro.

Olivier me arrancó el abrigo y lo tiró al suelo mientras de una patada cerraba la puerta. El estampido debió de reverberar por todo el edificio escaleras abajo.

Besó mi cuello tironeando de las costuras de mi camiseta. Sus manos rodearon mi vientre.

—Esto sienta tan bien...

Su voz me hizo estremecer.

Era más que bien.

—Es perfecto —le dije.

—Lo es.

Giré en sus brazos para enfrentarlo.

Cogí su rostro entre mis manos. Se me escapó una sonrisa.

Olivier se quitó el abrigo. No necesitábamos decirnos nada más. De camino a la habitación, me quitó la camiseta y yo tiré de la suya con desesperación.

Arrojé mis tacones al demonio. Sonriendo y besándonos mientras los dos rebotábamos por las paredes del pasillo, él se arrancó sus botas, que sonaron pesadas contra el crujiente suelo de madera del corredor.

Solté la hebilla de su cinturón y, a continuación, el botón de sus vaqueros, despacio, mientras mi lengua jugaba con sus labios y con su lengua; bajé la cremallera de sus pantalones.

Dentro de mi boca, él contuvo la respiración cuando mi mano derecha se coló por la cintura de su ropa interior para alcanzar su cuerpo caliente. Ante

mis caricias, me tiró un mordisco de lo más tentador.

—También podemos ser picantes. —Sus dedos se hicieron sitio contra mi piel después de soltar el botón de mis pantalones. Me hizo cosquillas y se me escapó una carcajada.

—¡No te rías! —se quejó él, riendo también.

—Me has hecho cosquillas —me defendí.

Sus manos sobre mí soltaban chispas; las primeras me hicieron cosquillas, las siguientes provocaron pequeños focos de fuego en mi piel y en mi interior. Sentí que mi vientre empezaba a arder.

—¿Cosquillas?

Logré contener mi alma dentro de mí, la cual amenazó con salir de mi interior porque la mano de Olivier había bajado hasta mi pelvis y mi sexo para cubrirme por completo con su calor. Sus dedos se humedecieron de mí, de lo que él me hacía sentir.

Alzó una ceja y detuvo el movimiento de su mano.

—¿Qué?

—Ya te daré yo cosquillas.

De un tirón, sacó su mano de dentro de mis pantalones. Se agachó un poco ante mí y, tomándome por los muslos justo debajo del trasero, me cargó sobre su hombro.

Grité su nombre entre risotadas.

—Te arrepentirás —me amenazó, riendo.

Grité como una loca, carcajeándome, siendo más feliz de lo que recordaba haber sido antes. Amaba esas tonterías entre nosotros, porque, así como podíamos tener momentos serios e importantes, también teníamos eso: la libertad, la juventud que nada tiene que ver con la edad..., la que se gana con la experiencia y el paso de los años; la juventud que tienen las personas que saben que lo único que debería estar prohibido es no atreverse a ser feliz, la de las personas que saben que los prejuicios no son más que miedos que no se quieren admitir.

Entre nosotros no había lugar para otra cosa y por eso me rendía a él, por eso continuaba allí, por eso no había regresado a casa para rogarle a Gastón que le diese a nuestro matrimonio una oportunidad.

¿De verdad necesitaba regresar a aquello cuando podía tener eso?

Dejé de pensar, porque él, entre gruñidos de oso feroz y risas, me lanzó sobre el colchón. Grité como una posesa, como si estuviesen matándome, riendo al mismo tiempo. Olivier se abalanzó sobre mí para quitarme los pantalones y la ropa interior de un tirón. Con movimientos torpes y mucha necesidad, intenté desnudarlo del todo. Fue él quien acabó el trabajo, para, a continuación, instalarse sobre mí para pegar su boca a la mía como si el mundo fuese a terminarse en quince minutos.

Sentí su erección sobre mí y apreté sus caderas contra mi cuerpo, con la fuerza de mis piernas. Lo necesitaba dentro, en mi interior.

Olivier jadeó en mi boca cuando lo agarré con una mano, esta vez con un pulso mucho más firme, y deslicé su pene sobre mí. Paramos de besarnos para sentirnos mientras nuestros ojos se conectaban mucho más allá de cualquier tacto.

Mi otra mano llegó a él.

Olivier estrujó las mantas entre sus puños, intentando contener el placer dentro de él. Cerró los ojos, tensó las mandíbulas. Sentí su respiración acelerada sobre mis labios húmedos de él.

Lo acaricié una vez más, presionándolo con mis manos contra mi pelvis, subiendo y bajando por encima de mí; lo humedecí con los fluidos de mi cuerpo y, después, moví su miembro hasta la entrada de mi vagina para introducirlo en mí.

Olivier abrió los ojos y me miró. Allí estaba lo que no tenía necesidad de entonar en voz alta.

Despacio, me penetró.

Despacio, perdí la cabeza, estremeciéndome contra aquel colchón tirado en el suelo, sintiéndome más mujer, más plena, de lo que nunca me había sentido

en el pasado.

Olivier podía tener veintisiete años, pero era mucho más hombre, en todos los sentidos, que muchos de los hombres que yo conocía, que muchos de ellos todos juntos.

«Mucho más hombre que Gastón», pensé.

El hombre que tenía a mi lado, al colmarme, borró todo recuerdo de mí. Comencé a besarlo mientras él se movía en mi interior haciéndome arder y delirar, mientras yo le hacía saber que todo en él era todo en mí y viceversa.

¿Cansancio?

Con Olivier conmigo no podía recordar que eso existiese.

Me hizo gritar de placer, gritar su nombre y que estaba loca por él.

Extasiados y sonrientes, sin poder quitar las manos el uno del otro, nos acurrucamos para dormir, frente a frente, con nuestras respiraciones mezclándose, con su corazón haciendo eco contra mi pecho y el mío contra el suyo.

¿Cómo había creído que amar era lo que había hecho hasta antes de conocerlo a él? ¿Cómo había podido pensar que placer era lo que tenía con Gastón?

¿Cómo había llegado a convencerme de que la vida era lo que tenía antes de que mi marido me dejara?

Somnolientos los dos, Olivier movió sus dedos entre mi cabello y apartó un mechón de delante de mi rostro.

—Gracias por escucharme, y por encender una vela por mi madre hoy.

Me pegué a él y lo besé.

—Gracias por contármelo, por permitirme estar aquí.

Nos unimos en un abrazo.

—Me has salvado de esta noche —declaró en voz muy baja—, y de muchas otras.

—Me salvaste de quedar perdida en el metro.

Nos respondimos mutuamente con sonrisas, para abrazarnos más fuerte.

Olivier cerró los ojos y pegó su frente a la mía.

—Duerme, aquí me quedo contigo. Descansa. —Sus manos se clavaron en mi carne—. Aquí estoy, aquí estoy... —le susurré.

Su respiración se fue pausando muy poco a poco hasta que al final el sueño lo venció. Yo no me atreví a dormirme hasta que él se durmiese. Sólo cuando comprendí que estaba profundamente perdido lejos de todo mal, le permití al cansancio llevarme consigo.

* * *

—Antonia.

Su voz me llegó desde lejos.

Sentí el calor de las mantas, pero no el suyo. Olivier ya no estaba conmigo allí.

—Antonia —repitió con voz cantarina—. ¿Estás muy dormida?

Sin salir del cobijo de las mantas, giré y lo busqué al otro lado de la cama. Las sábanas estaban heladas sin su cuerpo.

Me entró un escalofrío.

—Antonia, ¿te despertarás por mí? Había olvidado contarte que todos los domingos salimos a desayunar con Claudine y Jackie. En realidad, hacemos un desayuno almuerzo. Se nos hace tarde.

Abrí un ojo y espíe hacia fuera de la agradable cobertura que las mantas le brindaban a mi cuerpo desnudo. Lo vi de pie bajo el dintel de la puerta; iba con vaqueros y camiseta, descalzo. Sus pies desnudos eran increíblemente sexis, porque hasta sus pies eran perfectos.

—¡Hola! —saludó con entusiasmo—. Buenos días. —Dio un primer paso en mi dirección.

—Hola. Estás muy lejos —me quejé, y él saltó hacia la cama para caer sobre mí. Por poco me aplasta. No pude contener la risa. Olivier dirigió su boca directa a mi cuello, exponiendo mis hombros al fresco aire de la enorme

habitación—. Oli..., hace frío. —Ante mis palabras, me abrazó con todo su cuerpo por encima de las mantas.

—Esto sienta tan bien...

No podía negarlo.

—¿Qué hora es?

Alzó su rostro para regalarme la estupenda visión de sus ojos.

—Las once y cuarto. Las chicas están esperándonos.

—¿Tenemos que salir?

—Anda, verás que es divertido. Comeremos rico.

—Prefiero quedarme aquí contigo.

—Regresaremos a la cama luego, te lo prometo. Lo pasaremos muy bien.

Con Claudine presente, lo dudaba.

—Anda, os llevaré a las tres a un lugar bonito. Tenemos reservada una mesa y todo. Lo hice el lunes pasado, no podemos faltar. Es en un sitio cerca de la Torre Eiffel, con unas vistas increíbles y una carta espectacular. Comeremos hasta reventar.

Con su última mención de la comida, mi estómago se retorció sobre sí mismo; se me cerró la garganta. De debajo de las mantas y de su cuerpo, saqué una mano y me tapé la boca. Me entraron tantas náuseas que ni pude decirle que se apartase de encima de mí.

—¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal?

Asentí con la cabeza. Tenía miedo de hablar, de moverme y vomitar.

Olivier se apartó. Inspiré hondo un par de veces. Mi estómago pareció calmarse.

Con él sin perderme de vista, con una mueca de preocupación en el rostro, trepé por las almohadas muy despacio.

—¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí.

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha revuelto el estómago. Creo que necesito descanso. Pero no te

preocupes, ya estoy mejor. —No me sentía como a punto de comenzar con las arcadas; sin embargo, me quedaba claro que mi cuerpo no estaba del todo normal.

Náuseas al despertar otra vez, y en esa ocasión no podía achacárselas a un mal momento. Sí, cierto que todavía estaba en esa situación sin resolver, pero...

La idea se quedó orbitando alrededor de mi cabeza. Intenté recordar cuándo debía venirme la regla. Entré en pánico, ni siquiera podía hacer cuentas. Ni siquiera quería plantearme esa opción, que pudiese ser cierto. ¿Cuándo fue la última vez que...?

—¿Antonia? ¿Quieres que te lleve al hospital?

—No, no, no —solté a toda prisa—. Estoy bien.

—Llamaré a las chicas para avisarlas de que... —Hizo el amago de levantarse de la cama. Lo agarré de la muñeca, frenándolo.

—No pasa nada, estoy bien. No es nada. Como mucho será un virus.

—¿Segura?

Le contesté que sí con la cabeza, porque no pude mentirle en voz alta.

Necesitaba salir, necesitaba hablar con alguien, necesitaba aire y darle forma a la posibilidad de que eso fuese solamente estrés, nada más. No podía ser otra cosa, no así, tan pronto.

—Sí, totalmente. Me daré una ducha. En quince minutos estaré lista.

—Pero...

Me levanté de la cama de un salto y por poco vomito. Las piernas me temblaron. Logré disimularlo.

—No llames a las chicas para cancelar la cita. En un momento estaré lista. Necesito desayunar, eso es todo. —Si comía algo de inmediato, lo vomitaría antes de que llegase a mi estómago.

—Antonia...

—Te digo que estoy bien —insistí, escapándome de él después de rodear el colchón—. Voy a la otra habitación a buscar un par de cosas. Me ducharé en el

otro baño para que éste quede libre para ti —añadí sin darme la vuelta. No podía detenerme, mucho menos enfrentarlo.

Sé que lo dejé con la palabra en la boca.

Apresuré el paso, porque mi estómago amenazó con darse la vuelta como una media.

Me lancé al interior del baño, cerrando la puerta de un portazo sin poder evitarlo.

Sentí el espasmo subir por mi pecho. Partida por la mitad, abracé el váter para que de mí no saliese nada. Las arcadas treparon por mi garganta de nuevo, y nada. Por poco destrozo el retrete con la tensión de mis manos.

Inspiré hondo, me dije que debía tranquilizarme. No podía estar embarazada.

«¡Claro que no!», chille, desesperada, dentro de mi cabeza.

Un par de inspiraciones profundas más y allí se terminó todo. No devolví, pero mi cuerpo quedó igual de descentrado dentro de su estructura que si hubiese vomitado hasta mi alma.

De rodillas, fui hasta la ducha y la abrí. No quería que Olivier sospechase nada.

Con cuidado, me introduje dentro de la bañera para sentarme en el suelo de ésta y permitir que el agua caliente cayese sobre mi espalda.

Logré recuperar las fuerzas suficientes como para ponerme en pie y enjabonarme.

En menos de cinco minutos salía del baño sintiéndome mucho mejor, aunque algo más preocupada, porque logré hacer números y tomé conciencia de que no me había percatado de que no había tenido la regla.

Los diez días anteriores al viaje habían sido caóticos, entre los preparativos y los compromisos sociales que tenía con Gastón.

No sería la primera vez que se me retrasaba por culpa del estrés, por no haber comido del todo bien, por ir por la vida sin mirar hacia mí, corriendo detrás de lo que creía que era mi vida.

—¿Oli? —lo llamé al salir al pasillo. Me contestó desde la sala—. ¿Dónde vamos a desayunar? ¿Está bien que vaya en vaqueros o...? —Vi que él se había cambiado los vaqueros por unos pantalones azul oscuro y que se había puesto una camisa celeste de cuadros por encima de la camiseta.

—Puedes ponerte lo que quieras.

—No llevas vaqueros. ¿Es un sitio elegante?

—Algo, pero te lo repito: lo que quieras ponerte estará bien. ¿Te sientes mejor? Tienes mucho mejor color.

—Sí, ya me encuentro bien. Mejor me pongo la falda con la que llegué.

—Perfecto, lo que tú prefieras. Pero date prisa, que abajo comienzan a impacientarse.

—Dos minutos —le dije, y salí pitando, sujetándome la toalla al torso para correr hacia la habitación.

Con el cabello sin lavar, me decidí por hacerme una trenza. A la carrera, me enfundé unas medias, la falda, la camisa y un suéter. Corrí a por un par de zapatos, a ponerme rímel y a por mi bolso.

Al final Olivier no me había permitido vender los zapatos que había llevado y tampoco habíamos ido a comprar ropa.

Necesitaba dinero para ir a adquirir un test de embarazo.

Apretando los dientes, comprendí que no podía pedirselo a él, porque no quería explicarle para qué lo necesitaba.

¡Jackie!

Se lo pediría a ella y luego buscaría el modo de devolvérselo.

Con la inquietud que me provocaba lo que tenía planeado hacer, me arreglé para salir. No estaba muy segura de si lucía bien o no; al ver mi reflejo en el espejo, no me sentí bien, nada de eso iba bien, porque me guardaba lo que podía estar sucediendo. ¿Y si en realidad estaba sucediendo?

A los nervios se le sumó el pánico.

Procuré sonreír, pero no estoy muy segura de que diese en una mueca decente de ser vista.

Claudine me puso mala cara en cuanto me vio aparecer junto a Olivier. Además, se quejó de que llegábamos media hora tarde, pero Jackie le dijo que no teníamos ninguna prisa. Ella insistió en que teníamos una reserva hecha, y Olivier le aseguró que nadie nos quitaría nuestra mesa.

Tuve claro que todas las protestas de Claudine iban dirigidas a mí y que las palabras de Olivier y Jackie parecían estar allí para defenderme, cuando en realidad no debería de haber sido así, porque yo no había hecho nada..., si es que ni siquiera tenía conocimiento de esa costumbre de los desayunos de los domingos.

Bajamos la escalera con Olivier y Jackie intentando ponerle buen ánimo a la situación y con Claudine mirándonos de reojo como si lanzase maldiciones sobre mí para que acabase rodando escaleras abajo. Mi reacción: sentí ganas de matarla y de ponerme a llorar; más que nada, de ponerme a llorar. Quería ser fuerte, de verdad que sí; sin embargo, en ese instante, no se me ocurría un modo de serlo, porque me sentía demasiado permeable, expuesta y sola, pese a que Olivier me tenía sujeta contra su cuerpo con un brazo, rodeando mi cintura.

La perspectiva de nosotros dos hasta ese amanecer era una, ya de por sí complicada; la que surgió frente a mí, después de tener que correr al baño, era otra muy distinta.

Llegamos a la planta baja. Olivier abrió la puerta para nosotras. Claudine le comentó no sé qué acerca de la cerradura y los dos se pusieron a revisarla mientras Jackie y yo nos alejábamos en dirección a la furgoneta, porque en ella íbamos a ir a desayunar.

—¿Todo bien?

La voz de Jackie me detuvo. Yo iba andando con la vista fija en el vehículo aparcado metros más adelante, sin ver nada en realidad.

Me paré y me giré un poco. Por encima del hombro de ella vi a Olivier y a Claudine parados, conversando frente a la puerta cerrada. Oli reía, diciéndole no sé qué.

Sollocé en silencio, no quería perderlo.

Se me cerró la garganta, pero no por las náuseas, sino por miedo.

—¿Antonia?

Sacudí la cabeza y la miré.

—¿Sí?

—¿Te sucede algo?

—No, estoy bien.

Ella se quedó mirándome, con las cejas en alto; no se lo creía.

—Necesito que me hagas un favor.

—Sí, claro. Dime qué puedo hacer por ti.

—¿Puedes prestarme dinero?

—¿Que te preste dinero? Sí, por supuesto. ¿Pasa algo? No puedo prestarte mucho, pero... ¿Necesitas ayuda? ¿Es tu marido?

—Necesito ir a comprar un tinte de pelo.

—¿Necesitas dinero para comprar un tinte de pelo?

—Entre otras cosas. —Vi a Olivier girar en nuestra dirección—. ¿Podrías acompañarme a comprarlo más tarde?

—Sí, por supuesto; no hay problema —me contestó, confundida.

—Te devolveré el dinero en cuanto pueda. Iba a vender unos zapatos, pero al final Olivier...

—No pasa nada, Antonia. Ya me devolverás el dinero cuando puedas. ¿De qué color te teñirás?

—Quiero volver a mi castaño original.

—Genial. Si quieres puedo echarte una mano con eso, podemos hacerlo cuando regresemos.

—Sí, gracias.

—¿Es por pedirme el dinero que tenías esa cara?

No pude contestarle. Jackie oyó la voz de Olivier y espió hacia atrás. Se volvió a enfrentarme.

—Si necesitas hablar conmigo de lo que sea...

—Después, ¿de acuerdo?

En silencio, asintió con la cabeza, y se lo agradecí lo indecible. Jackie había captado que había algo más y sabía que no diría nada ni frente a Olivier ni frente a Claudine.

—Muy bien, mis damas... —Olivier alzó un brazo y, con el llavero en la mano, le quitó la alarma a la furgoneta—. ¡Vamos a desayunar!

Jackie le abrió la puerta del copiloto a Claudine. Olivier y yo subimos por la puerta del conductor.

Olivier puso música y condujo en dirección al centro de la ciudad.

El ambiente se relajó un poco entre nosotros; sin embargo, yo, de la piel hacia dentro, continuaba tensa y, cada vez que mi mirada se cruzaba con la de Jackie, me entraban unas desesperantes ganas de hablar con ella, de contarle todo lo que cargaba. Mi necesidad de eso era cada vez más acuciante, pese a que mi estómago no solamente se sentía normal como si lo de un rato antes jamás hubiese sucedido, sino que, además, estaba que me moría de hambre.

París en otoño era fabulosa y el lugar al que Olivier nos llevó era absolutamente perfecto. Yo ya había estado allí; era un hotel bellísimo con un restaurante en la azotea. De paredes y techos acristalados, el comedor tenía vistas a la parte superior de la Torre Eiffel y a un estupendo jardín en la terraza, con pequeños árboles y arbustos recortados con cuidado extremo, lavandas y otras plantas que florecían pese al frío.

Cuando Olivier me preguntó si conocía aquel sitio, le dije que no; no podía confesarle que había estado allí con Gastón en un par de ocasiones, porque aquello no habría conseguido más que tensar la situación y eso era lo que menos necesitaba en ese instante.

Fuera como fuese, no me preocupó quedarme en aquel lugar, porque por allí pasaban cientos de miles de turistas al año y nadie recordaría mi rostro. Procuré relajarme para no levantar sospechas.

La camarera que nos atendió nos guio hasta nuestra mesa, justo junto a los ventanales, y, por supuesto, no tuvieron problemas en aceptar a un comensal

más. Allí todos eran siempre increíblemente solícitos y amables... y como para menos, pues en ese lugar hasta un simple café costaba un ojo de la cara, y para qué hablar del servicio de *brunch* que Oli había encargado; tenía un precio ridículamente excesivo que él no hubiese podido pagar con lo que ganaba en el metro. Otra vez guardé silencio. Quedaba todavía más en evidencia que su padre debía pasarle dinero y yo, básicamente, llevaba desde el miércoles viviendo de ese dinero.

Como si necesitase más motivos, me sentí todavía peor.

Jackie elogió el establecimiento escogido por Olivier. Claudine acotó al instante que ese sitio tenía que ser carísimo. Cuando viese la carta, se caería de culo.

—No os preocupéis, lo mejor para vosotras. Solamente disfrutad, comamos. Todo aquí está buenísimo.

—Olivier, bien podríamos ir a desayunar a...

—A ninguna otra parte —la interrumpió Oli, esbozando una sonrisa y apartando la silla a su lado para mí.

Jackie apartó la silla para Claudine, pero ella ni siquiera se percató del gesto.

—Huele increíble, ¿no te parece, Antonia?

—Sí. —La respuesta se me escapó—. Estoy muerta de hambre. —Mi estómago crujió ante el recuerdo de los *waffles* con chispas de chocolate que servían. En ningún lugar los preparaban mejor que allí. Al instante se me antojó zumo de naranja, un yogur y una tostada con Nutella.

Oli me sonrió.

—¡Genial! Pues a pedir, entonces. Yo también estoy famélico. Saldremos de aquí rodando —festejó.

—Suena perfecto —lo secundó Jackie, y Claudine le puso mala cara.

—Anda, vamos, ámate. —Las palabras de Olivier iban dedicadas a su mejor amiga.

—No necesitabas traernos aquí.

—No es cuestión de necesitarlo, es cuestión de quererlo. ¿Y si pedimos una botella de *champagne*?

—Humm... Eso suena genial. —A Jackie se le iluminaron los ojos.

—¿Bebes una copa? —me preguntó Olivier.

No podía beber. No al menos hasta no saber si... No pude decirle que no.

—Sí, claro.

Olivier le hizo una seña a la camarera. Ordenó *champagne* y cuatro servicios de *brunch* completos. Le pidió que trajese la botella primero, que no esperara a que lo demás estuviese listo.

Nos pusimos a hablar del paisaje. Olivier me comentó la existencia del jardín allí fuera y yo hice ver que no sabía nada; me dijo que más tarde me lo enseñaría, hablamos del local, de la comida... Luego les contó a las chicas cómo había ido la actuación de la noche anterior. Llegó el *champagne* y, cuando la camarera quiso abrir la botella por él, Olivier le indicó que él se ocupaba.

Descorchó la botella entre celebraciones de Jackie. Vertió de aquel excelente *champagne* que yo sabía muy bien lo que costaba y alzó su copa, brindando por todos nosotros.

Bebí un sorbo y no me atreví a mucho más. Por suerte retomamos la conversación, que después derivó en arte. Trajeron el *brunch* y ésa fue mi excusa para no beber más. En vez de café, me decanté por una infusión, rogando que nadie se pusiese a hilvanar mis actos para sacar conclusiones. Intenté calmarme, diciéndome que nadie tenía por qué sospechar nada.

Comí con ganas y, por suerte, mi estómago se comportó, sin darme sobresaltos. Comí mis *waffles*, que unté con Nutella. Olivier celebró aquello con una sonrisa. También ingerí fresas, yogur, huevos... Básicamente un poco de todo, porque no había nada allí que no me tentase, lo cual fue otro síntoma para preocuparme, pese a que muy bien sabía que podía querer comerme todo simplemente por culpa de la maldita ansiedad que cargaba encima.

En un momento dado, noté que Jackie registraba mis movimientos y me

detuve.

Oli siguió comiendo y, cuando se percató de que yo me había quedado tan sólo con mi tercera taza de té, me preguntó si me sentía mal otra vez.

Le contesté que ya estaba llena y a él pareció satisfacerle mi respuesta; a Jackie, no; ella me puso cara de querer preguntarme qué tenía.

Casi tres horas después de entrar allí, salimos a la calle, a una estupenda tarde de domingo. Por suerte no tuve que ser yo la que propusiese caminar un poco, los cuatro habíamos comido a reventar.

Nos pusimos a andar entre los turistas y los parisinos que salían a aprovechar esa última tarde del fin de semana.

Anduvimos algunas calles sin rumbo fijo.

—¿Hay por aquí algún sitio en el que pueda comprar tinte para el pelo? — solté, procurando sonar casual. Olivier ya conocía mis intenciones de teñirme, y esperaba que Jackie pescara al vuelo la otra. Ella, que estaba comentándole no sé qué a Claudine sobre una galería de arte, se detuvo en seco.

—Sé de uno que está abierto los domingos a esta hora, queda a dos calles de aquí. Puedo acompañarte si quieres.

—Vamos todos —propuso Olivier con entusiasmo.

—No hace falta... ¿Por qué no os adelantáis vosotros dos hasta el parque y nosotras nos vemos ahí en un rato?

Desconocía de qué parque estaba hablando, pero ni me preocupé en preguntar. En realidad, tampoco había oído que comentaran nada de ir a ninguno, pero, como iba con la cabeza bastante perdida en mis propios pensamientos, era muy probable que lo hubiesen mencionado y que yo no me hubiera enterado.

Claudine se quedó mirándola a ella con cara de extrañeza y a mí, a continuación, con un deje de desconfianza en los ojos.

—No es preciso... Podemos ir todos, no tenemos ninguna prisa.

—No, adelantaos. Además, tengo que comprar otras cosas para mí. Os llamo en cuanto terminemos para que me digáis por dónde andáis.

—Bueno... —Oli movió su mirada hasta mí—, si queréis que lo hagamos así...

—Sí. Me voy con ella, compro el tinte y nos encontramos luego.

Olivier hizo el amago de sacar su cartera.

—Guarda eso, Labelle, que no hace falta.

Me sentí como un cero a la izquierda. Yo, por lo pronto, no podía pagarme un simple tinte, ni nada en absoluto... No a menos que me decidiese a ponerme en contacto con el abogado de Gastón y... así, sin más, mi estómago amenazó con largar todo lo que había devorado durante el *brunch*.

—Te lo devolveré en cuanto...

—No te preocupes por eso —soltó Jackie, interrumpiéndome—. Nos vemos en un momento. Es por aquí, Antonia —me dijo a mí. Jackie no esperó la aprobación de nadie, ni siquiera la mía, y comenzó a alejarse.

Miré por última vez a Olivier, quien sonreía porque no tenía la menor idea de nada. Di media vuelta y seguí a Jackie.

Claudine se dio el gusto de dedicarme su mejor cara de perro antes de darle la espalda.

—Tienes que explicarme qué sucede. —Sin detenerse, Jackie giró un poco en mi dirección. Nos habíamos distanciado algunos metros de Olivier y Claudine. Imaginé que ambos continuaban camino rumbo al parque sin prestar atención a nuestro alejamiento—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes que comprar, además del tinte?

Me puse a su altura, acelerando el paso.

—Necesito una farmacia.

—Y yo; me hacen falta tampones.

Ojalá yo fuese a necesitarlos también.

Fue pensarlo y que ella se detuviese en seco. Al darme cuenta de que se había quedado como una estaca, clavada en la calle, me paré.

—¿Antonia? —Sus cejas treparon por su frente—. ¿Te refieres a lo que estoy imaginando?

—Por favor, camina. —Estiré el cuello para mirar hacia el fondo de la calle. Olivier y Claudine habían desaparecido.

—Olivier te ha preguntado si te sentías mal otra vez.

—Jackie, por favor...

—Es aquí a la vuelta. ¿No te ha venido el período?

—Jackie... —gemí.

—¿Tienes náuseas?

No respondí.

—Necesitas un test de embarazo, ¿no? —anunció, y se quedó mirándome con una media sonrisa y los ojos rebosantes de cariño. No esperaba aquel gesto, si bien sabía que podía confiar en ella.

—Sí —solté en un suspiro.

—¿Cuántos días de atraso tienes?

—No estoy segura, venía de unas reglas muy irregulares. Llevo más de seis meses desastrosos. No he estado comiendo bien y he estado bajo mucha tensión nerviosa.

—¿Cómo te proteges? Es decir..., ¿cómo te protegías con tu marido? Porque de Olivier no es.

Estallé por dentro.

—¡Ni siquiera sé si es algo, Jackie! —solté, desesperada, abrazando mi vientre—. Por favor, no digas esas cosas; no sé si hay bebé o no.

—Está bien, tranquila, tranquila... —Dio un paso hacia mí para sujetarme por las muñecas—. No te alteres. Respira hondo. —Inhaló profundamente para, a continuación, exhalar con fuerza; me hizo gracia.

—No estoy pariendo, Jackie. —Reí de los nervios.

—Sí, lo siento —rio conmigo—. ¿Qué método anticonceptivo usabas? ¿Llevas puesto un DIU?, ¿tomabas pastillas?

—Estaba tomando pastillas.

—¿Estabas tomando y todavía las tomas, o estabas tomando y...?

—Y las dejé hace seis meses —admití en voz alta por primera vez,

interrumpiéndola. Jackie era la primera persona en saberlo, además de mi doctora.

—¿Seis meses?

—Sí, seis meses.

—¿Estabas buscando este embarazo?

Las lágrimas llegaron todas de golpe a mis ojos. Tuve la impresión de que iba a desmontarme. Sentí vergüenza, miedo y mucha incredulidad. En verdad, desde hacía tres meses, estaba casi por completo convencida de que eso no sería posible, que nunca quedaría preñada; creía que mi sueño de tener hijos, de formar una familia, jamás se convertiría en realidad.

—Sí —le contesté, y mi voz se quebró en cuanto pensé la respuesta.

—¿Y él te pidió el divorcio en pleno proceso de buscar ampliar la familia?

Negué con la cabeza. Las lágrimas se me escaparon.

Jackie le dio un apretón a mis manos.

—Antonia, puedes contármelo. ¿Quieres que vayamos a tomar un café o algo así? Por favor, no llores. Tranquila, estoy contigo, ¿de acuerdo? Tienes todo mi apoyo para lo que necesites.

Sus palabras terminaron de romperme; no podía creer que alguien que apenas me conocía reaccionase así conmigo. Me desembaracé de sus manos y la abracé. Ella, en un primer instante, se quedó petrificada, sin saber qué hacer; en cuanto me puse a llorar a lágrima viva sobre su hombro, me abrazó con fuerza.

—Cálmate, no llores; todo saldrá bien.

—¿Cómo? —hipé. ¿Y si de verdad estaba embarazada? Quería estarlo y al mismo tiempo no. Hubiese dado cualquier cosa porque eso me hubiese sucedido unos meses atrás. En ese instante, sin embargo, ya ni siquiera sabía si quería regresar con Gastón, y la idea de alejarme de Olivier me desgarraba por dentro. Sin duda corría mucho riesgo de perderlos a ambos, porque Oli podía quererme a su lado soltera y sin demasiados compromisos, pero con un bebé en camino...

Y en cuanto a Gastón...

Me aparté un poco de Jackie, buscando sus manos; necesitaba sujetarme a algo para no desmoronarme.

—Mi marido no sabe que dejé de tomar las pastillas, Jackie. Él decía que todavía no estaba listo para ser padre. Cuando se lo consulté, me dijo que no, que aún teníamos mucho para disfrutar nosotros dos solos, que aún no era buen momento... Cuando nos conocimos, hablamos de tener niños; sin embargo, con el tiempo, él... Cada vez que intentaba sacar el tema, me rehuía. Tomé la decisión de dejar de tomar los anticonceptivos porque me dije que, si quedaba embarazada, él... No creí que se negaría a aceptarlo si simplemente le explicaba que quizá las pastillas habían fallado o que algún día me habría olvidado de tomar alguna. Las abandoné y estaba tan ansiosa por quedar embarazada que, cuando vi que no sucedía..., pensé que nunca lo conseguiría, que yo debía de tener algún problema, o quizá él, y no podía pedirle que fuese conmigo al médico para ver qué nos estaba sucediendo y por qué no lográbamos concebir. Claro que no podía pedírselo —medio reí, sin dejar de llorar. Solté una de las manos de Jackie y me limpié la cara—. La última vez que intenté sacar el tema de ser padres fue cuando le pedí remodelar la buhardilla de nuestra casa para convertirla en una habitación para el bebé. El bebé que... —No pude seguir, el llanto prácticamente me ahogaba.

—Antonia... ¡cuánto lo siento! Tranquila. Oye, tienes que tranquilizarte, ¿de acuerdo? Todo irá bien. Te ayudaremos. Yo estoy aquí, no te dejaré sola, sea lo que sea. Cálmate y vamos a por la prueba de embarazo.

—Vosotros no... Si estoy embarazada... No sé cómo reaccionará Gastón, y Oli... No quiero perderlo, Jackie. Él es lo mejor que me ha sucedido en mucho tiempo; es único, y a su lado me siento única, aunque no sea nada.

—Antonia, no digas eso, tú eres mucho. Puede que pasases una temporada...

—Catorce largos años sin... —Otra vez no pude seguir. Me mantuve unos segundos callada, hasta recuperar el habla—. Catorce largos años sin ser nada

más que lo que era a su lado.

—Escucha, esto es lo que haremos: iremos a comprar el test y también un tinte de esos que no son permanentes y que no tienen amoníaco y esas cosas, porque creo que se supone que no debes teñirte durante el primer trimestre de embarazo. Elegiremos el más inocuo que encontremos, ¿vale?

Le contesté que sí con la cabeza. Nada de aquello estaba comprobado, pero no pensaba correr riesgo alguno, menos que menos con lo que me había costado llegar hasta allí, aunque fuese sin tener la certeza de si estaba embarazada o no.

Eso sí, quería teñirme porque no deseaba levantar sospechas frente a Olivier y Claudine. Si había dicho que me teñiría para recuperar mi color natural, eso haría.

—Sí. Está bien. —La solté y me limpié el rostro con ambas manos.

—¿Olivier tiene idea de...?

—No. —Un movimiento de mi cabeza acompañó mi respuesta—. Vomité la primera noche que estuve en su casa, cuando vosotras vinisteis a cenar, y vomité otra vez más por la mañana, mientras él dormía. Creí que era debido a los nervios, porque todavía no les he contado a mis padres lo del divorcio y, además, el abogado de Gastón insiste en que me ponga en contacto con él. Cuando me casé, firmé un acuerdo; mi marido ha congelado mis cuentas hasta que concretemos esos temas, y por eso no tengo un centavo. Se supone que debo contratar un abogado para que me lleve el asunto del divorcio, para que contacte con el suyo y así se haga efectivo el contrato prenupcial. Me corresponde una pensión, nuestra casa, una manutención mensual, una cantidad si teníamos un hijo varón, una distinta si teníamos una niña, manutención para ellos...

—¿Es broma? ¿Tu ex te iba a pagar sumas diferentes si le dabas un niño o una niña? ¿Acaso el tipo no sabe que el sexo de un bebé lo determina el padre? Disculpa lo que te diré a continuación, pero... ¿con qué pedazo de mierda te casaste, Antonia?

—Él no... —Se me cerró la garganta. Sí, quizá él sí. O tal vez no—. No planeaba divorciarme, pensaba que estaría casada para toda la vida, quería estarlo. —Y así, sin más, un mar de lágrimas comenzó a emerger de mis ojos.

—Él sí, Antonia, que primero te deja en la calle y, además...

—Gastón es así; sin embargo, no es un mal hombre, sólo que está acostumbrado a que todo en su vida sea de esa manera... Así fue cómo lo criaron, el matrimonio de sus padres fue igual y ellos aún continúan casados.

—Pobres de ellos —canturreó.

—No, de verdad que no es un mal hombre. —Y entonces, al decirlo, pensé en Olivier y lo comparé con él. Cada vez estaba menos convencida de lo que quería defender, lo que sucedía es que, si realmente estaba embarazada...

—Está bien, está bien, sé que no es el momento para esto. Vayamos a por el test de embarazo, el tinte y los tampones. Ahora no puedes decidir nada, porque aún no sabes si estás encinta o no.

Ojalá esa vocecita suave dentro de mi cabeza no insistiese tanto en que sí.

—Jackie, Olivier no puede saber nada... no, al menos, por el momento. Siquiera... necesito hacerme el test primero y cuando sepa si... Lo decidiré entonces, ¿de acuerdo?, no quiero decirle nada antes. Quizá sea una falsa alarma, un virus.

Jackie se mordió los labios para impedir que se le escapara una sonrisa.

—Jackie, por favor, que me estoy muriendo de la ansiedad.

—Lo peor que puede suceder es que vayas a ser madre.

Se me cayeron los hombros.

—Por supuesto que eso no es lo peor, Jackie, pero ni siquiera sé qué hacer con mi vida. ¿Qué se supone que haré con otra vida más en mis manos? ¿Qué clase de madre podría ser si ni tan sólo sé lo que quiero? No tengo idea de si quiero volver a casa, si eso sería lo correcto o no, si Gastón... y Olivier... Jackie, Oli quiere que conozca a su padre; me ha invitado a acompañarlo a su casa a pasar unos días para presentarme a su familia. Estuvo hablándome de su madre, me contó lo que sucedió. Imagino que tú lo sabes. —Por la cara que me

puso, sí lo sabía—. Me habló de su vida, de sus hermanos, de su padre. Quiero conocerlos. Ser parte de la vida de Olivier es... —No sabía cómo expresarlo—. No necesito explicarte que es un ser humano único y él... Olivier está... —Sin duda conocía las palabras, pero no podía hacer que saliesen de mí, no me atrevía a pronunciarlas en voz alta.

—¿Enamorado? —articuló ella por mí.

Tragué en seco.

—Todo esto es muy repentino, demasiado pronto. En realidad creía que, al menos, tendría esos días para conocerlo de verdad, para poder vivir esto con él, para acabarme de decidir... No es que sienta que deba escoger entre Olivier o Gastón, sino más bien quién quiero ser yo, lo que espero de mi vida. No tengo ni idea de lo que puedo llegar a ser, si será bueno para Olivier o para otra persona, Jackie..., siquiera para mi marido, y mucho menos para un hijo.

—Antonia, no digas esas cosas. Sea lo que sea, saldrás adelante. Todos encontramos el modo.

—Imagino que sí. Lo que sucede es que no deseo lastimar a nadie en el proceso. Y realmente quiero acompañar a Olivier a su casa. Quiero, al menos por unos días con él, tener la oportunidad de ser parte de su vida por completo.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Cómo no quererlo?

—No es eso lo que te he preguntado.

—Sí, lo sé. —Lo sabía, pues lo que me pasaba con Olivier era mucho más de lo que creía que podría sentir, que lo que intuía que merecía—. A veces el amor parece no hacer mucha diferencia. —O eso parecía desde mi experiencia.

—Sí la hace, Antonia. Y más si hablamos de Olivier. Pensaba que ya tenías claro eso de él.

—Sí, lo tengo claro, pero... si estoy embarazada... nada será igual. No

puedo cargar esa responsabilidad sobre sus hombros, ni tampoco quiero. Tiene veintisiete años, Jackie, yo treinta y seis. Él tiene toda la vida por delante.

—No hables como si fueses una anciana, Antonia.

—No es eso, es que no quiero obligarlo a hacerse cargo de un peso tan grande. Tiene mucho que vivir antes de encarar una situación semejante. Si fuese el padre, sería otra cosa.

—He visto el modo en que te mira. Se le nota lo que siente por ti.

—Lo que siente por mí bajo las condiciones actuales, no con un embarazo de por medio. Mejor vamos a comprar las cosas, no me gustaría tener que dar explicaciones de por qué hemos tardado tanto, Jackie. No sé ni cómo haré para hacerme el test sin que él se dé cuenta, que Olivier y yo apenas nos despegamos el uno del otro para ir al baño.

La vi amagar una sonrisa.

—No es gracioso, Jackie. —Lloré y reí, todo al mismo tiempo.

—No, es adorable.

—Jackie, por favor...

—¿Me nombrarás la madrina? Me lo tomaré como justo pago por lo que te preste por el tinte y el test de embarazo.

—Jackie —reí, con las lágrimas todavía cayendo por mis mejillas.

—Es broma. —Avanzó hacia mí y me abrazó—. Andando. Vamos de compras, que me muero por verte castaña. Mi novia sabe que las morenas me gustan.

—¿Jackie?! —chillé.

—Es broma de nuevo. Lo siento..., broma de mal gusto. Claudine y yo... Mejor no te meto en eso, que no estás para escuchar mis dramas.

—Claro que sí, me sentiré feliz de que me cuentes lo que quieras contarme. Vosotros tres, pese a todo... el modo en que me habéis recibido... y todo esto que haces por mí... Admiro la familia que habéis sabido formar.

—Ojalá nos dure, de verdad —me dijo, y sus ojos se pusieron tristes.

—¿Tan mal están las cosas entre vosotras dos?

—A veces me da la sensación de que Claudine está muy decidida a no ser feliz. Sus padres no aceptaron quién es y a veces parece que ella tampoco quiere permitirse serlo. Sé que estar conmigo, en ocasiones, no es sencillo, porque estoy muy dedicada a mi trabajo y mis padres me criaron de una forma distinta a la que ella fue criada; a mí siempre me dijeron que podía hacer lo que quisiera, que podía y debía luchar por lo que quería... A ella no han hecho más que ponerle un pie en la cabeza. Ok —se detuvo—. Ya, no quiero seguir hablando sobre todo esto. No es el momento. —Inspiró hondo y soltó el aire contenido en sus pulmones, con un largo suspiro—. Insisto, me harás feliz con nombrarme madrina.

—Jackie...

Me sonrió y, a continuación, se prendió de mi brazo.

—Andando, pongamos más celosa a mi novia.

Jackie me dio unas palmaditas en la espalda y me guio camino a la farmacia.

Nos pasamos una eternidad dando vueltas, porque ella consultó con la dependienta todas las marcas de tintes para el pelo, buscando la más inocua, y, después, sobre el test de embarazo más fiable.

Con el tinte castaño oscuro en las manos, miré una estantería, sin poder creer que estuviese comprando uno de éstos, porque había llegado a creer que ese momento no se presentaría jamás.

Jackie y yo estábamos las dos que no teníamos idea de cuál escoger; al final fue ella la que decidió que comprásemos tres, hecho que a mí me pareció una locura.

—Para estar seguras —insistió cuando le comenté que bastaba con uno solo, cualquiera de todos ellos.

Jackie lo pagó todo y, cogiendo para ella los tampones, me entregó la bolsa con los tres tests de embarazo y el tinte.

Saqué el tinte e hice un ovillo con la bolsa, cubriendo bien las cajas de los

tests, para mandarlos al fondo de mi bolso, donde iban a permanecer hasta que encontrase un momento seguro para sacarlos de allí y quizá esconderlos en el baño, de modo que me resultase más fácil, teniéndolos a mano, aprovechar la primera oportunidad que tuviese para hacerlos.

Asustado de tener la posibilidad

—Puedo leer esa mirada en tus ojos, Claudine —le dije, y ella volvió su rostro hacia el otro lado, hacia los árboles y los turistas que se alejaban por el camino con sus cámaras fotográficas en las manos, deseosos de captar todo lo que se presentaba delante de sus pasos.

—Es una locura —contestó ella, sin mirarme a la cara.

—¿Por qué?

—Como si necesitases preguntarlo.

—Te lo pregunto porque a mí no me queda tan claro. Sinceramente, no sé qué sucede contigo. No entiendo cuál es tu problema con ella, de verdad. Puedo aceptar que estuvieses preocupada por mí, y ya te he explicado de mil maneras distintas que no me estoy aferrando a Antonia para tener que sobrellevar estos días. Es más que eso. Sí, le ofrecí ayuda porque yo necesitaba ayuda para aguantar estos días, pero eso se disolvió al cabo de unas horas de conocerla. Esto es mucho más. No preveía que nada semejante acabase sucediendo, y mucho menos fue una situación que forcé. Sí, lo admito, estoy asustado ante la posibilidad de haber encontrado a la mujer de mi vida, lo que no creí que me sucedería jamás; sin embargo, estoy bien, estoy feliz. Sé que puedo tener mucho más con ella.

—¿Que no te sucedería? ¿En qué mundo, Oli? Olivier, no digas tonterías. Puedes tenerlo con quien quieras.

—No digo tonterías, lo que me pasa con ella es distinto. No me interesa buscar esto en nadie más.

Claudine chasqueó la lengua en señal de disgusto.

—Es distinto porque estás susceptible estos días y porque ella te necesita, porque te cruzaste en su camino justo cuando otro hombre la había dejado. ¿Crees que se hubiese fijado en ti si su marido no la hubiera abandonado mandando un correo electrónico?

El cabreo estalló en llamaradas sobre mis mejillas.

—¿Lo dices en serio?!

—Sí, totalmente en serio, y no porque tú seas el problema, ella lo es. Éstas son solamente unas vacaciones de su vida, Oli; no es su verdadera vida y nunca lo será. Resulta más que evidente que está acostumbrada a otras cosas. Tarde o temprano se aburrirá de vivir así y querrá regresar a aquello a lo que está habituada, y tú acabarás con el corazón roto.

Me quedé contemplándola, aturdido, intentando procesar sus palabras, que no tenía ni idea de dónde podían salir.

No tenía derecho a soltarme todo aquello; mi amiga no tenía ni idea de lo que sentía en compañía de Antonia. Lo nuestro no era un amorío de verano a puertas del invierno. Tampoco era un simple *affaire*. Hay cosas que no se pueden fingir, cosas que no puedes imaginar. Antonia, su presencia, su mirada... Sabía que sus gestos para conmigo eran reales. Sí, ciertamente podía tener miedo de tomar una decisión porque lo sucedido con su marido era muy reciente; por lo demás, todo entre nosotros era real e intenso.

—Por eso me parece que es una locura que quieras presentársela a tu padre. ¿Qué harás cuando ella se largue?, ¿cómo se lo explicarás a Cid? Además, dudo de que a tu padre le alegre mucho verte con una mujer como ella...

—Ni siquiera sé por dónde comenzar a contestar todo lo que has dicho. ¿Una mujer como ella?

—Oli, busca a alguien de tu edad —replicó, dirigiéndose a mí como si fuese estúpido. Eran contadas, con los dedos de una sola mano, las veces que ella y yo discutíamos; ésa sería una de ellas y desde ya sabía que no sería

como las anteriores. Para mí no era sencillo enfadarme; sin embargo, Claudine comenzaba a sacarme de quicio.

—¿No eres capaz de entender que no buscaba a nadie, que simplemente la encontré? ¿Qué mierda pasa contigo? Te digo que estoy loco por ella, que estoy asustado porque creo haber encontrado a la mujer de mi vida, y tu plan, en lugar de apoyarme, es tratarme como si fuese un estúpido incapaz de ver la realidad.

—Es que no estás viendo la realidad. Antonia todavía está casada con su marido. ¿Al menos sabes si piensa divorciarse o no, si está enamorada de su marido todavía? Esa mujer no sabe ni lo que quiere ni lo que es, y tú haces planes de futuro, estoy segura. No puede darte nada, Olivier.

—¿Cuál es tu puto problema?! —estallé, alzando la voz, y una pareja mayor que paseaba por el parque, cogida de la mano, se volvió para mirarme, deteniéndose por un instante—. Buenas tardes —los saludé, acompañando mis palabras con una inclinación de cabeza. La pareja siguió de largo, los dos poniéndome mala cara, como si los hubiese insultado—. Que lo tuyo con Jackie no funcione no quiere decir que lo mío con Antonia tenga que fracasar también. ¡Joder, Claudine, que estoy enamorado de ella y no pienso darme por vencido sin intentarlo siquiera! ¡Si deseas recuperar a Jackie, ve a por ella! Si no tienes el coraje de afrontar que la amas y te ama, y que vuestra relación puede ir a más si das el paso, no la tomes conmigo —le solté, y vi su rostro descomponerse de tristeza al instante. Así, en un parpadeo, me arrepentí de haberlo dicho. Ella, con los ojos anegados en lágrimas y el labio inferior temblándole, se dio media vuelta y comenzó a alejarse de mí a toda prisa. La llamé y no se detuvo—. Claudine, por favor —insistí, y nada—. ¡Claudine! —grité, y salí corriendo tras ella—. Tienes que dejar de intentar protegerme, puedo defenderme solo.

Giró la cara, sin parar de andar a toda velocidad. Lloraba a mares.

—Claudine, lo siento, no he pretendido... ¡Claudine! —Eché a correr, y yo tras ella. La alcancé y, agarrándola por el codo, la obligué a detenerse—. Lo

siento, no he querido decir eso..., no he debido. No quiero discutir contigo. Por favor, perdóname, es que me saca de...

—¡Suéltame! —Tiró de su brazo para librarse de mí. No se lo permití.

—Sabes que te quiero, que eres importante para mí. Eres mi familia, Claudine. Ahora mismo necesito que me apoyes, porque esto no es algo de una noche, voy en serio. De ser de otra manera, jamás se la presentaría a mi padre; sabes que no. No quiero perderla ni quiero perderte a ti, pero no puedes tratarla así... He visto el modo en que la miras, el modo en que reaccionas a cada cosa que dice, como si pusieses en tela de juicio cada una de sus palabras. No tienes por qué comportarte como una arpía con ella. Antonia no es mi salvavidas y tampoco es tu saco de boxeo. Si tienes cosas que decir, se las dices a Jackie, es con ella con quien debes hablar; es más, imagino que ella espera que lo hagas. ¿Cuánto tiempo más crees que va a soportar esto? Sabes que su carrera es importante para ella. Puedo entender que a veces te sientas sola, pero deberías ver que, cuando ella intenta estar contigo, la apartas lejos, rechazando cada gesto de cariño que te da. Joder, Claudine, que deberías saber muy bien que esa mujer te ama. No estás poniéndoselo fácil.

—Genial, encima te pones de su parte.

—No, no me pongo del lado de nadie más que del mío. Es que sé que la persona que tengo frente a mí ahora no eres tú. Nunca antes habías tratado así a nadie que estuviese conmigo, y esas otras personas que pasaron por mi vida no son lo que es Antonia para mí. Esta vez vale la pena y estás esforzándote en sabotearlo.

—No es así —lloró, defendiéndose.

—Pues lo parece. Si no sale bien, me refiero a lo mío con Antonia, será mi responsabilidad, Claudine, no la tuya.

—No quiero verte sufrir. Ya has sufrido suficiente para una vida entera.

—Lo dudo, Claudine, y sin duda lo sabes: hay gente que tiene vidas que no se comparan con las nuestras. —El primer ejemplo era mi madre; ella apenas había tenido la oportunidad de vivir nada, de disfrutar nada; sus adicciones la

hicieron subsistir a medias hasta que se le acabaron las fuerzas para seguir, hasta que creyó que no tenía nada en absoluto para darle a este mundo o a su hijo, lo cual no era así, de ninguna manera. Mi padre me había contado cosas de ella que yo no tuve oportunidad de presenciar, como que gastaba, lo que no se le iba en drogas o alcohol, en ayudar a la gente que se encontraba por la calle; que solía comprar comida y café para los sintecho; que regalaba su ropa; que, cuando vivía sola, tenía por costumbre alojar a gente en su destartado piso, para que tuviesen un lugar caliente y seco donde pasar al menos una noche. Mi madre era una buena persona con un gran corazón, pero no pudo salir del oscuro pozo al que ese mismo corazón la lanzó. Y, como ella, podría mencionar a tantas otras personas, con sus mismos o con otros problemas, que tenían vidas tanto más complicadas que las nuestras. La mía era solamente una pequeña historia, insignificante, de la cual no me atrevía a quejarme, ni podía hacerlo—. Sé que lo dices de todo corazón —continué diciendo, para no pensar más en mi madre, porque no quería llorar—, pero... —Mi mano bajó desde su codo hasta su mano, la cogí y le di un apretón—. Es mi responsabilidad, no la tuya. Deberías estar contenta de que me arriesgue a apostar por algo. ¿Cuánto tiempo más estaré metiendo extraños en mi casa o pasando por camas desconocidas para regresar al vacío de siempre? —Entoné aquello atragantándome con mi propia saliva. Pronunciar aquellas palabras no me resultaba sencillo; sin embargo, estaba harto de vivir siendo sólo el buen muchacho que ayudaba a todo el mundo... Quería que, por una vez, alguien me ayudase a mí, y Antonia estaba haciéndolo, estaba llenando mis espacios vacíos y haciendo que mis heridas comenzaran a sanar. Por primera vez en mi vida, con ella, por ella, me animaba a pasar por encima del miedo de hacer daño, de equivocarme, de descuidar a quien amas. Era la primera vez que sentía que podía hacer a un lado todo lo que me pesaba la muerte de mi madre, porque, si bien había escuchado de las voces más distintas que aquello no había sido mi responsabilidad, mi voz, diciéndome que debería de haber hecho más, que no debería haberme conformado con haberme quedado allí

sentado a su lado, llorando, siempre había sonado más fuerte, acallando las otras voces.

El miedo me había paralizado entonces; no pensaba permitirle paralizarme de nuevo.

—No digo que debas vivir siempre solo.

—Mi padre estará de regreso mañana. Hoy, temprano, lo he avisado de que no estoy solo. Sabe que me acompaña Antonia y que iré a casa con ella.

—Eso no me lo habías dicho.

La solté.

—No te lo he dicho hasta ahora porque he imaginado que te pondrías como loca. Ojalá entiendas que esto es lo que quiero, Clau. Escucha: nuestras vidas están cambiando; encontraste a Jackie y yo he encontrado a Antonia. Deberíamos estar contentos, deberíamos agradecer lo que nos sucede, no pelear. Nos dijimos que estaríamos siempre el uno por el otro y así será, ahí estaré para ti cuando lo necesites, pero no por eso nuestras vidas tienen que seguir siempre igual. El edificio seguirá siendo nuestro refugio, continuaremos siendo nosotros, pero espero que no fuese tu idea que permaneciésemos el resto de nuestras vidas allí escondidos.

Un par de grandes lagrimones corrieron por su rostro.

—No planeo abandonarte, y espero que no me abandones tú a mí. Algunas cosas cambian, Claudine; otras, por suerte, siempre continuarán de la misma manera. Nosotros dos siempre tendremos esto. Nuestra relación no es algo que nadie pueda terminar, excepto nosotros mismos; por eso te pido, por favor, que intentes comprender lo que me pasa con Antonia. —Se quedó mirándome, sin contestar nada—. Ya he dicho todo lo que tenía para decir. Solamente piénsalo. Nos iremos unos días. Ojalá, cuando regresemos, podamos salir a comer todos juntos y no la mires así y, por el contrario, intentes acercarte un poco a ella. De verdad que me haría muy feliz que así fuese. —Inspiré hondo—. Si no puedes hacerlo..., pues, entonces, no te obligaré a verla, pero no

esperes que me aleje de ella. No quiero tener que elegir, y ya te digo que tampoco estoy dispuesto a perderla.

Nos quedamos en silencio, el uno frente al otro.

Mi móvil comenzó a sonar.

Lo saqué del bolsillo de mi abrigo. Era Jackie.

—Hola, preciosa. ¿Ya tenéis todo lo que habéis ido a buscar?

—Sí, ¿por dónde andáis? —me contestó.

Contemplando a Claudine limpiándose el rostro con las mangas de su suéter, le expliqué dónde estábamos.

Al cabo de diez minutos, Antonia y Jackie se reencontraron con nosotros. En cuanto la tuve a ella otra vez para mí, la abracé. Paseamos un rato nosotros dos, pegados el uno al otro, con Antonia sujetándose de mi cintura como si no estuviese dispuesta a volver a alejarse de mí otra vez.

Me angustió ver a Claudine y a Jackie andando sin ni siquiera tocarse, apenas dirigiéndose la palabra.

Fui yo quien sugirió que emprendiésemos el regreso a casa, porque necesitaba descansar un poco más antes del concierto de esa noche.

Le había prometido a Antonia que la ayudaría a teñirse; sin embargo, cuando mencioné que quería dormir un poco de siesta, Jackie se ofreció a reemplazarme en la tarea. Así fue cómo, en la remontada de la escalera hacia mi piso, Claudine nos abandonó al pasar por su puerta, y Jackie, Antonia y yo seguimos ascendiendo.

Las vi prepararse en la cocina, con la caja del tinte castaño oscuro sobre la mesa y Antonia acomodando una toalla vieja sobre sus hombros mientras Jackie se detenía detrás de ella con un peine en la mano, dispuesta a darle libertad a su cabellera.

—Cuida de ella por mí —le pedí a Jackie, siendo feliz de que, al menos ella, accediese a acompañar a Antonia en eso. Noté que las dos estaban a gusto juntas y no pude estar más contento por mi chica.

—Claro, no te preocupes; juro que no perderá la melena ni nada por el

estilo. Será una sorpresa para ti cuando te levantes de dormir y la veas castaña.

Me moría de ganas de verla con ese color de pelo; de verla tal cual era.

Bajé los ojos hasta Antonia y ella subió su mirada hasta la mía para que nos encontrásemos a mitad de camino.

—¿Cómo lo llevas? —curioseé.

—Estoy nerviosa; hace más de dieciséis años que voy de rubia.

—Vamos, los dos, que es pelo, nada más. Antonia, si no te gusta, mañana te lo pones de otro color —le dijo Jackie, dándole un apretón en los hombros.

Los ojos de Antonia se llenaron de lágrimas.

Me incliné sobre la mesa y besé sus labios.

A ella se le escaparon un par de esas lágrimas.

—Vamos, vosotros dos, no os pongáis empalagosos delante de mí, que va a teñirse el cabello, no a someterse a una cirugía para cambiarse la cara.

Antonia sonrió, todavía llorando, y yo volví a besarla.

—Todo saldrá bien —susurré en sus labios.

—¡Claro que sí! Lárgate a dormir, Olivier. Para cuando despiertes, tendrás a una estupenda morena aquí.

La sonrisa de Antonia se amplió.

—Bien, os dejo. Si necesitáis algo, lo que sea, me llamáis.

—Es ponerle el tinte en el pelo, nada más.

—Sí, pero...

—Lárgate ya, Labelle.

—Sí, ya me voy. Ok, que os divirtáis; os veo en un rato.

—Gracias, Oli —me dijo Antonia, y no supe por qué me lo agradecía. Le sonreí—. Os veo luego.

—Sí, vete de una vez. —Jackie comenzó a soltar el cabello de Antonia.

Cuando volviese a verla, no tendría el mismo aspecto que Antonia había tenido viviendo con su esposo, y quizá para él aquel cambio de color de pelo

no significase mucho, pero para mí era un paso increíble, como si ella estuviese confesándome que lo que tenía con su marido se había acabado.

Tenía ese gesto suyo y no necesitaba que me dijese que ya no amaba a su esposo o que no quería volver con él. Ese modo de proceder, en ese momento, era tanto más significativo, más contundente.

Caminé hasta la puerta de la cocina y, al llegar a ésta, me di media vuelta. Antonia me miró y sonrió.

Así, con el recuerdo de su sonrisa y su aroma en las sábanas, me quedé dormido.

¿Es la vida real?

—Listo, ahora solamente resta esperar. —Jackie apartó sus manos de mí después de masajear mi cabello para que quedase bien impregnado en el perfumado tinte que tenía mi estómago a mal traer—. ¿Cómo lo llevas?

Le había dicho que el olor me provocaba náuseas y por un momento tuvimos que parar con la coloración, porque temía tener que salir corriendo al baño a vomitar.

—Estoy mejor. Quiero ir a verme. —Necesitaba ver mi rostro enmarcado en cabello castaño, aunque todavía tuviese la crema colorante en la cabeza. Sabía que, incluso así, se notaría la diferencia. Tenía pánico de no reconocermé a mí misma con el aspecto que tenía cuando yo era otra yo, cuando creía que podía hacer de mi vida lo que quisiera, cuando soñaba con posibilidades infinitas.

—No, mejor te quedas aquí sentada. —Jackie todavía tenía los guantes puestos y sucios de tinte, por lo que me empujó hacia abajo con sus antebrazos—. Te juro que te queda genial. —Se asomó un poco por mi lado izquierdo para mirarme a la cara. Sonreía.

Sonreí debido a los nervios.

—Tranquila, te queda... Nunca debiste quitarte tu color de pelo. De verdad. Tú, relájate. ¿Te preparo un té? Te sentará bien.

—Gracias.

—No tienes que dármelas. —Sonriendo, me guiñó un ojo. Recogió el bote de tinte de la mesa, junto con la caja y el resto de las cosas, y lo fue a tirar todo a la basura.

Miré la hora en mi reloj para controlar el tiempo, y luego me giré y la vi deshacerse de los guantes sucios.

—Jackie —la llamé, y ella se volteó en mi dirección, quedándose a mitad de camino de tomar el calentador de agua de la encimera—. Eres la primera amiga que tengo en mucho tiempo. Suena patético que así sea, pero lo eres, y me alegra que seas tú.

Jackie rio suave, meneando la cabeza. Asió el calentador de agua.

—Es bueno que seas tú también. Es agradable hablar contigo. ¿Sabes qué? La vida no es tan perra como parece, tiene sus cosas buenas, muchas, si te permites verlas. Éste es un buen momento, contigo ahí sentada, el frío fuera, té en camino..., ese tipo durmiendo en su cuarto —apuntó con la cabeza en dirección a la puerta de la cocina—, este piso; pese a todo, también el almuerzo de hoy, el haber podido acompañarte a comprar el test de embarazo... Sé que no estás muy segura de nada, pero yo nunca creí que tuviese que comprar uno, ni siquiera uno que no fuera para mí. No es para ponerte presión, apenas nos conocemos y no sé lo que querrás hacer de tu vida, pero... —colocó el calentador de agua, con la tapa levantada, justo debajo del grifo, con la mano izquierda a punto de abrirlo—... realmente creo que serías una buena madre. Tú amarías a tu hijo y, sucediera lo que sucediese, se lo demostrarías a cada instante, lo harías sentir seguro, y eso es todo lo que un hijo necesita; lo digo por experiencia propia y por lo que veo en... —se interrumpió—. Olivier es de derrochar amor y cariño... Tú también tienes esos gestos; aunque no te des cuenta, lo haces. Acabas de hacerlo.

Jackie me dejó sin palabras.

—Quiero que sepas que estoy dispuesta a ayudarte en todo lo que necesites, aunque lo tuyo con Olivier no siga, sea lo que sea... En realidad, espero que lo tuyo con él continúe, porque se os ve muy bien juntos, pero, si quieres quedarte aquí y las cosas con él no funcionan, pues... cuentas conmigo para lo que haga falta. No soy Olivier; sin embargo, tengo un buen trabajo y podría echarte una mano hasta que... no sé. Lo que quiero decir es que, si deseas

quedarte aquí y tenerlo, cuentas conmigo para todo lo que precises. Es eso, nada más, que me he puesto sensible. Es la puta regla que está por venirme. — Se le escaparon grandes lágrimas, acompañadas de una amplia sonrisa.

Reí, y ella conmigo.

Me puse de pie y fui a abrazarla.

—Perdona por este momento de ñoñería.

—Gracias, Jackie.

—Gracias a ti.

Me alejó de ella con cariñosos empujones.

—Aparta, que me mancharás toda con el tinte. Además, que no se despierte Oli o aparezca por aquí mi novia, que tú y yo tendremos problemas si nos ven así.

—¿No deberías bajar con ella? —le pregunté al cabo de un instante, no porque quisiera que se fuera, todo lo contrario, sino porque no quería que tuviese más problemas con Claudine por mi culpa.

—No, yo también necesito este momento para mí.

—¿Qué sucederá entre vosotras?

Jackie abrió el grifo. Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Sé que me quiere y yo la amo... Lo que sea, no me perderás, pues Olivier también se ha convertido en un buen amigo para mí y esto —nos señaló a ambas por turnos— también tiene futuro.

—Ojalá.

—Verás que sí.

Preparó el té y, después de los primeros tragos, en los que creí que vomitaría hasta mi apellido, me entró hambre. Jackie me pasó unas galletas, conversamos un rato de tonterías y, después, me ayudó a lavarme el pelo y a secármelo.

Con sus manos sobre mis párpados, me dirigió hasta el espejo del baño situado junto al cuarto que ocupé cuando llegué.

—A la de tres —había dicho ella. Así que contó, apartó sus manos de mí y,

después de un segundo, abrí los ojos. Apenas podía creer lo que veía.

—¿Es la vida real? —le pregunté, contemplando mi melena castaña otra vez conmigo. Me sentí como yo misma dieciséis años atrás, como yo cuando la vida me guiñaba un ojo, cuando soñaba con París al lado de un gran amor, teniendo una vida llena, plena; una vida con valor para conseguir mucho más.

Se me puso la piel de gallina y las lágrimas volvieron a mí; no fueron lágrimas de tristeza, sino de felicidad, de ilusión.

Era la vida real y me sentía real. Nada mejor que eso, que sentirme auténtica.

En el espejo, vi reflejada la sonrisa de Jackie a mi lado.

—No es que el rubio te quedase mal, es que este color es más tú. Al menos, a mí me lo parece. Podría ser el verde, pero en sí no es el color, sino la estúpida sonrisa en tu rostro..., tu mirada. Estás feliz con el cambio, ¿no es así?

Con un nudo de felicidad en la garganta, asentí con la cabeza.

—Me alegra que así sea. ¿Ves como sí se puede?

Sí, era posible.

—Ok, mi trabajo está hecho. Ahora mejor me voy, que me imagino que aquél, cuando despierte y te vea así..., bueno, no necesito decir lo que sucederá. Podrías ir a despertarlo tú y darle la sorpresa, que si sigue durmiendo se os hará tarde.

—Jackie...

—Joder, ya deja de llorar, Antonia, que volveré a llorar yo también y no soy de este tipo de reacciones. ¡Anda, anda ya! —A empujoncitos, comenzó a sacarme del baño—. Diviértete esta noche con Oli.

—Eso haré.

—Y, si necesitas ayuda con los tests, me avisas.

—De acuerdo.

—Y, cuando tengas el resultado, me avisas también... Me llamas, me gritas, ¿de acuerdo?, que aquí estoy.

—Sí, lo sé, Jackie. Gracias.

Se despidió de mí después de que la acompañara hasta la puerta.

Giré sobre mis talones y apoyé la espalda contra la puerta para mirar hacia el salón. El sol caía, cobrizo, sobre los techos de París.

Tardaría en asimilar que eso podía ser la vida real, que la vida podría ser lo que yo me atreviera que fuese, lo que quisiera que fuese.

Se me escapó una sonrisa.

No me daría por vencida antes de intentarlo todo.

Despegué la espalda de la puerta y puse mis pies rumbo a la habitación.

Las tablas del suelo crujieron bajo mis pies. Aquellos crujidos me provocaban estremecimientos de placer. El hecho de que el parquet sonase así me hacía sentir como si el suelo estuviese vivo, como si conversara conmigo, reaccionando a mi presencia. Eran crujidos suaves, profundos.

El suelo me brindaba su compañía en mi camino hacia él.

La puerta de la habitación estaba abierta de par en par. Olivier dormía con el rostro vuelto hacia la pared, hacia el lado del colchón que yo solía ocupar. Se había acostado vestido para echarse una manta encima.

La visión de su cabello me hizo inspirar hondo, buscando percibir su perfume.

Alcancé el colchón y me agaché ante éste. Olivier aún no se había percatado de mi llegada.

Levanté el extremo de la manta y, despacio, me acomodé a su lado, para pegarme a su espalda. Lo abracé, apretándome a él.

Todo su cuerpo reaccionó a mí, despertando. Atrapó mi mano derecha entre las suyas.

—Hola —me saludó con mucha voz de dormido.

—Hola —le contesté, hundiendo mi rostro entre su nuca y su cuello. Olía como los dioses. Su piel no podía ser más varonil, más rica, más él.

—¿Estás morena?

—Todo lo morena que se puede estar —le contesté.

—¿Y te gusta?

—Me encanta —admití, feliz—. A ver qué te parece a ti.

—Antonia —entonó mi nombre comenzando a darse la vuelta sobre el colchón para enfrentarme. Tenía una cara de dormido increíble, pero, al cabo de un parpadeo de sus ojos hinchados, sus cejas treparon sobre su frente. No podía tener los ojos más abiertos—. ¡Guauuu!

Aquello se le escapó en un jadeo.

—¡Guauu! —lanzó otra vez, tomando un poco de distancia al echar la cabeza hacia atrás—. Guau, guau, guau. Es... Te queda... ¿Por qué te quitaste el castaño? ¿Fue para evitar que los hombres te persiguieran por la calle? Hiciste bien. Quiero que sepas que, desde ya, tienes terminantemente prohibido salir a la calle sin mí.

Me carcajeé y lo besé.

—Que no es broma, Antonia. Tú no sales a la calle sola, que te pierdo.

—Tonto... —Volví a abrazarlo y a besarlo.

—Me encanta. ¿Soy yo o con el castaño los ojos te brillan más y tu sonrisa es mayor?

—No es el castaño, eres tú —dije, sintiéndome plena con sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—No, eres tú. Me alegro por ti. Jackie ha hecho un buen trabajo. —Una de sus manos pasó por mi frente, acariciando mi piel y el nacimiento de mi cabello. Sus dedos tomaron un mechón, que se deslizó por su piel hasta que se le escapó de los dedos para caer sobre mí otra vez.

—Sí, ha hecho un buen trabajo.

—¿Y Jackie...?, ¿ya se ha ido?

Asentí con la cabeza.

—Qué bien, porque tengo toda la intención de hacerte el amor ahora.

Reí sobre sus labios.

Olivier me besó, para comenzar a desnudarme... y yo a él.

Una y otra vez, sus manos registraron mi melena castaña desparramándose

por mi espalda y cayendo alrededor de su rostro como una cortina que nos dejaba en penumbras para esconder para nosotros las miradas que nos dimos. Si él tenía miedo de perderme, yo a él, y el poder tenerlo encerrado entre mi cabello supuso un alivio y un placer impagable.

Tomó mi cuerpo y yo el suyo.

Fuimos más nosotros dos que todas las otras veces; aunque yo no creía que hubiese un modo de estar todavía más juntos, más unidos, lo hubo.

* * *

Por cuarta noche consecutiva, nos montamos en la furgoneta para ir a buscar al resto del grupo.

Nuestra primer escala, Lianne. A pesar de nuestro encontronazo de la noche anterior, fui relajada, más de lo que pensaba que podría estar frente a la mujer que sabía que tenía sentimientos por Olivier; no me quedaban dudas de que aquella chica no quería ser solamente su amiga.

Olivier detuvo la camioneta frente a su portal.

Bajamos juntos y, al instante, ella captó que mi color de pelo no era el mismo.

No hizo ningún comentario al respecto, ni siquiera con una mirada. Su aspecto tampoco era el mismo de la noche anterior. Ese día el frío apretaba y, así como yo me había subido a un par de botas de caña muy alta, color violeta, sobre mis vaqueros rotos, un suéter negro de Olivier y mi abrigo, ella también iba mucho más abrigada y menos glamurosa. Y lo que también noté, aunque fuese un cambio menos sutil que mi cabello de rubio a castaño y del vestido de Lianne a sus vaqueros, fueron los gestos de Olivier hacia mí, frente a ella. No creo que su mano buscándome constantemente, así como sus sonrisas o sus miradas fuesen para demostrarle nada a Lianne ni para hacerla a un lado (definitivamente, no, Olivier no era esa clase de persona), sino que eran gestos

que debían pretender demostrarme a mí que él estaba conmigo... como si en realidad no me hubiese demostrado ya que lo estaba.

Fuimos a por Maurice y él, básicamente, montó un escándalo por mi color de pelo, el cual me hizo gracia porque comenzó diciéndome que cómo me había atrevido a quitarme el rubio cuando me quedaba tan bien para terminar con frases como que el castaño me hacía parecer más peligrosa o que así me parecía mucho más a no sé qué actriz.

Noté que, en un par de ocasiones, mientras los cuatro compartíamos la cabina de la furgoneta de camino a casa de Didier, Lianne se quedó mirando a Maurice como si esperase ella también algún comentario.

El pobre de Maurice le había dedicado comentarios de sobra la velada anterior, y ella lo había ignorado.

Así somos, pensé viendo el perfil serio de Lianne, por delante del cual asomaba el feliz rostro de Maurice, quien continuaba soltando su opinión sobre mi aspecto, en ese momento centrándose en mis botas violetas.

Olivier reía. Maurice no se bajaba de esa nube de energía suya. Lianne tenía la vista fija al frente. Mi mirada se quedó en ella; se dio cuenta y me miró.

—Hace frío hoy —solté, porque no sabía por dónde empezar, y hablar sobre el tiempo al menos era un primer intento de procurar cambiar el ambiente en el que nos quedamos la última vez que ambas estuvimos frente a frente.

—Sí —me contestó, y con esa respuesta, su frente se relajó un poco—, hace más frío que ayer.

—Olivier, ¿y si subes la calefacción, que las damas se nos congelan? —soltó Maurice.

—Al instante —exclamó Oli—. Humm... Ahora mismo se me antoja un chocolate caliente.

Mi estómago crujió y lo oyeron todos los presentes.

—¿Te ha entrado hambre? —me preguntó Oli entre risas.

—Eso parece —le contesté. Mis tripas crujieron otra vez.

—Deberíamos comprar unas pizzas para cenar mientras montamos el equipo, que ahora me has hecho entrar hambre a mí también.

—Yo la quiero con cebolla, rúcula y olivas —intervino Lianne, con voz cantarina.

—Me encanta la de rúcula con jamón y queso brie —se me escapó a mí.

—Humm... Ni que lo digas... —Lianne sonrió—. También podríamos comprar unos panes de ajo —añadió, pícara, y la noté mucho más distendida.

—Lo que desees, lo tendrás. —Maurice no tardó ni un segundo en reaccionar.

—Que sean dos para mí.

—Todos los que quieras.

—No sé cómo podéis comer eso —se burló Oli—, después apestáis a ajo.

—Nos encanta el pan de ajo. Ninguno mejor que el de Nicki's. ¿A ti te gusta, Antonia? Dime que sí y demuéstrole a Olivier que él es el único anormal que lo detesta.

Reí.

—Sí, sí me gusta. De hecho, me encanta el ajo.

Olivier por poco se desnucó para mirarme. Fingió una expresión seria que no iba con su rostro.

—No me digas eso, ¿cómo puede ser que te guste el ajo?

—Me encanta.

—Antonia, no me digas eso —gimió, exagerando.

—¡Ves! Algún defecto tenías que tener, Olivier. Aquí somos todos más inteligentes y sabemos apreciar la buena gastronomía. Debería darte vergüenza.

—Pues, si coméis ajo, los tres volveréis caminando esta noche, que aquí no entraréis.

—O vuelves caminando tú y yo me llevo a las damas conmigo, que puedo conducir. Tú vuelves a pie.

—Ni loco pienso darte las llaves de la furgoneta.

—Yo también tengo carnet, uno internacional; puedo conducir yo.

—¡Eso! Imagino que a Antonia no le negarás las llaves.

Olivier, con una sonrisa, me miró de reojo.

—¿Cómo es posible que no te guste el pan de ajo?

Me contestó con una sonrisa.

—Ya verás como a partir de hoy empezará a gustarte.

Me carcajeé ante el comentario de Maurice.

De un ambiente un tanto tenso pasamos a hablar de tonterías. Recogimos a Didier y de allí pasamos por una pizzería para comprar unas cuantas porciones de todos los gustos habidos y por haber, además de unas cuantas piezas de pan de ajo, de las cuales le obligamos a probar a Olivier.

Comió la mitad de uno y después desistió, pidiéndome disculpas y recalcando que yo podía comerlo, pero que a él le daba asco. Bromeamos y cenamos a gusto, allí apretujados en la cabina de la camioneta, en una noche que ya no se sintió tan fría.

El concierto fue grandioso; los cuatro volvieron a tocar de maravilla, igual que en las otras ocasiones, y su público disfrutó de la música con ellos.

Antes de regresar al piso, esa madrugada de lunes, los cuatro paramos frente a un puesto ambulante que vendía café y otras bebidas y pedimos, para todos, chocolate caliente y unos gigantescos *croissants* que aún estaban tibios.

Para cuando caímos sobre el colchón, exhaustos y felices, comenzaba a amanecer.

* * *

De entre la ropa caída junto al colchón, rescaté la camiseta que Olivier había usado la noche anterior. Al metérmela por la cabeza, me invadió su perfume. Encima me eché el suéter negro que él me había prestado. De la cajonera que había en un rincón, saqué un par de calcetines y así, con los pies

enfundados en éstos, salí de la habitación en su búsqueda. Eran las cuatro y media de la tarde y el sol, tibio, reposaba sobre París. No recordaba cuándo había sido la última vez en la vida que me había levantado un lunes a semejante hora; probablemente, nunca.

Todavía muy dormida y con el pelo revuelto, atravesé el corredor y, en cuanto pasé por delante de la puerta del baño, recordé que se suponía que debía hacer algo en cuanto me levantara.

¡Los tests de embarazo! Mi estómago, que no me había molestado hasta ese momento, se convulsionó. Tuve que detenerme allí mismo, porque el mundo se puso a girar a mi alrededor.

—¿Antonia?

Alcé la cabeza para ver aparecer a Olivier por detrás de uno de los sofás, con un disco en la mano. Debía de estar agachado junto a la estantería que tenía entre el equipo de música y sus instrumentos. En su otra mano llevaba su móvil, el cual, al hablarme, alejó de su cabeza.

—¡Hola! —me saludó.

—Buenos días. Mejor dicho, buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Cómo has amanecido?

—Bien —mentí, percibiendo que se me humedecía la piel, con diminutas gotas de sudor helado.

—¿Te apetece café? ¿Algo de almorzar quizá? Ya se nos ha pasado la hora de todo, que yo me he levantado hace apenas quince minutos. Estoy hablando con mi padre. Te espero en la cocina, que tengo el cargador allí y estoy quedándome sin batería.

—Sí, sí —medio balbucí a toda prisa y sin aliento.

Olivier me guiñó un ojo y se dio media vuelta para enfilar en aquella dirección.

—Hola, papá; perdona, es que Antonia se ha despertado —oí que le decía—. Aquí lo tengo, yo tenía razón... Ahora mismo te paso una foto para que lo veas, es del setenta y cuatro, no del setenta y siete...

La voz de Olivier escapó a mis oídos.

Sus ojos volvieron a mí antes de que entrara en el pasillo que conducía a la cocina.

—¿Todo bien? —preguntó desde la distancia.

—Sí. —No podía retroceder sobre mis pasos para ir a buscar los tests de embarazo que había escondido entre los pares de zapatos. No podía tardar demasiado tampoco y, sobre todo, no me sentía en condiciones de soportar el resultado que diesen, fuera cual fuese.

Sosteniéndome de las paredes, caminé por el corredor hasta que éste dejó de ofrecerme su apoyo.

Oí a Olivier reír a carcajadas en la cocina.

Con pasos cortos y lentos, continué mi camino, dándole tiempo a mi cabeza a reubicarse. Por suerte mi estómago se calmó muy pronto.

—No, papá, no hace falta.

Se mantuvo un momento en silencio.

—Que no, está todo bien —le decía él con voz alegre mientras sacaba de la nevera unos huevos, estirándose y contorsionándose de forma extraña para que no se le desenchufase el cable del cargador del móvil—. Sí, estuve bien. Si quieres, le pides a ella que te lo confirme cuando la veas. —Se movió hasta la encimera, todo sin percatarse de que ya me encontraba allí—. Sí, hoy tocamos allí y hasta dentro de dos semanas no volveremos a actuar en ningún sitio. Didier se va unos días a Grecia con su novio y Maurice está ayudando a un alumno suyo para un examen del conservatorio, de modo que tenemos vacaciones. —Hizo una pausa—. Sí, ya lo ves, esto está planificado. Iremos. Los dos estamos ansiosos por pasar unos días con vosotros.

Su padre le dijo algo y Olivier se carcajeó.

—No, papá, no es solamente por eso, pero gracias por dejarnos una habitación en el otro extremo de la casa —soltó—. Quiero que la conozcan y a ella le entusiasma la idea de conoceros a vosotros.

Puse un pie dentro de la cocina. Olivier se había quedado quieto, de

espaldas a mí, con su mano todavía sobre la bandeja de los huevos encima de la encimera.

—Bueno, cuando a ti te parezca bien. Espero que no terminemos muy tarde. Por la mañana tengo que ir a devolver la camioneta; imagino que para mediodía... —articuló al cabo de un momento, y después se detuvo—. No, papá, no quiero una camioneta. ¿Qué haría yo con una furgó? Aquí difícilmente encuentras lugar para aparcar. —Otra vez se detuvo—. Papá, no tiene sentido que hablemos de esto ahora, ¿de acuerdo? Lo dejamos para otro momento. —Otra pausa—. Tampoco necesito un coche. ¿No tienes entrevistas que dar? —le preguntó entre risas—. Lo ves. Ve y ocúpate de tus asuntos; nos vemos mañana.

Di un par de pasos hacia el interior de la estancia y él se volvió al oírme llegar.

—Sí, papá, es que ahora mismo tengo frente a mí a una bellísima mujer a la cual alimentar, ya que todavía no hemos desayunado ni almorzado ni nada.

Todavía con su padre al teléfono, rodeó mi cintura con uno de sus brazos y besó mi mejilla.

—Bien; cuando esté libre, te llamo. Te quiero, papá. Hasta mañana.

Su padre le dijo algo y, mientras tanto, él se mantuvo con los ojos fijos en mí, sonriéndome.

—Adiós, papá —le contestó después de reír bajito. Meneó la cabeza, poniendo los ojos en blanco. Parecía divertido y de muy buen humor, lo cual me hizo feliz. Imaginé que lo sucedido con su madre siempre sería una herida en él; sin embargo, ese día lo sobrellevaba mejor.

Dejó el teléfono encima de la encimera.

—Me robas la ropa —susurró entre mis labios.

—Me gusta tu ropa. —Una de mis manos lo agarró por el pecho de su camiseta; la otra, por una de las presillas de la cintura de sus vaqueros.

Iba en calcetines, descalzo, igual que yo.

—Mi padre está ansioso por conocerte.

Yo estaba muy nerviosa por ese encuentro.

—De verdad que el cabello castaño te queda estupendo... —Tomó un mechón de mi pelo entre sus dedos y se lo llevó a la nariz—. Mi padre me ha comentado que nos han preparado una habitación en el ala de invitados porque allí no hay nadie, para que tengamos más intimidad. Podremos gritar, que nadie se enterará... y menos mal, porque, cuando quieres, chillas que...

—Oli... —me quejé, empujándolo por los abdominales.

—Me encanta hacerte gritar.

—No voy a gritar en casa de tu padre.

—¿Por qué no?

—Porque no, porque es tu padre. Vamos con calma, ¿vale?

—Yo estoy calmado.

—Yo no.

—¿Y eso?

—Que es tu padre, Oli.

—Sí, ¿y?

—Quiero caerle bien.

—Claro que le caerás bien.

Se me escapó un suspiro.

—¿A cuento de qué viene eso? Antonia, tranquila, mi padre te adorará.

—No sé cuánto le habrás contado de mí...

—Lo que necesita saber: que estoy loco por ti y esas cosas.

—En resumen, que no tiene ni idea de que soy nueve años mayor que tú, que tengo un pasado...

—Todo el mundo tiene un pasado y, créeme, dudo de que a mi padre le perturbe la diferencia de edad. Te lo aseguro, es una persona muy abierta.

—Sí, pero tú eres su hijo.

—Sí, por eso mismo lo digo, porque lo conozco. Ya lo verás. Mi padre no es de esa clase de persona. Y está exultante por conocerte. Ha movilizado a todo el mundo por ti, algo equiparable a lo que podría poner en

funcionamiento si lo visitase la reina de Inglaterra. Creo que está más nervioso él por conocerte de lo que debes de estar tú por conocerlo a él, que se te nota en la cara, y a él, en lo acelerado que está. Le conté que te habían robado las maletas y acaba de decirme que llamó a un par de casas de ropa para que nos reciban cuando queramos y te compres todo lo que quieras, porque, cuando le expliqué que estabas usando en parte mi ropa y en parte lo que te compré en el mercadillo, me llamó de todo menos bonito. Mi padre opina que soy un bestia. Cuando se lo comenté, me gritó que debería haberte llevarte a Dior y a no sé dónde más... y de paso se despachó y se quejó de que voy por la vida como un pordiosero, que tengo la misma ropa desde hace un siglo. Él en casa es igual, si está siempre con los Crocs y unos pantalones de pijama que tiene desde que yo era un niño. Bueno, resumiendo, que quiere que te lleve de compras, de modo que... acabo de tener una idea: ¿qué tal si, en vez de comer aquí, salimos a hacerlo fuera, vamos de compras, le damos el gusto y luego regresamos para prepararnos para el concierto de esta noche?

Por un instante me quedé observándolo. Que alguien me pellizcase, porque nada de eso podía ser real, y no lo decía por la ropa de Dior, que eso ya lo había tenido y sabía que, al perderla, en realidad no había perdido nada, sino por los gestos que giraban alrededor. Su padre, él..., todo en ese momento entre nosotros dos.

—¿Qué?

En respuesta a su pregunta, lo abracé todo lo fuerte que pude para prenderme a su cuerpo, a la paz y la estabilidad que me hacía sentir.

Sus manos rodearon la parte baja de mi espalda mientras sus labios besaban mi cuello.

—Te mereces lo mejor.

—Lo mejor ya lo tengo aquí entre mis brazos. —Lo enfrenté—. Aquí mismo. —Besé sus labios y él se sonrojó.

—Larguémonos a comer por ahí, que estoy famélico y quiero comprarme unos vaqueros nuevos antes de que mi padre vuelva a tener oportunidad de

verme con los que ya conoce, porque, si no, se pasará todo el tiempo que estemos con él recriminándome que lo hago quedar como un mal padre.

Una sonrisa le puso el broche de oro a sus palabras.

Los tests de embarazo quedaron aparcados. Los dos fuimos a vestirnos y a prepararnos para salir.

Comimos fuera y descansamos un rato al sol, abrazados, viviendo como si nada más importase.

Ir de compras con él fue de lo más extraño, porque a su lado entré en sitios que había visitado anteriormente con Gastón. De allí, de los locales de esas grandes marcas de ropa, solía salir gran parte de mi vestuario... si hasta tenía planeado visitarlos durante mi estancia en París. No tuve forma de explicarle, o ni siquiera me atreví a mencionarle a Olivier, la gran cantidad de recuerdos que me traían esas tiendas.

De cualquier modo, quien entró allí a adquirir ropa no era la misma Antonia que había estado allí antes, y no solamente por el color de pelo. Las prendas que seleccioné no eran las que hubiese comprado una semana atrás; no hubiese tenido el coraje siquiera de pensar que podía llevarlas, mucho menos de probármelas.

Pasé de las faldas y las camisas sobrias a pantalones y chaquetas con mucha más personalidad, con brillos y me encontré cargando tachuelas y mucha más ropa negra de la que había usado en toda mi vida. No iba a por lo elegante y, sin embargo, no me pude resistir cuando Olivier me enseñó dos vestidos que parecían diseñados al mejor estilo del *glamour* rockero. En cuanto los vi, mi reacción fue pensar que no eran para alguien de mi edad, y en cuanto me los probé...

Cuando me los probé, simplemente no pude parar de sonreír.

—¡Nos los llevamos! ¡Nos llevamos los dos!

Así como a él no le costó convencerme de que me probase los vestidos, a mí no me tomó mucho trabajo lograr que aceptase lucir para mí un increíble traje gris oscuro de moderno corte; incluso con la camiseta que llevaba puesta,

le quedaba de infarto. Si es que ni siquiera tenía que retocarle el largo de las mangas o el de los pantalones. Le quedaba como si lo hubiesen confeccionado a medida para él.

Cargando nuestras bolsas de reconocidas marcas de diseño, nos metimos en las tiendas donde compra todo el mundo para que ambos buscásemos ropa para todos los días. Compré mi primer par de deportivas en mucho tiempo, y no para ir al gimnasio, sino para usar a diario. Adquirimos camisetas, sudaderas... mientras dábamos vueltas comportándonos como dos tontos, hasta que no nos quedó más remedio que regresar al piso.

De camino a éste, pasamos por un restaurante de comida marroquí para que todos cenásemos de camino al bar en el que debían tocar.

* * *

En la cabina de la furgoneta, cenamos los cinco pasándonos las bandejas y los cubiertos. Fue caótico y divertido, y resultó un placer ocuparme de darle de comer a Olivier, porque él, igual que las otras noches, era quien conducía.

Reímos hasta que creí que me orinaría encima y, si hasta esa noche existía entre nosotros alguna distancia, después de esa improvisada cena, no quedó ninguna.

Como si fuese una más del grupo, o quizá, debía admitirlo, siéndolo, los ayudé con las tareas de descargar el equipo e instalarlo sobre el escenario.

Ultimamos detalles bajo el sonido del teclado de Maurice y con Olivier cantando lejos de su micrófono, mientras tiraba el cableado de éstos entre el equipo, y los camareros acababan de acomodar las sillas alrededor de las mesas, el *barman* secaba vasos desde detrás de la barra y Lianne improvisaba unos pocos pasos al otro lado de la batería.

En un determinado instante, me detuve y los observé sin decir nada.

Atontada, me dije a mí misma que eso podía ser la vida real, que era la vida real, y sentí como si estuviese pasando por una experiencia religiosa, una

revelación divina, la de la vida, simple y maravillosamente eso, la vida.

Para no faltar a las anteriores actuaciones, el local tuvo un lleno total pese a ser lunes por la noche.

El público, en consonancia con el nivel humano del grupo, le dio todavía más vida a la música que interpretaron.

Sentada en un taburete, a un lado del escenario, en un rincón en penumbras, disfruté del espectáculo; por encima de todo, viéndolo a él, de tanto en tanto, girarse en mi dirección para dedicarme las notas de su guitarra y las palabras de sus canciones.

Sorpresa

—Hermano, cada día sonáis mejor —me dedicó Mustafá, chocando su puño contra el mío—. Verdaderamente excelente. —Acercó su hombro al mío y nos dimos un abrazo. Su pesada mano palmeó mi espalda—. Lamento haberme perdido las otras actuaciones. He estado todo el fin de semana fuera. Por suerte, he llegado a tiempo para ésta. Increíble. A ver cuándo te animas a venir a tocar conmigo.

Mustafá era el líder de una banda de jazz más que conocida por toda Francia y el resto de Europa, así como en Estados Unidos; no pasaba un año sin que no fuesen invitados al festival en Nueva Orleans.

—¡Como si me necesitases!

—Toda banda necesita un músico como tú.

—Sí, claro —reí.

—Es serio, hermano. Lo que haces, lo que vosotros hacéis, es fantástico, y lo sabes. Si todavía no sois famosos como deberíais es porque no os atrevéis a dar el paso. No me explico cómo es posible que tu padre todavía no te haya puesto delante de tus narices un contrato con una discográfica.

Lo había intentado en más de una ocasión.

Sonreí, sin decir nada.

—Te lo digo, la gente aquí está agradecida de oíros tocar; sin embargo... —Se puso serio—. Olivier, este lugar no os hace justicia, y lo sabes. Debéis dejar de esconderos. De verdad que lo del metro..., a eso todavía no le encuentro explicación. ¿Tienes idea de la cantidad de vídeos vuestros que hay en YouTube? Te lo aseguro, no te haces una idea de la cantidad de

reproducciones que tienen esos vídeos de mierda en los que el sonido deja mucho que desear... y, así y todo, la gente los mira una y otra vez.

—Mustafá, sin duda eres consciente de que la mayoría de las veces la gente me graba porque sabe quién soy. El motivo de los vídeos no es el grupo, sino el hijo de Cid Villette.

—Tío, no me jodas, si la gente pone en los vídeos que eres el hijo de Cid Villette es porque no saben más de vosotros. Y mejoráis cada día, que lo sepas. Ahora se os nota unidos, tocando como si llevaseis juntos toda la vida. Si consiguieras una buena compañía discográfica, no necesitarías trabajar en el metro o tener que tocar cinco días seguidos. Bueno, tú no lo necesitas, pero ellos sí.

Para no tener que decir nada, alcé la botella de agua hasta mis labios y bebí.

—Tú padre ha llegado hoy, ¿no es así?

—Sí.

—¿Lo verás?

—Mañana.

—¿Quieres que hable con él? Juntos podemos conseguir algo grande, te lo garantizo.

—Mustafá... —Me detuve al ver a Antonia caminar en nuestra dirección—. ¿Lo discutimos en otro momento?

—Puedes llamarme mañana mismo. Lo organizamos y nos reunimos los tres; seguramente sacaremos mucho de trabajar en colaboración. Tus compañeros estarán felices. Podrán olvidarse de tener que tener otros curros, de tocar por nada. Haréis furor, que no te quepa duda.

Me puse todavía más nervioso.

—Luego —le dije, y Mustafá captó la llegada de Antonia, a quien tomé de la mano al instante para terminar de atraerla a mi lado—. Antonia, permíteme que te presente a un gran amigo y músico, Mustafá Kemal.

—Mustafá, ella es mi novia, Antonia Ponce. —En una sola frase, me tomé

dos libertades que no estaba del todo seguro de poder tomarme, y los dos tenían como base el mismo asunto sin resolver: que la llamara «mi novia» y que la presentara por su apellido de soltera.

A Antonia no pareció molestarle lo más mínimo y compartió con Mustafá un beso en cada mejilla.

—Es un placer.

—El placer es mío. No eres francesa, ¿no es así? Al menos, no parisina.

—Ni lo uno ni lo otro, soy argentina.

—Ah, qué maravilloso. He estado un par de veces en Buenos Aires, tocando. La ciudad me fascina. El público allí es increíble. ¿También te dedicas a la música?

Antonia le sonrió.

—No, no, no. Me gusta escucharla y hasta ahí llegan mis aptitudes.

—Eso cuenta, que aquí tienes a un increíble músico.

—Sí, sé que lo es. —Se pegó a mí, estrechándome por la cintura.

—¡Sorpresa!

Oí su voz y por poco me tiré toda el agua encima, porque en ese instante justo estaba alzando la botella hasta mis labios para beber.

—Buenas noches. ¿Molesto?

—¡Cid! —exclamó Mustafá ante la llegada de mi padre.

—Papá —gemí. Lo que menos esperaba era encontrármelo allí.

Percibí cómo Antonia se ponía tensa a mi lado.

—No pensabas que iba a perderme presenciar el concierto, que apenas tengo oportunidades de oírte tocar. Ha estado genial.

¿Oírme tocar?, ¿había estado allí todo el rato? Me quedé petrificado; me ponía increíblemente nervioso que él estuviera presente en momentos como ése, sobre todo que apareciese así, sin avisar.

Ni yo solté a Antonia ni ella me soltó a mí.

Los cuatro nos habíamos quedado momentáneamente en silencio, yo sin saber por dónde empezar, mirándolo como si intentase mantener con él la

misma conversación que habíamos mantenido infinidad de veces. Sabía que no me gustaba que viniese a verme. Desde luego que me molestaba que estuviese entre el público mientras tocaba, porque, lo quisiese él o no, llamaba la atención y yo podía compartir la atención de mi público con él, pero el resto de la banda no tenía por qué soportarlo.

Tampoco me gustaba que viese mis conciertos a escondidas, porque en ese medio la gente habla y yo ya era lo suficiente el hijo de mi padre como para serlo también encima del escenario.

Eso era lo que teníamos sus hijos, los cuales terminamos inclinados a la música: por encima de todo, por mucho que nos pesase, éramos primero sus hijos y luego nosotros por nosotros mismos, como músicos y como personas.

Tenía muy claro que a mi padre no le interesaba hacer sombra sobre ninguno de nosotros, pues estaba orgulloso de cada uno de sus hijos y sólo quería apoyarnos; lo que sucedía era que a la gente no le costaba nada interpretar su aparición como si ésta se debiera a que pretendía impulsar nuestras carreras con su mera presencia, porque, a donde mi padre iba, lo seguía la prensa.

Si los hubiese contado, estoy seguro de que no habrían pasado más de quince segundos hasta que el *flash* impactó sobre nosotros.

La violencia no era mi reacción por excelencia y, sin embargo, me entraron ganas de lanzar mi mano izquierda hacia el sujeto que había hecho la instantánea para partirle la cámara y, de paso, también la cara, con el puño. Lo que menos me interesaba era ver mi rostro en tinta negra en el periódico del día siguiente. Mi anonimato resultaba perfecto para mí, si bien sabía que era un tanto ficticio. Los vídeos que Mustafá había mencionado, los que podían verse en YouTube y en algunas redes sociales, eran reales. También lo eran los *paparazzi* que a veces se emperraban en perseguirme por la ciudad durante mis actividades diarias; incluso, a veces, saltaban de coches estacionados en la oscuridad, en plena madrugada, para intentar captar una foto de mí borracho o con algo más encima. Más de una vez me había sucedido que, al estar

metiendo la llave en la maldita cerradura de la puerta de la calle, alguno de ellos, con cámaras grabándome, se ponía a preguntarme de dónde venía, qué había estado haciendo, quién era la mujer que me acompañaba... Tampoco faltaba que me cuestionasen por qué todavía no tocaba en la banda con mi padre, o por qué él y yo aún no habíamos lanzado un álbum juntos. Si no contestaba, me ametrallaban con preguntas como «¿Estás enemistado con él?, ¿lo culpas por la muerte de tu madre?», y ese tipo de cuestiones.

Mi vida había sido en gran parte así. Al principio no eran los periodistas, sino mis compañeros de colegio, y después la gente que pudiese conocer en un café, en un bar o en alguna fiesta. Cid Villette tenía una parte de su vida que era muy pública y me daba la impresión de que muchas personas parecían querer que yo formase parte de ella.

Cuando mi madre murió, se llenaron la boca y los bolsillos hablando de mí y de ella, de toda la situación. Todos querían saber cómo había sido, qué recuerdos tenía yo. Incluso en ese momento, transcurridos tantos años, muchos *paparazzi* y periodistas se acercaban a mí para preguntármelo, ofreciéndome dinero por una entrevista, cuando no para que les contase toda la historia que le diese vida a un libro y, posteriormente, a una película, insistiendo en que ya tenían director y productora.

La curiosidad morbosa de algunos llegaba, en fechas como las que acababan de pasar, a empujarlos a esperarme en el cementerio por si me presentaba a poner flores en su tumba. En gran parte por eso había dejado de ir, y después, con el paso de los años, porque terminó de quedarme claro que, de mi madre, allí no había más que su nombre grabado en su lápida.

Todo el mal genio que usualmente no tenía trepó por mi garganta desde mi pecho, igual que la lava en un volcán. Mi cara ardió.

Por detrás del imbécil que acababa de sacarnos la foto, apareció uno de los guardaespaldas de mi padre, un rostro que me era familiar.

—Está amablemente invitado a retirarse —le dijo al tipo que llevaba una gorra de béisbol y que aún dirigía el objetivo de su cámara en nuestra

dirección.

Le puso una de sus pesadas manos sobre el hombro.

—Es un lugar público.

—O te largas o me das la cámara.

—No puedes...

Otro de los hombres de mi padre llegó a nosotros y, con él, muchas miradas curiosas y susurros con el nombre de mi progenitor.

¡Perfecto, ahí estaba el espectáculo que menos me apetecía dar!

Noté a Antonia inquieta, como si no supiera dónde esconderse. Su rostro también debía de haber quedado plasmado en la fotografía robada.

—No te lo pediremos con amabilidad otra vez. Lárgate. Ahora.

El fotógrafo, que había captado la presencia del otro guardaespaldas de mi padre, bajó la cámara contra su pecho, soltándola para que colgase de la tira de su cuello, y se acomodó la gorra en la cabeza. Alzo las manos en señal de rendición.

—Tranquilos, que no pasa nada. Mantengamos la paz.

—Lárgate, idiota, o haré que te comas los adoquines de la calle.

El hombre medio giró y yo me quedé mirando la cámara sobre su pecho. Podía largarse en ese instante; no obstante, la foto continuaba allí, en la memoria de su máquina.

—Vete de una maldita vez.

—No me toquéis, que no he hecho nada.

Uno de los guardaespaldas de mi padre lo agarró por el abrigo y tiró de él.

—Estoy perdiendo la paciencia contigo.

—¡Eh!

—¡Fuera! —soltó el otro, empujándolo en dirección a la salida.

Los dos hombres de seguridad cerraron filas para apartarlo de nosotros y así, a empellones, lo alejaron hasta que se perdieron entre la gente que disfrutaba de sus bebidas.

Giré la cabeza en dirección a mi padre otra vez, para dedicarle mi peor

cara de perro.

—Lo siento, Olivier.

—Como si no supieses que esto iba a suceder.

—Olivier.

—No, de verdad; sabes que siempre pasa.

—Oli, por favor...

Sacudí la cabeza, enojado.

—Tranquilo, Olivier, que ese tipejo ya está en la calle —intentó calmarme Mustafá.

Antonia, a mi lado, estaba pálida.

—Sí, el tipejo ya debe de estar en la calle, pero ahora todos nos miran y saben que él está aquí.

—Me disculparé con los demás.

Negué con la cabeza.

—Si querías darme una sorpresa, podrías haberte aparecido en casa, no aquí.

—¿Es que no puedo asistir a un concierto de mi hijo?

—No es *mi* concierto, es una banda —repliqué, sin contener mi furia—, y cuando tú apareces, es como si fuese *tu* concierto.

—Olivier, no digas eso. Ésta es tu gente.

—¿Sí?, ¿de verdad? —Alcé los brazos mirando a mi alrededor. Casi todo el mundo lo observaba a él. Sus ojos siguieron los míos, reconociendo la situación.

—Oli..., vamos, muchacho. Es una vez. Sabes que respeto que no quieras tenerme aquí. Me he escondido, no he salido hasta ahora... Quería verte tocar. No es justo que me pidas que ni siquiera asome la nariz. Es sólo una vez. No nos vemos hace un mes y éste es nuestro reencuentro.

—Ese imbécil se ha ido con una fotografía nuestra. —En mi voz se notaba lo fuera de mí que me encontraba, mi frustración. Acababa de meterme a mí en

su vida pública, así como a la banda y también a Antonia. Tenía todos los motivos del mundo para ponerme de mal humor.

Mi padre movió sus ojos hasta Antonia, quien todavía continuaba pálida y prendida de mi cintura.

—Perdonadme —insistió, fijando sus ojos azules en los míos.

Nos miramos. No le contesté.

—Lo siento, de verdad. ¿Podemos empezar de nuevo? Habéis estado espectaculares, Oli. Tú has estado increíble. Creo que nunca te había visto tan seguro y confiado sobre el escenario. Tu voz ha crecido. Toda tu presencia sobre las tablas es otra. En serio, hijo, lo que has hecho allí arriba —con la cabeza, apuntó hacia el escenario situado detrás de él— ha sido brutal.

—No he sido yo. Ha sido toda la banda.

—Oli...

—¿Dónde estabas escondido?, ¿quién te ha dejado pasar?

—Olivier, por favor.

Me quedé contemplándolo, enfrentándolo. De verdad que estaba condenadamente cabreado con él.

—¿No me vas a presentar? —Giró la cabeza y miró a Antonia.

Resoplé. No se suponía que ese encuentro debía ser así.

Intenté tranquilizarme.

—Antonia, te presento a mi padre, Cid. Papá, ella es Antonia, de quien te he hablado.

—Hola, Antonia. Encantado de conocerte.

—El placer es mío. —Ella le sonrió con timidez.

—Lamento el mal momento, en serio.

—Está bien... Yo...

—No, lo lamento. No quería arruinaros la noche.

Lo miré para que no fuese por ese camino y pareció comprender la advertencia, porque no dijo nada más.

—Ahora sí, de verdad, empecemos de nuevo, por favor, que estoy feliz de

verte, hijo... —Movi6 los ojos hasta Antonia otra vez—... y de poder conocerte. Me hizo mucha ilusi6n que mi hijo me hablase de ti. Como esta noche no lo he traumatizado a6n lo suficiente, te dir6 que mi hijo nunca me hab6a hablado antes de alguien importante para 6l, y mucho menos me lo hab6a presentado.

De repente, todos los tonos de rojo se borraron de un plumazo en el rostro de Antonia para dejar paso a la palidez.

—S6, gracias tambi6n por eso, pap6.

Mi padre y Mustaf6 rieron.

—Por favor, muchacho, rel6jate. —Se me vino encima y me abraz6—. Te he extra6ado. S6 que te pesa ser mi hijo, pero, lo lamento, no te queda m6s remedio que aceptarme —brome6, apret6ndome entre sus brazos. Por detr6s de su cabeza vi a Antonia con un asomo de sonrisa en los labios y eso me ayud6 a sosegarme un poco. Mi padre palme6 mi espalda y le devolv6 el gesto. Debi6 de sentir que el enfado, poco a poco, me soltaba, porque me apret6 todav6a m6s contra 6l—. Te he echado mucho de menos, muchacho, de verdad que s6. Deber6as haber venido conmigo, te has perdido lo de R6o de Janeiro. Ha sido espectacular. El mejor cierre de gira que hayamos hecho jam6s. Tocamos en la playa, en un escenario que mont6 la Gobernaci6n; fue incre6ble, un mundo de gente.

Se apart6 un poco de m6; sonre6a, feliz.

—Me alegra que fuera tan bien, que lo hay6is disfrutado.

—S6, lo disfrutamos a m6s no poder, pero nos faltaste t6. Sabes que toda la banda te quer6a all6. Ten6an la esperanza de que viajaras a tocar con nosotros. Pensaban que recapacitar6as y aparecer6as por sorpresa.

Antonia reaccion6 ante las palabras de mi padre y me mir6. Ella no ten6a ni idea de que la banda me hab6a invitado formalmente, junto con los organizadores de la gira, a tocar con ellos en el tramo en el que cubrir6an Latinoam6rica, hacia el final de la gira.

—Bueno, ya te expliqu6 que ten6a otros compromisos; 6ste era uno de ellos.

Mi padre me dedicó una sonrisa ladeada. En ese instante me entraron ganas de golpearlo a él. No me apetecía escuchar que los lugares en los que tocaba no me hacían justicia, que no necesitaba actuar por miserias, que podía tener por mi cuenta todo lo que quisiera.

Lo que quería...

Antonia continuaba mirándome.

¿Le importaría a ella hacer planes a largo plazo con alguien que tocaba en el metro? ¿Alguien que, para muchos de sus gastos, era salvado por su padre, porque había semanas en que apenas si me alcanzaba para pagar la comida, y con eso me refería a solamente la mía, así que para qué hablar de alimentar otra boca? Me sentí como un idiota, como un inútil, como un niño incapaz de seguir adelante, muy como ese niño que tuvo miedo de moverse del lado de su madre.

¿Cuánto tiempo tardaría ella en darse cuenta de que no tenía nada que hacer a mi lado, que era poco y nada lo que podía ofrecerle, a menos que tuviese el coraje de intentar decidir, al menos, si quería continuar así siempre o no, en vez de simplemente seguir así por no tomar una decisión?

No deseaba la vida de mi padre, pero no porque yo hubiese tenido una vida mala, sino porque temía que mis errores fuesen considerablemente mayores que los que él hubiese podido cometer y, mierda, que intentaba no juzgarlo, pero de cualquier modo tenía miedo de que, a mí, la situación se me descontrolase por completo.

Yo no era él; yo no estaba seguro de poder mantener en pie una familia desde la distancia, o incluso mantenerme yo en pie con su ritmo de vida.

Cid era mucho más fuerte que yo. Él había sobrevivido a la muerte de mi madre. Yo todavía, en muchos instantes, instantes como ése, tenía la sensación de continuar allí, en esa habitación con ella, medio muerto, medio vivo.

¿Tenía lo que Antonia necesitaba de mí para sentirse respaldada y apoyada, para sobrellevar el divorcio, o simplemente me convertiría en una carga más para ella?

Joder, que sabía que esos idílicos días que estábamos disfrutando tarde o temprano se pondrían difíciles, porque ella debería ocuparse de resolver su situación, pero no pensaba que todo fuese a escapárseme de las manos así. Creía que había pasado la fecha del aniversario de la muerte de mamá indemne y no, no era el caso; mi padre regresaba para recordarme que yo todavía no había acabado de procesar lo sucedido, incluso después de veinte años.

—Bien, aún te queda una oportunidad de tocar con nosotros, pues estamos barajando la posibilidad de volver a actuar aquí, en París, ya que los fans piden un concierto más. Estamos buscando fecha. La banda te quiere con nosotros cuando eso suceda. Querían venir esta noche a verte. Si no están aquí ahora es porque no querían provocar mucho revuelo. Mejor que me odies solamente a mí, que soy tu padre, y no a ellos, que son como tus tíos.

—Papá, que no te odio, por favor.

—Vamos, los dos... —intervino Mustafá, buscando poner un poco de armonía en el ambiente—. ¿Os apetece algo de beber?

En respuesta, alcé mi botella de agua.

—No, gracias, estoy bien —contestó Antonia cuando él la miró.

—No, gracias, Mustafá, no me quedaré mucho más. Estoy agotado y me estoy haciendo viejo; no soporto las traspachadas como antes, y aún menos con una gira a cuestas.

—Papá, no es que te eche, pero tú sabes que...

—Tranquilo. Quería verte... Ya sabes que cuando estoy con la banda...

—Sí, lo sé —respondí, poniéndome serio, y cambié de tema—. Quería agradecerte lo de esta tarde. Hemos ido de compras y...

—No tienes nada que agradecerme, Olivier. ¿Podemos hablar dos segundos a solas? Te pido sólo eso y ya no te molesto más. Te dejaré seguir con tu noche.

—Papá...

—No pasa nada, hijo. Dos segundos y te dejo volver a lo tuyo, que ya estoy

que me caigo del sueño. —Me sonrió.

—Antonia, ¿me disculpas un momento?

—Sí, claro, Oli.

—No te preocupes, yo cuido de ella —me aseguró Mustafá.

Le sonreí a Antonia y permití que mi padre me guiara hacia un rincón a un lado de la barra; hasta allí avanzamos con algunas escalas en el camino para que le sacasen fotografías con fans y pudiera firmar autógrafos.

Apoyé mi botella de agua sobre la barra y mi espalda contra la pared.

—¿Te pongo algo, Oli?

—No, gracias, estoy bien.

El *barman* me dedicó un pulgar en alto y se alejó al ver que Cid venía conmigo.

Mi padre se apoyó contra la barra, dándoles la espalda a Antonia y a Mustafá, quienes habían quedado a unos metros de nosotros.

—Has estado increíble, Oli. —Suspiré—. ¿Quieres explicarme qué mierda haces tocando aquí? Créeme, he actuado en lugares peores, sitios de mala muerte..., pero tú no eres yo, no tienes una puta mierda que hacer aquí.

—Papá...

—No, esto es en serio, nada de papá... Hijo, le quedas grande a este sitio y, que Dios me perdone, también a tu banda.

—¡No digas eso!

—Enójate todo lo que quieras, pero es la pura verdad. ¿Acaso crees que soy idiota, que pienso que Mustafá sólo ha venido de visita a ver qué tal te va aquí, en el culo del mundo, tocando un lunes por la noche para gente que probablemente no tiene dinero ni para comprar un álbum tuyo?

—¡Papá!

—Mustafá no es estúpido, sabe del negocio tanto como yo, y él está en lo tuyo, es de tu gente. El hombre es un genio, lo conocen hasta las piedras. Él no se mueve por nada que no valga la pena. Tú sabes que no es sólo cosa mía, que no digo que eres buenísimo exclusivamente porque soy tu padre.

Tuve que apartar la mirada.

—Olivier, no me ignores. —Alzó la voz.

No me quedó más remedio que mirarlo a la cara otra vez.

—Ninguno de vosotros se toma esto en serio, y es lamentable. Lo siento por Maurice, que también es muy bueno, por Didier, que podría estar en la puta filarmónica, y por esa chica, quien, si estuviese en una banda de rock, saldría en todas las revistas habidas y por haber..., pero no soy padre de ninguno de ellos, solamente el tuyo, y no pienso permitir que sigas dando vueltas alrededor de nada. ¿Qué crees que vinieron a enseñarme estando en Río de Janeiro?

—¿Quién te enseñó qué?

—Alguien del público VIP, concretamente un actor de cine norteamericano que estaba promocionando su última película en Brasil; los de la organización lo invitaron. Estábamos tomando algo después del concierto y se acercó con su móvil para mostrarme un vídeo tuyo del miércoles anterior, tocando en el metro. En el vídeo te mencionaban como mi hijo, decían que eras increíble y que no tenían idea de qué coño hacías actuando allí abajo. El sujeto se me acercó y me preguntó si ese joven con tanto talento era mi hijo... y con él estaba su representante, su novia, el director de la película y todo el puto Hollywood. —Las últimas palabras terminó soltándolas casi a gritos—. Y te vi y, rojo de la vergüenza, me pregunté por qué todavía permito que toques en el puto metro.

—Deja de insultar, papá.

—¡Y una mierda! Suelto todas las groserías que quiero, porque eres un maldito idiota que no acaba de aceptar que, si consigue un contrato con una discográfica, no será por mí, sino porque es un hombre jodidamente brillante que tiene una voz increíble, que expresa lo que yo jamás he podido y que, además, logra que su guitarra atraviese las capas más resistentes que las palabras no consiguen traspasar. Olivier, se acabó. Tú no vuelves a tocar en el metro.

—¿Qué? —chillé.

—Te lo prohíbo.

—Tengo veintisiete años, tú a mí no me prohíbes nada.

—Desde ya te digo que sí.

—Hago lo que quiero. —Apenas podía creer lo que me exigía.

—Pues, si haces lo que quieres, te aviso de que no pienso pagar ni una sola de tus cuentas a partir de hoy mismo y que, si pretendes continuar viviendo en el edificio, tendrás que comenzar a pagar un alquiler.

—¿Qué?

—Porque, por si no lo recuerdas, todo el edificio está a mi nombre.

—No puedes hacerme eso...

—Me verás hacerlo.

—¡Papá!

—¡Papá, una mierda! Si quieres tocar en el metro, entonces vivirás de lo que ganes en el metro.

—Sabes que me gusta tocar allí.

—Te gusta ocultarte allí abajo, que es muy distinto. Y ya ni siquiera te funciona como escondite, porque te han encontrado y tus vídeos están en todo el maldito Internet. Lamento que te tocara en suerte yo como padre, pero te jodes. ¿Queda claro? Te jodes, porque no tienes otro. Y éste, que soy yo, no piensa continuar permitiendo que desperdicies tu vida ni tu talento. Tocar en un jodido estadio frente a cincuenta mil personas no te hará menos noble, Olivier. No ofenderás el recuerdo de tu madre por vivir en una casa normal, por ganar dinero, por tener una vida. No tienes que continuar viviendo como un yonqui, como un pordiosero, porque ella no tuvo mucho más que eso. ¿Crees que a tu madre le hubiese gustado verte en el metro o tocando en un lugar como éste cuando podrías hacerlo en un espacio con sonido decente? Puedes seguir siendo tú sobre un buen escenario, puedes conservar a tus amigos, puedes continuar siendo el estupendo ser humano en el que te has convertido, todo sin desperdiciar esa gran parte de lo que también eres y que

te hace grande. He visto el modo en que el público reacciona a ti. La música es especial para mucha gente, Olivier; puedes continuar haciendo, de lo que haces, algo todavía mucho más significativo.

—No puedes echarme de mi piso —fue lo único que logré balbucir, porque todo lo que soltó hizo que esas mismas palabras que yo cargaba en mi interior se hinchasen y creciesen, amenazando con hacerme estallar.

—Sí, puedo.

—Papá.

—Se acabó, Olivier. Tu madre jamás me perdonaría que continuase permitiéndote hacer lo que haces.

—Pero...

—Te doy unos días para pensarlo. Vienes a casa con ella, lo meditas con calma y luego tomas la decisión que creas que debes tomar. Es tu vida, Olivier. Serás quien quieras ser y te harás responsable de ti mismo.

Me sujeté del borde de la barra.

—Mustafá debe de tener algún buen trato que ofrecerte. Sabes que hay tres discográficas detrás de ti. Tomy puede ocuparse de todo, y debes tener muy claro que lo llaman a él para preguntarles por ti cada semana, aunque no quieras admitirlo.

Tomy era su representante y, sí, lo sabía bien.

—Si no deseas que sea Tomy quien te represente, buscaremos a alguien de la agencia. Eso no será problema, allí tenemos a un montón de profesionales muy capacitados para encargarse de tu futuro. Y yo, por supuesto, velaré por ti, porque no dejo de ser tu padre.

Tomy y él tenían una agencia de representantes para nuevos talentos de la música que se especializaba en lanzar carreras de grupos y solistas jóvenes y desconocidos.

Entre nosotros se materializó un nuevo silencio.

—Bien, con respecto a eso, no tenemos nada más que discutir.

—¿Con respecto a eso? —Sentí mis cejas trepar por mi frente. Intuí lo que

se me venía encima.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Es broma? —gemí, y él me miró mal.

—Me dijiste que era algo especial.

—Y lo es.

—¿Dónde la conociste?

—En el metro.

A mi padre se le escapó una mezcla de resoplido y risa.

—Olivier, esa mujer lleva una alianza en el dedo junto a un anillo un poco difícil de pasar por alto. Imagino que no te has casado con ella y que esa roca no se la has regalado tú, ¿no?

Fui incapaz de articular palabra.

—¿Podrías, por favor, explicarme qué coño haces con una mujer mayor que tú que lleva alianza y un diamante que...?

—Su marido le ha pedido el divorcio —solté.

—¿Y ella todavía lleva su anillo de casada?

—Es que es muy... —me quedé sin aliento—, es muy reciente. Antonia llegó aquí el miércoles y se encontró con que su marido le había pedido el divorcio por medio de un correo electrónico que le envió al gerente del hotel.

—¿El miércoles?

No contesté ni que sí ni que no.

—Él congeló sus cuentas bancarias, la dejó sin un centavo. En el hotel la dejaron en la calle y, para colmo de males, cuando salió de allí, todavía sin poder asimilar lo que le sucedía, le robaron dos de sus tres maletas. Antonia sólo atinó a bajar al metro para protegerse de la lluvia que empezó a caer a continuación.

—Y tú, alma generosa y caritativa, te la llevaste a tu casa y ella está ahora aquí contigo. —Hizo una pausa—. Olivier, esa mujer no es tu chica especial.

—¿Qué?!

—Será cualquier otra cosa, pero no eso. No tengo nada contra ella. Sea lo

que sea que tengas con Antonia, no es lo que insinuaste por teléfono. Todavía usa su alianza, Olivier. ¿Qué te dice eso?

Toda mi piel se heló.

—Está bien, es mayor que tú, eso no sería lo peor, tampoco que quieras llevarla a casa unos días, lo acepto, quiero que vengas, puedo soportar que ella te acompañe, pero tú y yo bien sabemos que esto no durará.

El hielo que congeló mi piel se metió como agujas en mi carne. No quería pensar, no quería darle vueltas a sus palabras; quería volver a lo que era todo una hora atrás.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y seis. —Mi voz apenas salió.

—¿Es un año mayor que...?

Asentí con la cabeza. Sí, era un año mayor que Yvette, su actual esposa.

—Yo no te recrimino que tengas una esposa que es...

Mi padre me detuvo, alzando sus manos.

—Alto, alto, no estoy recriminándote nada, Olivier. No quiero que te enamores de una mujer que todavía usa su alianza de matrimonio y que luce un anillo como ése cuando tú vives como si tu único recurso de vida fuese tocar en el metro. Es evidente que está acostumbrada a otro estilo de vida. ¿En qué hotel iba a alojarse?

No contesté.

Apreté los dientes.

—¿En qué hotel, Olivier? ¿Crees que soy idiota? Si no me contestas es porque sabes que tengo razón. ¡Mierda, nunca debí irme y dejarte aquí solo por estas fechas!

—¡No es la puta fecha!

—Claro que sí, ni siquiera quieres decirme qué hotel es y no querías decirme su edad, además de que pretendías que pasase por alto el hecho de que todavía está casada.

—¡En Le Royal Monceau! —le espeté.

—¡Olivier Villette! —gritó mi padre, y resistí su grito con una mueca que sentí que deformó mi rostro—. Estoy alojado en ese puto hotel. ¡Como si no supiera lo que cuesta una habitación allí! ¡Como si no lo supieses tú! ¡Como si nunca hubieses estado allí!

—No me grites más, baja la voz. ¿Quieres que te oiga?

Mi padre se mordió el labio inferior. Tenía una mirada enajenada. Le había tocado el turno de estar furioso.

—Tienes razón, no es el lugar para discutir esto. Lo discutiremos en casa.

—No discutiremos...

—¡Claro que sí! De ésta no te salvas.

—¡Papá!

—Me importa una mierda que tengas veintisiete años. Todavía eres mi hijo. Mejor me voy, porque estoy en un tris de llevarte a casa a rastras para alejarte de todo esto. —Tras esas palabras, retrocedió un paso para alejarse de mí—. Pasaré por vosotros pasado el mediodía; te llamaré antes.

—Papá, por favor.

Negó con la cabeza.

—Ni que me lo ruegues de rodillas. Se terminó, Olivier.

Sin ni siquiera permitirme despedirme de él, dio media vuelta y se largó.

Al moverse mi padre, ya nada le obstruyó el camino a mi mirada para ver a Antonia junto a Mustafá, no prestando atención a lo que él debía de estar diciéndole, sino mirándome a mí con cara de preocupación.

Supuse que debía de, si no oír nuestra discusión, haber leído al menos nuestro lenguaje corporal para comprender que la charla entre mi padre y yo no había sido del todo amistosa.

Le sonreí y mi gesto no surtió efecto, a Antonia no se le borró la cara de desasosiego. Sus facciones, en ese instante, parecían cinceladas sobre dura roca.

Allí estaba la certeza de que no todo eran sonrisas y momentos felices, que algunas preocupaciones y dolores son inmunes ante tus intentos de ignorarlos,

pues resurgen como moho en las paredes más allá de todas las manos de pintura que quieras aplicar.

Mi sonrisa se cortó, no fui capaz de sostenerla más.

Ninguno de los dos logramos continuar fingiendo que eso era perfecto, que seríamos felices por siempre, y mucho menos que podríamos seguir pretendiendo que el mundo, allí fuera, no existía.

Mi padre tenía razón en muchas cosas, pero en una no: Antonia era especial para mí más allá de todo lo que él dijera. Por más que no lo hubiese mencionado, aquellos anillos continuaban en su dedo, y eso me inquietaba, me molestaba. No podía exigirle que se los quitase, no cuando hacía nada que estábamos juntos, pero igualmente me enloquecía que ella, en el fondo, quisiera volver con él.

¿Qué haría yo si ella regresaba con su esposo?

Parpadeé un par de veces. Cogí mi botella de agua y bebí un sorbo.

Su marido no estaba allí, y yo sí.

Regresé a ella y besé su cuello sin prestar la menor atención a la presencia de Mustafá o a lo que estuviese contándole a Antonia.

—Estoy loco por ti —le susurré al oído y, debajo de la piel de mis labios, percibí el estremecimiento que recorrió la superficie de la piel de ella. Mi mano se metió por debajo de su camiseta para acariciar su espalda. Antonia dio un respingo—. Quisiera estar solo en casa contigo para desvestirte y hacerte mía una vez más. —Mis dedos escalaron por su columna vertebral—. Soy tuyo. Lo sabes, ¿no es así? Lo soy desde el primer instante en que te vi.

Antonia se atoró y tosió.

—Dime que él jamás hizo que te sintieras como te sientes cuando estás conmigo. —Mi mano alcanzó la parte alta de su espalda para detenerse entre sus omoplatos. Antonia giró su rostro, que chocó con el mío.

No necesité mirarla a la cara para darme cuenta de que lo que le había dicho no había acabado de sentarle bien.

Allí estaba su mala cara cuando tomé un poco de distancia.

La voz de Mustafá no se oía.

En los ojos de Antonia detecté una mezcla de enfado y dolor que me hirió a mí y me enojó por mi estupidez. ¿Por qué tenía que decirle aquello?

Ella no respondió nada y a mí no se me ocurrió qué más añadir.

Saqué mi mano de debajo de su camiseta porque entendí que su sitio ya no era ése. Al dejarla libre, Antonia se apartó un poco más de mí.

—Tu padre ha de estar agotado por la gira —soltó Mustafá, imaginé que sólo para salvarnos del tenso silencio.

—Sí, lo está. —Huí de los ojos de Antonia—. Mañana al mediodía pasará a buscarnos, iremos a pasar unos días con él.

—Eso suena muy bien.

Podía sonar bien, pero ya no lo sentía tan así.

Con él nos pusimos a hablar de música mientras Antonia permanecía en silencio a mi lado, apenas dando señales de estar presente.

La noche se alargó demasiado para mi gusto.

El ambiente alegre no se me pegaba y tampoco a Antonia; es más, me jugó en contra porque ni Lianne ni Maurice ni Didier quisieron irse cuando se lo propuse. Allí a nadie parecía importarle que al día siguiente fuera martes y que el lunes casi se nos iba.

Se nos fue del todo y, cuando nos dirigimos hacia la camioneta después de terminar de cargar el equipo, apenas si podíamos con el cansancio.

Cuando atravesamos la puerta de mi piso, con una Antonia muy silenciosa, las primeras luces del día brillaban tenues a la distancia.

—Lo siento —susurré en su oído cuando me pegué a ella para abrazarla—. Por lo que te he dicho en el bar... sobre él. No debería haberlo mencionado. Ha sido una estupidez.

Sin decir nada, Antonia giró sobre el colchón para enfrentarme.

—¿Has discutido con tu padre?

Le contesté que sí con la cabeza.

—En parte por mí, ¿no es así?

No respondí.

—No quiero ser el motivo de una enemistad entre vosotros.

—No lo eres.

Movió su mano izquierda hasta que sus dedos tocaron mis labios.

Bajé la vista hasta los anillos en su dedo.

Antonia bajó la vista conmigo. Sus ojos volvieron a los míos muy pronto, como llamándolos, pidiéndoles que dejaran de prestarle atención a esas joyas.

Alcé la vista y me quedé esperando que dijese que se los quitaría o, al menos, que llevarlos no significaba nada.

No lo hizo, por lo que me quedó claro que significaban algo de lo cual todavía no podía desprenderse. Los anillos podían no ser más que anillos, pero los catorce años junto a su marido aún significaban mucho.

Podría haberlo terminado allí diciéndole que sería mejor que no me acompañase a casa de mi padre, que ella estaría mejor en un hotel hasta que decidiera qué quería hacer. Podría haber pagado ese hotel para ella o incluso un billete nuevo de regreso a Buenos Aires si no podía cambiar el que tenía para dentro de diez días.

No hice nada de eso, porque no quería dejarla partir, aunque cabía la posibilidad de que en realidad ella jamás hubiese estado allí conmigo, aunque en la actualidad llevase vaqueros y el cabello de otro color. En el fondo, Antonia no se encontraba por completo entre mis brazos y tampoco tenía la certeza de que fuera a estarlo alguna vez.

Durante un par de parpadeos, estuve muy seguro de que la perdería, de que perdería ese poco que tenía de ella.

Antonia me sonrió. Movió su rostro para pegarlo al mío. Inspiró justo por encima de mi nariz.

«No pienses», me dije. La besé, haciendo a un lado todo lo que no éramos ella y yo.

Confortable

Olivier me despertó. Nos quedamos dormidos y, desde entonces, no pudimos ni parar un segundo. Se suponía que él debía ir a devolver la camioneta antes de que su padre pasara a recogerlos. Todavía no habíamos preparado el equipaje siquiera.

La verdad es que, en cuanto abrí un ojo, no pude pensar ni en ropa ni en nada, porque, en cuanto di dos pasos en dirección a los pies de la cama, para buscar algo con qué vestirme para no congelarme de frío, las náuseas treparon por mi garganta.

Disimuladamente, hui al baño mientras Olivier ponía un poco de orden en el cuarto.

Vomitó, no pude evitarlo. No tenía mucho dentro, pero, lo que estaba allí, lo solté todo aferrada al váter, temblando de miedo.

Eso no era un maldito virus, y si bien no podía siquiera ponerme en pie para ir a buscar los tres tests de embarazo escondidos entre los zapatos de mi maleta, tenía la sensación de que no los necesitaba.

A mis tripas les costó recuperar la paz; tal fue así que Olivier llamó a la puerta del baño.

Cuando me preguntó si me encontraba bien, gateé hasta el lavabo y abrí el grifo.

Le contesté que sí e intenté lavarme los dientes. Por poco no vomito otra vez.

Desde el otro lado de la puerta, Olivier me dijo que me esperaba en la cocina, con una taza de café.

Todavía no entiendo cómo conseguí bebérmelo sin devolver de nuevo, ni cómo logré pasar por encima de la debilidad física y del asco que sentía para preparar una maleta en la que poner unas pocas mudas de ropa para pasar los siguientes días en casa del padre de Olivier. A escondidas, guardé también, en mi equipaje, los tres tests de embarazo, solamente porque ni tan sólo estaba segura de lo que quería.

Olivier me pidió que lo acompañase a devolver la furgoneta y no pude decirle que no, pese a que sabía que padecería el movimiento del vehículo durante todo el camino.

Fue una tortura y a la ida casi tuve que pedirle que, por favor, se detuviera, para vomitar.

El trayecto en taxi de regreso al piso fue algo menos traumático; sin embargo, al pensar en el viaje que teníamos por delante, hasta la casa de su padre en las afueras, mi estómago me avisó de que no estaba listo para sobrellevarlo.

Mi estado empeoró al avisarme Olivier de que Cid ya estaba de camino a buscarnos. Los nervios lo empeoraron todo.

No necesitaba que nadie me explicase que parte de la discusión que Olivier había mantenido con su padre la noche anterior era por mí. Cid Villette se había mostrado agradable conmigo; no obstante, en el fondo de su amable mirada había detectado que residía una sombra, quizá semejante a la desconfianza, al desagrado. El hombre no sabía mucho de mí, más con un detalle le bastó para formarse una opinión de mi persona. La velada anterior lo había visto fijar sus ojos en mi alianza mientras conversábamos. Intuía que Olivier había omitido contarle un par de cosas sobre mí, y si bien podría haber estado agradecida de aquello hasta antes de conocerlo, en ese momento esos detalles me jugaban en contra, porque, al acostarnos, Olivier también se había quedado mirando mis anillos, anillos que no lograba decidirme a quitar de mi dedo.

Hasta antes de su aparición, mi lugar junto a Oli fue un rinconcito agradable

en el que esconderme, en el que sentirme segura..., pero nuestro rinconcito confortable, poco a poco, estaba quedando expuesto al mundo, y las cosas ya no funcionaban del mismo modo.

Cid pasó a por nosotros, subió al piso e insistió en que Olivier llamase a Claudine para saludarla. Ella y Jackie subieron, y vi a Claudine relacionarse con el padre de Olivier como si fuese su propio padre. Entre ellos la relación fluía de modo fácil, incluso con Jackie, lo cual me hizo sentir incómoda, porque conmigo era todo formalidades y distancia, pese a que Olivier se pegaba a mí a cada rato, demostrándome su afecto.

En un instante que tuvimos a solas al alejarme a buscar mi móvil para guardarlo en mi bolso, Jackie me preguntó, disimuladamente, si tenía novedades.

Negué con la cabeza; ella me estaba preguntando por las pruebas de embarazo, no por la media docena de correos electrónicos del abogado de Gastón que habían entrado en mi bandeja de correo electrónico en las últimas veinticuatro horas. De aquéllos no le conté nada y, cuando indagó acerca de mi malestar, mi cabeza se movió sola de arriba abajo.

Me dijo que debía hacer algo. ¡Como si no lo supiese! Y ese «algo» no tenía que ver con una confirmación de embarazo, sino con una decisión por mi parte; una que me daba pánico tomar.

Claudine y Jackie bajaron con nosotros para despedirnos.

No se me pegó el entusiasmo del grupo, ni tampoco impregnó el ánimo de Olivier, a quien le costaba mucho sonreír.

El viaje de la comitiva —que implicaba un automóvil y una lujosa camioneta, en la que viajábamos nosotros tres, junto al chófer y personal de seguridad— fue un poco menos tenso de lo que pensaba que sería. Cid le estuvo contando cosas a su hijo sobre la gira y, cuando no se habló de eso, el tema de conversación fue el paisaje o los cultivos que él tenía en los campos que rodeaban la casa.

Por suerte mi estómago me dio una tregua que el paisaje fortaleció, porque,

al aproximarnos a la propiedad, el horizonte era más y más hermoso, idílico...: finos árboles que se alzaban al cielo, campos trabajados, senderos tranquilos, el sol bajando poco a poco sobre el horizonte...

Resultó ser que la casa en la que Olivier había pasado gran parte de su infancia era, en realidad, poco menos que una edificación palaciega que el largo camino de entrada a la propiedad Villette no lograba ocultar.

Olivier me guiñó un ojo al percatarse de que me había quedado observando la casa sin aliento.

La estructura de piedra, clara y luminosa, amplia y dando la sensación de que se expandía en todas direcciones, entre los árboles, arbustos, fuentes, patios y el resto de la arquitectura del estupendo parque que la rodeaba, fue mostrándose lentamente.

La casa tenía partes que estaban expuestas por completo al sol y a la vista, y otras estratégicamente ocultas, aunque con amplias ventanas de cristales también estratégicamente repartidos, con persianas de verde que resistían al otoño.

El vehículo fue ralentizando su avance.

En la puerta de entrada, sobre las escalinatas, apareció una mujer de piel oscura, muy alta y con unas facciones perfectamente labradas desde los huesos hasta la piel. La recién llegada sonrió.

Era esbelta y de movimientos gráciles; extendió un brazo para saludarnos desde la distancia. Sus dos hijos iban con ella, los hermanos pequeños de Olivier. Régis, el mayor, bajó un par de escalones y allí se detuvo, con una gran sonrisa de entusiasmo, a esperar a su padre mientras su madre alzaba en brazos a su hermanita.

Los dos niños, al igual que la mujer, tenían el cabello completamente encrespado; sin embargo, el de los pequeños, en vez de ser oscuro como el de su madre, era de un tono castaño claro que, a la luz del sol, relucía entre dorado y cobrizo. Las dos criaturas tenían un color de piel adorable, una

cremosa mezcla de la calidez de la piel morena de su mamá y de la sutileza de la muy clara piel del padre de Olivier.

Desde la distancia saltaba a la vista el increíble color de ojos de ambos críos, tan azules como los de Olivier; ese tono brillante y vivo que no era el de la noche cerrada, sino el azul del cielo sobre el campo en un día de sol radiante.

—Yvette, Régis y Sabine —me explicó Olivier.

—¡Papá, Oli! —los llamó Régis, saltando sobre el escalón y sin apenas poder contener su felicidad.

El automóvil se detuvo y, detrás, nuestra camioneta.

Vi que la intención del hombre que iba en el asiento del acompañante era venir a abrirnos la puerta; sin embargo, Cid no le dio tiempo a nada, tiró de la puerta para hacerla correr sobre el riel y saltó al camino de piedra para correr en dirección a su familia, chillando de felicidad.

Régis saltó hacia su padre, quien lo atrapó en brazos para remontar con grandes zancadas la escalera para llegar a su hija y a su esposa, tomándolos en brazos a los tres.

Besó a su mujer con ganas y, a continuación, a sus hijos, para jugar con ellos haciéndoles cosquillas y besar luego sus mejillas otra vez.

Olivier bajó de la camioneta y me tendió una mano mientras los hombres de su padre se ocupaban de descargar nuestro equipaje.

En cuanto puse un pie en el camino, comprobé lo que había supuesto desde la distancia: la esposa del padre de Olivier debía de tener mi edad o un poco menos; más, seguro que no.

Cid volvió a estrecharlos a los tres entre sus brazos, besándolos.

Yvette lo sujetó por la barbilla y le estampó un gran beso para después apartarse un poco de él. Ella se quedó con la niña en brazos mientras Cid sostenía a su hijo.

—¡Oli! —lo llamó Yvette.

El grupo comenzó a bajar la escalera.

—Yvette —la saludó Oli, contestando a su llamada con una sonrisa.

—Qué bien que hayas venido. Te extrañábamos.

Los críos gritaron el nombre de su hermano mayor.

Yvette me miró y sonrió; en ella no detecté rastros ni de desconfianza ni de desaprobación, como sí captaba en los ojos del padre de Olivier cuando me miraba.

—¡Oli! —Sabine extendió los brazos en su dirección y él la cogió en los suyos, para llenarla de besos.

—Bienvenidos ambos —nos recibió Yvette.

—Gracias. —Mi voz no sonó muy clara.

Olivier saludó a su hermano y, por último, compartió un beso en cada mejilla con Yvette.

—Yvette, te presento a Antonia. Antonia, ella es Yvette.

—Hola, es un placer conocerte. —Ésta buscó mi mano derecha, la cual caía al costado de mi cuerpo, y la tomó entre las suyas para después inclinarse sobre mí y besar mis mejillas—. Es un placer tenerte aquí.

—Gracias.

—Te presento al resto de la familia. Este monstruo de aquí es Sabine. Sabine, ella es Antonia. ¿Le das un beso a Antonia? —Olivier sonreía, con el rostro iluminado y las cejas en alto. Inclinó a la niña en mi dirección y ella, enmarcándome el rostro con sus manitas, me estampó un sonoro beso en cada una de mis mejillas que hizo que todos mis músculos se aflojaran. La tibieza de sus manos, la redondez de sus labios, su olor a bebé... Por poco me pongo a llorar allí mismo, frente a todos.

—Y el monstruo mayor, Régis.

Éste, todavía en brazos de su padre, me dedicó un tenue y tímido «hola» y un saludo con la mano, para, a continuación, perderse en el cuello de Cid con fuerza. Imaginé que debía de haberlo extrañado, que las giras de su padre, a la edad que él tenía, debían notarse mucho más de lo que se notaban en la vida de

su pequeña hermana, quien probablemente todavía no comprendía mucho de lo que implicaba la profesión de su papá.

Me pregunté si a Olivier le habrían afectado mucho las giras de Cid por el mundo, si lo habría extrañado, si se habría sentido solo, porque él, a diferencia de sus hermanos, no tuvo a su madre para hacerle compañía.

—¿Qué os parece si entramos?, así os ponéis cómodos. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Sí, ha estado bien, aunque no veía la hora de llegar casa. —Gruñendo, Cid se comió a besos el cuello de su hijo—. ¿Cómo va todo por aquí?

—Bien. —Yvette pasó una mano por la espada de Régis, quien aún continuaba aferrado con fuerza al cuello de su padre—. Está mejor, la fiebre ya le ha bajado.

—¿Está enfermo? —preguntó Olivier, poniendo cara de preocupación.

—Sólo es un resfriado, Oli. Ha tenido unas décimas de fiebre, pero hoy ya ha amanecido mejor.

—¿Te encuentras mejor, monstruo? —Oli tocó la espalda de su hermanito con un ademán rebosante de cariño.

El chiquillo giró la cabeza y le contestó que sí.

—Tienes que ponerte bien para que podamos jugar, que me quedará unos días aquí en casa.

—¿Has traído tu guitarra?

Olivier rio.

—Sí, la he traído. ¿Tocarás conmigo?

Régis asintió con la cabeza.

—¿Puedo tocar con vosotros o planeáis dejarme fuera de la diversión? ¿Quién toca mejor, papá u Oli?

Ante la pregunta de su padre, el crío lo miró y después a su hermano.

—Oli —contestó al final, sonriendo con cierta picardía.

—¡Esto no lo puedo creer! —exclamó Cid, fingiéndose ofendido—. ¿Y quién canta mejor, Oli o papá?

El niño miró a Olivier y volvió a sonreír.

—Con que esas tenemos —sacudió a su hijo para simular comerse su cuello otra vez—. Si crees que tu hermano es tan bueno, debes convencerlo de que firme con alguna discográfica para que saque un álbum como es debido. ¿A que tú irías a ver a tu hermano a un recital?, ¿a que sí?

—Papá, por favor.

—¿Qué os parece si entramos de una vez?, seguro que Antonia querrá instalarse —propuso Yvette, saliendo al rescate de lo que parecía una situación que estaba a punto de ponerse muy tensa. ¿Discográficas, contratos para álbumes, conciertos?

Tenía que ser muy lenta, muy ciega o muy sorda para no notar que allí, en ese tema, rondaban discusiones inconclusas que Olivier no parecía querer tener, no al menos delante de mí.

Olivier me había dicho que tocaba en el metro y en los bares porque le gustaba. Cuando me lo contó, intuí que ésa no era su única opción, pero... ¿por qué se limitaba a aquellos sitios, cuando evidentemente podía tener mucho más, una carrera en serio...? Una con giras, lugares en los que pudiese tocar sin tener que cargar él mismo el equipo de la banda de un lado para el otro, conciertos de los que sacase dinero para mantenerse de verdad, sin tener la necesidad de esperar, por parte de su padre, gestos como el del día anterior, que nos permitió comprar ropa en lugares en los que yo solía comprar y, probablemente, en tantos otros similares a ése.

Me figuré que no era una cuestión de comodidad, porque Olivier llevaba días tocando sin descanso, acostándose a cualquier hora. Tampoco era por falta de vocación; nadie en este mundo tocaba la guitarra o cantaba con su pasión. ¿Miedo a ver lo lejos que podía llegar? ¿Temor a ser comparado con el éxito de su progenitor?

—Es por aquí —me invitó a seguirlo Olivier, apuntando con la cabeza en dirección a la entrada, escalinatas arriba.

Por allí se habían perdido los hombres que nos acompañaban,

transportando nuestro equipaje. Uno de ellos pasó justo por delante de mí, cargando con la guitarra de Olivier.

Lo seguí y los demás avanzaron detrás de mí.

—Tenéis una casa estupenda —les dije, asomándome un poco hacia atrás y, de pronto, soné mucho como la antigua Antonia. Demasiado parecida a aquella Antonia, para mi gusto.

—Gracias. —Yvette me sonrió.

Cid, no... Más bien todo lo contrario. Me puso una mala cara tal que giré hacia al frente de inmediato para no tener que enfrentarlo más.

El interior de la propiedad era, simplemente, espectacular, todo lo que yo hubiese deseado que mi casa fuese cuando estaba con Gastón.

Por un segundo me encontré comparando la decoración con lo que yo había hecho en mi vivienda y mi cerebro entró en cortocircuito cuando por mi cabeza cruzó un pensamiento: «Gastón hubiese estado orgulloso de mí si nuestra casa hubiese sido ésta, si yo hubiese logrado que nuestro hogar luciese así de perfecto».

Gastón no tenía paciencia para perder el tiempo con los decoradores de interiores, no le interesaba escoger el color de las paredes, las alfombras, los muebles o las lámparas; él sabía que yo conocía sus gustos, que tenía claro los límites de lo que él soportaba y lo que no, y por eso siempre lo dejaba todo en mis manos; sin embargo, cuando algo que yo hacía en casa no acababa de gustarle, me lo hacía notar con una agria sutileza que me perforaba hasta el alma. Gastón no solía celebrar mis aciertos y, si bien era igual de sutil a la hora de criticar, el efecto de sus críticas en mí era contundente. Él podía destrozarme con una mirada, hacerme sentir ínfima e inútil.

¿Y dónde quedaban en ese momento todos mis esfuerzos por hacerlo sentirse orgulloso de mí? ¿Qué había conseguido por dedicarme a tener una casa bonita para él, a dar la imagen correcta? ¿De qué me servía la imagen bonita, el comfortable y elegante hogar que había intentado sostener en pie

cuando, en ese instante, estaba al otro lado del océano, probablemente embarazada, a sabiendas de que Gastón no quería un hijo?

El peso de las alianzas en mi mano izquierda por poco me derriba.

Oí que Olivier me decía algo, no sé qué. Lo sentía lejos de mí, pero no por la distancia, sino por el mareo que experimentaba, pues apenas lograba captar el sonido de su voz.

La superficie de mi piel padeció los efectos de la bajada de tensión que acto seguido puso a zumbar mis oídos. Supe que iba a desmayarme y no atiné a otra cosa que a dirigir mi rostro en su dirección.

Olivier me miró.

Mentalmente le pedí perdón con la desesperación que se escapaba de mi mirada.

Antes de que todo se pusiese negro, fui testigo de su cara de preocupación. ¿Qué era lo que estaba haciéndole?, ¿qué derecho tenía a hacérselo a él?

* * *

—¿Antonia?

Apreté los párpados y, antes de abrir los ojos, me llevé ambas manos hacia la fuente de dolor, situada en la parte posterior de mi cráneo.

Estaba recostada sobre una superficie blanda; aun así, el chichón en mi cabeza se quejaba del contacto.

Hice el amago de tocarme esa zona y, ante el dolor que amenazó con intensificarse, aparté las manos de inmediato.

—Antonia, abre los ojos, por favor, necesito saber que te encuentras bien —me pidió Olivier, sonando espantosamente alarmado.

—Llamaré a un médico.

—No —solté a toda prisa al oír las palabras de Cid. Abrí los ojos. Estaba acostada en una cama, en una habitación de paredes de color amarillo pálido y

techos altísimos, con un mobiliario que parecía sacado de Versalles—. No es preciso, estoy bien.

—Te has dado un golpe muy fuerte, Antonia. ¿Recuerdas dónde estás?

—En casa de tu padre. Estoy bien, de verdad. —Trepé por las almohadas y todo giró a mi alrededor.

—Antonia... —Olivier sonó desesperado.

—No pasa nada.

—Te has desplomado —me comentó Cid, manteniendo en alto una de sus cejas.

—Sí, creo que ha debido de bajarme la tensión. No ha sido nada, estoy bien.

Olivier cogió mi mano derecha.

—Todavía estás helada.

—Estoy cansada, eso todo; el viaje ha debido de...

—Podemos llamar a un médico, no hay problema.

—No, gracias, Cid, en serio; me encuentro mejor ahora.

—Puedo traerte un té o algo de comer. Apenas hemos tomamos un café esta mañana y estás sin comer nada.

—Tal vez más tarde. —En ese instante no me atrevía a cargar mi estómago con nada.

—Bien. Si no me necesitáis, os dejo tranquilos. ¿Estás segura de que no quieres que te vea un médico? Te has dado un trompazo muy fuerte, Antonia.

—No, muchas gracias, Cid. Estoy bien. Lamento el mal rato que os he hecho pasar.

—No hay problema. Descansad. Pediré que os traigan algo de comer para que no tengáis que esperar hasta la cena.

—Gracias, papá.

—De nada. Si necesitáis algo... —Cid retrocedió hasta la puerta y, con la mano en el pomo, se volvió para mirarme. La desconfianza continuaba allí—. Para cualquier cosa, avisadme.

—Gracias —entonamos Olivier y yo a coro.

Cid salió de la habitación.

Olivier me contempló en silencio un momento.

—¿Estás segura de que estás bien? De pronto te has puesto increíblemente pálida. Por poco me da algo cuando te he visto así. Te has desvanecido de repente...

—Lamento haberte preocupado.

—No pasa nada; si no me preocupo por ti, ¿por quién?

—Lo que menos quiero es que debas preocuparte por mí.

—¿No te preocuparías por mí si algo me sucediese?

—Claro que sí.

—Lo ves... —Me sonrió.

—No es lo mismo. —Los ojos se me llenaron de lágrimas, no pude evitarlo. Cualquier cosa era capaz de desestabilizar mis emociones. La dulzura de su mirada, su sonrisa... Me sentía como la peor basura del universo.

—¿Antonia?

Las lágrimas se me escaparon.

—¿Qué tienes? —Sus brazos me estrecharon.

—Soy un asco. Perdóname.

—¿Por qué dices eso? —Tras un apretón, se apartó un poco de mí para mirarme a la cara.

—La vergüenza que te hago pasar con tu padre...

—Antonia, ¿qué vergüenza? —Rio—. Es humano no encontrarse bien. Vamos, que no pasa nada. Tranquila. Nos preocupamos por ti, pero eso no significa que seas una molestia ni nada por el estilo.

—No quiero arruinar tu vida.

Olivier rio.

—¿Arruinar mi vida? ¿Cómo podrías hacer eso?

El llanto estalló, en ese instante, de forma masiva.

«De mil maneras distintas», le respondí mentalmente.

Sólo atiné a alzar mi mano izquierda.

La sonrisa se le borró del rostro.

—Todavía llevo esto... —Señalé mis anillos—. Tu padre... Lo lamento tanto...

—Antonia, tranquila.

—Es que estoy tan asustada... Son catorce años de mi vida, Oli; no puedo, simplemente, borrarlo todo de un plumazo.

—Está bien, yo no te he pedido que te los quites, Antonia. Entiendo que nada de esto tiene que ser fácil para ti.

—Tu padre... —me sorbí la nariz—, tu padre notó ayer que los llevaba. No quiero causarte un problema con él. Estoy avergonzada, no debería haber venido aquí con ellos puestos, pero quitármelos para venir hubiese sido igual de hipócrita. No es que... Estoy contigo y tú sabes... —articulé, sin conseguir darle forma a los pensamientos y sentimientos que quería expresar en este momento. Todo me llenaba y desbordaba hasta el punto de ahogarme y confundirme todavía más.

—Antonia, a mí no me preocupan los anillos, sino lo que sientas, y entiendo que todavía es demasiado pronto. Tranquila. Estás aquí conmigo y eso es lo único que importa.

—Sí, pero ¿qué pensarán tu padre y su mujer? Yvette debe de tener mi edad.

—De hecho, es un año menor que tú.

Y así, con ese ínfimo detalle, arranqué a llorar como una Magdalena.

Olivier me regaló una de sus sonrisas.

—No es para que sonrías, Oli. Esto es serio.

—Sí, es muy serio que te quiero aquí. La edad de la esposa de mi padre me tiene sin cuidado, Antonia, y, tu edad o lo que suceda entre nosotros, no es asunto de él.

—Sí lo es, se preocupa por ti.

—A veces demasiado, y lo siento por él. Mi padre no decide por mí, Antonia. Agradezco tenerlo a mi lado; sin embargo, ésta es mi vida, y en mi vida yo escojo lo que creo que es mejor para mí.

¿Lo que era mejor para él?

Yo no era buena para él.

Él era demasiado bueno para mí.

—Tranquilízate. Tienes que relajarte. Te aseguro que todo está bien. Tan sólo espera a que mi padre te conozca, a que nos vea juntos. Y, de todas maneras, no necesariamente tiene que aprobar lo nuestro, así como yo no apruebo todo lo que hace.

Mis facciones se descompusieron otra vez y, sin que mediase un parpadeo siquiera, sus brazos volvieron a rodearme. Olivier se acomodó a mi lado, apretándome contra su cuerpo.

—Debes saber que me hace muy feliz que hayas venido. —Su mano derecha barrió las lágrimas de mis mejillas, que no tardaron nada en ser surcadas de nuevo por todos mis miedos—. Tenía tantas ganas de que conocieras a mis hermanos... Espero que puedas conocer a las fieras mayores también. Soy un regalito que viene con muchos accesorios —bromeó, sonriendo—. Ya lo ves, tengo cinco hermanos, con toda la variedad de edades, dos madrastras...

—Se me hace un poco difícil pensar en Yvette como tu madrastra —comenté, procurando calmar mi llanto—. Es un año menor que yo.

Olivier se inclinó sobre mí para besar mis labios, húmedos de lágrimas. Me miró a los ojos.

—Cada vida tiene sus cosas, Antonia. Cada quien tiene su historia, su pasado. Creo que, en esta situación, tú eres la que lo tienes más complicado: yo vengo con un bagaje completo que podrías no querer enfrentar.

—Tu familia no me molesta en absoluto, Olivier. Tus hermanos pequeños son encantadores y la mujer de tu padre... parece muy agradable. ¿Cómo podría quejarme de lo que es tu vida?

—¿Cómo podría quejarme yo de lo que es la tuya? —Besó mi mejilla—. Ya verás, Régis y Sabine te robarán el corazón. A veces la gente se sorprende cuando les digo que tengo hermanos tan pequeños y me preguntan si tengo relación con ellos. Los adoro. Amo a mi familia. Mis hermanos son muy importantes para mí. Es maravilloso tenerlos cuando cuentas con la edad suficiente como para poder cuidar de ellos como un adulto, crea un vínculo mucho más intenso. —Se quedó mirándome a los ojos y suspiró—. El que estés aquí es muy importante para mí, de principio a fin, por nosotros, por mis hermanos, por mi padre. Admito que entiendo que es mucho que asimilar de golpe; no sé qué hubiese hecho yo en tu lugar.

Enmarqué su rostro entre mis manos.

—Cómo no amar todo lo que es parte de ti —admití en voz alta, porque, al final, acababa de derretir una de mis últimas barreras con todo aquello que había dicho de sus hermanos. No conocía a otros hombres jóvenes, de veintisiete años, con hermanos así de pequeños; seguramente los había, pero dudaba de que existiesen muchos como él, así de involucrado con ellos, sobre todo a nivel afectivo.

—Te advierto que Régis y Sabine podrían robarnos mucho del tiempo que pudiera pasar contigo —añadió, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Me encantará verte con ellos.

—¿Sí? —Su pecho cubrió el mío; su boca, la mía.

—Sí, no hay problema. Te quedan bien los niños en brazos. Muy bien. — Qué mejor que un hombre que puede ser tan hombre con una mujer en la intimidad de la pareja y que, además, también puede serlo al estar rodeado de su familia, de sus seres queridos y de sus amigos. Un hombre para sus pasiones, un hombre incluso para los extraños. Olivier era un hombre completo y muy él para todo en su vida. Bueno, quizá en realidad le faltase ser un poco más hombre para la música, o tal vez no, todavía no me había quedado claro por qué no iba con su música más lejos del metro y de bares escondidos en rincones perdidos de la ciudad.

Se quedó mirándome, con una ceja en alto.

—De haberlo sabido antes... —Su voz sonó a ronroneo feliz mientras yo bajaba por las almohadas y él conmigo para entrelazar sus piernas con las mías—. ¿Te sientes mejor? —quiso saber. Sus manos bajaron por los costados de mis muslos para alzar mis piernas a los costados de sus caderas.

Lo cogí por el cuello.

—Buen momento para preguntarlo. —Ya estábamos encaminados a ser nosotros dos.

—Sí, bueno, perdona... Es culpa tuya, porque me miras así, me dices esas cosas —sus labios rozaron los míos—, y no puedo contenerme.

—No te contengas.

Olivier se quedó mirándome un instante más, se relamió los labios y, a continuación, comenzó a besarme con todo lo que era.

Mis manos se perdieron en él y sentí las suyas por todo mi cuerpo.

Sus besos bajaron hasta mi cuello, con su cuerpo tenso y firme sobre mí.

Si él supiese que los anillos que llevaba en mi dedo eran solamente el exterior, aquello que tenía la impresión de haber sido durante catorce años: una cáscara y nada más. El resto, lo que me llenaba, era él. Cada rincón de mi cuerpo era él y me volvía loca de placer que lo reclamase como de su propiedad al entregarme el suyo.

Rodamos sobre la cama.

A horcajadas sobre él, me arranqué el suéter y fui a por el suyo.

Me cogió del cuello para volver a besarme. Mis manos se colaron por debajo de su camiseta para sentir su torso. Necesitando más que su pecho y su abdomen, fui a por el botón de sus vaqueros y, luego, a por la cremallera.

Olivier no me permitió ir mucho más lejos, pues sus manos comenzaron a tirar de mi camiseta hacia arriba y, en nada, perdí mi sujetador.

—Olivier, aquí está el equipaje. ¿Preferís té o café?

No vi la puerta abrirse porque estaba de espaldas. Sí oí, por supuesto, la voz de Cid y los pasos de quienes lo acompañaban.

—¡Papá! —chilló Olivier, abrazándome para cubrirme.

Se oyó un tumulto.

—Lo siento, perdón... ¡Mierda! Joder, perdón, no imaginaba que...

—¡Papá, llama antes de entrar!

—Sí, perdón, perdón, no pensaba que estaríais... Fuera todos. ¡Fuera, largo!

Giré la cabeza justo a tiempo de ver a Cid empujando hacia atrás, por ende, fuera de la habitación, a sus hombres, que cargaban nuestro equipaje.

Se dio media vuelta y cerró la puerta sin parar de pedir perdón. Con la puerta cerrada, se lo oyó soltar un rosario de insultos muy nutridos y más disculpas.

Nos quedamos quietos un momento, todavía medio paralizados, mirándonos a la cara. Mi pulso se había disparado y por mis venas corría una mezcla de vergüenza y ridículo que rayaban lo cómico. No recordaba cuándo había sido la última vez que me habían pillado en una situación semejante. Así, sin más, volví a sentirme como una adolescente.

Olivier apretó los labios, conteniendo una sonrisa.

—Lo siento —me dijo, procurando no reír.

—Tu padre... —jadeé.

—Mi padre no volverá a entrar sin llamar antes, te lo aseguro. —La risa, al final, lo venció.

—Oli...

Sus brazos, que me habían rodeado para cubrirme, en ese instante bajaban por mi espalda para descubrirme.

—No volverá a entrar —susurró sobre mis labios y, de hecho, no oí que nadie siquiera se aproximase a la puerta.

Nos dimos el gusto de remolonear en la cama y, de ser por mí, me hubiese quedado allí con él eternamente, pero un crujido de mi estómago delató mi hambre y Olivier insistió en que nos levantásemos y nos preparásemos para la cena, que seguramente sería servida pronto.

No se equivocaba.

Después de ser guiada por pasillos que parecían sacados de una película —la impresionante mansión no dejaba de sorprenderme—, llegamos a uno de los salones, un agradable espacio de colores cálidos, sillones de piel, muchos cuadros, lámparas antiguas por todos los rincones y una gran chimenea con un fuego encendido que crepitaba del modo más delicioso para hacerle frente al frío de la noche que caía fuera. El suelo de madera estaba tapizado con gruesas alfombras, y el techo, recubierto de increíbles molduras de flores. Al otro lado de los altos ventanales, se veía el jardín teñido de azul.

Oí risas infantiles y murmullos.

—¿Qué oigo? —soltó Olivier, haciéndose cómplice de los susurros infantiles que volvieron a percibirse. Sus hermanos debían de encontrarse allí, probablemente detrás del sillón que estaba de frente a la chimenea; el alto respaldo de éste no nos permitía ver qué había al otro lado.

Se oyó una deliciosa risa. Imaginé que sería de Sabine, o al menos así la interpretó mi cerebro, como el dulce sonido de una voz de dos años de edad, tierna e inocente.

—Chist... —Ése fue una petición de silencio adulta.

—¿Será que hay alguien aquí? Antonia, ¿tú has oído algo? —me preguntó Oli con el rostro iluminado.

—Quizá. ¿Hay gatitos en la casa?

Una voz infantil soltó un maullido y por poco me derrito de amor.

—No tenía ni idea de que hubiese mininos en la casa; sin embargo, a eso suena. ¿Dónde estarán escondidos, que no los veo?

Dimos un par de pasos más en dirección al sillón que enfrentaba la chimenea y vi una manita pequeña aferrarse al borde superior del respaldo del sillón; eran deditos regordetes, de una piel que tenía un color adorable..., piel a la que quise pegar mi piel para que mis pulmones se llenasen de ese tan especial aroma que tienen los críos pequeños y las vidas llenas de sueños y futuro.

—Tal vez frente al fuego, para estar calentitos.

Al final de mi respuesta, sonaron maullidos de Sabine y Régis.

—Me parece que tienes razón. ¿Será que los acompaña un gato viejo y derrengado? —bromeó Olivier, y me carcajeé.

—Papá no está viejo y *rendengado* —soltó Régis, y los tres adultos presentes no pudimos más que reír frente al enredo de letras del chiquillo.

—¿Quién ha dicho eso?

Régis apareció por encima del respaldo del sillón dando un salto y exclamando un «¡Buuu» que su hermanita imitó al instante.

—¡Allí están, y no son gatitos!

—¿A quién llamas derrengado? —Cid alzó la cabeza por detrás del respaldo y, a continuación, se puso de pie. Su aspecto era muy distinto al que tenía en el viaje de camino aquí y al que le había visto la noche anterior... Del típico rockero que viste de negro, cuero y algunas tachuelas había pasado a transformarse en el dueño de lo que podría ser considerada una casa de campo. El padre de Oli se parecía mucho al Olivier de estar por casa, con un pesado suéter de lana gruesa, que debía de tener al menos una década, de color marrón claro y por cuyo escote asomaba una camiseta que tenía todo el cuello gastado de tanto uso. Llevaba unos pantalones de franela que bien podían ser los de un pijama; la tela, de estampado escocés, en sus mejores épocas debió de ser de rojo oscuro, azul, beige y verde, pero había pasado a convertirse en una amalgama de tonalidades pálidas y poco definidas.

Cuando dio un paso al lado para esquivar el sillón, comprobé lo que Olivier me había adelantado: Cid iba en Crocs, de un tono entre grisáceo y beige, con gruesos calcetines de lana.

La imagen de ese hombre melenudo que tenía un grupo de rock desde hacía treinta años no podía ser más amena y casera.

Los niños iban en pijama, de franela también.

Por eso Olivier había insistido en que no hacía falta que buscásemos otra cosa que ponernos cuando nos levantamos de la cama. Nos limitamos

solamente a entrar las maletas a la habitación, puesto que las habían dejado fuera en el pasillo cuando nos pillaron in fraganti.

—¿Te saco una foto y te la enseño? —le espetó Olivier, sonriéndole a su padre—. Mírate, por lo visto estás completamente instalado ya.

—No me jodas. No eres tú el que lleva tres meses de gira. Necesitaba esto —le contestó a su primogénito, y sus ojos se toparon con los míos—. Perdona por lo de hace un rato.

—Está bien.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó mientras Olivier se alejaba de mí para rodear el sillón y llegar a sus hermanos.

—Sí, gracias. Me ha quedado un chichón, pero me encuentro bien.

—Si necesitas que llamemos a un médico...

—No, de verdad. Gracias. —Le sonreí. Al menos en ese momento no me miraba con mala cara. Rogué que no me odiase, sobre todo después de encontrarme con su hijo, porque obviamente que debía de saber que su Oli practicaba sexo con mujeres, pero... de eso a encontrarlo en faena conmigo, a que nuestra relación se mostrase así de material frente a él... Me daba pánico dar pasos en falso delante de Cid, y el hecho de que me hubiese sorprendido con su hijo así en su casa, más que un paso en falso, suponía que había caído en un gran pozo.

—Estupendo, me alegro. En serio que lo lamento, no he pretendido interrumpiros.

—Ya está, papá, no te abochornes más, que no ha pasado nada. Actúas como si tuviese diecisiete, no veintisiete.

Al girar la cabeza en su dirección, vi que Olivier tenía a sus dos hermanos en el regazo.

—Es bueno estar aquí —añadió Oli.

—Es bueno tenerte aquí —le contestó su padre—. ¿Lo habéis encontrado todo en orden? —Me miró.

—Sí, todo perfecto.

—Bien, me alegro. En fin, ahora que tenemos paz otra vez... —Cid se alejó de nosotros hacia el lado opuesto de la sala; vi que, sobre un sillón, en la penumbra, había una guitarra en su estuche—... es momento de que la arruine otra vez. Aquí está tu regalo; te prometí que la conseguiría y la he conseguido.

—Papá —jadeó Olivier, poniéndose de pie.

Cid recogió la guitarra y regresó hasta Olivier para tendérsela.

—Que la disfrutes, hijo.

Régis soltó el cuello de su hermano y le hizo espacio para que pudiese cogerla.

Olivier la apoyó sobre el sillón y, con gran ceremonia, abrió el estuche. Los ojos se le empañaron de felicidad.

Atropellándose con sus palabras, Olivier me explicó que aquella guitarra era algo muy especial; mencionó su nombre y me contó que llevaba años intentando hacerse con una de éstas. Era una guitarra antigua, la misma que solía tocar no sé qué músico.

Padre e hijo compartieron un gran abrazo, que consolidó la paz un poco más.

—¡La cena ya está lista!

La puerta que había en el otro extremo de la sala, junto a la chimenea, se abrió y por ésta apareció Yvette. Al vernos allí reunidos, sonrió.

—Ah, veo que estáis todos aquí, y que Olivier tiene su regalo.

El susodicho giró hacia ella, sonriendo.

—Qué bien que ya estáis aquí; iba a pedirle a Cid que fuese a buscaros y que, por favor, tocase con los nudillos antes de entrar.

—¡Papá! —se quejó Olivier otra vez, bajando la guitarra, y yo me puse roja. Cid tenía que haberle contado que nos había pillado con las manos en la masa en la cama.

Yvette rio con ganas y más roja no pude ponerme. Capté que Cid no sabía qué hacer con su mirada y, cuando sus ojos se cruzaron con los míos, me la sostuvo por una fracción de segundo; en ese brevísimo instante de conexión

entre nosotros, hubo demasiados pensamientos no dichos. Como la más cobarde entre todas las cobardes, deseé que el padre de Olivier no se atreviese a decirme lo que pensaba de mí o de mi relación con su hijo.

Cid fue a por su niña mientras Olivier cogía a su hermano en brazos.

—Está bien, Oli, no me hagas caso. Estamos contentos de tenerte aquí, eso es todo. —Yvette se le aproximó y rodeó sus hombros con uno de sus brazos—. Te hemos extrañado y nos hacía falta un poco de vida familiar. Tu padre y yo nos sentimos muy felices de teneros aquí, sobre todo yo, pues ya me hacíais mucha falta tu padre y tú. Y me alegra que hayas venido, Antonia. —Volvió su rostro en mi dirección mientras todos avanzábamos hacia la puerta por la cual ella había aparecido un instante atrás—. Es bueno tener un poco de apoyo femenino aquí.

—Gracias.

—Cid me ha contado que os conocisteis en el metro.

—Sí, así es.

—Lamento la bienvenida que te dio París.

No supe si se refería solamente al robo o a todo mi caótico primer día en la ciudad. Para no correr el riesgo de tener que ahondar en el asunto,forcé una sonrisa.

—Lo importante es que estamos aquí ahora. ¿Qué tal van los viñedos, la huerta y todo lo demás?

—De maravilla —le contestó Yvette a Oli—. Con tu padre de gira y los niños, me cuesta un poco sacar tiempo para ocuparme de todo; sin embargo, las cosas continúan marchando viento en popa. Seguro que mañana por la mañana tu padre y tú podréis ir juntos a dar una vuelta y ponerlos al día con todo. Para que lo sepáis, todos los vegetales de la cena de esta noche son de la huerta.

—¿Cultivas la huerta tú misma? —le pregunté a Yvette.

—Tenemos personal que nos ayuda con los campos; inicialmente fue mi proyecto y trato de trabajar todo lo que puedo allí. No obstante, con dos hijos

pequeños, se ha puesto un poco más difícil eso de ocuparme de todo, pero intento dedicarle un rato cada día; además, a Régis y a Sabine les encanta quedar cubiertos de tierra. La comencé porque soy vegetariana y porque quería que mis niños se alimentasen bien; en «mis niños», incluyo a Cid. —Me guiñó un ojo—. Algunos no entienden que tienen que cuidarse.

—Gracias por hacerme sentir anciano.

—De nada, cielo. —Yvette lo tomó por la barbilla para estrujar sus labios y plantar un beso sobre éstos—. El próximo lunes tienes hora con tu médico. Te espera a las dos de la tarde —anunció con una sonrisa, soltándolo.

—¿¿Qué?! —exclamó Cid.

—Tienes que cuidar tu salud y solamente Dios sabe qué desaguisados habrás hecho estos últimos meses, que te conozco y me imagino a dónde habrá ido a parar tu compromiso de mantener una dieta sana y equilibrada durante la gira.

Olivier sonrió.

—Y, tú, ¿de qué te ríes? —le espetó su padre.

—¿Yo?, de nada. No estaba riéndome —rió Olivier mientras atravesamos un enorme comedor que rebosaba elegancia. La estancia estaba en penumbra, alumbrada sólo por dos apliques situados en la pared derecha, que era el espacio que conformaba una especie de corredor entre la sala en la que habíamos estado y la siguiente puerta abierta, por la que se veía la cocina.

En la mesa de ese inmenso comedor debían caber unas treinta personas con facilidad.

—Deja a Oli, que el que no entiende que no puede comer con sal eres tú, no tu hijo. Y ya me enteraré yo si has estado tomando tus vitaminas.

—Debería organizar otra gira para mañana mismo.

Ante las palabras de su marido, Yvette soltó una risa socarrona.

—No escaparás de tu cita con el médico.

—Estás atrapado.

Cid amenazó a su hijo con un dedo.

—¿Quieres que te concrete una cita con Tomy? Quizá pueda escaparse hasta aquí mañana mismo para hablar contigo. ¿No?, pues no molestes, chico.

Las palabras de Cid sonaron a broma. No tenía ni idea de quién era Tomy, pero a Olivier no pareció hacerle mucha gracia esa idea.

—Chicos, por favor. Tengamos la cena en paz.

Y así, con esas dos frases de Yvette, entramos en la cocina.

En realidad, llamar a aquella pieza «cocina» resultaba un insulto. Si el comedor me había parecido gigantesco, eso era la obscenidad de todos los espacios.

A todas luces se notaba que una parte de la cocina, la más pequeña, era antigua, puesto que tenía las paredes de piedra; eran tres lados de la estancia. En uno de éstos destacaba la gran boca de una chimenea que debía de llegarme hasta los hombros; a diferencia de la de la sala en la que nos habíamos encontrado con Cid y los críos, ésta era al menos una mitad mayor y, sobre cada uno de sus laterales, había unos brazos de hierro de los que en algún momento debieron de pender calderos con los que se cocinaba sobre el fuego de leña.

Sobre el suelo de la chimenea había brasas, leña carbonizada, y, en un rincón, un pequeño fuego a un lado que imaginé que debía de ser, más que nada, para caldear el ambiente.

El fuego no era lo único que le daba calidez a la estancia; el exquisito aroma a comida terminaba de conformar aquella escena perfecta, en la que había una mesa puesta para la familia, con las dos sillas para los niños.

Más allá de las cuatro copas de iridiscente cristal y la botella de vino que tenía en su etiqueta el nombre Vilette, por lo que no costaba deducir que era vino producido en los viñedos que pertenecían a la propiedad, aquélla hubiese podido ser una escena de una cena familiar cualquiera.

—Por mí no hay problema, que la cena huele genial y pienso disfrutarla — comentó Olivier.

Cid no dijo nada más.

—Francamente, huele increíble.

—Gracias. Espero que te guste. Es un guisado de verduras que solía preparar mi abuela, una receta familiar que a Cid le encanta. Es un plato sencillo y contundente. Te debo una cena un poco más elegante.

—No, lo que sea que prepares, estará genial. ¿Huele a pan recién horneado?

—Sí, a Cid le chifla y a mí me gusta mucho amasar; lo hago a la vieja usanza, con masa madre.

—No tengo ni idea de qué es eso; sí sé que huele estupendamente bien. Si me hubieses dicho que solamente hay pan corriente, por mí estaría perfecto.

—El pan de Yvette es una pasada. Por eso vengo de visita, por su pan — bromeó Olivier, avanzando hacia la mesa para sentar a su hermano en una de las sillitas de niños, delante de la que había un plato con dibujos de animales y números.

Cid colocó a la cría al otro lado, cerca de la cabecera.

—¿Te gusta cocinar?

—No soy muy buena en eso. No suelo cocinar mucho.

—Olivier cocina de maravilla —soltó Cid, moviéndose hacia su esposa. Ella había ido a recoger una bandeja de madera de la encimera; sobre ésta había algo cubierto con un paño de cuadros.

Y así, sin más, me sentí culpable de ni siquiera ser buena en la cocina.

Cid abrió la puerta del horno, ya con las agarraderas en mano, para sacar de su interior una fuente de hierro roja, muy profunda, tapada con una lámina de papel de aluminio.

Sobre la cocina había otra tabla de madera cubierta por un paño.

Al quitar el paño, Yvette descubrió una hogaza de pan cocido, dorada y enorme, que tenía un aspecto entre crujiente y tierno y un aroma que daban ganas de arrancarle un trozo. Debía de ser pan de centeno o de alguna harina integral.

Cid trajo hasta la mesa la fuente de hierro y la colocó sobre un grueso

salvamanteles de corcho muy curtido.

—Muy bien, poneos cómodos. Cid, ¿sirves el vino, por favor?

Olivier y yo nos acomodamos frente a los niños, dejando libres las cabeceras para Cid e Yvette, quienes quedaron uno a cada lado de sus hijos.

Ella retiró la lámina de aluminio de encima de la fuente, liberando al ambiente una nube de vapor que hizo crujir mis tripas. Olivier se rio de mí mientras apartaba mi silla en el gesto más caballeroso.

—Ésa debe de ser señal de que te sientes mejor.

—Tienes mejor color —me dijo Yvette, asiendo la cuchara de servir.

—Me siento mejor, gracias.

—¿Bebes? —Cid alzó la botella de vino sobre mi copa, estirándose desde la cabecera.

—No, gracias; mejor, por esta noche, no.

—¿Olivier?

—Claro que sí, no me lo perdería por nada.

Cid sirvió el vino mientras Yvette ponía de comer a sus hijos.

Sin que nadie le pidiese nada, Olivier tomó el pan y comenzó a cortarlo para repartir rebanadas.

La mesa se llenó de pequeños focos de tentador vapor a medida que nuestros platos hondos fueron siendo servidos con aquella especie de guiso que tenía todos los colores que los vegetales pueden tener.

—Antonia, si vuelves a sentirte mal, me avisas. Tengo un tensiómetro, puedo tomarte la presión. Lo compré por Cid y aprendí a utilizarlo, soy casi una enfermera. —Yvette me sonrió—. Te habías puesto tan pálida... ¿Suele sucederte? Mi hermana más pequeña tiene problemas de...

Dejé de escucharla porque sentí sobre mí la mirada de Cid desde el otro extremo de la mesa; me examinaba. Por delante de él, vi el perfil sonriente de Olivier, que le explicaba a Yvette que llevaba unos días un poco tensos, pero sin terminar de contarle lo que supuse que ya debía de saber. Oli debía de haberle hablado a Cid sobre mí y no podía reprocharle a él que se lo

comentase a su esposa. En resumen, todos en esa mesa, muy probablemente, estaban al tanto de mi situación... o al menos de una parte de ella. Ninguno de ellos tenía ni idea de que en mi maleta, escondidos, esperaban tres tests de embarazo.

Todos habían empezado a cenar. Yvette ya no me hablaba a mí, la conversación había derivado en otros temas, pero no tenía idea de a cuáles. Cogí mi cuchara y comencé a comer.

Me costó bajar el primer bocado, pero no porque la comida tuviese un sabor desagradable, sino porque luchaba contra mi cerebro, forzándolo a que me jurase que no volvería a dejar pasar una mañana sin hacerme esos tests.

—¿Te gusta? —quiso saber Yvette cuando me llevaba la segunda cucharada a la boca.

—Está exquisito.

—Luego te paso la receta. Verás que es muy sencillo de preparar. A Olivier le encanta, puede devorar tres platos como si nada.

—Cierto —entonó el trozo de dulzura que tenía sentado junto a mí, poniendo una de esas muecas suyas de niño adorable e inocente que tanto apreciaba.

—Gracias.

—Incluso podemos prepararla juntas otra vez, uno de estos días. La cocina me entusiasma; tomé clases un tiempo. Soy bastante didáctica, puedo enseñarte si quieres.

—Me encantaría. Espero no frustrarte.

—Lo dudo. Sobreviví a intentar enseñarle a cocinar a mi marido. Puedo enseñarle a cualquiera. Y es cierto, Oli es mucho mejor cocinero que su padre. No encontrarás otro como él.

—Mejor músico, mejor cantante, mejor cocinero... ¿en qué otra categoría me degradarán hoy?

—En la cama no hay nadie como tú, cielo.

—Gracias por la información —medio rio Olivier.

—Ya, no te horrorices, chico. Ahora estamos igualados —le contestó Cid, acercando la cuchara a la boca abierta de su niña, quien esperaba con ganas un nuevo bocado.

Yvette alzó su copa en dirección a su marido y Olivier me guiñó un ojo.

La conversación se relajó.

Yvette contó más cosas sobre su huerta y los viñedos, Cid, sobre su gira, y así fue cómo pude disfrutar de la cena y del pan. Incluso me atreví con un segundo plato mientras Olivier, a mi lado, liquidaba el tercero.

De postre, Yvette había preparado manzanas, peras y otras frutas en el horno, que sirvió con una ligera salsa de vainilla.

La sobremesa llegó después de que Cid llevara a Régis a la cama mientras Sabine dormía en brazos de su madre.

El contenido de la botella de vino desapareció y Cid ofreció café, del cual yo pasé. Lo que no evité fueron los chocolates, que me tentaron como hacía mucho que no me tentaba con unos bombones, lo cual, por supuesto, supuso un motivo más para asustarme.

Al fin, con la medianoche a un paso, Olivier y yo nos despedimos para ir a acostarnos. Nuestra despedida vino acompañada de bromas. Yvette, entre risas, nos sugirió que le pasásemos el cerrojo a la puerta. Dudaba de que esa noche nos hiciese falta, Olivier tenía tanta cara de agotado como yo.

Una vez en la habitación, a los dos no nos quedaron ganas para nada más que cambiarnos, lavarnos y meternos en la cama.

Con su brazo rodeándome y su pecho contra mi espalda, lo sentí quedarse dormido casi al instante, igual que si hubiese caído inconsciente; a mí me costó bastante más lograr conciliar el sueño y eso por un único motivo: los tests de embarazo, que ya había ocultado entre la muda de ropa que pensaba vestir al día siguiente, para levantarme y correr al baño con ellos; de ser posible, antes de que Olivier despertase.

Mi noche fue un espanto, porque tardé en caer en brazos de Morfeo y cada tanto abría un ojo para ver qué hora era, por miedo a quedarme dormida.

Fui testigo del modo en que la madrugada comenzaba a clarear y, cuando al abrir los ojos, quizá por quinta vez durante la noche, vi que el antiguo reloj que descansaba sobre mi mesilla marcaba las seis treinta, me escurrí con cuidado de la cama, recogí la muda de ropa con las tres cajas ocultas en su centro y me escapé al baño, con el corazón latiéndome en los oídos y un miedo atroz en el pecho.

Tras empujar la puerta con la espalda, como si me persiguiese una horda enfurecida dispuesta a derribarla para alcanzarme, pasé el cerrojo.

Las piernas me temblaban y, de los nervios, de pronto sentí unas incontenibles ganas de orinar.

A toda prisa, corrí hasta la encimera de mármol que sostenía los lavamanos de bronce. A manotazos, dejé la ropa encima del lavabo y descubrí las tres cajas.

Apreté las piernas. Si no conseguía abrir las cajas pronto, me mearía encima.

Las tres malditas cosas estaban pegadas y cerradas como si fuesen refugios antiatómicos.

Dos de los tests eran para mojar la almohadilla del extremo; el tercero tenía un pequeño contenedor en el que se suponía que debía dejar la tira reactiva durante cinco minutos. Cuando abrí la caja de este último, lo hice tan a tirones que todo salió volando y tuve que recoger el pequeño vaso de plástico de detrás de la bañera, porque salió despedido como por un cañonazo.

Como pude, intentando no hacer un desastre, junté orina en el contenedor y lo bajé al suelo, al tiempo que le ordenaba a mi cerebro que se contuviese de dejar escapar el resto de líquido que contenía mi vejiga a punto de estallar.

Oriné sobre uno de los extremos de uno de los tests.

Luego, otra vez la tortura de esperar a acomodarlo sobre el mármol para ir a por el tercero, sintiéndome tan tonta y ridícula como nadie en esta vida ha debido de sentirse jamás al hacerse una prueba de embarazo.

Cogí el tercero, sintiendo que estaba a punto de estallar. Por poco no se me cae dentro del váter. Manoteé y logré rescatarlo justo a tiempo para que no tocara nada, para que no se contaminara con nada.

Con el último dispositivo en la mano, seguí orinando durante lo que me pareció una eternidad, como si me hubiese bebido toda el agua del planeta o como si hubiese tomado una caja de diuréticos.

Todavía sobre el váter, ya sin orinar pero teniendo la impresión de que dentro todavía me quedaba una inundación, dejé la muestra sobre el mármol y sumergí el dispositivo que venía con el vaso de plástico en la orina.

Miré la hora en mi reloj, todavía sentada allí, a la pálida luz del amanecer en mitad del campo.

Uno de los tests tardaba tres minutos; otro, sólo uno, y el último requería veinte segundos de espera después de tenerlo sumergido durante cinco minutos.

—Mierda. —Tragué en seco. No tenía ni fuerzas para levantarme del váter; mejor dicho, me faltaba valor para asomarme a la prueba que tardaba un minuto en mostrar el resultado en la diminuta pantalla digital que anunciaba con palabras si estabas preñada o no.

Noté mis rodillas reblandecidas por una mezcla de pánico y emoción, pero me levanté del váter y fui a lavarme las manos, sin animarme a espiar en dirección al primer test.

El minuto debía de haber pasado ya.

Me sequé las manos, todavía negándome a mirar.

—¿Y si estás embarazada? —me pregunté en voz alta.

El susurro que fue mi voz hizo eco en las paredes de mármol del baño.

Inspiré hondo y solté el aire por la boca.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, mi piel se erizó.

Si estaba embarazada...

Cerré los ojos e intenté visualizar mi cuerpo con una barriga prominente, a mí misma con un bebé en brazos. Yo, Antonia, en una vida completamente

diferente, siendo todo lo que era y mucho más.

La piel de mis brazos debió de enfriarse un par de grados más.

Si estaba embarazada...

Bajé la vista hacia la encimera de mármol.

Allí estaba el resultado, en el test que tenía la pequeñísima pantalla digital.

Enceinte.

La palabra en francés se quedó adherida a mis retinas.

Mi corazón se puso a latir a toda velocidad.

Embarazada.

—Dios —gemí, si bien nunca había sido demasiado creyente.

Tuve que aferrarme del canto del mármol.

—Embarazada —susurré.

Lo estaba. Al menos según este primer test, lo estaba.

Las náuseas me atacaron con más fuerza.

Hiperventilando, fijé la vista en el test cuyo resultado se obtenía en tres minutos.

Comencé a contar los parpadeos sin perder de vista la ventanita en la que, si aparecían dos rayas, sería un dos de tres.

Un parpadeo más y allí estaban, al abrir los ojos; la segunda confirmación.

—Dios, Dios, Dios... —Se me cerró la garganta.

Moví la vista hacia el tercer test.

¿En serio importaba si daba positivo o no, cuando todo mi cuerpo tenía muy claro lo que le sucedía, sin importar si mi cerebro quería terminar de convencerse de la verdad?

Saqué la tercera muestra de la orina... Sólo faltaban veinte segundos para obtener el resultado.

Se me revolvieron las tripas mientras derramaba la orina del vaso de plástico en el agua del váter. Lo único que me faltaba era vomitar.

Las otras dos rayas aparecieron y ya no pude sostenerme en pie.

Poco a poco, sin soltarme del mármol, bajé al suelo hasta que mis rodillas

encontraron el límite para su caída. Se me escaparon las lágrimas.

Tres tests positivos.

Mi mente quedó en blanco.

¿Qué se suponía que debía hacer entonces?

Tantas veces había imaginado lo feliz que sería en ese momento, lo mucho que lo celebraría... Lo que me reiría, los planes que haría y, sin embargo, en ese instante no podía hacer otra cosa que sostenerme allí, de rodillas, colgando de la encimera.

Estaba paralizada tanto física como mentalmente y, de pronto, me sentí como si estuviese sola en el universo, más sola de lo que hubiese estado jamás.

¿Cómo iba a hacer para cuidar de un niño, para criarlo?

¿Qué clase de madre podía ser si era un desastre y a duras penas podía con mi vida?

¿Qué le daría?, ¿a qué vida lo traería?

Cerré los ojos, apretando los párpados con fuerza, y, detrás de éstos, vi a Gastón. ¿Qué diría él cuando supiese que iba a ser padre? ¿Anularía el divorcio, se cabrearía conmigo todavía más a sabiendas de que lo había engañado para tenerlo, que a sus espaldas había abandonado las pastillas? ¿Qué diría mi hijo si Gastón nos alejaba de su lado y llegaba a descubrir que su madre había provocado ese embarazo con mentiras?

Una ola ácida trepó por mi garganta de manera violenta.

Así, de rodillas, me lancé al váter para vomitar.

Mi estómago se retorció de todas las maneras posibles, ahogándome. Mi cuerpo sufrió por los espasmos y por la culpa.

Lloré a mares mientras devolvía.

No podía sentirme peor conmigo misma.

Cuando mi estómago se calmó, continué llorando sentada en el suelo, con el rostro hundido en una toalla.

Al final, las lágrimas se me acabaron y mi cerebro, despertando del *shock*,

me recordó que Olivier se hallaba en la habitación contigua, que estábamos en casa de su padre.

Olivier me importaba demasiado como para hacerle un desplante. Tenía que levantarme del suelo y seguir adelante. Seguir adelante...

—De pie —me ordené en voz alta—. Levántate, Antonia: estás embarazada, no muriendo. ¡Levántate! Serás madre. Es el comienzo de la vida, no el final. ¡Levántate! —Me puse en pie y solté la toalla sobre el mármol—. Embarazada —susurré—. Voy a ser mamá. —Giré mi rostro hacia el espejo y contemplé mi reflejo—. Mamá... —De entre las lágrimas, se me escapó una sonrisa y un sollozo, todo a la vez. No cabían en mi interior ni más miedo ni más felicidad. Todo lo que sentía era demasiado y me embargaba. Debía decírselo a alguien o estallaría.

Olivier no era una opción, si bien en algún momento debería contarle la verdad.

«Jackie», pensé.

Le eché un vistazo a las cosas que habían quedado sobre el mármol y, con un respingo, comencé a guardarlo todo dentro de una de las cajas. Con torpeza, metí los tres tests dentro de una de las cajas; las otras dos, junto con los prospectos, las aplasté y plegué para esconderlas dentro de aquella en la que lo había guardado todo, la más grande de las tres.

Haciendo un nudo con mi cabello castaño, me incliné sobre el lavamanos y me enjuagué el rostro y lavé los dientes.

Cogí la toalla y me sequé la cara, para luego colocarlo todo en su sitio, ocultando cualquier rastro de lo sucedido.

Fui hasta la puerta y agucé el oído.

Todavía era demasiado temprano.

No se oía nada.

Quitó el cerrojo y entornó la puerta para espiar por la rendija. Olivier continuaba durmiendo y la habitación, en penumbra, con las cortinas de las ventanas más próximas a la cama aún echadas.

Mi bolso estaba sobre uno de los sillones; mi móvil, dentro.

Abrí la puerta un poco más y esperé a darle tiempo a Olivier a reaccionar, por si estaba despierto.

Nada, él descansaba plácidamente, sin tener ni la más remota idea de lo que sucedía a unos metros de él.

Tiré de la puerta todavía un poco más y, como si fuese a lanzarme a las aguas de una profunda piscina, tomé una gran bocanada de aire antes de salir corriendo de puntillas en dirección al sillón.

Pillé mi bolso y salí disparada otra vez hacia el baño.

Me metí dentro de nuevo y, antes de cerrar la puerta, eché un vistazo a la habitación. Olivier seguía sin enterarse de nada.

De entre todas las cosas que tenía en el bolso, pesqué mi móvil; la batería estaba agotándose. Zambullí mi mano otra vez entre todas mis pertenencias, para sacar el cargador.

A un lado del espejo había varios enchufes. Lo conecté. De pasada, vi que tenía varios correos, que ignoré porque estaba casi segura de que eran del abogado de Gastón.

Busqué a Jackie entre mis contactos y la llamé.

Sonó una vez.

Era demasiado temprano.

Sonó otra vez.

La despertaría.

Sonó una tercera vez.

—Mierda, debe de estar con Claudine.

Sonó una cuarta vez y...

—¿Hola? —entonó la voz de dormida de Jackie—. Ant...

—Hola, soy yo, sí... Perdón. Buenos días, Jackie.

—Buenos días —me contestó, atontada—. ¿Sucede algo?

—Jackie, ¿quién es?

Esa voz que se filtró al fondo fue la de Claudine.

—Es del trabajo, amor. Perdóname, atenderé en la sala.

—¿Tan temprano?

El chirrido inconfundible de un despertador comenzó a sonar.

Jackie soltó un insulto. El aparato dejó de emitir ruido.

—Sigue durmiendo, no pasa nada. —Las palabras lejanas de Jackie fueron para Claudine otra vez.

—Pero...

—Duerme, que todavía es pronto —le dijo a ella—. Un segundo, ¿vale? —me dijo a mí.

Esperé con el teléfono pegado a la oreja, captando sus pisadas sobre las crujientes maderas del piso que ocupaba con Claudine. Debió de cerrar la puerta de la habitación al salir, porque se oyó un tenue ruido.

Pasaron dos segundos más y entonces...

—Antonia, ¿qué pasa?, ¿estás bien? ¿Ha sucedido algo? ¿Olivier está bien? ¿Te encuentras bien tú?

—Sí, Jackie, perdóname por despertarte, es que... es que...

—Antonia... —articuló mi nombre y se quedó esperando. La oí contener el aire; seguro que su cerebro, en ese momento un poco más despierto, comenzaba a sumar dos más dos, para llegar a comprender el motivo de mi llamada.

—Sí, Jackie, acabo de hacerme los tres tests de embarazo. Estoy encerrada en el baño. Oli duerme en la habitación contigua.

Guardó silencio.

—Jackie...

—Estás embarazada. —No me lo preguntaba, lo afirmaba.

Sonreí, temblando como una hoja. Ojalá la tuviese a tiro en este instante, para que viese mi sonrisa y para que comprendiese el pánico a lo incierto que cargaba en la mirada. Me contemplé al espejo y mentalmente me dije que estaba embarazada. Todavía sonaba increíble, imposible, completamente irreal.

—Sí, Jackie, los tres han dado positivo: estoy encinta.

—¡Sí! —festejó ella con un potente alarido; aunque Jackie hubiese estado en el otro extremo del enorme piso, seguro que había despertado a Claudine —. ¡Lo sabía, lo sabía! ¡Felicidades! ¡Serás mamá! ¡Lo sabía! Joder, qué feliz estoy por ti. ¡Voy a ser tía! —chilló, y toda su alegría hizo que volviesen a saltarme las lágrimas.

»Es estupendo, Antonia. Pase lo que pase, es una noticia fantástica. Te lo dije y lo repito, tienes todo mi apoyo. Para lo que necesites, aquí estoy. Lo digo en serio, sea lo que sea, aquí estoy, de verdad, te ayudaré ahora y en el futuro. Cuentas conmigo. Sé que todo esto ha de ser difícil por la situación en la que te encuentras, pero es una noticia maravillosa. ¡Serás mamá! ¡Voy a ser tía! —celebró otra vez.

Su alarido me obligó a apartarme el móvil de la oreja.

Mi corazón comenzó a latir de un modo diferente, aceptando darle más espacio a la dicha que al miedo.

—¿Cómo estás? ¿Qué sientes? ¿Qué harás?

—Jackie, ésas son muchas preguntas.

—Sí, lo sé, ¡es que estoy tan entusiasmada! Es genial; una noticia estupenda. ¿Estás contenta? Imagino que estarás nerviosa.

—Estoy aterrada, Jackie. No sé si podré ser una buena madre... No sé nada. Estoy... —No me salían las palabras—. Creía que esto nunca sucedería y sucede justo ahora, cuando mi vida se cae a pedazos.

—No se cae a pedazos, tienes a Olivier a tu lado.

—Sí, pobrecito, le ha tocado la lotería conmigo. ¿Cómo voy a decirle que estoy embarazada?, ¿cómo se lo diré a mi marido? ¿Qué voy a hacer? Estoy tan perdida, Jackie. Ni siquiera sé si Gastón querrá... y Oli... Mi cabeza es pura confusión.

—Pues no le hagas caso a tu cabeza. ¿Qué te dice tu corazón? —Hizo una pausa y yo no dije nada—. Sí, suena cursi, pero, al fin y al cabo, es lo único que cuenta, Antonia, porque todo lo demás va y viene. El padre de tu hijo

siempre será el padre de tu hijo, eso no lo cambiará ninguna decisión que pueda tomar tu corazón basado en lo que sientes. Tu hijo no perderá a su padre porque tú elijas ser feliz, y, si se me permite la acotación... Antonia, ninguna relación que vaya bien desencadena en lo que te sentiste en la necesidad de hacer para intentar quedar embarazada. Eso lo sabes, no preciso explicártelo.

—Sí, pero...

—¿Todavía estás enamorada de tu marido?, ¿sí o no?

—Olivier... Un embarazo es una carga que él no...

—No estoy hablando de tu bebé, Antonia, estoy hablando de si te pasan cosas con Olivier o si todavía estás enamorada de tu marido.

—No —solté—. No, Gastón ya no ocupa el lugar que solía ocupar en mí. Eso se acabó hace un tiempo, creo, y fue reemplazado por otra cosa, algo con lo que me conformé; un sentimiento que creí que era correcto y lógico sentir después de catorce años.

—No me vengas con eso. Lo que sucede es que ya no amas a tu esposo. Punto. No le des más vueltas. Si todavía no estás enamorada de Olivier, vas en camino.

—Creo que estoy muy próxima a llegar a destino si es que no he llegado ya —admití en voz alta—. Lo que sucede es que no es tan sencillo. Una relación entre Olivier y yo es una cosa; entre Olivier, yo y un bebé de otro hombre, una muy distinta. No puedo obligarlo a hacerse cargo de esto.

—No es hacerse cargo.

—No creo que formase parte de sus expectativas estar con una mujer embarazada, Jackie. No es lo mismo y sabes que no.

—Sí, sé que no. Sin embargo, no puedes evitarlo, Antonia; las cosas como son. Si él te quiere a su lado, con todo lo que viene contigo, es su decisión. Aun así, no estarás sola, vuelvo a repetírtelo. No tienes que regresar con tu marido por no quedarte sola. No tienes que evitar a Olivier por miedo a que él te diga que no puede con esto. Tienes que arriesgarte por lo que quieres.

—No quiero perder a Olivier y al mismo tiempo... —Inspiré hondo y me

miré a los ojos a través del espejo—. Jackie, tengo en mis manos lo que siempre he querido, y esas dos cosas no son compatibles. Estoy embarazada y tengo a mi lado a alguien que me quiere, a alguien que sé que podría amar mucho más de lo que jamás imaginé.

—Antonia, agradece que te tengo lejos; si no, en este instante, te estaría dando un tortazo.

Vi mis ojos cargarse de lágrimas otra vez.

—Yo te quiero.

Con sus palabras, me asusté. Guardé silencio.

—Ok, no te quedes así de muda, que no lo digo de un modo romántico. Me caes bien, pero no eres mi tipo y tengo muy claro que no soy tu tipo. ¿Nunca te has puesto a pensar que, en ocasiones, la vida pone en tu camino a personas que necesitas tener a tu lado, a personas que te necesitan? Oli es una de esas personas, tú lo eres. Espero que Claudine siga siéndolo. —Hizo silencio un segundo—. No te imaginas el valor que tiene para mí ser parte de esto, parte de tu vida durante este momento tan especial.

—Jackie... —Una lágrima se me escapó.

—Lo digo en serio. Puedes hacer esto sin tu marido y sin Olivier. Ojalá no lo pierdas, porque sinceramente creo que vosotros dos sois el uno para el otro..., pero, si así es, todavía te tendrás a ti misma, Antonia. Siempre te tendrás a ti misma, y eso es lo único que importa, y, siendo tú, tendrás a ese bebé y yo seré una orgullosa tía, bien desde la distancia o todavía más feliz si te quedas, desde aquí cerca, ayudándote en todo lo que pueda, apoyándote.

Volví a entonar su nombre.

—Contesta desde tu corazón. ¿Estás feliz por el embarazo, sí o no?

Mis labios le contestaron, invadiendo el espacio de mis mejillas.

—Sí.

—Lo ves. Sea lo que sea, éste es un momento feliz. Eres tú, Antonia, tu vida. Tú frente al mundo, embarazada y capaz de todo. Puedes hacer esto y todo lo que te propongas, con o sin un hombre a tu lado.

Sus palabras calaron profundo en mí y eso provocó la fuga de un par de sollozos.

—Llora, ríe. Todo está aceptado, Antonia.

Lloré y reí todo junto.

—¿Me nombrarás madrina?

Y así, con sus palabras, me carcajeé y ella conmigo.

—Gracias, Jackie.

—Gracias a ti por compartir esto conmigo. Me alegra ser la primera persona en saberlo. Porque soy la primera en saberlo, ¿no? —entónó, divertida.

—Sí, lo eres.

—Que lo sepas, me jactaré de esto toda la vida. Tendrás que soportarlo —bromeó.

Qué más podía pedir yo.

—Bien, puedo permitírtelo después de meterte a la fuerza en este embrollo.

—Es un placer.

—¿Te he puesto en más problemas con Claudine?

—No, tranquila; si me echa de casa, no será por ti, no por esta llamada, eso seguro, aunque creo que piensa que estoy enamorada de ti o algo por el estilo.

—Jackie...

—Tranquila, no es culpa tuya. Más me parece que busca una excusa para terminar conmigo.

—Jackie... —Sentí como si me diesen una patada en el pecho, justo sobre el corazón.

—Escucha: intenta mantener la calma, que tienes que cuidarte. Disfruta de estos días allí con Oli y, cuando regreses, lo pones todo en orden.

—Sí, ése es más o menos mi plan; bueno, no es que tenga un plan... Sí sé que no puedo decírselo aquí, con su padre presente, porque... Bien, tengo la ligera impresión de que a Cid no le gusto mucho. ¿Sabías que la esposa de Cid es un año menor que yo?

—No te enrosques con esas cosas, Antonia.

—Y me da la impresión de que no le hizo mucha gracia encontrarme encima de su hijo medio desnuda.

Jackie soltó una carcajada.

—¿Qué tan in fraganti os pilló? ¿Así que vosotros dos no podéis quitaros las manos de encima el uno del otro?

No me quedó más remedio que sonreír.

—Te envidio. Es genial estar así. Anda, ve, aprovecha... Regresa a la cama con Olivier e intenta no boicotear este momento de tu vida.

—Gracias, Jackie. —Mi corazón dio una pequeña sacudida al acabar de comprender que ella tenía razón en aquello de que la vida, a veces, hace cosas bonitas como poner en tu camino personas que necesitas y que te necesitan, a las que puedes hacerles bien, que te hacen bien; personas a las que querer y que te quieran, gente de verdad que te obliga a ser tú, que haces que sean más ellas mismas. A veces la vida te hace dar de frente con personas que te mueven de tu zona de confort y que te empujan a ver el valor de lo que reside en el universo de los que deciden arriesgarse a meter la pata hasta el fondo.

Entre risas y llantos, nos despedimos.

Volví a lavarme la cara. Metí el móvil otra vez en el bolso, sin revisar los correos, y, cargándolo junto con la pila de ropa (habiendo escondido previamente la caja con los tests en mi bolso), regresé a la habitación y me metí en la cama para acurrucarme junto a Olivier.

Con mi rostro escondido entre su espalda y su cuello, sintiendo el aroma de su cabello mezclado con el de su piel, me quedé dormida.

Listo para lo que sea

Llevábamos una hora dando vueltas por los campos, paseando entre las vides, respirando el aire fresco de la mañana.

Allí todo era tranquilo, había paz, y mi padre, por suerte, no había vuelto a la carga con nuestra conversación, lo cual agradecía. Necesitaba pasar el rato allí como solíamos hacerlo antes, sin problemas, sin roces. Me sentaba bien haber regresado a casa así, recordando el tiempo en el que la propiedad estaba a medio remodelar y en el que las vides, abandonadas a su suerte por su antiguo dueño, eran para mí un laberinto marrón por el cual me encantaba correr y esconderme durante horas, con mi guitarra, tocando para nadie más que para los pájaros y unas plantas medio muertas.

Inspiré hondo, cargando mi mente del aroma de la tierra y los viñedos.

Sonreí de gusto al evocar aquellos buenos recuerdos.

—Se las ve muy bien —le dije, volviéndome hacia él sin dejar de andar por entre las hileras de cepas que lucían de maravilla en comparación con aquella época.

—Sí, crecen bien. —La voz de mi padre sonó cargada de orgullo y satisfacción—. Toda esta parte de aquí es nueva. —Alzó un brazo y con éste dibujó un gran círculo para abarcar las vides que nos rodeaban—. Tuvimos un par de problemas con roedores; está solucionado. Hasta lo que sé, el enólogo está muy complacido con el trabajo; dice que las uvas crecerán de fábula, que tendremos una cosecha estupenda. Incluso planeamos expandirnos un poco. No te lo dije: compré un terreno colindante. También está cultivado. No le

prestaban demasiada atención; lo recuperaremos. Estamos muy entusiasmados. La bodega crecerá con esta nueva expansión.

—Tal parece que vas en serio con esto.

—Sí, me encanta. Hacer vino es un arte. Nunca llegué a pensar que esto me gustaría tanto. Todavía me sorprende el encontrarme a mí mismo hablando de esto. He aprendido mucho en los últimos meses, gracias a unos libros que nuestro enólogo me recomendó. Tu padre ha estado estudiando mucho. —Me guiñó un ojo y puso una mano sobre mi hombro para que nos pusiésemos otra vez en movimiento.

La tierra crujía bajo mis pies mientras el sol me daba en el rostro.

—El vino que bebimos anoche era estupendo, papá.

—Es de una cosecha de hace tres años. Vamos mejorando. Según nuestra previsión, en cinco años nos convertiremos en un establecimiento mucho más grande y de renombre, o al menos eso espero. La idea es, más que nada, perfeccionar el producto, y luego intentar llegar a un selecto grupo de...

—¿Selecto grupo? —solté, interrumpiéndolo—. Guau, sí que vas en serio. En cualquier momento podrías retirarte y dedicarte a la viticultura.

—¿Es eso lo que esperas?, ¿que te deje el camino libre?

Me detuve y di media vuelta; sabía que bromeaba, pero aun así lo miré mal, solamente por seguirle la corriente en el juego, ya que no quería discutir.

—Podría hacerlo si con eso me garantizo que te decidirás de una maldita vez a hacer de tu pasión tu profesión.

De pronto ya no bromeaba, y lo sabía. Me enfrentó con la mirada, plantado delante de mí.

—Papá, no empieces, que todavía es temprano.

—Nunca he terminado. Que tú hayas decidido no mantener esta conversación es una cosa, pero eso no implica que yo tenga intención de dejarlo estar. Ahora podemos discutirlo en paz, que no tenemos testigos y tú no tienes que ocultarle nada a ella.

—Papá... —Sabía que se refería a Antonia y, sí, tenía razón en algo: no me

apetecía discutir eso delante de ella.

—No quiero que ella se convierta en otra excusa de tu parte para no hacerlo, para no atreverte a ir a por todo.

—Ella no...

—¡No estás listo para eso! —me interrumpió—, para ella, para meterte en semejante situación. Déjala ir, Olivier; esa mujer todavía lleva su anillo de casada. Esa mujer no es para ti. El lunes ve a hablar con Tomy; organizaremos reuniones con un par de discográficas para que nos cuenten lo que tienen para ofrecerte. Si lo que no quieres es perder tu banda, intentaremos conseguir que continuéis unidos. Quizá debemos agregar algún nuevo integrante para tornarla un poco más llamativa, pero...

—Alto. Papá, por favor. No me digas que no estoy listo para ella.

—No me hables de ella, háblame de la banda. Ni siquiera te atreves a vivir en serio tu propia vida. ¡Claro que no lo estás! Solamente te escapas de tus responsabilidades.

—¡No me escapo de mis responsabilidades! —Empezaba a ponerme nervioso.

—¡Sí que lo haces! Olivier, lo que te dije no fue una vana amenaza. Realmente no quiero tener que hacerlo; sin embargo, si insistes en esta tontería de no querer hacerte cargo de lo que eres, pues entonces te obligaré a hacerte cargo de lo que pretendes ser. No eres un músico callejero, eres una maldita estrella de la música. Lo tienes todo para serlo. Puedes compartir lo que eres con millones de personas si quieres. No tienes que ocultarte, Olivier. Deja de esconderte, por el amor de Dios —rogó—. El pasado quedó atrás hace mucho tiempo y, si a alguien debe pesarle, es a mí, que no hice lo suficiente..., no a ti, que no era tu responsabilidad.

—Papá, no digas eso, por favor. —Apreté los dientes; de verdad que no quería hablar de mi madre, del pasado, de todo lo que, muy a mi pesar, todavía tenía atragantado, o quizá fuese clavado en el pecho, a la altura del corazón,

atravesándolo a éste y a mi pulmón, por eso tenía la constante sensación de respirar a medias cuando me atrevía a mirar hacia dentro.

—Es cierto. Si alguien cometió un error, fui yo, no tú. La muerte de tu madre no debe ser tu carga, Olivier. No podías hacer nada. Yo debí estar allí, yo debí insistir con ella. No debí bajar los brazos... Sabía que, lo que no hacía por ella, no lo hacía por ti; el caso es que estaba agotado y la perdía, y me dolía ver que la perdía. Me sentía tan derrotado... —Entre las viñas, mi padre avanzó un paso hacia mí, borrando la distancia entre nosotros—. Me escudé en mi trabajo, me fui, lo sé. No te abandoné, pero casi. Lo lamento, hijo. Lo lamento hasta hoy día, cada día, a cada hora, cuando veo lo mucho que te pesa todo lo sucedido. Mi carrera podría haber sido cualquier otra, Olivier; lo que le pasó a tu madre no fue culpa de la música, porque hubiese dado igual si yo hubiera sido abogado o cualquier otra cosa. Además, hijo, por suerte, y todavía no entiendo muy bien cómo, está muy claro que tú no eres como yo, que eres mucho mejor, y sé que no cometerás las mismas estupideces que cometí, incluso si te dedicas a la música en serio. Tú no harías las cosas que yo hice. Tu vida no sería la mía, Olivier. Y tienes todo el derecho a ser plenamente feliz. Deja de contenerte, deja de castigarte.

—No me castigo —le contesté, y mi voz tembló, delatándome. Joder, que me moría de ganas de salir corriendo y acabar así con esa conversación. De haber podido huir, lo hubiese hecho, pero allí, en la casa, había dejado a Antonia durmiendo, acompañada de una breve nota en la que le explicaba que salía con Cid a dar un paseo por los viñedos, que estaría de regreso en unas horas y que disfrutara de la cama y del desayuno por mí.

—Sí que lo haces. Tienes que detenerte. Basta, Olivier, ya ha sido suficiente. No sé si hubiésemos podido hacer algo por ella de haber actuado de manera diferente —meneó la cabeza—, pero ella ya no está; lo más probable es que nada hubiera cambiado, intentáramos lo que intentásemos. No ofenderás su recuerdo permitiéndote ser feliz con la música, saliendo de gira o teniendo un público que te adore. Y no me cabe duda de que te adorarán.

—No digas esas cosas.

—Es la verdad. Tienes toda la vida por delante y, aunque intentes escudarte en esa mujer, tú, tan bien como yo, sabes que tarde o temprano no podrás contener más tus ansias y tu necesidad de ser tú, y eso terminará... y no bien. Acáballo ahora y comienza con tu vida de una maldita vez. Te lo ruego, Olivier, entra en razón.

—Papá...

—Sabes que lo quieres. Lo veo en tus ojos. Comienzas a flaquear. Es lo que quieres y no está mal que lo aceptes. Llamaré a Tomy. No tienes que decir nada, no tienes que aceptarlo en voz alta siquiera, no si no estás listo. —Puso una mano sobre mi corazón—. Aquí dentro lo estás, no me cabe la menor duda. —Hizo una pausa—. Lo llamaré y comenzaremos con esto. Tienes todo mi apoyo, cuentas con el apoyo de toda tu familia. Todos deseamos verte en el lugar que te corresponde.

—Papá, por favor... —La voz me tembló de nuevo. Claro que quería intentarlo, por supuesto que necesitaba saber hasta dónde podía llegar con mi música, pero... de tan sólo pensar en vivir en ese mundo, en tener las mismas cosas que mi padre tenía, esas que lo alejaron de ella... No terminaba de convencerme con aquello de que, habiéndose dedicado a otra cosa, nada hubiera cambiado.

Mi madre había muerto una vez, no quería volver a verla morir.

Si mi padre había cometido errores, los míos serían todavía más profundos.

Además, estaba Antonia. Rehusaba dejarla. Ella me necesitaba y yo, a ella. Y la banda... y Claudine y Jackie.

—Tú ni lo pienses. No tienes de qué preocuparte; lo organizaré todo y ya decidirás tú. Lo resolveremos. Sacaremos de esto algo muy bueno y grande. — Su mano pasó de mi pecho a mi hombro, al cual le dio un apretón—. Llevo demasiado tiempo esperando verte feliz, completo. Me niego a continuar siendo testigo de la vida que llevas ahora. Se acabó, Olivier, en este instante

se acabó esa vida. A partir de este mismo segundo, todo cambia, y será para bien. Ya verás como sí. Te mereces todo lo bueno y lo tendrás.

Puse mi mano sobre la suya. No logré articular palabra.

Él me sonrió.

—¿Quién sabe?, quizá me retire y te deje a ti los escenarios. Ya viste ayer que tu hermano piensa que eres mucho mejor que yo.

Le sonreí.

—Lo eres, Olivier, y nada podría hacerme más feliz. No deja de sorprenderme que haya sido el responsable de criarte. Eres demasiado bueno, hijo.

—No digas nada más, papá.

—Diré solamente una cosa más. —Me miró a los ojos—. Te quiero.

Meneé la cabeza, sonriéndole.

—Y yo a ti. —Seguí caminando.

Me acostaba terminando de aceptar el hecho de que sí quería hacer algo más de mi música, pese a que temía arruinarlo todo. Los nervios me invadieron en ese preciso instante, como si, por no decir nada, por no negarme, por permitirme la posibilidad de intentarlo, estuviese firmando un contrato que me enviaría directo al infierno sin escalas. Los pensamientos y sentimientos desmedidos —tenía claro que lo eran— estaban haciéndome sentir como una criatura y no como un hombre de veintisiete años; era como regresar a aquel colchón sucio en el suelo, junto a ella.

«No estás solo ahora —me dije—. Ahora está ella.»

No tenía por qué dejarla. Lo nuestro no tenía por qué finalizar, firmase un contrato con alguna discográfica o no. Es más, estaba convencido de que Antonia se enorgullecería de mí viendo que mi vida podía ser mucho más que colchones tirados en el suelo y tocar en sitios perdidos por la ciudad. Tenía más que claro que lo mejor que puedes decirle a una mujer no es: «Ven, salgamos de compras, que mi padre paga». Antonia debía de estar acostumbrada a tener a su lado, al menos en ese aspecto, a un hombre muy

distinto, y yo quería ser ese hombre, además del hombre que ya era, del hombre que la amaba y que jamás la dejaría del modo en que su marido la había abandonado. A mí no se me ocurría un modo de acabar con ella, siquiera. La mera idea de pensar en eso hacía que me entrasen ganas de correr a la casa para volver a ella y abrazarla.

Me detuve.

Mi padre pasó por delante de mí para coger una hoja entre las puntas de sus dedos.

—Estoy enamorado de ella. La amo, papá. —Soltó la hoja y me miró—. Voy en serio. No es simplemente una chica cualquiera para mí. Lo que tengo con Antonia no es discutible. Hablaremos con Tomy y hablaré con la banda, porque es un asunto delicado y tú lo sabes. Por lo demás... mi vida no es negociable. Tendrás que aceptarlo.

Suspiró.

—Hablo en serio. No es discutible. Antonia es importante para mí.

—Podrías tener...

—Tengo lo que quiero, papá. Tengo a mi lado a quien quiero. Es la primera vez que traigo a alguien aquí; sabes que hay una diferencia entre ella y las otras personas que han pasado por mi vida. No la tortures más con tus miradas, ¿de acuerdo? Es una buena mujer y soy feliz cuando estoy con ella.

—Sólo la conoces desde hace una semana.

—Sí, y todavía nos queda mucho más por descubrir el uno del otro y, sin embargo, dudo de que eso cambie lo que siento por ella.

—Olivier... —canturreó.

—Es en serio, papá. Por favor, trátala bien.

Su silencio se me hizo pesado. Nunca había imaginado que tendría que pelearme con él sobre eso, puesto que jamás había sido un tema de discusión. Lo de las discográficas lo entendía; lo de Antonia, no.

—Si no me das tu palabra de que intentarás ser amable con ella, me largo hoy mismo, y no es una amenaza. Me encantaría quedarme aquí con Antonia,

porque aquí crecí y quiero que lo vea todo, pero no pienso darte la oportunidad de hacerla sentir mal.

—No ha sido mi intención...

—Tengo claro que no, que solamente quieres protegerme. Lo sé, papá, y también te quiero; valoro cada cosa que haces por mí, por eso me haría muy feliz que tú y ella tuvieseis una buena relación. —Me detuve para inspirar hondo un par de veces—. ¿Y bien? ¿Podemos pasar unos buenos días en familia?

El cuerpo del mi padre se relajó y sus hombros abandonaron la posición a la defensiva que mantenían. Su frente perdió tensión.

—¿Es eso un sí?

—No quiero que te lastime.

—Papá, tengo veintisiete años.

—Tengas lo que tengas, siempre serás mi niño. —Le sonreí—. Bien, lo intentaré. Sólo te pido que, por favor, vayas con cuidado. Sería bueno ver que ella resuelve su pasado.

—Dale tiempo.

—No es que yo no se lo dé, mi miedo es que te haga perder el tuyo en una relación que no tiene futuro mientras tú la contemplas con esa mirada de perdido con que la miras. Por supuesto que sé que la amas, soy tu padre y no estoy ciego, Olivier; por eso me preocupa.

—Estaré bien. Te lo dije, estoy listo para lo que sea, para todo.

—Me alegra oírlo, porque todo cambiará. —Mi padre dio un paso hasta mí y me abrazó, apretujándose entre sus brazos. Sus manos se aferraron con fuerza de mi abrigo—. Te quiero, chico. Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida y no quiero que nadie te haga daño.

—Estaré bien. También te quiero, papá. —Nos apretujamos el uno contra el otro—. Por cierto, no necesitas desistir de tu carrera por mí, supongo que sobran escenarios para que nos los repartamos.

Él me agarró por los hombros y me apartó para mirarme a la cara.

—Cuando te subas a los escenarios que te esperan, el público se olvidará de mí.

Una vida para vivir

Llevaba un par de minutos dando vueltas por la casa en busca de algún ser vivo. La búsqueda había sido infructuosa hasta ese instante. Pensaba que quizá encontraría a Olivier allí, pero no era su voz la que sonaba al otro lado de la puerta, sino voces femeninas e infantiles. Un delicioso aroma se colaba por la puerta entreabierta.

Agradecí que, en ese segundo despertar, mi estómago estuviese mucho más estable. Al menos no me quedaban dudas del porqué de mis espantosas mañanas.

También fue un alivio hallar una nota a mi lado y no a Olivier. Los minutos que tuve a solas al volver a levantarme me sirvieron para que asimilase un poco más mi estado.

«Mi estado», embarazada. Muy embarazada, así me sentía; tenía la sensación de que todo en mí lo gritaba con la intención de que el mundo entero lo supiese. ¿Cómo era posible que Olivier aún no se hubiese dado cuenta de lo que me sucedía?, ¿cómo no lo notaban todos los demás?

No tenía ni idea de si era sugestión, por los tres positivos de los tests o qué, pero tenía la certeza de que por todo mi cuerpo, incluido mi rostro, sonaban como alarmas las señales de que mi vientre se pondría abultado en pocos meses. Pensé en mi barriga y bajé la vista al suéter que la cubría, a los vaqueros ajustados a mis caderas. Allí no se notaba todavía ni el menor cambio; sin embargo, yo lo percibía, mi interior no era el mismo.

Me puse una mano en el estómago. ¿Cómo sería notar que llevaba un bebé dentro? En ese momento a mi cerebro le costaba muchísimo hacerse a la idea

de que no soñaba.

Quitó la mano de encima de mí y, con ésta, empujó la puerta.

A la primera persona que vi no la conocía; trabajaba frente a la encimera, cortando patatas en delgadísimas láminas. La mujer se giró al oír la puerta y los pasos que se adentraban en la cocina. Debía de tener unos cincuenta y pocos años, de aspecto amable, con rasgos bonitos y una gran sonrisa; iba con un gran delantal de denim y zuecos de cocinera.

Me dio los buenos días y, al sonar su voz, atrajo la atención de alguien más.

Le respondí al tiempo que Yvette entonaba mi nombre. Giré la cabeza para verla al otro lado de la estancia, mucho más allá de la mesa donde habíamos cenado la noche anterior, en una sala de estar al fondo del espacio, jugando con sus niños entre los sofás y la mesa baja. Estaban los tres sentados en el suelo, sobre la mullida alfombra, dibujando.

—¡Antonia! Buenos días.

—Buenos días, si es que aún se puede decir eso. —Sabía que pasaba del mediodía.

Yvette me sonrió.

—Tranquila, sé cómo es llegar a la calma que hay aquí; a veces uno pierde la noción del tiempo. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. La habitación es estupenda.

—Me alegra que te guste. ¿Quieres café o cualquier otra cosa? —Hizo el ademán de llamar a la mujer que se encargaba de la comida.

—No, estoy bien.

—Hay fruta y zumo. El almuerzo estará en un rato.

—Supongo que puedo beber un vaso de zumo.

Yvette se lo pidió a la cocinera y me sugirió que la acompañase en los sillones, con sus niños.

No me senté en uno de los sillones, sino que me acomodé junto a su pequeña, quien cubría casi toda la hoja con el rojo de su lápiz de cera.

La cría registró mi llegada con una mirada.

—¿Qué tienes ahí?

—Flores —me contestó.

—Está obsesionada con las flores —me explicó Yvette—, y con el color rojo.

Le sonreí a Sabine.

—Son unas flores preciosas —le dije—. ¿Quieres que te dibuje yo una?

—¡Flores! —insistió Sabine. Cogí una hoja, otra cera roja y me puse a dibujar para ella—. Y, tú, ¿qué estás haciendo? —le pregunté a Régis, a quien ya había captado mirándome.

—Es mi papá en un concierto. —Apartó un poco el brazo y me enseñó su obra.

—Te ha quedado increíble. —Se me escapó una risa al ver la representación de Cid sobre un escenario de manos de su chiquillo; con su atuendo de rockero y su guitarra, sobre las tablas, se parecía mucho al Cid de la vida real—. Eres muy bueno dibujando. ¿Te gusta hacerlo?

Régis asintió con la cabeza.

—¿Me haces uno para mí?

—Te regalo éste.

—Ése mejor se lo das a tu papá. Estará feliz de tenerlo.

—¿Qué quieres que te haga?

—Lo que tú quieras. Sea lo que sea, seguro que me encantará.

—¿Te gustan los perros? Puedo pintar uno.

—Me gustan mucho.

—¿Tienes? Yo quiero uno.

—No, no tengo, y también me gustaría tener uno... y gatos, o cualquier mascota. Me gustan todos los animales.

—Mamá dice que pronto tendremos un perro.

—Eso es fantástico. ¿Sabes qué nombre le pondrás?

—Quiero que se llame Cid, como papá.

—No podemos ponerle como papá —rio Yvette—. Mejor si elegimos otro

nombre.

—Yo quiero que se llame como papá.

—Hay muchos nombres bonitos.

—A mí me gusta el nombre de papá. —Régis hizo a un lado el dibujo de su padre y cogió una hoja nueva.

Le tendí la flor terminada a Sabine. Ella agarró la hoja y comenzó a pintar los pétalos con el lápiz de cera rojo que tenía en la mano.

—Dibujaré un perro que se llama Cid —soltó Régis, eligiendo una cera de color marrón.

—Pero, tesoro, no creo que a papá le divierta mucho que el animal lleve su nombre. Cuando los llamemos, se confundirán y no sabrán a quién estamos llamando en realidad.

Régis se rio.

—Será divertido.

Me mató de amor la sonrisa pícaro del crío.

—No hay manera. —Yvette, sonriente, alzó la vista hasta mí—. Es terco como su padre cuando se le mete algo en la cabeza. A ver cómo hacemos para convencerlo de que no le ponga Cid al perro.

Le devolví la sonrisa y me puse a dibujar, acompañando a los niños y pensando en el día en que pudiese hacer lo mismo junto al mío. Mi cabeza, en un parpadeo, quedó atiborrada de pensamientos. ¿Viviría momentos como ése? ¿Sería una niña o un niño? ¡Nombres! No tenía ni idea de nombres. ¿Dónde lo criaría? ¿Podría darle un perro, un gato, todas las mascotas que quisiese? Gastón no quería animales en casa y yo terminé por resignarme a mi sueño de tenerlos. De pequeña mis padres tampoco los querían y esperé toda la vida a poder ser yo quien decidiese si tenerlos o no, para, al final, dejar la idea abandonada.

Quería que mi hijo creciese en compañía de animales, quería que mi hijo le pusiese el nombre que quisiese a sus perros y gatos. Quería una niña que dibujase lo que más le gustara, así fuesen flores rojas o coches de carreras.

Quería una familia, una vida para vivir de verdad, repleta de todo, una vida así...

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Yvette, sacándome de mi ensoñación.

La mujer que ayudaba en la cocina apareció con un enorme vaso de zumo de naranja. Le di las gracias y ella se retiró.

Bebí un poco antes de responder.

—Sí, estoy bien, gracias.

—No debe de ser un momento sencillo para ti.

—No, no lo es; sin embargo... —Me detuve un instante; si ella supiese—. Encontrar a Olivier fue... En nada, él se ha convertido en alguien muy importante para mí. Nunca imaginé que algo semejante podría sucederme. Todo, desde que puse un pie en París, ha sido muy extraño... y no lo digo por malo, para nada. Bueno, sí, no esperaba encontrarme con una solicitud de divorcio de mi marido en el hotel a mi llegada, eso desde ya.

—Me lo imagino. ¿Estabais pasando por un mal momento?

—No realmente. Es decir, las cosas entre nosotros estaban, por un lado, igual que siempre y, por otro —me quedé mirándola a los ojos, ¿podía hablarle con sinceridad?—, tengo la impresión de que llevábamos un tiempo distanciándonos. Mi matrimonio no era lo que pensé que sería, nada en mi vida fue lo que esperaba. Aun así... —Me detuve. No pude seguir, mi cabeza era un embrollo. No podía parar de preguntarme qué sucedería cuando Gastón supiese que iba a ser padre, cuando Olivier se enterase de que yo sería madre, y, por encima de todo, si tenía el derecho a soltarle a este último que lo sería, si podía pedirle que, aun así, continuase permitiéndome estar a su lado. ¿Podría quedarme con él?

En ese momento ni siquiera conseguía terminar de decidir lo que sentía por Gastón y cuánto quería a Olivier.

—¿Todavía lo amas?

«¿A quién?», le contesté con una mirada.

—Es un poco más complicado que eso.

—No te tomes a mal lo que te diré a continuación, yo no tengo nada en contra de que estés con Oli, que a vosotros se os ve muy bien juntos. He sido testigo del modo en que lo miras, del modo en el que él te mira; no obstante... ¿no crees que deberías tomarte un tiempo para ti? No digo que lo dejes con Olivier... No es eso. Es que... como vives con él...

Quizá eso no durase mucho más.

—No me lo tomo a mal, entiendo a lo que te refieres.

—A veces sucede que, simplemente, no queremos quedarnos solas. A veces estar sola asusta, pero es necesario.

—Lo sé.

—De cualquier manera, es evidente que eres muy especial para Olivier. Nunca antes había traído a alguien aquí. Cid lo sabe.

—Imagino que no soy lo que Cid esperaba para su hijo.

Yvette movió sus ojos hasta mi mano, debía de estar mirando mis anillos.

—Sí, lo sé. —Mi voz fue perdiéndose a medida que subía por mi garganta.

—Él tiene miedo de que Olivier salga lastimado, eso es todo.

—Ésa no es mi intención.

—Asegúrate de que tú tampoco salgas lastimada de esto, Antonia. Tienes todo el derecho a tener la vida que querías tener, sea con tu esposo, con Olivier o con quien sea.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Ella debió de notarlo, porque su mano se posó sobre la mía, que todavía sostenía el vaso de zumo.

—Gracias.

—Tranquila, Antonia.

Con la mano libre, me limpié de las mejillas las lágrimas que no había logrado contener.

—Tienes una familia preciosa.

Ella, en respuesta, acarició la cabellera de su hijo.

—Somos algo especial y somos felices así. —Su mano apretó la mía una

vez más, y me soltó.

—¡Hola!

Di un respingo sobre el suelo al oír la voz de Olivier. Alcé la vista para verlo entrar por la puerta, acompañado de su padre; sonreía.

—¿Estáis dibujando?

—Tenemos una casa llena de artistas —acotó Cid por detrás de él.

Olivier rodeó los sillones para llegar a mí. Se inclinó y besó mis labios.

—Buenos días. —Detectó mis lágrimas, las que contenía y los rastros de las que había derramado—. ¿Estás bien?

Tomé sus mejillas para mí. Asentí con la cabeza y después lo besé.

—¿Seguro? —susurró entre mis labios.

—Sí, todo está bien. Régis está dibujando un perro para mí.

—¡Un perro que se llama Cid! —soltó el crío.

—¿Un perro que se llama Cid? —Cid se dejó caer sobre el sillón, detrás de su hijo—. Buenos días, Antonia —me saludó.

—Buenos días —le contesté, captando el amago de sonrisa que me dedicó.

—Sí, le pondré Cid a mi perro. Antonia también quiere un perro.

—Pues vosotros dos podéis tener todo lo que queráis. —Olivier se sentó detrás de mí, sin apartar sus manos de mis hombros. El ligero apretón que le dio a mi carne quizá pasase desapercibido para el resto de los presentes, pero no para mí—. A ver si papá se decide de una vez y le trae un perro a Régis, que conmigo se hizo el difícil; decía que tendríamos uno y nunca lo tuvimos.

—Ok, ya he captado la indirecta. Puedes tener un perro ahora si quieres.

—Quizá lo tenga —lo desafió Olivier, sin perder la sonrisa.

—Ya tengo ganas de verte ocupándote de uno, que ni plantas tienes, porque se te mueren.

—¿Crees que no soy capaz de cuidar de un perro?

—Yo no te confiaría a los niños por demasiado tiempo.

—¿Acaso alguna vez les ha pasado algo a Noah, Nadine y Baptiste cuando vienen a quedarse unos días conmigo?

—Ellos ya están crecidos y pueden cuidarse solos. Con un niño pequeño... —canturreó Cid, alzando las cejas, y a mí se me hizo un nudo en el estómago. Estábamos hablando de cuidar a niños pequeños, de las capacidades que pudiese tener Oli de cuidar de uno. Yo tampoco podía mantener viva una planta.

—Gracias por la confianza —resopló él, riendo.

—Ya veremos si sobrevive el perro...

—¡Papá! —chilló Olivier, sin parar de reír.

—¡Cid, no digas esas cosas! —Yvette, que también reía, le lanzó un manotazo—. No te preocupes, Oli, yo sí confío en ti.

—No le entregarás a nuestros niños —bromeó Cid, inclinándose hacia delante para estrujar a Régis entre sus brazos.

El niño se quejó y todos rieron.

—Sé que preferirías ir a vivir con tu hermano, pero no te lo permitiré —siguió bromeando su padre, llenando de besos su mejilla. Régis protestó una vez más y no le quedó más remedio que reír cuando Cid comenzó a hacerle cosquillas.

—¿Qué crees?, ¿soy capaz de cuidar de un perro? —me preguntó Olivier al oído, abrazándome.

«¿Crear o necesitar que así fuese?», le pregunté mentalmente. O quizá la pregunta real fuese si él tenía verdaderas ganas de hacerse cargo de otra vida.

Al final la conversación se relajó. Cambiamos de tema. Olivier y Cid se pusieron a contarnos sobre su paseo por los campos. Estuvimos todos allí, dibujando, un buen rato, hasta que Olivier y yo nos levantamos para ayudar a poner la mesa, porque la comida iba a estar lista de un momento a otro.

Después de almorzar, Olivier y yo fuimos a dar un paseo para terminar otra vez en la habitación, durmiendo una larga siesta.

Antes de la cena, Olivier y Cid tocaron la guitarra, canciones suaves que durmieron a Sabine en los brazos de su madre.

Mientras cenábamos, sí medió charla, aunque nada profunda ni

necesariamente personal; al menos su padre había dejado de mirarme como si fuese un infiltrado del bando enemigo o algo así.

Por la noche, tras cerrar la puerta para evitar sorpresas, Olivier y yo volvimos a desnudarnos el uno al otro para, mutuamente, demostrarnos que, fuera lo que fuese lo que teníamos, era estupendo y resistente.

Acabé abrazada a él, viéndolo decirme con sus labios y con su mirada que me amaba. Acepté sus palabras, sus sentimientos, apartando a un lado todo lo que yo tenía para decirle.

* * *

Tener que esbozar una sonrisa al abrir la puerta del baño después de haber estado a punto de soltar todos mis órganos no me resultó una tarea sencilla. Incluso habiéndome tomado mi tiempo para lavarme los dientes y la cara y cepillarme mi melena castaña, con la que me sentía más yo cada día, antes de volver a pisar la habitación, las piernas aún me temblaban.

Olivier me saludó con entusiasmo, sonriéndome como si fuese lo más bello del universo. Tuve ganas de que, por cinco minutos, cerrara la boca y me permitiese desparramarme en la cama hasta que mi cuerpo retomase su forma original en una sola pieza. Ni siquiera mi cerebro se sentía en su sitio, y toda mi piel tironeaba de la superficie, en especial sobre mis pechos.

Si durante tres meses todos mis amaneceres iban a ser así...

Me arrojé sobre la cama y él se colocó de lado y, así como me miraba él, con todo su amor, me dijo que estaba muy hermosa aquella mañana, lo cual me hizo perdonarle la vida; aun así, no quería que me tocara por un buen rato.

Giré la vista y lo miré, preguntándole mentalmente cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que algo me pasaba, cuánto se demoraría en comprender que nada tenía que hacer junto a una mujer embarazada que no tenía mucho más que ofrecer aparte del gran paquete de problemas que era.

Olivier se puso a contarme sus planes para aquel día; quería que fuésemos

a visitar un pueblo cercano, porque tenía no sé qué edificios históricos para visitar; eso, además de un monumento a no entendí qué, porque por unos segundos mi cerebro medio se desconectó y las palabras en francés se quedaron dando vueltas por mi cabeza sin que pudiese descifrar su significado.

Volví a comprender lo que decía cuando propuso que almorzásemos allí, en el restaurante de un conocido hotel de la zona, que preparaba una exquisita comida regional. Ante la mención de comida, mi estómago me hizo saber que se recuperaba.

Su sonrisa terminó por convencerme de que pasaríamos un día estupendo, siendo solamente nosotros dos (él no tenía idea de que jamás habíamos sido solamente nosotros dos y, al pensar aquello, me dio vergüenza y tuve que apartar la vista).

Oli quería que aprovechásemos esos días antes del fin de semana, cuando llegarían sus otros tres hermanos. En realidad, los tres adolescentes estarían allí el viernes por la noche; Cid saldría temprano el viernes para París y los recogería cuando saliesen del colegio para traerlos y así tener a toda su familia reunida.

En su idea de romanticismo cuadraba a la perfección desayunar en la cama; cuando lo propuso, no puse objeción, sobre todo porque dijo que iría a buscarlo, lo cual me daría unos minutos más para acabar de reponerme. Los beneficios añadidos de no tener que levantarme para ir a desayunar eran no tener que enfrentar al resto de la familia, si bien Cid se mostraba bastante más relajado conmigo.

Una cosa era que conversásemos de tú a tú teniendo yo las fuerzas y la lucidez suficientes como para defenderme en caso de que fuese necesario, y otra muy distinta sería enfrentarlo en el estado en el que me encontraba. Tampoco quería tener que ver a los niños por el momento; no porque me molestasen, eran los dos adorables, una dulzura, dignos hermanos de Olivier... y ese mismo era el problema: se me saltarían las lágrimas en cuanto

los tuviese enfrente, porque tenía la sensación de que todo me afectaba más de la cuenta, incluidas sus sonrisas, sus juegos.

Y con Yvette... desde el día anterior por la mañana tenía la impresión de que, si alguien en esa casa era capaz de imaginar que estaba embarazada, ésa era ella, de modo que mejor no darle motivos para sospechar de mí, con la apariencia que sabía que tenía recién levantada.

Olivier se demoró lo suficiente como para que, al llegar, fuese yo otra vez y no tuviese que limitarme a asentir con la cabeza frente a sus planes.

Desayunamos con ganas, compartiendo *croissants*, fruta y café con leche; mucha más leche que café para mí, porque sabía que debía limitar la cafeína que consumía.

A pesar del frío, hacía un día radiante.

El pueblito al que me llevó resultó ser un lugar mágico perdido en el tiempo que nunca imaginé que pudiese haber existido. Sus calles eran para perderse toda la vida, sobre todo si se contaba con la compañía más perfecta, como la que tenía en ese instante.

Dimos vueltas por sus callejuelas, saludando a los vecinos como si los conociésemos desde siempre. Me enseñó el monumento, alzado en honor a un par de pobladores de la zona por sus actos heroicos en la primera guerra mundial. Fuimos a almorzar e hicimos mucha sobremesa, paseamos un buen rato más y, al final del día, cuando el sol comenzaba a caer, Olivier me enseñó los campos de su padre.

Cenamos con Yvette y Cid en una mesa más formal en el comedor, a la luz de las velas y sin los niños, a los que habían acostado temprano.

Por suerte, la conversación durante la misma no tocó temas escabrosos para mí y comprobé con gusto que era casi madrugada cuando nos levantamos de la mesa para ir a acostarnos después de que la amena charla se extendiera, haciéndonos perder por completo la noción del tiempo y del espacio.

Agotada, al entrar en la habitación, fui directa al baño a lavarme. Apenas podía sostenerme en pie.

Intenté esperarlo despierta cuando fue su turno de ocupar el baño, pero no lo conseguí; el día me había dejado como si hubiese consumido una desquiciada cantidad de somníferos.

Olivier intentó despertarme con un par de besos en el hombro, acomodándose por detrás de mí.

Sé que le dije algo, no podré recordar jamás qué, y volví a caer rendida.

El viernes por la mañana, al abrir los ojos, me encontré sola en la cama, con el sol del mediodía al otro lado de las ventanas, cubiertas por pesadas cortinas.

Despacio, me senté en el colchón, inhalando hondo para evitar que mi cuerpo entrase en crisis otra vez.

Me costó un par de largos minutos devolver mi estómago a su sitio, pero lo conseguí.

Muy pagada de mí misma, me levanté para ir a lavarme los dientes, y eso lo arruinó todo: bastó que metiese el cepillo dentro de mi boca para que mi estómago volviese a la carga con el malestar.

Para no variar la rutina, terminé aferrada al váter, vomitando.

* * *

Desde ese lado de la casa, uno debía atravesar la sala principal en la que se encontraba la entrada para poder llegar a la cocina; allí, de pie, andando con la guitarra colgada de la espalda, me topé con Cid.

El padre de Olivier iba en vaqueros gastados, Crocs, un grueso suéter negro y un lápiz entre los dientes. Daba vueltas por el salón, tocando un par de acordes que recomenzaba a tocar cada tanto, añadiendo alguna nota y tarareando la melodía al tiempo que tocaba.

Por un segundo estuve tentada de dar media vuelta. Entre nosotros podía haber paz, al menos en la superficie; sin embargo, no me tentaba demasiado la idea de enfrentarme a él a solas.

Mis cobardes intenciones se frenaron en seco cuando él se dio media vuelta y, quitándose el lápiz de entre los dientes, se puso a cantar la letra que seguía el ritmo de la melodía que había tocado hasta un momento atrás. Su vista fue hasta la libreta que solamente entonces me percaté que descansaba sobre la mesa de café, que componía uno de los rincones de aquella sala. Cid debió de verme cuando su mirada bajó y, entonces, volvió a subirla hasta mí, desandando el camino.

—¡Ah, hola! Buenos días, Antonia.

—Buenos días. Perdón, no ha sido mi intención interrumpirte.

Cid dejó el lápiz sobre la mesa, junto a la libreta.

—No pasa nada, tampoco es que hayas interrumpido algo importante. Mi cerebro no colabora mucho hoy.

—Sonaba bien.

—Sí, pero es lo único que tengo y no logro avanzar más.

—¿Compones todas las canciones del grupo?

—No, por suerte esa responsabilidad no recae únicamente en mí y no toco todo lo que compongo. Algunas canciones van a parar a otros cantantes y otras jamás salen de esta casa.

—No tenía ni idea.

—La canción en la que estoy trabajando no es para un grupo como el mío; pensaba pasársela a Olivier. Creo que le gustará. Él también compone, ¿lo sabías?

—Sí, me lo dijo. Tiene canciones con unas letras estupendas.

—Sí, es un chico muy inteligente, no sé a quién ha salido... —bromeó, sonriéndome, y sonreí con él—. Tiene pasión por lo que hace.

—Se le nota cuando está sobre el escenario.

—Ojalá tenga pronto bajo sus pies escenarios que vayan en proporción con su pasión.

Me quedé mirándolo sin decir nada; sin duda que eso tenía que ver con aquellas conversaciones a medias que padre e hijo habían mantenido frente a

mí.

No me cabía duda de que Olivier se merecía una carrera a medida de su pasión y su talento: giras, contratos con discográficas, fans, grandes fiestas, presentaciones en la televisión... y alguien que lo acompañase en esa vida de gran estrella que se merecía, no yo.

—¿Has descansado bien? —Como si nada, tomó asiento en uno de los sillones.

—Sí, gracias.

—¿Qué planes tenéis para hoy?

Me aclaré la garganta.

—No lo sé. Iba de camino a buscar a Olivier.

—Ha salido a correr.

—Ah, bien.

—Mi hijo me comentó que eres instructora de una especie de lucha...

—*Krav magá*. Es, más que nada, para defensa personal.

—No logro visualizarte haciendo nada de eso.

—Bueno, ha pasado un tiempo ya desde la última vez que...

—¿Te interesaría volver a dedicarte a eso? ¿Dabas clases?

—Durante un tiempo. No lo sé. —No me imaginaba haciéndolo con mi barriga creciente a cuestas.

—¿Y qué planes tienes para el futuro?

«Criar a un hijo», le contesté mentalmente.

Al menos, eso sería una parte.

—No lo sé.

—No tengo nada contra ti.

Tuve claro que aquella frase suya era sólo el comienzo.

—Cid, yo...

—Solamente quiero que sepas que estoy preocupado por él, que no quiero verlo sufrir.

—No pretendo hacerle daño.

—Dice que no le molesta verte con esos en tu dedo, pero yo sé que sí. — Con la cabeza, apuntó en dirección a mi mano izquierda y así, sin más, quise cortármela—. Mi hijo es muy bueno, Antonia, a veces mucho más de lo que debiera. Sólo te pido que me prometas que intentarás no romperle el corazón, no quiero volver a verlo sufrir. Lo ha pasado mal de sobra para toda una vida. El día que seas madre, comprenderás lo que se siente al tener hijos, la necesidad de protegerlos de todo daño. Cometí el error de descuidarlo una vez, no lo haré de nuevo.

De haberme quedado algo en el estómago, lo habría vomitado en ese instante.

—No es un ataque, de verdad.

Difícil no verlo como tal.

Me quedé allí en pie, sin poder moverme.

—Se lo ve feliz contigo, no puedo negarlo. Ojalá siga así. ¿Sabes?, suelo hospedarme en Le Royal Monceau cuando toco en París.

Le sostuve la mirada que me lanzó, una que no llegué a comprender del todo. ¿Qué quería decirme?

—Y más allá de lo que puedan molestarle a mi hijo los anillos en tu dedo, los veo como un parte de tu vida de la que no sé mucho. No acaba de quedarme claro qué es lo que haces con Olivier, cuando has tenido o todavía tienes esa otra vida. Entiendo que quisieras escapar, después de lo que te sucedió. El mejor consejo que te puedo dar es que intentes aclarar tu mente, porque la vida de Olivier cambiará pronto. Su futuro recién comienza. No creo que quieras para tu vida lo que él quiere para la suya y viceversa.

Tragué en seco.

—No te culparé si al regresar a la ciudad decides retomar tu existencia tal como era. La verdad, Antonia —suspiró, ya abrazado a su guitarra—, es que me cuesta mucho verte durmiendo en el colchón tirado en el suelo de la habitación de Olivier. Hasta tú has de saber que no eres esa mujer.

—No me conoces —fue lo único que logré articular.

—¿Te conoces tú?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—No, claro que no. De verdad que no te estoy atacando, sólo quería intentar hacerte ver que esto no es más que una aventura para ti, que tarde o temprano te darás cuenta de que la vida de Olivier no tiene nada que ver con la tuya. No digo que tu vida esté mal. Mi única intención es que esto no termine peor de lo que terminará para los dos. Tú lo sabes tan bien como yo. Sí, mi hijo te ama, me sobran pruebas, pero tú... Yvette me dijo que vosotros... No discutamos, ¿de acuerdo? Pasarás estos días aquí con él y luego...

—Y si no quiero alejarme de él, ¿qué? —solté. Mi sangre comenzaba a elevarse de temperatura.

Cid se quitó la guitarra de encima del hombro y la apoyó a su lado, sobre el sillón.

—Antonia, te recuerdo que estás en mi casa.

—No estoy jugando con tu hijo.

—Y yo no estoy jugando contigo. —Se puso de pie—. Tienes la edad de mi esposa, Antonia, y has estado casada catorce años. No me jodas, ¿quieres? Te lo estás pasando a lo grande con un hombre que en demasiados aspectos es todavía un crío y eso es básicamente culpa mía. No pasará de eso.

—Si no quieres que tu hijo siga siendo un crío, como tú dices, deja de intentar tomar decisiones por él y ni te atrevas a tomarlas por mí, porque sí, de hecho soy un año mayor que tu esposa y he estado catorce años casada con un hombre al que le permití tomar demasiadas decisiones por mí. Si todavía llevo mis anillos de casada es porque esos catorce años fueron una apuesta fuerte para mí y, a pesar de haber encontrado y tener a mi lado a un ser humano tan especial como Olivier, esos catorce años todavía están demasiado adheridos a mi piel. Sí, no tengo idea de lo que será de mi vida; tengo poco o nada que ofrecerle a tu hijo, aparte de a mí misma, y puede que te dé la apariencia de que no tengo nada que hacer en el colchón que tu hijo tiene tirado en su

habitación, pero, para que lo sepas, en mi vida he sido tan feliz como en estos días que he compartido con él.

»No puedo asegurarte que nadie salga herido de esta situación; sin embargo, sí puedo decirte que lo último que quiero es dañar a Olivier. No necesito ser madre para saber lo que es necesitar proteger a quien amas, Cid. No intentes poner mi edad como una barrera entre tu hijo y yo, porque sabes perfectamente bien que la edad no es una barrera, sino no te habrías casado con tu actual esposa y no tendrías una familia con ella. Te he visto con tus hijos pequeños. No seas hipócrita conmigo intentando hacerme creer que el amor se queda fuera de la ecuación cuando hay una diferencia de edad, como si no fuese posible querer más allá de todas las diferencias. Tu hijo no es únicamente su edad, y yo no necesitaba salir corriendo a los brazos de nadie para escapar de mi matrimonio. Esto que tengo con Olivier no es eso. Es un punto y aparte. Sí, tienes razón, dudo de que ni él ni yo tengamos claro en qué acabará lo nuestro; no obstante, no pienso detenerme por no saberlo. ¿Te detendrías tú?

Cid abrió la boca y así se quedó, sin decir nada.

—Lamento si esperabas que saliese corriendo con el rabo entre las piernas, si pensabas que te daría la razón y que, después de esta supuesta escapada o fuga con tu hijo, regresaría a París para, de allí, regresar a Argentina. —Negué con la cabeza—. No tendré esa conversación contigo porque no soy esa mujer; al menos, no lo soy ahora. Y sí, quizá vuelva a ser instructora de *krav magá*. Puedo enseñarte cuando quieras... pero, te lo advierto, podrías terminar tumbado en el suelo, bastante dolorido.

—Antonia...

—En estos términos, no tenemos nada más que discutir, Cid.

Él se quedó boquiabierto, mirándome.

—Si no te molesta, me gustaría ir a por una taza de café y algo para desayunar, que tengo hambre.

—¡Ey, hola, buenos días!

Los dos giramos la cabeza para ver entrar a Olivier por la puerta principal, empapado en sudor y con el rostro rojo y sonriente.

—Buenos días —lo saludé, ignorando la cara de desconcierto que aún moraba en el rostro de Cid—. Deberías haberme despertado, podríamos haber salido a correr juntos.

Olivier cerró la puerta.

—Dormías tan ricamente que ni se me ha pasado por la cabeza hacerlo. ¿Cómo va eso, papá? ¿No avanzas mucho? Tienes cara de frustrado.

Espié en su dirección. Definitivamente, la tenía. Olivier erraba los motivos que generaban esa mueca.

—Sí, no está siendo como esperaba que fuese.

—Tómate un respiro; ve a caminar un rato para aclararte la mente, a mí me sirve.

Olivier llegó a mí para darme un rápido beso en los labios.

Cid siguió todos nuestros movimientos de cerca y no me importó.

—¿Has desayunado ya?

—No todavía, iba hacia la cocina cuando me he encontrado con tu padre.

—Ah, bueno... Vamos, te acompaño; necesito agua y algo de comer, que me ha entrado un hambre bestial. ¿Vienes con nosotros, papá?

Cid me miró y negó con la cabeza.

—Bien, te dejamos trabajar. —Olivier me cogió por la cintura y me empujó para alejarme de su padre. Lo dejé hacer, puesto que no tenía nada más que discutir con Cid—. ¿Qué tal si después de desayunar te metes en la bañera conmigo? —me susurró al oído.

Mi piel se erizó de gusto.

—Suena de maravilla. —Me estiré hacia atrás y lo besé.

Nos metimos juntos en la bañera, también en la cama, y de hecho no salimos de ahí hasta que el sol cayó, porque Olivier no era mi divertimento para una semana, sino una pasión que podía vivir toda una vida. Toda mi vida, para bien o para mal.

Lo que somos

Reírme con sus carcajadas, sentir con su piel, escuchar con sus oídos mientras ella se movía con Sabine en brazos, acompañando el ritmo de la música que salía de la guitarra en mis manos. No me quedaba muy claro por qué, en un día, la actitud de Antonia era completamente distinta, como si alguien le hubiese quitado la tapa a lo que ella sentía, a todo lo que contenía.

Esa misma mañana, calzada con unas zapatillas deportivas de Yvette, habíamos salido a correr juntos y me sorprendí con su resistencia física, con el descaro con que corrió a mi lado, sudando igual que yo. La noté más fuerte que nunca, decidida. Incluso me dio la impresión de que se movía con mayor fluidez dentro de la casa y a mi lado. No digo que hasta entonces hubiese estado con las manos atadas por detrás de la espalda, aunque quizá sí con los brazos sujetos al torso. De pronto, sus brazos, más que nada, parecían alas, que se decidió a desplegar bien lejos de su cuerpo.

Incluso su voz sonaba hasta perderse en el horizonte. Jamás la había oído cantar, pero lo hizo allí, cuando le enseñé una canción infantil que era mi preferida de pequeño y que Régis me había pedido que tocara para él.

Los tres la cantamos una docena de veces mientras Antonia giraba con Sabine en sus brazos, descalza, sobre la alfombra, frente a la chimenea encendida.

Los niños la adoraron mientras cantaba en español una canción que yo no conocía, cuyo ritmo intenté emular con las cuerdas de mi guitarra. Al igual que ellos, me quedé allí, idiotizado, enamorándome todavía más de ella, porque allí emergía Antonia frente a mí con el paso de las horas, mientras cuidábamos

de los críos porque mi padre iba de camino a la ciudad para recoger a mis otros tres hermanos e Yvette estaba ocupada encargándose de asuntos de la casa y los campos.

En esos días que llevábamos allí, lo que habíamos sido no era nada en comparación con lo que sabía que podríamos ser. Tenía claro que muchas cosas cambiarían, y no podía esperar para que así fuese, pese a la sensación de ingravidez que tenía en el estómago. Los cambios serían para bien, sabía que sí, lo sentí dentro de mí, a mi alrededor y en ella.

Como si me faltasen pruebas, fui testigo de la increíble simbiosis que se dio entre ella y mis hermanos en cuanto llegaron a casa. Creo que hasta a mí me asustó que los tres fuesen a ella como si se tratase de un imán. A ellos no les costó nada aceptarla, sin importar de dónde era o cuál había sido su pasado, y se peleaban por hablarle y llamar su atención cuando no trataban de llamar la mía.

Le enseñaron canciones e insistieron en intentar hacer que los acompañase a tocar, queriendo todos empujarla hacia su instrumento de preferencia. Sin escalas, la metieron de lleno en sus vidas, hablándole de sus cómics, películas y hasta de sus golosinas favoritas. Charlaron sobre perros y, de pronto, en la mesa se dio un debate sobre la mejor raza para tener, que nadie ganó.

Los tres atacaron el helado que había de postre esa noche y ella no se quedó atrás.

Vi a mi padre quedarse mirándola como si no entendiese lo que sucedía allí y me entraron ganas de darle un codazo para que entrase en razón y aflojase un poco con su desconfianza.

Al final, Cid, Yvette y los peques se fueron a dormir y, con Antonia y mis hermanos medianos, nos quedamos en la cocina, escuchando música, conversando y bailando hasta la madrugada.

El domingo por la mañana por poco rompemos la cama, y el resto del día fue una absoluta locura que voló mi cabeza, porque, si a Antonia le quedaba algún límite, lo perdió por completo.

Es difícil explicar lo que se siente al ver a quien amas ser libre y feliz, convirtiéndose en el eco de tu propia felicidad.

Antonia le subió el volumen a ese eco y lo transformó en música, en una melodía que no había oído antes.

¿Cómo no iba a tener ganas de mejorar en todos los sentidos para hacerme merecedor de su amor?

Por ella, por mí, por nosotros, le dije que sí a mi padre cuando me informó de que Tomy había cerrado tres reuniones con discográficas para que me pusieran al tanto de lo que ofrecían para el grupo y para mí. Creo que Cid esperaba que me negara a asistir a esas tres citas, o al menos que pusiese alguna objeción; no tenía la menor intención de hacerlo.

Incluso sabiendo que nada de eso sería sencillo, el camino comenzaba allí, justo delante de mí, y no pretendía detenerme.

* * *

—¿Sabes lo que somos? —le pregunté, apartando mis labios de los suyos por un segundo, después de llevar todo el día deseándolos solamente para mí, en la penumbra de la habitación que ocupábamos.

—¿Qué? —Sonreía.

—Lo que no se mide, lo que no se termina, lo que no tiene nombre ni explicación. Esto es mucho, Antonia.

Ella apretó el agarre de sus brazos alrededor de mi cuerpo, sonriéndome.

—Es lo que tú me haces —me dijo.

—Es lo que tú me haces a mí. Si no hubieses aparecido en el metro...

—Si no hubieses estado en el metro... —Se estremeció entre mis brazos.

—Alguien más te hubiese descubierto y yo me habría perdido todo esto. — Mis manos treparon por su espalda, debajo del suéter que la cubría.

Ella sonrió, apartando sus ojos de mí.

—Ojalá pudiese hacerte comprender lo especial que eres para mí. Lo digo

en serio. —Besé sus labios al tiempo que inspiraba su perfume. El calor de sus brazos sobre mis hombros, alrededor de mi cuello, sus manos en mi cabello... Si ella pudiese comprender que, queriéndolo o no, lo había cambiado todo en mí.

No era infeliz antes de conocerla; sin embargo, cuando entró en mi vida, la volvió más real. Desde ella, la felicidad no era un efímero sentimiento que debía intentar encontrar cada día, aferrándome a pequeños gestos que pudiese dar o recibir. Desde Antonia, la felicidad era algo que tenía un origen y cuyo futuro iba mucho más allá de unos días. Ella fue la semilla, y sus manos, la fuerza que la cubrieron con tierra para darle un lugar en el que crecer. Sus lágrimas y sonrisas fueron el abono para esa vida que recién comenzaba, que quería atreverme a vivir...

—Lo has cambiado todo. Quédate a mi lado y verás de lo que hablo.

—Olivier...

—Quédate. Quiero intentarlo todo contigo.

Su sonrisa tocó mis labios, su cuerpo se apretó al mío. Sentirla desgarraba mi pecho, exponiendo todo lo que llevaba dentro.

Con una profunda inspiración, se lanzó a besarme con desesperación y le devolví los mismos modos desenfundados, porque interpreté aquello como un sí.

El sí a todo aquello que tanto miedo había tenido yo de dar.

Las yemas de sus dedos arrancaron las cáscaras secas de encima de mi piel, descubriendo partes más sensibles cuando, después de despojarme de mi suéter y camiseta, sus manos tibias recorrieron las formas de huesos y músculos de mi pecho. Con ella era más que un hombre, y en mis manos ella era mucho más que una mujer. Su cuerpo me enloquecía, pero, sin ella allí dentro, jamás hubiese sido lo mismo. Adoraba su valentía, su tesón. Antonia había apostado durante catorce años por algo por lo que, hasta conocerla a ella, yo no hubiese sacado ni una moneda de mi bolsillo para jugármela a que podría durarme más de una semana.

Ella podía creer que era cobarde, que no tenía demasiado para dar... sólo lo poco que era capaz de ver en sí misma. Ojalá se le cayese la venda de los ojos para ser capaz de ver a la guerrera que tenía frente a mí, besándome, acariciando mi piel; la guerrera que podía haber caído, pero que continuaba dando batalla para volver a poner en pie su vida.

Antonia no necesitaba gritar para hacer notar su presencia. Incluso quedándose muda, tenía por decir mucho más de lo que muchas personas se sienten con el derecho de entonar.

No todos los héroes son aquellos que triunfan en sonadas batallas que quedan en la historia de la humanidad. Los héroes más valiosos que tiene esta vida son los que viven y siguen viviendo, los que no pierden la esperanza, los que caen y se ponen de pie, los que lloran pero vuelven a aprender a sonreír una y otra vez, los guerreros que visten sus debilidades y sus miedos a flor de piel.

La autenticidad de un ser humano no está siempre detrás de su sonrisa; es más, lo común es que todos intentemos esconder, detrás de gestos bonitos a la vista, lo que nos hace únicos e irrepetibles, lo que en verdad somos.

Mis manos recorrieron sus pechos desnudos mientras ella, sin dejar de darme aliento con la boca, deslizaba sus manos dentro de mi ropa para llegar a mí.

Ante su tacto, me estremecí de pies a cabeza.

Vergüenza debería sentir al estar de pie frente a ella procurando pretender que era su igual; sin embargo, me mantuve frente a ella porque ya no podía escapar de su lado.

—Te amo —susurré entre sus labios mientras sus manos, moviéndose sobre mí, parecían decididas a hacerme poner de rodillas frente a ella.

Su beso atrapó mi labio inferior. Sus manos se quedaron quietas sobre mí. Su sonrisa captó el resto de lo que sentía por ella, adquiriendo toques más pícaros y llenos de pasión.

La euforia de ambos hizo que su lengua marcara un rastro de hierro al rojo

vivo sobre mi piel, que se solidificaría sobre mis poros en cuanto mi piel consiguiese enfriarse un poco.

Antonia me empujó hacia los pies de la cama. Su mano derecha se quedó en mí mientras la izquierda me obligó a sentarme. Me soltó y dio un paso atrás.

Sin perderme de vista, terminó de desvestirse para mis ojos, para que mis entrañas la deseasen todavía más.

Libre de todo lo que le sobraba, se sentó sobre mí para tomarme entre sus manos. Con mi pene, acarició su cuerpo, dándonos placer a ambos. Echó su cuello hacia atrás y lo besé para seguidamente agarrar su trasero, acercándola a mí. Necesitaba estar dentro de ella, que me permitiese estarlo para así sentir su cuerpo.

Antonia, despacio, me guio hacia su interior.

En un par de segundos perdí la cabeza, quedando imposibilitado de distinguir qué era ella y qué yo.

—Lo que somos... —susurré en su oído una y otra vez, sin poder terminar de exponer todo lo que me desesperaba que supiese.

* * *

—¡Comportaos! —les grité a los chicos. Fue en vano, Noah agarró a papá de la cabeza y comenzó a revolverle el pelo mientras Baptiste intentaba hacer lo mismo con Nadine. Ella no se lo permitió, lanzándole una patada y un puñetazo.

Habíamos hablado sobre cortes de pelo, porque mi padre insistía en que debía recortarme el mío para así tener una imagen más pulcra, y los chicos comenzaron a burlarse de él, de su cabello, bastante más largo que el mío, de las pocas canas que tenía. Le dijeron que se estaba haciendo viejo, que se tiñera. Saliendo en mi defensa, la cogieron con él, fastidiándolo por sus gafas, las cuales usaba siempre que estaba fuera del escenario.

Mi padre rio, intentando quitarse a Noah de encima, pero sin demasiada

decisión. Su cabeza estaba en otra parte, en la reunión que tenía concertada con Tomy para organizar lo que podría desatar uno de los cambios más profundos en mi vida.

Con la ventanilla todavía baja, por allí se asomaron mi padre y los chicos para despedirse una vez más de nosotros. La camioneta se puso en movimiento una vez más, para alejarse de la esquina.

Cid había insistido en traernos hasta casa antes de dejar a mis hermanos en el colegio. De allí partiría directamente a desayunar con Tomy, para discutir los pasos a seguir.

Yo había amanecido nervioso y en ese momento lo estaba todavía más, porque sabía que no podía demorar la charla que debía tener con el resto de la banda. No tenía ni idea de cuál sería la reacción del grupo, si querrían lanzarse a eso conmigo o no, si les molestaría que Cid interviniese o que yo hubiese tomado la decisión de dar el primer paso, sin advertirlos ni decirles ni una palabra antes. El miedo a que las discográficas no estuviesen dispuestas a aceptar la banda al completo era un nudo en mi estómago que se apretaba cada vez más. Los componentes de la misma, por encima de todo, eran mis amigos, y no quería perderlos.

Se me escapó un suspiro al ver el vehículo alejarse.

Antonia me cogió de la mano para darme un apretón. A ella tampoco le decía nada, porque era la otra razón de que mi vida estuviese cambiando.

—¿Estás bien?

Le contesté que sí con la cabeza, volviendo mi rostro hacia ella.

—¿Y tú? —Esa mañana la había notado un tanto distante. Cuando me desperté, ella ya estaba con los ojos muy abiertos a mi lado y nuestras conversaciones hasta entonces no habían pasado de poco más que monosílabos. Tampoco es que yo hubiese dado mucho de mí para cambiar eso, pues la ansiedad me tenía entre sus garras y después, de camino hacia casa, con mi padre y mis hermanos presentes, tampoco había habido oportunidad de mucho más.

—Sí, estoy bien. —Se encogió dentro de su abrigo.

—Subamos; prepararé café y algo de desayunar. —Habíamos salido de casa de mi padre medio corriendo. Agarré su maleta y mi bolsa y di media vuelta mientras separaba del manajo la llave de la puerta de la calle. Ella se pegó a mi lado, en silencio.

—Gracias por presentarme a tu familia.

Sus palabras brotaron de la nada. Me giré y la miré.

—Han sido unos días muy especiales.

—También lo han sido para mí. Gracias por acceder a exponerte a ellos. — Entramos—. Son mucho que asimilar.

—Tienes unos hermanos increíbles. Toda tu familia, Olivier... No ha sido un sacrificio ni nada parecido. De verdad que lo he pasado muy bien.

—Pues volverás a verlos pronto. Ya has oído a los chicos, se han invitado solos a cenar el miércoles.

Antonia me sonrió.

—Será genial tenerlos aquí.

—Sí. —Cerré la puerta de la calle y, por el hueco de la escalera, resonó un portazo que hizo eco por todo el edificio.

Nos miramos en silencio. Las únicas que estaban allí y que podían dar portazos, a menos que se hubiese metido alguien en el edificio, eran Claudine y Jackie.

Una punzada de preocupación atravesó mi pecho.

—Espera aquí —le pedí, soltándolo todo al suelo para avanzar hacia la escalera.

De reojo vi que Antonia sacaba su móvil.

—¿Jackie y Claudine? —me preguntó con el móvil en alto y su dedo pulgar sobre la pantalla, como si estuviese lista para llamar a la policía.

Le indiqué que guardase silencio. Avancé unos pasos hacia el hueco de la escalera; ella no acató mi petición de quedarse en su sitio y avanzó conmigo hasta el primer escalón.

—¡Estás loca! —Esa voz inconfundible, en un grito que no sonó nada bien, y no solamente por las palabras articuladas, sino por el tono en que fueron dichas, por el marco en que se daban, no podía ser otra que la de Jackie.

Las había oído discutir alguna vez, pero jamás a gritos. Me dio mala espina.

—¡Me largo! Estoy harta. ¡Lo has conseguido! —Oí la voz de Jackie desgarrarse todavía más y fue como si la voz se partiese en cientos de trozos, en tantos escalones como me distanciaban de ellas.

Claudine... Apreté los párpados y lo lamenté calladamente por ella. De nada había servido desear que ese momento no llegase.

Antonia me miró, dándome a entender que ella también comprendía lo que sucedía.

Al mismo tiempo, abandonando nuestro equipaje allí, nos lanzamos escaleras arriba a toda velocidad.

—¡Lárgate! ¡Lárgate de una maldita vez! —oí que le gritaba Claudine.

—Mierda, no lo hagas, Claudine —gemí, deseando que el mensaje llegara a su pecho, porque, desde donde aún estaba, ella no podía oírme.

La angustia en la mirada de Antonia era la mía. Tenía unas enormes ganas de retroceder sobre mis pasos, cerrar la puerta de la calle y volver a entrar por ella para que la historia no fuese ésa.

Sabía lo mucho que Jackie amaba a Claudine, lo enamoradísima que Claudine estaba de ella, lo difícil que era para ésta quererla en paz, sin buscarle tres millones de vueltas a todo, sin sentirse culpable o poco merecedora de lo que le sucedía... Claudine no había podido controlar lo que durante años había ido contaminando, poco a poco, su sangre, y Jackie, muy acostumbrada a vivir su vida sin que nadie le dijese qué hacer, al fin cedía a la persecución, dándose por vencida.

Los dos apresuramos el paso todavía más cuando, a continuación, sonó como si tirasen un objeto muy pesado al suelo.

—¡Vete a la mierda! Ya me largo y no pienso volver. ¡Estoy harta de ti, ¿me

oyes?! ¡Agotada! ¡Te has salido con la tuya!

—¡No me eches toda la culpa a mí! —le gritó Claudine en respuesta, cuando estábamos a un tramo de escalera de alcanzar el tercer piso—. Eres tú la que últimamente siempre prefería pasar más tiempo en su trabajo que conmigo.

—¿Y de quién narices es la culpa?!

—¡Maldita!

Algo más voló por el aire.

—Insúltame, dime lo que quieras decir, pero las dos sabemos la verdad. Yo no quería terminar contigo, Claudine, y lo sabes. Sabes que te amo, pero ya no sé cómo decírtelo para que lo entiendas, no se me ocurre cómo demostrártelo. ¿Querías quedarte sola para sufrir otra vez, para decirles a todos lo muy hija de puta que ha sido la vida contigo? ¡Listo! ¡Ya lo tienes!

En los gritos de Jackie entendí que eso iba muy en serio.

Alcancé el rellano del tercer piso justo a tiempo para ver a Jackie atravesar la puerta del piso, cargando su bolso y una caja de cartón de la que sobresalían un montón de cosas.

En el suelo, desperdigados por el pasillo, había cajas, bolsos, maletas, bolsas con ropa, dos lámparas y un cuadro.

Antonia se detuvo a mi lado para observar la escena con la misma desazón que yo.

Las chicas se percataron de nuestra presencia y se quedaron heladas.

Claudine tenía el rostro empapado en lágrimas. Iba en sudadera, pantalones de pijama y calcetines, mientras que Jackie estaba por completo vestida, con cara de no haber pegado un ojo en toda la noche y los ojos perdidos mucho más allá de esa dolorosa escena.

—Claudine... Jackie...

Jackie me miró por una fracción de segundo, al cabo del cual me ignoró para ir a dejar la caja junto a las demás, en una pila muy cerca de la escalera.

Lo que debió de volar por el aire fueron las bolsas de basura negras que

parecían contener ropa, porque estaban por todas partes, a diferencia de las lámparas, el cuadro y las cajas, que formaban un montón.

—No te metas en esto, Olivier —me espetó Claudine.

—¿Qué sucede aquí?

—¿No es obvio? —Jackie alzó la cabeza hacia mí después de dejar la caja—. Se acabó.

—¿Claudine?

—¡No empieces tú también! —chilló ella—. No me mires como si fuese culpa mía. Ella también es parte de esta relación. Ella también es responsable.

—Claudine, en ningún momento he dicho que...

—La defenderás, lo sé —lloró.

Intenté avanzar hacia ella, pero me detuve cuando noté que miraba mal en dirección a Antonia. Con un gesto desesperado de sus dos manos, Claudine se limpió las lágrimas del rostro. Sus mejillas quedaron empapadas al instante otra vez.

Antonia se movió hacia Jackie, quien recogía del pasillo sus desperdigadas pertenencias, para ayudarla.

—Claudine, por favor. Vosotras dos no podéis acabar así.

—Está hecho, Oli —me contestó Jackie, inclinándose para recoger dos de las bolsas negras. Antonia iba a por otras dos.

Debía de haber vaciado el piso de gran parte de sus posesiones. Me pregunté cuándo habían terminado y al instante las visualicé discutiendo durante toda la noche mientras Jackie recogía sus cosas para meterlas a toda prisa en bolsas de basura.

«Debería haber estado aquí anoche», fue mi pensamiento.

—¿Lo ves?, ¡se va!

Ante las palabras de Claudine, Jackie negó con la cabeza. Soltó las cosas sobre la pila y fue a por el resto. Me partió el alma ver que Jackie empezaba a llorar en silencio. Se estaba rompiendo, y era la primera vez que la veía hacerlo. Antonia le puso una mano sobre la espalda y le susurró algo al oído.

—Claudine, ¿por qué no mejor entramos un momento y...?

—¿Por qué tienes que hablar conmigo?, ¿por qué no hablas con ella?!
¡Asumís que es culpa mía! —me gritó.

—No es así. Es que no quiero veros así, Claudine. Sabes que os quiero a las dos y tú eres como mi hermana. Simplemente no quiero ver que esto se acaba cuando...

Oí sollozar a Jackie.

Al darme la vuelta, la vi en brazos de Antonia, llorando y con ambas manos sobre su rostro.

—¡Perfecto, ahora ella y tú podéis largaros a consolarla! ¡¿Estarás muy feliz por esto, no es así, Antonia?!

Las manos de la argentina, que habían estado dándole palmaditas a la espalda de Jackie, se quedaron quietas. Los ojos castaños de Antonia permanecieron fijos sobre Claudine, con una mirada entre muy poco amable y triste, como si estuviese a la defensiva después de recibir una puñalada.

—¿De qué hablas?

Jackie se enderezó, apartándose un poco de Antonia.

—No la tomes con ella, Claudine. No lo enredes todo. No necesitas arruinarlo así.

—Imagino que te sentirás muy feliz en sus brazos. Seguro que deseabas esto.

—Claudine, estás muy mal.

—¿Qué sucede aquí? —No entendía nada.

—Ellas dos han estado hablando estos días mientras vosotros estabais fuera.

No tenía ni idea; sin embargo, no me pareció que debiese preocuparme por eso... había notado que Jackie y Antonia se llevaban bien, y ¿qué más podía pedir que Antonia hiciese amigos allí, que tuviese a alguien más en quien confiar aparte de mí?

—Y eso...

—¿Y eso? ¡Pues eso mismo quisiera saber yo! ¡¿Y eso?!

—Es lo único que te faltaba, Claudine. ¿Crees que estoy teniendo un lío amoroso con Antonia o algo así?

—¡Lo has dicho tú, no yo!

—¿Qué sucede contigo? —le soltó Antonia, enfadada—. Estás fatal, Claudine. Si quieres culpar a alguien de esta situación, asómate a un espejo y allí tendrás a la responsable.

Desde mi lado izquierdo, Claudine se lanzó hacia Antonia como si quisiese despedazarla. La pesqué en el aire y ella pataleó, berreando y llorando.

—Sé que entre vosotras dos pasa algo —escupió, furiosa. No pude reconocerla en aquella actitud suya.

—¡Claudine, ¿qué dices?! —Intenté sujetarla y ella forcejó—. ¡Cálmate!

—Estás loca —le dijo Antonia, y Claudine volvió a retorcerse entre mis brazos.

—No le hagas caso, Antonia, Claudine no atiende a razones.

—¡Ni siquiera quisiste contarme de qué hablabas con Antonia por teléfono!

—No estabas preguntándomelo, me interrogabas, y no pienso ceder a eso.

—Pregúntale tú de qué hablaban —me soltó Claudine, pataleando—. Por la expresión de tu cara, me queda claro que no tenías ni idea de que ellas han estado en contacto. Sé que todo empezó cuando se alejaron de nosotros el otro día para ir a comprar. Estoy segura. ¡Ocultan algo! Han estado mintiéndonos a ambos, lo sé.

—Estás muy mal. Somos amigas, eso es todo. Además, estoy con Olivier y no soy lesbiana. ¡¿Qué tienes en la cabeza?!

Nunca antes había visto a Antonia tan cabreada. Toda la situación era una locura.

Perplejo, las miré a ambas por turnos.

—¡Ah, sí, claro, ya lo sé, también te molesta que esté con Olivier! —soltó Antonia a continuación—. ¡Hasta eso te jode!

—Antonia... —musité. ¿Qué pasaba con el mundo esa mañana? De verdad

que me entraron ganas de salir corriendo escaleras abajo para volver a empezar ese día.

—Ni siquiera puedes soportar que tus amigos estén con otras personas. ¡Supéralo, Claudine, todos tenemos derecho a querer a quien nos dé la real gana! A ver si lo aprendes tú, que, por negártelo, estás perdiendo a una persona increíble.

Claudine gruñó e hizo el amago de lanzarse otra vez encima de Antonia.

—Id arriba —les pedí a Antonia y a Jackie. Sin soltar a Claudine, que seguía bufando completamente fuera de sí, le lancé a Antonia las llaves del piso. Ella cogió a Jackie por los hombros y se la llevó escaleras arriba mientras Claudine continuaba llorando, gruñendo e insultándolas a ambas. La desconocía por completo.

A la fuerza, la entré en su piso mientras ella me gritaba que la soltase.

—¿Qué harás si lo hago, golpearlas?! ¡Cálmate! —La liberé y la empujé hacia dentro para cerrar la puerta detrás de nosotros.

—No me digas qué hacer. ¡Mi novia ha estado hablando con la tuya a tus espaldas y ni siquiera te preocupa! —berreó en mi cara.

—¿Oyes lo que dices? ¿Ahora resulta que la culpa es de Antonia? ¿Qué sucede contigo?

—¿Qué es lo que sucede contigo?! ¡No te reconozco!

—Ni yo a ti, estamos a la par.

—¡No sé qué haces con esa mujer!

—Y yo no sé qué haces tú apartando a Jackie de tu vida —le grité en respuesta. Ese día no estaba para eso, suficiente ansiedad tenía ya encima con el asunto de las discográficas y todo lo que se me venía encima.

—¡Es mi vida, hago lo que quiero!

—Perfecto, también yo, y no tengo que darte explicaciones. Puedes hacer lo que te plazca, incluso destrozarte tu vida... pero, eso sí, hazlo asumiendo toda la responsabilidad, no le echas la culpa a los demás. Antonia no tiene nada que ver en esto; puede que haya estado hablando con Jackie y sí, yo no tenía ni

idea de ello, pero no intentes hacer pasar esto como un amorío, porque sabes que no lo es, y esto tampoco es el desencadenante de tu ruptura con Jackie. Lo más probable es que se hayan hecho amigas, que ambas necesitasen a alguien con quien hablar. ¿Por arruinar tu vida también quieres arruinar la mía? Sabes que no funciona así, Claudine. No tenemos por qué seguir siendo los mismos que cuando nos mudamos aquí. Yo no quiero seguir siéndolo. Venía dispuesto a contarte novedades que me entusiasman tanto como me asustan, y tu idea es meterme otra vez a la sombra porque tú no puedes salir de ella. ¡Perfecto! Si quieres terminar con Jackie, termina con Jackie, tienes todo el derecho a hacerlo, pero hazte cargo de tu vida de una puta vez, porque ésta es tu decisión, no la del resto de nosotros.

—¡Ella ya no estaba en esta relación! —me gritó.

—Bien, te lo acepto... Pero que ella no estuviera en la relación no ha sucedido como una seta que crece de la noche a la mañana, Claudine. Los dos lo sabemos.

—No todos tenemos relaciones tan mágicamente perfectas como la tuya.

La miré mal, advirtiéndole que no fuese por ese camino.

—¿Por qué te jode tanto? ¿Qué mierda te sucede? Discutí con mi padre por esto y no discutiré contigo otra vez. No tiene por qué gustarte, Claudine. Ni siquiera tienes que tolerarlo. Puedes hacer tu vida como quieras, no es mi responsabilidad.

—¡No es buena para ti!

—¡Joder, Claudine, que, según tú, nadie es bueno para ninguno de los dos y deberíamos vivir solos durante el resto de nuestras vidas! —estallé—. ¡Mierda! ¡Yo no quiero seguir así! ¡No seguiré así! —gruñí, con mi puño derecho en alto—. No quiero ni pienso seguir en lo mismo. Se terminó. Basta, esto también se ha acabado. No tengo intención de continuar con esta discusión. No tiene el menor sentido. Las cosas cambiarán, seguirán adelante contigo o sin ti. Venía a contarte que he hablado con mi padre y que estamos en el proceso de conseguir un contrato con una discográfica, y que le he pedido a

Antonia que se quede conmigo porque quiero intentarlo en serio con ella. Quiero hacer mi vida y tú solamente quieres destruir nuestras existencias porque parece que, según tú, no merecemos otra cosa que ser infelices. Te lo reconozco, hasta hace un tiempo pensaba que así debía ser... —Meneé la cabeza, negando—. Hasta aquí llego yo, Claudine. Estoy cansado de esto y, si bien tengo mucho miedo, sé que, si no lo intento, lo lamentaré toda la vida. Amo a Antonia, quiero intentarlo con ella.

Claudine sostuvo sobre mí su mirada, nublada de lágrimas, durante un par de parpadeos.

—¡Las has enviado arriba juntas! —fue lo que soltó cuando logró decir algo.

No podía creer que ésa fuese su respuesta.

—¿Has oído lo que acabas de decir? ¿Has prestado atención a lo que te acabo de decir yo?! ¡¿Cuál es tu puto problema, Claudine?!

—¡Te guarda secretos, estoy segura!

Exasperado, me pasé ambas manos por el cabello.

—Sinceramente, no puedo creer esta discusión. Me largo. Cuando te calmes, si quieres, vienes a buscarme. Esto, así, ya no tiene sentido. No pienso dejar a Jackie en la calle. Desde ya te aviso que se quedará conmigo hasta que encuentre un lugar al que ir. Vete haciendo a la idea de eso.

—¡Tú siempre de santo, recogiendo a todos los desamparados! —me espetó en su tono más ácido.

—Vete a la mierda, Claudine. Si tú puedes ser cruel, también yo. ¿Crees que soportaré que me insultes y me maltrates así sin más? Sabes que te quiero, pero las cosas no funcionan así. Me largo antes de que esto empeore todavía más y tú y yo terminemos muy mal.

Di media vuelta.

—Juega contigo. Se aprovecha de ti como todo el mundo. Eres demasiado ingenuo.

Eso último acabó de sacarme de quicio.

—¡Suficiente! ¡Cierra la boca ya, porque esto no acabará bien! ¿También tú te aprovechas de mí? —Me tragué las lágrimas que estaba empujando hacia atrás por no llorarlas frente a ella.

—Sabes que no.

—Pues entonces no me des razones para pensarlo. —Se me escapó el aire de los pulmones—. Si cuando te tranquilices quieres hablar conmigo, estaré arriba.

Giré sobre mis talones y en esa ocasión no le di oportunidad de lanzarme ninguna otra bomba, porque me largué de allí a toda velocidad, cerrando la puerta de un portazo.

Entré en el piso y tuve que quedarme un par de segundos allí, en el recibidor, procurando calmarme, porque mi cabeza era un torbellino nada agradable y mi corazón latía como si estuviese a punto de colapsar. Mi cuerpo temblaba, descontrolado.

Inspiré hondo un par de veces y alcé la vista. No daba la impresión de que en la sala hubiese nadie; Antonia y Jackie debían de estar en la cocina. Hasta allí fui, recorriendo mi piso con miedo a que el techo se cayese a pedazos sobre mí, porque todo parecía querer empeorar y empeorar cada vez más.

En esa estancia las encontré.

Jackie, sentada a la mesa, Antonia a su lado, rodeándola con un brazo. Nunca me imaginé oír llorar a Jackie así; sus desconsolados hipidos atravesaban la barrera de su chaqueta de cuero, tachuelas y cierres, así como el resto de su ropa oscura. Siempre había considerado que ella era la más fuerte de las dos, la que era capaz de sostener en pie el peso de ambas. Quizá es que lo había sostenido durante demasiado tiempo y ninguno de nosotros tenía derecho a exigirle que continuase soportándolo.

En silencio, fui hasta ellas para pasar mis piernas hacia el otro lado del banco. Así como los brazos de Antonia, mis brazos rodearon la espalda de Jackie desde el otro lado.

—Deberías haberte quedado abajo con ella —me dijo Jackie, y ésa fue la

prueba de lo mucho que todavía debía quererla.

—Está bien, Jackie, creo que Claudine necesita pasar unos minutos a solas.

—No —gimió, sin poder parar de llorar. Alzó la cabeza y me miró—. Necesita... —El llanto interrumpió sus palabras.

—Está bien, Jackie, tranquila.

—No pasa nada entre Antonia y yo —me juró, llorando a mares.

Le sonreí. Antonia me miró, asomándose por detrás del rostro de Jackie.

—Ya sé que no, Jackie. Tranquila. Tú no te preocupes.

—Solamente necesitábamos hablar —sollozó.

—No tienes que explicarme nada, Jackie. En este momento eso no importa.

—Debí comentártelo —intervino Antonia.

—Está bien. No os preocupéis por eso ahora. Me hubiese encantado saber que vosotras dos os entendéis bien y habláis, pero lo veo ahora y con eso me basta. De verdad, no penséis en eso en este momento... y sabéis que Claudine tampoco lo ha dicho en serio; ella no lo cree, sólo está herida. —Acaricié la espalda de Jackie—. Sabes que Claudine no te cree capaz de engañarla, es sólo que no tiene idea de... de cómo manejar esto.

Jackie me miró en silencio, sin parar de llorar.

—Lo siento, Jackie. Realmente lo lamento muchísimo. He avisado a Claudine de que estarás aquí; no permitiré que te quedes en la calle.

—No, yo no puedo... Claudine es como una hermana para ti, no quiero interponerme entre vosotros, no quiero que riñas con ella.

—Tú no te preocupes por eso.

Jackie no pudo discutirlo más.

Antonia me sonrió y acarició la espalda de Jackie de arriba abajo.

—Subiremos tus cosas. Te quedarás aquí y eso no se discute.

—No puedo... —empezó a insistir una vez más, pero no le permití seguir.

—Sí. Te quedarás aquí al menos unos días. No permitiré que vayas a un hotel. No hay necesidad de ello.

—No quiero molestaros. Vosotros dos...

—No molestas, y nosotros dos estaremos bien.

—Tranquila, Jackie —añadió Antonia, abrazándola.

La cabeza de Jackie cayó otra vez a sus manos, para seguir llorando.

—Todo saldrá bien, tranquila, cariño —le susurró Antonia.

—Perdonadme por obligaros a soportar esto.

—No tienes que pedir perdón, Jackie. Está bien, aquí estamos para ti.

—Es verdad.

—Supongo que así, sin más, os hemos arruinado los maravillosos días que habéis pasado juntos —soltó, para luego mirarnos a ambos por turnos—. Se os ve tan bien juntos...

Antonia le sonrió.

Jackie rompió en llanto otra vez.

La abracé y, al cabo de unos minutos, después de que le permitiésemos vaciar todo lo que tenía por llorar, al menos lo que tenía que sacar por el momento, fui a preparar el desayuno. Logramos que se calmara un poco y entre los tres subimos todas sus pertenencias para que se instalase en la habitación que ocupó Antonia cuando llegó.

Recuperamos también nuestras cosas de la planta baja y Jackie se fue a trabajar.

Cuando nos dejó solos, me quedé con la sensación de que el suelo temblaba bajo mis pies. Antonia también estaba como si no supiese dónde ubicarse, como si no encontrase su sitio.

Más tarde, a media mañana, fui a buscar a Claudine; sin abrir la puerta, me gritó que me largara. Insistí, pero sólo conseguí que me mandase a la mierda.

Cuando subía de regreso al piso, recibí una llamada de mi padre. Eufórico, me contó que Tomy se había puesto a trabajar y que esperaba poder concretar un par de reuniones para esa misma semana. Me pidió que hablase con el resto de la banda cuanto antes para saber si les interesaba seguir adelante conmigo, y también me conminó a ser abierto con respecto a la posibilidad de «lanzarme a volar en solitario»; así lo dijo, y a mí se me aceleró el pulso,

porque intuí que eso iba más dirigido a la posibilidad de que las discográficas me quisiesen solamente a mí que al hecho de que el resto de la banda no quisiese acompañarme en esa aventura. Lo sabía porque mi padre me lo había soltado en más de una ocasión.

Durante unos cuantos segundos tuve la sensación de querer aferrarme con uñas y dientes a todo lo que me rodeaba en ese instante, pues tenía la impresión de que todo se me escapaba de las manos.

Regresé al piso para encontrar a Antonia en la habitación, acurrucada entre las mantas de mi cama, con la vista perdida en las ventanas que daban a los techos de París.

Dejé el móvil en el suelo, me quité las botas y, sin decirle nada, fui hasta ella para acostarme a su lado. Ella me recibió en su abrazo, sonriéndome sin despegar los labios.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó entre susurros.

—He tenido días mejores —contesté, rendido.

—No puedes solucionarle la vida. Sé que las apoyas a ambas. ¿Te ha recibido? ¿Cómo está?

—No, no me ha abierto la puerta y, cuando he insistido, me ha mandado a la mierda.

—Lo siento.

—Lo lamento por las dos. Ojalá, al menos, no hubiesen terminado de esta manera.

—No hay nada más que puedas hacer por ellas. Es algo que deben solucionar solas... si quieren solucionarlo.

—Lo sé. —Hice una pausa—. ¿Por qué no me dijiste que hablabas con ella de vez en cuando? No es que te lo recrimine ni que crea en las tonterías que dice Claudine...

—Jackie es una gran persona. Sabe escuchar.

—También sé escuchar —tontee.

—Sí, sé que sí... pero es distinto. —Se quedó mirándome en silencio un

momento—. Es bueno tener una amiga.

—Lo entiendo. —Francamente, lo hacía.

—¿Estás enfadado?

—No, claro que no. —Le di un beso en los labios—. Sólo quiero que sepas que puedes contarme lo que quieras. Aquí estoy para ti.

Me sonrió.

—Lo que sea, deseo escucharlo, no quiero que sientas que no puedes hablar conmigo. Ojalá confíes en mí para ser sincera, para que seas tal como eres, conmigo. No hay nada que tengas que esconderme, Antonia. Nada. Yo... —Y yo no quería esconderle nada a ella, pero ni siquiera sabía cómo comenzar a contarle lo de las discográficas. ¿Qué pensaría de mí si dejaba atrás al resto de la banda?

Sus dedos acariciaron mi rostro. Sus uñas llegaron a mis labios. Su vista bajó hasta allí.

—Tú —susurró sobre mi boca.

—Nosotros —le dije, devolviéndole la sonrisa.

—Nosotros —aceptó ella, mirándome a los ojos.

Comencé a besarla.

Sola en la cocina, con el móvil en las manos, subí y bajé la barra lateral por mi bandeja de entrada de correos electrónicos; eran todos del abogado de Gastón, que se acumulaban allí. El último tenía fecha del domingo por la noche. El tono y las palabras utilizadas por el letrado en cuestión dejaban claro que, si en las próximas cuarenta y ocho horas no daba señales de vida, recibiría una citación judicial para responder a la demanda de divorcio.

Por poco no destrozo el móvil entre mis manos.

Mi madre me había llamado el fin de semana, e incluso hablé con mi padre. Ellos no tenían ni idea de nada y no pude decirles ni una palabra sobre mi futura maternidad.

Por el momento, Jackie era la única que lo sabía..., por el momento...

Tenía que llamar a Gastón para contárselo. Tenía que decírselo a Olivier. No podía continuar en su casa, durmiendo en su cama, entre sus brazos, sin que él supiese nada.

El secreto me carcomía por dentro y no quería que mi embarazo se contaminase de connotaciones negativas. Debería estar feliz, disfrutándolo.

Salí de la bandeja de entrada del gestor de correo electrónico y fui a la lista de contactos, con la mira puesta en el nombre de Gastón. Debía llamarlo en ese instante. Tenía que aprovechar que me hallaba a solas en el piso. Jackie había salido temprano a trabajar y Olivier almorzaba con la banda, porque tenían asuntos que discutir con sus miembros. Desde el principio entendí que Oli prefería encontrarse a solas con ellos; dejó entrever que tenían que hablar de trabajo y ni se me ocurrió siquiera amenazar con acompañarlo... Era su

momento, su gente, su profesión, y no teníamos por qué estar todo el rato pegados el uno al otro. Además de eso, yo no podía pasar nada por la garganta, de modo que no me apetecía en absoluto salir a comer y, sinceramente, necesitaba un descanso de estar rodeada de tanta gente. Con lo que cargaba dentro y todo lo sucedido entre Jackie y Claudine, que sin duda afectaba mucho a Olivier, me sentía agotada. Me explotaba la cabeza y ya no me apetecía discutir de nada con nadie más.

Hasta las tres de la mañana, Jackie y yo habíamos estado conversando sobre su vida y sobre la mía; la pobre estaba desesperada por encontrar dónde mudarse y yo estaba igual de desesperada por lograr resolver qué hacer con mi vida.

Olivier, por supuesto, había quedado al margen de esa conversación; él dormía mientras nosotras permanecíamos a solas en la cocina.

La noche anterior Oli había estado taciturno y esa misma mañana, al despertar, lo había notado más silencioso y serio que nunca. Lo extrañaba y lo quería de regreso conmigo; sin embargo, no podía retrasar ese momento mucho más.

¿Cómo se lo diría? ¿Cuál sería su reacción?

Gastón no era de alzar la voz y tampoco era eso lo que me asustaba... Me amargaba saber que tenía todo el derecho a ponerse furioso conmigo.

Me levanté del banco. No podía permanecer sentada mientras hablaba, porque, de los nervios, apenas si soportaba quedarme dentro de mi cuerpo.

Me aclaré la voz, carraspeando. Al menos lo intenté. Sonó a gorjeo ahogado. Las palabras que debía decir se licuaban en mi garganta.

Un sudor frío empapó mi piel.

Tenía miedo.

Le temía a su reacción, sin importar que nuestra conversación fuese a ser telefónica. El miedo no era a un daño físico; ni siquiera si lo hubiese tenido delante hubiese temido por mi integridad física; Gastón no era de ese tipo de hombre, ni tan sólo me había insultado jamás. Lo que temía era la posición en

la que él me ponía, esa que yo tenía por costumbre adoptar junto a él. No quería volver a ser esa mujer, esa mujer que en parte todavía era. Aquella Antonia todavía estaba en mí y me daba miedo que aflorase en cuanto la voz de Gastón llegase a mis oídos.

Salí de la cocina. Necesitaba un espacio más grande, porque allí dentro me asfixiaba.

Encendí el móvil una vez más y, en la pantalla, apareció su nombre.

«Tienes que hacerlo —me dije—. ¡Ahora!»

Mi dedo estaba listo para tocar el círculo verde de llamada.

Sentí que iba a vomitar el corazón.

La piel sobre mi labio inferior quedó empapada.

«¡Hazlo!»

Mi dedo se aproximó a la pantalla del móvil una vez más y, entonces, oí que llamaban a la puerta con fuertes golpes de puño. Por poco se me escurre el teléfono de las manos. Di un salto. Aporrearon la puerta de nuevo.

El timbre, que estaba junto a la puerta, no sonaba; ni falta que hacía, porque en realidad...

Giré despacio hacia la puerta. No podía ser otra que Claudine, porque Olivier y Jackie tenían llave, a menos que la hubiesen perdido o la cerradura se hubiese averiado.

Llamaron una vez más y hubiese jurado que lo estaban haciendo con furia.

Claudine no tenía los puños tan grandes como para llamar a la puerta de ese modo.

¿Se abría metido alguien en el edificio?

Quitó el número de Gastón de la pantalla y me preparé para llamar a la policía.

Despacio, evitando pisar sobre las tablas que crujían, avancé hacia la puerta, quedándome a resguardo bajo la arcada que daba al pequeño recibidor de entrada.

Esa vez el puño que golpeó la puerta pareció decidido a tirarla abajo.

—¿Olivier? —Mi voz no sonó todo lo decidida que quise que sonara.

—¿Antonia?

Mi nombre en su voz, en sus labios, al otro lado de la puerta.

No podía ser cierto.

—Antonia, ¿estás ahí? ¡Antonia, abre inmediatamente! ¿Quién es Olivier? Antonia, abre la maldita puerta o la tiro abajo —gritó Gastón a escasos metros de mí, separados por la superficie de madera, y todo mi cuerpo se echó a temblar.

No podía estar allí, era imposible. Eso no podía estar sucediéndome. No estaba lista para verlo, y mucho menos allí. ¿Cómo había llegado?, ¿y cómo había logrado encontrarme?

—¡Antonia, abre la puerta, sé que estás ahí dentro! —Debió de golpear la puerta, además de con sus puños, con sus pies, porque ésta crujió, dando a entender que unos golpes más y quedaría resumida a astillas—. Abre la puerta, sé que eres tú. ¡Abre!

Me pasé ambas manos por el rostro después de guardar el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

—Antonia, estoy empezando a perder la paciencia. ¡Abre de una maldita vez! ¿Quién demonios es Olivier? ¡Abre la puta puerta ya! —gruñó, aporreándola y pateándola—. ¡Antonia!

No podía dejarlo fuera porque no se iría y... al mismo tiempo...

Me aferré del marco de madera de la arcada, intentando no desmoronarme.

Y yo que me preocupaba por tener que contarle por teléfono que a sus espaldas había parado de tomar las pastillas anticonceptivas y que por eso estaba embarazada... Aquello no hubiese sido nada en comparación con lo que tenía por delante.

—¡Antonia, abre o llamo a la policía para denunciar que alguien ha raptado a mi esposa y la tiene encerrada en esta maldita pocilga! ¡Abre la puerta!

Lancé un vistazo a las llaves que descansaban sobre la repisa de mármol que colgaba de la pared.

Mis pies titubearon; sin embargo, logré dar el primer paso hasta ésta.

—¡Antonia!

No logré contestarle.

Pillé las llaves y caminé hasta la puerta mientras él continuaba chillando mi nombre y golpeando la superficie de madera con ambos puños.

Inserté la llave en la cerradura. Gastón debió de oír los crujidos que ésta emitía, porque, al instante, dejó de aporrear la puerta.

Coloqué la llave en el cerrojo inferior y, antes de dar la última vuelta para abrir definitivamente, di un paso atrás. Necesitaba tomar distancia.

Mi mano tembló mientras ejecutaba aquel giro que faltaba para eliminar la separación entre Gastón y yo.

Presioné la manija y abrí lentamente la puerta.

Si en algún momento había pensado que se lanzaría hacia el interior del piso convertido en una tromba de agua, me equivoqué.

Allí estaba, alto, firme, tan estoico como siempre sobre su casi metro noventa de estatura; Gastón me observaba en silencio.

Iba de traje, con un abrigo de lana encima, abrigo que le llegaba a las rodillas; en algún momento debía de haber perdido la corbata; sin embargo, no por eso su porte y elegancia se veían afectados. Sus rasgos, en una cara esculpida con cincel, se mostraban más duros que nunca. Siempre me había parecido que tenía un rostro increíblemente masculino, con su marcada mandíbula cuadrada, su amplia frente, sus intensos ojos oscuros. Ese día, más que masculino, me pareció frío.

En un parpadeo, recordé lo que sentía cuando él me besaba, lo confiada que pisaba sobre mis tacones cuando sus brazos rodeaban mi cintura. Lo hacíamos tan bien frente a todos, siempre pareciendo la pareja perfecta, unidos, trabajando juntos, acoplados a más no poder, como si en vez de una pareja fuésemos una perfecta asociación comercial que daba increíbles réditos.

Gastón seguía siendo Gastón, continuaba dando la imagen de siempre, sólida, inquebrantable, un tanto impenetrable también. La única diferencia

entre el Gastón de siempre y ése que tenía frente a mí era su rostro rojo, síntoma de la pérdida de control de lo que estaba sucediendo. Casi podía leer en sus ojos el desconcierto. Nada en esa situación era *nosotros*, al menos lo que solíamos ser antes de que me pidiese el divorcio mediante un correo electrónico enviado al gerente de un hotel.

Fuera de su terreno de juego, Gastón ni siquiera sabía hacia dónde moverse.

Tardó tanto en reaccionar que pensé que estaba a punto de darle algo.

Parpadeó y, al final, sus ojos descendieron y me escanearon de arriba abajo, registrándome milimétricamente. Sin duda, debió notar mi color de pelo, pero su mirada no se detuvo en ese detalle. Yo llevaba un suéter viejo un tanto descolorido que pertenecía a Olivier y que, de hecho, olía a él, además de ir en vaqueros y calcetines, sin zapatos.

En mi vida con Gastón, no usaba vaqueros y en casa jamás iba descalza.

—¿Antonia? —Su voz sonó distorsionada por la turbación que destacaba por encima de sus elegantes ropas.

—¿Cómo...? , ¿qué haces aquí?, ¿cómo has llegado?

—¿Qué haces *tú* aquí? —Estirando el cuello, espío por encima de mi hombro derecho—. ¿Qué es este sitio? Aquí no vive nadie que conozcamos. —Dio un paso al frente y no pude detenerlo.

Gastón pasó de largo, tomando como suyo el amplio espacio de la sala.

Cerré la puerta de un empujón y fui tras él. Apenas conseguía asimilar que estuviese en París, así que tenerlo allí dentro era la materialización de mi peor pesadilla.

Si Olivier llegaba y él aún no se había marchado...

Mi cuerpo se solidificó debido a la preocupación que sentía. Me quedé plantada en el suelo, a unos pasos de Gastón, mientras él lo estudiaba todo con su implacable mirada.

—¿De quién demonios es este piso? —Su voz, contenida, denotaba lo cabreado que estaba. Resopló y, a continuación, ladeó la cabeza en mi

dirección—. ¿Quién es Olivier?

No logré ni separar los labios.

—¡Habla! —gritó, perdiendo la compostura.

Di un salto ante su grito.

—¿Cómo has entrado?

—En realidad, ¿eso es lo que importa... cómo he entrado?

Mantuve mi silencio. Mi cerebro se movía a toda máquina buscando un modo de explicarle lo que sucedía allí siendo clara y sincera con él y conmigo misma.

—Me han dejado entrar —respondió—. Iba a llamar al timbre desde abajo y, en ese instante, la puerta se ha abierto. Una chica ha aparecido frente a mí. Le he preguntado si te conocía y me ha contestado que sí, que llevabas viviendo aquí desde el miércoles que llegaste a París, hace ya más de diez días. Le he explicado quién era y le he preguntado si podía pasar, y aquí estoy.

«Claudine», me dije mentalmente.

Fui presa de un arrebató de ira. ¡Claro que lo había dejado pasar!

—Tu madre me contó dónde te hospedabas. No contestabas a los correos de mi abogado, así que llamé a tu madre para tantear el terreno, quería saber si habías contratado tú a uno. Ella me lo dejó muy claro al instante: no había llegado a decir nada cuando ella ya me estaba contando lo bien que lo pasabas en casa de nuestros amigos en París. Imagínate cómo me quedé cuando me soltó aquello. ¿En casa de qué amigos podrías estar aquí si no tenemos ninguno? Tu madre sonaba feliz e ilusionada. Me preguntó cuándo vendría a reunirme contigo. No me quedó más remedio que contestarle que de inmediato. No te haces una idea de lo difícil que fue sonsacarle esta dirección sin delatar lo que sucede en realidad. —Hizo una pausa—. Tu madre no tiene ni idea de que te he pedido el divorcio.

—No, no lo sabe —contesté con un hilo de voz.

—¿Por qué no se lo has contado?

—¿Por qué no me llamaste directamente a mí, para preguntarme dónde

estaba y por qué no le contestaba a tu abogado?

—No mezcles las cosas.

Una chispa estalló en mi pecho para darle vida a una pequeña llama.

—¿Que no mezcle las cosas?! ¿Bromeas? Me pediste el divorcio mediante un correo electrónico que le enviaste al gerente del hotel en el que solíamos alojarnos. ¿Qué clase de hombre hace eso?!

—Consideré que sería lo mejor. Nosotros no teníamos nada más que discutir.

—¿Te parece?! —La llama creció—. ¿Cómo puedes decir eso? Si querías encontrarme, haberme llamado a mí, Gastón.

—Si querías que te encontrara, haberme dicho dónde estabas.

—¿Ahora resulta que la culpa es mía? —solté, alzando la voz.

—No me grites.

—No me trates de imbécil. ¿Cómo has podido ser tan cobarde? ¿Cómo puedes continuar siéndolo? ¿Desde cuándo tenías planeado esto? ¿Cómo has podido hacer algo semejante? ¡Te despediste de mí con un beso, como si nada!

—¿Hubieses preferido que montase un escándalo en mitad del aeropuerto?

—Estás montándolo ahora. —La llama se convirtió en un incendio forestal en mi pecho y las palabras se me escaparon a gritos.

—¡Porque me has arrastrado hasta esta pocilga a buscarte!

—¡Yo no te he arrastrado a ningún maldito lugar! —bramé.

—¡No has contestado a los correos ni le has dicho nada a tu madre del divorcio!

—¡No quería contárselo por teléfono! Además, ni siquiera sabía cómo me sentía al respecto. —Hice una pausa, para inspirar hondo—. ¡No quisiste atenderme cuando te llamé para hablar contigo! Me dejaste y ni siquiera tuviste el valor de dar la cara. No tenía ni idea en qué situación me encontraba. No me diste ni una explicación.

—Tampoco tú diste la cara.

—¿Ésa es tu respuesta, tu explicación? Vete a la mierda, Gastón. Vete a la

mismísima puta mierda.

—No me hables así.

—¿Cómo esperas que te hable, después del modo en que terminaste nuestro matrimonio de catorce años? ¡Te hablo como me da la jodida gana! —le chillé a la cara, comenzando a desahogar así, de una maldita vez por todas, las frustraciones que tenía atravesadas en la garganta.

Gastón se quedó mirándome, pasmado. Dio un par de pasos dubitativos hacia ninguna parte y, al final, volvió a detenerse frente a mí.

—Lo nuestro estaba acabado y lo sabes. Nada tenía sentido ya.

—Entonces, te lo pregunto otra vez: explícame por qué mierda has venido hasta aquí.

—Tu madre mencionó a un amigo. Me quedó clarísimo que estás con alguien. ¿Desde cuándo tienes a otro aquí?

Me carcajeé en su cara, porque eso sí que no me lo esperaba.

—No te he engañado jamás, Gastón —le contesté, riendo de pura incredulidad—. Si has venido hasta aquí por eso, puedes regresar a casa tranquilo.

—¿Quién es Olivier, entonces?

Apreté los labios.

Él alzó las cejas y se quedó mirándome.

—Yo jamás te fui infiel —afirmó.

—Tampoco yo, y me destrozaste el corazón. ¿Acaso no te detuviste a pensar, ni por un segundo, lo que sería para mí descubrir tu demanda de divorcio de esa manera? Congelaste mis cuentas, me dejaste en la calle, sola, a un océano de distancia. Me abandonaste del peor modo posible. —Las lágrimas saltaron a mis ojos y, a pesar de que eran muchas, no consiguieron apagar el fuego en mi pecho—. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¿Cómo pudo cruzársete por la cabeza hacerme algo semejante? ¿Realmente crees que te di motivos para que rompieras conmigo así? Puedo comprender que hubieras dejado de amarme; sin embargo, acabar lo nuestro así... —El fuego en mi

pecho se convirtió en dolor—. ¿Te haces una idea de lo mucho que me heriste, de lo mucho que aún duele? Nosotros... —Tuve que detenerme, porque el llanto estaba frenándome y apenas si me alcanzaban las fuerzas para mantenerme en pie—. ¿Tan poco te importaba mi amor...?

En silencio, sus ojos se quedaron sobre los míos.

—¿Quién es Olivier?

Limpiando las lágrimas, que no paraban de caer por mi rostro, le sonreí.

—No me quieres contigo, pero tampoco me quieres con nadie más.

—Entonces, sí estás con alguien.

Nos sostuvimos la mirada el uno al otro.

—¿Qué es esto que tengo ante mí? —Quiso saber al cabo de un momento.

—¿Con «esto» te refieres al piso o a mí? Sé claro, Gastón.

—Ambos. No te reconozco y este piso tampoco va contigo. ¿Qué has hecho con tu cabello? —me espetó, alzando su mano derecha hacia mí. En su rostro tomó forma una mueca de dolor, como si el que me hubiese cambiado el color del pelo lo hubiese herido de alguna forma, como si fuese un ataque dirigido a él.

Suspiré, agotada.

—Lo he devuelto a su color natural, eso es todo.

—Sí, ya lo veo. —Su mirada bajó hasta mis vaqueros—. ¿Qué significa todo esto?

—Esto es lo que quedó de mí cuando me dejaste: yo. Esto soy yo sin ti. —De los pies a la cabeza, se me puso la piel de gallina—. Esto soy yo —repetí, sintiéndome más dentro de mi piel que nunca antes frente a él.

—No. —Sonrió, resoplando—. Ésta no eres tú, eres quien está contigo ahora. Lo sé, estoy tan seguro de eso... ¿Dónde lo conociste? ¿Quién demonios es? ¿Hace cuánto que lo conoces?

—Soy yo, Gastón. —Apreté los labios antes de continuar respondiendo—. Un par de semanas.

—¡No me vengas con eso! Nadie cambia así en un par de semanas.

—A ti te costó la duración de mi vuelo hasta aquí cambiar conmigo.

—No fue durante el vuelo y lo sabes, Antonia. No teníamos nada más.

—Teníamos mi amor. ¿Cuándo se acabó para ti?

—¿Cuándo se acabó para ti? No mientas, Antonia.

Sus palabras me golpearon, porque entonces me vi a mí misma en la habitación que compartíamos en nuestra casa aquella mañana que tomé la decisión.

Todavía estaba en camisón, sentada a los pies de la cama deshecha. Gastón se había ido a trabajar unos quince minutos atrás, y tenía las pastillas anticonceptivas en mis manos. Daba vueltas a la caja sabiendo que dejaría de tomarlas, que ninguna volvería a bajar por mi garganta. La decisión estaba tomada, quería ser madre, sería madre, no perdería más tiempo.

Me aferré a aquella decisión por no perderlo todo, porque, en el fondo, sabía que no me quedaba nada más. No quería tener un hijo para salvar mi matrimonio, quería tener un hijo porque era lo único que me quedaba, incluso a sabiendas de que las posibilidades de tenerlo no eran muchas. Pensé que, como mujer, eso era lo único que podía ser. Quería tener un hijo para, al menos, significar algo para alguien, para tener a alguien a quien amar de verdad para siempre.

Ser madre era el único sueño que me quedaba sin destrozar.

Y probablemente fuese a destrozarlo.

Estaba destrozándolo, porque allí estaba yo, frente al padre de la criatura que crecía en mi interior, y entre nosotros no había absolutamente nada.

Lo miré a los ojos y no tuve el coraje de decirle que probablemente llevase años sin amarlo realmente, que lo que sentía por él, lo que me había mantenido a su lado, en verdad no era amor, pese a que había querido creer que así era.

No era amor, era miedo.

No era amor, era cobardía.

No era amor, era no querer reconocer que, aquello por lo que había apostado, se caía a pedazos sin que pudiese hacer nada para remediarlo.

—¿Y bien? ¿No tienes nada para decirme? No creas que soy idiota, Antonia. Tengo muy claro que llevas mucho tiempo sin amarme.

—¿Cuánto llevas tú?

—¿Quieres echarme la culpa?

—No, la culpa es mía por dejarme consumir por lo nuestro..., por no terminarlo antes. Debí ponerle fin hace muchos años.

—Lo ves... —soltó, herido.

—¿Quieres ganar la discusión?, ¿es eso? ¿Crees que saldrás mejor parado de esto si quien dejó de amar primero fui yo? —Yo no saldría bien parada de eso, lo sabía; me dolía el alma, me dolía el corazón y no podía parar de llorar.

Su mirada perdió dureza. Se quedó mirándome, otra vez sin decir una palabra.

—Todavía no entiendo para qué has venido.

—Para tener frente a mí a la persona de la que te has enamorado.

—Gastón...

—Sé que te has enamorado de alguien. Corriste directa hacia él cuando lo nuestro se terminó.

—¿No se terminó, tú lo terminaste! No es lo mismo.

—¿Quién es Olivier? ¡¿Dónde está ese maldito cretino?!

—No está aquí, y te repito que él no tiene nada que ver con lo que sucedió entre nosotros.

—Permíteme dudarlo. ¿En serio creías que te saldrías de esto como si nada?

—¿Como si nada? ¿De verdad crees que esto es «como si nada»? ¿Acaso no me ves aquí frente a ti? Esto no es fácil para mí, Gastón.

—¡Mentira!

—No miento.

—Te olvidaste de mí —me gritó.

—¿Qué?

—Me hiciste a un lado en un parpadeo y yo... yo...

—Tú, ¿qué?

—No podía hablar contigo porque sabía que no lo resistiría —soltó de pronto, y mis rodillas temblaron.

—¿De qué hablas?

—No podía hablar contigo porque sabía que, si insistías en que volviésemos, volvería contigo, y nosotros ya no tenemos nada porque tú no me amas. No estás conmigo desde hace mucho..., no cuando estábamos solos, no cuando te miraba a la cara. No quedaba nada allí. Sabía que, si hablaba contigo, cedería, y no quiero ceder. Fue suficiente..., es más que suficiente ahora que sé que estás con alguien, lo veo en tus ojos.

—¿Todavía me amas? —Meneé la cabeza—. Vamos, Gastón, eso no...

—¡Claro que sí! —soltó, interrumpiéndome.

—Debiste buscar un modo de hacerme sentir amada.

—Yo te hacía sentir amada.

—Por favor... —resoplé.

—Es verdad.

—Ni siquiera querías tener un hijo conmigo. La última vez que lo discutimos...

—La última vez que lo discutimos estábamos más distanciados que nunca. ¿Qué pretendías, que dijese que sí cuando entre nosotros no había amor?

—Antes tampoco lo quisiste.

—¿De qué nos habría servido tener juntos un hijo? ¿Qué hubiésemos podido darle?

No pude resistir más en pie, rompiéndome por completo, así que fui a desplomar el peso de mi cuerpo sobre uno de los sillones.

—Creía que nos conocíamos bien. Pensaba que entendías cómo era. Creía que te conocía. No tengo ni idea de con quién hablo ahora.

Alcé la cabeza y lo miré.

—Dudo que tú sepas con quién hablas.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. No comprendo nada. Por momentos ni siquiera logro recordar lo que fue cuando nos conocimos, pues tengo la sensación de que tampoco fue lo que creo recordar. No sé quién era yo entonces, no sé quién eras tú. No tengo ni la más remota idea de qué era lo que esperábamos de esto.

—Yo quería ser feliz contigo, y lo fui.

Lo miré.

—¿Por qué no has contestado los correos de mi abogado? —me preguntó al cabo de un instante de silencio.

—Quería volver contigo. No quería que nuestro matrimonio acabase, esperaba poder convencerte de que volvieses conmigo, de que me amases... porque creía que te quería, que te necesitaba, que eras lo único que tenía o podía tener. Pensé que los últimos catorce años de mi vida no podían ser un error tan grande. Deseaba aferrarme a eso. Estaba tan convencida de que todavía te amaba..., quería amarte.

—¿Y qué ha cambiado?

Su voz apenas llegó a mí.

—Me quedé en la calle, sin un centavo. Me robaron dos de mis maletas. No tenía más que lo puesto. Se puso a llover y fui al metro a refugiarme. Estaba sola y no tenía la menor idea de qué hacer conmigo misma. Sentí que lo había perdido todo, hasta a mí misma, o al menos a quien creía que era. Estuve mucho rato en esa estación de metro, llorando porque no sabía qué hacer, y entonces apareció él y me ofreció su ayuda.

—¿El tal Olivier?

Asentí con la cabeza.

—Es su piso.

—Es su edificio —lo corregí—. Quien te ha abierto la puerta es Claudine, su mejor amiga, o al menos lo era hasta hace muy poco. Claudine lo sabe todo sobre mí, supongo que por eso te ha dejado subir.

—No te entiendo.

—Claudine no me quiere aquí.

—¿Está enamorada del tal Olivier?

—Claudine es lesbiana, Gastón. Acaba de finalizar su relación con Jackie, su pareja, y Jackie está instalada temporalmente aquí con nosotros.

Sonrió con sorna.

—¿Qué es toda esta novela?

—No es una novela, es la vida.

—¿Esto es vida? —Con un gesto desdeñoso, me señaló todo lo que nos rodeaba—. Ni siquiera tiene muebles.

—¿Qué pueden cambiar unos muebles?

—Tú no tienes nada que ver con esto.

—¿Y sí tengo más que ver con lo que quedó en casa? —Se me escapó una risa triste.

—Quizá no tengas nada que ver ni con esto ni con lo que tenías en casa.

—Es probable. —Me puse en pie—. Es muy probable.

—Bien, queda claro que has tenido tu aventura. ¿Qué harás ahora?

—¿Qué esperas que haga?

—Regresar a casa.

—¿Qué? —Me quedé mirándolo, sin poder creer las palabras que acababan de salir de su boca. ¿Cómo podía quererme de regreso o pretender que volviera a casa como si nada? ¿De verdad todavía me quería? ¿Podía aceptar yo que me quisiese de ese modo, el mismo modo que me había arrastrado a sentirme sola, a tomar la decisión de suspender las pastillas anticonceptivas e intentar quedar embarazada sin decirle nada? ¿Qué habíamos estado haciendo?, ¿qué podríamos tener si volvíamos a estar juntos otra vez?

En un *flash*, volvieron a mis retinas la imagen de los tres tests de embarazo, con sus positivos.

—Quiero que vuelvas conmigo a casa, Antonia. Nada de esto tiene sentido.

—¿Contigo? Después de todo lo que ha pasado, ¿esperas que volvamos a estar juntos?

—¿Por qué? ¿Tan mala idea es? ¿Prefieres quedarte aquí?

—¿Cómo puedes esperar que regrese?

—Mírame a los ojos y dime que no quieres volver. Si tuvieses muy decidido que lo nuestro se acabó, habrías contestado a los correos de mi abogado y le habrías dicho a tu madre lo que sucede. Le contaste que estabas en casa de unos amigos. Ésa era una mentira innecesaria, una que montaste para no terminar de tomar una decisión. —Dio un paso hacia mí y se quedó observándome—. Dime que lo nuestro ya no existe y me iré a casa.

—No es que no exista, es que no sé si es lo que quiero para mí. No estoy segura de querer volver a vivir esa vida.

—¿Y qué vida puede darte ese tipo que conociste en el metro?

Mi cerebro y mi corazón acabaron de sincerarse.

—No es la vida que él pueda darme, Gastón, es la vida que yo pueda crear para mí.

Se sonrió y me entraron ganas de golpearlo.

Dio media vuelta y se alejó hasta una de las ventanas, paseando antes por el espacio vacío. Vi que prestaba atención a las guitarras.

—¿Le gusta la música? —inquirió, después de alzar un dedo hasta el cristal.

—Es músico.

—Ah, ¿sí? Qué interesante. ¿Y dices que éste es su edificio?

—Sí. —En realidad, técnicamente era de Cid. No le aclaré ese punto.

—Le va bien. A pesar de que esta parte del barrio no es muy bonita, el edificio debe de costar lo suyo. —Después de haber dicho todo aquello con la vista perdida en la ventana, se volvió y me miró a los ojos—. ¿Él ha pagado lo que llevas puesto? ¿Le gustan las morenas?

—Gastón, no desvirtúes la situación.

—No lo necesitas y lo sabes; cuando nos divorciemos, tendrás suficiente dinero como para vivir con comodidad.

—Gastón...

—Dudo de que estés intentando reemplazarme a mí con él.

Negué con la cabeza.

—Olivier no... Nadie es reemplazo de nadie.

—Sabe que aún estás casada, imagino, pues me has dicho que su amiga lo sabe todo de ti.

—Sí, lo sabe.

—¿Y no le molesta? Lo digo porque... —alzó una mano y, con un dedo, apuntó la mía—... todavía llevas los anillos que yo puse ahí.

Me quedé muda. Él aguardó unos instantes en silencio.

—Debe de tener muy claro que esto es una aventura y por eso no le molesta. Probablemente lo sea para él también. Eres una mujer bellísima y tengo muy claro que más de un hombre te desea.

—No vayas por ese camino.

—Vamos, Antonia..., sabes que es la verdad. Esto se acabará en un suspiro mientras que nosotros todavía podemos volver a poner en pie lo que teníamos. Todos por casa preguntan por ti.

—¿No les has explicado que me has pedido el divorcio?

—No sabía qué más hacer. Te habías ido ya, incluso antes de subir al avión estabas lejos de mí.

—Y tú de mí.

—Ya no.

—Esto es ridículo.

—No, no lo es. Somos adultos, llevamos catorce años casados. Sólo cometí un error, un estúpido error. Fui débil. Estaba asustado. No creo que supiese lo que hacía. Entré en pánico. Mi abogado me dijo que era una equivocación, no entendía por qué te estaba pidiendo el divorcio. Me instó a que lo meditase, a que lo discutiese contigo. Yo solamente me negaba a admitir en voz alta que ya no me necesitabas, que jamás me necesitaste.

—Claro que te necesitaba.

—Y yo a ti. Recoge tus cosas y larguémonos de aquí. En cuanto regresemos al hotel, compraré pasajes para volver a casa.

—Gastón...

—No me importa quién sea este tipo. No me importa lo que ha sucedido entre vosotros. No lo discutiremos. Lo olvidaremos y listo. Regresemos a casa y olvidémonos de esta maldita ciudad.

—La ciudad no tiene nada de malo.

—No quiero volver a pisar este sitio.

—El hecho de no regresar a París no borrará lo que ha pasado.

—Antonia, por favor. Ya nada de esto importa. He venido a buscarte.

—No has venido a buscarme a mí.

—Por favor, no hagamos un drama de esto.

—No lo convierto en un drama, Gastón; es lo que es. Además... —tragué saliva—... hay algo que deberías saber. Cuando has llamado a la puerta estaba a punto de marcar tu número de móvil.

—Para decirme, ¿qué?

—Llevo seis meses sin tomar las píldoras anticonceptivas.

Para cuando la última palabra salió de mis labios, Gastón estaba pálido; se había convertido en un fantasma, en el fantasma en que creía haberme convertido yo con el paso de los años.

—¿Qué me estás diciendo?

—Quería tener un hijo.

—Lo discutimos. Acordamos que no era buen momento —jadeó.

—No acordamos nada. Te pedí remodelar la buhardilla para convertirla en la habitación de nuestro hijo. Dijiste que no querías hablar de eso, que estabas cansado, que no era el momento. Eso no es llegar a un acuerdo.

—¿Cómo pudiste?

—Desesperación, Gastón. Estaba desesperada.

Nos quedamos en silencio, sin quitarnos la vista de encima el uno al otro.

—¿Estás embarazada?

Su voz sonó fría, metálica, lejana. Tan distante como carente de emoción.
¿Así recibía la noticia?

—Sí, estoy embarazada. Vamos a ser padres. Lo he sabido este fin de semana.

—¿Y hasta ahora no has tenido tiempo para decírmelo? —Su voz se crispó.

—No tenía idea de cómo hacerlo.

—Hola, Gastón, sin decirte nada dejé de tomar las pastillas anticonceptivas y espero un hijo tuyo. Los ves, no es tan difícil.

—Gastón...

—¿Cómo pudiste?! ¿Cómo...? —Sin terminar la frase, comenzó a moverse de un lado a otro, igual que un animal enjaulado—. No debías llamarme por teléfono, debías regresar a casa para decírmelo a la cara. ¿Cómo pudiste?! —gritó.

—Lo hice. No sabía qué más hacer. No fue para hacerte daño, no...

—Recoge tus cosas, nos largamos en este instante.

No me moví de mi sitio.

—¿Estás embarazada y te has acostado con ese tipejo? Por Dios, tengo ganas de vomitar. Ya no soporto estar aquí. No me caben dudas de que te has acostado con él. Seguro que sí. ¡Claro que sí! ¡Es mi hijo!

—No grites.

—¡Grito todo lo que me da la gana! ¿Acaso has perdido la cabeza?

—Baja la voz.

—No me pidas ni que baje la voz ni que me calme. ¡¿Qué demonios haces todavía aquí?! ¿Cómo has podido quedarte aquí sabiéndolo? Es una locura —Esto último lo gimió, rompiéndose.

—Ni siquiera querías un hijo.

—No te escudes en eso.

—No es un escudo, es la verdad. ¿Lo quieres ahora?

—¿Acaso piensas no tenerlo?

—Sí lo tendré.

—Pues ahí lo tienes, no hay nada más que discutir.

—Claro que sí.

—Antonia, no tengo idea de qué es lo que da vueltas por tu cabeza, pero, te lo aseguro, tu mejor opción es regresar conmigo a casa.

—¿Por qué?

—¿Él sabe que estás embarazada?

No respondí.

—No, claro que no lo sabe, sino ya no estarías aquí. Si lo supiese, habría acabado lo nuestro sin pensarlo dos veces. Ningún hombre se mete en un amorío con una mujer embarazada. Bueno, me corrijo, quizá en un amorío, sí; tú sabes tan bien como yo que esto no durará. Dudo que esté dispuesto a hacerse cargo del hijo de otro. Antonia, hazte a ti misma el grandísimo favor de ir a recoger tus cosas. Nos largamos a casa.

Me planté firme. Más que nunca tenía clara mi decisión.

—No.

Mi respuesta lo golpeó en el rostro, sacando a la luz una mueca que era mezcla de dolor y furia.

—¿Qué?

—No regresaré a casa.

—¿Te has vuelto loca?

—No voy a regresar, Gastón.

—¿Y qué harás? ¿Quién crees que querrá a su lado a una mujer preñada?

La puerta de entrada se abrió de par en par, golpeando la pared.

Los dos nos giramos al mismo tiempo para ver quién llegaba, aunque en realidad no necesitaba verlo para saber que era él.

Allí, a la puerta del piso, Olivier se detuvo, con el rostro rojo y empapado en sudor. Lo vi cruzar una mirada con Gastón y comprenderlo todo. Olivier sabía que era él.

¿Habría oído lo que Gastón acababa de decirme?

—¿Olivier? —preguntó Gastón.

—¿Qué haces aquí?

Claro que sabía quién era.

—No tienes derecho a estar aquí. Claudine no ha debido dejarte entrar. Es mi casa, mi maldito edificio. ¡Lárgate ahora mismo! —gruñó, avanzando hacia nosotros.

—Y ésta es mi esposa. Tú no me dirás qué hacer. —El rostro del Gastón se llenó de una sonrisa de autocomplacencia que me dolió hasta el alma—. ¿Cuántos años tiene?, ¿veinte? —me preguntó, riéndose.

—Gastón, no hagas esto, por favor.

—Que no haga, ¿qué?, ¿dejar claro que has estado tirándote a este crío para vengarte de mí? Vamos, Antonia, que esto sí que no me lo esperaba. Es ridículo. —Se carcajeó.

—¿Crío? —Olivier dio un paso al frente, para no detenerse después—. Escúchame bien, pedazo de hijo de puta: si no quieres que te parta la cara y te deje irreconocible, mejor te largas.

Gastón se le rio en la cara con más fuerza.

—Por favor, no me hagas reír. ¿Es así como resuelves las cosas? Aunque es de esperar de alguien que vive en un sitio como éste... Mejor no te metas en lo que no te incumbe.

—Me incumbe porque ésta es mi casa y Antonia está conmigo.

—Ella no está contigo, muchacho. Mejor lárgate, vuélvete por donde has venido. No tienes nada que hacer aquí, y mucho menos nada que hacer con mi esposa.

—No es tu esposa: le pediste el divorcio y la dejaste tirada en la calle.

—Antonia regresa conmigo a casa.

Olivier me miró.

—No regreso contigo a casa, Gastón. No hables por mí.

—Está claro que no estás bien. Es culpa mía, lo comprendo. En cuanto hayas pasado unos días en casa, todo habrá vuelto a la normalidad.

—No.

—No seas insensata.

—El único insensato aquí eres tú. Ya la has oído. Lárgate. Lo siento,

Antonia. No puedo creer que Claudine lo haya dejado pasar; he venido en cuanto me ha llamado para avisarme de que tu marido estaba aquí. Tendrá que aclarar todo esto conmigo. Esto le costará caro. Todavía no puedo creer que lo haya hecho.

—Está bien, Oli, no pasa nada.

—¿Oli? Antonia, no hagas más el ridículo. Nos avergüenzas a ambos.

—Vete o no respondo de mí. Llevo un par de semanas con ganas de molerte a golpes por lo que le hiciste a Antonia.

—¿Eres su salvador? Escúchame: tú no tienes ni la menor idea de qué va esto.

—Estoy enamorado de ella —soltó Olivier, y mis tripas se revolvieron.

La carcajada que lanzó a nuestros rostros Gastón fue grosera, y Olivier no se la tomó bien.

—Te quiero fuera de aquí ya.

—Antonia, ve a recoger tus cosas. Nos vamos.

—No voy a ninguna parte contigo.

—Ya la has oído, piérdete.

—Piérdete tú, esto es entre mi esposa y yo. Tendrá un hijo mío y no pienso dejarla aquí contigo en este rincón de mala muerte. No me importa quién seas ni cuántos años tengas; tú no pintas nada y quedas fuera de esta discusión.

Los ojos de Olivier se movieron hasta mí. En silencio, me preguntó si era cierto.

Su rostro pasó de furia a desconcierto, de valentía a duda. Frente a mí, lo vi romperse. Su confusión se expandió por el resto de su cuerpo; se le cayeron los hombros y sus manos se despeñaron tiesas, inertes a los costados de sus muslos.

—Perfecto. Está todo dicho —concluyó Gastón.

—¿Desde cuándo lo sabes? —La pregunta de Olivier me avergonzó.

Gastón nos miró a ambos por turnos.

—¿Desde cuándo? —insistió. En su voz había dolor—. ¿Lo sabías cuando

llegaste?

No pude responder.

—¿Cómo ha llegado él aquí? ¿Cómo sabía dónde estabas? ¿Lo llamaste para que viniese a por ti?

Negué con la cabeza, volviendo a llorar. Ese momento era peor de lo que había temido que fuese cuando tuviese que decirle la verdad.

—Tuve que darle tu dirección a mi madre porque ella insistió en saber dónde estaba hospedada. Ella se la dio. Yo no lo he llamado, Oli.

—Su madre ni siquiera sabe que le he pedido el divorcio; Antonia no se lo ha dicho, porque siempre ha tenido muy claro que quiere volver conmigo.

—¡Cierra la boca, Gastón! —le grité.

El rostro de Olivier se descompuso todavía más.

—No es cierto, Oli. No quiero regresar con él. Esto no es...

—¿Desde cuándo lo sabes? —insistió, cortando mis ruegos.

—Desde este fin de semana —admití. Mi voz apenas sonó.

—¿Te enteraste en casa de mi padre?

—¿Te ha presentado a su padre? —se mofó Gastón.

—Basta, Gastón.

—¿Cómo no me has dicho nada? ¿Por qué no me has comentado algo tan importante?

—No sabía cómo hacerlo, temía perderte.

—Estás embarazada y nosotros... —dio un paso atrás—. No puedo creer que no me lo hayas dicho. ¿Cómo te enteraste?

—Me hice tres tests de embarazo.

Sus rubias cejas treparon por su frente en una mueca de incredulidad.

—¿Y en qué momento fuiste a comprar tres...? —Olivier se detuvo, quedándose boquiabierto—. Jackie... Fuiste con Jackie a la farmacia el domingo que os llevé a tomar el *brunch*. Jackie lo sabe. —No me lo preguntaba, lo afirmaba—. Jackie lo sabe y no me ha dicho nada, y tú tampoco me has dicho nada —soltó, levantando la voz—. ¿Cómo has podido? Antonia,

¿cómo has podido hacerme esto? —Alzó ambas manos hasta su cabeza, para pasarse los dedos por el pelo, dándose desesperados tirones.

Yo era responsable de su desesperación. Al final, lo había herido. Estaba lastimándolo, rompiendo su corazón.

—No sabía cómo decírtelo, Oli. —Lloré—. Te prometo que no... —Perdí la voz.

—No puedo creerlo. No puedo creerlo de Jackie. ¿Cuándo planeabas contarme la verdad? —replicó, visiblemente dolido.

—No es una situación sencilla. Nosotros... estamos juntos desde hace apenas dos semanas; no me sentía con el derecho de caerte encima con semejante noticia.

—¿Y qué pensabas hacer?, ¿largarte sin decirme nada?

—No, Oli, no es así...

—Si no es así, ¿cómo es, Antonia? Me preocupo por ti, pienso en nosotros. Acabo de reunirme con la banda para contarles que es muy probable que consigamos un contrato con una discográfica. Nos representará la agencia de mi padre. Los chicos están muy confundidos y sorprendidos, pero no he podido ni darles tiempo a asimilar la noticia porque Claudine me ha llamado y he salido disparado hacia aquí. Creía que estaba haciendo lo mejor para nosotros; me dije que, en parte, debía hacer esto para que tuviésemos..., quería que mi vida avanzara contigo. Empecé a hacer infinidad de planes para los dos y tú ni siquiera...

—Oli, por favor, iba a decirte la verdad, pero no sabía cómo. ¿Realmente firmaréis un contrato? Eso es... —Me detuve, porque en su mueca no había ni una pizca de felicidad. El «magnífico» no salió de mi boca.

—Bien, ya he oído suficiente de esta pseudorriña de enamorados. Nos vamos, Antonia.

—No.

Olivier me miró.

—Vete, Gastón; me pondré en contacto con tu abogado.

—No hagas esto, Antonia, es ridículo.

—Vete.

—¿Qué harás sola con un hijo? No podrás con esto. Regresarás a mí arrastrándote.

—¡Vete de una puta vez! —estallé—. ¡Lárgate! Deberías haber comprendido hace rato que no tienes nada que hacer aquí. Se terminó, Gastón, hace mucho que acabó. —A tirones, comencé a intentar quitarme los anillos, pero tenía las manos tan jodidamente hinchadas que me hacía daño y los malditos no salían. Me arranqué a llorar con todas mis fuerzas. Necesitaba sacármelos, arrancármelos. Ya no los soportaba.

Las manos de Olivier llegaron a las mías.

—Tranquila, Antonia. Tranquila, te harás daño.

—Quiero quitármelos. ¡Quiero quitármelos! —berreé, sin poder parar de llorar.

—Chist... Está bien..., te los quitarás, pero déjalos ahí ahora, te lastimarás.

—No voy a volver con él —le aseguré, mirándolo a los ojos, y allí, en la siguiente mirada que me dedicó, encontré otra vez al Olivier que había conocido en el metro.

Sus dedos se enredaron entre los míos.

—Son solamente anillos, Antonia. No pasa nada. Ya te los sacarás. —Sin soltarme las manos, Olivier giró un poco en dirección a Gastón—. Si no estás fuera de aquí en cinco segundos, llamaré a la policía. Lo digo en serio, lárgate. Fuera.

Gastón lo miró y luego a mí.

Meneó la cabeza, como diciéndome que eso era lo peor que podía hacer.

¿Qué sabía él si no tenía idea de quién era yo?

—Te arrepentirás —me amenazó.

—Vete —gruñó Olivier.

Gastón dio media vuelta y en unas pocas largas zancadas llegó a la puerta

para salir sin molestarse en cerrarla.

Nos quedamos a solas, mirándonos a los ojos. Olivier, de pronto, me sonrió y no me sentí merecedora de esa sonrisa suya.

Me arranqué a llorar con más fuerza todavía.

—Lo lamento. Lo lamento tanto, Oli. Lo siento, no te merezco. No hago nada bien. Soy un desastre. Todas mis decisiones... Yo... no quería lastimarte, lo último que pretendía era hacerte daño.

—Está bien, Antonia. Yo...

—Lo siento, Oli, de verdad. No quería regresar con él. Estaba confundida. Tenía miedo. No tenía ni idea de lo que quería hacer. —Me mordí el labio inferior, y él me regaló más de su sonrisa—. Lo de la banda es una noticia estupenda. No imaginaba que...

—No sabía cómo decírtelo tampoco. Lo siento. De verdad siento todo lo que acaba de pasar, es que todo esto es... Tenía miedo de que no quisieras quedarte conmigo, por eso no te lo conté. Mi vida cambiará y no sé si querrás...

—Mi vida también va a cambiar, Oli, y no quería que tuvieses que soportar el peso de esto. Sentía que no tenía ningún derecho a meterte en una situación semejante. Aún lo pienso, y más ahora, que sé lo de la banda. Ésta es mi vida, Olivier, y tengo que ponerla en pie sola antes de involucrar a nadie más. Tengo que hacer esto sola, al menos durante un tiempo. —Tan pronto como terminé de pronunciarlo en voz alta, me quedó claro que así debía ser, pese a lo mucho que deseaba continuar a su lado.

—¿Qué? —Su cara de desconcierto fue todavía peor que las anteriores.

—Sabes que te quiero, ¿no es así? —Apreté sus manos, aferrándome a él, esperando que quisiese continuar aferrándose a mí pese a todo.

—Antonia, por favor. He entrado en pánico cuando Claudine me ha comunicado que tu marido estaba aquí para llevarte a casa; ella me ha soltado que lo nuestro había terminado, que siempre había sabido que nuestra relación

no duraría. Tenía pavor de llegar y no encontrarte en casa. He dejado a los chicos en el restaurante y he venido literalmente corriendo.

—Oli... —gemí.

—No quiero perderte. No quiero perder nada de ti.

—Pero tienes toda una vida por delante, Oli. Tienes que ocuparte de tu carrera. Muchas cosas buenas llegarán para ti. Tienes que darte tiempo para vivirlas. Necesitas darte tiempo para disfrutarlas.

—Quiero compartirlas contigo.

Su mirada se rompió sobre la mía. Si él tuviese idea de lo mucho que estaba costándome eso. Por Dios, que me partía el alma saber que necesitaba apartarme de su lado, que él necesitaba tomar distancia de mí, para que los dos pudiésemos tener una mejor perspectiva de nuestras vidas.

—Nos conocemos desde hace poco más de una semana, Oli. Sabes que tengo razón, necesitamos...

—No me echés de tu vida —suplicó, interrumpiéndome.

—No estoy echándote de mi vida. Simplemente digo que deberíamos tomarnos un tiempo. Yo tampoco quiero perderte, Olivier. ¿Cómo podría querer perderte si todo lo que podría haber pedido es conocerte? Nada mejor que eso. Cambiaste mi vida, Olivier. Me hiciste ver que puedo ser yo, sea quien sea.

—¿Quién quieres ser?

—Todavía no lo sé. Tengo que descubrirlo sola. Por lo pronto sé que quiero ser la madre del niño que llevo dentro. Supongo que necesitaré un poco de tiempo para descubrir qué más quiero ser.

—Quiero ser parte de lo que quieras ser.

Le sonreí, sin poder parar de derramar lágrimas.

—Y a mí me hará muy feliz que quieras serlo cuando me conozcas.

—Ya te conozco.

Negué con la cabeza, sonriéndole.

—¿Cómo puedes conocerme si ni yo misma lo hago?

—Hay cosas que no cambiarán de ti, seas quien seas.

—Ojalá algunas cosas se queden y otras cambien. Me gustaría tener un poco más de coraje, me gustaría haberlo tenido para haberte contado la verdad en cuanto lo supe. Me hace feliz saber que me convertiré en madre y me hubiese gustado poder decírtelo esa mañana cuando lo descubrí o incluso cuando sospeché que podía ser la razón de mis vómitos. —Hice una pausa—. Me encantaría poder quedarme en esta ciudad. Amo París y siempre me ha parecido que aquí todo es posible.

—Quédate, entonces.

—Pero no aquí contigo, Oli. —Le sonreí—. Los escenarios te amarán. No puedo ni acabar de poner en palabras lo feliz que me hace que transformes tu pasión en tu carrera. Debiste hacerlo mucho antes. Has estado privando al mundo de tu música.

—No digas tonterías, Antonia. Podemos hacer esto juntos.

—Tu padre debió obligarte a hacer esto mucho antes.

—Lo intentó. Si ahora he aceptado ha sido porque tú me cambiaste. Tenía tanto miedo de que mi vida se transformase en la de mis padres... Estaba aterrado hasta que te conocí.

—No..., tú no eres así.

—Sí, lo soy. Tenía mucho miedo de atreverme. Todavía lo tengo, pero estaba decidido a pasar por encima de ese miedo por ti. Quería que estuvieses orgulloso de mí.

—Ya estoy orgullosa de ti, porque eres un ser humano excepcional. —Solté sus manos y le enmarqué el rostro—. No tienes que hacerlo por mí, tienes que hacerlo por ti. Los dos debemos hacer cosas por nosotros. Creo que nos debemos mucho, que tenemos demasiadas cuentas pendientes con nosotros mismos. Necesitamos darnos un tiempo, y lo sabes.

—No quiero perderte, Antonia.

—Ni yo a ti.

—No te vayas. —Giró la cabeza buscando mi mano derecha. La besó.

—Es lo mejor. Buscaré un sitio. No digo que no volvamos a vernos, pero tú tienes mucho que hacer y yo también.

—No puedo creer que esto esté sucediendo. Esto no puede estar pasando...

—Apretó los párpados con fuerza y un millón de momentos de palabras no dichas brotaron de sus ojos en forma de lágrimas.

Cada lágrima suya me dolió lo increíble. Tuve que contenerme de dar un paso atrás y renunciar a mi decisión... pero él necesitaba eso y yo también.

—Si lo nuestro tiene que ser, será pese a todo, Oli. Soy la primera interesada en que sea. De verdad. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Antonia...

—¿Quién sabe?, quizá podrías conocer a una jovencita...

—Cierra la boca, ¿quieres? No me interesa conocer a nadie más. —Alzó mis manos hasta sus labios y las besó. Me miró fijamente—. Serás madre —enunció en un tono que desató latidos de júbilo en mi corazón. Estallé en nuevas lágrimas y una gran sonrisa.

—Eso parece —admití, y la felicidad comenzó a crecer dentro de mí, la felicidad que debí permitirme sentir con completa libertad cuando supe que estaba embarazada.

—No puedo creerlo. Es... es simplemente maravilloso.

—Lo es —reí, llorando todavía más fuerte.

—Quiero estar ahí para ti. Estoy para ti. Quiero ser parte de eso... si me lo permites. —Bajó mis manos y esa vez sus labios tocaron los míos—. Te amo, Antonia. No tienes que responderme ahora, no tienes que decirme que me amas, tan sólo déjame amarte y si, por casualidad, te enamoras de mí también, quizá podamos ser felices toda la vida.

Con fuerza, me mordí el labio inferior. Sus palabras eran lo mejor que podía escuchar.

—Olivier...

—Te amo.

—Oli...

—Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo, te amo y te amo. Y sé que te amaré cada día más, sin importar las distancias.

Eché mis brazos a su cuello y comencé a besarlo con todas mis fuerzas.

La vie en rose

—¡Cuidado con eso!

Ante el grito de Jackie, Oli y yo pegamos un respingo. Era Olivier quien cargaba con la caja de la vajilla que habíamos comprado una semana atrás en un rastrillo estupendo en el que habíamos estado paseando todo el sábado, buscando cosas para el piso. Era una vajilla antigua, restos de juegos, de los cuales Jackie y yo nos enamoramos. No había ni una sola taza o plato igual al otro y nos encantó que fuese así. Fui feliz al poder adquirirla, al poder elegirla. Me sentía feliz de poder escoger, decidir lo que quería y lo que no.

Algunas decisiones resultaban más sencillas que otras; sin embargo, el placer de tomarlas era siempre inmenso, porque me hacían yo y, al mismo tiempo, eran una expresión de mí misma.

Desde hacía poco más de cuatro meses, mi vida era otra. En cuanto Gastón dejó el piso de Olivier, me puse en contacto con su abogado para darle curso al divorcio y, desde entonces, poco a poco, mi vida había ido reencauzándose hacia el camino al que quería llevarla... y por ese camino me movía en la actualidad.

Las llaves que colgaban de mi mano derecha eran las de mi piso. *Mi* piso. Mi lugar por primera vez en la vida. Olivier y Jackie me habían ayudado con la búsqueda de un sitio donde vivir, pero la elección de esa buhardilla fue mía; el nombre que figuraba en el título de propiedad era el mío.

Antonia Ponce, ponía en el papel, y, cada vez que parpadeaba, lo veía allí escrito y se me escapaba una sonrisa.

Escogí muebles, alfombras e incluso el color de las paredes... Parecía

increíble que mi vida fuese ésa y que las riendas estuviesen en mis manos.

Hasta poco más de cuatro meses atrás, mi mundo no giraba, no se movía ni crecía, y amenazaba condenarme al conformismo, a aceptar que lo que tenía era suficiente para mí y que lo demás era para mejores seres humanos.

En aquel entonces, estaba plenamente convencida de que no necesitaba a alguien que me amase realmente o una vida que vivir sacándole la mayor cantidad de jugo posible. Casi me había olvidado de lo que era sentir ese fuego que arde en el pecho por las ansias de luchar. Mis ansias de luchar por mí misma, por mi hija y por mi felicidad eran mayores cada día, crecían como mi vientre y se hacían más notorias para todo el mundo, no solamente para mi entorno cercano.

—¡Jackie, por favor, por poco me haces tirarlo todo!

—Son los platos.

—Lo sé. No planeo romper nada. Tranquila, ¿ok? ¿Se te pegan las hormonas de Antonia? Cálmate, por favor.

—¡Eh! —me quejé, lanzándole un golpe.

Olivier se rio.

—Estáis las dos demasiado alteradas. ¿Podéis relajaros un poco y disfrutar del momento? Tan sólo mirad el sitio que nos rodea, la buena compañía de la que disponéis. —Me guiñó un ojo y me entraron ganas de ponerme a gritar lo mucho que lo amaba.

—Estoy disfrutando del momento —chilló Jackie, recogiendo del suelo otra de las cajas que iba para la cocina. La levantó, lo miró mal y se dio media vuelta para volver a enfilarse en esa dirección.

—¡Sí, se nota! —le gritó Oli, riendo.

—No la molestes. —Reí—. Se pondrá todavía más nerviosa.

—Dios nos libre —exclamó, exagerando una mueca adorable—. Está demasiado estresada.

—Sí, lo sé. Por eso mismo.

—Tiene que calmarse o no la dejaré sola contigo. Os aseguro que me

tendréis aquí a menudo. Yo la ayudaré contigo. No tiene por qué entrar en pánico. —Se inclinó en mi dirección y me besó en los labios.

—Ninguno de los dos tiene que encargarse de mí. Que compartamos piso no la convierte en mi niñera y tampoco tú lo eres. Eres mi amor, no mi enfermera ni ninguna otra cosa por el estilo. Vosotros dos mejor os ocupáis de vuestras vidas y os relajáis, que no necesito a alguien encima de mí las veinticuatro horas del día. Si he sobrevivido a todas esas mañanas de vómitos, puedo sobrevivir a todo lo que esté por venir.

Olivier me sonrió.

Sí, ésa era yo, su chica, y ése era él, mi chico.

Por poco me derrito de amor allí mismo.

—De eso no me cabe ninguna duda. —Se quedó observándome, con la caja entre nosotros, sus labios a la distancia de ésta de los míos—. No necesitas demostrárselo a nadie, Antonia, que ha quedado ya claro que puedes hacer lo que te propongas.

Inspiré hondo.

En esos poco más de cuatro meses había dejado al padre de mi hijo, quien no se había cansado de pedirme que volviese a Buenos Aires con él. Gastón había insistido en que yo nada podía hacer sin él, y aún menos cuidar de nuestra hija. Pretendió hacerme creer que lo que teníamos se merecía otra oportunidad por ella, por nuestro bebé, y yo di todo de mí para hacerle entender que, por el bien de nuestra pequeña, mejor nos separábamos.

Al tener claro que no volvería a su lado, Gastón incluso amenazó con quitarme a mi hija y no darme un centavo de lo que me correspondía. Mi respuesta fue decirle que se quedase con su dinero y que ni soñase con continuar amenazándome con quitármela, porque saldría perdiendo. Busqué una abogada. Sobraron discusiones y no le quedó más remedio que aceptar mi decisión, no sin antes soltarme que no volvería a verle la cara, que jamás volvería conmigo, sin importar lo que le rogase..., lo cual era lamentable,

porque nuestro único contacto a partir de entonces fue a través de nuestros abogados.

En mi último mensaje que él no había contestado le pedí que, por su hija, recapacitara. Él jamás respondió.

De su parte, hasta el momento, no había recibido más que silencio.

Nada en la situación resultó fácil, porque explicarles el divorcio a mis padres supuso una oleada de críticas de las que no me dispuse a hacerme cargo... y mucho menos presté mis oídos a aquello que tuvieron que decir sobre mi relación con Olivier.

Mis padres habían tardado tres semanas en aflojar un poco sus posturas y volver a enviarme mensajes o contestar a mis llamadas.

Fue doloroso, pero me mantuve. Por mi hija y por mí, quería una buena vida, las dos nos la merecíamos, y estaba segura de que allí, en esa ciudad, la conseguiría.

París siempre me había parecido maravillosa y día a día estaba convencida de que lo era todavía más. Su magia, única, latía todavía con más fuerza en mí y a mi alrededor, alimentando las raíces que comenzaba a echar allí, y no solamente en ese piso o en el de Olivier, sino en sus calles, en todos sus rincones, incluso en los que tenían sabor a otras partes del mundo, como el restaurante brasileño en la manzana del edificio de Olivier o en las *trattorias* italianas perdidas por ahí.

La Torre Eiffel era muy mía, Montmartre era muy mío.

No sólo París era parte cotidiana de mi vida, sino también personas que se abrieron a mí como familia. Jackie había pasado de ser una conocida a convertirse, primero, en una muy buena amiga y, luego, en la hermana que siempre había querido tener..., una que cuidaba de mí y que me permitía cuidar de ella, y lo mejor de todo era que venía con el añadido de una familia estupenda que supo hacerme un lugar entre ellos sin apenas conocerme.

Y hablando de familias...

No estaba siendo sencillo, pero, cada día, Cid y yo nos animábamos un

poco más a mostrarnos al otro sin estar tan a la defensiva, sin especular acerca de los motivos que movían al otro. Intenté ponerme en su lugar y él en el mío. Nos hicimos espacio para compartir lo cotidiano, y eso incluyó que viese la primera ecografía que me hicieron y también aquella en la que descubrí que tendría una niña. No lo creí posible, pero allí, ante la pantalla de la tele, vi sus ojos empañarse cuando Olivier se la enseñó tras poner el devedé y, a gritos y con una felicidad única, contar que nuestra niña venía en camino, porque así la llamó, «nuestra niña», y Cid no pudo objetar nada al respecto, porque lo único que necesitaba para aceptarlo era ver la cara de su hijo, sus lágrimas de emoción.

Yvette y yo nos habíamos vuelto muy cercanas, porque ella, con sus dos niños, tenía experiencia de sobra en la maternidad, toda la que a mí me faltaba, y sabía escuchar mis miedos, soportando que le repitiese por teléfono una y otra vez, a cualquier hora del día, las mismas preguntas, los mismos sollozos. Su paciencia no tenía precio para mí.

Los hermanos medianos de Olivier visitaban su piso habitualmente, y sabía que, pese a haberme mudado de allí, continuaría viéndolos, porque los chicos vivían a cinco manzanas de mi buhardilla y ya habían venido a conocerla un par de días atrás, cuando me entregaron las llaves.

Fue un placer verlos recorrer todo el espacio, dándome sus opiniones sobre dónde debía poner sillones o la cuna de mi hija.

El resto de mi gente en esa ciudad era la banda de Olivier, la cual había crecido, ya que contaba con dos integrantes más aparte de Maurice, Didier y Lianne. A los dos nuevos no los conocía muy bien todavía, porque, desde que habían firmado el contrato con la discográfica dos meses atrás, no hacían otra cosa que ensayar y ensayar para prepararse para la grabación del disco, cosa que iba a empezar al día siguiente.

Tampoco faltaban las personas que, casi sin querer, la vida me presentó y que se transformaron en compañeros de sueños, como, por ejemplo, el novio de Didier, con quien planeamos dar rienda suelta a nuestro proyecto de abrir

un gimnasio en el que, esperaba, volver a trabajar como instructora después del embarazo y el parto. Por esos días nos encontrábamos en plena búsqueda de un local que se ajustase a nuestros requerimientos. Queríamos un lugar con mucha luz y amplitud, al que diesen ganas de ir y que instase a la reunión de gente que tuviese ganas de compartir su pasión por derribar todos los límites, comenzando por los físicos.

Y como, cuando se lo permites, la vida pone delante de ti personas con las que compartirlo todo, mi vida continuaba creciendo cada día.

—Sé que no —le contesté—. No es por nadie más, Olivier, es por mí, y de todas formas sé que vosotros estáis conmigo, igual que me gustaría que supieras que estoy contigo cuando pasas horas en el estudio con la banda.

—Será difícil llegar a casa y no encontrarte. Será horrible. ¿Qué haré yo sin ti? Al menos, tú aquí tienes a Jackie; yo estaré solo, perdido sin ti.

La culpa clavó sus colmillos en mí.

—Oli, sabes dónde encontrarme. Estarás bien, lo necesitas. Tienes que tomarte este tiempo para ti, para tu música.

—Me preocupa que tú... Quiero estar para ti.

—Aquí estaré bien y tengo muy claro que estás conmigo, pese a que no vivamos en el mismo piso. Tienes cosas muy importantes que hacer por ti, Oli. No precisas estar pensando todo el tiempo en mí.

—Lo quieras o no, pienso todo el tiempo en ti. Me ocuparé de mi música y me quedará tiempo para ti también.

—Oli, estaremos bien. Esto nos hará bien a ambos. No estamos terminando ni dándonos un tiempo, seguimos juntos... como siempre.

—Preferiría que siguiésemos juntos como siempre contigo en mi cama.

—Necesito pasar por esto, Oli. Los dos lo necesitamos. Será una prueba importante para ambos.

—Otra vez con eso. No tenemos nada que demostrarle a nadie. —Su frente se tensó y perdió la sonrisa.

Fui yo la que sonrió. Con mi mano libre, rodeé su cuello.

—No quiero perderte, pero necesitas tomarte un respiro de mí, de toda mi situación. —Bajé la vista; de no haber estado la caja entre nosotros, mis ojos le hubiesen indicado mi vientre.

—No quiero tomarme un respiro de vosotras dos, os amo.

—Y nosotras te queremos.

—Esto es ridículo. Las tres me habéis dejado solo. —Su sonrisa volvió.

—Puedes venir cuando quieras.

—¡Sólo si traes pizza caliente! —soltó Jackie, emergiendo de la cocina—. No vayas a creer que esto es un hotel.

—¡Jackie! —chilló Olivier cual animal herido.

—Ah, y te lo advierto: que no se te suba la fama a la cabeza, porque, en ese caso, aquí no entras. —Lo apuntó con un dedo amenazador—. Estás avisado.

—Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto? —gimió y, ante su adorable mueca, no me quedó otra opción que inclinarme sobre él y besarlo.

—Es muy injusto. Estoy muy celoso de Jackie. Quiero mudarme aquí.

—No digas eso, tu piso está quedando increíble.

Poco a poco, Olivier estaba dándole a su apartamento un verdadero aspecto de hogar. Ya no parecía como si quien viviese allí estuviese listo para salir corriendo o como si no aceptase terminar de adoptar ningún lugar como suyo. Yo sabía que Olivier podía salir corriendo de cualquier parte, porque su apego a lo material era nulo; sin embargo, el hecho de tener muebles y cuadros, adoptar un par de plantas y comenzar a restaurar el edificio ponía de manifiesto que su unión con la vida era otra. Ya no escapaba de lo que se merecía o de lo que podía tener, ni tampoco parecía que siguiese avergonzándolo intentar ser feliz.

—¡Eso, deja de gimotear, baja esa caja y ve a por pizza!

—¡Jackie, que la de los antojos es Antonia, no tú!

—Perdona, pero se me contagia. Además, seguro que Antonia quiere pizza también. —Recogió otra caja y nos dejó. Me carcajeé y, enfrentando a Oli, asentí con la cabeza. Sí, ante la mención de la pizza, me había tentado.

—Ir contra vosotras dos es imposible.

—Lo siento. —Lo besé, riendo. Intenté quitarle la caja de las manos, pero no me lo permitió.

—No es tan pesada —se me escapó, con la intención de colocarla con las demás.

Llevábamos dos días de arduo trabajo acumulado, entre la mudanza de los muebles que habíamos comprado, las cosas de Jackie, así como la ropa y demás bártulos. Aún nos quedaba mucho trabajo por delante para poder llamar a eso un hogar, pero era agradable ver cómo, pasito a pasito, comenzaba a tomar forma.

Hacía un momento nada más que habíamos dejado cosas en el cuarto que sería de mi hija, y todavía no podía creer que aquellas paredes de color rosa pálido pronto rodearían una cuna y muchos juguetes.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Olivier, deteniendo en seco sus intenciones de poner la caja en el suelo.

—Nada. Estoy bien, solamente emocionada.

—Es un momento muy importante en tu vida.

—Lo fue conocerte.

—Sumas muchos momentos memorables desde que llegaste. —Dejó la caja a nuestro lado, y así, con sus manos libres, tomó mi vientre—. Es un honor para mí ser parte de muchos de ellos. No me cansaré jamás de repetirte lo mucho que te amo y lo feliz que me haces.

—Y tú me haces feliz a mí.

—Vuelve a casa —insistió, medio en broma, medio en serio.

—Oli, por favor...

—Quiero compartir esto contigo.

—Lo compartirás. Necesitas tu tiempo.

—No insistas con eso. No necesito tomar distancia de vosotras. Sois mucho más de lo que jamás me había atrevido a soñar tener.

—Sabes que lo necesitas.

—Te necesito a ti.

—Y yo a ti. Confío en que no nos perdamos y en que París nos una, una y mil veces, si llegamos a hacerlo.

—Ya no tenemos el metro.

—Y me alegra que así sea. Ahora tenemos tantos otros sitios en común... ¿Sabes qué?, siempre había pensado que París era una ciudad en la que todo era posible. París lo es para mí desde que se convirtió en una realidad, en algo al alcance de la mano, en parte de mí. Ahora tenemos todo lo que queda bajo el cielo de París. —Olivier acortó la distancia entre ambos—. Esta ciudad es algo especial. La luz aquí es diferente. Las farolas que se encienden aquí por las noches tienen otro color, igual que el amanecer, y los atardeceres son todavía más increíbles.

—¿Qué color tienen? —La radiante sonrisa que afloró en sus labios tenía el mismo color—. Ésa eres tú, la que todo lo ve bonito.

—No soy yo y lo sabes; en todo caso, el que tiene esa capacidad aquí eres tú. Es rosa, entre rosa y dorado; si no me crees, pregúntaselo a cualquier turista. Aquí la vida es distinta, es rosa, como el cuarto de Elise.

Ante la mención del nombre de su madre, el cual había escogido para ponerle a mi hija, después de pedirle permiso, Olivier se emocionó.

—Sabes que no tienes que ponerle su nombre.

—No tengo, pero quiero. Además, ya es su nombre. No tengo ninguna intención de cambiarlo. No a menos que te moleste que yo...

—No me molesta. —Olivier cerró los ojos y descansó su frente sobre la mía—. No puedo cambiar lo que ya sucedió ni lo que sucederá. Esto es tanto... —Inspiró hondo sobre mí, se apartó apenas un par de centímetros y abrió los ojos—. Quizá tengas razón y es rosa como su cuarto. Rosa, dulce, tierna... La vida, ahora, es eso.

—Y, aunque es probable que no luzca así siempre, tú y yo sabemos que lo es.

Olivier sonrió.

—Lo es. —Su mirada se fundió con la mía.

—Lo es. —Me incliné sobre él y comencé a besarlo.

Su boca me recordó todo por lo que continuaba arriesgándome. Olivier, cada día, a cada beso, con cada parpadeo o sonrisa, era el espejo en el que me veía reflejada, un constante recordarme quién era y todo lo que podía ser.

Sus labios se movieron desde mis labios hasta mi mejilla, de allí hasta el perfil de mi mandíbula, para luego precipitarse por mi cuello.

—No podéis quitaros las manos de encima, ¿no es así? ¿O lo hacéis solamente para darme envidia?

Olivier rio sobre mi cuello.

Besé su mejilla al cogerlo por el cuello y él se alejó un poco de mí.

Jackie se fue, cargando otra caja.

—Necesitamos conseguirle novia.

—Sí, creo que sí.

Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos a los ojos.

—¿Cómo sigue Claudine? —Llevaba unos días sin preguntarle por ella. Claudine se había mudado del piso al mes y medio de terminar con Jackie y en ese momento vivía sola, remontando su vida, enfrentando todo lo que ésta tenía para darle.

Aun así, Claudine todavía no quería saber nada ni de mí ni de Jackie. Nosotras todavía éramos un tema tabú entre ella y Olivier. Claudine estaba haciendo terapia y, según me había contado Olivier, estaba intentando un acercamiento con sus padres.

—He hablado con ella temprano, cuando todavía estaba en el estudio de grabación. Mejorará. La he invitado a tomar algo mañana para que conversemos; extraño nuestras charlas.

—¿Ha aceptado?

—Sí.

Oír eso me hizo feliz, porque llevaban meses distanciados después de vivir

más de una década muy unidos. Me constaba que Olivier la necesitaba.

—Lo recuperaréis, ya verás. Lo que vosotros tenéis se hará más fuerte.

—Ojalá. Me gustaría mucho que ella pudiese compartir esto con nosotros.

—Sus manos volvieron a mi abdomen—. Quiero que, igual que Jackie, Claudine también sea su tía.

—Dale tiempo.

Olivier me sonrió y se inclinó hacia mi barriga.

—No te haces una idea de toda la gente que espera por ti —le dijo a Elise.

Me entraron ganas de comérmelo a besos.

Mis dedos aprovecharon la oportunidad para entrar en su cabello, para acariciarlo.

—Tienes a la mejor mami del mundo.

—Y ella tendrá la suerte de tenerte a ti si tú quieres.

Se enderezó.

—Claro que quiero. Pagaría por poder serlo todo para vosotras dos.

—Ya lo eres.

—Regresa a casa —susurró en mis labios.

Lo miré, sonriéndole.

—Sí, bien. Lo sé, no insistiré más... pero verás que esto será mi ruina. ¿Cómo haré para dormir solo cuando no vengas a quedarte en casa o cuando yo no pueda quedarme aquí?

—¡No volverás a entrar aquí si no vas a buscar unas pizzas ahora mismo!

—exclamó Jackie, saliendo de la cocina—. Última advertencia, Labelle.

Los dos nos carcajamos.

—Iré a poner la mesa. Tienes quince minutos para estar aquí de regreso con la cena.

Mis tripas crujieron del modo más evidente, si hasta Jackie oyó el crujido y alzó las cejas, alarmada.

—En cinco minutos estoy de regreso.

Olivier estuvo de vuelta en algo más que cinco minutos y esa noche se

quedó conmigo en el colchón en el suelo de mi habitación, porque mi cama aún no había llegado. Él regresó muchas otras veces y yo fui a dormir tantas otras a su piso, y también nos dimos tiempo para seguir adelante con nuestras vidas, para encontrarnos y terminar de definir nuestros objetivos.

Lo que en un principio pensé que podría separarnos, pese a mis miedos, no hizo más que unirnos, consolidar nuestra relación y nuestro amor más de lo que imaginé que sería posible. Creía que debía dejarlo libre para que viviese su vida, y lo hice; sin embargo, eso no lo alejó de mí, ni a mí de él, pese a que, con mi barriga a cuestas, que cada día era más prominente, comencé un negocio que me entusiasmaba, y mucho, y además tuve que terminar con los trámites del divorcio.

Lo que pensé que a él le abriría los ojos para encontrar otra vida nos llevó a encontrar una nueva vida para ambos, juntos; una que nos ayudó a conocernos y a volver a enamorarnos el uno del otro, esta vez de un modo mucho más profundo y maduro.

Volví al enamorarme de su sonrisa, de la amistad que me ofreció, de su música y su energía vital. Olivier también fue responsable de que me enamorase de mí misma de nuevo, aceptando todo en mí, incluidos mis errores.

Hasta la llegada de Elise, tuvimos meses para crecer y, con lo maravilloso de su llegada, maduramos todavía más para, además de ser lo que ya éramos, convertirnos en sus padres, porque Olivier podía no ser su padre biológico, pero sí el que estaría con ella, el que la amó desde el principio.

Sé que los dos dimos con mucho más de lo que esperábamos tener, muchísimo más, y yo alcancé un punto en el que, al mirar hacia atrás, ya no me avergonzaba, sino todo lo contrario: no podía hacer más que agradecer el camino que me había traído hasta allí, hasta esa vida rosa que, incluso en los días más nublados y oscuros, conservaba parte de ese resplandor tan especial suyo.

Una sonrisa de Olivier, el perfume de la piel de Elise, el sudor corriendo

por mi piel al final de una clase impartida en el gimnasio, una reunión de amigos en casa..., toda la vida por delante.

París nos acompañó mientras nuestras vidas no paraban de crecer y cambiar. Me acompañó a mí en el proceso de comprender que no soy París, que no soy Olivier, que no soy mi hija, ni mis padres ni mi exmarido, tampoco soy mis amigos ni mis errores, ni mis negocios, ni mis miedos, tampoco mis fortalezas... Entendí que lo era absolutamente todo y que cada día sería más, todo lo que quisiese ser.

Epílogo

—Te reclaman allí fuera —me dijo Antonia después de besarme con fuerza. Sonreía feliz, con una sinceridad que me encantaba verle en los labios y en los ojos.

¿Se puede ser más feliz que cuando ves a quien amas feliz?

Me quedé mirándola, embobado. Jamás iba a acostumbrarme al hecho de que yo era su hombre y ella, mi mujer; a que, entre nosotros, el mundo era todavía más inmenso que en el exterior. Me parecía estupendo poder decir cada día que era su esposo y ella, mi mujer, y era un lujo poder repetir una y otra vez lo mucho que la amaba y tener la posibilidad de demostrárselo... No había nada mejor en el universo.

Posé mis manos sobre su vientre, para sentir a nuestro hijo moviéndose igual que si estuviese jugando allí dentro. Quedaba solamente una semana para la fecha del parto y apenas podía esperar a tenerlo con nosotros para que acabase de unirse a nuestra familia.

Le devolví el beso y, por debajo del griterío del público que atestaba el estadio, le dije que la amaba.

—Yo también te amo. —Sus labios volvieron a morder los míos—. Anda, ve a darle el gusto a toda tu gente, que tus fans te esperan.

Elise, que estaba en sus brazos, cogió mi cabeza entre sus manitas y me dio un beso en la mejilla. Sobre sus orejas tenía unos aparatosos auriculares que la protegían del bestial sonido del recital.

Aparté el auricular de una de sus orejas.

—¿Quieres que papi toque una canción más? —le pregunté. Me parecía irreal poder compartir todo eso con ella, pese a que no era la primera vez que

la tenía junto a mí en una de mis actuaciones.

«Mi hija, aquí conmigo», pensé, concentrándome en sus ojos oscuros, que eran como los de Antonia, dulces y poderosos al mismo tiempo.

Mis mujeres eran lo máximo.

—¡Sí, una más! —me contestó Elise, con su deliciosa voz de sus tres años recién cumplidos..., los tres años más maravillosos de mi vida.

—¿Y qué quieres que toque?

—La canción que le gusta a mamá.

Sabía perfectamente a qué tema se refería, porque también era su preferida y comenzaba a aprender a seguirla en la guitarra sobre mis dedos, lo que me llenaba de orgullo y felicidad. Elise era una enamorada de la música y llevaba un tiempo dándonos a entender que tenía una capacidad muy especial para ésta.

—Bien, si la queréis, la tendréis. Una canción más y vuelvo con vosotras.

—Aquí estaremos, esperándote —me dijo Antonia.

—Te amo.

—Te amo. Ahora, anda, regresa al escenario y toca para nosotras.

Me comí a besos el cuello de Elise y devolví el auricular a su oreja. Ella rio y mi corazón se puso a galopar como loco dentro de mi pecho.

Didier, Lianne y Maurice y los dos nuevos componentes de la banda me esperaban sobre las tablas, como en los viejos tiempos; éramos nosotros otra vez, nosotros frente a un público de sesenta mil personas que querían más música.

Uno de los asistentes me pasó mi guitarra y, corriendo, entré en el escenario para que las luces de los reflectores rosados diesen sobre mí.

—Quiero dedicar este último tema a los grandes amores de mi vida —comencé a decir frente al micrófono, frente a las luces que impactaban en mi rostro, impidiéndome ocultar nada de lo que cargaba en mi interior a aquellas sesenta mil personas—. A mi hija, Elise, y a mi esposa, Antonia. —Acomodando la tira de la guitarra sobre mi hombro, giré hacia ellas para

verlas allí, medio escondidas detrás de la pared que formaba la parte posterior de la pantalla gigante contra la cual el público veía el escenario, que además mostraba las imágenes de seis cámaras que grababan el recital—. Las amo. —La miré a los ojos y ella me sonrió—. Gracias por hacerme tan feliz, amor; gracias por hacerme este hombre que soy desde que estoy contigo.

La vi emocionarse mientras el público estallaba en vítores, silbidos, chiflidos... y tampoco faltaron voces coreando su nombre, porque Antonia había participado en más de uno de nuestros temas, cantando y tocando conmigo.

Los aplausos y silbidos fueron bajando de volumen hasta que el inmenso estadio quedó en silencio.

Me aclaré la garganta y me preparé, posicionando los dedos sobre la guitarra.

La miré una vez más.

Le di vida a los primeros acordes, recordando la cantidad de veces que en casa habíamos tocado eso juntos como un modo de hablarnos, solamente para nosotros, para resumir en la música lo que no alcanzaban a decir las palabras, porque, más allá de la letra de la canción, el tema era para nosotros un lenguaje aparte, un mensaje que iba directo a nuestras venas, a todo lo que nos unía que no tenía materia.

Hubo silbidos de aceptación y aplausos, y alguien gritó las primeras frases de la letra de la canción *La vie en rose*.

Mis dedos rasgaron las cuerdas.

Mi voz salió de mi garganta para llegar a ella.

Lianne y los dos nuevos componentes de la banda se hicieron un espacio en la música, a continuación Didier y, por último, Maurice, para que la melodía acabase de tomar cuerpo.

El público estalló, cantando, acompañándonos.

Biografía



Nací en 1977 en la ciudad de Buenos Aires y allí resido en la actualidad. Me licencié en Administración y Organización Hotelera.

Disfruto con las buenas historias, la música y la cocina. Y cuando la inspiración llama, también con la pintura y el dibujo.

Pero mi verdadera pasión es escribir. Cuando lo hago me pierdo, desconecto de todo. Básicamente escribo para mí, porque es mi motor, mi energía y también un modo de intentar entender o asimilar muchas de las cosas que me suceden. No por ello deja de ser increíblemente gratificante poder compartir mis novelas y saber que esas palabras provocan una reacción en quienes las leen. Que amen, rían, lloren y odien con los personajes que he creado me hace increíblemente feliz y acorta a cero la distancia con personas que se encuentran a miles de kilómetros de distancia pero que,

en realidad, no son tan distintas a quien puso aquellas palabras allí.

Soy autora de la saga «Todos mis demonios», de la bilogía *Insensible* y *Sensible*, y de las novelas *Elígeme*, *Ultra Negro*, *Siroco*, *Deseo*, *D.O.M.*, *Mystical* y *Un hermoso accidente*.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<http://verofleitassolich.blogspot.com.es/> y
<https://www.facebook.com/vafleitassolich?fref=ts>

Referencias de las canciones

Too close, Derechos de autor: ℙ © 2012 Universal Island Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Alex Clare. (*N. de la e.*)

La vie en rose, Derechos de autor: ℙ © 2011 Stage Door Records, interpretada por Edith Piaf. (*N. de la e.*)

Lo que somos
Verónica A. Fleitas Solich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Verónica A. Fleitas Solich, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2019

ISBN: 978-84-08-21488-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

